



# El conductor y la masa

Estudios sobre Perón  
y el peronismo

Samuel Amaral

**EDITORIAL DUNKEN**



EL CONDUCTOR  
Y LA MASA



SAMUEL AMARAL

# EL CONDUCTOR Y LA MASA

Estudios sobre Perón  
y el peronismo

EDITORIAL DUNKEN  
Buenos Aires  
2023

Amaral, Samuel

El conductor y la masa : estudios sobre Perón  
y el peronismo / Samuel Amaral. - 1a ed - Ciu-  
dad Autónoma de Buenos Aires: Dunken, 2023.  
408 p.; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-85-3086-4

1. Historia Política Argentina. I. Título.  
CDD 320.82

Contenido y corrección a cargo del autor.

Ilustración de tapa y contratapa: Modelo de "El conductor", de Leone Tommasi,  
Pietrasanta, Italia, 28 de febrero de 2007. Foto Samuel Amaral

Impreso por Editorial Dunken  
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal  
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300  
E-mail: [info@dunken.com.ar](mailto:info@dunken.com.ar)  
Página web: [www.dunken.com.ar](http://www.dunken.com.ar)

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723  
Impreso en la Argentina  
© 2023 Samuel Amaral  
ISBN 978-987-85-3086-4

## Contenido

Prefacio	9
Introducción	11
Parte I La masa	
1 Qué pasó el 17 de octubre de 1945	29
2 El líder y las masas en los orígenes del peronismo	45
3 La democracia y los orígenes del peronismo	71
Parte II Los votos	
4 Los migrantes recientes y el voto peronista: los nuevos inscriptos en 1946	101
5 El voto peronista y la política local: Villa María, 1946	141
Parte III Exilio y regreso	
6 María de la Cruz: feminismo y peronismo en Chile	187
7 El avión negro: retórica y práctica de la violencia	225
8 Guerra revolucionaria: de Argelia a la Argentina, 1957-1962	255
9 De Perón a Perón, 1955-1973	277
Parte IV Violencia y legado	
10 Perón y la violencia política en los años setenta	311
11 Ezeiza, 20 de junio de 1973	327
12 El legado político del Perón de los años setenta	359
Referencias	369
Fuentes y agradecimientos	387
Índice	393



## Prefacio

Perón ganó la presidencia en 1946, la perdió en 1955 y la recuperó en 1973. En los dieciocho años pasados entre la pérdida y la recuperación del poder sufrió una transformación que suele pasar inadvertida: en 1946 llegó a la política desde el poder y en 1973 llegó al poder desde la política. Estos dos procesos, la conquista y la recuperación del poder, conforman la trama que vincula los estudios incluidos en este libro.

*El conductor y la masa* debe su título a las palabras utilizadas por Perón para sí mismo y para sus seguidores. Aunque en el momento de su aparición en la escena política el término usado para definir su posición fue "líder", adaptación de la palabra inglesa *leader*, en sus lecciones de 1951 sobre la conducción política Perón prefirió la traducción castellana: conductor. Esa palabra definía su oficio, pero también aludía a la virtud con que se creía ungido por "el óleo sagrado de Samuel": la conducción de la masa. Esta era, según esas lecciones, la tropa informe que el conductor debía encuadrar. Perón varió su concepción de la política cuando perdió el poder, pero no la de su propia función en la política: en la cima o en el llano, ella fue siempre la conducción. Por ese motivo, esas dos palabras, conductor y masa, reflejan la visión de Perón de su propia misión en este mundo y sirven para destacar algunos aspectos de su trayectoria política, a la que de diverso modo aluden los capítulos del libro.

*El conductor y la masa*, como todo libro, se publica para que sea leído, pero no todos los libros tienen el mismo origen ni están destinados al mismo público lector. Los estudios incluidos aquí fueron redactados a lo largo de cinco lustros y publicados, excepto uno, en revistas y libros, y se originaron en preguntas formuladas en diversos momentos de mi investigación, cuyas respuestas tuvieron destinos diferentes según las demandas y oportunidades de la tarea académica. Los he reunido en este volumen porque son parte, con otras publicaciones mías, del mismo empeño por

comprender las circunstancias en que Perón actuó, sus motivaciones y las consecuencias de sus acciones. También, para que estén al alcance de quienes ya poseen una visión de conjunto de la época con la esperanza de que sirvan para matizarla.

Los capítulos están ordenados por sus afinidades temáticas y temporales en cuatro partes: los de la primera parte tratan acerca del encuentro de Perón con la masa; los de la segunda, del voto peronista en las elecciones del 24 de febrero de 1946; los de la tercera, de los años de su exilio y su regreso; y los de la cuarta, de la violencia política y el legado político de Perón. La Introducción ubica el tema los capítulos de cada parte en su contexto historiográfico o político. He preferido no incluir una conclusión para que cada capítulo retenga su autonomía. En Referencias están las referencias completas de las obras citadas de manera abreviada en las notas al pie.

La obtención de la información y la redacción de los trabajos fueron facilitadas por la ayuda de muchas personas a quienes agradezco al final de este libro. De su contenido, soy el único responsable.

## Introducción

### I. La masa

El 17 de octubre de 1945 nació el peronismo. Esta palabra era por entonces un neologismo que los diarios ponían entre comillas para remarcar tanto su novedad como la imposibilidad de nombrar a ese fenómeno político sin referencia a la persona en torno de la cual surgía. En las explicaciones del surgimiento del peronismo esa fecha ha adquirido significados diferentes: una farsa organizada con el auxilio de la policía para instalar la candidatura de Perón; el rescate de Perón de su prisión por el “cinturón rojo” de Buenos Aires; el fracaso de la represión por el peso que episodios sangrientos anteriores tenían en la mente del responsable de organizarla; la consecuencia de la acción de los sindicalistas; un fenómeno de comportamiento colectivo protagonizado por los migrantes que habían llegado recientemente desde el interior al área industrializada metropolitana; una acción obrera pero no de clase.

Entre esas explicaciones deben distinguirse las surgidas en medios políticos, sea en la prensa o en libros, con fines políticos, y las académicas, que aun influenciadas por la política no tienen fines políticos explícitos. Las primeras se basan en impresiones y no se preocupan demasiado por tomar en cuenta la evidencia ni por ofrecer un relato congruente con todos los detalles conocidos; las segundas toman en cuenta, en mayor o menor medida, la evidencia conocida y se hacen preguntas acerca de ella y tratan de responderlas.<sup>1</sup>

Las explicaciones dadas por los políticos tienen que servir para la acción política, pero sufren cuando se toma en cuenta la evidencia. Así, puede dejarse de lado la idea de una farsa, sostenida por *La Vanguardia* en los días posteriores al 17 de Octubre, ya que deja de lado la incertidumbre

<sup>1</sup> Sobre las explicaciones académicas, véase Amaral (2018a) y el capítulo 1 de Amaral (2018b).

reinante en el gobierno después de la renuncia de Perón a sus cargos el 9 de octubre de 1945 y la inquietud existente entre los trabajadores y los sindicalistas en los días siguientes. Igualmente, el “cinturón rojo”, imaginado por Jorge Abelardo Ramos, es una metáfora impactante pero errónea: no había un cinturón, ya que la industria estaba concentrada en los partidos del sur y algunos del oeste de lo que poco después comenzó a llamarse el Gran Buenos Aires y no hay evidencia de una extendida influencia comunista o socialista en esas áreas.<sup>2</sup> De la misma manera, que los acontecimientos de ese día hayan sido producto de una acción obrera pero no de clase, como sostiene Milcíades Peña,<sup>3</sup> requiere creer que la clase es algo distinto de los individuos que la componen y que tiene la capacidad de actuar: los marxistas no han sido capaces de explicar –como tampoco han podido los historiadores, sociólogos, politólogos y filósofos políticos– cómo una categoría analítica, como es la clase, puede adquirir la capacidad humana para la acción.

Las explicaciones académicas se caracterizan (o deberían caracterizarse) por tomar en cuenta las anteriores para tratar de dar otras basadas en nueva evidencia o en nuevas perspectivas de análisis. Así, las primeras explicaciones académicas, las de Gino Germani y Tulio Halperin Donghi, cuestionaban, cada una a su manera, la visión corriente de que el peronismo era una manifestación del fascismo.<sup>4</sup> Ellas, sin embargo, no se detenían en el 17 de Octubre, como tampoco lo hizo la de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, los críticos de Germani.<sup>5</sup> Fueron los historiadores quienes analizaron los acontecimientos de ese día: Félix Luna en *El 45* y Robert A. Potash en *El ejército y la política en la Argentina*, ambos libros publicados en 1969.<sup>6</sup> Antes de esas reconstrucciones históricas hubo una periodística: la “Historia del peronismo” de la revista *Primera Plana*, que en veinte números publicados entre el 15 de junio y el 26 de octubre de 1965 trató el proceso que comenzó con la revolución del 4 de junio de 1943 y

<sup>2</sup> Ramos (1949), p. 175.

<sup>3</sup> Alfredo Parera Denis (Milcíades Peña), “Una década decisiva en la formación de la moderna clase obrera argentina: 1935-1945”, *Fichas de Investigación Económica y Social*, septiembre 1964, N° 3, pp. 53-80. La cita está en p. 69 y luego en Peña (1971), p. 81, y (2012), p. 492.

<sup>4</sup> Germani (1956); Halperin Donghi (1956).

<sup>5</sup> Murmis y Portantiero (1971).

<sup>6</sup> Luna (1969); Potash (1969).

terminó con la asunción de la presidencia por Perón exactamente tres años más tarde. El 17 de Octubre fue el tema de las últimas tres notas, basadas en entrevistas a muchos de los actores de esa jornada y de las precedentes, excepto Perón. Los redactores presentaron mucha valiosa información pero no se hacían preguntas.

Los testimonios incluidos en *Primera Plana* fueron utilizados por Luna y Potash para sus explicaciones del 17 de Octubre. El primero, basado en esos testimonios y en otros recogidos por él, se refiere a lo sucedido desde el 9 de octubre con la renuncia de Perón y en treinta páginas a los sucesos del día 17.<sup>7</sup> El relato se basa principalmente en los diarios, aunque no los identifica, y en las obras de algunos militantes políticos y sindicales, como Eduardo Colom, radical yrigoyenista, y Ángel Perelman, sindicalista metalúrgico trotskista.<sup>8</sup> Luna enfatiza la espontaneidad de las masas. Aunque menciona la decisión de la CGT de convocar a una huelga para el día 18, su relato subraya el papel de los obreros que concurrieron a la Plaza de Mayo, a quienes describe, sin utilizar el concepto, como migrantes internos recientes: “eran los que venían huyendo de la miseria provinciana, de la aridez de la vida rural, la fatalidad climática, la tiranía de la explotación agraria. Rostros morenos y pelos renegridos conformaban el rostro proteico de esa multitud pobremente vestida que repetía sin cansancio un solo grito un solo nombre”.<sup>9</sup> Entre las muchas virtudes del libro de Luna no se encuentra esta recreación literaria. Su libro está matizado por su testimonio personal, pero él, joven militante del radicalismo intransigente, “yrigoyenista perro”, como se define, no estuvo en la Plaza de Mayo ese día. Su relato depende demasiado del muy impreciso de Perelman que, bien leído, permite dudar de que él mismo haya estado.<sup>10</sup> Luna, por lo tanto, reproduce con más detalles y fina pluma la versión mítica de los acontecimientos de ese día. El origen de esa versión no es fácil de precisar, pero puede rastrearse hasta las celebraciones del Día de la Lealtad, a partir del 17 de octubre de 1946, que enfatizaron la relación directa del líder y las masas.

<sup>7</sup> Luna (1969), pp. 342-372.

<sup>8</sup> Colom (1946), pp. 91-109, enfatiza su propia participación; Perelman (1961), la de las masas (véase nota 10).

<sup>9</sup> Luna (1969), p. 345.

<sup>10</sup> Perelman (1961), pp. 72-77, revela, por su confusión, que recurrió más a su imaginación que a su experiencia, al igual que Cipriano Reyes, en Reyes (1973).

Potash, a su turno, sin dejar de lado los aspectos políticos, se centra en los actores militares. Por eso su pregunta clave es ¿por qué no reprimió Ávalos a los manifestantes antes de que llegaran a la Plaza de Mayo? En el capítulo 1 se encuentra una respuesta a esta pregunta.

La base social del peronismo estaba constituida por los migrantes recientes, que habían sido los actores principales del 17 de Octubre: Luna reforzaba esa imagen, prevaleciente desde Victorio Codovilla hasta Germani.<sup>11</sup> Ella fue cuestionada por Murmis y Portantiero en su libro de 1971: no eran solamente los migrantes internos recientes sino todos los trabajadores industriales, nuevos y viejos, guiados por los sindicalistas viejos, quienes habían reaccionado favorablemente ante una política de redistribución del ingreso después de una década de represión y de crecimiento sin distribución.<sup>12</sup> Desde esa perspectiva el 17 de Octubre, sin embargo, era un episodio menor del proceso que había comenzado con la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión en noviembre de 1943 y culminado con la creación del Partido Laborista. Murmis y Portantiero criticaban de ese modo la tesis de Germani, quien en su respuesta, publicada en *Desarrollo Económico* en 1973, enfatizó el carácter espontáneo de los sucesos del 17 de Octubre y reafirmó cuanto había expuesto: los migrantes recientes eran la base humana del peronismo y ellos, por lo tanto, habían sido los actores principales del 17 de Octubre.<sup>13</sup> Agregó algo, sin embargo, a su anterior interpretación que poco se condecía con su preferencia por la sociología empírica: esos migrantes recientes habían actuado de esa manera porque eran los portadores de la cultura de la sociedad tradicional, que incluía la tradición caudillesca. Esta era una hipótesis incomprobada (e improbable) que no pasó inadvertida para quienes, a su turno, criticaron su nueva contribución: Eldon Kenworthy y Tulio Halperin Donghi, en sendos artículos publicados en la misma revista en 1975.<sup>14</sup>

El papel de los sindicatos en esa jornada clave fue enfatizado en dos libros escritos contemporáneamente pero publicados con algunos años de diferencia: el de Hugo del Campo en 1983 y el de Juan Carlos Torre en

<sup>11</sup> Codovilla (1946), p. 141; Germani (1956) y Germani (1962), capítulo 9.

<sup>12</sup> Murmis y Portantiero (1971), pp. 57-129.

<sup>13</sup> Germani (1973). Sobre las interpretaciones de Germani y sus críticos, véase Amaral (2018a).

<sup>14</sup> Kenworthy (1975); Halperin Donghi (1975).

1990. Ambos se inscribían, en tal sentido, en la línea de investigación de Murmis y Portantiero: “por primera vez en nuestra historia, una movilización de la clase obrera determinaba así un cambio sustancial en la situación política nacional”, señala Del Campo; varias eran las circunstancias propicias “pero todas ellas pudieron ser explotadas gracias al lanzamiento de la huelga general”, comenta Torre.<sup>15</sup> Ambos incorporaban a su narración una fuente que no había estado disponible hasta 1973: el acta de la reunión del Comité Central Confederal del 16 de octubre de 1945 en la que se votó a favor de realizar una “huelga general” el día 18. Había sido publicada por Torre en *Pasado y Presente* en 1973 y utilizada por primera vez por él en un artículo aparecido en *Todo es Historia* en 1976.<sup>16</sup>

Dos aportes significativos contemporáneos acerca del 17 de Octubre fueron el análisis del discurso de Perón desde los balcones de la casa de gobierno al fin de la jornada realizado por Emilio de Ípola y el definitivo rechazo por Marysa Navarro, confirmando lo adelantado por Luna, del mito de la participación de quien aun era Eva Duarte.<sup>17</sup> Pero el aporte más significativo para la reinterpretación del 17 de Octubre es el de Oscar Troncoso, que mediante el recuerdo de su experiencia de conscripto que prestaba servicios en el Ministerio de Guerra enfatiza, contra los anteriores relatos épicos y míticos, la normalidad de ese día.<sup>18</sup>

Los tres capítulos de la Parte I tienen un punto de partida distinto del de las versiones hasta aquí referidas. El momento clave identificado por Potash y tomado por Torre para su ejercicio contrafáctico, la ausencia de represión el 17 de Octubre, es el eje del capítulo 1. Allí se analizan los motivos de los actores de esa jornada a partir de la identidad de objetivos de Ávalos y Perón. Ávalos no tenía motivos para reprimir lo que era, después de todo, el triunfo de un objetivo común: el logro del apoyo popular a la dictadura. Había dudado de que eso sucediera y había intentado un camino alternativo que calmara a la oposición, pero ante la revelación de que Perón había concitado ese apoyo debió apartarse, con amargura quizás por haber

<sup>15</sup> Del Campo (1983), p. 221; Torre (1990), p. 139.

<sup>16</sup> El acta está transcrita en “La CGT y el 17 de octubre de 1945”, *Pasado y Presente*, 1973, N° 2-3 (nueva serie), pp. 403-423, y Torre (1988), pp. 153-168. El artículo citado es Torre (1976).

<sup>17</sup> De Ípola (1979); Navarro (1980). Torre (1995) incluye esas dos contribuciones.

<sup>18</sup> Troncoso (2005).

dudado, pero no sin satisfacción por un resultado que prometía eximirlo de rendir cuentas por su participación en la dictadura.

La inquietud que se manifestó entre los obreros de los suburbios industriales de la ciudad de Buenos Aires por la renuncia de Perón, cualquiera haya sido la dimensión de la manifestación del 17 de octubre en la Plaza de Mayo, mostró que la masa ansiaba un conductor. Los sucesos de ese día, pero más aun los del día siguiente, mostraron que ese encuentro se había finalmente producido. Ese es el tema del capítulo 2.

El proceso que comenzó con la revolución del 4 de junio de 1943 y terminó en las elecciones del 24 de febrero de 1946, se narra en el capítulo 3. Dentro de él, la atención se centra en los días transcurridos entre la renuncia de Perón el 9 de octubre de 1945 y su triunfo ocho días después. No había diferencias políticas entre Ávalos y Perón sino solo la desconfianza suscitada por maniobras incomprensibles para aquel que este no podía explicarle. Ese malentendido sirvió de disparador para los temores de los sectores beneficiados por el decisionismo de la dictadura y para quienes añoraban desde la caída del presidente Irigoyen la sumisión a una persona que encarnara su representación política.<sup>19</sup>

Los tres capítulos de la Parte I presentan, por consiguiente, una visión de los sucesos de octubre de 1945 basada en las coincidencias –no, como usualmente, en las diferencias– entre Perón, Farrell y Ávalos: el temor al gobierno de un frente popular que sirviera de Caballo de Troya al comunismo y la convicción de la necesidad de desarticular la base social de tal posibilidad. Estos capítulos contribuyen a desmitificar lo ocurrido entonces y a reubicar el papel de Perón en el marco del proyecto político del Ejército y la Marina, no ya en el de sus ambiciones personales.

## II. Los votos

El 24 de febrero de 1946 Perón fue elegido presidente. ¿Quiénes lo votaron? Esa pregunta surgió entonces y dio lugar a muchas respuestas. Entre

<sup>19</sup> El apellido del presidente era Irigoyen. La Y inicial fue impuesta a mediados de la década de 1940 por un sector del radicalismo, la intransigencia. Véase Amaral (2018b), pp. 21-22. Para el sector que se designaba “yrigoyenista” se mantiene esa grafía, al igual que para la calle Hipólito Yrigoyen.

las de carácter académico, hay que comenzar con la de Gino Germani. En 1956 atribuyó el surgimiento del peronismo a la masa disponible constituida por migrantes recientes que se habían desplazado de la sociedad tradicional a la sociedad industrial.<sup>20</sup> Esa explicación, ya presente aunque sin ese encuadre sociológico en un informe de Codovilla de diciembre de 1945, se centraba en el área metropolitana industrializada hacia donde había fluído esa corriente migratoria. La explicación de Germani se basaba en el análisis del voto peronista realizado en el capítulo XVI de su libro *Estructura social de la Argentina*, publicado en 1955.<sup>21</sup> Ese análisis solamente tomaba en cuenta a la Capital Federal. El resto del país era despachado en apenas dos líneas: allí habían votado por Perón las “clases populares”. Críticos de esa visión, Murmis y Portantiero se concentraron en el papel de los obreros y sindicalistas viejos, es decir, no migrantes recientes, pero sin salir del marco geográfico de la explicación de Germani, el área metropolitana industrializada. Introducían nuevos actores en la explicación del surgimiento del peronismo, pero dejaban de lado lo ocurrido en los distritos electorales donde esos actores no existían.

El primer estudio que abarcó los resultados electorales del 24 de febrero de 1946 en todo el país fue el de Peter H. Smith publicado en 1972.<sup>22</sup> De manera entonces sorprendente encontró que la base social del peronismo era policlasista, ya que Perón había triunfado en departamentos con distinta configuración social. Como no podía negar el hallazgo de Smith, Germani precisó en su artículo publicado un año después que los migrantes recientes habían sido el factor decisivo del triunfo de Perón. Su insistencia le atrajo las críticas de Halperin Donghi, que señaló que los migrantes recientes no provenían de las regiones en las que podría haber existido la sociedad tradicional ni haber portado, por lo tanto, los valores prevalecientes en ella; y de Kenworthy, que apuntó que los valores de la correlación del voto peronista con los obreros industriales, incluidos los obreros viejos, era más alta que con los migrantes recientes. Kenworthy, en un artículo publicado también en 1973, había señalado el sesgo geográfico y ocupacional de la argumentación de Germani y la consiguiente ausencia

<sup>20</sup> Germani (1956) y (1962), pp. 233-252.

<sup>21</sup> Germani (1955), pp. 241-263.

<sup>22</sup> Smith (1972).

de explicación acerca de lo sucedido en el resto del país, donde las cifras solas, sin necesidad de análisis, revelaban una proporción de apoyo a Perón tan alta como la que había obtenido en el área industrializada. A él le respondía Germani al enfatizar el papel decisivo de los migrantes recientes.

La conformación de las alianzas políticas que anudó Perón solo comenzó a ser explorada en detalle por Ignacio Llorente y Luis González Esteves en sus estudios sobre el voto peronista en las provincias de Buenos Aires y Córdoba, publicados en 1977 y 1980.<sup>23</sup> Aunque insistían en la utilización del método ecológico usado por Germani en sus publicaciones de 1955 y 1973 y por Smith en la de 1972, su objetivo era, además de observar los apoyos sociales, observar las coaliciones políticas tal como podían estimarse a partir de la comparación de los resultados de las elecciones de 1946 con otras anteriores. Un punto de inflexión en los estudios del surgimiento del peronismo estuvo dado por el artículo de Sandra Gayol, Julio César Melon y Mabel Roig publicado en 1988 que puso el foco en el papel de los actores locales.<sup>24</sup> A partir de ese estudio, pero no inmediatamente, proliferaron los estudios provinciales y locales que pusieron en una nueva perspectiva el surgimiento del peronismo.<sup>25</sup>

Los capítulos de la Parte II cuestionan algunos aspectos de esos debates. El capítulo 4 estudia las migraciones recientes a partir de la cantidad de nuevos inscriptos en las elecciones de 1946 respecto de las elecciones anteriores. Como el enrolamiento era compulsivo, el crecimiento de la cantidad de inscriptos entre dos elecciones en un distrito se debía a las migraciones si era superior a la tasa de crecimiento intercensal de la población o al porcentaje de crecimiento total del país. Este capítulo estudia las diferencias entre las cifras esperadas y las reales de inscriptos en 1946 en cada distrito electoral y dentro de uno de ellos, la provincia de Buenos Aires, con el fin de dilucidar el origen y destino de los migrantes internos en condiciones de votar.

Perón triunfó en las elecciones del 24 de febrero de 1946 porque consiguió el apoyo de los trabajadores industriales, algunos de ellos quizá

<sup>23</sup> Llorente (1977); González Esteves (1980).

<sup>24</sup> Gayol, Melon y Roig (1988).

<sup>25</sup> Sobre los cambios de perspectiva en las interpretaciones del origen del voto por Perón, véase Amaral (2018b), capítulo 1.

migrantes recientes, pero también el de muchos integrantes de otros sectores sociales tanto en el área metropolitana industrializada como en áreas donde no había trabajadores industriales ni migrantes recientes. El análisis de la base social del voto, sin embargo, oculta la experiencia política previa de los integrantes de esos sectores. Pocos de quienes votaron ese día llegaron sin experiencia alguna, fuese como votantes en anteriores elecciones o como integrantes de grupos en alguna medida politizados (de familiares, amigos, compañeros de trabajo, religión o diversión). Esa experiencia solo puede ser estudiada en particular, en el plano local. Después del artículo de Gayol, Melon y Roig, pero no inmediatamente, los historiadores comenzaron a prestar atención al surgimiento del peronismo en las capitales de provincia y en algunas ciudades no capitales. Así, excepto para Capital Federal, Entre Ríos, San Juan y San Luis, se cuenta hoy con estudios más o menos detallados de los grupos políticos que apoyaron a Perón en los otros once distritos electorales; como también con estudios sobre siete ciudades no capitales, una de Córdoba y seis de Buenos Aires. El capítulo 5 estudia una situación local para mostrar los factores políticos que explican el voto peronista en las elecciones de 1946 en Villa María, Córdoba. La decisión de un dirigente radical de esa ciudad, Salomón Deiver, de romper con su partido y con su anterior jefe político, permitió el triunfo de la coalición peronista en la elección distrital en su ciudad y aun en la provincia. El caso de Deiver es el conocido, pero debe de haber habido infinidad de dirigentes locales que con su pronunciamiento hacia una candidatura u otra decidieron el resultado de las elecciones.

Los dos capítulos de la Parte II surgieron del estudio de los resultados de las elecciones del 24 de febrero de 1946, tanto nacionales como distritales en los quince distritos electorales del país, que llevé a cabo en *Perón presidente*.<sup>26</sup> Aunque allí se encuentra el panorama completo, el estudio de los cambios en la cantidad de inscriptos en Buenos Aires y el del papel de un dirigente local en Córdoba complementan algunas de las conclusiones de ese libro.

<sup>26</sup> Amaral (2018b).

### III. Exilio y regreso

El exilio de Perón comenzó el 20 de septiembre de 1955 cuando, perdido el apoyo del Ejército, debió abandonar la presidencia. La recuperó dieciocho años después, el 12 de octubre de 1973, tras superar el último obstáculo que impedía su regreso: el Ejército. Hubo muchos cambios en la Argentina entonces y también los tuvo Perón.

El camino del exilio fue largo y, en los primeros años, movido: Paraguay, Panamá, Venezuela, República Dominicana y, finalmente, España. Llegó a Asunción el 3 de octubre de 1955, después de permanecer trece días en una cañonera paraguaya fondeada frente a Buenos Aires. Estuvo internado en Villarrica desde el 17 de octubre, pero el 1° de noviembre volvió a Asunción. En la madrugada del 2 de noviembre de 1955, partió con la intención de llegar a Nicaragua, gobernada entonces por Anastasio Somoza. El viaje aéreo duró tres días, con escalas en Río de Janeiro, Salvador (donde pasó la primera noche), São Luiz, Macapá (segunda noche), Paramaribo y Caracas (tercera noche), y terminó el 5 de noviembre en Panamá. Residió entre esa ciudad y Colón, excepto unos pocos días en que debió ir a Nicaragua, hasta el 8 de agosto de 1956. Ese día voló a Caracas, donde estuvo hasta que una revolución depuso a su anfitrión Marcos Pérez Jiménez. Llegó a Ciudad Trujillo, como se denominaba entonces la capital dominicana, el 27 de enero de 1958 y estuvo allí dos años. El 27 de enero de 1960 arribó a Sevilla y en poco tiempo se estableció en Madrid, donde transcurrió el resto de su exilio.<sup>27</sup> Este terminó el 17 de noviembre de 1972 con su primer viaje a la Argentina. El 14 de diciembre, 27 días después, volvió a Madrid. Desde allí emprendió su regreso definitivo, que ocurrió el 20 de junio de 1973. ¿Cómo afectó el exilio a Perón? ¿Hubo cambios en su práctica política? ¿Cómo logró regresar al primer plano de la política nacional? Los capítulos de la Parte III se refieren, de un modo u otro, a esas preguntas.

Durante los primeros meses de su exilio, Perón pensó que una rebelión popular, no militar porque se sentía traicionado por sus camaradas, lo devolvería al poder. Por eso tras su llegada a Panamá y durante los prime-

<sup>27</sup> Las fechas se encuentran en Amadeo (1956), p. 69; *La Nación*, 3 al 8 de noviembre de 1955; Page (1999), pp. 400-401 y 417; y Barrios (1964), pp. 9-11 y 116-118.

ros meses de su residencia en Caracas intentó radicarse en Chile para estar más cerca de la Argentina y jugar un papel en la rebelión que esperaba. Ese fue el motivo de su correspondencia con la poetisa y política chilena María de la Cruz, de la que Perón esperaba convenciese al común amigo Carlos Ibáñez del Campo que le abriese las puertas del país que presidía. Quién era María de la Cruz, qué la ligaba a Perón y por qué él creyó que podía cumplir tal misión es el tema del capítulo 6.

En esos primeros meses, asimismo, Perón creyó que aún se mantenían las organizaciones que habían servido a su gobierno: el Partido Peronista, el Partido Peronista Femenino, la CGT. Sin embargo, esos partidos habían dejado de existir antes que fuesen prohibidos y la CGT había comenzado su adaptación a las nuevas circunstancias antes que fuera intervenida. Así, cuando en enero de 1956 Perón envió a través de María de la Cruz las primeras directivas a sus seguidores, ellas estaban dirigidas a esas tres organizaciones ya fantasmas. Desde el mes anterior, no obstante, habían comenzado a aparecer en los diarios noticias acerca de bombas, sabotajes, incendios intencionales y otras acciones violentas cuyo blanco directo eran más objetos que personas. Ese era un movimiento espontáneo, sin una única cabeza, de muchos grupos pequeños sin conexión entre sí: la resistencia. Ella podía ser un motivo de satisfacción para Perón, ciertamente, pero no un instrumento de acción política. El primer indicio de que disponía de tal instrumento fue el voto en blanco en las elecciones del 28 de julio de 1957. En lugar de mantener la intransigencia que había pregonado hasta entonces, Perón decidió cambiar su práctica política. Cómo adaptó Perón su acción a los instrumentos de que disponía es considerado en el capítulo 7.

La resistencia peronista tuvo una primera ola, según las noticias de los diarios, desde poco después de la caída de Perón hasta las elecciones del 23 de febrero de 1958, en las que Perón ordenó a sus seguidores votar por Frondizi. Una segunda ola comenzó, también según los diarios, a principios de 1959 y duró hasta mayo del año siguiente. A diferencia de la primera, que había sido espontánea y desordenada, la segunda fue más organizada y más violenta. A diferencia de la primera, que había sido reprimida no muy eficazmente por la policía, la segunda fue suprimida en dos meses después que el gobierno decidió la intervención del Ejército. Distinto fue

el grado de amenaza de una y otra ola de violencia, pero también la manera de enfrentarla. Esas diferencias suscitaron mi interés: ¿a qué se debió ese cambio? Encontré la respuesta en las revistas especializadas en temas militares. Una misión militar francesa instalada en la Escuela Superior de Guerra desde mediados de 1957 fue el centro de difusión de la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria elaborada a partir de la experiencia de Argelia, donde el ejército francés había derrotado a la subversión urbana y rural alentada por las fuerzas independentistas. Los métodos propiciados por esa doctrina sirvieron para terminar la segunda ola de la resistencia y estaban en el bagaje de conocimientos técnicos cuando el "castrismo", las guerrillas alentadas por la Revolución Cubana, inició lo que Régis Debray llamó "la gran marcha de América Latina".<sup>28</sup> El peronismo había sido una sólida valla contra el comunismo, pero ¿y si el castrismo y el peronismo coincidían? Cómo debía encarar técnicamente el Ejército esa temida confluencia es el tema del capítulo 8.

Perón quedó políticamente solo el 20 de septiembre de 1955, pero en las elecciones del 23 de septiembre de 1973 obtuvo el 62% de los votos y el beneplácito de la mayoría de quienes se le oponían. ¿Cómo pudo pasar Perón de aquella derrota a este triunfo? Tras la caída de Perón en 1955 comenzó un intento de reconstrucción democrática en el que actores políticos diversos coincidían en competir entre sí, pero no con el que los había excluido y hostigado durante casi una década. Tras un primer momento en que algunos pensaron que desaparecido Perón de la escena desaparecería también el peronismo y otros se mostraron más preocupados por absorber sus restos más que en destruirlo, la reconstrucción democrática tropezó con el problema cuya resolución consumió más de tres lustros: qué hacer con ese peronismo que se resistía a desaparecer y a cortar sus lazos con Perón; qué hacer con Perón, que en sus años de gobierno se había mostrado más preocupado por lograr una homogeneidad, aunque solo fuese superficial, que por aceptar la pluralidad de las concepciones políticas. El esfuerzo de Perón por lograr legitimidad como actor político, es decir, la aceptación por los otros actores de su participación en un orden político común, es la trama del capítulo 9.

<sup>28</sup> Debray (1964-1965).

#### IV. Violencia y legado

Cuando Perón descubrió que tenía un cierto capital electoral, no el esperado pero mayor que el de sus competidores, dejó de incitar a la violencia y comenzó a intentar su inserción en el orden político democrático que estaban construyendo sus antiguos adversarios. El problema que enfrentaba era cómo convencerlos de que su visión de la política había cambiado y de que estaba dispuesto a aceptar las reglas de la convivencia democrática, que no se había sentido obligado a respetar mientras ejercía el gobierno. Aunque no pudo convencerlos a todos rápidamente ni a la vez, Perón dio repetidas muestras de que su proyecto político pasaba por conseguir el poder no por medios violentos sino por la vía electoral. Así, desde 1958 reorganizó a su hueste en un partido político cuyo nombre ya nunca más se refirió a su persona e intentó que compitiera en todas las elecciones siguientes. Al mismo tiempo que esos conatos de participación desestabilizaban al orden político democrático porque no todos los actores creían en la sinceridad de sus intenciones y reaccionaban en consecuencia, servían para destacar su anhelo de ser aceptado por ellos. Las dificultades de Perón se debían a que no todos los actores políticos tienen la misma capacidad para dejar de lado el pasado y asumir los desafíos del presente y del futuro. La historia de las relaciones entre los actores políticos debe tenerse en cuenta para explicar sus conductas: los adversarios políticos de Perón estaban tratando de construir un orden político democrático en el que aceptaban competir entre sí, pero muchos de ellos desconfiaban de quien en un pasado muy cercano no había dado muestras de aceptar la competencia en condiciones igualitarias.

A pesar de muchos tropiezos, entre 1958 y 1966 Perón logró convencer a casi todos los actores acerca de su nueva actitud política, pero faltaban los militares. Tras los enfrentamientos intestinos de 1962 y 1963, los integrantes de la fracción vencedora pensaron que el restablecimiento de la democracia contribuiría a absorber al peronismo sin Perón. El fracaso del proyecto político de Vandor, sin embargo, los convenció de que no había más remedio que negociar directamente con Perón y que para ponerle condiciones era necesario un hombre fuerte que llevara a cabo la tarea. Onganía, ese hombre fuerte, no entendió de esa manera su misión: en lugar de consolidar el orden político democrático incluyendo a Perón,

estableció un régimen autocrático que no solamente lo excluía a él sino a todo el arco partidario.

La consecuencia fue la reunión de Perón con sus antiguos adversarios en La Hora del Pueblo para reclamar el restablecimiento del orden constitucional. A esa altura, noviembre de 1970, Onganía ya había sido desplazado, pero las consecuencias de su cerrazón ya se sentían: la lucha armada había comenzado. No era exactamente la preconizada por Cuba, que encontró en el Che Guevara a su exponente paradigmático, sino otra que había surgido de su fracaso. Él la había basado en el foquismo, la disparatada idea de que para hacer la revolución bastaba armarse e irse al monte sin prestar atención alguna al contexto político, pero los recién llegados a la acción directa pretendían incidir e insertarse en la política nacional. Lo hicieron subrepticamente con las puebladas (el Cordobazo, el Viborazo y otros "azos" menores), los magnicidios (Vandor, Aramburu, Alonso) y una infinidad de acciones poco arriesgadas pero muy efectivas, que comprendían desde los atentados simbólicos hasta delitos comunes. Desde entonces, esa nueva lucha armada –urbana, identificada con el peronismo– presentó un problema tanto para el gobierno como para Perón. ¿Cómo reaccionó ante la violencia generada en su nombre? ¿Cuál había sido su visión de la violencia? ¿Se mantuvo inalterada? El capítulo 10 ofrece algunas respuestas a esas preguntas.

Perón no generó la violencia política de fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, pero tampoco la condenó. Encontró en ella un instrumento ambiguo y peligroso: no podía rechazarla, porque le servía para presionar al gobierno militar en retirada, pero tampoco podía controlar sus acciones. Como había surgido sin su anuencia, prefirió dejarla hacer: una condena inefectiva no habría surtido otro efecto que desacreditarlo y limitar sus propias opciones. Esos eran los motivos de Perón para aceptar la violencia practicada en su nombre. Pero, ¿cuáles eran los de quienes la practicaban en su nombre? Durante varios años la lucha armada fue irse al monte; luego, con los Tupamaros, a la jungla de cemento. Los escritos de Cooke la situaron en el seno del peronismo.<sup>29</sup> Su lectura de Gramsci lo había llevado al convencimiento de que la clase no era una categoría abs-

<sup>29</sup> Amaral (2010).

tracta sino histórica y, por lo tanto, que la experiencia histórica de la clase obrera argentina era el peronismo. La revolución social y, en consecuencia, la lucha armada pasaban por el peronismo. Perón contaba solamente como el mito unificador de la clase, no como un actor político: por lo que había sido en el pasado, no por sus intenciones del presente. Cuando decidió regresar a la Argentina, las organizaciones armadas peronistas que habían apostado a su pasividad se encontraron con un político dispuesto a llevar a cabo su propio programa. Para que el mito viviera y ellas pudieran usarlo para hacer su revolución, Perón debía morir. Los acontecimientos de Ezeiza del 20 de junio de 1973 fueron, como muestra el capítulo 11, la consecuencia del intento de llevar a la práctica esa idea.

El breve lapso que Perón estuvo en la Argentina entre su regreso y su muerte, apenas un año y unos pocos días, sirvió para que su legado se diferenciara de los objetivos de las organizaciones armadas. Ese legado estaba compuesto por todo aquello que había hecho y dicho desde que las circunstancias lo acercaron al poder en 1943. No todo, sin embargo, tuvo el mismo efecto inmediato ni a la larga. Se preocupó por desembarazarse de quienes solo lo querían como mito, tanto por la condena explícita en el discurso que pronunció en la Plaza de Mayo del 1° de mayo de 1974, como por el elogio a la oposición democrática que efectuó ese mismo día en el Congreso. Había concentrado un gran poder: eligió compartirlo con sus antiguos y pacíficos adversarios antes que con sus nuevos y violentos partidarios. El legado político del Perón de los años setenta es considerado en el capítulo 12, no el moral, social o económico, entre otros posibles, que no han sido parte de mi investigación, como tampoco lo ha sido el distinto legado del Perón de los años cuarenta y cincuenta.

El estudio de las acciones y los dichos de Perón permite precisar su concepción del poder y de la política. Su concepción del poder nunca dejó de ser militar: él era, ante todo, un conductor y debía utilizarlo para cumplir su misión; pero su concepción de la política varió entre la que hizo desde el poder y la que debió hacer ya sin él. En la cumbre, los aliados potenciales sobran: no es necesario convencerlos sino solo ofrecerles algo que los satisfaga; en el llano, faltan: sin nada para ofrecer, hay que persuadirlos. Su cambio en la concepción de la política no lo llevó necesariamente al de su idea respecto de la centralidad del Estado. Por eso, el legado de

Perón fue más ambiguo que lo señalado en el capítulo 12: su empeño final no alcanzó para borrar el pasado, donde quedaron anclados tanto algunos adversarios como muchos de sus seguidores.

Parte I  
La masa



## Qué pasó el 17 de octubre de 1945

Todos sabemos qué pasó el 17 de octubre de 1945: Perón triunfó. Ocho días antes había debido renunciar a todos sus cargos, pero los sucesos de ese día le permitieron recobrar la influencia entre sus camaradas y en el gobierno, lanzar su candidatura presidencial y organizar la base política que lo llevó a la victoria en la elección del 24 de febrero de 1946. Félix Luna dedica treinta páginas de *El 45: crónica de un año decisivo* a la reconstrucción de lo que sucedió ese día. “No hay nada en nuestra historia que se parezca a lo del 17 de Octubre”, dice al iniciar la sección VII del capítulo III, titulado “El huracán de la historia”.<sup>1</sup> Esa reconstrucción, sin embargo, presentaba dificultades: “lo que ocurrió aquella tarde es difícil o acaso imposible de describir ordenadamente. Las crónicas de los diarios confunden, la cronología no funciona, los testimonios de los actores se contradicen. Todo fue confusión y caos, un accionar individual de francotiradores sueltos, moviéndose como ruedas que no combinan con sus engranajes naturales”.<sup>2</sup> En su relato se esfuerza, sin embargo, por poner orden en el material suministrado por las fuentes. Entre estas se encuentran los testimonios publicados de David Kelly y Eduardo Colom: los que él recogió de Raúl Tanco y Juan Perón; los incluidos en la “Historia del peronismo” publicada en la revista *Primera Plana* entre el 15 de junio y el 26 de octubre de 1965; y las crónicas de los diarios.<sup>3</sup> El significado que para él tuvo “lo que ocurrió” ese día ya lo había dicho al comienzo de su relato: “lo más singular del 17 de Octubre fue la violenta y desnuda presentación de una nueva realidad humana que era la expresión auténtica de la nueva

<sup>1</sup> Luna (1969), pp. 342-372.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 353-354.

<sup>3</sup> Son las fuentes mencionadas en las notas del libro de Luna (1969), pp. 421-427. *Primera Plana* publicó el relato de los acontecimientos de octubre de 1945 entre el N° 151, del 28 de septiembre de 1965, y el N° 155, del 26 de octubre de 1965.

realidad nacional".<sup>4</sup> La "horda desaforada que tenía el color de la tierra", los "argentinos periféricos, ignorados, omitidos, apenas presumidos, que de súbito aparecieron en el centro mismo de la urbe para imponerse arrolladoramente": ellos fueron, según la colorida y ágil pluma de Luna, los actores principales de ese día al salir a las calles y al concentrarse en la Plaza de Mayo.<sup>5</sup> Si la movilización y la concentración fueron los factores fundamentales de lo ocurrido ese día, surge una pregunta inevitable: ¿por qué no fueron reprimidas? Y al buscar una respuesta a esa pregunta aparece un actor clave, el dueño de la situación después de la renuncia de Perón ocho días antes, quien lo había reemplazado como ministro de Guerra: el general Eduardo Ávalos, jefe del acantonamiento de Campo de Mayo desde el 18 de junio de 1943 hasta su llegada al ministerio.<sup>6</sup> La pregunta puede formularse entonces de otra manera: ¿por qué no reprimió Ávalos a los manifestantes que en la Plaza de Mayo reclamaban a Perón?

#### La decisión de Ávalos

Luna tiene una respuesta para ese interrogante: el general Ávalos no le dio importancia a la concentración. Al menos por la mañana; después, se "deslizó de la cólera al mutismo; parecía estar resignado a que pasara lo que debía pasar y no dejaba de estar impresionado por el espectáculo de la multitud". Ese espectáculo y el agotamiento por la intensa actividad desplegada durante los últimos ocho días, lo llevaron a capitular: "poco le costaría a Mercante, a eso de las 20, convencerlo que debía entrevistarse con Perón".<sup>7</sup>

Otro historiador se hizo la misma pregunta, ¿por qué no fue reprimida la concentración?, y le dio una respuesta distinta. El mismo año en que Luna publicó *El 45*, Robert Potash publicó el primer volumen de su igualmente magistral *El ejército y la política en la Argentina*, que cubre el período transcurrido desde el ascenso de Irigoyen en 1928 hasta el triunfo de Perón

<sup>4</sup> Luna (1969), p. 342.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 342-343.

<sup>6</sup> Ávalos fue designado jefe de las fuerzas del acantonamiento de Campo de Mayo por el decreto 774, del 18 de junio de 1943, en *Boletín Oficial de la República Argentina*, 20 de julio de 1943, y Gasió (2013), p. 310.

<sup>7</sup> Luna (1969), pp. 352-359.

el 17 de octubre de 1945.<sup>8</sup> En las páginas finales del libro, al detenerse en los sucesos de ese día, enfoca su atención principalmente en el general Ávalos: "suya era la tremenda responsabilidad de decidir si correspondía contener la concentración obrera, y en caso de que se resolviese por la afirmativa, cuándo, dónde y con qué medios; y también debía juzgar si el uso de la fuerza desencadenaría una reacción contraria, y si este hecho representaba la antesala de la violencia generalizada y aun la guerra civil". El general Ávalos "podía controlar la situación utilizando a las unidades militares", ya que "en su carácter de comandante de la guarnición de Campo de Mayo sabía que contaba con el apoyo total de los jefes de regimiento", aun cuando el apoyo de la policía y de otros regimientos de la guarnición de Buenos Aires era dudoso. Más dudosa es la suposición de Potash de que si Ávalos quería "mantener el control con un mínimo de violencia", tendría que haber ordenado a las tropas de Campo de Mayo que entrasen en la ciudad el día 16, "o a más tardar en la mañana del 17". Pero no lo ordenó: Ávalos había advertido "tardíamente la gravedad de la situación". En la mañana del 17 uno de los jefes de regimiento de Campo de Mayo solicitó permiso para actuar, pero Ávalos negó su consentimiento "en parte porque entendía que la situación no era peligrosa; pero también porque no deseaba que hubiese derramamiento de sangre".<sup>9</sup>

Es decir que, según Potash, Ávalos tendría que haber adivinado que una situación que no era grave lo sería más tarde. Si se deja de lado este requerimiento de una presciencia que Ávalos, como el resto de los humanos, no poseía, cabe preguntarse por qué creyó que la situación no era tan grave como para tomar medidas que pudiesen llevar a un derramamiento de sangre. Antes de considerar la respuesta de Potash, es necesario precisar cuándo cree él que la situación se puso tan grave. Al respecto, señala: "Entrada la tarde, cuando los gritos resonantes de la multitud que exigía el retorno de Perón penetraban por las ventanas de las oficinas del gobierno, Ávalos se comportaba cada vez más como un hombre que abrigaba la esperanza de concertar un compromiso, pero prefería la derrota antes que el derramamiento de sangre. Las negociaciones con Perón comenzaron a

<sup>8</sup> Potash (1994a). La edición original en inglés es de 1969 y la primera edición en castellano de 1971.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 395-396.

las cuatro y media de la tarde cuando Ávalos llamó a Mercante a la Casa Rosada".<sup>10</sup>

Entonces, según Potash, fue a las cuatro y media de la tarde del 17 de octubre que Ávalos prefirió la derrota a la violencia bajo presión de la multitud reunida en la Plaza de Mayo. Y, establecida la hora de su derrota, la hora de la renuncia a la violencia, hay que responder por qué un general, paradójicamente subraya Potash, prefirió la derrota a la violencia. Potash señala dos factores que lo llevaron a esa decisión: por un lado, "el acoso a que lo sometieron los civiles antiperonistas", su insistencia en que la Corte Suprema se hiciese cargo del gobierno, "una solución que a juicio de Ávalos era humillante", que quizá lo llevó a preguntarse "si en definitiva no tenía más en común con Perón" que con aquellos; pero, por otro lado, "quizá la razón más importante de su actitud no fue política sino personal", un reflejo consciente o inconsciente de su sentimiento de culpa por el enfrentamiento del 4 de junio de 1943 en la Escuela de Mecánica de la Armada, que produjo setenta bajas fatales, entre ellas el ayudante personal de Ávalos y muchos civiles inocentes. Ávalos nunca olvidó el episodio, señala Potash, "y el 16 de octubre lo mencionó específicamente en una entrevista concedida a un corresponsal de Reuters", que el diario *La Prensa* publicó en su edición del 17.<sup>11</sup> A pesar de que Potash señala esos dos factores que llevaron a Ávalos a tomar su decisión, se abstiene de explorar el primero y pone el peso de la explicación en el segundo: "no es ilógico suponer", continúa, "que en el fondo de la conducta del general Ávalos el 17 de octubre había un íntimo sentimiento de desasosiego en vista de su actitud anterior", que justificaría "su decisión de evitar cualquier medida que lo hiciese responsable de nuevas pérdidas de vidas". "Si esta interpretación es exacta", sigue Potash, "los hechos del 4 de junio de 1943 y del 17 de octubre de 1945 guardan una relación más estrecha de lo que se cree generalmente. Pues la revolución de junio no sólo abrió el camino ... al predominio político del coronel Juan Perón, sino que desarmó psicológicamente al único oficial que disponía de poder suficiente para impedir que Perón conquistase un control total en octubre de 1945".<sup>12</sup> Para Potash, los

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 397.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 400.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 401.

hechos del 4 de junio de 1943 y los del 17 de octubre de 1945 se vinculan solamente por la decisión generada por el sentimiento de culpa de una persona, que podría haber actuado de manera diferente y, por lo tanto, cambiado el curso de la historia. Es cierto que al introducir su conclusión con la cláusula "si esta interpretación es exacta", deja abierta la posibilidad de que no lo sea; pero como no explora otras explicaciones alternativas, ni siquiera la otra que él mismo sugiere, esa cláusula queda apenas como un artificio retórico.

Una prueba de la influencia de la interpretación de Potash es que esa supuesta decisión de Ávalos fue el punto de partida elegido por Juan Carlos Torre para un ejercicio de historia contrafáctica.<sup>13</sup> En los confusos acontecimientos de esos días en que soplaban "el huracán de la historia" no encontró otros episodios en los que con muy poco, apenas una decisión individual, la historia podría haber seguido otro curso: el general Ávalos podría haber dispuesto la dispersión de los manifestantes y, por lo tanto, Perón no habría triunfado. Sin entrar a considerar los ejercicios de historia contrafáctica, que son un esfuerzo de la imaginación de una naturaleza distinta del que realizamos habitualmente los historiadores, puede ponerse en duda la posibilidad de ese cambio de curso (y, consecuentemente, el peso del factor psicológico), mediante un examen del otro factor mencionado por Potash para explicar la decisión de Ávalos: lo que tenía en común con Perón. En esta tarea hay dos aportes cruciales: el del mismo Potash y el de Loris Zanatta en su libro *Perón y el mito de la nación católica*.<sup>14</sup>

### El motivo de la decisión

Potash muestra que entre junio de 1943 y octubre de 1945 hubo no menos de diez conflictos dentro del gobierno, en todos los cuales, hasta el 8 de octubre de 1945, Ávalos y Perón estuvieron del mismo lado. Cuando ese día se produjo la ruptura entre ellos no fue por ningún desacuerdo acerca de la política que Perón había seguido en alguno de sus cargos, que por entonces, además de otros menores, eran el de secretario de Trabajo y Previsión, ejercido desde diciembre de 1943; el de ministro de Guerra,

<sup>13</sup> Torre (1997).

<sup>14</sup> Zanatta (1999).

desde febrero de 1944; y el de vicepresidente, desde julio del mismo año. Más aun, Perón atribuyó la obtención de los dos últimos a la intervención de Ávalos.<sup>15</sup> Los conflictos internos habían dado muchas oportunidades para el disenso, como también los muy frecuentes discursos de Perón,<sup>16</sup> especialmente aquellos en los que había expresado lineamientos políticos muy definidos, como el del 2 de diciembre de 1943, cuando asumió como secretario de Trabajo y Previsión, sobre el nuevo papel del estado; el del 10 de junio de 1944, en el Colegio Nacional de La Plata, sobre los alcances de la defensa nacional; o el del 25 de agosto de 1944, en la Bolsa de Comercio, sobre el sentido de su política de organización de las masas y la necesidad de redistribuir la riqueza para contrarrestar la amenaza comunista.<sup>17</sup>

El enfrentamiento no se produjo por ninguna diferencia sustancial en cuanto a la política seguida o a la por seguir, sino por la designación, atribuida por Ávalos a la influencia de la actriz Evita Duarte, de Oscar Nicolini como director de Correos y Telecomunicaciones, cargo al que aspiraba el teniente coronel Francisco Rocco, director de la Escuela de Comunicaciones de Campo de Mayo.<sup>18</sup> Haya sido sugerido por ella o no el nombramiento de Nicolini en ese puesto clave para controlar las comunicaciones nacionales (y el traslado de las urnas, cuando llegaran las elecciones, desde las mesas hasta el lugar de recuento de los votos), Perón puede haber tenido otros motivos: era un oscuro funcionario cuya vinculación con el gobierno pasaba exclusivamente por Perón, no un oficial en actividad cuya obediencia no tenía por qué limitarse solamente a este en un cargo fuera de la línea de comando. El desacuerdo entre Ávalos y Perón era circunstancial: el gobierno estaba bajo fuerte presión de la oposición democrática desde la exitosa Marcha de la Constitución y de la Libertad, realizada el 19 de septiembre. El problema era cómo llevar a cabo la restauración de la democracia y lo que vendría tras ella: un editorial del diario

<sup>15</sup> Bill de Caledonia, "¿Dónde estuvo?", pp. 5-6. Perón reconoce que fue el autor de ese folleto en Luca de Tena, Calvo y Peicovich (1976), p. 61.

<sup>16</sup> Perón pronunció 165 discursos entre el 2 de diciembre de 1943 y el 17 de octubre de 1945, según Del Campo (1983), p. 151. Los discursos entre esas fechas recopilados en Perón (1944) son 77 y en Perón (1946a) son 52, lo que hace un total de 129 discursos; y en Perón (1946b) hay listados 141 discursos.

<sup>17</sup> Del Campo (1983), pp. 134-136, 141 y 152-154.

<sup>18</sup> Luna (1969), p. 275. La versión de Perón del incidente está en Bill de Caledonia, "¿Dónde estuvo?", pp. 10-12.

*La Prensa* pedía el castigo de los responsables de la represión sufrida por los estudiantes a comienzos de octubre; y para aquellos que no fuesen encontrados culpables por los tribunales reclamaba la justicia administrativa, una amenaza que se cernía sobre los militares gobernantes mucho más allá del hecho que comentaba.<sup>19</sup> El nombramiento de Nicolini debe de haber sido visto por Ávalos como una maniobra fallida, que solo podía dar réditos a la oposición. Era un disenso ocasional, sin embargo, no respecto de los objetivos políticos de la dictadura militar ni sobre el camino seguido hasta entonces, sino solo sobre una medida que para uno ayudaba y para el otro complicaba la obtención del objetivo común.

Zanatta, por su parte, muestra el marco de ideas que compartían muchos oficiales del Ejército, como consecuencia de los esfuerzos de la Iglesia desde fines de los años veinte y a lo largo de los treinta, por imponer una versión del pasado nacional que veía al liberalismo de la Constitución de 1853 como un episodio que había interrumpido la continuidad católica del pueblo argentino y al liberalismo de esos años como la puerta por la que entraría el comunismo.<sup>20</sup> La solución pasaba por la nacionalización de las masas, es decir, su alejamiento del socialismo y del comunismo, y por el establecimiento de un orden político autoritario con una política social reformista. El modelo era el Portugal de Salazar, la España de Franco. La revolución de junio de 1943 fue la expresión local de ese modelo, pero tanto acontecimientos internos (las dificultades que su puesta en práctica presentó enseguida) como externos (la derrota del fascismo y del nazismo en Europa) complicaron su implementación. Cuando comenzó a ser obvio que ese modelo no funcionaba, también comenzó a serlo que era necesario poner fin a la dictadura militar. El problema era cómo hacerlo. Perón tenía una propuesta, la que expuso en sus repetidos discursos, pero ella fue la que entró en crisis con el avance de la oposición democrática; no las ideas que compartía con Ávalos, Farrell, los antiguos miembros del GOU y muchos otros integrantes del Ejército, sino la posibilidad de una salida sin Nuremberg. El juicio a los jefes nazis se había anunciado a fin de agosto y comenzaría a mediados de noviembre; los diarios de octubre estaban

<sup>19</sup> *La Prensa*, 13 de octubre de 1945.

<sup>20</sup> La versión promovida por la Iglesia Católica en las décadas de 1920 y 1930, en Zanatta (1996).

lentos de noticias relativas al enjuiciamiento y ejecución de criminales de guerra. Alguien gritó “¡Nuremberg!” en la concentración opositora del 12 de octubre frente al Círculo Militar, según recuerda Luna que dice Julio Irazusta.<sup>21</sup> En ese clima, tan bien reconstruido en *El 45*, Ávalos y otros oficiales dudaron de que Perón pudiera sacar al Ejército del atolladero.

“Si esta interpretación es exacta”, se puede decir siguiendo a Potash pero solo como artificio retórico, el peso de la explicación de la decisión de Ávalos ya no recae en su sentimiento de culpa sino en todo lo que compartía con Perón. El problema de Ávalos no era Perón, sino qué hacer con la oposición democrática, cómo negociar sin ceder ante ella. Tal como se vio en esos días, una carrera militar que había culminado en el comando de Campo de Mayo no resultó la mejor preparación para alcanzar un objetivo político tan complejo. Así lo muestra la fracasada entrevista de la Junta de Coordinación Democrática con el nuevo ministro de Guerra, llevada a cabo en la tarde del 12 de octubre, conocida por el relato del misterioso Gontran de Guemes.<sup>22</sup>

La decisión de Ávalos se debió entonces a que las circunstancias habían revelado la inviabilidad de un proyecto político que conformara a la oposición y al Ejército. Algo había intentado: el pedido al procurador general de la Nación, Juan Álvarez, de que formara un gabinete era un paso en esa dirección. Pero ese paso era insuficiente para la oposición y demasiado arriesgado para el Ejército. Peor aun, los obreros estaban en las calles y había una huelga general en puertas. Frente a la perspectiva de que esa huelga desbordara las posibilidades de contención de la policía y del Ejército y se transformara en una huelga revolucionaria ¿qué importancia podía tener el disenso acerca del nombramiento de Nicolini? Perón se revelaba como el único que podía frenar una amenaza mucho más seria que la de la oposición democrática que, lejos de intentar una revolución (el frustrado golpe del general Rawson en septiembre no suscitó ninguna

<sup>21</sup> Irazusta (1966), p. 31, citado por Luna (1969), p. 408.

<sup>22</sup> Guemes (1956), pp. 119-122, citado por Luna (1969), pp. 316-317. Gontran de Guemes –no Gontrán de Güemes, ya que la portada del libro carece de tilde o diéresis–, era el seudónimo del periodista Ernesto José Castrillón, hijo del general de brigada Manuel Castrillón, designado comandante de la 2ª División del Ejército el 18 de junio de 1943, según Gasió (2012a), p. 7, y (2013), p. 310.

reacción significativa en su favor), solo pedía el retorno al orden político constitucional. Pero al considerar la decisión de Ávalos, solo he prestado atención hasta aquí a los motivos enunciados por Potash y no al momento de la decisión, que es lo que sigue.

### El momento de la decisión

Ávalos tomó la decisión de negociar con Perón, dice Potash, a las cuatro y media de la tarde, mientras “los gritos resonantes de la multitud ... penetraban por las ventanas de las oficinas del gobierno”. Las preguntas que surgen entonces son ¿cuánta gente había en la Plaza de Mayo? y ¿cuánta presión podía ejercer sobre la decisión de Ávalos? Un testimonio reciente hecha luz sobre estas cuestiones. Oscar Troncoso, en “Verdades y mentiras sobre el 17 de Octubre”, subraya la normalidad de ese día, en la Plaza de Mayo al menos.<sup>23</sup> Estaba haciendo el servicio militar en el Ministerio de Guerra, por lo que pasó varias veces por la plaza: a las siete de la mañana, al ir al ministerio; a las once, cuando se le ordenó que fuera a averiguar qué pasaba; y en las primeras horas de la tarde. De su segunda visita dice: “recorrí los grupos esparcidos frente a la Casa de Gobierno, integrados en su gran mayoría por empleados públicos de saco, corbata y sombrero ... unos pocos agentes de la Policía Montada estaban de guardia frente al edificio que alojaba a las máximas autoridades del país. Por momentos se escuchaba un ‘Viva Perón’; todo se desarrollaba en forma pacífica y los congregados en la plaza buscaban la sombra de los árboles porque la temperatura ambiente resultaba bochornosa”. De su tercera visita, al comienzo de la tarde, recuerda: “la Plaza de Mayo ... presentaba un espectáculo similar [al de las once de la mañana], con la diferencia de que los presentes se habían sentado sobre el pasto, a pesar de su vestimenta y sombreros. Muy pocos usaban ropa de trabajo. Los temas de conversación eran similares a los de la mañana: sin exabruptos ni gritos. La mayoría se había volcado sobre el lado del edificio del Banco de la Nación, hacia 25 de Mayo y Rivadavia, donde se proyectaba una gran sombra”.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Troncoso (2005).

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 196.



Figura 1.1 Plaza de Mayo, 17 de octubre de 1945, aproximadamente a las 17 horas. Fuente: Troncoso (2005), p. 217.

Troncoso señala que a las cuatro o cinco de la tarde había alrededor de tres mil personas frente a la Casa de Gobierno: “más allá del monumento a Belgrano, había sectores espaciados, y el resto de la Plaza estaba desocupada y era cruzada tranquilamente por personas que cumplían sus quehaceres. Alrededor de las cinco de la tarde la gente empezó a abandonar el lugar porque se terminaba la jornada de trabajo y por el agotamiento que implicaba una temperatura ambiental desusada. Algunos activistas procuraban disuadirlos, asegurando la inminente aparición de Perón en el lugar. Recién cuando anochece, se fue incrementando sin cesar el número de concurrentes”.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 197.

Troncoso no dice, sin embargo, cuánto de esa última frase se debe a su experiencia directa y cuánto a información recogida posteriormente: ¿se quedó en la plaza desde las primeras horas de la tarde, cuando se produjo su tercera visita, hasta el anochecer? ¿Vio él con sus propios ojos cómo la multitud declinaba hacia las cinco de la tarde y volvía a crecer con la caída de la noche? No lo aclara, pero aporta otros elementos que sostienen sus afirmaciones: por un lado, cita un informe policial, producido por la comisaría segunda, a la que corresponde la Plaza de Mayo, que señala que a las 15.41 había unas tres mil personas en completo orden;<sup>26</sup> por otro, reproduce una fotografía tomada entre las cinco y seis de la tarde (Figura 1.1), desde la altura de Hipólito Yrigoyen y Defensa, que muestra que la multitud ocupaba el frente de la casa de gobierno y un espacio comprendido en sentido norte-sur entre el monumento a Belgrano y el Banco de la Nación; y en sentido este-oeste, entre el frente de la Casa Rosada y la fuente que se encuentra a poco más de medio camino entre ella y la Pirámide de Mayo.<sup>27</sup> ¿Tendría que haber impedido el general Ávalos que se reuniera esa exigua multitud? ¿Fue por su presión que se decidió a negociar con Perón? Tras la evidencia aportada por Troncoso no puede darse una respuesta positiva a estas preguntas. Si Ávalos tomó su decisión a las cuatro y media de la tarde, no lo hizo por la presión de una multitud escasa y pacífica sino por otros motivos. ¿Cuáles fueron ellos?

La decisión de Ávalos no fue súbita. Ya en la noche del 16 había dispuesto el traslado de Perón desde Martín García al Hospital Militar. La inquietud obrera que se manifestaba desde el lunes 15, particularmente en el sur del Gran Buenos Aires, había llevado a la CGT y a los sindicatos autónomos que actuaban en conjunto con ella a declarar la huelga general, que el Comité Central Confederal fijó en su reunión del martes 16 para el jueves 18. Juan Carlos Torre ha analizado la discusión en el seno del Comité Central Confederal, mostrando que también los dirigentes sentían la presión obrera.<sup>28</sup> Frente a los dirigentes más prudentes que se negaban a arriesgar su prestigio, sus años de lucha y el futuro de sus organizaciones por la suerte de un coronel, los más decididos respondieron que si no de-

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 199.

<sup>27</sup> Hay más información sobre la foto de la Figura 1.1 en el capítulo 3, nota 18.

<sup>28</sup> Torre (1990), pp. 126-140.

claraban la huelga, esta se haría sin ellos. Era riesgoso para el futuro de las organizaciones y su propio futuro como dirigentes jugarse abiertamente a favor de Perón; pero mayores eran los riesgos que corrían si por no apoyarlo la ola de protesta los superaba. Este argumento prevaleció: algo estaba sucediendo en las calles que ellos no controlaban.

Ávalos intentó detener la huelga, sin advertir la situación en que estaban los dirigentes sindicales. A la una de la tarde del día 17, Farrell y Ávalos se reunieron con los integrantes del comité de huelga para solicitarles que levantasen el paro del día siguiente. Uno de los sindicalistas que concurre a la reunión, Luis Gay, recuerda que “la preocupación principal del ministro de Guerra era que se dejara sin efecto la huelga declarada para el día 18” y que se exasperó ante la respuesta negativa a su demanda.<sup>29</sup> La negativa, puede acotarse, se debía tanto a motivos formales como sustanciales: formalmente, ese comité no podía levantar la huelga decidida por el Comité Central Confederal; y sustancialmente, como se había señalado el día anterior en la reunión de ese organismo, el levantamiento de la huelga no evitaría que esta se realizara. Acosado, por un lado, por la oposición democrática que continuaba reclamando el fin de la dictadura militar y, por otro, por una movilización obrera que los dirigentes no controlaban pero que habían decidido encabezar, Ávalos no podía hacer mucho más que lo que ya había hecho para calmar a la primera sin generar resistencias dentro del Ejército, pero podía hacer algo para desactivar la segunda: traer a Perón. “Después de todo”, le confesó a *Primera Plana* veinte años más tarde uno de los jefes de Campo de Mayo que se le habían opuesto, “el coronel Perón era nuestro camarada y había sido nuestro amigo, y en realidad no había tan graves cargos contra él, aparte de sus actitudes ambiciosas y su vinculación con esa mujer Duarte”.<sup>30</sup> Por algo que a esa altura de los acontecimientos parecía nimio, Ávalos había contribuido a poner en peligro la estabilidad del gobierno y el futuro del Ejército (y de sus jefes y oficiales) cuando sucediera la inevitable restauración del orden constitucional. Era hora de cerrar esa caja de Pandora y aceptar que, a pesar de su situación familiar irregular y de sus ambiciones, solamente Perón podía hacerlo.

<sup>29</sup> Gay (1999), p. 45; Torre (1990), p. 137. En el capítulo 3 hay otra versión de la reunión.

<sup>30</sup> Testimonio del coronel Gerardo Gemetro, *Primera Plana*, 26 de octubre de 1965, N° 155, p. 28.

### La consecuencia de la decisión

Las negociaciones entre Ávalos y Perón quizás se hayan iniciado a las cuatro y media de la tarde, como señala Potash, o antes también, ya que las fuentes no registran las llamadas telefónicas que puedan haberse hecho entre la Casa Rosada y el Hospital Militar. Pero a las cuatro y media, cuando Ávalos se reunió con Mercante, que venía de ver a Perón en el Hospital Militar, la decisión estaba tomada. Faltaba, sin embargo, precisar los detalles. A las 17.40, dice *La Nación*, Mercante declaró en la puerta del hospital que Farrell le había ofrecido el gobierno a Perón.<sup>31</sup> Aunque en su entrevista con Luna Perón negó que Ávalos lo hubiese visto en el Hospital Militar, el periodista de *La Nación* allí destacado registró su entrada alrededor de las ocho de la noche.<sup>32</sup> ¿Fue Ávalos al hospital, pero no vio a Perón? Si no lo vio entonces, sí lo hizo poco más tarde. A las 21.30 Perón salió del hospital y se reunió con Farrell y Ávalos en la residencia presidencial de avenida Alvear. A las 22.25 llegaron a la casa de gobierno y a las 23.10 Perón se dirigió a la multitud reunida en la Plaza de Mayo, que posiblemente fuera mucho mayor que la que estaba allí por la tarde, cuando supuestamente Ávalos decidió negociar.<sup>33</sup>

El discurso revela algo más sobre los motivos de la decisión de Ávalos. Aunque Perón le haya dicho a Luna que improvisó y que pidió que se cantara el himno para poner en orden sus ideas, no le explicó cuál fue la clave de su mensaje.<sup>34</sup> En un análisis de ese discurso, Emilio de Ípola señala que el principal objetivo era lograr la desconcentración pacífica de la multitud y que Perón, aun sin mediar ningún pedido de Farrell y Ávalos en tal sentido, la hubiese pedido igualmente.<sup>35</sup> Por eso, “era, pues, inevitable que Perón no dijera nada... o prácticamente nada”. “Sin duda, se puede registrar como significativo”, continúa De Ípola, “el hecho de que luego de recomendar el tranquilo retorno al trabajo y de declarar ya sin objeto los ‘movimientos obreros’ que se anunciaban, Perón diera el visto

<sup>31</sup> *La Nación*, 18 de octubre de 1945.

<sup>32</sup> *Ibid.*

<sup>33</sup> “La multitud ... no alcanzó las 500.000 personas, como declaró Perón, pero probablemente alcanzó unas 80.000 a 100.000 personas”, según el artículo de Arnaldo Cortesi en *The New York Times*, 19 de octubre de 1945, cit. por Bosoer (2005), pp. 124-125.

<sup>34</sup> Luna (1969), p. 427.

<sup>35</sup> De Ípola (1995).

bueno a la huelga resuelta por la CGT para el día siguiente, aunque no sin destacar su nuevo carácter de jornada de festejo, y no de protesta".<sup>36</sup> De Ípola enfoca en su análisis el contexto del discurso, la relación que Perón establece con su audiencia, sin volver sobre esa porción "significativa" del mensaje: es decir, omite aclarar cuál cree que es su significación porque ella le parece obvia. Pero si aceptamos como correcta (un artificio retórico, nuevamente) la interpretación hecha más arriba acerca del principal motivo de la decisión de Ávalos, la referencia de Perón al carácter de la huelga del día siguiente cobra otro significado: estaba quitando el detonante a la bomba social que, por distintos motivos, tanto Ávalos como los dirigentes sindicales temían que explotara. Las palabras que Perón pronunció hacia el final de su discurso parecen haber sido las siguientes: "Sé que se han anunciado movimientos obreros. En este momento ya no existe ninguna causa para ello. Por eso les pido, como un hermano mayor, que retornen tranquilos a su trabajo. Y por esta única vez, ya que nunca lo pude decir como Secretario de Trabajo y Previsión, les pido que realicen el día de paro festejando la gloria de esta reunión de hombres de bien y de trabajo, que son la esperanza más pura y más cara de la patria".<sup>37</sup>

La significación de este fragmento del mensaje aumenta si se tiene en cuenta que no estaba hablando solamente a los miles de manifestantes concentrados en la Plaza de Mayo (aun cuando fuese efectivamente el medio millón mencionado en su discurso) sino a todo el país por la Red Argentina de Radiodifusión.<sup>38</sup> La ordalía del 18 le fue tan favorable como la del día anterior: la huelga transcurrió pacíficamente en todo el país, registrándose solo incidentes menores y aislados. El orden había retornado. Perón controlaba el gobierno y había conseguido un apoyo muy distinto del que hasta entonces le habían dado los sindicalistas, solo expresado dentro de los estrechos marcos de unos pocos actos fervorosos pero sin consecuencias políticas, como los realizados el 12 de julio y el 10 de octubre. La amenaza de un Nuremberg local se había disipado.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p. 133.

<sup>37</sup> Perón (1946a), p. 187. Esta obra contiene un discurso de Perón del 5 de julio de 1946, por lo que fue publicada después de esa fecha. Una versión anterior del discurso del 17 de Octubre está en Ministerio del Interior (1946), pp. 94-96. En esta, el fragmento citado tiene diferencias menores en las dos primeras oraciones, pero es idéntico a partir de la tercera oración.

<sup>38</sup> *Primera Plana*, 19 de octubre de 1965, N° 154, p. 44.

## Conclusión

El 17 de Octubre ha servido para que algunos escritores dieran rienda suelta a su imaginación. Así, Jorge Abelardo Ramos, en un raptó creativo difícil de igualar, dijo: “el cinturón rojo de Buenos Aires realizó el 17 de octubre una impresionante demostración de las fuerzas obreras. La clase obrera argentina barrió de las calles, en una marea incontenible, a la conspiración imperialista e impuso el regreso de Perón, personificación episódica de sus conquistas sociales”.<sup>39</sup> Esto lo escribió en 1949. Años más tarde moderó su retórica: “En la mañana del 17 de octubre desde el Gran Buenos Aires, de una manera al parecer espontánea pero gestada por un largo proceso, grandes masas se deciden a dar su veredicto ante la crisis del país”.<sup>40</sup> Las masas podían dar su veredicto, pero para que este se cumpliera las otras condiciones aquí analizadas fueron necesarias.

Los historiadores hacen un uso distinto de la imaginación, limitándola a cuanto surge de los fragmentos de información usados para la reconstrucción del pasado. La interpretación de lo que sucedió el 17 de Octubre ofrecida aquí se concentra en el examen de los motivos que llevaron a un actor clave del momento a tomar una decisión. He mostrado que esa decisión no fue casual, ni súbita, ni debida a un sentimiento de culpa. Ella fue producto de lo que era y pensaba Ávalos, de los descalabros que decisiones previas suyas habían desencadenado, y de lo que tenía en común con Perón. Me concentré en esa decisión de Ávalos porque parecería que podría haber sido distinta y, en consecuencia, la historia seguido otro curso. Aquí presenté los límites dentro de los cuales la tomó. Diversos fragmentos de información permiten a los historiadores imaginar distintos escenarios, explicaciones diversas para los mismos fenómenos. A partir de la entrevista concedida por Ávalos a un periodista de Reuters, Potash imaginó que el sentimiento de culpa era la pieza clave en torno de la cual giraba lo sucedido el 17 de Octubre. A partir del análisis del acta de la reunión del Comité Central Confederal de la CGT del 16 de octubre, Torre imaginó para la dirigencia sindical un papel mucho más activo que el que se le había

<sup>39</sup> Ramos (1949), p. 175. Troncoso (2005), pp. 206-208 y 209-211, da otros ejemplos de esta arrebatada literatura y de las fantasías de algunos supuestos testigos.

<sup>40</sup> Ramos (1965), vol. 2, p. 595.

atribuido en la retórica celebrante de la masa. A partir de su experiencia personal y de lo que muestran las fotos, Troncoso trasmite la imagen de un 17 de Octubre mucho más normal que el del mito posterior. Aquí, a partir de las contribuciones de Zanatta y de Troncoso, y de los mismos testimonios de *Primera Plana* usados por otros historiadores, he relatado algo, no todo, de lo que pasó el 17 de Octubre. He puesto en un contexto diferente la decisión de Ávalos y le he quitado dramatismo, cambiando el peso de los actores en los sucesos de ese día.

Ávalos, en definitiva, no reprimió a los manifestantes concentrados en la Plaza de Mayo porque no tenía ningún motivo para hacerlo: en primer lugar, porque hasta el anochecer no eran muchos y no molestaban a nadie; en segundo lugar, porque estaba más preocupado por lo que podía pasar con la huelga del día siguiente; en tercer lugar, porque debido a esa preocupación ya el día 16 había decidido el regreso de Perón de Martín García para tenerlo a mano si lo necesitaba; en cuarto lugar, porque en su breve paso por el Ministerio de Guerra descubrió que las dudas surgidas en Campo de Mayo respecto de la propuesta de Perón no eran compartidas por importantes mandos del Ejército; y en quinto lugar, pero el más importante, porque tanto él como Perón habían sido parte del proyecto integrista de la dictadura militar instalada el 4 de junio de 1943 y ambos querían encontrarle un final que no significase la derrota del Ejército y que salvase lo que restaba de ese proyecto. Las masas, sin duda, tuvieron un papel central en el triunfo de Perón, como también los sindicalistas que declararon la huelga y los militares que siguieron creyendo que solo Perón podía evitarles un Nuremberg. Todos esos factores se combinaron con la decisión de Ávalos y por eso el 17 de Octubre triunfó Perón.

## El líder y las masas en los orígenes del peronismo

A principios de octubre de 1945 los titulares de tapa de los diarios de Buenos Aires registraban casi exclusivamente las noticias derivadas del reciente fin de la guerra. En las páginas interiores estaba el desarrollo de esas noticias y otras, nacionales y extranjeras, en el estilo de la prensa de entonces: registros breves, meramente informativos, con comentarios reservados a los editoriales o a pocos artículos firmados sobre el gran tema de la actualidad internacional. Los nombres de Juan Perón y de Getulio Vargas apenas si aparecían en esas pequeñas notas, que reflejaban los problemas que ambos enfrentaban en esa hora. Aunque en los años siguientes ambos fueron objeto de la atención de los diarios, su suerte por entonces era muy diversa. Vargas llevaba ya casi quince años en la presidencia de Brasil y debía dar paso a las elecciones que restaurarían la democracia, pero un movimiento popular, el *queremismo*, sin duda alentado por él, pretendía que fuera candidato a sucederse a sí mismo. Perón, por el contrario, había ascendido en los rangos del gobierno desde la oscuridad de la secretaría del Ministerio de Guerra que ocupó con el golpe militar del 4 de junio de 1943 hasta el relumbre de la vicepresidencia de la Nación de esa dictadura, desde mediados del año siguiente, con acumulación de los cargos obtenidos entretanto, el de secretario de Trabajo y Previsión y el de ministro de Guerra. A comienzos de octubre de 1945, a pesar de esa historia personal diferente, ambos, sin embargo, tenían algo en común: estaban acosados por la oposición democrática, que veía en ellos la perpetuación de regímenes a los que identificaban con el fascismo ya derrotado allende los mares. En los dos países, esa oposición reclamaba el traspaso del gobierno a la Corte Suprema, con el fin de garantizar que Vargas y Perón serían ajenos a los gobiernos que sucederían a aquellos de los que eran, uno como presidente, el otro como vicepresidente, las caras visibles y las cabezas pensantes. A fines de ese mes, la suerte de uno y otro se había decidido, pero de manera

diferente: Vargas fue depuesto por las fuerzas armadas y el presidente de la Corte Suprema se hizo cargo del gobierno provisoriamente para supervisar la inminente elección presidencial; Perón, por el contrario, había logrado contrarrestar los reclamos de la oposición democrática, reforzado su control del gobierno dictatorial y lanzado su candidatura a la presidencia. La similitud del reclamo opositor en ambos países no puede ocultar, sin embargo, la marcada diferencia en la trayectoria del principal actor político de ese momento, el Ejército, que condicionaba la transición de la dictadura a la democracia en cada uno de ellos: el ejército brasileño había luchado contra el nazismo en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial; la dictadura militar argentina solo había declarado la guerra a Alemania, bajo presión de las circunstancias, pocas semanas antes de la caída de Berlín. Esa diferencia cuenta para explicar, por un lado, la facilidad con que el ejército brasileño pudo establecer sus credenciales democráticas, apoyar a un candidato propio a la presidencia y frustrar las maniobras de Vargas para permanecer en ella; y, por otro, las dudas que surgieron en los altos mandos del ejército argentino acerca de la capacidad de Perón para eximirlos de la suerte que estaban corriendo los jefes nazis y los colaboracionistas. Pero parecería que la diversa suerte que Vargas y Perón tuvieron en sus momentos infaustos se explica sobre todo por la conducta de un nuevo actor político: las masas acudieron al rescate de Perón el 17 de Octubre, pero no al de Vargas doce días más tarde. Vargas debió seguir otro camino, pero el de Perón estuvo estrechamente ligado al de las masas que lo tuvieron como líder.

### El problema

El peronismo era la versión criolla del fascismo: muchos políticos, analistas y simples ciudadanos interpretaron de esta manera el nuevo fenómeno político cuando surgió en 1945. No faltaban razones para hacerlo. La revolución del 4 de junio de 1943 había reemplazado un orden político democrático por una dictadura militar. Quienes se regocijaron porque caía un presidente conservador que se aprestaba a sostener mediante métodos que se suponía no podrían ser sino fraudulentos la candidatura de otro conservador (aunque de opinión distinta de la suya en un aspecto clave como la

política exterior de la Argentina), pronto advirtieron que una democracia enferma era mejor que una democracia inexistente. Quienes creyeron que los militares tomaban el poder para sanear el orden político, pronto descubrieron que la tarea de purificación no incluía la pronta restauración del orden constitucional, ni se detenía ante aspectos de la organización de la sociedad (el lenguaje que debía usarse en las letras de tango, por ejemplo) que el repudiado orden conservador, por considerarlos ajenos a su influencia, había respetado. Más aun, quien al cabo de pocos meses surgió como la principal figura de la dictadura militar, el coronel Perón, no hablaba en sus muy frecuentes discursos el lenguaje de la democracia liberal sino otro en el que se traslucía una manera de ver la sociedad y sus problemas ya no desde la perspectiva de la legitimidad fundada en los derechos individuales, que prevalecía desde la organización nacional, sino desde la de una nueva legitimidad, entonces aún en ciernes, que anteponiendo los derechos sociales aseguraba el predominio de un estado en expansión que arreglaría lo que la sociedad parecía no poder resolver por sí misma.

Esa nueva perspectiva, pensaban a mediados de 1945 los adversarios que el coronel cosechaba a un ritmo más rápido que aquel con que engrosaba la columna de sus seguidores, no podía sino estar inspirada en las nuevas formas de organización política que el fascismo había desplegado en Europa en las décadas del veinte y del treinta. Pero el fascismo había sido derrotado en aquel continente en mayo de ese año y se abría en él la tarea de reconstrucción democrática. No podía ser de otra manera en la Argentina, también asolada por una dictadura militar de cuya simpatía por el fascismo no se dudaba y que se resistía a precisar el momento y las condiciones en que se daría fin. La identificación del peronismo con el fascismo (parecía tan exagerado hacerlo con el nazismo que el Partido Comunista abandonó ese empeño, aunque no antes de la elección en la que triunfó Perón)<sup>1</sup> perduró durante la década peronista y aun hoy muchos estudiosos se resisten a verlo como algo distinto.<sup>2</sup>

La diferenciación del peronismo respecto del fascismo comenzó después de la caída de Perón, pero sin que esto se convirtiera rápidamente en una

<sup>1</sup> Codovilla (1946).

<sup>2</sup> Milza (1991), por ejemplo.

tendencia generalizada.<sup>3</sup> Quien primero trató de establecerla fue alguien que también había conocido de primera mano al fascismo italiano. Gino Germani, arribado desde Roma en 1934 y formado como sociólogo en Buenos Aires, explicó por primera vez en un artículo publicado a mediados de 1956 las diferencias entre el peronismo y el fascismo o, mejor dicho, las particularidades del peronismo como caso del fascismo.<sup>4</sup> Todos los rasgos eran, para él, diferentes: el lenguaje, los objetivos políticos y, ante todo, la composición social, a la que consideraba el factor determinante; pero incluía al peronismo en la categoría “fascismo”, junto a lo que entonces denominaba “fascismo clásico” (Italia y Alemania), por un rasgo común: esos regímenes no se fundaban en la ley sino en la relación directa entre el líder y las masas.

La interpretación de Germani del peronismo generó un debate, pero no en torno de ese rasgo común con el fascismo sino de las fuerzas sociales que lo habían constituido. Él explicó inicialmente el origen del peronismo por la movilización de una masa disponible conformada por los obreros nuevos, migrantes recientes, y en la respuesta a sus críticos continuó sosteniendo esa posición.<sup>5</sup> No hizo lo mismo, sin embargo, con la clasificación del peronismo al que pronto sacó de la categoría “fascismo” para incluirlo en la de los “movimientos nacional-populares”. Las masas continuaban siendo para él uno de los elementos constitutivos de estos movimientos, pero el otro no era ya el líder sino las elites.<sup>6</sup> Por ese cambio de categoría y la nueva constitución de sus términos, la discusión no adelantó demasiado en cuanto a la especificación de los rasgos que en su primera interpretación el peronismo había compartido con el fascismo: el líder y las masas.<sup>7</sup>

<sup>3</sup> En la segunda edición de su libro sobre las ideas políticas en la Argentina, publicada en 1956, José Luis Romero incluyó al peronismo dentro de lo que llama “la línea del fascismo”. En la primera edición, publicada diez años antes, ni el peronismo ni el fascismo eran mencionados. Véase Romero (1946), y (1956), pp. 244-254.

<sup>4</sup> Germani (1956). Aquí se utiliza la versión publicada en Germani (1962), idéntica a la de 1956 a excepción de una nota agregada al título explicando el origen del texto y situando al peronismo dentro de un nuevo marco interpretativo, el de los movimientos nacional-populares, desarrollado con posterioridad a su redacción. Véase Amaral (2018a), pp. 68-77.

<sup>5</sup> Murmis y Portantiero (1971); Smith (1972); y Germani (1973). La traducción del artículo de Smith, la respuesta de Germani y otras contribuciones sobre la composición social del peronismo en sus orígenes, en Mora y Araujo y Llorente (1980).

<sup>6</sup> Amaral (2018a), pp. 62-63.

<sup>7</sup> Una excepción es Zorrilla (1983).

La pregunta a contestar, siguiendo el primer análisis de Germani, es, en consecuencia, ¿cómo fue posible que una democracia liberal fuera sustituida por un régimen que se basaba en la relación directa entre el líder y las masas? O, de otra manera, ¿cuáles fueron las circunstancias históricas que permitieron el surgimiento del líder y las masas? Las líneas que siguen examinan, por lo tanto, las condiciones necesarias para la aparición del líder y de las masas, cuyo encuentro produjo el surgimiento del peronismo. Aunque ambos términos se dieron juntos en la realidad política, para facilitar el análisis se estudia en primer lugar las condiciones de conformación de las masas y luego las requeridas para la aparición del líder. El objetivo no es determinar si el peronismo fue o no un caso del fascismo, ni tampoco indagar cuál es la particular relación entre el líder y las masas,<sup>8</sup> sino establecer cómo fue posible en las circunstancias de la Argentina de 1945 el surgimiento y la articulación de los dos términos que caracterizaron al régimen que habría de sustituir a la democracia liberal.

### Las masas

El análisis del papel de las masas en el surgimiento del peronismo debe comenzar por la pregunta: ¿qué son las masas? La respuesta de Germani no es todo lo clara que podría esperarse de quien las considera como uno de los pilares de los regímenes totalitarios. Para él, hay dos tipos de masas: las masas populares, integradas “sobre todo por obreros industriales y similares”; y las masas de clase media, “particularmente [por] empleados, y también pequeños comerciantes, residuos artesanales, pequeñas industrias, etc”.<sup>9</sup> Como Germani considera que las segundas no constituyeron la base política del peronismo (allí radica, para él, la principal diferencia con el fascismo clásico), solo hay que prestar atención a las primeras. Su definición, sin embargo, es estrecha: los obreros industriales (las otras palabras de la frase, “sobre todo” y “similares”, amplían la definición pero son demasiado imprecisas). No hay ninguna diferencia, por lo tanto, con

<sup>8</sup> Sobre la relación entre el líder y las masas hay una amplia bibliografía en la que se puede elegir desde Le Bon (1895) hasta Laclau (2005). Una traducción castellana del libro de Le Bon se publicó en Buenos Aires, casualmente, en diciembre de 1945. Véase Le Bon (1945).

<sup>9</sup> Germani (1962), pp. 240-241.

quienes para los marxistas conformarían (cuando tomaran conciencia a través de sus luchas) la clase que era el sujeto de la historia, la que llevaría a la realización del comunismo, de la sociedad sin clases. Los marxistas de la época también utilizaban el término “masas”, quizás en un sentido más amplio que el de Germani, pero ciertamente la clase obrera era uno de sus componentes clave. Por estos motivos –por la doble influencia del marxismo y de Germani, y la de aquel sobre este– quienes se han ocupado del peronismo han diferenciado a los obreros viejos de los nuevos, a los sindicalistas viejos de los nuevos, pero no a los sindicatos de la clase obrera, ni a esta de las masas. ¿Por qué es necesario diferenciar estos términos? La respuesta a esta pregunta apunta al corazón del concepto de clase tal como es usado por los marxistas.

La palabra “clase” ha adquirido un sentido mítico en las ciencias sociales, marxistas o no, hasta el punto que Georges Gurvitch ha creído ver en ella un “fenómeno social total” en lugar de una simple distribución artificial basada en ciertos criterios.<sup>10</sup> La clase obrera es la categoría en que *alguien* incluye a los obreros y la clase de quienes usan sombrero azul es aquella en que *alguien* incluye a quienes usan sombrero azul. Pocos estarían dispuestos a creer que esta última categoría, que no existe sino que fue construida por *alguien*, pudiera adquirir rasgos humanos y tener conciencia de algo, por ejemplo del rasgo común que permitió construirla, y que por ese motivo sus integrantes estarían dispuestos a luchar contra los que tuvieran sombrero de otro color o cualquier otra característica distinta de la que los define.<sup>11</sup> Esta disposición varía, sin embargo, cuando se trata de la “clase obrera”: ella sí podría adquirir conciencia de sí y luchar contra la burguesía (otra categoría analítica igualmente hipostasiada por los marxistas). Eso al menos es lo que creía Marx. Esta creencia requiere transformar una categoría analítica, la clase obrera, en un ser con conciencia y voluntad,

<sup>10</sup> Gurvitch (1960), p. 83. Sin embargo, Theodor Geiger, “marxista arrepentido” que para Gurvitch desempeñó un papel nefasto en la discusión sobre las clases sociales, solo veía en ellas a reuniones de individuos que corresponden a los mismos criterios. *Ibíd.*, p. 12. Una definición de “clase”, en Moliner (1997), vol. I, p. 643. Una discusión del concepto de clase, en Korn (1988), y (2016), pp. 19-49.

<sup>11</sup> La sociología no marxista también transforma las categorías en actores políticos. Germani advirtió que ese supuesto “involucra serios problemas metodológicos”, pero no los consideró, ni se privó de continuar con aquel uso. Véase Germani (2003), p. 112.

es decir, en un ser humano. Esta mágica operación se produciría por el hecho de compartir las condiciones de explotación que, Marx pensaba, se agudizarían cada vez más. Los obreros entonces lucharían y esa lucha (la lucha de clases) los transformaría en una clase revolucionaria. Sin embargo, ante la ausencia de tal proceso espontáneo, desde mediados del siglo XIX surgieron instituciones que se asignaron como misión organizar al proletariado para la lucha económica y política: los sindicatos y los partidos socialistas.<sup>12</sup>

Como ese proceso era demasiado lento y en el camino esas instituciones comenzaron a jugar un papel político que requería de negociaciones y compromisos que algunos dirigentes juzgaron ajenos al destino de la clase obrera, a principios del siglo XX apareció un nuevo modelo de partido, el de Lenin, decidido a realizar la revolución socialista con o sin la "clase obrera", sin esperar que esta se organizara por sí misma (como Rosa Luxemburg pensaba que debía suceder). Este partido dio el golpe de estado en Rusia en octubre de 1917 y se hizo del poder en nombre de la "clase obrera". Desde entonces, la conciencia de clase estuvo definida como la pertenencia al partido creado por la triunfante facción bolchevique, el partido comunista, pronto transformado en un partido mundial con la creación de la Internacional Comunista en enero de 1919. Las revoluciones posteriores hechas por los seguidores más o menos fieles de ese partido tuvieron una menor contribución proletaria que el modelo original. Más aun, con excepción de muy pocos casos, la mayoría de esas revoluciones, todas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, fueron el resultado de la intervención directa o indirecta del ejército de la Unión Soviética. Peor todavía, esas revoluciones tuvieron lugar en países con un incompleto desarrollo capitalista (para decirlo en términos de los revolucionarios de entonces) y, por lo tanto, con una débil o inexistente "clase obrera", es decir, una clase integrada por obreros industriales, que eran para Marx los únicos y verdaderos integrantes de esa clase.

<sup>12</sup> La transformación de una categoría analítica en actor político es uno de los problemas que presenta el concepto de clase obrera en Marx, pero no el único. Otros problemas, como la composición y delimitación de las clases, la reducción de los individuos a encarnación de fuerzas sistémicas o el menosprecio de otros factores presentes en las sociedades contemporáneas, por ejemplo, son analizados por Parkin (1984).

Un siglo después de que Marx enunciara su teoría de las clases, señala Jorge Semprún (y hoy se puede agregar más de medio siglo a su observación), no se había dado el caso de ninguna "clase obrera" que hubiera tomado conciencia de sí y actuado en consecuencia.<sup>13</sup> Sí actuaron las instituciones surgidas con la intención de organizar a los integrantes de la "clase obrera", es decir, los sindicatos y los partidos socialistas y comunistas. Ellos operaron en los países industrializados de occidente, donde había una clase obrera, y aun en aquellos que Lenin definió como coloniales y semicoloniales, donde ella no existía o era débil.

En consecuencia, la confusión de la clase obrera, una categoría analítica, con las instituciones que intentaban organizarla es como confundir el segmento ABC1 de las encuestas de mercado con las agencias de investigación de mercado o de publicidad que tratan de descubrir qué quieren los integrantes de ese segmento y cómo vendérselo. Y, finalmente, tarde en el siglo en que surgió y sucumbió un supuesto "estado obrero", los filósofos, historiadores y científicos sociales (marxistas algunos de ellos) comenzaron a advertir que la historia no reservaba ningún destino privilegiado a la "clase obrera", que esta no era más que una categoría de análisis social y que sus integrantes tienen con frecuencia más conciencia colectiva por motivos emocionales (como hinchas de un equipo de fútbol, por ejemplo) que racionales (por su inserción en el proceso de producción).

Dicho esto en general, es necesario ir al punto: la "clase obrera" no tuvo ninguna incidencia en los orígenes del peronismo. Esto fue así por el motivo aquí expuesto: la clase obrera es una categoría y no un actor social o político. Es válido reconocer que muchos de quienes apoyaron al peronismo en 1945 eran obreros, pero ellos no actuaron como clase porque las clases no actúan, porque históricamente ninguna clase actuó jamás como tal. Los trabajadores que apoyaron al peronismo en el momento de su nacimiento podrían haber actuado a través de las instituciones que pretendían organizar a la clase: el partido y los sindicatos. ¿Lo hicieron?

No, ciertamente, a través del partido de clase, el Partido Comunista, porque como integrante del partido de la revolución mundial veía el proceso político argentino desde la perspectiva de ella. El enemigo principal

<sup>13</sup> Semprún (1999), pp. 175 y 371.

de los comunistas desde el VII Congreso de la Internacional Comunista de 1935 (excepto entre el 23 de agosto de 1939, cuando se firmó el pacto entre Hitler y Stalin, y el 22 de junio de 1941, cuando el primero hizo invadir el país que gobernaba el segundo) era el fascismo. Y ¿cómo ver a la dictadura militar argentina sino como una expresión del fascismo? El Partido Comunista, por lo tanto, estaba tratando de construir el frente antifascista para restaurar la democracia, dentro de cuyo marco continuaría, cuando llegara el momento, dictado por la situación mundial, la lucha por la revolución democrático-burguesa, definida para el caso de la Argentina como agraria y antiimperialista. El partido de clase no fue entonces el medio por el que los obreros canalizaron su apoyo a Perón.

Ausente el partido de clase en la movilización de octubre de 1945, queda entonces por ver el papel de los sindicatos, el otro actor que asumía la representación de la clase obrera. Estos, nadie puede negarlo, sí tuvieron participación en el surgimiento del peronismo, pero un análisis detallado de lo que hicieron revela que su acción fue limitada. Si el apoyo a Perón se hubiese reducido a los sindicatos, su mensaje no habría ido demasiado lejos ya que la tasa de sindicalización era baja.<sup>14</sup> Puede argüirse que la influencia de los sindicatos en el seno de la clase obrera excedía la que podían tener por el número de afiliados. Pero este argumento sufre de una debilidad insanable: la prueba de esa supuesta influencia está en el mismo hecho que se quiere explicar. No se puede decir, por cierto, que los sindicatos estuvieron ausentes, pero para dar cuenta de cuál fue su participación real es necesario detenerse en los hechos que produjeron el surgimiento del peronismo.

A partir del 9 de octubre, cuando Perón renunció a todos sus cargos, entre ellos el de secretario de Trabajo y Previsión, un estado de incertidumbre ganó a los obreros en general y a los sindicalistas en particular. La primera reacción fue el acto de despedida del día siguiente que organizaron los sindicalistas. Aunque inusual por su motivo, no lo fue en su forma. Ni los sindicalistas ni Perón lo tomaron como otra cosa que una despedida. Perón no se presentó como su líder sino que los instó a defender por sí mismos sus conquistas.<sup>15</sup> Ese día Perón estaba derrotado y los sindicalistas no le ofrecieron una vía hacia la victoria. ¿Por qué hacerlo? Una cosa era

<sup>14</sup> Esto lo señaló Germani (1973), pp. 131-138.

<sup>15</sup> Del Campo (1983), p. 215.

manifestar su solidaridad con quien les había sido tan favorable; otra muy distinta quedar atados a su suerte, que por lo demás parecía haber declinado irremediablemente.

La incertidumbre se transformó en conmoción cuando se supo que Perón había sido detenido en la madrugada del día 13. ¿Era ese el fin de la política social del gobierno que él había encarnado? El discurso radial pronunciado esa noche por el nuevo secretario de Trabajo y Previsión, Juan Fentanes (que no era un hombre de la oposición democrática sino un socialcristiano ya funcionario de la dictadura), cuyo objetivo fue asegurar a los obreros la continuidad de la política social, no bastó para contener la inquietud obrera: su calma retórica estaba lejos de las encendidas proclamas recientes de Perón.<sup>16</sup> Si la política no había cambiado, además, quedaban sin respuesta las preguntas acerca de por qué había renunciado Perón y por qué estaba preso.

Como el 13 de octubre era sábado, la reacción recién se manifestó el lunes 15. Ese día la comisión administrativa de la CGT dispuso la realización de una huelga general y convocó a una reunión del Comité Central Confederal, la más alta instancia de esa organización, para el día siguiente con el fin de que se pronunciara sobre la medida. El acta de la reunión del Comité Central Confederal del 16 de octubre revela cómo veían la situación tanto quienes la favorecían como quienes se oponían.<sup>17</sup> Los opositores temían que un enfrentamiento con el gobierno produjera represalias, que favorecerían a los sindicalistas comunistas. Pero quienes estaban a favor señalaron que por el estado emotivo de los trabajadores la huelga general ocurriría igualmente, con o sin la decisión de la CGT.<sup>18</sup> Los sindicalistas podían temer las represalias del gobierno y la amenaza de los comunistas, pero más temían perder el control del movimiento obrero que, señaló uno de los participantes, tanto les había costado conseguir y que, argumentaba otro de los partidarios de la huelga, la política social de la Secretaría de Trabajo y Previsión había permitido extender. Torre subraya que los acontecimientos del 16 de octubre "cuestionan inapelablemente la ver-

<sup>16</sup> Luna (1969), pp. 326 y 409; Del Campo (1983), p. 213.

<sup>17</sup> El acta está en *Pasado y Presente*, 1973, N° 2-3 (nueva serie), pp. 403-423, y luego en Torre (1988), pp. 153-168. Véase también Torre (1990), pp. 126-135, y Torre (1995), pp. 61-74.

<sup>18</sup> Torre (1995), pp. 65-66.

sión que pretende que lo ocurrido el 17 de octubre fue un motín popular, que habría estallado al margen de las organizaciones y operado en forma sorpresiva e incontrolada sobre la escena política".<sup>19</sup> No puede dudarse del papel crucial de la CGT en esos días, pero tampoco puede ignorarse, sin embargo, que la huelga fue declarada para el 18 de octubre y que la movilización hacia Plaza de Mayo se produjo el 17. Esto no quiere decir, como él mismo señala, que los sindicalistas estuvieran a la retaguardia de los acontecimientos,<sup>20</sup> pero sí que estos eran de una naturaleza distinta a la de los esperados por la dirigencia, que en ningún momento convocó a la movilización. "Los dirigentes y las organizaciones fueron desbordados por la 'acción colectiva' de las masas", dice Germani.<sup>21</sup> La movilización puede haber estado vinculada con el llamado a la huelga, pero no fue producto de una decisión orgánica del liderazgo sindical sino del estado de agitación que reinaba entre los trabajadores.

¿Fue la movilización popular la que produjo el triunfo de Perón? Esa fue, ciertamente, la versión canónica peronista, construida durante los años de gobierno mediante las celebraciones rituales del Día de la Lealtad.<sup>22</sup> Ella no destacaba el papel de los sindicalistas sino el del "pueblo". ¿Era esta una versión destinada a mantener bajo control del gobierno al sindicalismo, ya dominado desde arriba tras la disolución del Partido Laborista y la captación de la CGT? Sin duda, pero algo había en ella que no faltaba a la verdad: no fue el liderazgo sindical quien produjo el 17 de Octubre.

Los sindicalistas habían organizado dos actos para Perón: el 12 de julio y el 10 de octubre de 1945.<sup>23</sup> Quienes concurren a ellos lo hicieron como miembros de los sindicatos o, al menos, encuadrados por ellos. Pero la movilización del 17 de octubre no fue organizada por los sindicalistas.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 136.

<sup>21</sup> Germani (1973), p. 480. Sus críticos se detuvieron en su insistencia en el papel de los migrantes internos, pero no en esta diferenciación de la acción de los sindicatos y de la acción colectiva de las masas en octubre de 1945 y durante los años del régimen. Véase las contribuciones de Peter H. Smith, Tulio Halperin Donghi y Eldon Kenworthy en Mora y Araujo y Llorente (1980).

<sup>22</sup> Sobre la ritualización del 17 de Octubre, véase Plotkin (1995).

<sup>23</sup> Un acto anterior de la CGT, en celebración del primer aniversario de la Secretaría de Trabajo y Previsión, no había sido demasiado concurrido. Sobre ese acto y el del 12 de julio, véase Horowitz (2004), pp. 267-268; y sobre el del 12 de julio, Luna (1969), pp. 192-193 y 225.



Figura 2.1 Plaza de Mayo, 17 de octubre de 1945, aproximadamente 17 horas. Fuente: Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Fotográficos, Inv. 47825.

Quienes concurrieron ese día a la Plaza de Mayo podían ser miembros de los sindicatos que habían declarado la huelga o no, podían ser dirigentes de esos sindicatos o no, pero no estaban allí como miembros ni como dirigentes de los sindicatos sino como “el pueblo”, como “las masas”, es decir, como los átomos indiferenciados de un conjunto que se comportaba colectivamente. Las fotos que se conservan de ese día, a diferencia de las que hay de las celebraciones posteriores, no muestran grandes carteles de organizaciones sindicales, sino uno del lugar de trabajo y banderas argentinas (Figuras 2.1 y 2.2).<sup>24</sup> Quienes estaban en Plaza de Mayo ese día, agremiados o no, habían concurrido a ella por carriles distintos de los señalados por la dirigencia sindical, tal como había ocurrido con quienes ya estaban en la calle los dos días anteriores.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Véase también la Figura 1.1; y Senén González y Lerman (2005), pp. 218-219 y 225-226.

<sup>25</sup> Sobre las manifestaciones del 16 de octubre y los carteles de los manifestantes del 17, véase *La Prensa*, 17 y 18 de octubre de 1945.



Figura 2.2 Plaza de Mayo, 17 de octubre de 1945. Fuente: Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Fotográficos, Inv. 47827.

Cuando Perón le habló a la multitud reunida en la plaza, pasadas las once de la noche de ese día, el nuevo líder estableció el contacto directo con las masas: con las que estaban en la plaza (una cantidad mucho menor, sin duda, que la reunida un mes antes por la oposición democrática en la Marcha de la Constitución y de la Libertad) y con las que escuchaban sus palabras por la Red Argentina de Radiodifusión, la cadena radial. Perón, en efecto, no habló solamente para los presentes sino también para los ausentes y su mensaje, como no podía suceder con el de los dirigentes sindicales, llegó a todos aquellos que en cualquier parte del país habían sido tocados por su actividad en el gobierno, fuesen obreros industriales o no, estuviesen sindicalizados o no. “Los líderes [sindicales] se comunicaban sólo con una fracción pequeña de la masa, en tanto Perón lo hacía con la totalidad”, dice acertadamente Rubén Zorrilla, que fue el primero en establecer tal diferenciación entre la elite sindical y las masas.<sup>26</sup> Perón,

<sup>26</sup> Zorrilla (1983), p. 37.

y solo Perón, retuvo la capacidad de apelar a las masas y la utilizó, como con igual acierto señala Zorrilla, para independizarse de los dirigentes sindicales primero y subordinarlos después. La celebración ritual del 17 de Octubre a partir de 1946 tuvo entre otros motivos el de recordarles a los sindicalistas la capacidad del líder (y solo de él) de movilizar a los átomos de la masa y de encarnar a la masa toda.

La relación entre el líder y las masas mantuvo la asimetría inicial, pero ambos términos eran necesarios para la nueva organización política totalitaria (en el lenguaje de la época utilizado por Germani) establecida por Perón en sustitución de la democracia liberal: el líder conducía pero las masas, que solo él podía manipular, legitimaban. Ese acceso privilegiado a la nueva fuente de legitimación, fuese o no una característica del fascismo, constituía la mayor novedad y el mayor peligro de un orden político que dejaba de fundarse en la ley para depender únicamente de la voluntad del conductor insustituible legitimada por un instrumento que solo él controlaba.

El líder y las masas se constituyeron como actores políticos el 17 de Octubre. Cuanto hemos visto hasta aquí ha apuntado a identificar el nacimiento de las masas como un actor político diferenciado de los obreros, de los sindicatos y de la clase obrera. Pero también el líder nació en el mismo momento que las masas. ¿Cuáles fueron las condiciones que permitieron el nacimiento del líder? Lo que sigue responde a esa pregunta.

### El líder

De la misma manera que con las masas, también en este caso el análisis debe comenzar con la pregunta: ¿qué es el líder? Germani es aun más parco sobre este tema: lo reconoce como uno de los términos de la relación fundante de los regímenes totalitarios pero, a diferencia de lo que hace con las masas movilizadas, se abstiene de detallar cuál es su origen y el contexto en el que aparece. Esa parquedad no se debía seguramente a la repugnancia que Perón podía producirle (no lo menciona por su nombre) sino a la dificultad teórica de explicar su papel. Ante tal silencio parece indicado recurrir al líder mismo. En su manual de conducción política, Perón señala que el conductor es un artista y que todas las conducciones son iguales.<sup>27</sup>

<sup>27</sup> Perón (1952), pp. xxvi, 161-163 y 174-175.

El conductor podía conducir todo. Con esto no se refería, sin embargo, solamente a la conducción del estado, del gobierno, de un ejército, de un partido o de las masas, sino a la conducción en cualquier puesto en que nos ubica la vida. También en posiciones de importancia menor que aquellas es necesario tener dotes de conductor, pero es cierto que no todos quienes las poseen llegan a conducir estados, gobiernos, ejércitos, partidos o masas. ¿Cómo llegó Perón a las más altas cumbres de la conducción? Pero más particularmente, ¿cómo llegó Perón a conducir a las masas?

Cuando los militares dieron el golpe de estado del 4 de junio de 1943, Perón no era el jefe del golpe. Era un miembro prominente, pero tampoco el jefe, de la logia que ocupó posiciones de importancia en el gobierno del general Ramírez que se estableció tres días después. Ni en esos días ni en los que siguieron hasta el final de ese año nadie podía identificar a Perón como el jefe de la revolución (como, para irritación de los comunistas, la designaban los golpistas), ni mucho menos suponer que pronto sería el líder de las masas.

El proceso que llevó a Perón a constituirse en el líder de las masas comenzó a fines de octubre de 1943, cuando fue nombrado presidente del Departamento Nacional de Trabajo. Comenzó allí una tarea conformada por hechos (acciones que beneficiaban a los trabajadores), palabras (sus incesantes discursos)<sup>28</sup> y trabajo organizativo (el que desplegaban las delegaciones que en todo el país tenía la Secretaría de Trabajo y Previsión, que en noviembre del mismo año reemplazó a aquel departamento con Perón también a la cabeza), destinada a alcanzar tanto a los trabajadores sindicalizados a través de sus organizaciones como a los mucho más cuantiosos trabajadores (industriales o no) que no estaban agremiados. Esa tarea tuvo resultados positivos para él y para el gobierno que integraba, ya que en la medida en que logró neutralizar los conflictos laborales ganó tanto el apoyo de los sindicalistas como el de sus compañeros de armas.

En vista de los resultados de su actividad –su popularidad creciente en el ámbito laboral y su impopularidad también creciente entre la oposición democrática– es necesario preguntarse por qué había sido designado allí. Una posible respuesta es, como se ha sugerido, la necesi-

<sup>28</sup> Un análisis de los discursos de Perón entre 1943 y 1945 en Del Campo (1983), pp. 134-141, 145-147, 151-169 y 197-216, especialmente.

dad del gobierno de abrir los canales de comunicación con la sociedad, cerrados en los meses posteriores al 4 de junio; particularmente la necesidad de descomprimir la presión acumulada en el ámbito gremial, ya que la primera actitud del nuevo gobierno hacia los sindicatos fue reprimirlos. Perón podía aportar poco más que su condición militar, su simpatía personal, su capacidad de trabajo y algunos contactos previos con los sindicalistas, pero él atribuyó su nombramiento en esos cargos a su designio, consecuencia de su experiencia europea, de dar respuesta a la cuestión social, es decir, de hacer cambios, por profundos que fueran, para evitar la revolución roja que él presentaba, en caso contrario, como inminente e inevitable. Aun cuando esta sea una benévola justificación *ex post*, ni ella ni lo antes dicho dejan de ser explicaciones plausibles. Pero hay que considerar otras dos cuestiones. Por un lado, está el hecho de que esos eran cargos menores y fuera de la línea de comando (el día de la confrontación, el 9 de octubre, a pesar de todo el trabajo realizado durante dos años desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, Perón debió rendirse ante sus adversarios); nadie podía objetar que Perón aspirara a ellos ya que allí no molestaba a nadie. No fue, ciertamente, la influencia extra militar obtenida de ese modo el factor que lo elevó a los cargos de ministro de Guerra y de vicepresidente de la Nación. Por otro lado, nadie podía ver a los sindicatos como un actor político distinto del que hasta entonces había sido; quizá ni siquiera Perón, ya que es posible que solo a partir de la necesidad original de contener el conflicto en el frente gremial él haya comenzado a descubrir su potencialidad política.

El discurso de Perón mantenido hasta mediados de 1945, según Torre, no apuntaba a la organización de la clase trabajadora para establecer su liderazgo sobre ella sino hacia la clase patronal, cuyo apoyo reclamaba para prevenir una amenaza que esta seguramente veía más real en sus actos que en los de la mayoría de los sindicalistas.<sup>29</sup> Aunque a partir del Manifiesto de la Industria y del Comercio, del 15 de junio de 1945, y de la solicitada publicada tres días más tarde por la Sociedad Rural Argentina, le quedó claro a Perón que no lograría el apoyo de las entonces llamadas fuerzas

<sup>29</sup> Así lo subraya Torre (1989), p. 540.

vivas, no parece que estuviese todavía decidido a (ni pudiese) convertirse en el líder de los trabajadores.<sup>30</sup>

Perón sabía que sus proyectos requerían ante todo del apoyo del Ejército, lo que explica su disposición a renunciar el 9 de octubre cuando parecía haberlo perdido. Su renuncia fue un golpe para los trabajadores, pero también para quienes lo habían sostenido dentro de su fuerza. En ningún momento se había comportado en ella como un “caballo salvaje” (si se traduce literalmente la palabra *maverick* usada en la política norteamericana para los espíritus independientes que rechazan las reglas establecidas). Por el contrario, su conducta fue en todo momento “orgánica” y más que nunca cuando el sector que parecía predominante le reclamó la renuncia. Su sostén dentro del Ejército había sido construido tanto por esa conducta cuanto por el hecho de que como jefe de la Secretaría del Ministerio de Guerra entre junio de 1943 y febrero de 1944 y como ministro de Guerra desde entonces había podido manipular los pases y las promociones en favor de quienes compartían sus puntos de vista. Esta posible manipulación, sin embargo, no dejó demasiados descontentos en el camino: eran muchos en la fuerza los que compartían sus ideas, pero pocos los que podían expresarlas con palabras tan fluidas y articuladas. Ese, no otro, debe de haber sido el motivo para que no hubiese demasiado arrebato ante la designación de un coronel moderno (tenía solamente dos años en el rango) como ministro de Guerra, en lugar de uno de los tantos generales (por lo menos treinta) o coroneles con mayor antigüedad que él (alrededor de ochenta) que por entonces revistaban en el escalafón. Sus camaradas lo sostuvieron a lo largo de dos años pero, a comienzos de octubre de 1945, algunos de los más solidarios (pero no todos, ya que su regreso también se explica por el extendido apoyo que tenía en el Ejército) creyeron conveniente removerlo, pero no para acceder al reclamo de regularización institucional de la oposición democrática.<sup>31</sup> El conflicto con ellos revela en qué punto estaban las discrepancias: estas se limitaban a la influencia que supuestamente tenía sobre él la actriz con la que convivía. Nada había en la política desplegada en sus múltiples cargos que los molestara, ni siquiera esa acumulación de funciones. Pero el apoyo del Ejército, al que seguramente apeló Perón con

<sup>30</sup> Sobre el manifiesto y la solicitada, véase Luna (1969), pp. 188-189.

<sup>31</sup> Sobre los conflictos internos del Ejército, véase Potash (1994a), cap. 8 y 9.

su renuncia, por contundente que fuese (esa contundencia contribuyó, ciertamente, a debilitar la voluntad de sus adversarios), no podía transformarlo en el líder de las masas. Sin ese sostén Perón no habría podido volver, pero para explicar su transformación en el líder de las masas es necesario examinar otras condiciones de igual o mayor peso.

El apoyo de los sindicalistas tampoco alcanzó para transformar a Perón en el líder de las masas.<sup>32</sup> Los actos del 12 de julio y del 10 de octubre no produjeron ninguna novedad en la relación de Perón con los trabajadores: los concurrentes llegaron encuadrados por los sindicatos y se marcharon encuadrados por los sindicatos. Esos actos son los antecedentes del 17 de Octubre, ya que fueron las principales oportunidades que tuvo Perón de hacerse escuchar por una multitud, especialmente el segundo, que también fue seguido por la multitud virtual que escuchó su palabra por la cadena radial oficial.<sup>33</sup> Pero fue necesario un tercer acto, ya no bajo control de los sindicalistas, para producir la simultánea aparición del líder y de las masas. El apoyo de los sindicalistas, por lo tanto, no alcanza para explicar la transformación de Perón en el líder de las masas. Para comprenderla también es necesario prestar atención a otros hechos: el vacío en el liderazgo político y las características del régimen en el que operaba.

El surgimiento del líder fue posible por la súbita desaparición en pocos meses, entre marzo de 1942 y enero de 1943, de los principales políticos de la Argentina: primero, el ex presidente y jefe de la oposición, Marcelo T. de Alvear; luego, días después de renunciar como presidente tras casi dos años de licencia, Roberto M. Ortiz; y, finalmente, el también ex presidente y futuro candidato, Agustín P. Justo. Aun en países donde la política transita vías más institucionales que personales la desaparición en tan breve lapso de los más importantes dirigentes dejaría un vacío. Pero en este caso significó el colapso de la gran maniobra en ciernes para reconstruir el orden político y cambiar la política exterior: la candidatura de Justo en la elección presi-

<sup>32</sup> En el mismo sentido, véase Di Tella (2003), p. 428.

<sup>33</sup> Sobre el uso de la cadena radial el 10 de octubre de 1945, véase Luna (1969), p. 295. "El discurso del coronel Perón es irradiado a todo el país por Radio del Estado y la Red Argentina de Radio-difusión", según la Subsecretaría de Informaciones del Ministerio del Interior, véase Ministerio del Interior (1946), vol. 2, p. 65.

dencial de 1943.<sup>34</sup> La muerte de Alvear privó a su partido de un dirigente que pudiese negociar hacia afuera sin demasiados conflictos internos; la de Justo dejó sin cabeza a la oposición democrática y al sector del Ejército que resistía la nostalgia de la dictadura uriburista. Esta situación hizo que algunos radicales creyeran que el ministro de Guerra, el general Pedro P. Ramírez, podría ser su candidato, pero la revolución del 4 de Junio probó la vanidad de la ilusión de aquellos y el frágil apego a la democracia de este.<sup>35</sup> Cuando llegó al primer plano de la política, Perón creyó que en semejante vacío podría reproducir en beneficio propio el esquema pensado por su antiguo jefe. Si fracasó primero en captar a todo el partido a través de un dirigente nacional como Amadeo Sabattini, luego tuvo mejor suerte con los fragmentos aportados por no menos ambiciosos dirigentes de otras provincias, como J. Hortensio Quijano, Juan Isaac Cooke y Armando G. Antille, ministros desde agosto de 1945, y muchos otros como ellos.<sup>36</sup> Pero en octubre, más importante que estas adhesiones cuyo valor solo se revelaría más tarde fue que nadie entre quienes reclamaban la restauración democrática tuvo sus mismas habilidades y facilidades en la construcción del entramado político necesario para dar una respuesta a las circunstancias. Las instituciones, los partidos, sirven para dar continuidad y disminuir los costos de transacción pero en los momentos de crisis solo los ungidos por “el óleo sagrado de Samuel” (en el lenguaje de Perón) pueden dar sentido político al reclamo de las masas.<sup>37</sup> La debilidad del liderazgo antiperonista se manifestó especialmente en el hecho de que una persona que estaba incapacitada para ejercerlo, el embajador de los Estados Unidos, fuese el aglutinante de la oposición.<sup>38</sup> También se sintió tras la Marcha de la Constitución y de la Libertad. No hubo entonces quien sacara provecho de la extraordinaria movilización de la oposición democrática. No fueron los dirigentes de los partidos políticos, sino los de la Junta de Coordinación Democrática, que la habían organizado, quienes infructuosamente intentaron hacerlo.<sup>39</sup> La

<sup>34</sup> Potash (1994a), p. 257.

<sup>35</sup> Sobre los contactos entre radicales y militares, *ibíd.*, pp. 274-275.

<sup>36</sup> Luna (1969), pp. 204-208 y 215-216.

<sup>37</sup> Perón menciona “el óleo sagrado de Samuel” como condición del “verdadero conductor” ya en 1946, en Bill de Caledonia, “¿Dónde estuvo?”, p. 15.

<sup>38</sup> Luna (1969), pp. 100-101.

<sup>39</sup> *Ibíd.*, p. 316.

inconsistencia del liderazgo democrático no era un factor que promoviera necesariamente el de Perón, pero allanaba su acceso a (en el lenguaje de Germani) las masas populares.

El surgimiento del liderazgo de Perón fue posible, asimismo, porque se produjo dentro de una dictadura militar, como su cara más visible y con todo su apoyo.<sup>40</sup> Los denostados gobiernos de la década anterior al 4 de Junio habían mantenido el juego político, respetando áreas de influencia tanto institucional como territorial; habían gobernado con el Congreso y hasta habían soportado mayorías adversas en él. La dictadura militar clausuró el Congreso, eliminando así la división de poderes y el gobierno representativo, e intervino todas las provincias, centralizando el poder y barriendo el juego político. Durante la década anterior al golpe militar el presupuesto de recursos y gastos era aprobado por el Congreso y cualquier pretensión de expandir el gasto del gobierno nacional habría sido motivo de debate allí y en la prensa. Solo en un gobierno dictatorial, centralizado, sin Congreso, sin juegos de influencias, podía avanzar sin obstáculos la creación de nuevos organismos del estado, como la Secretaría de Trabajo y Previsión, con jurisdicción en todo el país.<sup>41</sup> Más aun, las condiciones excepcionales existentes en el marco de la dictadura le dieron a Perón la oportunidad de eludir el *cursus honorum* informal de la democracia, como también el aprendizaje de convivencia aun litigiosa que él exige.<sup>42</sup> La posibilidad de hacer política sin respetar sus códigos, sin restricciones presupuestarias, sin el control de las instituciones constitucionales y sin negociar con nadie sino desde una posición de fuerza, como principal figura de la dictadura militar, fue una condición clave para el surgimiento del liderazgo de Perón.

Finalmente, hay otra condición que los peronistas reconocieron pero los estudiosos soslayaron durante mucho tiempo: Perón mismo. O, mejor aun, la combinación de su *fortuna*, las circunstancias en las que operó, ya mencionadas, y de su *virtù*, sus habilidades personales. No ignoraba sus

<sup>40</sup> También lo subraya Di Tella (2003), p. 442.

<sup>41</sup> El artículo 12° del decreto 15.074, del 27 de noviembre de 1943, de creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión, transformó todos los organismos provinciales de trabajo en delegaciones subordinadas a aquella. Véase *Anales de legislación argentina*, 1943, III, p. 460; y también Horowitz (2004), p. 262.

<sup>42</sup> Aron (1999), pp. 96-97.

habilidades políticas. Cualquiera que como coronel moderno llegara a ser ministro de Guerra y vicepresidente de la Nación, aun bajo una dictadura militar, no podía dejar de tenerlas. Pero las requeridas para alcanzar tales cargos se limitaban a las necesarias para sobrevivir y progresar dentro del Ejército. Desde su nombramiento en el Departamento Nacional de Trabajo, Perón entró en contacto con la otra política, la de afuera del Ejército, aunque con una franja limitada de su amplio espectro: la dirigencia sindical. No tenía experiencia en ella, pero sí una habilidad clave para tener éxito: el don de la palabra. Perón hablaba incontinentemente, pero también de una manera clara y comprensible. En eso no tenía demasiados rivales, no tanto por la opacidad retórica de sus contrincantes cuanto por las mucho menores facilidades de que ellos disponían para hacerse escuchar: solo él pudo utilizar dos veces la cadena radial en la semana clave. Fue su palabra, su súbita ausencia y el anhelo de su retorno, el factor que movilizó a las masas. Perón mismo, entonces, por sus propias habilidades personales y por el modo como las empleó para aprovechar las circunstancias, fue clave para su transformación en el líder de las masas. En suma, aunque suene a verdad de Perogrullo, es necesario subrayar que sin el marco político de la dictadura militar Perón no habría surgido como el líder de las masas, pero también que sin sus cualidades personales no habría habido líder ni masas.

La palabra, sin embargo, por cautivante que fuese, no era mero sonido: contaba también su objetivo y su contenido. En cuanto al primero, si le creemos a Bonifacio del Carril (y no hay motivo para no hacerlo), ya a principios de 1944 lo tenía claro: conformar una base política propia (para el gobierno revolucionario, no necesariamente para sí mismo aún) con el radicalismo y el movimiento obrero.<sup>43</sup> En cuanto al segundo, el lenguaje de Perón, orientado decididamente hacia los trabajadores desde el comienzo, no solamente había adoptado las fórmulas de la militancia sindical, con sus rituales condenas al capitalismo; también había señalado a los políticos como los responsables de la sumisión obrera y había presentado a la dictadura militar, cuya esencia encarnaba él mismo, como la aurora de la liberación. Advertía que el regreso a la vida constitucional no podía ser el de los políticos, responsables todos de un orden al que acusaba de no haber dado respuesta –que la dictadura sí había dado– a las demandas

<sup>43</sup> Del Carril (2005), pp. 34-35.

obreras. Efectivamente, el régimen inconstitucional había podido pasar por encima de las muchas mediaciones que la vida política democrática implica para satisfacer de un modo directo los intereses corporativos. El mensaje no podía ser más claro: la responsabilidad por no haber atendido esas demandas no era de un partido u otro sino del sistema que todos ellos constituían. Ese fue el mensaje que barrió, como señala Torre, con los resabios de compromiso democrático de la dirigencia sindical.<sup>44</sup> Pero, cabe agregar, no por su intrínseca maldad, sino por lo que se sabe que eran y son los sindicalistas cuando se aparta todo prejuicio: una clase que expresa intereses corporativos, que no practicaba ni practica la democracia, que no tiene ningún interés objetivo en la existencia de un orden político democrático y sí los tiene en un acceso al poder más directo que el que ofrecen las mediaciones de ese orden. La palabra de Perón podía cautivar, pero fue ese contenido, sostenido por una práctica de dos años, lo que atrajo hacia él a la dirigencia sindical. Perón se preocupó por alentar las dudas de los sindicalistas respecto de lo que pasaría con esas ventajas obtenidas de manera directa, eludiendo las mediaciones políticas, cuando retornara la democracia. Pese a toda la *virtù* de Perón, faltaba, sin embargo, algo que convenciera a los sindicalistas y a través de ellos a los beneficiarios de la política social de la dictadura (porque él no tenía aún un canal directo de comunicación) de que esa política podía continuar tras la restauración democrática, con él mismo en la presidencia.

Hubo un instante, entonces, en que solo contó la fortuna. Sin los descontentos del Ejército, sin el detonante que ellos inadvertidamente accionaron al removerlo por motivos que se revelaron nimios (una influencia ajena) cuando otros más ominosos se hicieron evidentes (la huelga general), Perón tampoco habría surgido como el líder de las masas. (Para aceptar tal acción como detonante es necesario desechar las sospechas corrientes en esos días de que la salida de Perón solo había sido una maniobra para instalar una candidatura que de otro modo no lograba abrirse paso.) Fue en ese instante, cuando motivos personales y profesionales prevalecieron sobre los motivos políticos, que operó la fortuna. Allí se desencadenó el proceso que llevó a su triunfo.

<sup>44</sup> Torre (1990), pp. 173-174.

Para desmayo de quienes ven a los procesos sociales como ajenos a las personas que los protagonizan y a estas como elementos intercambiables, instrumentos de categorías sociales que adquieren rasgos humanos (la versión marxista más ingenua es también la más difundida), el surgimiento del líder y de las masas se explica por la personalidad de Perón, por los objetivos políticos que persiguió, por las particulares circunstancias en que lo hizo, por los sentimientos que despertó en muchas personas y por la decisión de estas de movilizarse ante la aparente declinación de su fortuna que parecía augurar también la propia.

### Conclusión

La relación entre el líder y las masas como fundamento de un orden político fue considerada por Germani como la única característica que compartía el peronismo con el fascismo clásico, pero al mismo tiempo la que le permitía incluirlo dentro de la categoría "fascismo". Es una cuestión debatible que este sea el único elemento definitorio del fascismo. No es ciertamente un elemento que caracterice a las democracias modernas ni que pueda convivir con ellas sin deformarlas, corromperlas y aun destruir-las; más todavía, es ciertamente un elemento antidemocrático porque ataca principios básicos de la democracia como la soberanía del pueblo (entendido este como el conjunto de los ciudadanos individualmente considerados y no como un ente separado que se les sobrepone), la supremacía de la ley, la limitación del poder, la división de poderes, la tolerancia del disenso, el respeto de las minorías, la periodicidad en la función de gobierno, el goce de las libertades civiles. Es posible que el fascismo comparta con los regímenes basados en la relación entre el líder y las masas el ataque a todas estas características pero ciertamente tiene algunas otras más, como el avance del estado sobre la sociedad y el imperio del estado sobre el individuo, que es posible argüir que el peronismo también poseía en cierto grado, pero a las que Germani no prestó atención.<sup>45</sup>

Dentro de la definición original de Germani, entonces, se ha explorado aquí las condiciones que permitieron el surgimiento del líder y de las masas. Aunque ambos términos aparecieron al mismo tiempo, porque no

<sup>45</sup> Sí lo hizo Waldmann (2009), especialmente pp. 79-84.

existen el uno sin el otro, los caminos que llevaron al punto de encuentro fueron diversos, porque ambos términos son distintos: el líder es una persona que impone su dominio sobre un conjunto indiferenciado e inorgánico conformado por las masas. En la Argentina, en el proceso que llevó al surgimiento del peronismo, el punto de encuentro de ambos términos, cuando el uno generó al otro, fue el 17 de octubre de 1945. Hemos seguido, entonces, las condiciones que llevaron a las masas y al líder a su encuentro en ese día.

Las masas son algo distinto de los obreros, de los sindicatos y de la clase obrera. Los obreros, independientemente de su sector de actividad y de su tipo de organización, pueden ser partes integrantes de las masas. Eso depende de las circunstancias en que estas se constituyen, ya que no son permanentes (excepto en la retórica de los marxistas) sino temporarias. Su existencia depende de una convocatoria que movilice a la gente hacia un lugar y de las relaciones que allí se establezcan entre los movilizados. El átomo de las masas no cuenta por su condición social ni su inserción en la estructura productiva sino por su disposición a pertenecer al conjunto, concurrir al lugar de la movilización y actuar con la aglomeración temporaria de átomos. Los sindicatos son organizaciones que intentan expresar a los obreros, los miembros de la clase obrera, en sus luchas económicas. Los sindicatos no tienen ninguna vinculación con las masas, aun cuando los sindicalistas puedan ser átomos de las masas o desde su posición de poder dentro de la organización convocar a los miembros del sindicato al lugar de la movilización. La clase obrera no existe como actor político. Es una categoría analítica que carece de atributos humanos tales como la conciencia y la capacidad de actuar. La clase obrera solo existe en la retórica política como sustituto de los sindicatos (la clase obrera organizada) o de las masas.

Las masas, definidas no como el conjunto de obreros sino como el conjunto de átomos movilizados temporariamente en un lugar y en un momento que establecen entre sí una relación que los lleva a la acción conjunta, al comportamiento colectivo, llegaron a la Plaza de Mayo el 17 de octubre de manera espontánea. Fueran los concurrentes obreros sindicalizados o no, no estaban allí en condición de tales. Aun cuando muchos sindicalistas puedan haber contribuido a la movilización hacia ese lugar, la gente que llegó a la plaza no actuó bajo la dirección de esos

sindicalistas ni se juntó bajo banderas identificatorias de su pertenencia sindical. Esa era la gente cuya acción temían los dirigentes sindicales que superara a la propia si no declaraban la huelga general. Esa era la gente que constituyó las masas que recibieron a Perón en la noche del 17 de octubre. No habían sido llevadas por los sindicatos, aun cuando estos sirvieran de instrumentos de difusión, sino por la palabra y los actos de Perón. Estos solos no habrían bastado y aquella sola no habría tenido efecto. Los dos años de actividad de Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión y la tarea de difusión que de ella había emprendido le permitieron en ese momento romper su dependencia de los sindicalistas y los obreros sindicalizados, que hasta ese momento habían sido sus interlocutores. El 17 de Octubre se constituyó un nuevo actor político que Perón usaría en los años siguientes para subordinar a los sindicatos y diluir su poder.

El camino del líder hacia el 17 de Octubre fue distinto al de las masas. Comenzó como miembro de una dictadura militar y aprovechó las oportunidades que se le presentaron: se transformó en la figura más importante del gobierno mediante su actividad en cargos clave de la estructura de poder y otros en apariencia menores que servían para ampliar su espacio político; expresó de manera más articulada que nadie la opinión de la mayoría de los mandos del Ejército; aprovechó la debilidad del liderazgo democrático golpeado por la muerte de los principales dirigentes políticos inmediatamente antes del golpe. Y en la hora crítica supo retroceder para hacer sentir el vacío que dejaba a las fuerzas que lo habían apoyado en el Ejército y a las nuevas fuerzas que lo reclamaban en la política.

En la Argentina, el 17 de octubre de 1945 se produjo el encuentro del líder con las masas. Es debatible la importancia que tuvieron las masas en el triunfo del líder, pero no lo es el hecho de ese encuentro y las consecuencias que de él derivó este. En los meses y años siguientes, el líder supo aprovechar la circunstancia del surgimiento de las masas como actor político y el hecho de que él era el único que podía utilizarlas como tal.

En Brasil, las masas no acudieron al encuentro de Vargas. Pero la ausencia de las masas implica también la del líder. Vargas, comparado con Perón, parece un hombre de partidos. Ellos lo sucedieron a su caída en 1945 y tras su suicidio en 1954. A Perón, entretanto, lo sucedieron, tanto a su caída en 1955 como a su muerte en 1974, los sindicatos, intermediarios

de su comunicación con las masas. En el exilio, sin embargo, percibió la necesidad de otro instrumento y comenzó sus esfuerzos por construirlo ya en 1958 con la creación del Consejo Coordinador y Supervisor y, pocos meses después, ya en el año siguiente, con el comienzo de la organización del Partido Justicialista. Las masas, distantes, lo sabía como conductor, debían ser encuadradas, pero también había empezado a forjarse en su cabeza la idea de que “solo la organización vence al tiempo”.

## La democracia y los orígenes del peronismo

El peronismo no nació de la democracia sino de la dictadura militar establecida el 4 de junio de 1943. Que el peronismo haya nacido de una dictadura militar significa que no surgió de los acuerdos y disensos propios del orden político democrático que algunos dirigentes organizan en la forma de partidos. Que el peronismo haya nacido de una dictadura militar significa que surgió como consecuencia de las políticas implementadas por esa dictadura, no por las ambiciones políticas de uno de sus miembros sino como producto de los objetivos por los cuales las Fuerzas Armadas la habían establecido. Como Perón triunfó en la elección presidencial del 24 de febrero de 1946, es decir, cuando esa dictadura militar cedió paso al orden constitucional mediante la implementación de uno de los procedimientos democráticos clave, el examen de ese lapso permite explicar cómo un fenómeno político mayoritario, en apariencia expresión culminante de una democracia, surgió de la negación de la democracia que es toda dictadura, pero también cómo surgió de esa dictadura en particular.

### La democracia

Las definiciones son siempre un punto de partida dificultoso, pero si se quiere establecer la relación entre dos términos o, más aun, si se quiere establecer en qué medida un fenómeno político se adecua a cierto orden político, es inevitable comenzar aclarando de qué se trata ese orden político. El orden político en cuestión es la democracia, la democracia liberal, la democracia representativa, tal como fue establecida en la Argentina por la constitución de 1853. Esta había servido de marco al orden político nacional durante casi setenta años cuando la senilidad del presidente Irigoyen y la incapacidad de su partido para reemplazarlo de acuerdo con las reglas constitucionales dieron como resultado que un levantamiento

militarmente débil pero popularmente fuerte interrumpiera la continuidad constitucional.

En 1930, en el mundo y también en la Argentina, circulaban ideas alternativas al orden político democrático, que parecía quebrado moralmente después de la Primera Guerra Mundial e incapaz de dar respuesta a la nueva sociedad de masas que había surgido en los países donde se habían producido, en alguna medida al menos, procesos de urbanización e industrialización. El hecho nuevo de la presencia de las masas, personas agrupadas accidental o intencionalmente o aun de modo metafórico, tuvo como consecuencia el desarrollo de nuevas formas de participación política a través de partidos que intentaban apelar a ellas, sin la intervención (o modificando las maneras usuales de intervención) de los antiguos mediadores políticos, dirigentes apegados a un estilo de conformación de la clientela electoral que el crecido número de nuevos participantes ya no permitía. La primera expresión de un partido de masas en la Argentina era el radicalismo, organizado con paciencia y habilidad por Irigoyen.

La crisis provocada por la senilidad del presidente y la parálisis de su gobierno era vista entonces por quienes se involucraron en el alzamiento como una crisis similar a la que afectaba a las democracias europeas. Las opiniones, sin embargo, no coincidían en cuanto a la solución que debía dársele. Quien encabezó el nuevo gobierno establecido el 6 de septiembre de 1930, el general José Félix Uriburu, creía necesaria una respuesta autoritaria que a la manera fascista pusiese a las masas bajo control del gobierno, a expensas del orden político democrático. Ese proyecto fracasó por la timidez política del presunto *duce* criollo, que buscó la legitimación de su proyecto a través de elecciones y ante el primer fracaso, en la elección del 5 de abril de 1931 en la provincia de Buenos Aires, se resignó a dar paso a la otra solución, que era la restauración del orden político democrático, ya sin Irigoyen, con la esperanza de que su sucesor, el ex presidente Marcelo T. de Alvear, integrara a las masas radicales a ese orden de una manera menos conflictiva y, ya despojada del personalismo, más duradera. Ese fue el proyecto del general Agustín P. Justo, elegido presidente en la elección del 8 de noviembre de 1931, en la que el radicalismo se abstuvo tras el veto de Uriburu a la candidatura de Alvear (paradójicamente, el radicalismo quería imponerla sosteniendo que el carácter revolucionario del gobierno

de Uriburu dejaba sin efecto la provisión constitucional que le impedía volver a la presidencia antes de que pasaran seis años del fin de su mandato, es decir, hasta el 12 de octubre de 1934; y el gobierno provisional sostenía que la disposición constitucional no había perdido efecto a causa de la revolución).

En un mundo como el de la década del treinta, en el que sobrevivían pocas democracias, Justo no estableció una dictadura fascista. El radicalismo volvió a la competencia electoral en 1935 y tres años más tarde logró la mayoría en la Cámara de Diputados de la Nación. Alvear fue candidato a la presidencia en 1938 pero, debido a prácticas fraudulentas que su propio partido no desconocía, no la alcanzó. El nuevo presidente, su antiguo ministro Roberto M. Ortiz, trató de limitar el fraude, pero su intento se frustró por la enfermedad que lo llevó a pedir licencia primero y a renunciar después, poco antes de su muerte en julio de 1942. El gobierno quedó en manos del vicepresidente, Ramón Castillo, cuyas ideas acerca de su tarea no coincidían con las de Ortiz.

Bajo Castillo, la democracia argentina era una democracia enferma, pero era aún una democracia, es decir –esta es la definición– un orden político caracterizado por la tolerancia del disenso, por la resolución de los conflictos mediante acuerdos, por el respeto a las leyes preestablecidas y por la existencia de frenos y equilibrios que impiden la concentración de poder. La caída de Castillo no se produjo porque violara algunos de los principios y reglas de la democracia. La dictadura militar establecida el 4 de junio de 1943 no eliminó las imperfecciones de la democracia sino a la democracia misma.

### La dictadura

El 4 de junio de 1943 fue establecida una dictadura militar cuyo objetivo era dar respuesta a las amenazas que el orden político democrático no podía enfrentar. Esa era la visión de los jefes militares que quebraron la continuidad del orden constitucional. Había muchas amenazas para ellos –a la moral, al lenguaje–, pero la principal era la amenaza política: la posibilidad de triunfo de un frente popular en la elección presidencial de ese año.

Los frentes populares eran la vía por la cual los partidos comunistas de Francia, España y Chile habían llegado a las inmediaciones del poder. Desde mediados de 1934, la Internacional Comunista había abandonado la consigna "clase contra clase" adoptada en el VI Congreso de 1928 que implicaba el enfrentamiento de los partidos comunistas con los partidos "burgueses" y la denuncia de los partidos socialistas como "socialfascistas". La llegada de Hitler al poder en Alemania hizo que esa política cambiara bruscamente y que los partidos comunistas buscaran la conformación de alianzas políticas con todos los partidos antifascistas, cualquiera fuese su composición "de clase". La prioridad de la lucha contra el fascismo fue confirmada por el VII Congreso de la Internacional Comunista en 1935. Desde entonces (excepto el lapso de vigencia del pacto Hitler-Stalin, entre el 23 de agosto de 1939 y el 22 de junio de 1941), los frentes populares se transformaron en un Caballo de Troya usado por los partidos comunistas que, por sí mismos, no estaban en condiciones de llegar al gobierno por medio de elecciones.

El Partido Comunista de la Argentina era parte de la Internacional Comunista y, por lo tanto, buscó también la conformación de un frente popular con otras fuerzas antifascistas con vistas a la elección presidencial de 1943. Las otras fuerzas antifascistas con que esperaba formar ese frente eran el radicalismo, el socialismo y la democracia progresista. Esos partidos eran más grandes que el comunista, pero este tenía una organización de la que aquellos carecían. Eso hacía que una fuerza menor en número pudiera tener una influencia extraordinaria sobre ese frente. Desde la perspectiva de los jefes militares había un problema adicional que magnificaba la amenaza: quien se proponía liderar el frente antifascista, el ex presidente Justo, había muerto el 11 de enero de 1943. Su probada habilidad política era para esos jefes un reaseguro con el que ya no contaban. Tampoco estaba quien podía llevar el radicalismo como partido a la alianza antifascista, Alvear, muerto diez meses antes, por lo que los votos radicales estaban disponibles y podían confluir hacia una candidatura indeseada.

Muy poco después de la muerte de Justo surgió en el Ejército una logia, el GOU, Grupo Obra de Unificación, cuyo objetivo era enfrentar la amenaza comunista. Con ese fin debía fortalecer, dentro de un gobierno cuyo mandato estaba por concluir, el poder del ministro de Guerra, que

era el general Pedro P. Ramírez. Un malentendido entre el presidente Castillo y el general Ramírez fue el disparador de la Revolución de Junio, como la llamaron los jefes militares para equipararla a la de Mayo, pero esa revolución no fue un hecho fortuito. Ella tenía un objetivo, ya presente en los documentos del GOU: impedir que los comunistas llegaran al poder a través de un frente popular.<sup>1</sup>

Con tal fin, la dictadura establecida por la Revolución de Junio debía dar respuesta a los problemas sociales que alimentaban esa amenaza y que el orden político democrático, por sus propios frenos y equilibrios institucionales, no había podido resolver. Los jefes militares no debían inventar un nuevo tipo de orden político porque ya existían modelos: el Portugal de Salazar y la España de Franco. Estos eran gobiernos no democráticos, autoritarios, fuertemente vinculados con la Iglesia Católica, que daban (o intentaban dar) respuesta a los problemas sociales que podían constituir el caldo de cultivo del comunismo. Había otros modelos, similares pero no idénticos: la Italia de Mussolini, el Brasil de Getúlio Vargas y la Francia de Pétain, también autoritarios, con menor o ninguna influencia de la Iglesia, pero que daban respuesta a los problemas sociales. El reclutamiento de funcionarios en las instituciones católicas, particularmente la Acción Católica Argentina, y en los círculos nacionalistas católicos, como asimismo la estrecha relación de la jerarquía eclesiástica con el gobierno, aproximan la dictadura establecida por la Revolución de Junio al modelo español.<sup>2</sup>

La política social era un elemento clave para el cumplimiento de los objetivos revolucionarios, pero el problema era cómo implementarla sin otros vínculos con la sociedad que los funcionarios católicos, en general sin experiencia política previa y sin los contactos necesarios. Otro problema de la dictadura era que el dictador, el general Ramírez, presidente tras los dos días que duró en el cargo el general Arturo Rawson, reveló características personales muy distantes de las de Franco. Quizá por conocerlas

<sup>1</sup> Los documentos del GOU están en Potash (1984). La preocupación por el frente popular no era solo de los miembros del GOU como muestra la conferencia sobre la caída de Francia en 1940 del general de división Jorge A. Giovaneli, director general de Instrucción del Ejército, en *Revista Militar*, junio de 1943, N° 509, pp. 1083-1086, citada por Gasió (2013), pp. 322-323.

<sup>2</sup> Es lo que surge de Zanatta (1999). En 1943, sin embargo, el régimen de Franco no era diferenciado del fascismo y en esa familia política incluyó la prensa estadounidense a la nueva dictadura argentina. Véase Friedman (1999).

de antemano fue que se organizó el GOU, para fortalecer su autoridad dentro del gobierno de Castillo. Por ellas y por la torpeza política de Ramírez, los integrantes del GOU, confinados al principio por sus grados en la segunda línea del gobierno, comenzaron a cobrar importancia en el seno de la dictadura. Uno de ellos, el coronel Juan Perón, que en junio de 1943 solo había llegado a jefe de la Secretaría del Ministerio de Guerra, reveló habilidades políticas que lo transformaron, en apenas un año, en la cabeza pensante del gobierno y la cara visible de la dictadura.

### La política social

La llegada de Perón a la Secretaría del Ministerio de Guerra no se debió a un designio del GOU sino a su proximidad con el ministro, el general Edelmiro J. Farrell, a quien había seguido desde Mendoza a Buenos Aires cuando este asumió la jefatura de la Inspección de Tropas de Montaña. Cuando Farrell se convirtió en ministro de Guerra del gobierno del general Ramírez, llevó consigo como jefe de la Secretaría al subordinado que lo había secundado en sus destinos anteriores. No era un puesto estratégico, pero las circunstancias lo hicieron para Perón. Era un coronel muy moderno, ya que tenía solamente un año en el grado. Por encima de él estaban, por su grado, los poco más de treinta generales, y por su antigüedad, la inmensa mayoría de los 121 coroneles que revistaban en actividad.<sup>3</sup> La influencia de Perón en los meses siguientes a la revolución no se debió, por lo tanto, a su grado ni a su antigüedad. Fueron más bien las circunstancias y la particular habilidad que reveló en lidiar con ellas el motivo de su rápido ascenso dentro del gobierno, que no implicó un ascenso paralelo en la jerarquía del Ejército.

Perón no fue el primer encargado de implementar la política social de la dictadura, ni esta tuvo una buena partida. El gobierno comenzó con un intento de disciplinar a las organizaciones sindicales que produjo en muy corto lapso amenazas al orden social. La principal de estas amenazas provenía, desde el punto de vista militar, de los poderosos sindicatos que agrupaban a los obreros ferroviarios. Unión Ferroviaria y La Fraternidad tenían la posibilidad de paralizar el país, que por entonces dependía del

<sup>3</sup> La cantidad de generales y coroneles en actividad está en Potash (1994a), p. 291.

ferrocarril para sus comunicaciones y el transporte de pasajeros y bienes. El ministro de Guerra de la dictadura militar era quien debía velar por la seguridad interior y evitar que se produjeran hechos potencialmente revolucionarios. Perón, como secretario del Ministerio de Guerra, debió tratar con los dirigentes ferroviarios para disipar la amenaza. El contacto no debe de haber sido una manifestación de su proyecto político personal, como lo pretendió más tarde, sino la primera revelación de sus habilidades políticas. Desde agosto de 1943, cuando ocurrió ese contacto, esas habilidades, su capacidad de trabajo y el apoyo de su ministro deben de haber jugado a su favor para transformarlo en quien debía implementar la política social del gobierno.<sup>4</sup> A partir entonces de la obligación impuesta por su cargo de ocuparse de la seguridad interior, Perón descubrió que podía contribuir mejor con ese fin si al mismo tiempo se encargaba de implementar la política social. Como eso no afectaba su posición en la jerarquía militar y al mismo tiempo prometía dar cumplimiento, por otros medios, a los objetivos originales de la dictadura, el 27 de octubre de 1943 fue designado presidente del Departamento Nacional de Trabajo, con retención de su puesto de secretario del Ministerio de Guerra. De este modo, la política social pasaba a ser parte de la seguridad interna y ambas estaban en las mismas manos.

Para darle mayor capacidad operativa en esos dos campos ya unificados, un mes después fue creada la Secretaría de Trabajo y Previsión y Perón fue designado para encabezarla. Asumió sus funciones el 2 de diciembre de 1943 y el discurso que pronunció en la ocasión sintetizó, del modo que sus superiores deseaban pero no sabían cómo expresar, la principal consecuencia de la Revolución de Junio: la política social era, desde ese momento, una cuestión de Estado. Perón no llevó a cabo su propia política en la Secretaría de Trabajo y Previsión sino la del gobierno dictatorial que integraba, pero lo hizo a su manera, es decir, imprimiendo al cargo, tal como lo hicieron Ramírez y Farrell a la presidencia, pero en un sentido completamente opuesto, su marca personal. Debe de haber sido él, como presidente del Departamento Nacional de Trabajo, no algún oscuro funcionario, quien dio las ideas para redactar el decreto de creación de la Secre-

<sup>4</sup>Sobre el momento del contacto de Perón con los sindicalistas, véase Del Campo (1983), pp. 120-134, y Torre (1990), pp. 63-69.

taría. Ese era un instrumento legal que no podría haber aprobado ningún Congreso, cualquiera fuese su conformación partidaria, porque establecía un grado de concentración del poder de decisión en materia social que hubiera resultado inaceptable para muchos actores políticos. La Secretaría, además de absorber cierta cantidad de organismos dispersos, incorporó a todos los departamentos provinciales de trabajo o equivalentes y creó en su lugar (y donde no existían) delegaciones que respondían a la autoridad nacional. Ningún senador ni diputado podría haber votado semejante disposición que cercenaba las facultades de los gobiernos provinciales. Solamente una dictadura militar, que había suprimido los frenos y equilibrios institucionales del orden político democrático, podía concentrar en la autoridad nacional semejante capacidad de intervención en los asuntos locales. El motivo era ampliar las bases de un proyecto político que ligaba la política social a la seguridad interna.

Perón hizo uso de ese poder con el fin de desactivar conflictos y esa resultó su principal arma política. Ningún gobierno anterior tuvo semejante capacidad de resolver los conflictos que se producían en el ámbito laboral. Perón, como secretario de Trabajo y Previsión de la dictadura militar, podía resolverlos en cualquier momento, en cualquier lugar del país, sin tener que preocuparse por la opinión de los políticos provinciales, ni de las partes involucradas. No fue la capacidad de introducir grandes cambios lo que contribuyó a su popularidad entre los obreros, sino esa capacidad ilimitada de intervención que le daba su condición de funcionario de la dictadura. Los grandes cambios, como el Estatuto del Peón, no fueron inmediatos, pero sí lo fueron los pequeños, aquellos que por su sola voluntad permitían a los obreros obtener más de lo que ellos mismos estaban pidiendo.

Ese poder desconocido, que pudo usar a voluntad, fue el arma secreta que le permitió construir una base de apoyo para la dictadura militar que luego se transformó en su propia base electoral cuando las circunstancias obligaron a abandonar el proyecto original de la Revolución de Junio de establecer un régimen al estilo del de Franco. Ramírez no fue Franco: su ingenuidad política lo llevó a renunciar arrastrado por hechos generados por él mismo. Farrell no fue Franco: carecía de vocación de poder y del sentido divino de su misión. El único candidato a Franco que produjo la

Revolución de Junio fue Perón pero, por otros motivos, para gran desazón de los ideólogos nacionalistas a los que su ascenso opacó, tampoco él fue Franco. Las circunstancias también contribuyeron a que no pudiera serlo. No era el generalísimo de un ejército vencedor, sino un coronel moderno, funcionario de una dictadura militar que había comenzado a replegarse casi en el mismo momento en que él logró prevalecer en su seno, en julio de 1944, cuando sumó la vicepresidencia de la Nación a la Secretaría de Trabajo y Previsión que ejercía desde diciembre anterior y al Ministerio de Guerra que ocupaba desde fines de febrero de ese año.

A partir de agosto de 1944, espoleada por la liberación de París y la inminente derrota del nazismo, mucha gente se lanzó a las calles para demandar el fin de la dictadura militar. También lo hicieron los partidos políticos, pero a la zaga de ese movimiento que, por simpatía con Francia, se identificó con la resistencia.<sup>5</sup> Era la resistencia contra una dictadura militar a la que sus oponentes asimilaban al fascismo porque no había ocultado su pertenencia a esa familia política. En el momento en que el fascismo era derrotado en Europa no había motivos para tolerarlo en la Argentina. La consolidación del poder de Perón en el seno de la dictadura militar coincidió entonces con el fracaso del experimento político de la Revolución de Junio. Perón, la cara visible y también la cabeza política de la dictadura, debía conducirla en su retirada.

### La retirada

El regreso al orden político democrático –el de la tolerancia del disenso, la resolución de conflictos mediante acuerdos, el respeto a las leyes preestablecidas y la existencia de frenos y equilibrios institucionales que impiden la concentración de poder– significaba la derrota del proyecto autoritario de la Revolución de Junio, apoyado por los enemigos de la democracia. Pero también significaba, eso fue lo que Perón comenzó a destacar en sus muy frecuentes discursos, el fin del poder arbitrario en la política social, que había ejercido como parte de la política de seguridad interna de la dictadura. El retorno a la democracia, él percibió, perjudica-

<sup>5</sup> Halperin Donghi (1956) se refiere a esa movilización. La “resistencia civil” fue comentada desde su exilio en Montevideo por el socialista Guillermo Korn. Véase Korn (1945).

ría a quienes su actividad había beneficiado. Debía encontrar la manera de organizar políticamente a los beneficiarios de la dictadura en el nuevo contexto democrático que inevitablemente sobrevendría. Esa era la base social que impediría que él y sus camaradas de la Revolución de Junio fueran juzgados por haber quebrado el orden constitucional y por sus actos ilegales posteriores.

Perón, que en la revolución de septiembre de 1930 se había alineado con Justo y que durante su presidencia había sido edecán del ministro de Guerra y presunto sucesor, recurrió a las ideas de Justo para transformar esa base social en fuerza electoral. Justo, en el momento de su muerte, tal como había hecho cuando había sido candidato a la presidencia por primera vez, trataba de obtener el apoyo del radicalismo. Esa era la principal fuerza electoral y allí debía buscar los votos si quería llegar al poder. Fracásó parcialmente en su primer intento, en 1931, porque no obtuvo el apoyo de Alvear sino solo el de los radicales antipersonalistas, pero en el segundo, frustrado por su muerte, se hallaba mejor encaminado al proponerse como cabeza de una alianza antifascista que, en medio de la Segunda Guerra Mundial, inevitablemente arrastraría votos radicales. Justo era la fuente de inspiración de Perón: para triunfar era necesario conseguir los votos radicales.<sup>6</sup>

Triunfar no era necesariamente ser elegido presidente, una posibilidad con la que aún no se atrevía a soñar despierto; era, más bien, conducir ordenadamente la retirada del Ejército tras el fracaso de la Revolución de Junio. En las retiradas, sin embargo, no es fácil conseguir aliados. Los esfuerzos de Perón por obtener el apoyo del radicalismo no produjeron en apariencia resultados que indicaran que esa fuerza política, o alguna parte significativa de ella, apoyaría a un candidato surgido de la dictadura. En agosto de 1945 logró incorporar al gobierno a algunos dirigentes radicales, como J. Hortensio Quijano, Juan Isaac Cooke y Armando G. Antille, pero ellos no podían asegurar que su presencia lograra atraer los votos de la masa de sus correligionarios. Antes, Perón había intentado atraer a un

<sup>6</sup> Eso le dijo Perón a Bonifacio del Carril en una reunión que mantuvieron a fines de 1943 o comienzos de 1944, según Del Carril (2005), pp. 23 y 35. Por entonces, Perón ya estaba tratando de conocer a los radicales "contrarios al frente popular, proyectado en vísperas del 4 de Junio", según Colom (1946), p. 22.

dirigente radical de mayor envergadura, Amadeo Sabattini, ex gobernador de Córdoba y principal dirigente del radicalismo en esa provincia, pero solo podría haberlo interesado ofreciéndole lo que no podía ofrecerle: la candidatura presidencial.<sup>7</sup> No podía ofrecérsela no por ambición personal sino porque el futuro de los jefes que integraban la dictadura y el de todos aquellos oficiales que la habían apoyado dependía de que cuando se produjera el regreso al orden constitucional la presidencia siguiera en manos de un militar. Sabattini, cuyas ideas no estaban demasiado lejos de las que habían originado la dictadura, creía que el retorno a la democracia lo llevaría a la presidencia. Era, además, un hombre de partido y uno de los más importantes del suyo, que era el mayoritario. Tenía buenas razones para rechazar la propuesta de Perón. Sin dirigentes importantes del radicalismo que aceptaran unirse a la dictadura, el proyecto de Perón para salvar a los revolucionarios de Junio no era viable. Por el contrario, lejos de atraer el apoyo de los políticos había logrado que lo rechazaran. El exceso de activismo que había desplegado durante un año jugaba en su contra. Como señaló Felix Luna, el antiperonismo nació antes que el peronismo.

El antiperonismo era la oposición democrática a la dictadura; era todo el arco de los partidos políticos y la gente que se había lanzado a las calles desde que la liberación de París señaló la derrota del fascismo. La Marcha de la Constitución y de la Libertad fue la mayor expresión del antiperonismo. El 19 de septiembre de 1945, bajo las imágenes de los padres fundadores de la democracia argentina, cientos de miles de manifestantes marcharon desde el Congreso hasta la plaza Francia reclamando el fin de la dictadura. Reclamaban también que el regreso a la democracia fuese supervisado por la Corte Suprema, el único de los tres poderes de la República que había mantenido la continuidad institucional a pesar de las revoluciones de 1930 y 1943. Reclamaban, más precisamente, el cese inmediato de la dictadura. En esa manifestación, de una dimensión sin precedentes, participaron políticos de todos los partidos, en una muestra también sin precedentes de que detrás de las ideas que los separaban había otra, la de la democracia, que los unía. En esa manifestación, sin embargo, no participó el activista más fogoso que había tenido la oposición democrática desde

<sup>7</sup> El contacto de Perón con Sabattini es mencionado por Luna (1969), pp. 147-150.

la derrota de Alemania: Spruille Braden, el embajador estadounidense que había llegado en mayo y estaba próximo a partir. Su activismo, al tiempo que señalaba claramente la orientación de la política de su país, marcaba asimismo el límite de la oposición democrática: carecía de un líder y él, por su condición, no podía serlo. A pesar de ese activismo, no fue entonces que surgió el lema "Braden o Perón": Braden regresó a su país pocos días después para asumir un cargo más alto.

Tres semanas más tarde, Perón renunció a todos sus cargos. No había obtenido los apoyos políticos que esperaba y el tiempo se le agotaba. En el seno del Ejército surgieron dudas acerca del éxito de su proyecto cuando quiso dar un paso para consolidarlo que no fue comprendido por algunos de sus camaradas. La renuncia de Perón a sus cargos implicaba también su renuncia a conducir la retirada. La Marcha de la Constitución y de la Libertad había hecho que la retirada se convirtiera en estampida.

### La estampida

En el momento en que renunció como vicepresidente de la Nación, ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión, Perón había fallado en su intento de hacer contacto con la masa de los votantes radicales. Ignorante, naturalmente, de las teorías sociológicas que luego explicaron el origen del peronismo por los migrantes recientes, desarraigados de la sociedad tradicional, anómicos y, por lo tanto, social y políticamente disponibles, creía que la mayoría de los votantes se identificaba con el radicalismo y que cualquier proyecto político para ser viable debía contar con su apoyo. Había intentado obtenerlo a través de los dirigentes partidarios, pero la enorme mayoría de ellos, por diversas que fueran sus opiniones, no se sentían atraídos por la idea de unir su suerte a la de una dictadura declinante. Perón no había encontrado otra manera de llegar a esos votantes que a través de sus dirigentes y el resultado era poco alentador. Tampoco había ningún indicio de que esos votantes pudieran desoírlos para sostener una candidatura que aún no se había declarado.

Como una buena parte de los votantes radicales estaba conformada por obreros y por lo que sociólogos posteriores llamaron "las clases populares", Perón también intentó llegar a esa masa por medio de los

dirigentes sindicales.<sup>8</sup> Su éxito, sin embargo, fue modesto. Los dirigentes sindicales movilizaron a sus seguidores en apoyo de las políticas sociales, aunque no necesariamente en apoyo del proyecto político con que Perón esperaba salvar a los revolucionarios de Junio de la ominosa suerte que parecía reservarles el inminente fin de la dictadura. Los dirigentes sindicales apreciaban seguramente cuanto Perón había hecho en beneficio de sus afiliados y para fortalecer sus organizaciones, pero el fin de la dictadura también les preocupaba porque con la restauración de la democracia terminaría la arbitrariedad que los había favorecido. Dos veces llevaron a sus seguidores durante los meses de la ofensiva de la oposición democrática a actos en apoyo de Perón. La primera, el 12 de julio de 1945, en respuesta a la declaración de las "fuerzas vivas", es decir, de las organizaciones patronales. No salieron a la calle, sin embargo, cuando esa declaración fue publicada sino un mes después. Todo ese tiempo les llevó decidir el paso que darían. Cuando lo dieron, no tuvo consecuencias políticas: los sindicalistas llevaron a sus seguidores y se fueron con ellos. En la segunda oportunidad, el 10 de octubre, al día siguiente de la renuncia de Perón, sucedió lo mismo: el acto organizado por los sindicalistas para despedirlo como secretario de Trabajo y Previsión tampoco tuvo consecuencias políticas. Perón no salió de allí como candidato a la presidencia ni como líder de los trabajadores. Había conseguido establecer buenas relaciones con los dirigentes sindicales mediante la implementación de la política social de la dictadura, pero eso no alcanzaba para que ellos acudieran en auxilio de una dictadura condenada a extinguirse en lugar de prepararse para lo que les depararía la democracia, cuya restauración tanto los acontecimientos internacionales como nacionales hacían inevitable. La renuncia de Perón no produjo ningún cambio, entonces, aparte del hecho mismo de que ya no conduciría la retirada. Ninguna fuerza política ni social acudió en su auxilio ni en auxilio de su proyecto de salvataje de los revolucionarios de Junio. Tampoco lo hicieron los muchos camaradas dispersos por el país que, en desconocimiento quizá de las circunstancias de su renuncia, seguían creyendo que era la persona indicada para conducir la retirada.

<sup>8</sup> Germani (1955), p. 252, atribuyó a las "clases populares" el apoyo a Perón fuera del área metropolitana industrializada en las elecciones de 1946.

Pero a veces los acontecimientos se aceleran súbitamente y las opiniones sostenidas hasta ayer pierden validez mañana.

El conflicto que provocó la renuncia de Perón se suscitó con alguien que siempre lo había apoyado: el general Eduardo Ávalos, jefe de la guarnición de Campo de Mayo, la mayor concentración militar del país.<sup>9</sup> Ávalos tenía quejas acerca de una acción reciente de Perón pero, como el paso de los días reveló, no tenía ideas diferentes ni una propuesta alternativa. El motivo de la queja era la designación de un civil ignoto en un puesto clave para el control de las comunicaciones internas. Ávalos, quizás convencido por los coroneles de Campo de Mayo, creía que correspondía designar a un oficial en actividad que era entonces el director de la escuela de la especialidad.<sup>10</sup> No le faltaban argumentos en tal sentido, ya que la debilidad de la dictadura frente a la oposición democrática parecía requerir que esa área clave quedara bajo control del Ejército. Perón, sin embargo, tenía motivos políticos para preferir a un civil sin otro vínculo con el gobierno que él mismo en lugar de un oficial inserto en una cadena de mandos en la que tenía otros jefes. Es posible que no quisiera explicárselos a Ávalos o que creyera que no los entendería. Las ideas de Ávalos no habían sido hasta entonces diferentes de las de Perón respecto de la misión de la Revolución de Junio ni en cuanto a la retirada. En todos los conflictos internos de la dictadura, desde junio de 1943 hasta octubre de 1945, habían estado del mismo lado. La diferencia entre Perón y Ávalos radicaba, como se vio en los días siguientes cuando lo reemplazó como ministro de Guerra, en la profundidad de la visión política de cada uno de ellos.

Ávalos lo reemplazó como ministro, pero no en la conducción de la retirada. Ante la demanda de la oposición democrática de que cesara la dictadura, intentó un camino distinto de la cesión del poder a la Corte Suprema que aquella reclamaba y que significaba la rendición incondicional de los revolucionarios de Junio. El ofrecimiento al procurador general de la Nación, Juan Álvarez, de formar un gabinete que gobernara la transición

<sup>9</sup> Según Perón, en Bill de Caledonia, "¿Dónde estuvo?", pp. 5-6 y 8, Ávalos lo había propuesto como ministro de Guerra y como vicepresidente y, aun antes del 17 de Octubre, como candidato a la presidencia. Sobre los conflictos internos del Ejército entre junio de 1943 y octubre de 1945, véase Potash (1994a), pp. 289-374.

<sup>10</sup> El testimonio del (luego) general Franklin Lucero está en *Primera Plana*, 28 de septiembre de 1965, N° 151, p. 41; confirmado por el del general Oscar Uriondo, en Luna (1969), p. 402.

fue, sin embargo, un intento fallido. No podía satisfacer a la oposición democrática porque no implicaba el fin inmediato de la dictadura, pero tampoco a los jefes militares porque carecía de las salvaguardias que Perón había tratado de construir. Álvarez tardó una semana en encontrar quienes quisieran acompañarlo en una empresa plagada de riesgos, aun personales, para los que aceptaran hacerlo. No era el menor de ellos el quedar identificado con un gobierno al que se tildaba de fascista en un momento en que los colaboracionistas estaban siendo fusilados en Europa.<sup>11</sup> Cuando Álvarez logró cubrir todos los ministerios, la situación política había cambiado.

El cambio de la situación política se produjo súbitamente. El 11 de octubre se había realizado una asamblea en el Círculo Militar que mostró la desorientación reinante entre los oficiales. Al día siguiente, una manifestación frente a esa institución desnudó las limitaciones de la oposición democrática y le reveló a los militares los peligros que corrían. La manifestación fue espontánea, no parte de una estrategia concertada. La Junta de Coordinación Democrática, que había organizado la Marcha de la Constitución y de la Libertad, era un conglomerado multipartidario que no ofrecía más de lo que su nombre indicaba: coordinación, no liderazgo. Sus miembros se entrevistaron con el nuevo ministro de Guerra en la creencia de que habían triunfado, pero descubrieron que no tenía nada que decirles.<sup>12</sup> Ávalos, aunque no supiera qué hacer, sabía que debía evitar el triunfo de la oposición. Un grito en la manifestación del 12 de octubre debe de haber resonado en sus oídos y en los de sus camaradas: "¡Nuremberg!"<sup>13</sup> Todavía no se había reunido el tribunal que juzgaría a los criminales de guerra nazis, pero su constitución se conocía desde fines de agosto. Nadie puede establecer hoy comparación alguna entre los jefes nazis y los militares integrantes de la dictadura, pero el calor del momento muchas veces opaca diferencias que resultan obvias en tiempos más calmos. Nadie que por cualquier motivo fuera considerado nazi en aquellos días podía permanecer imperturbable. Ávalos sabía lo que tenía que evitar pero no sabía cómo hacerlo. La oferta

<sup>11</sup> *La Prensa*, 10 de octubre de 1945, por ejemplo, titulaba su tapa con la noticia de la sentencia a muerte de Pierre Laval, ex primer ministro de Francia bajo el régimen de Vichy.

<sup>12</sup> La entrevista de los integrantes de la Junta de Coordinación Democrática con Ávalos está comentada en Guemes (1956), pp. 119-122.

<sup>13</sup> Irazusta (1966), p. 31, citado por Luna (1969), p. 408.

que le hizo a Juan Álvarez el 13 de octubre era su límite. Tal como estaban las cosas solo había que esperar el resultado de esa gestión y ver cómo reaccionaba la oposición ante esa concesión a medias de su demanda. Ávalos, sin embargo, tomó algunas medidas que contribuyeron a crearle problemas con otros actores en los días siguientes: por un lado, puso a Perón bajo custodia; por otro, designó a un nuevo secretario de Trabajo y Previsión y lo autorizó a que se dirigiera a los trabajadores por la Red Argentina de Radiodifusión, la cadena radial que cubría todo el país.<sup>14</sup>

Perón fue puesto bajo custodia en la madrugada del sábado 13 de octubre. Durante los días 11 y 12 había estado fuera de Buenos Aires, pero por su seguridad Farrell y Ávalos decidieron protegerlo. ¿Por qué no creerle a Ávalos?: “Perón fue invitado a trasladarse a la isla Martín García, en nombre del presidente de la República y en el mío propio, a fin de que no se cometiera un atentado contra él”. Veinte años más tarde se supo que había un complot para asesinar a Perón durante una visita a la Escuela Superior de Guerra que su renuncia frustró. Quizá no se haya tratado más que de comentarios de algunos exaltados, pero Ávalos prefirió no arriesgarlo y por eso lo puso bajo custodia de la Marina, en la isla Martín García, lejos de los complotados. Podía estar molesto con Perón, pero era su camarada, quizás aun su amigo, y no tenía diferencias de fondo con él: “yo hice la Revolución con el coronel Perón”.<sup>15</sup> La inexperiencia política de Ávalos no le permitió percibir las consecuencias que tal decisión podía tener ya que para la prensa y el gran público Perón estaba preso.

El mismo sábado 13, por la noche, habló por radio el nuevo secretario de Trabajo y Previsión, Juan Fentanes, que no era un miembro de la oposición democrática sino un funcionario de la dictadura. Su discurso,

<sup>14</sup> La voz de Perón no era desconocida: había hablado por la Red Argentina de Radiodifusión los días 2 de diciembre de 1943, 19 de enero y 1° de mayo de 1944, y 9 de marzo, 1° de mayo y 22 de septiembre de 1945, por lo menos. Véase Perón (1944), pp. 29, 41 y 48, y (1946a), pp. 65 y 97; y Del Campo (1983), p. 261.

<sup>15</sup> Las citas de este párrafo son parte de una declaración de Ávalos a la agencia Reuters, publicada en *La Nación*, 17 de octubre de 1945, citada por Torre (1990), p. 144. El complot es mencionado por el general de división Rosendo M. Fraga en *Primera Plana*, 28 de septiembre de 1965, N° 151, pp. 42-43. Ávalos manifestó a los sindicalistas que lo entrevistaron en la mañana del 17 de octubre que Perón estaba custodiado para su seguridad, según Pontieri (1972), p. 75. El arresto preventivo de Arnaldo Cortesi, corresponsal de *The New York Times* en Buenos Aires, para protegerlo ante las amenazas recibidas fue sugerido por Perón a Braden, según Escudé (1983), p. 185.

leído hoy, parece dirigido a calmar a patrones y obreros, asegurando a los primeros que las decisiones futuras les serían consultadas y a los segundos que no perderían sus conquistas.<sup>16</sup> Es posible que entonces no haya sido interpretado de esa manera, ya que no había ninguna seguridad de que hiciera ni lo uno ni lo otro. Su tono mesurado, muy distante de las arengas de Perón, debe de haberle caído mejor a los patrones que a los obreros.

Con Perón aparentemente preso y con sus conquistas aparentemente amenazadas, el lunes 15 los obreros salieron a las calles, especialmente en el sur del Gran Buenos Aires, la zona de mayor concentración industrial. Ese día se reunió la comisión administradora de la CGT y decidió una huelga, cuya fecha debía fijar el Comité Central Confederal, la máxima instancia de la organización sindical. En la reunión de ese organismo, que se llevó a cabo el día siguiente, hubo dos posiciones: la de los dirigentes que estaban contra la huelga porque no querían arriesgar una intervención a sus sindicatos, que terminaría beneficiando a los comunistas; la de quienes estaban a favor de la huelga, algunos porque creían que ella se haría de todos modos, en cuyo caso era mejor encabezarla para no ser desplazados por la ola de protesta, otros porque la creían necesaria para pedir la libertad de Perón y defender las "conquistas obreras". El Comité Central Confederal decidió por 16 votos contra 11 que la "huelga general" se realizara dos días después, el jueves 18 de octubre.<sup>17</sup> El llamado a la huelga pedía la libertad de todos los presos políticos, pero no mencionaba el nombre de Perón. El 17 de octubre, como durante los dos días anteriores, hubo obreros en las calles del Gran Buenos Aires y también una concentración espontánea en la Plaza de Mayo.

El temor al avance de la oposición democrática había llevado al general Ávalos a tomar decisiones cuyas consecuencias no había previsto. Las demandas de la oposición democrática podrían llevar a un Nuremberg, pero cuanto había hecho desde la renuncia de Perón había desembocado en

<sup>16</sup> El discurso de Fentanes está en Ministerio del Interior (1946), vol. 2, pp. 79-82.

<sup>17</sup> El resultado de la votación está en la transcripción del acta publicada en *Pasado y Presente*, 1973, N° 2-3 (nueva serie), p. 423, y Torre (1988), p. 167. La versión del triunfo de la moción a favor de la huelga por 21 a 19 votos es recogida por Luna (1969), pp. 335-336, quien la toma de Belloni (1960), p. 53. Luna atribuye ese resultado supuestamente estrecho a que "es ya legendaria la circunstancia de que el forjista Libertario Ferrari volcó la votación". Belloni solo lo identifica como "el alma del debate que decidiría la resolución final".

una situación que amenazaba con quedar fuera de control. Ávalos y Farrell debían hacer algo para contener la estampida.

### La ordalía

El mito construido durante el gobierno de Perón le atribuyó a la concentración del 17 de octubre en la Plaza de Mayo un carácter masivo y decisivo, pero hay motivos para dudar de ambos calificativos. Puede dudarse de su carácter decisivo porque Ávalos y Farrell ya habían dispuesto la noche anterior el traslado de Perón desde Martín García al Hospital Militar de Buenos Aires. Perón fue embarcado en las primeras horas de la madrugada del 17 y alrededor de las 7 de la mañana ya estaba alojado en el hospital. Esa decisión no se debió a los acontecimientos de la Plaza de Mayo, que aún no habían sucedido, sino a los acaecidos en los dos días anteriores: la presencia de obreros en las calles y, sobre todo, la huelga general convocada por la CGT y los sindicatos autónomos para el día 18. La preocupación de Ávalos y Farrell era esa huelga, no los obreros que estaban en las calles, ni la gente que estaba en la Plaza de Mayo. Hasta pasadas las cinco de la tarde la concentración no pasaba de unos pocos miles de personas, las que caben entre la Casa Rosada, el monumento a Belgrano, el Banco de la Nación y una de las fuentes de la plaza, la más cercana al monumento, la misma en la que algunos manifestantes, según una famosa foto, refrescaron sus dolidos pies.<sup>18</sup> Esa exigua y pacífica multitud no ejerció presión alguna sobre las decisiones tomadas esa tarde.

El problema era la huelga del día siguiente que las Fuerzas Armadas no tenían capacidad suficiente para controlar si adquiriría características violentas y afectaba a todo el país. Ávalos había empalidecido cuando fue advertido por una delegación de dirigentes ferroviarios que lo entrevistó el martes 16 a las 15.30 acerca de la “efervescencia incontrolable” de las

<sup>18</sup> La foto de la Plaza de Mayo a las 17 horas (*supra* Figura 1.1) está en Troncoso (2005), p. 217. Estimé la hora comparando las sombras de las personas con fotos de la plaza que tomé desde la ventana del primer piso de la Academia Nacional de la Historia el 17 de octubre de 2006. El huso horario, Greenwich -3, era el mismo, como informa el Servicio de Hidrografía Naval, en “Husos horarios adoptados en la República Argentina”, en línea. La foto de manifestantes que refrescaban sus pies en la fuente, en Amaral y Botalla (2010), p. 14, es comentada en Senén González y Bosoer (1996).

bases que ellos se reconocían incapaces de contener.<sup>19</sup> Por ese motivo, poco después de mediodía del miércoles 17, él y Farrell se reunieron con el comité de huelga, para pedir el levantamiento de la medida. El comité de huelga se negó a acceder porque carecía de facultades para hacerlo.<sup>20</sup> Para evitar las posibles consecuencias de la huelga del 18 Ávalos y Farrell solo tenían un arma: Perón. Era el último recurso para quitar el detonante a la bomba social creada por los acontecimientos posteriores a su renuncia. Era el único que podía frenar la estampida y retomar el camino de la retirada en orden. Perón tenía sus peculiaridades pero, como señaló veinte años después uno de los coroneles de Campo de Mayo que había impulsado la protesta de Ávalos, era después de todo un camarada. Su situación familiar irregular, como se designaba en la jerga militar a la convivencia de ese viudo con una joven actriz, era un factor de irritación por la influencia que a ella se le atribuía sobre sus actos, pero pasaba a segundo plano ante la potencial gravedad de la huelga.

Es posible que desde el fin de la reunión con el comité de huelga Ávalos haya consultado por teléfono a los coroneles de Campo de Mayo y a algunos generales esparcidos por las guarniciones del interior del país que no habían participado de los acontecimientos de esos días. Si lo hizo, debe de haber encontrado la comprensión de sus subordinados pero también la ira de sus pares, quienes, marginados de los sucesos recientes, seguramente reclamaron el regreso de quien hasta pocos días antes conducía la retirada. Por eso, alrededor de las 16.30, cuando se sabe con certeza que comenzó la negociación de Ávalos y Farrell con Perón (aparte de las llamadas telefónicas previas, que bien pueden haber existido pero que los diarios no registran), su objetivo fue convencerlo de que quitara el detonante a la bomba.<sup>21</sup> No es imposible que le hayan ofrecido hacerse cargo del gobierno, pero por los inconvenientes que había tenido Farrell para ser reconocido como presidente cuando a comienzos del año anterior había sustituido a Ramírez, la solución no era la más conveniente desde el punto de vista de la

<sup>19</sup> Monzalvo (1974), pp. 188-189.

<sup>20</sup> Gay (1999), p. 45, dice que "en carácter de miembros del Comité Nacional de Huelga entrevistamos al presidente Farrell y al ministro Ávalos en la Casa Rosada", pero no identifica quiénes lo acompañaron. Pontieri (1972), pp. 174-175, menciona entrevistas que él tuvo con Farrell y Ávalos por separado en la mañana del día 17 sin la participación de Gay.

<sup>21</sup> Potash (1994a), p. 397, señala que la negociación comenzó a esa hora.

política internacional. Tampoco lo era desde el punto de vista de la política nacional, porque limitaría la capacidad de acción de Perón para encauzar el evidente apoyo popular. Era mejor que Perón tuviera un gobierno de amigos, siempre bajo la presidencia de Farrell, y se concentrara en concretar un sueño hasta entonces imposible: que un revolucionario de Junio sucediese a la dictadura cuando se restableciera el orden constitucional. Esa debe de haber sido la sustancia de la negociación de Perón con Ávalos y Farrell: Perón tiene que haber insistido en que se establecieran salvaguardias para evitar malentendidos como el que había provocado su renuncia y en que se debía confiar en su habilidad para llevar a buen término una operación política completamente incomprensible para la mayoría de sus camaradas, aun los más cercanos, como los sucesos de esos días mostraban.

Faltaba un detalle clave: encontrar una solución a la huelga del día siguiente. Como lo habían comprobado Ávalos y Farrell ya no era posible frenarla, pero Perón podía transformar su significado. Por eso apareció en el balcón de la Casa Rosada cuando faltaban apenas cincuenta minutos para que comenzara el día 18 y se dirigió a todos los huelguistas, invocándolos expresamente al comienzo de su discurso: "¡Trabajadores!" Pero no se dirigió solamente a los que a esa hora estaban en la Plaza de Mayo, quizá más, quizá muchos más que los escasos manifestantes del fin de la tarde (es imposible conocer la cantidad porque la técnica entonces disponible no permitía las fotos nocturnas de amplios espacios), sino a todos los trabajadores del país por la Red Argentina de Radiodifusión. Su discurso, ciertamente vago como ha señalado Emilio de Ípola, fue preciso en un punto: los trabajadores debían realizar la huelga del día siguiente, pero en festejo de esa concentración.<sup>22</sup> Era un pedido que intentaba quitar el detonante a la bomba, pero faltaba ver en los hechos si lo había logrado.

La ordalía le fue favorable: el 18 solo hubo incidentes menores y aislados. El éxito de Perón en la contención de la estampida permitió que él y

<sup>22</sup> El discurso de Perón es analizado por De Ípola (1979); Gasió (2012b), pp. 11-15; y Plotkin (2007), pp. 117-118, que subraya la redefinición entonces efectuada por Perón del sentido de la huelga del día 18. Las versiones que pueden considerarse auténticas del discurso de Perón están en Ministerio del Interior (1946), pp. 94-96, y Perón (1946a), pp. 185-187. Las diferencias entre ambas son escasas: en la segunda fueron eliminados los rastros de oralidad, pero contiene la invocación inicial que no está en la primera.

los jefes de la dictadura se olvidaran de la retirada y comenzaran a preparar la ofensiva.

### El triunfo

Después de la ordalía, Perón contó con el apoyo irrestricto de la dictadura. Sus camaradas, en el gobierno o en los cuarteles, cerraron filas detrás de él y esperaron su destino. Este se presentaba más favorable que nunca desde el comienzo de la retirada. El Nuremberg argentino se había disipado para siempre. Perón conseguía apoyos políticos insospechados pocos días antes. Los sindicatos, que hasta el 16 de octubre habían mantenido una prudente distancia de Perón, a fin de ese mes organizaron un partido político para apoyarlo. También la cantidad de radicales que acudió tras de él se multiplicó rápidamente.

En pocas semanas Perón tuvo dos estructuras políticas para sostener su candidatura: el Partido Laborista, organizado por los sindicalistas, y la Unión Cívica Radical Junta Renovadora, organizada por los radicales que vieron la ocasión y apostaron a su triunfo. Los motivos de los primeros estaban claros: Perón significaba la continuación de la política social de la dictadura; los de los segundos, también: Perón había llegado con su mensaje a la masa de los votantes y tenía el combustible necesario para hacer política. Ese combustible, el dinero, era provisto por el gobierno, a veces de sus propios fondos, otras de fondos ajenos. De sus propios fondos provenía el presupuesto de la Secretaría de Trabajo y Previsión, que en agosto de 1945 había crecido el 302,7% respecto del aprobado el 28 de diciembre de 1944, en tanto que el gasto total solo había crecido el 32,8% (Tabla 3.1).<sup>23</sup> De fondos ajenos, privados, provenía el aguinaldo, una concesión graciosa de la dictadura en favor de su candidato, que la oposición democrática debió abstenerse de criticar para no perder el favor de los beneficiarios de esa dádiva, que no se efectuó en los días iniciales de la política social, a fines de 1943, sino a fines de 1945, menos de dos meses antes de la elección presidencial.

<sup>23</sup> *La Prensa*, 17 de septiembre de 1945.

Gastos a cubrir con recursos en efectivo (en millones de pesos de moneda nacional)	Decreto 28 dic 1944	Información 21 ago 1945	Diferencia %
Congreso Nacional	3,3	3,4	3,0
Interior	257,8	214,3	-6,9
Secretaría de Trabajo y Previsión	11,1	44,7	302,7
Relaciones Exteriores y Culto	15,0	19,0	26,7
Hacienda	43,2	44,0	1,9
Justicia e Instrucción Pública	143,6	147,3	2,6
Consejo Nacional de Educación	137,4	148,6	8,2
Guerra	270,0	249,4	-7,6
Secretaría de Aeronáutica <sup>1</sup>		50,4	
Marina	119,2	145,7	22,2
Agricultura y Secretaría de Industria y Comercio	43,0		-0,9
Agricultura <sup>2</sup>		34,2	
Secretaría de Industria y Comercio <sup>2</sup>		8,4	
Obras Públicas	40,8	39,3	-3,7
<i>Subtotal 1</i>	1084,4	1148,7	5,9
Servicio de la deuda pública	331,2	331,2	-
Jubilaciones, Pensiones y Retiros	70,9	70,9	-
Aportes y contribuciones a cajas	26,8	26,8	-
<i>Subtotal 2</i>	1513,3	1577,6	4,2
Gastos a cubrir con el producto de la negociación de títulos			
Gastos de Guerra y Marina <sup>2</sup>		501,9	
Trabajos públicos <sup>2</sup>	323,2	314,6	
Aportes varios <sup>2</sup>		41,0	
<i>Subtotal 3</i>	323,2	861,5	166,6
Total general <sup>3</sup>	1.836,5	2.439,1	32,8

Fuente: "La ejecución del presupuesto nacional durante el corriente año", *La Prensa*, 17 de septiembre de 1945. Notas: <sup>1</sup> No figura en el presupuesto del 28 de diciembre de 1944; <sup>2</sup> no están diferenciados en el decreto del 28 de diciembre de 1944; <sup>3</sup> no incluye los gastos de las reparticiones autárquicas.

Perón, se sabía, obtuvo el apoyo de muchos radicales, pero lo que la investigación más reciente ha revelado es que obtuvo el apoyo tanto de muchos ciudadanos que antes votaban por el radicalismo cuanto el de máquinas políticas radicales probadas en la acción electoral. Así fue en Jujuy, Salta, San Luis, Mendoza, Buenos Aires, por señalar algunas provincias, como también en varias ciudades de esta última, como Bahía Blanca, Mar del Plata, Tandil. La dirigencia peronista, tanto en el momento inicial como cuando se organizó el Partido Peronista, ya con Perón en el gobierno, provenía principalmente del radicalismo.<sup>24</sup>

Esto fue así por dos motivos: en primer lugar, por la ya señalada cuestión del combustible; en segundo lugar, por el mensaje. El objetivo de los políticos es el poder: el poder local, provincial y, en última instancia, nacional. Cualquier dirigente cuyas aspiraciones se limitaran al poder en una ciudad o en una provincia sabía que el combustible venía de Perón, no de la oposición democrática. El cambio de la situación política operado tras los acontecimientos del 17 y 18 de octubre, al manifestarse el apoyo popular a Perón, eliminó el temor al colaboracionismo. Quien quisiera ser concejal, intendente, diputado provincial o gobernador sabía dónde tenía que ubicarse en el plano nacional para obtener el combustible que alimentara sus ambiciones.

No todo era una cuestión de máquinas políticas, sin embargo. Estas necesitan dinero para funcionar, pero el objetivo es obtener votos. Para esto, es necesario llegar con el mensaje adecuado y Perón lo emitía. La característica de la huelga del 18 de octubre había revelado más que la movilización del día anterior que Perón había conseguido llegar a la masa de los votantes que hasta entonces había conformado el núcleo duro de la mayoría radical. Lo había intentado antes por la vía de algunos políticos de primera y segunda línea, sin mayor éxito; también a través de los sindicalistas, sin que le fuera mucho mejor. Pero el hecho de que sus palabras hubiesen transformado la huelga en una fiesta significaba que ellas habían alcanzado, con la ayuda de la Red Argentina de Radiodifusión, el corazón de los integrantes de la masa. Un sociólogo, Gino Germani, explicó posteriormente el surgimiento del peronismo, entre otros factores, por la

<sup>24</sup> Véase Macor y Tcach (2003) y (2013), Melon Pirro y Quiroga (2006), Aelo (2012), y Amaral (2018b).

anomia de los migrantes recientes, obreros nuevos.<sup>25</sup> Los individuos clasificados en esa categoría tenían un pasado, sin embargo, y posiblemente habían votado antes, ya que desde fines de la década de 1920 la participación electoral era alta, por el voto obligatorio establecido por la ley 8.871, llamada Sáenz Peña. Más aun, como mostró la elección presidencial del 24 de febrero de 1946, Perón obtuvo muy altos porcentajes de voto en provincias donde no había por entonces obreros nuevos ni viejos, como Catamarca, Jujuy, La Rioja, Mendoza, Salta, Santa Fe, Santiago del Estero y Tucumán.<sup>26</sup> Allí operaron los dos factores: las máquinas políticas, para organizar el voto; el mensaje, para atraer a los votantes hacia las máquinas. Antes que los sociólogos, el principal dirigente comunista, Victorio Codovilla, había tenido que establecer la diferenciación entre los obreros nuevos y los obreros viejos para explicar por qué muchos obreros apoyaban a Perón. A fines de 1945, cuando ese apoyo era obvio, Codovilla señaló que los migrantes internos incorporados recientemente a la industria no habían podido adquirir conciencia de clase, es decir, ser organizados por el Partido Comunista.<sup>27</sup> Ese fue el origen del mito que luego pasó a la ciencia social, pero como esa explicación excluye lo sucedido en las provincias no industrializadas donde también triunfó Perón sirve a lo sumo para dar cuenta parcialmente, en un espacio territorial muy reducido, el del Gran Buenos Aires, del surgimiento del peronismo. Quienes votaron por Perón, lo hicieron porque reconocieron en él lo que él siempre había querido que reconocieran: que era el heredero de Irigoyen. Las máquinas políticas radicales que apoyaron su candidatura sirvieron para que el mensaje que había llegado a la masa de votantes se transformara en el triunfo electoral.

### La derrota

La contrapartida del triunfo del heredero de la dictadura fue la derrota de la oposición democrática reunida en la Unión Democrática. Los triunfos llaman más la atención que las derrotas y concentran el mayor esfuerzo de los analistas, pero las derrotas también deben ser explicadas. Dentro

<sup>25</sup> Germani (1956), y (1962), cap. 9.

<sup>26</sup> Amaral (2018b), vol. 2, Tabla 5.5.

<sup>27</sup> Codovilla (1946), p. 84.

del marco de las explicaciones del triunfo de Perón que enfatizan el papel de los obreros, nuevos o viejos, debería señalarse que la derrota se debió a que las fuerzas integrantes de la Unión Democrática fracasaron en atraer el apoyo de los obreros nuevos o viejos. Esta explicación, que se limita especialmente a cuatro circunscripciones de Capital Federal y al Gran Buenos Aires, deja de lado los motivos por los cuales la Unión Democrática perdió en provincias donde los partidos que la integraban habían triunfado en el pasado. Para explicar ese fenómeno es mejor prestar atención a qué sucedió con las máquinas políticas provinciales del radicalismo: la de Miguel Tanco en Jujuy, la de Lucio Cornejo en Salta, y la de Ricardo Zavala Ortiz en San Luis, por ejemplo, apoyaron a Perón, y algo similar sucedió en otras provincias y ciudades.<sup>28</sup> Es posible que también algunas máquinas políticas conservadoras hayan apoyado a Perón, como sugiere un estudio de Luis González Esteves: ellas también necesitaban el combustible que alimenta la política y que en ese momento podía suplir Perón.<sup>29</sup> Excepto el norte de Córdoba, por él estudiado, no hay noticia, sin embargo, de otros casos que permitan sospechar algo parecido. La derrota se debió, en gran medida, a la desertión de los votantes y de las máquinas políticas del radicalismo, el principal partido de la Unión Democrática. Para explicarla, sin embargo, no basta esa desertión: es necesario prestar atención también a lo que quedó dentro del partido.

El radicalismo estaba dividido en dos grandes sectores: uno, el de los herederos de Alvear, al que pertenecían los candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia, José P. Tamborini y Enrique Mosca, y los principales dirigentes que habían actuado en la década anterior; el otro, el Movimiento de Intransigencia y Renovación, reunía a una nueva generación de dirigentes, muchos de los cuales no tenían aún cuarenta años. La diferencia entre ambos sectores no era solamente generacional sino también programática y estratégica. En cuanto al programa, como admiradores de Harold Laski y Franklin D. Roosevelt –es decir, de una creciente intervención estatal en la economía y en la sociedad–, los intransigentes no dejaban de sentirse atraídos por el de Perón, aunque no podían aceptar el origen dictatorial de su candidatura. En cuanto a la estrategia, criticaban la posibilidad de

<sup>28</sup> Amaral (2018b), vol. 1, cap. 12, 15 y 17.

<sup>29</sup> González Esteves (1980).

la alianza con los conservadores en la Unión Democrática, aunque esta se manifestase como un apoyo externo a la candidatura radical. El extraordinario libro de Félix Luna, *El 45*, es también un testimonio, ya que el autor militaba en la intransigencia, de esa ambigüedad.<sup>30</sup> Los intransigentes, que tras la derrota tomaron el control del partido, luchaban en la elección de febrero de 1946 tanto contra Perón como contra la dirección partidaria y contra los conservadores. Es difícil ganar elecciones cuando un componente no menor de un partido lucha contra su dirección y contra los potenciales aliados con más énfasis que contra los adversarios externos.

Los problemas internos del radicalismo contribuyeron a la derrota también en otro sentido. Sus dirigentes no podían aceptar la alianza con otros partidos sin desmentir el carácter excepcional y mayoritario que la mística militante atribuía al partido. Aceptaron formalmente el apoyo del socialismo, del comunismo y de la democracia progresista, pero no el de los conservadores, sus históricos adversarios, y se negaron a formar listas comunes de candidatos a gobernadores y a diputados, como reclamaba Codovilla. La Unión Democrática quedaba así debilitada por la necesaria competencia entre los partidos que la formaban para esos cargos. Además, la aceptación formal del apoyo de partidos programáticos daba al radicalismo un sesgo que hasta entonces sus dirigentes habían evitado y afectaba la difusa apelación identitaria que había contribuido a sus triunfos electorales en la década anterior.

El problema del radicalismo residía, en definitiva, en que los once años de la democracia consensual de Alvear no alcanzaban para borrar los treinta años de democracia plebiscitaria de Irigoyen. El alma del radicalismo no estaba en la democracia como confrontación de ideas, como aceptación de triunfos y derrotas; estaba, por el contrario, en la visión maniquea de "la causa" contra "el régimen". En el radicalismo de mediados de la década de 1940 no había muerto esa concepción dicotómica de la política, con la consecuente deslegitimación del adversario. Bastó que un nuevo líder apelara a la masa, renovando el vínculo que Irigoyen había construido con sus seguidores, para que estos, constreñidos desde la revolución de

<sup>30</sup> Luna (1969).

1930 a seguir a una dirección que no podía reproducirlo, encontraran bajo nuevas banderas su verdadera identidad perdida.

Finalmente, otro factor contribuyó a la derrota: la democracia es débil frente a la dictadura. La democracia es conflicto y competencia; la dictadura suprime el conflicto y la competencia. La democracia es frenos y equilibrios institucionales; la dictadura suprime los frenos y equilibrios institucionales. La democracia es acuerdos y consensos; la dictadura suprime los acuerdos y consensos. Donde la democracia duda, la dictadura impone. Contra la arbitrariedad de la dictadura, los partidos democráticos prometían –por la manera como encararon la elección, por su misma esencia– conflictos, competencia, frenos y equilibrios, acuerdos y disensos, dudas.

### El peronismo y la democracia

El peronismo nació como expresión de una dictadura y triunfó en la elección del 24 de febrero de 1946 porque para la mayoría de los votantes daría continuidad a la arbitrariedad característica de la dictadura. Por eso obtuvo el apoyo, como señalaron Peter H. Smith y E. Spencer Wellhofer, de votantes de todos los sectores sociales.<sup>31</sup> La democracia se basa, sin duda, en la regla mayoritaria, pero ella no agota su significado. La posibilidad de la democracia reside en que los participantes acepten reglas comunes y actúen dentro de ellas, pero si hay uno que las rompe, sus probabilidades de triunfo crecen y la democracia se desvanece. Napoleón, dice Guglielmo Ferrero en *Aventure*,<sup>32</sup> triunfó en la campaña de Italia porque violó las reglas de la guerra dieciochesca: ¿recordó Perón, antiguo profesor de historia militar, esa lección? Su formación militar, ocurrida bajo el imperio de las ideas de Clausewitz, tampoco ayudaba a darle una visión de la competencia democrática que no condujera a la destrucción del enemigo.

Además de la influencia de esos maestros, que no se cuentan entre los fundadores de la democracia liberal decimonónica, el haber llegado a la política desde el poder y el haberlo usado arbitrariamente durante la dictadura no contribuyó a que Perón percibiera que la democracia implica restricciones autoimpuestas y a que si ellas molestan cuando se está en

<sup>31</sup> Smith (1972); Wellhofer (1974).

<sup>32</sup> Ferrero (1936).

el gobierno, son muy apreciadas cuando se está en el llano. Por eso, solo cuando debió hacer política sin poder, tras su caída en 1955, Perón aceptó –no inmediatamente, pero sí a poco andar– la democracia consensual, pluralista, en un marco de valores compartidos, es decir, la democracia liberal decimonónica, la democracia de sus antiguos enemigos, ya solo adversarios.<sup>33</sup> Como el peronismo había nacido, sin embargo, contra esa idea de la democracia, le costó a Perón diecisiete años convencerlos de que su concepción del orden político había cambiado. Tuvo éxito en la tarea y por eso volvió a ser presidente; pero, puede argüirse, menos lo tuvo –a semejanza de lo que le había ocurrido a Alvear– en cambiar la cultura preexistente dentro de su propia organización política.

El radicalismo y el peronismo nacieron y crecieron en contraposición a la democracia consensual. En su evolución, en ambos fenómenos políticos, por las consecuencias que sobre ellos tuvo la reacción de las fuerzas excluidas, sus dirigentes debieron aceptar que no representaban a todo el pueblo de la nación sino solo a una parte. La concepción plebiscitaria que se encuentra en el origen de los dos principales partidos políticos ha marcado un siglo de política en la Argentina.

<sup>33</sup> Sobre ese cambio, véase Amaral (1993) e *infra* el capítulo 9.

Parte II  
Los votos



## Los migrantes recientes y el voto peronista: los nuevos inscriptos en 1946

El triunfo de Perón en las elecciones del 24 de febrero de 1946 se atribuyó al apoyo que obtuvo de los trabajadores, pero no de todos ellos. Ya antes de esas elecciones, el 22 de diciembre del año anterior, al examinar la composición social de las fuerzas democráticas y de las peronistas, Victorio Codovilla, el principal dirigente del Partido Comunista, estableció esa división en un informe presentado a la conferencia nacional de su partido. Además del apoyo "de todos los partidos políticos tradicionales, de gran parte de la juventud obrera y campesina, la inmensa mayoría de la juventud universitaria, de los intelectuales y artistas, de los profesionales, del profesorado, de los empleados, de las clases medias, de los sectores progresistas de la industria, del comercio, de la agricultura, de la ganadería y de la finanza, de la mayoría del Ejército y de la Marina y una parte de la policía, de los sectores democráticos del catolicismo y de toda la prensa del país, a excepción de los pasquines peronistas", la Unión Democrática tenía el de "la parte más consciente y más combativa del movimiento obrero y del campesinado".<sup>1</sup> Perón, por su lado, contaba con el apoyo de "los sectores menos politizados de la clase obrera de la ciudad y del campo y de los empleados públicos y particulares que se han dejado influenciar o engañar por la Secretaría de Trabajo y Previsión y por los tráfugas del movimiento sindical, que dirigen la sedicente Confederación General del Trabajo", como también con el de "los puestos decisivos que retiene en el Gobierno y en el aparato estatal", "algunos mandos del Ejército", "grupos armados de tipo fascista", "elementos reaccionarios de la oligarquía latifundista", "una parte considerable del clero", "varias empresas imperialistas" y "otras de capitales mixtos nacionales y extranjeros", "la Quinta Columna del nazi-fascismo-falangismo" y "sumas

<sup>1</sup> Codovilla (1946), p. 77.

incalculables de dinero".<sup>2</sup> En términos numéricos, es decir, de la cantidad potencial de votos, sin contar a los obreros, la Unión Democrática tenía, según esa enumeración, una gran ventaja debido a que todos los sectores sociales mencionados parecían reunir mayor cantidad de personas que los que apoyaban a Perón. Solo quedaba por determinar, elección mediante, cuántos eran los integrantes de "la parte más consciente y más combativa del movimiento obrero y del campesinado" y cuántos los de "los sectores menos politizados de la clase obrera de la ciudad y del campo y de los empleados públicos y particulares". Como el resultado de las elecciones del 24 de febrero de 1946 favoreció a Perón, podría pensarse que estos eran más numerosos que aquellos, pero, en cualquier caso, ¿quiénes eran? Codovilla lo explicó por anticipado: uno de los factores que había facilitado "la penetración de la demagogia nazi-peronista en el seno de las masas trabajadoras" era el hecho de que "en estos últimos años, grandes masas de trabajadores desorganizados y poco politizados, en gran parte de procedencia campesina, han ingresado a las industrias". Calculaba que esos trabajadores eran más de trescientos mil, "la mayoría de los cuales son hombres y mujeres jóvenes"; "hijos de chacareros arruinados que vienen a la ciudad a buscar trabajo"; "gente que viene de las provincias pobres a 'probar suerte' en la ciudad"; "gente de las barriadas de Buenos Aires y pueblos circunvecinos, que sufren terriblemente la vida de privaciones a que los han sometido los escasos salarios de sus padres y desean liberarse de la sórdida vida del conventillo falto de higiene y de comodidades". La afluencia de los obreros a las fábricas se había intensificado en los últimos años "como consecuencia del desarrollo industrial que se ha operado durante la guerra", por lo que ellos permanecían "desorganizados y poco politizados" debido a las dificultades que habían tenido los sindicatos libres, por la persecución sufrida, para contactarlos, "para educarlos socialmente, organizarlos en los sindicatos, hacerse eco de sus necesidades y organizar la lucha por el triunfo de sus reivindicaciones".<sup>3</sup> Así, desde el momento mismo del surgimiento del peronismo quedó fijada una imagen: los obreros nuevos, migrantes recientes, habían apoyado a Perón y eran los responsables de su victoria.

<sup>2</sup> Ibid., pp. 83-84.

<sup>3</sup> Ibid., pp. 141-142.

Esa era la interpretación de un político en vísperas de las elecciones, pero es posible que Codovilla expresara ideas que no eran patrimonio suyo únicamente sino parte de un esfuerzo más generalizado por encontrar una explicación, primero, al entusiasmo por Perón de lo que sociólogos posteriores llamaron “las clases populares” y, más tarde, a su triunfo electoral. Algo de eso debe de haber quedado en el ambiente porque cuando, nueve años después, comenzaron los esfuerzos académicos por explicar el voto peronista en las elecciones de 1946, los migrantes recientes, obreros nuevos, mantuvieron el lugar que habían tenido en aquella visión política.

### Los migrantes recientes

El primer intento de identificar las bases sociales del peronismo fue realizado por Gino Germani en el capítulo XVI de *Estructura social de la Argentina*, donde correlacionó los porcentajes del voto por las listas de electores de presidente y vicepresidente de la alianza Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora en la Capital Federal con los porcentajes de ciertas categorías ocupacionales.<sup>4</sup> El resultado de su análisis fue que había una “correlación altísima” entre la categoría “obreros y obreros industriales” y el voto peronista. Como, según sus cifras, en las elecciones del 24 de febrero de 1946 hubo en Capital Federal 190.000 votantes nuevos, equivalentes al 46% de crecimiento sobre los votantes de 1942, y muchos de ellos “pertenecían a personas de ocupación obrera” que habían migrado en los años anteriores, ellos “fueron a engrosar en alta proporción al electorado peronista”.<sup>5</sup> También señaló, en dos líneas, que el “índice de correlación” de las “clases populares” con el voto peronista “para el total del país” era igualmente positivo, pero algo menor que el de la Capital Federal.<sup>6</sup> Esa fue la base empírica de su tesis acerca del papel de los migrantes recientes en el apoyo inicial al peronismo, expuesta en un artículo publicado en 1956, luego incluido como capítulo IX en *Política y sociedad en una época de transición*, su libro de 1962, y desarrollada más extensamente en otros capítulos de ese mismo libro.

<sup>4</sup> Germani (1955), pp. 251-260.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 256.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 259.

Las críticas a la tesis de Germani fueron de dos tipos: en primer lugar, por limitar el apoyo a Perón al sector de obreros integrado por los migrantes recientes y, en consecuencia, por dejar de lado a los obreros viejos; en segundo lugar, por extender a todo el país, sin ofrecer evidencia, el resultado de su estudio empírico acerca de la correlación de ciertas categorías ocupacionales con el voto peronista en la Capital Federal. La primera de esas críticas fue formulada por Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero en 1971, pero ella se limitaba a incluir en la explicación a otro actor, los obreros viejos, que estaban en la misma área geográfica que los migrantes recientes, sin dar cuenta de quién había votado por Perón fuera de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, donde se encontraba, por la concentración industrial en esa área, la mayoría de los obreros viejos.<sup>7</sup> La segunda de esas críticas fue realizada por Peter H. Smith, quien analizó las bases sociales del voto peronista en todo el país.<sup>8</sup> Con un método similar al de Germani, correlacionó diversas categorías ocupacionales y sociales con el voto peronista en todos los departamentos<sup>9</sup> del país y encontró, según el resumen de sus conclusiones que hizo Germani, que “el rol de los migrantes internos ‘desplazados’ fue de poca monta”, “que solo una minoría de migrantes era de origen ‘rural’ o ‘tradicional’” y que “muchos otros grupos sociales y clases intervinieron en una ‘coalición amplia’ que llevó al peronismo al poder”.<sup>10</sup> Críticas similares fueron realizadas contemporáneamente por Eldon Kenworthy y E. Spencer Wellhofer: el primero señaló que los migrantes recientes eran solo el 30% de la clase obrera del área metropolitana y que apenas el 14% de ellos provenían de zonas rurales; el segundo, que en el área metropolitana el voto peronista provino de los nuevos votantes, quizás migrantes recientes, pero que fuera de ella hubo “fuertes variaciones regionales”.<sup>11</sup>

La respuesta de Germani a sus críticos se basó en un estudio “todavía incompleto” de 144 departamentos con un centro urbano de 5.000

<sup>7</sup> Murmis y Portantiero (1971).

<sup>8</sup> Smith (1972).

<sup>9</sup> Las unidades administrativas y políticas en que se dividían las provincias se denominaban departamentos en trece de los quince distritos electorales existentes en 1946, pero las de Capital Federal se denominaban circunscripciones y las de la provincia de Buenos Aires, partidos. La denominación genérica aquí utilizada es departamentos.

<sup>10</sup> Germani (1973), p. 437.

<sup>11</sup> Kenworthy (1973), pp. 33-34, y Wellhofer (1974), pp. 248-250.

habitantes o más, que eran el 39% del total pero, señalaba, tenían el 80% de la población total.<sup>12</sup> Su interpretación de los resultados fue que se confirmaba la hipótesis “clásica”, es decir, la suya, respecto de “la gran preponderancia de los obreros urbanos en el electorado peronista” y “el rol esencial de los migrantes internos”. En cuanto a estos (estimados como el porcentaje de varones nacidos en otras provincias sobre el total de varones argentinos que vivían en cada departamento), aclaraba que los coeficientes no permitían distinguir a quienes habían nacido en la provincia de Buenos Aires y habían migrado dentro de ella. Por ese motivo, estimaba los coeficientes incluyendo y excluyendo los departamentos del área metropolitana de Buenos Aires. En el primer caso, el coeficiente era positivo pero bajo, mientras que en el segundo era positivo y alto para todos los departamentos con centros de 50.000 habitantes o más y más alto aun para los centros urbanos con 20.000 a 49.999 habitantes cuyo porcentaje urbano era el 60% o más.<sup>13</sup> En su respuesta a Germani, tal como este lo había hecho, Smith señaló los problemas metodológicos de las estimaciones de su crítico y también los del significado de los valores obtenidos para los migrantes, que solo eran significativos si se excluía al Gran Buenos Aires.<sup>14</sup> Aunque ofreció una estimación alternativa acerca del “peso decisivo” que Germani atribuía a los migrantes en el voto peronista, el principal problema de ambas estimaciones, reconocido por los dos autores, era que los coeficientes de la correlación entre migración y voto peronista eran poco significativos en el Gran Buenos Aires por la falta de información acerca de la migración interna dentro de la provincia de Buenos Aires. Por la vía intentada por Germani y por Smith no era posible, en consecuencia, resolver el problema del peso de los migrantes internos en el voto peronista, ya que la ausencia de información afectaba al área donde se suponía que mayor podía ser la proporción de migrantes y donde más alta había sido la proporción del voto peronista. Para avanzar hacia una respuesta a ese interrogante pendiente fue necesario esperar que, más de cuarenta años después de ese debate, se encontrara una fuente alternativa a la usada por esos contendientes.

<sup>12</sup> Germani (1973), p. 443.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 444-445.

<sup>14</sup> Smith (1974), pp. 389-392.

La última contribución acerca del papel de los migrantes recientes en el triunfo de Perón en las elecciones del 24 de febrero de 1946 es *Una hipótesis rechazada*, de Darío Canton, Luis R. Acosta y Jorge R. Jorrat, publicado en 2013.<sup>15</sup> Germani acierta “en señalar el papel decisivo de los trabajadores manuales en el triunfo inicial del peronismo”, pero no acierta “en creer que los migrantes internos tuvieron un papel importante en ese triunfo en el Área Metropolitana de Buenos Aires”, ya que “no son tantos, no vienen de donde creía ni tienen los atributos que les adjudicaba”, como “tampoco ... votan como suponía”.<sup>16</sup> Las dudas de Canton –a él se deben la dirección de la investigación y la redacción de las conclusiones– acerca de los migrantes recientes eran antiguas, ya que, como señala en ese libro, las había expresado en una de las mesas redondas organizadas por Carlos Fayt, cuyos resultados este incluyó en *La naturaleza del peronismo*, publicado en 1967.<sup>17</sup> Allí Canton expresaba su incredulidad respecto de las características supuestas de los migrantes debidas a su supuesto origen en una sociedad atrasada, como también respecto del supuesto peso que podrían haber tenido en el resultado electoral, debido a la total ausencia de sustento empírico de esas suposiciones. Por eso creía que ellas eran “creencias compartidas” más que “conocimientos fundados”. Solo 42 años después pudo Canton comenzar una investigación para dar fundamento a los conocimientos respecto de los migrantes internos, basándose en una nueva fuente: las fichas de registro de los inscriptos para las elecciones del 24 de febrero de 1946 existentes en el archivo de la Cámara Nacional Electoral. La investigación para analizar el efecto de la migración interna sobre el voto por Perón en esas elecciones consistió en efectuar una muestra aleatoria de los inscriptos en la Capital Federal (la ciudad) y en diecisiete partidos del Gran Buenos Aires (el conurbano). El resultado de la investigación es que los migrantes internos (definidos como los nacidos en el resto del país) residentes en la ciudad provenían (redondeando en la unidad) en el 48% de la provincia de Buenos Aires y en el 30% de la zona Centro (Córdoba, Entre Ríos, La Pampa y Santa Fe), lo que suma el 78% y deja el 22% para los de las otras regiones del país; y los residentes en el conurbano provenían en el 60% de

<sup>15</sup> Canton, Acosta y Jorrat (2013).

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 3-4; y Fayt (1967). La cita de Canton está en Fayt (2007), pp. 304-305.

la provincia de Buenos Aires y en el 23% de la zona Centro, lo que suma el 83% y deja el 17% para los provenientes del resto del país. Los migrantes internos que eran parte de la población económicamente activa eran el 85% en la ciudad y el 89% en el conurbano y los que eran trabajadores manuales eran el 45% en la primera y el 60% en el segundo, aunque como proporción del total de trabajadores manuales eran el 17% y el 14% respectivamente. La proporción de analfabetos entre los migrantes internos era el 2% en la ciudad y el 5% en el conurbano. Los migrantes internos al Área Metropolitana (la ciudad y el conurbano), por lo tanto, provenían en el 81% de la provincia de Buenos Aires y la zona Centro, el 87% de ellos era parte de la población económicamente activa, el 53% eran trabajadores manuales y el 4% eran analfabetos.<sup>18</sup>

Los migrantes internos, de acuerdo con los resultados de la muestra, eran muy distintos de lo que había supuesto Germani basado en “creencias compartidas”, no en “conocimientos fundados”. Aun así, ¿votaron por Perón en 1946? Para averiguarlo, Canton, Acosta y Jorrat correlacionaron la información sobre los migrantes recientes con el voto peronista en esas elecciones. El resultado del análisis es que la correlación de los migrantes con el voto peronista es negativa significativa en la ciudad y negativa no significativa en el conurbano. Como por ese motivo en la ciudad los valores son cercanos a cero, evalúan el peso de los migrantes solamente en el conurbano, donde encuentran que el 33% de ellos votó por Perón y que contaron por el 8% del total de votos por Perón.<sup>19</sup>

Las estimaciones de Canton, Acosta y Jorrat, por lo tanto, según la muestra efectuada de los inscriptos en 1946 que habían nacido fuera del Área Metropolitana (que es como definen a los migrantes internos), revelan (1) que el 54,4% de ellos provenía de la provincia de Buenos Aires, el 26,2% de las provincias de Córdoba, Entre Ríos y Santa Fe y del territorio nacional de La Pampa, y el 19,4% de todas las otras provincias y territorios del país;<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Las proporciones de migrantes internos sobre la población económicamente activa y los trabajadores manuales y de analfabetos se han estimado con la información del Cuadro 15 de Canton, Acosta y Jorrat (2013), p. 48. La proporción de migrantes internos sobre el total de trabajadores manuales de la muestra, *ibid.*, p. 43.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>20</sup> Los porcentajes resultan de una combinación de las cifras y porcentajes dados para la ciudad y el conurbano en el Cuadro 15, *ibid.*, p. 48.

y (2) que solo una ínfima porción de ellos habría votado por Perón en el conurbano y aun menos en la ciudad. Por esto, tal como subraya el título del libro de Canton, Acosta y Jorrat, la hipótesis de Germani acerca del papel de los migrantes recientes en el surgimiento del peronismo es “una hipótesis rechazada”.

Hay, sin embargo, otra vía para hacer una evaluación de la cantidad de los migrantes recientes que votaron en las elecciones del 24 de febrero de 1946 y de la proporción que podrían haber sido del voto peronista. Esa vía, no intentada hasta ahora, a pesar de ser la más sencilla y la más accesible para quienes participaron de los debates sobre el tema en la década de 1970 por la disponibilidad de la información, es la comparación de la cantidad de inscriptos en esas elecciones con la de los inscriptos en elecciones anteriores.<sup>21</sup> La diferencia de la cantidad de inscriptos en cada departamento o distrito entre dos elecciones incluye dos componentes, el crecimiento vegetativo y las migraciones, que no hay demasiada dificultad en estimar. La sección que sigue ofrece una estimación de esos componentes y establece una relación del segundo con el voto peronista diferente de las intentadas anteriormente.

### Los nuevos inscriptos

La estimación de la cantidad de migrantes recientes puede hacerse mediante la comparación de las cifras de los inscriptos en los padrones utilizados en las elecciones de 24 de febrero de 1946 con las de los inscriptos en elecciones anteriores.<sup>22</sup> Los migrantes recientes que podrían haber dado el triunfo al peronismo eran los que estaban inscriptos y podían votar.<sup>23</sup>

<sup>21</sup> *Ibíd.*, pp. 68-74, da la cantidad de inscriptos en seis períodos interelectorales entre 1928 y 1954, pero no estima cuántos de ellos podrían haber sido migrantes recientes en 1946.

<sup>22</sup> Como todas las fuentes, las que proporcionan la cantidad de inscriptos tienen sus problemas. Algunos de ellos son considerados en Amaral (2018b), vol. 1, cap. 3.

<sup>23</sup> Los migrantes internos que mantuvieron sus domicilios originales pueden haber tenido influencia en los resultados electorales por su actividad política en su nuevo lugar de residencia, pero esa variable es imposible de medir. Por eso, a los fines de la estimación efectuada en este capítulo, no cuentan. El menor porcentaje de participación electoral en algunas provincias respecto del total del país podría reflejar ese fenómeno (Tabla 4.5), pero la suma de las diferencias respecto de ese total de las siete provincias con menor participación (Catamarca, Corrientes, Jujuy, La Rioja, Salta, Santiago del Estero y Tucumán) da 6.537 inscriptos que no votaron. Si todos ellos hubiesen votado en la ciudad de Buenos Aires, habrían representado el 3,79% del total de votantes (y un porcentaje bastante menor si se incluyese al Gran Buenos Aires).

Tabla 4.1 Elecciones del 24 de febrero de 1946: diferencia con los inscriptos en las elecciones del 5 de septiembre de 1937 y proporción de cada distrito sobre el total del país						
Distritos	Inscriptos en 1937		Inscriptos en 1946		Crecimiento 1937-1946	
	N	%	N	%	N	%
Capital Federal	462.015	17,29	649.774	19,08	187.759	25,63
Buenos Aires	765.914	28,66	989.506	29,06	223.592	30,52
Catamarca	29.182	1,09	34.325	1,01	5.143	0,70
Córdoba	299.855	11,22	374.128	10,99	74.273	10,14
Corrientes	113.075	4,23	126.262	3,71	13.187	1,80
Entre Ríos	167.738	6,28	197.925	5,81	30.187	4,12
Jujuy	22.068	0,83	29.287	0,86	7.219	0,99
La Rioja	22.861	0,86	25.716	0,76	2.855	0,39
Mendoza	91.128	3,41	130.978	3,85	39.850	5,44
Salta	52.872	1,98	65.203	1,91	12.331	1,68
San Juan	45.567	1,70	58.738	1,72	13.171	1,80
San Luis	38.410	1,44	39.788	1,17	1.378	0,19
Santa Fe	334.060	12,50	408.843	12,01	74.783	10,21
S. del Estero	103.978	3,89	122.495	3,60	18.517	2,53
Tucumán	124.026	4,64	152.425	4,48	28.399	3,88
Total	2.672.749	100,00	3.405.393	100,00	732.644	100,00

Fuentes: 1937, Ministerio del Interior, *Memoria*; 1946, Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Dirección Nacional Electoral, 1946. Inscriptos en 1937 y en 1946: N es la cantidad por distrito; % es el porcentaje de inscriptos en cada distrito sobre el total del país. Crecimiento 1937-1946: N es la diferencia entre la cantidad de inscriptos entre 1937 y 1946; % es el porcentaje que representa la diferencia de cada distrito sobre la diferencia total del país.

Aunque no se puede saber, naturalmente, cómo votó cada uno de ellos, sí puede conocerse la cantidad de nuevos inscriptos que hubo en cada distrito y en cada departamento en esas elecciones respecto de elecciones anteriores y estimar la proporción que ellos representaban del

voto peronista. La comparación de la cantidad de inscriptos entre dos elecciones en cada distrito y en cada departamento permite observar a cada uno de estos en relación con el total; y la comparación de la cantidad de inscriptos con la que podría haber habido de acuerdo con las tasas de crecimiento anual de la población total y de cada distrito permite estimar la diferencia entre los inscriptos esperados y los inscriptos reales. Esa comparación es la que se efectúa en las tablas adjuntas de las cifras de inscriptos para las elecciones presidenciales del 5 de septiembre de 1937 y las del 24 de febrero de 1946.<sup>24</sup>

Los nuevos inscriptos en 1946 respecto de los inscriptos en 1937 eran 732.644 en el todo el país, de los cuales el 25,63% correspondía a Capital Federal, el 30,52% a Buenos Aires y el 43,85% a los otros trece distritos. La proporción del total de inscriptos que correspondía a Capital Federal había pasado del 17,29% en 1937 al 19,08% en 1946; y la de Buenos Aires, del 28,66% al 29,06%. Aparte de esos dos distritos, otros tres tuvieron una proporción mayor del total de inscriptos en 1946 que en 1937: Jujuy, que pasó del 0,83% al 0,86%; Mendoza, del 3,41% al 3,85%; y San Juan, del 1,70% al 1,72%. De tal manera, Capital Federal ganó el 1,79% sobre el total de inscriptos entre 1937 y 1946; Mendoza, el 0,44%; Buenos Aires, el 0,40%, Jujuy, el 0,03% y San Juan, el 0,02% (Tabla 4.2, columna D). La proporción de inscriptos sobre el total del país de los otros diez distritos fue menor en 1946 que en 1937. Los distritos que más perdieron fueron Corrientes, el -0,52%; Santa Fe, el -0,49%; y Entre Ríos, el -0,46%. El crecimiento de la cantidad de inscriptos dependía de la cantidad de varones enrolados entre esas dos elecciones, pero también de la cantidad de bajas por muerte o por migración. Aunque la tasa de mortalidad fuese menor en Capital Federal y Buenos Aires que en otros distritos, igualmente el crecimiento de la cantidad de inscriptos, junto con el decrecimiento de la proporción de otros distritos, ya es un indicador de la migración hacia esos dos distritos.

<sup>24</sup> Las elecciones presidenciales de 1937 fueron las inmediatamente anteriores a las de 1946 y las más próximas al momento en que, según Germani, se intensificaron las migraciones internas hacia el área metropolitana. Véase Germani (1955), p. 75 y ss.

Tabla 4.2				
Elecciones del 24 de febrero de 1946: porcentaje de crecimiento total y anual de los inscriptos respecto de las elecciones del 5 de septiembre de 1937				
Distritos	A	B	C	D
	Crecimiento 1937-1946	Tasa anual de crecimiento 1937-1946	Nuevos inscriptos en 1946	Crecimiento de la proporción de inscriptos 1937-1946
	%	%	%	%
Capital Federal	40,64	4,22	28,90	1,79
Buenos Aires	29,19	3,15	22,60	0,40
Catamarca	17,62	1,99	14,98	-0,08
Córdoba	24,77	2,72	19,85	-0,23
Corrientes	11,66	1,35	10,44	-0,52
Entre Ríos	18,00	2,03	15,25	-0,46
Jujuy	32,71	3,49	24,65	0,03
La Rioja	12,49	1,44	11,10	-0,10
Mendoza	43,73	4,50	30,42	0,44
Salta	23,32	2,57	18,91	-0,06
San Juan	28,90	3,13	22,42	0,02
San Luis	3,59	0,43	3,46	-0,27
Santa Fe	22,39	2,48	18,29	-0,49
Santiago del Estero	17,81	2,01	15,12	-0,29
Tucumán	22,90	2,53	18,63	-0,16
Total	27,41	2,98	21,51	0,00

Fuentes: véase Tabla 4.1. A es el porcentaje de crecimiento de los inscriptos en 1946 sobre los inscriptos en 1937; B es la tasa de crecimiento anual de los inscriptos entre 1937 y 1946; C es la proporción que representan los nuevos inscriptos sobre el total de inscriptos de cada distrito; D es la diferencia entre la proporción de inscriptos que cada distrito tenía sobre el total del país en 1946 y en 1937.

Otro indicio está dado por la proporción de crecimiento en 1946 respecto de 1937 en cada distrito. El crecimiento de los inscriptos en todo el país entre las dos elecciones fue el 27,41% (Tabla 4.2, columna A). La

proporción de diez distritos estuvo por debajo de esa cifra y la de los otros cinco estuvo por encima. Los distritos cuya proporción del crecimiento de la cantidad de inscriptos fue mayor que la del país fueron Mendoza, el 43,73%; Capital Federal, el 40,64%; Jujuy, el 32,71%; Buenos Aires, el 29,19%; y San Juan, el 28,90%. Los distritos en los que menor crecimiento tuvo la cantidad de inscriptos entre esas dos elecciones fueron San Luis, el 3,59%; Corrientes, el 11,66%; y La Rioja, el 12,49%. Estas cifras indican que, si las tasas de enrolamiento y de mortalidad eran constantes, esos tres distritos estaban expulsando población, como también sucedía con otros distritos que no tenían las mismas características socioeconómicas, donde el crecimiento de la cantidad de inscriptos también estaba por debajo del porcentaje total de crecimiento de los inscriptos entre las dos elecciones: Córdoba, el 24,77%; Entre Ríos, el 18,00%; y Santa Fe, el 22,39%.

La tasa de crecimiento anual de los inscriptos en todo el país entre 1937 y 1946 fue el 2,98% (Tabla 4.2, columna B). En cinco distritos la tasa de crecimiento anual fue superior a esa proporción y en los otros diez fue menor. Entre los primeros, la más alta se dio en Mendoza, el 4,50%, seguida de Capital Federal, el 4,22%; Jujuy, el 3,49%; Buenos Aires, el 3,15%; y San Juan, el 3,13%. La tasa más baja de crecimiento anual fue la de San Luis, el 0,43%, seguida por Corrientes, el 1,35%, y La Rioja, el 1,44%.

La proporción que los nuevos inscriptos de 1946 respecto de los de 1937 representaban sobre el total de inscriptos de 1946 era en todo el país el 21,51%, pero ella fue mayor que esa cifra en los cinco distritos en que mayor había sido el porcentaje de crecimiento entre las dos elecciones y fue menor en los diez distritos en que ese porcentaje había sido menor que el crecimiento de los inscriptos de todo el país (Tabla 4.2, columna C). Los nuevos inscriptos representaban en 1946 el 30,42% del total de inscriptos en Mendoza; el 28,90% en Capital Federal; el 24,65% en Jujuy; el 22,60% en Buenos Aires; y el 22,42% en San Juan. En los otros diez distritos, los nuevos inscriptos representaban una proporción menor que en el total del país, con la proporción más baja en San Luis, el 3,46%, seguida de Corrientes, el 10,44%, y La Rioja, el 11,10%.

Las proporciones indican cuáles eran los distritos que ganaron o que perdieron en 1946 respecto de los inscriptos registrados en 1937, pero como la cantidad de inscriptos era muy distinta en cada distrito, para eva-

luar el volumen de las migraciones es necesario estimar también las cantidades absolutas. La cantidad de inscriptos esperados en 1946 (Tabla 4.3, columna A) es la que cada distrito habría tenido si todos hubieran crecido de acuerdo con la proporción de crecimiento del total del país (el 27,4%).<sup>25</sup> Como eso no sucedió, hay una diferencia entre la cifra de inscriptos esperados y los registrados en 1946 (Tabla 4.3, columna B). La mayor diferencia positiva es la de Capital Federal, donde la cifra real excede a la esperada en 61.114 inscriptos. Los otros distritos con diferencias positivas, es decir, con más inscriptos que los esperados, fueron Mendoza, con 14.871; Buenos Aires, con 13.644; Jujuy, con 1.170; y San Juan, con 680. El distrito con la mayor diferencia negativa, es decir, con menos inscriptos que los esperados, fue Corrientes, con -17.808; y tres distritos con altas diferencias negativas eran Santa Fe, con -16.788; Entre Ríos, con -15.792; Santiago del Estero, con -9.985; San Luis, con -9.151; Córdoba, con -7.922; y Tucumán, con -5.598. Un distrito cuyas proporciones estaban entre las más negativas en términos absolutos, La Rioja, tuvo 3.412 inscriptos menos que los esperados. Entre los distritos que menos inscriptos perdieron respecto de los esperados lo seguían Catamarca, con -2.856, y Salta, con -2.162. Capital Federal y Buenos Aires ganaron en conjunto 74.758 inscriptos respecto de los esperados, en tanto que los tres distritos de la zona Centro de Canton, Acosta y Jorrat (Córdoba, Entre Ríos y Santa Fe, ya que en el territorio nacional de La Pampa no había elecciones nacionales) tuvieron 40.502 inscriptos menos que los esperados y los otros diez distritos, 34.251 inscriptos menos. La diferencia de los inscriptos reales en 1946 con los esperados según la tasa de crecimiento de los inscriptos entre las dos elecciones (Tabla 4.3, columna B) muestra que la proporción de los nuevos inscriptos esperados sobre el total de inscriptos de 1946 es el 11,35% en Mendoza y el 9,41% en Capital Federal, que son las cifras más altas, y el -23,00% en San Luis y el -14,10% en Corrientes, que son las cifras más bajas (Tabla 4.3, columna C).

<sup>25</sup> "El total del país" se refiere en todos los casos al país electoral, es decir, el conformado por Capital Federal y las catorce provincias entonces existentes. Los inscriptos en los territorios nacionales solo votaban en las elecciones municipales.

Distritos↓	A	B	C	D	E	F
	Inscriptos esperados en 1946	Diferencia con los inscriptos reales	B/inscriptos reales	Inscriptos esperados en 1946	Diferencia con los inscriptos reales	D/inscriptos reales
	N	N	%	N	N	%
Capital Federal	588.660	61.114	9,41	547.614	102.160	15,72
Buenos Aires	975.862	13.644	1,38	907.817	81.689	8,26
Catamarca	37.181	-2.856	-8,32	34.589	-264	-0,77
Córdoba	382.050	-7.922	-2,12	355.410	18.718	5,00
Corrientes	144.070	-17.808	-14,10	134.025	-7.763	-6,15
Entre Ríos	213.717	-15.792	-7,98	198.815	-890	-0,45
Jujuy	28.117	1.170	3,99	26.157	3.130	10,69
La Rioja	29.128	-3.412	-13,27	27.097	-1.381	-5,37
Mendoza	116.107	14.871	11,35	108.012	22.966	17,53
Salta	67.365	-2.162	-3,32	62.668	2.535	3,89
San Juan	58.058	680	1,16	54.009	4.729	8,05
San Luis	48.939	-9.151	-23,00	45.526	-5.738	-14,42
Santa Fe	425.631	-16.788	-4,11	395.952	12.891	3,15
S. del Estero	132.480	-9.985	-8,15	123.242	-747	-0,61
Tucumán	158.023	-5.598	-3,67	147.005	5.420	3,56
Total	3.405.388	5	0,00	3.167.936	237.457	6,97

Fuentes: véase Tabla 4.1. Columnas: A es la cantidad de inscriptos esperada en 1946 según la tasa de crecimiento total entre 1937 y 1946 (27,4%); B es la diferencia entre la cantidad de inscriptos en 1946 y A; C es el porcentaje de B sobre el total de inscriptos en 1946; D es la cantidad de inscriptos esperada en 1946 según la tasa de crecimiento anual intercensal, 2,04%, estimada sobre la base de las cifras de población total de los censos de 1914 y 1947; E es la diferencia entre la cantidad de inscriptos en 1946 y D; F es el porcentaje de E sobre el total de inscriptos de 1946.

Otra estimación de los inscriptos esperados se puede hacer utilizando la tasa de crecimiento anual de la población del país entre los censos de 1914 y 1947, que fue el 2,04% (Tabla 4.3, columna D). La cantidad total de inscriptos reales para las elecciones de 1946 fue 237.457 inscriptos más que los esperados por la aplicación de esa tasa de crecimiento anual acumulada a la cantidad de inscriptos de 1937 (Tabla 4.3, columna E). Nueve distritos tuvieron más inscriptos que los esperados: en primer lugar, Capital Federal, con 102.160 inscriptos, seguida por Buenos Aires, con 81.689 inscriptos. La suma de las cifras de dos distritos equivale al 77,4% de la diferencia entre el total de inscriptos de 1946 y los esperados según esa tasa de crecimiento. La diferencia de los inscriptos reales en 1946 con los esperados según la tasa de crecimiento anual intercensal total acumulada entre las dos elecciones muestra que la proporción de los nuevos inscriptos esperados sobre el total de inscriptos de 1946 es el 17,53% en Mendoza y el 15,72% en Capital Federal, que son las proporciones más altas, y el -14,42% en San Luis y el -6,15% en Corrientes, que son las más bajas (Tabla 4.3, columna F).

Entre 1937 y 1946, de acuerdo con estas dos estimaciones, los distritos con mayor cantidad de inscriptos respecto de los esperados según la tasa de crecimiento de los inscriptos entre las dos elecciones y según la tasa de crecimiento intercensal de la población fueron Mendoza, Capital Federal, Jujuy, Buenos Aires y San Juan; y los distritos con menor crecimiento fueron San Luis, Corrientes y La Rioja. En el caso de los primeros, la diferencia se debería a las migraciones internas hacia Capital Federal, Buenos Aires y, sorprendentemente, Mendoza; mientras que las diferencias en Jujuy y San Juan, cuyas cifras absolutas son bajas según la primera estimación, son más difíciles de determinar. En el caso de los segundos, la diferencia negativa en la cantidad de inscriptos reales respecto de los esperados se debería a la emigración. En términos absolutos, sin embargo, los distritos que según la primera de esas dos estimaciones tuvieron más emigrantes fueron Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos.

Estas estimaciones muestran los posibles movimientos interdistritales pero no los ocurridos dentro de un mismo distrito. Para estimar esto es necesario prestar atención a las diferencias de los inscriptos en 1946 en cada departamento de cada distrito respecto de elecciones anteriores. Como los resultados de la muestra de Canton, Acosta y Jorrat indican que casi la mi-

tad de los inscriptos en las elecciones de 1946 había nacido en los partidos de la provincia de Buenos Aires que no eran parte del área metropolitana, a continuación se estudia la variación en la cantidad de inscriptos en los partidos de esa provincia entre las elecciones del 6 de marzo de 1938 y las del 24 de febrero de 1946.<sup>26</sup>

Entre 1938 y 1946 hubo en Buenos Aires 207.206 nuevos inscriptos (Tabla 4.4). Los partidos en que más había crecido la cantidad de inscriptos en términos absolutos eran el conjunto Avellaneda-Lomas de Zamora-Cuatro de Junio,<sup>27</sup> con 56.430 nuevos inscriptos; La Plata, con 20.942; San Martín, con 19.635; General Pueyrredón, con 12.931; y Vicente López, con 11.579. Esos siete partidos contaban por el 59% del crecimiento de la cantidad de inscriptos en el distrito. Catorce partidos del Gran Buenos Aires (Almirante Brown, Avellaneda, Cuatro de Junio, Esteban Echeverría, San Martín, General Sarmiento, Lomas de Zamora, Las Conchas, Matanza, Seis de Septiembre, Quilmes, San Fernando, San Isidro y Vicente López) contaban por el 63% del crecimiento y otros tres de ellos (Florencio Varela, Merlo y Moreno) sumaban un 1% más.<sup>28</sup> En el otro extremo se encontraban los ocho partidos que habían perdido inscriptos en términos absolutos: Navarro, Colón, Ramallo, San Andrés de Giles, Rivadavia, General Belgrano y General Lamadrid. Ellos perdieron, en conjunto, 1.444 inscriptos, pero otros nueve partidos habían tenido un crecimiento absoluto menor a cien inscriptos: Marcos Paz, General Villegas, General Conesa, Pila, Caseros, Laprida, Patagones, Puán y Roque Pérez. Más que las pérdidas absolutas, que representan una proporción pequeña del crecimiento de los partidos donde más creció la cantidad de inscriptos cuentan las relativas, es decir, los partidos donde el crecimiento no se produjo al mismo ritmo que el del distrito, que, por lo tanto, también estaban expulsando inscriptos.

<sup>26</sup> La información sobre las elecciones de 1938 en Buenos Aires es más detallada que la que se encuentra en las *Memorias* del Ministerio del Interior de 1937 consultadas y esa elección es la más próxima a las presidenciales de 1937.

<sup>27</sup> Cuatro de Junio, hoy Lanús, fue creado en 1944 con la sección 3ª de Avellaneda y en 1945 se le agregaron porciones de Lomas de Zamora, lo que obliga a considerar a esos tres partidos en conjunto en 1946 para poder comparar las cifras de ellos con las de los dos partidos originarios en 1938. Sobre la creación del partido, véase De Paula, Gutiérrez y Viñuales (1974), pp. 160-161.

<sup>28</sup> Seis de Septiembre era como se llamaba entonces Morón; y Las Conchas era el nombre de Tigre.

Tabla 4.4 Elecciones del 24 de febrero de 1946: cantidad y crecimiento de los inscriptos respecto de las elecciones del 6 de marzo de 1938 en el distrito Buenos Aires						
Secciones y partidos↓	Inscriptos 1938	Inscriptos 1946	Inscriptos nuevos en 1946	Crecimiento 1938-1946	Inscriptos nuevos/inscriptos 1946	
					Partido	Partido-Total distrito
	N	N	N	%	%	%
<i>Sección Capital</i>						
La Plata	58.532	79.474	20.942	35,78	26,35	5,41
<i>Primera sección</i>						
Campana	4.389	5.301	912	20,78	17,20	-3,74
General Rodríguez	1.485	1.967	482	32,46	24,50	3,56
San Martín	25.444	45.079	19.635	77,17	43,56	22,62
General Sarmiento	5.800	8.319	2.519	43,43	30,28	9,34
Las Conchas	6.336	8.673	2.337	36,88	26,95	6,01
Las Heras	2.075	2.209	134	6,46	6,07	-14,87
Luján	6.995	9.553	2.558	36,57	26,78	5,84
Marcos Paz	2.251	2.277	26	1,16	1,14	-19,80
Mercedes	9.476	9.928	452	4,77	4,55	-16,39
Merlo	3.054	3.826	772	25,28	20,18	-0,76
Moreno	2.092	2.760	668	31,93	24,20	3,26
Navarro	4.112	4.021	-91	-2,21	-2,26	-23,20
Pilar	4.504	5.198	694	15,41	13,35	-7,59
San Fernando	8.967	12.838	3.871	43,17	30,15	9,21
San Isidro	9.940	16.994	7.054	70,97	41,51	20,57
Seis de Septiembre	12.030	20.080	8.050	66,92	40,09	19,15
Suipacha	1.801	1.987	186	10,33	9,36	-11,58
Vicente López	10.969	22.548	11.579	105,56	51,35	30,41
Subtotal	121.720	183.558	61.838	50,80	33,69	12,75
<i>Segunda Sección</i>						
Baradero	5.029	5.393	364	7,24	6,75	-14,19

Bartolomé Mitre	6.923	7.299	376	5,43	5,15	-15,79
Carmen de Areco	2.920	3.041	121	4,14	3,98	-16,96
Colón	4.054	3.940	-114	-2,81	-2,89	-23,83
Exaltación de la Cruz	2.365	2.489	124	5,24	4,98	-15,96
General J.F. Uriburu	7.710	10.726	3.016	39,12	28,12	7,18
Marcelino Ugarte	5.176	5.876	700	13,52	11,91	-9,03
Pergamino	15.078	15.648	570	3,78	3,64	-17,30
Ramallo	4.410	4.339	-71	-1,61	-1,64	-22,58
Rojas	5.787	6.169	382	6,60	6,19	-14,75
San Andrés de Giles	4.485	4.360	-125	-2,79	-2,87	-23,81
San Antonio de Areco	3.614	3.746	132	3,65	3,52	-17,42
San Nicolás	9.301	9.972	671	7,21	6,73	-14,21
San Pedro	7.582	8.005	423	5,58	5,28	-15,66
Subtotal	84.434	91.003	6.569	7,78	7,22	-13,72
<i>Tercera sección</i>						
Almirante Brown	5.372	7.707	2.335	43,47	30,30	9,36
Avellaneda	75.192	131.622	56.430	75,05	42,87	21,93
Coronel Brandsen	2.196	2.390	194	8,83	8,12	-12,82
Cañuelas	3.100	3.741	641	20,68	17,13	-3,81
Cuatro de Junio	con Avellaneda					
Esteban Echeverría	2.219	3.278	1.059	47,72	32,31	11,37
Florencio Varela	1.932	2.308	376	19,46	16,29	-4,65
Lobos	5.838	6.092	254	4,35	4,17	-16,77
Lomas de Zamora	con Avellaneda					
Magdalena	4.304	4.892	588	13,66	12,02	-8,92
Matanza	9.080	15.610	6.530	71,92	41,83	20,89
Quilmes	15.539	24.169	8.630	55,54	35,71	14,77
San Vicente	1.889	2.050	161	8,52	7,85	-13,09
Subtotal	126.661	203.859	77.198	60,95	37,87	16,93
<i>Cuarta sección</i>						
Alberti	3.509	3.629	120	3,42	3,31	-17,63

Bragado	8.901	9.122	221	2,48	2,42	-18,52
Carlos Casares	5.077	5.651	574	11,31	10,16	-10,78
Carlos Tejedor	3.834	4.025	191	4,98	4,75	-16,19
Chacabuco	9.417	10.155	738	7,84	7,27	-13,67
Chivilcoy	12.783	13.126	343	2,68	2,61	-18,33
General Arenales	3.966	4.308	342	8,62	7,94	-13,00
General Pinto	5.307	5.533	226	4,26	4,08	-16,86
General Viamonte	4.821	5.219	398	8,26	7,63	-13,31
General Villegas	7.348	7.360	12	0,16	0,16	-20,78
Junín	13.714	14.409	695	5,07	4,82	-16,12
Leandro N. Alem	4.494	5.129	635	14,13	12,38	-8,56
Lincoln	9.572	10.659	1.087	11,36	10,20	-10,74
Nueve de Julio	10.306	10.920	614	5,96	5,62	-15,32
Pehuajó	11.040	11.243	203	1,84	1,81	-19,13
Rivadavia	4.483	3.865	-618	-13,79	-15,99	-36,93
Trenque Lauquen	5.162	5.786	624	12,09	10,78	-10,16
Subtotal	123.734	130.139	6.405	5,18	4,92	-16,02
<i>Quinta sección</i>						
Ayacucho	5.000	5.620	620	12,40	11,03	-9,91
Balcarce	6.701	7.443	742	11,07	9,97	-10,97
Castelli	1.739	1.966	227	13,05	11,55	-9,39
Chascomús	5.210	6.094	884	16,97	14,51	-6,43
Dolores	4.730	5.310	580	12,26	10,92	-10,02
General Alvarado	2.474	3.158	684	27,65	21,66	0,72
General Belgrano	3.177	3.121	-56	-1,76	-1,79	-22,73
General Conesa	674	679	5	0,74	0,74	-20,20
General Guido	1.484	1.673	189	12,74	11,30	-9,64
General Lavalle	996	1.312	316	31,73	24,09	3,15
General Madariaga	2.982	3.611	629	21,09	17,42	-3,52
General Paz	3.065	2.985	-80	-2,61	-2,68	-23,62
General Pueyrredón	11.263	24.194	12.931	114,81	53,45	32,51

Las Flores	6.330	6.554	224	3,54	3,42	-17,52
Lobería	5.466	6.648	1.182	21,62	17,78	-3,16
Maipú	2.349	2.670	321	13,67	12,02	-8,92
Mar Chiquita	2.786	3.380	594	21,32	17,57	-3,37
Monte	2.626	3.162	536	20,41	16,95	-3,99
Necochea	11.427	14.097	2.670	23,37	18,94	-2,00
Pila	1.142	1.211	69	6,04	5,70	-15,24
Rauch	3.748	4.282	534	14,25	12,47	-8,47
Tandil	12.116	14.247	2.131	17,59	14,96	-5,98
Subtotal	97.485	123.417	25.932	26,60	21,01	0,07
<i>Sexta sección</i>						
Adolfo Alsina	4.899	5.328	429	8,76	8,05	-12,89
Bahía Blanca	26.031	31.588	5.557	21,35	17,59	-3,35
Caseros	3.360	3.380	20	0,60	0,59	-20,35
Coronel Dorrego	4.366	5.441	1.075	24,62	19,76	-1,18
Coronel Pringles	5.502	6.399	897	16,30	14,02	-6,92
Coronel Rosales	con Bahía Blanca					
Coronel Suárez	7.081	7.925	844	11,92	10,65	-10,29
General Lamadrid	3.816	3.527	-289	-7,57	-8,19	-29,13
González Chaves	3.562	3.881	319	8,96	8,22	-12,72
Guaminí	3.055	3.270	215	7,04	6,57	-14,37
Juárez	4.278	4.492	214	5,00	4,76	-16,18
Laprida	2.649	2.652	3	0,11	0,11	-20,83
Patagones	3.959	3.996	37	0,93	0,93	-20,01
Pellegrini	4.541	4.732	191	4,21	4,04	-16,90
Puán	4.820	4.861	41	0,85	0,84	-20,10
Saavedra	3.874	4.275	401	10,35	9,38	-11,56
Tornquist	2.370	2.507	137	5,78	5,46	-15,48
Tres Arroyos	12.828	13.531	703	5,48	5,20	-15,74
Villarino	3.240	4.323	1.083	33,43	25,05	4,11
Subtotal	104.231	116.108	11.877	11,39	10,23	-10,71

<i>Séptima sección</i>						
Azul	11.873	12.843	970	8,17	7,55	-13,39
Bolívar	9.098	9.768	670	7,36	6,86	-14,08
General Alvear	2.218	2.504	286	12,89	11,42	-9,52
Olavarría	9.760	12.253	2.493	25,54	20,35	-0,59
Roque Pérez	3.045	3.134	89	2,92	2,84	-18,10
Saladillo	6.402	7.021	619	9,67	8,82	-12,12
Tapalqué	2.538	2.819	281	11,07	9,97	-10,97
Veinticinco de Mayo	10.572	11.606	1.034	9,78	8,91	-12,03
Subtotal	55.506	61.948	6.442	11,61	10,40	-10,54
Total	782.300	989.506	207.206	26,49	20,94	0,00
Fuentes: Inscriptos 1938, Ministerio del Interior, <i>Memoria</i> , 1938; Inscriptos 1946, Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Dirección Nacional Electoral, 1946, cajas 1 y 2. Inscriptos en 1938 y 1946: N es la cantidad de inscriptos en cada partido en esos años. Inscriptos nuevos en 1946 es la diferencia con los inscriptos en 1938. Crecimiento 1938-1946: % es el porcentaje que la diferencia entre esos dos años representa respecto de los inscriptos en 1938. Inscriptos nuevos/inscriptos 1946: Partido % es el porcentaje que los inscriptos nuevos representan sobre los inscriptos de 1946 en cada partido; Partido-Total distrito %, es la diferencia entre el porcentaje de nuevos inscriptos en 1946 sobre el total de inscriptos de ese año en cada partido y el porcentaje de nuevos inscriptos del distrito.						

El crecimiento de la cantidad de inscriptos entre 1938 y 1946 en el distrito fue el 26,49%, pero 21 partidos tuvieron un crecimiento mayor que ese y 88 partidos lo tuvieron menor.<sup>29</sup> Entre los primeros se encuentran General Pueyrredón, que creció el 114,81%; Vicente López, el 105,56%; San Martín, el 77,17%; Avellaneda-Lomas de Zamora-Cuatro de Junio, el 75,05%; y Matanza, el 71,92%. Entre los segundos están Ramallo, que tuvo un crecimiento (en realidad, un decrecimiento) del -1,61%; General Belgrano, del -1,76%; Navarro, del -2,21%; General Paz, del -2,61%; San Andrés de Giles, del -2,79%; Colón, del -2,81%; General Lamadrid, del -7,57%; y Rivadavia, del -13,79%. Los primeros son partidos en gran me-

<sup>29</sup> Se cuentan como un solo partido Avellaneda-Lomas de Zamora-Cuatro de Junio, por un lado, y Bahía Blanca-Coronel Rosales, por otro.

dida urbanizados y, excepto un caso, localizados en el Gran Buenos Aires; los segundos son partidos de diversas áreas productivas de la provincia. (Si la comparación se efectúa con la cantidad de inscriptos en 1940, en 1946 hubo 34 partidos que perdieron inscriptos en términos absolutos: todos los del segundo grupo excepto Pila, y además Bartolomé Mitre, Carmen de Areco, Pergamino, Rojas, San Antonio de Areco, San Pedro, Alberti, Bragado, Carlos Tejedor, Chivilcoy, General Arenales, General Pinto, Junín, Nueve de Julio, Pehuajó, General Paz, Las Flores, Pellegrini y Bolívar. Otros doce partidos, entre ellos Pila, tuvieron un aumento inferior a cien inscriptos: Las Heras, Exaltación de la Cruz, San Nicolás, Lobos, San Vicente, Chacabuco, General Viamonte, General Guido, Guaminí, Juárez y Tornquist. Los nombres de los partidos indican que todas las zonas de la provincia, excepto el área metropolitana, perdieron inscriptos en términos absolutos).<sup>30</sup>

Los nuevos inscriptos contaron en 1946 por el 20,94% del total de inscriptos de ese año en el distrito. Hubo igualmente 21 partidos en los que los nuevos inscriptos representaron una proporción mayor que en el distrito y 88 partidos en los que la proporción fue menor que la del distrito. Entre los primeros, la proporción más alta de nuevos inscriptos se dio en General Pueyrredón, el 53,45% del total de inscriptos en 1946; Vicente López, el 51,35%; San Martín, el 43,56%; Avellaneda-Lomas de Zamora-Cuatro de Junio, el 42,87%; Matanza, el 41,83%; Seis de Septiembre, el 40,09%; San Isidro, el 41,51%; y Quilmes, el 35,71%. Entre los segundos, además de los partidos que tuvieron un decrecimiento de la cantidad de inscriptos, en seis partidos los nuevos inscriptos representaron una proporción de más de veinte puntos porcentuales menor que la proporción del distrito y otros 47 partidos tuvieron una diferencia de diez a veinte puntos porcentuales con la proporción del distrito. Aunque la pérdida de inscriptos es difícil de evaluar en términos absolutos, esas diferencias entre la proporción que los nuevos inscriptos representaron en los partidos del área metropolitana y en la mayoría de los otros partidos de la provincia es, sin duda, otro indicio de la migración que tuvo lugar dentro de esta entre las elecciones de 1938 y de 1946.

<sup>30</sup> Las cifras de las elecciones del 3 de marzo de 1940 están en Ministerio del Interior, *Memoria*, 1940.

## El voto peronista

Tras establecer la cantidad de los nuevos inscriptos entre las elecciones de 1937 y 1946 y las proporciones que ellos representaban sobre el total de inscriptos en los quince distritos resta poner en relación esas cifras y proporciones con las del voto peronista. Como la proporción de votantes no fue la misma en todos los distritos, para relacionar la cantidad de nuevos inscriptos con el voto peronista hay que estimar la cantidad de ellos que votó mediante la aplicación del porcentaje de voto en cada distrito a esa cantidad (Tabla 4.5). De tal modo se obtiene la cantidad de nuevos votantes en cada distrito. Naturalmente, esta es una cifra solamente indicativa, puesto que los nuevos votantes no tenían por qué votar en la misma proporción que el conjunto de los votantes, pero no hay indicadores para efectuar una corrección de esa cifra. Los nuevos inscriptos, asimismo, eran más que los estimados solamente mediante la diferencia entre la cifra de inscriptos de 1937 y la de 1946 debido a las bajas por fallecimiento y por cambio de domicilio a otro distrito, pero tampoco hay indicadores que permitan efectuar esta corrección. Con estas salvedades, en todos los distritos hubo 611.098 nuevos votantes, dado que los nuevos inscriptos eran 732.644 y la proporción de votantes sobre inscriptos fue el 83,41%. Los nuevos votantes representaron el 39,14% del voto peronista en todo el país, pero en los distritos osciló entre el 54,76% en Mendoza y el 7,52% en San Luis. Cuatro distritos tuvieron una proporción mayor que la del país: Capital Federal, 15,34 puntos porcentuales; Buenos Aires, 2,05 puntos porcentuales; Córdoba, 7,62 puntos porcentuales; y Mendoza, 15,62 puntos porcentuales. Los distritos con mayor cantidad de nuevos votantes fueron Capital Federal y Buenos Aires, con 166.092 y 185.693 respectivamente, que representaban el 57,57% del total de nuevos votantes en las elecciones de 1946. La suma de los votantes nuevos de esos dos distritos representaba el 46,56% del voto peronista en ellos y el 22,53% del voto peronista en el país.

Tabla 4.5 Elecciones del 24 de febrero de 1946: los votantes nuevos respecto de 1937 como proporción del voto por Perón-Quijano (todas las listas)						
Distritos↓	Ins- criptos nuevos	Votantes	Votantes nuevos	PQ	Votantes nuevos/ PQ	
					Distrito	Distrito- Total
	N	%	N	N	%	%
Capital Federal	187.759	88,46	166.092	304.854	54,48	15,34
Buenos Aires	223.592	83,05	185.693	450.778	41,19	2,05
Catamarca	5.143	78,76	4.051	14.917	27,15	-11,99
Córdoba	74.273	84,28	62.597	133.872	46,76	7,62
Corrientes	13.187	74,45	9.818	34.247	28,67	-10,47
Entre Ríos	30.187	82,33	24.853	77.585	32,03	-7,11
Jujuy	7.219	78,37	5.658	15.488	36,53	-2,61
La Rioja	2.855	76,11	2.173	10.213	21,28	-17,86
Mendoza	39.850	85,15	33.932	61.960	54,76	15,62
Salta	12.331	71,67	8.838	28.995	30,48	-8,66
San Juan	13.171	83,08	10.942	29.840	36,67	-2,47
San Luis	1.378	85,09	1.173	15.601	7,52	-31,62
Santa Fe	74.783	85,83	64.186	195.690	32,80	-6,34
Santiago del Estero	18.517	73,20	13.554	58.541	23,15	-15,99
Tucumán	28.399	79,16	22.481	85.163	26,40	-12,74
Total	732.644	83,41	611.098	1.561.243	39,14	0,00

Fuentes: Inscriptos nuevos, Tabla 4.1; Votantes 1946 y PQ, Amaral (2018b), vol. 2, Tablas 3.1 y 5.8. PQ es la estimación máxima, ya que suma los votos de todas las listas de electores de presidente y vicepresidente que apoyaban a Perón-Quijano, fuesen con la misma o con distintas listas, a pesar de que en este caso los votos no se sumaban y, por lo tanto, no incidían en la asignación de los electores. En Capital Federal, Buenos Aires, Catamarca, Córdoba, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe son las listas del Partido Laborista y la Unión Cívica Radical Junta Renovadora; en Jujuy, la del Partido Laborista y la

de la Unión Cívica Radical Yrigoyenista; en La Rioja, la del Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora-Unión Cívica Radical de La Rioja; en Mendoza, la del Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora y la de la Unión Cívica Radical Lencinista; en Salta, la del Partido Laborista-Unión Cívica Radical Irigoyenista; en San Juan, las del Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora y la de la Unión Cívica Radical Bloquista; en San Luis, la de la Unión Cívica Radical y la del Partido Laborista; en Santiago del Estero, la del Partido Laborista y la de la Unión Cívica Radical de Santiago del Estero; y en Tucumán, las del Partido Laborista, el Partido Laborista Tucumano y la Unión Cívica Radical Irigoyenista. Inscriptos nuevos: N es la cantidad de nuevos inscriptos en 1946 respecto de 1938. Votantes: % es el porcentaje de votantes sobre inscriptos en las elecciones de 1946. Votantes nuevos: N es la cantidad resultante de la aplicación del porcentaje de votantes a la cantidad de inscriptos nuevos. PQ: N es la cantidad de votos obtenidos por la lista de electores de presidente y vicepresidente del Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora que sostenían a Perón-Quijano. Votantes nuevos/PQ: Distrito % es el porcentaje que los votantes nuevos representan sobre PQ en cada distrito; Distrito-Total % es el la diferencia en puntos porcentuales de cada distrito respecto del porcentaje total de Votantes nuevos/PQ.

En esa estimación de los nuevos votantes no está descontado el crecimiento vegetativo de la población, por lo que ella incluye a todos los nuevos votantes, nativos o migrantes. Si se considera solo las cifras de migrantes según la estimación hecha de acuerdo con la tasa de crecimiento de los inscriptos entre 1937 y 1946 (Tabla 4.3, columna B), se tiene que los 61.114 migrantes de Capital Federal y los 13.644 de Buenos Aires representan en conjunto el 10% del voto peronista de esos dos distritos sumados y el 5% del voto peronista total del país. Si se toma la estimación de los migrantes de acuerdo con la tasa de crecimiento intercensal de la población (Tabla 4.3, columna E) se tiene que los 102.160 migrantes de Capital Federal y los 81.689 de Buenos Aires representan el 24% del voto peronista en esos dos distritos y el 12% del voto peronista en todo el país.

Tabla 4.6						
Elecciones del 24 de febrero de 1946: los votantes nuevos respecto de la elección del 6 de marzo de 1938 como proporción del voto por Perón-Quijano en el distrito Buenos Aires						
Secciones y partidos↓	Inscriptos nuevos	Votantes	Votantes nuevos	PQ	Votantes nuevos/PQ	
					Partido	Partido-Total distrito
	N	%	N	N	%	%
<i>Capital</i>						
La Plata	20.942	85,92	17.993	35.394	50,84	12,38
<i>Primera sección</i>						
Campana	912	84,00	766	2.675	28,64	-9,82
General Rodríguez	482	84,90	409	941	43,49	5,03
San Martín	19.635	86,09	16.904	26.062	64,86	26,40
General Sarmiento	2.519	74,13	1.867	3.778	49,43	10,97
Las Conchas	2.337	83,58	1.953	4.082	47,85	9,39
Las Heras	134	83,11	111	797	13,97	-24,49
Luján	2.558	75,18	1.923	3.897	49,35	10,89
Marcos Paz	26	77,03	20	711	2,82	-35,64
Mercedes	452	84,63	383	4.184	9,14	-29,32
Merlo	772	87,95	679	1.868	36,35	-2,11
Moreno	668	87,86	587	1.526	38,46	0,00
Navarro	-91	81,52	-74	1.554	-4,77	-43,23
Pilar	694	84,74	588	1.927	30,52	-7,94
San Fernando	3.871	83,38	3.228	6.201	52,05	13,59
San Isidro	7.054	87,18	6.150	9.293	66,17	27,71
Seis de Septiembre	8.050	84,89	6.834	10.612	64,40	25,94
Suipacha	186	83,19	155	741	20,88	-17,58
Vicente López	11.579	87,13	10.089	11.066	91,17	52,71
Subtotal	61.838	84,37	52.170	91.915	56,76	18,30

<i>Segunda Sección</i>						
Baradero	364	85,56	311	2.360	13,20	-25,26
Bartolomé Mitre	376	82,35	310	3.268	9,48	-28,98
Carmen de Areco	121	82,08	99	1.381	7,19	-31,27
Colón	-114	83,17	-95	1.983	-4,78	-43,24
Exaltación de la Cruz	124	84,13	104	1.030	10,13	-28,33
General J.F. Uriburu	3.016	86,63	2.613	6.696	39,02	0,56
Marcelino Ugarte	700	81,69	572	2.509	22,79	-15,67
Pergamino	570	84,80	483	7.583	6,37	-32,09
Ramallo	-71	84,42	-60	1.889	-3,17	-41,63
Rojas	382	81,62	312	2.664	11,70	-26,76
San Andrés de Giles	-125	85,25	-107	1.457	-7,31	-45,77
San Antonio de Areco	132	86,04	114	1.812	6,27	-32,19
San Nicolás	671	85,62	575	4.343	13,23	-25,23
San Pedro	423	85,46	361	3.071	11,77	-26,69
Subtotal	6.569	84,47	5.549	42.046	13,20	-25,26
<i>Tercera sección</i>						
Almirante Brown	2.335	87,76	2.049	3.994	51,31	12,85
Avellaneda	56.430	87,40	49.320	77.438	63,69	25,23
Coronel Brandsen	194	80,13	155	1.511	10,29	-28,17
Cañuelas	641	83,91	538	732	73,48	35,02
Cuatro de Junio	con Avellaneda					
Esteban Echeverría	1.059	85,39	904	1.659	54,51	16,05
Florencio Varela	376	88,13	331	1.044	31,74	-6,72
Lobos	254	84,67	215	2.460	8,74	-29,72
Lomas de Zamora	con Avellaneda					
Magdalena	588	82,85	487	1.467	33,21	-5,25

Matanza	6.530	85,71	5.597	8.549	65,47	27,01
Quilmes	8.630	88,81	7.664	13.662	56,10	17,64
San Vicente	161	83,41	134	902	14,89	-23,57
Subtotal	77.198	87,05	67.201	113.418	59,25	20,79
<i>Cuarta sección</i>						
Alberti	120	87,27	105	1.811	5,78	-32,68
Bragado	221	82,48	182	4.430	4,11	-34,35
Carlos Casares	574	80,25	461	1.984	23,22	-15,24
Carlos Tejedor	191	76,30	146	1.615	9,02	-29,44
Chacabuco	738	83,27	615	4.691	13,10	-25,36
Chivilcoy	343	85,67	294	6.314	4,65	-33,81
General Arenales	342	82,80	283	1.659	17,07	-21,39
General Pinto	226	75,91	172	2.449	7,01	-31,45
General Viamonte	398	80,00	318	2.205	14,44	-24,02
General Villegas	12	75,05	9	3.253	0,28	-38,18
Junín	695	84,45	587	6.405	9,16	-29,30
Leandro N. Alem	635	72,70	462	2.106	21,92	-16,54
Lincoln	1.087	76,89	836	4.590	18,21	-20,25
Nueve de Julio	614	83,30	511	5.685	9,00	-29,46
Pehuajó	203	79,22	161	5.072	3,17	-35,29
Rivadavia	-618	76,56	-473	1.944	-24,34	-62,80
Trenque Lauquen	624	80,61	503	2.468	20,38	-18,08
Subtotal	6.405	80,82	5.177	58.681	8,82	-29,64
<i>Quinta sección</i>						
Ayacucho	620	75,02	465	1.598	29,11	-9,35
Balcarce	742	80,36	596	2.613	22,82	-15,64
Castelli	227	77,92	177	545	32,46	-6,00
Chascomús	884	78,60	695	1.440	48,25	9,79

Dolores	580	81,21	471	1.658	28,41	-10,05
General Alvarado	684	81,76	559	990	56,49	18,03
General Belgrano	-56	80,39	-45	1.031	-4,37	-42,83
General Conesa	5	76,88	4	241	1,59	-36,87
General Guido	189	78,30	148	451	32,81	-5,65
General Lavalle	316	76,30	241	324	74,41	35,95
General Madariaga	629	76,38	480	474	101,35	62,89
General Paz	-80	80,17	-64	1.121	-5,72	-44,18
General Pueyrredón	12.931	85,52	11.059	9.111	121,38	82,92
Las Flores	224	79,33	178	2.246	7,91	-30,55
Lobería	1.182	77,83	920	1.940	47,42	8,96
Maipú	321	80,19	257	687	37,47	-0,99
Mar Chiquita	594	77,90	463	819	56,50	18,04
Monte	536	79,92	428	1.111	38,56	0,10
Necochea	2.670	77,62	2.072	4.950	41,87	3,41
Pila	69	74,40	51	92	55,80	17,34
Rauch	534	78,84	421	911	46,21	7,75
Tandil	2.131	79,13	1.686	5.778	29,19	-9,27
Subtotal	25.932	80,02	20.752	40.131	51,71	13,25
<i>Sexta sección</i>						
Adolfo Alsina	429	76,71	329	2.179	15,10	-23,36
Bahía Blanca	5.557	80,13	4.453	11.446	38,90	0,44
Caseros	20	74,62	15	1.202	1,24	-37,22
Coronel Dorrego	1.075	75,76	814	1.114	73,11	34,65
Coronel Pringles	897	79,18	710	2.171	32,72	-5,74
Coronel Rosales	con Bahía Blanca					
Coronel Suárez	844	78,45	662	3.472	19,07	-19,39
General Lamadrid	-289	76,86	-222	1.267	-17,53	-55,99

González Chaves	319	79,75	254	1.285	19,80	-18,66
Guaminí	215	77,77	167	1.402	11,93	-26,53
Juárez	214	78,78	169	1.319	12,78	-25,68
Laprida	3	80,28	2	1.083	0,22	-38,24
Patagones	37	66,89	25	1.072	2,31	-36,15
Pellegrini	191	77,16	147	2.197	6,71	-31,75
Puán	41	76,63	31	1.587	1,98	-36,48
Saavedra	401	79,49	319	1.499	21,26	-17,20
Tornquist	137	78,70	108	913	11,81	-26,65
Tres Arroyos	703	77,43	544	5.143	10,58	-27,88
Villarino	1.083	70,83	767	1.447	53,01	14,55
Subtotal	11.877	77,78	9.237	41.798	22,10	-16,36
<i>Séptima sección</i>						
Azul	970	81,48	790	4.141	19,09	-19,37
Bolívar	670	80,68	541	4.420	12,23	-26,23
General Alvear	286	78,51	225	536	41,89	3,43
Olavarría	2.493	81,91	2.042	4.772	42,79	4,33
Roque Pérez	89	84,75	75	1.211	6,23	-32,23
Saladillo	619	81,64	505	2.216	22,80	-15,66
Tapalqué	281	79,67	224	844	26,53	-11,93
Veinticinco de Mayo	1.034	78,15	808	5.878	13,75	-24,71
Subtotal	6.442	80,80	5.205	24.018	21,67	-16,79
Total	207.206	83,05	172.083	447.401	38,46	0,00
Fuentes: inscriptos nuevos, Tabla 4.4; Votantes, Amaral (2018b), vol. 2, Tabla Buenos Aires 1; PQ, ibíd., Tabla Buenos Aires 2. Inscriptos nuevos, Votantes, Votantes nuevos y PQ: véase Tabla 5. Votantes nuevos/PQ: partido % es el porcentaje que los votantes nuevos representaban sobre PQ en cada partido; Partido-Total distrito % es la diferencia en puntos porcentuales entre el porcentaje de votantes nuevos/PQ en cada partido respecto del porcentaje del distrito.						

Las estimaciones de los votantes nuevos y de los posibles migrantes por distrito no consideran, como se ha visto más arriba, las migraciones que tuvieron lugar dentro de la provincia de Buenos Aires. Los votantes nuevos en ese distrito, estimados como la proporción de votantes sobre inscriptos en las elecciones de 1946 aplicada a la diferencia entre los inscriptos para las elecciones de 1938 y 1946, fueron 172.083 (Tabla 4.6). Ellos representaban el 38,46% del voto peronista de Buenos Aires, pero esa proporción variaba entre los partidos del Gran Buenos Aires y otros pocos muy urbanizados, que tenían una proporción de nuevos votantes más alta que la del distrito, y la mayoría de los partidos de la provincia, donde los nuevos votantes eran una proporción menor que la del distrito. Entre los primeros se encuentran General Pueyrredón, donde los nuevos votantes fueron el 121,38% del voto peronista; General Madariaga, el 101,35%; Vicente López, el 91,17%; Cañuelas, el 73,48%; San Isidro, el 66,17%; Matanza, el 65,47%; San Martín, el 64,86%; Seis de Septiembre, el 64,40%; Avellaneda-Lomas de Zamora-Cuatro de Junio, el 63,69%. En total 35 partidos tuvieron una proporción de votantes nuevos sobre el voto peronista mayor que la del distrito.

Los votantes nuevos, sin embargo, no eran todos migrantes, ya que cierta cantidad de votantes nuevos se debía al crecimiento vegetativo de la población. Tal como en el caso de la estimación de los votantes nuevos por distrito, se puede estimar la cantidad esperada de nuevos inscriptos mediante la aplicación de una cierta tasa de crecimiento a la cifra de inscriptos de 1938. Una tasa posible es el porcentaje de crecimiento de la cantidad de inscriptos en el distrito en el período, que fue el 26,49% (Tabla 4.4); y otra, el porcentaje resultante de la tasa acumulada anual intercensal en todo el país, el 2,04%, por lo que fue el 17,53% para el período 1938-1946.<sup>31</sup> Las cifras obtenidas de nuevos inscriptos esperados sustraídas de las cifras de inscriptos reales da una diferencia en la cantidad de inscriptos que puede atribuirse a los migrantes. La estimación de los nuevos votantes que eran migrantes se obtiene mediante la aplicación a esa cifra del porcentaje de vo-

<sup>31</sup> La tasa de crecimiento anual intercensal acumulada de la población de Buenos Aires fue el 2,11%, por lo que su aplicación habría dado una cantidad levemente mayor de la cantidad de nuevos inscriptos esperados en 1946 y, en consecuencia, una diferencia menor con los inscriptos reales de ese año.

tantes sobre inscriptos que se registró en cada partido del distrito. De esa manera, se puede efectuar una estimación de los migrantes votantes según la tasa de crecimiento de los inscriptos y otra según la tasa de crecimiento de la población. A partir de esas cifras se puede estimar la proporción que los migrantes votantes eran sobre el voto peronista en cada partido de la provincia.

El resultado es, de acuerdo con la primera estimación, que los porcentajes más altos de migrantes votantes sobre el voto peronista se dieron en General Pueyrredón, el 93,37%; Vicente López, el 68,29%; San Martín, el 42,60%; San Isidro, el 41,47%; Matanza, el 41,35%; Avellaneda-Lomas de Zamora-Cuatro de Junio, el 41,21%; Seis de Septiembre, el 38,90%; Quilmes, el 29,34%; Esteban Echeverría, el 24,25%; San Fernando, el 20,11%; y Almirante Brown, el 20,04% (Tabla 4.7). En otros diez partidos, la proporción de los migrantes votantes sobre el voto peronista fue positiva pero menor al 20%, en tanto que en 87 partidos la proporción de los migrantes votantes sobre el voto peronista fue negativa.

Tabla 4.7 Elecciones del 24 de febrero de 1946: migrantes votantes como proporción del voto peronista en el distrito Buenos Aires				
Secciones y partidos↓	Migrantes votantes			
	según cre- cimiento de inscriptos	Mi/PQ	según creci- miento de la población	Mp/PQ
	N	%	N	%
<i>Capital</i>				
La Plata	4.671	13,20	9.175	25,92
<i>Primera sección</i>				
Campana	-211	-7,87	120	4,47
General Rodríguez	75	8,00	188	20,00
San Martín	11.102	42,60	13.063	50,12
General Sarmiento	728	19,28	1.113	29,47
Las Conchas	550	13,49	1.025	25,10
Las Heras	-345	-43,35	-191	-23,97

Luján	530	13,60	1.001	25,69
Marcos Paz	-439	-61,79	-284	-39,94
Mercedes	-1.742	-41,63	-1.024	-24,46
Merlo	-33	-1,74	208	11,14
Moreno	100	6,55	265	17,34
Navarro	-962	-61,92	-662	-42,60
Pilar	-423	-21,95	-81	-4,21
San Fernando	1.247	20,11	1.917	30,91
San Isidro	3.854	41,47	4.630	49,82
Seis de Septiembre	4.128	38,90	5.043	47,52
Suipacha	-242	-32,68	-108	-14,57
Vicente López	7.557	68,29	8.413	76,03
Subtotal	24.968	27,16	34.164	37,17
<i>Segunda Sección</i>				
Baradero	-828	-35,10	-443	-18,77
Bartolomé Mitre	-1.201	-36,74	-690	-21,11
Carmen de Areco	-536	-38,78	-321	-23,24
Colón	-988	-49,82	-686	-34,60
Exaltación de la Cruz	-423	-41,04	-245	-23,74
General José F. Uri- buru	843	12,60	1.442	21,53
Marcelino Ugarte	-548	-21,85	-170	-6,76
Pergamino	-2.904	-38,29	-1.758	-23,19
Ramallo	-1.046	-55,38	-713	-37,73
Rojas	-939	-35,26	-516	-19,38
San Andrés de Giles	-1.119	-76,83	-777	-53,33
San Antonio de Areco	-710	-39,19	-432	-23,82
San Nicolás	-1.535	-35,34	-822	-18,92
San Pedro	-1.355	-44,12	-775	-25,22
Subtotal	-13.344	-31,74	-6.957	-16,55
<i>Tercera sección</i>				
Almirante Brown	800	20,04	1.223	30,61

Avellaneda	31.911	41,21	37.797	48,81
Coronel Brandsen	-311	-20,56	-153	-10,13
Cañuelas	-151	-20,65	82	11,17
Cuatro de Junio	con Avellaneda			
Esteban Echeverría	402	24,25	572	34,48
Florencio Varela	-120	-11,46	33	3,14
Lobos	-1.094	-44,48	-652	-26,49
Lomas de Zamora	con Avellaneda			
Magdalena	-457	-31,18	-138	-9,41
Matanza	3.535	41,35	4.232	49,50
Quilmes	4.009	29,34	5.244	38,39
San Vicente	-283	-31,39	-142	-15,74
Subtotal	37.993	33,50	47.868	42,20
<i>Cuarta sección</i>				
Alberti	-706	-39,01	-432	-23,87
Bragado	-1.763	-39,79	-1.105	-24,94
Carlos Casares	-619	-31,18	-254	-12,79
Carlos Tejedor	-629	-38,96	-367	-22,74
Chacabuco	-1.463	-31,18	-760	-16,21
Chivilcoy	-2.607	-41,29	-1.626	-25,76
General Arenales	-587	-35,37	-293	-17,64
General Pinto	-896	-36,57	-535	-21,84
General Viamonte	-703	-31,89	-358	-16,23
General Villegas	-1.452	-44,63	-958	-29,45
Junín	-2.481	-38,74	-1.444	-22,54
Leandro N. Alem	-404	-19,18	-111	-5,28
Lincoln	-1.114	-24,27	-455	-9,91
Nueve de Julio	-1.763	-31,00	-994	-17,48
Pehuajó	-2.156	-42,51	-1.373	-27,06
Rivadavia	-1.382	-71,11	-1.075	-55,29
Trenque Lauquen	-599	-24,28	-227	-9,18
Subtotal	-21.315	-36,32	-12.358	-21,06

<i>Quinta sección</i>				
Ayacucho	-529	-33,07	-193	-12,05
Balcarce	-830	-31,77	-348	-13,31
Castelli	-182	-33,41	-61	-11,14
Chascomús	-390	-27,08	-23	-1,61
Dolores	-546	-32,96	-202	-12,21
General Alvarado	23	2,37	205	20,66
General Belgrano	-722	-69,99	-493	-47,80
General Conesa	-133	-55,36	-87	-36,10
General Guido	-160	-35,44	-56	-12,36
General Lavalle	40	12,28	108	33,29
General Madariaga	-123	-25,93	81	17,10
General Paz	-715	-63,78	-495	-44,15
General Pueyrredón	8.507	93,37	9.370	102,84
Las Flores	-1.152	-51,31	-703	-31,29
Lobería	-207	-10,67	174	8,97
Maipú	-242	-35,16	-73	-10,61
Mar Chiquita	-112	-13,70	82	10,03
Monte	-128	-11,48	60	5,44
Necochea	-277	-5,60	517	10,45
Pila	-174	-188,85	-98	-106,13
Rauch	-362	-39,71	-97	-10,66
Tandil	-853	-14,77	5	0,09
Subtotal	87	0,22	7.073	17,63
<i>Sexta sección</i>				
Adolfo Alsina	-666	-30,58	-330	-15,14
Bahía Blanca	-1.073	-9,37	795	6,95
Caseros	-649	-54,01	-425	-35,33
Coronel Dorrego	-62	-5,55	234	21,05
Coronel Pringles	-444	-20,44	-54	-2,47
Coronel Rosales	con Bahía Blanca			
Coronel Suárez	-809	-23,31	-312	-8,98

General Lamadrid	-999	-78,86	-736	-58,12
González Chaves	-498	-38,76	-244	-18,96
Guamini	-462	-32,96	-249	-17,79
Juárez	-724	-54,91	-422	-32,02
Laprida	-561	-51,79	-370	-34,21
Patagones	-677	-63,13	-440	-41,01
Pellegrini	-781	-35,54	-467	-21,25
Puán	-947	-59,67	-616	-38,83
Saavedra	-497	-33,15	-221	-14,76
Tornquist	-386	-42,31	-219	-24,01
Tres Arroyos	-2.087	-40,58	-1.197	-23,28
Villarino	159	11,00	365	25,20
Subtotal	-12.237	-29,28	-4.977	-11,91
<i>Séptima sección</i>				
Azul	-1.772	-42,80	-906	-21,88
Bolívar	-1.404	-31,76	-747	-16,89
General Alvear	-237	-44,17	-81	-15,07
Olavarría	-76	-1,59	640	13,42
Roque Pérez	-608	-50,22	-377	-31,14
Saladillo	-879	-39,67	-411	-18,55
Tapalqué	-312	-36,94	-131	-15,48
Veinticinco de Mayo	-1.381	-23,49	-641	-10,90
Subtotal	-6.675	-27,79	-2.659	-11,07
Total	-21	0,00	58.165	13,00
Fuentes: Tabla 4.6 y <i>IV Censo</i> , p. 1. Los migrantes votantes según la cantidad de inscriptos se han estimado mediante (1) la cantidad de inscriptos esperados en cada partido según el porcentaje de crecimiento de la cantidad de inscriptos en el distrito entre 1938 y 1946 (26,49%); y (2), el porcentaje que de esa cantidad votó según la proporción de votantes sobre inscriptos en cada partido. Mi/PQ son los migrantes votantes según la cantidad de inscriptos como proporción de PQ. Los migrantes votantes según el crecimiento de la población es (1) la cantidad de inscriptos esperados según la tasa de crecimiento anual intercensal de todo el país (2,04%); (2) el porcentaje que de esas cantidad votó según la proporción de votantes en cada partido. Mp/PQ son los migrantes votantes según el crecimiento de la población como proporción de PQ.				

El resultado de acuerdo con la segunda estimación da los porcentajes más altos en General Pueyrredón, el 102,84%; Vicente López, el 76,03%; San Martín, el 50,12%; San Isidro, el 49,82%; Matanza, el 49,50%; Avellaneda-Lomas de Zamora-Cuatro de Junio, el 48,81%; Seis de Septiembre, el 47,52%; Quilmes, el 38,39%; Esteban Echeverría, el 34,48%; General Lavalle, el 33,29%; San Fernando, el 30,91%; y Almirante Brown, el 30,61%. En siete partidos los migrantes votantes eran entre el 20% y el 30% del voto peronista; en otros siete eran entre el 0,01% y el 20%; y en los restantes 84 partidos el porcentaje de migrantes votantes respecto del voto peronista era negativo.

Los diecisiete partidos del Gran Buenos Aires, según la primera estimación, tenían 69.770 migrantes votantes, que representaban el 15,59% del voto peronista en el distrito y el 4,47% del voto peronista del país. Los mismos diecisiete partidos del Gran Buenos Aires, según la segunda estimación, sumaban 84.778 migrantes votantes, equivalentes al 18,95% del voto peronista en Buenos Aires y al 5,43% del voto peronista en todo el país. La diferencia entre los migrantes votantes esperados y los votantes efectivos era de 58.165 votantes, que no puede asignarse a ningún partido en particular, que equivalían al 13% del voto peronista en el distrito y al 3,73% del voto peronista en el país. Sumados esos porcentajes, los migrantes votantes podrían haber contado, si todos votaron por Perón-Quijano, por el 31,95% del voto peronista en Buenos Aires y el 9,16% del voto peronista en todo el país. Naturalmente, como habría dicho Gino Germani, estos resultados son provisorios y dependen de supuestos que, si son modificados, podrían dar resultados diferentes aunque difícilmente en una dirección radicalmente distinta de la que aquí se observa.

## Conclusiones

Las migraciones internas ocurridas en los años anteriores a las elecciones del 24 de febrero de 1946 fueron advertidas en ese momento al menos por un político, que es posible que no haya sido el único, quien explicó que parte del apoyo a Perón provenía de quienes por ese motivo habían llegado al área metropolitana, urbanizada e industrializada. Esa percepción fue retomada en las primeras explicaciones del surgimiento del peronismo

dadas en 1956 por un sociólogo, Gino Germani, y un historiador, Tulio Halperin Donghi. Ellos diferenciaron a los integrantes de la antigua clase obrera de los migrantes recientes. Para estos, llegados de “una durísima vida campesina al arrabal fabril”, dice Halperin Donghi de manera sugerente pero temporalmente imprecisa, lo que el peronismo “proponía institucionalizar y consolidar mediante sus reformas” era “la liberación del temor y la angustia”, que era lo que el trabajo industrial representaba frente a la incertidumbre que la crisis de la agricultura había llevado a sus vidas.<sup>32</sup> Los migrantes recientes, para Germani, habían conformado una masa en disponibilidad, debido a la anomia producida por el tránsito de la sociedad tradicional a la sociedad de masas. De tal modo, tanto para la percepción inicial del apoyo al peronismo como para quienes primero buscaron una explicación científica de su surgimiento, los migrantes recientes eran el principal componente de ese fenómeno político.

Esa tesis fue criticada, pero no rechazada, porque dejaba de lado el papel de los integrantes de la antigua dirigencia sindical y de la antigua clase obrera en el surgimiento del peronismo (Murmis y Portantiero), porque exageraba la cantidad de migrantes recientes (Kenworthy) y porque la composición social inicial del peronismo fuera del área metropolitana era muy variada (Smith). La respuesta de Germani a sus críticos no dispuso las dudas que ellos habían manifestado, ya que su propio análisis posterior no era concluyente respecto del papel de los migrantes recientes. El rechazo de la tesis de Germani se debió a la investigación dirigida por Darío Canton, cuyo resultado es que los migrantes recientes no pesaron en el voto peronista en la ciudad de Buenos Aires y que pesaron poco en el del Gran Buenos Aires.

Los resultados del análisis efectuado a partir de las diferencias en la cantidad de inscriptos en todo al país para las elecciones de 1937 y de 1946 y en la cantidad de inscriptos para las elecciones de 1938 y de 1946 en el distrito Buenos Aires muestran que los migrantes internos efectivamente existieron, pero que llegaron al área metropolitana principalmente desde la pampa húmeda, donde, como señalaron algunos críticos de Germani (Halperin Donghi, Walter Little), no existía la sociedad tradicional de la

<sup>32</sup> Halperin Donghi (1956), p. 19, y (1995), pp. 44-45.

que él había supuesto que provenían.<sup>33</sup> Muestran, igualmente, que podrían haber tenido algún peso en el triunfo de Perón en el Gran Buenos Aires, siempre que hubiesen votado masivamente por él, pero que, aun en tal caso, no explican su triunfo en los otros nueve distritos de los once cuyos electores obtuvo. Los migrantes recientes, por lo tanto, en coincidencia con los resultados de la investigación dirigida por Canton, no tuvieron una influencia decisiva en los resultados de las elecciones del 24 de febrero de 1946.

Los migrantes recientes existieron, pero no provenían de una región que pudiese clasificarse como sociedad tradicional; los migrantes recientes estaban en el área metropolitana, pero Perón ganó en casi todo el país, no solamente en esa área; los migrantes recientes, podrían haber votado masivamente por Perón, pero aun en tal caso habrían tenido un peso limitado en los resultados del área metropolitana y mucho más limitado en el conjunto del país. El triunfo de Perón no se debió, por lo tanto, a los migrantes recientes. El supuesto papel de los migrantes recientes en ese resultado se basa, además, sobre un supuesto implícito: que ellos no tenían una experiencia política previa y que, por lo tanto, carecían de una identidad política y eran, por lo tanto, una masa disponible movilizada por un líder. La explicación del triunfo de Perón en las elecciones del 24 de febrero de 1946, agotada la vía de la composición social del voto peronista, reside en factores puramente políticos que es hacia donde Canton recomienda orientar la investigación, tal como desde hace varios lustros lo están haciendo historiadores de todo el país.<sup>34</sup>

<sup>33</sup> Halperin Donghi (1975), Little (1975).

<sup>34</sup> Por ejemplo Gayol, Melon y Roig (1988), Macor y Tcach (2003) y (2013), Melon Pirro y Quiroga (2006).



## El voto peronista y la política local: Villa María, 1946

Las primeras explicaciones de los orígenes del peronismo se limitaron, por omisión, a una sola área geográfica y a un solo sector social: tanto los migrantes recientes de Gino Germani como los sindicalistas viejos de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero solo se encontraban en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires y eran parte de la “clase obrera”.<sup>1</sup> En las elecciones del 24 de febrero de 1946, sin embargo, los porcentajes del voto obtenidos por las listas de electores de presidente y vicepresidente que apoyaban a la fórmula Perón-Quijano no requerían análisis alguno, tal como lo señaló Eldon Kenworthy, para advertir que eran muy altos en los quince distritos electorales del país.<sup>2</sup> Otros críticos de Germani, como Peter H. Smith y E. Spencer Wellhofer, señalaron que el apoyo a Perón en esa elección no se limitaba a un solo sector social y variaba según los departamentos. Todos estos estudios, sin embargo, compartían el mismo objetivo: determinar las bases sociales del peronismo.<sup>3</sup>

La variedad social del apoyo a Perón en esas elecciones tendría que haber llevado al estudio de los factores puramente políticos, ya que, después de todo, el voto en las elecciones es un acto político. Entre los últimos estudios acerca de las bases sociales del peronismo y los primeros estudios de sus bases políticas mediaron varios años. Aquellos fueron recopilados por Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente en *El voto peronista*, en 1980, aunque en ese libro se encuentran también dos investigaciones que sirven de puente entre el estudio de las bases sociales y el de las bases políticas, debidos a Ignacio Llorente, sobre la provincia de Buenos Aires, y a Luis

<sup>1</sup> Germani (1955), (1956) y (1962); y Murmis y Portantiero (1971).

<sup>2</sup> Kenworthy (1973), p. 25.

<sup>3</sup> Smith (1972); y Wellhofer (1974).

González Esteves, sobre la provincia de Córdoba.<sup>4</sup> Aunque su método, el análisis ecológico, era el mismo empleado por Germani y por Smith, su intención era, también, encontrar el componente político del voto por Perón en esos dos distritos.

El estudio de las bases políticas del apoyo inicial a Perón comenzó con un artículo de Sandra Gayol, Julio César Melon y Mabel Roig, sobre los orígenes del peronismo en Tandil, publicado en 1988, que ponía de relieve el papel jugado por Juan Adolfo Figueroa, un influyente dirigente radical de esa ciudad.<sup>5</sup> A partir de entonces, pero no inmediatamente, se sucedieron estudios de carácter cualitativo sobre los orígenes del peronismo en provincias y ciudades fuera del área metropolitana, cuyos hitos fueron el libro de César Tcach sobre el sabattinismo y el peronismo en Córdoba, publicado en 1991, y la compilación de Darío Macor y el mismo Tcach, *La invención del peronismo en el interior del país*, publicado en 2003, con un segundo volumen diez años después.<sup>6</sup> A partir de esos estudios cambió la visión de los orígenes del peronismo: en las provincias, los departamentos y las localidades, los actores políticos del momento no eran los mismos que aparecían en las explicaciones iniciales. La mayoría de esos estudios se refiere a la política provincial, es decir, a la de las capitales de provincias, pero como lo había mostrado el estudio sobre Tandil, los actores fuera de las capitales provinciales también tenían sus particularidades que los diferenciaban. El punto de inflexión en el estudio del surgimiento del peronismo fuera de las capitales fue la compilación de Julio César Melon Pirro y Nicolás Quiroga, publicada en 2006, que incluye capítulos sobre Avellaneda, Bahía Blanca y Mar del Plata.<sup>7</sup> Recientemente se han agregado los libros de Alejandra Salomón sobre tres ciudades de la provincia de Buenos Aires –Chascomús, Coronel Pringles y Pergamino– y el de Rebeca Camaño Semprini sobre Río Cuarto.<sup>8</sup> De esta manera, de los migrantes recientes y de los obreros viejos, que no se encuentran en esas ciudades, capitales o no, se ha pasado a observar a un tipo de actor que estuvo presente en todos los casos: los

<sup>4</sup> Mora y Araujo y Llorente (1980); Llorente (1977); y González Esteves (1980).

<sup>5</sup> Gayol, Melon y Roig (1988).

<sup>6</sup> Macor y Tcach (2003) y (2013).

<sup>7</sup> Melon Pirro y Quiroga (2006).

<sup>8</sup> Salomón (2012), y Camaño Semprini (2015).

políticos. Hubo hombres nuevos, ciertamente, que surgieron por el “huracán de la historia”, que, según Félix Luna, sopló en los días de octubre de 1945,<sup>9</sup> pero cuando amainó, quienes aparecieron nuevamente, con nuevas vestiduras, fueron los políticos de los partidos preexistentes.

La región del país donde mejor se puede observar la parcialidad de las explicaciones estructurales del resultado de las elecciones del 24 de febrero de 1946 y, en consecuencia, la centralidad del papel de los políticos en esa instancia clave del surgimiento del peronismo es la Pampa Gringa. Así denominada por Alcides Greca en el título de una novela publicada en 1936, retomado por Ezequiel Gallo en su estudio de la colonización en Santa Fe publicado en 1983, esa región era una de las más homogéneas del país desde el punto de vista social y económico.<sup>10</sup> Quienes votaron en ella, sin embargo, tuvieron un comportamiento heterogéneo: en tres departamentos del norte, San Justo, de Córdoba, y Castellanos y San Martín, de Santa Fe, triunfaron las listas de electores de presidente y vicepresidente que sostenían a Tamborini-Mosca por una diferencia de poco más de doce mil votos; pero en cinco departamentos del sur, Unión y Marcos Juárez, de Córdoba, y Belgrano, Caseros y General López, de Santa Fe, triunfaron las listas de electores que apoyaban a Perón-Quijano por una diferencia de poco más de once mil votos.<sup>11</sup> Los factores socioeconómicos no pueden justificar esas diferencias, como tampoco las existentes en los variados resultados de las 187 localidades de esos ocho departamentos. Solo un factor social puede aislarse en el comportamiento de los votantes de esos departamentos: en las localidades con mayor cantidad de votantes ganó Perón-Quijano. Pero aun ese factor tiene excepciones: esa fórmula ganó en las localidades con más votantes de los departamentos San Justo, Castellanos, Marcos Juárez, Belgrano, Caseros y General López, pero en las de Unión y San Martín lo hizo la otra fórmula. De la misma manera, Tamborini-Mosca prevaleció en las localidades con menor cantidad de votantes, aunque Perón-Quijano ganó en algunas de ellas, aun en los departamentos cuyo resultado le fue adverso.

<sup>9</sup> Luna (1969), pp. 255-428.

<sup>10</sup> Greca (1936); y Gallo (1983). Sobre la homogeneidad de la región, véase Amaral (2018b), vol. 1, pp. 556-560, y vol. 2, pp. 509-512.

<sup>11</sup> Amaral (2018b), vol. 1, p. 563, y vol. 2, p. 513.

La Pampa Gringa no se limitaba a los tres departamentos de Córdoba y los cinco de Santa Fe mencionados, pero esos ocho departamentos estaban en el corazón de la región. Otros departamentos de esas dos provincias tenían partes que eran zonas de colonización y otras que no lo eran, de modo que por su falta de homogeneidad socioeconómica es más difícil dejar de lado los factores estructurales. Un departamento, sin embargo, General San Martín, de Córdoba, llamado Tercero Abajo hasta poco antes de las elecciones de 1946, puede ser incluido sin riesgo entre los de la Pampa Gringa, pero por sus particulares características políticas debe ser considerado separadamente: en la cabecera de ese departamento, Villa María, residía Amadeo Sabattini, el principal dirigente provincial de la Unión Cívica Radical.

Sabattini había sido gobernador de Córdoba entre 1936 y 1940 y mantenía aún en 1946 un liderazgo no incuestionado pero tan firme como para permitirle proyectarse hacia la escena política nacional. Eso intentó cuando en los prolegómenos de las elecciones del 24 de febrero de 1946 se opuso a la formación de la Unión Democrática. La oposición de Sabattini a esa coalición se basaba en la creencia yrigoyenista de que el radicalismo era el representante natural y exclusivo del pueblo. La alianza con otros partidos implicaba el reconocimiento de que no era todo el pueblo sino una parte de él. Ese era el significado del levantamiento de la abstención dispuesto por la convención nacional del partido en enero de 1935, al que los yrigoyenistas se habían opuesto pero del que había aprovechado Sabattini para llegar a la gobernación de su provincia. Para quienes pensaban como él, la Unión Democrática era una violación de la esencia del radicalismo, pese a que solo se trataba de la aceptación formal del apoyo de otros partidos a la lista de electores de presidente y vicepresidente de Tamborini-Mosca, ya que por esa oposición interna no se formaron las listas mixtas reclamadas por el dirigente comunista Victorio Codovilla.<sup>12</sup> En la convención nacional del radicalismo de fines de diciembre de 1945 en que la mayoría aceptó ese apoyo externo, Sabattini y sus aliados votaron en contra y su postura impidió que se admitiera el que ofrecían algunos sectores del Partido De-

<sup>12</sup> Codovilla (1946), p. 88.

mócrata Nacional.<sup>13</sup> Los intransigentes, que era como desde poco tiempo antes se llamaban a sí mismos quienes reclamaban la representación exclusiva del pueblo pero también un programa de transformación social que era ajeno a la pura tradición yrigoyenista, no hicieron campaña contra Perón sino contra los conservadores, no contra la amenaza del momento sino contra los agravios del pasado, que en Córdoba eran más imaginarios que reales puesto que Sabattini había llegado a la gobernación en 1936 y cuatro años después lo había sucedido Santiago del Castillo, uno de sus fieles seguidores.

La residencia de Sabattini en Villa María, podría suponerse, era un elemento distorsivo de los resultados electorales, pero eso no le quita interés a su estudio sino, por el contrario, se lo agrega, ya que permite observar la influencia de ciertos dirigentes políticos provinciales y locales: Sabattini, ocupado en la política provincial y nacional, dependía de seguidores más o menos fieles en la política departamental y local, cuyas decisiones también pesaron en los resultados. Con el fin de diferenciar los distintos niveles de la acción política, en las tres secciones que siguen se estudian los resultados de las elecciones del 24 de febrero de 1946 en el distrito Córdoba, en el departamento General San Martín y en la ciudad de Villa María, su cabecera, para examinar los factores políticos que incidieron en ellos. El objetivo del capítulo es enfocar la atención en un teatro de la acción política en apariencia menor, el local, en el que se desenvuelve la vida cotidiana de los votantes y de los políticos que operan en él, quienes con sus decisiones y preferencias pueden acercar o alejar votos que también cuentan en los resultados provincial y nacional.

### Las elecciones en Córdoba

El resultado de la elección presidencial del 24 de febrero de 1946 en Córdoba fue favorable a la fórmula de la Unión Democrática, integrada por José P. Tamborini y Enrique Mosca. Ese fue uno de los distritos, junto a Corrientes, San Juan y San Luis, cuyos electores ganó. Los resultados de la elección de diputados nacionales y el de la elección provincial, sin embar-

<sup>13</sup> Del Mazo (1959).

go, fueron desfavorables para los partidos que apoyaban a esa fórmula, que concurren a ellas con sus propios candidatos. Por el modo de asignación de los senadores, no obstante, el socio principal de esa coalición, la Unión Cívica Radical Comité Nacional, consiguió la mayoría absoluta en el Senado provincial.<sup>14</sup> La comparación de la elección de electores de presidente y vicepresidente con la de diputados nacionales y con la provincial echa luz sobre la disparidad de esos resultados.

En la elección de electores de presidente y vicepresidente Tamborini-Mosca obtuvo 167.785 votos y Perón-Quijano, 133.872 votos, por lo que la diferencia fue de 33.913 votos a favor de la primera (Tabla 5.1). En la elección de diputados nacionales, el candidato más votado de la alianza Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora, que era la que sostenía a Perón-Quijano, consiguió 124.006 votos; el de la Unión Cívica Radical Comité Nacional, 117.069 votos; el del Partido Demócrata Nacional, 57.458 votos; el del Partido Comunista, 4.632 votos; y el del Partido Socialista, 4.027 votos.<sup>15</sup> La diferencia entre el candidato a diputado nacional más votado de la lista de la alianza peronista, que obtuvo los diez diputados por la mayoría, y el más votado de la lista de la Unión Cívica Radical Comité Nacional, que logró los cinco por la minoría, fue de 6.937 votos. En la elección provincial, la alianza Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora tuvo 118.660 votos; la Unión Cívica Radical Comité Nacional, 118.477 votos; el Partido Demócrata Nacional, 64.465 votos; el Partido Comunista, 4.288 votos; y el Partido Socialista, 3.514 votos. En la elección distrital, por lo tanto, la diferencia entre la alianza peronista y el radicalismo del Comité Nacional fue de 183 votos. En consecuencia, el gobernador y el vicegobernador y la mayoría de los diputados provinciales, para cuya asignación la provincia era distrito único, le correspondieron a la alianza peronista.

<sup>14</sup> Córdoba era la única de las catorce provincias en la que una sola elección servía para asignar todos los cargos ejecutivos y legislativos provinciales. Los senadores se elegían por departamento, por mayoría simple, y los diputados por mayoría simple en distrito único, correspondiendo dos tercios a la mayoría y un tercio a la minoría, que se distribuía proporcionalmente. Véase Amaral (2018b), vol. 1, pp. 227-228.

<sup>15</sup> De acuerdo con la ley 8.871, en la elección de diputados nacionales los votos se computaban por candidato, no por lista, y se permitían tachaduras, de modo que los candidatos de una misma lista podían tener una cantidad diferente de votos y, por lo tanto, podían resultar elegidos candidatos de distintas listas. Véase Amaral (2018b), vol. 1, pp. 58-59.

Elecciones→	Electores de presidente y vicepresidente	Diputados nacionales	Distrital	EPV-DN	EPV-D	DN-D
Listas↓	N	N	N	N	N	N
PL-UCRJR	133.872	124.006	118.660	9.866	15.212	5.346
UCRCN	167.785	117.069	118.477	50.716	49.308	-1.408
PDN		57.458	64.465			-7.007
PC		4.632	4.288			344
PS		4.027	3.514			513
Total	301.657	307.192	309.404	-5.535	-7.747	-2.212

Fuente: Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Dirección Nacional Electoral, 1946, caja 1, carpeta 2. EPV-DN, diferencia entre las cifras de la elección de electores de presidente y vicepresidente y las de la elección de diputados nacionales; EPV-D, diferencia entre las cifras de la elección de electores de presidente y vicepresidente y las de la única elección distrital; DN-D, diferencia entre las cifras de la elección de diputados nacionales y las de la única elección distrital. Las abreviaturas y las siglas de los partidos usadas en las tablas son las siguientes: N, cantidad de votos; %, porcentaje de votos; B y A, votos en blanco y anulados; PC, Partido Comunista; PDN, Partido Demócrata Nacional; PL, Partido Laborista; PQ, Perón-Quijano; PS, Partido Socialista; UCR, Unión Cívica Radical; UCRCN, Unión Cívica Radical Comité Nacional; UCRJR, Unión Cívica Radical Junta Renovadora; TM, Tamborini-Mosca.

Las dos fórmulas tuvieron más votos que los obtenidos en la elección de diputados nacionales y en la provincial por los partidos que las apoyaban. Tamborini-Mosca tuvo 50.716 votos más que los obtenidos por el candidato a diputado más votado de la Unión Cívica Radical Comité Nacional y 49.308 votos más que los obtenidos por ese partido en la elección provincial; y Perón-Quijano obtuvo 9.866 y 15.212 votos más, respectivamente (Tabla 5.1). Los votos de más obtenidos por las dos fórmulas provenían de votantes que en las otras elecciones habían votado por los candidatos del Partido Demócrata Nacional.

Votos PDN en la→	Elección de diputados nacionales		Elección distrital	
	N	%	N	%
Votos por↓				
Perón-Quijano	9.866	17,17	15.212	23,60
Tamborini-Mosca	42.057	73,20	41.506	64,39
En blanco	5.535	9,63	7.747	12,02
Total	57.458	100,00	64.465	100,00

Fuente, abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1. El destino en la elección de electores de presidente y vicepresidente de los votos que el Partido Demócrata Nacional obtuvo en la elección de diputados nacionales y en la única elección distrital se ha estimado mediante la diferencia entre la cantidad de votos obtenida por cada fórmula y la suma de las cantidades obtenidas en esas elecciones por los partidos que las apoyaban. En blanco es la diferencia entre cantidad de votos obtenida por el Partido Demócrata Nacional en cada elección y la suma de los aportados a las dos fórmulas.

La comparación de los resultados de la elección de electores de presidente y vicepresidente con la de diputados nacionales muestra que, si se descuentan los votos de los otros partidos de la Unión Democrática, 42.057 votos obtenidos por Tamborini-Mosca provenían del Partido Demócrata Nacional. Quienes votaron por ese partido en la elección de diputados nacionales apoyaron a esa fórmula en una proporción del 73,20%, y a Perón-Quijano, del 17,17% a que equivalen 9.866 votos. Los 5.535 votantes del Partido Demócrata Nacional que votaron en blanco equivalen al 9,63% de los votos de ese partido en la elección de diputados nacionales. La comparación de la elección de electores de presidente y vicepresidente con la elección provincial muestra que, descontados los votos de los otros partidos de la Unión Democrática, los demócratas nacionales emitieron 41.506 votos por Tamborini-Mosca, 15.212 votos por Perón-Quijano y 7.747 votos en blanco. La proporción del voto representada por esas cifras es del 64,39% para Tamborini-Mosca, el 23,60% para Perón-Quijano y el 12,02% en blanco (Tabla 5.2).

Aunque esos porcentajes muestran que no todos los demócratas nacionales votaron por la fórmula de la Unión Cívica Radical Comité Nacional,

el triunfo de Tamborini-Mosca en la disputa por los electores de presidente y vicepresidente de Córdoba se debió al apoyo de ellos. Este es un resultado paradójico si se tiene en cuenta la campaña de los sabattinistas contra sus adversarios de la década anterior, pero seguramente se debió a la polarización producida por la candidatura de Perón.<sup>16</sup> Ese resultado oculta, sin embargo, el apoyo que esta recibió de los demócratas nacionales (1) que votaron por los candidatos de su partido en la elección provincial pero no en la de diputados nacionales y (2) que no votaron por los candidatos de su antiguo partido en la elección de diputados nacionales ni en la elección provincial.

El destino de los votos demócratas nacionales que fueron a sus candidatos en la elección provincial pero no a sus candidatos a diputados nacionales surge de la comparación de los resultados de esas dos elecciones. El candidato a diputado nacional más votado de la alianza Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora logró 5.346 votos más que los candidatos de esa alianza en la elección provincial, en tanto que el de la Unión Cívica Radical Comité Nacional perdió 1.408 votos respecto de los obtenidos por los candidatos de ese partido en la misma elección, y el del Partido Demócrata Nacional perdió 7.007 votos respecto de los logrados por sus candidatos en esa elección. El candidato a diputado nacional más votado del Partido Socialista obtuvo 344 votos más que los candidatos provinciales y el del Partido Comunista, 513 votos más que sus candidatos en la elección provincial. En esta hubo en total 2.212 votos más que en la elección de diputados nacionales (Tabla 5.1). Esto significa que los votos perdidos por el candidato a diputado nacional más votado del Partido Demócrata Nacional se repartieron en el 76,30% por el candidato a diputado nacional más votado de la alianza Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora y en el 23,70% en blanco. Los votantes demócratas nacionales aportaron el 4,31% del voto por el candidato más votado de esa alianza y el 77,07% de la diferencia entre ese candidato y el más votado de la Unión Cívica Radical Comité Nacional.

El apoyo de los antiguos demócratas nacionales a la alianza peronista puede estimarse mediante la comparación de la elección provincial del 24 de febrero de 1946 con la del 10 de marzo de 1940. Esa comparación revela la pérdida de 42.354 votos por el Partido Demócrata Nacional y de 19.007 votos por la Unión Cívica Radical Comité Nacional.

<sup>16</sup> Sobre la campaña de los sabattinistas, véase Tcach (2006), pp. 104-105.

Tabla 5.3 Elecciones del 24 de febrero de 1946 en Córdoba: origen de los votantes de Perón-Quijano				
Votantes	Votos PQ		Votos PQ sin nuevos	
	N	%	N	%
Ex UCR	19.007	14,20	36.756	27,46
Ex PDN	42.354	31,64	81.904	61,18
Nuevos	57.299	42,80		
PDN	15.212	11,36	15.212	11,36
Total	133.872	100,00	133.872	100,00

Fuentes: Tabla 5.1 y Ministerio del Interior, *Memoria*, 1940. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1. Votos PQ es la cantidad de votos por Perón-Quijano; Total es la diferencia entre la cantidad de votantes en las elecciones distritales del 10 de marzo de 1940 y del 24 de febrero de 1946; Ex UCR es la diferencia en la cantidad de votos de la UCR en 1940 y la UCRCN en 1946; Ex PDN es la diferencia en la cantidad de votos de ese partido entre las dos elecciones; Nuevos es la diferencia entre la cantidad de votos obtenida por la alianza peronista y la suma de Ex UCR y Ex PDN; PDN es la diferencia entre la cantidad de votos obtenida por la fórmula Perón-Quijano y la obtenida en la elección distrital por los partidos de la alianza que la apoyaban; y Total es la cantidad de votos obtenida por Perón-Quijano. Votos PQ sin nuevos es lo mismo que Votos PQ, pero con la cifra de Nuevos distribuida proporcionalmente entre Ex UCR, Ex PDN y PDN.

De tal modo, 57.299 votantes nuevos habrían completado los 118.660 votos obtenidos por la alianza Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora en la elección provincial. Por lo tanto, los votos obtenidos por Perón-Quijano habrían provenido en el 42,80% de votantes nuevos, en el 31,64% de antiguos votantes del Partido Demócrata Nacional, en el 11,36% de quienes votaron por las listas de ese partido en la elección provincial, y en el 14,20% de antiguos radicales (Tabla 5.3). El resultado del ataque de los sabattinistas a los demócratas nacionales fue que estos aportaron el 43% del voto peronista, pero si los votantes nuevos son distribuidos proporcionalmente –en la suposición de que desde antes de su enrolamiento ellos estaban insertos dentro de ciertas tradiciones políticas– el apoyo conservador sube al 75% del voto obtenido por Perón-Quijano. Estas cifras no son exactas, por supuesto, pero son indicativas de tendencias que influyeron en los resultados de las elecciones en Córdoba.

El triunfo de la lista de electores de presidente y vicepresidente de Tamborini-Mosca en el distrito Córdoba se debió, en consecuencia, a la menor sangría de votos sufrida por el radicalismo respecto de su caudal anterior y a que la apoyaron casi dos tercios de quienes en la elección provincial votaron por el Partido Demócrata Nacional. También la votaron los votantes de los otros partidos de la Unión Democrática, pero esos votos no habrían alcanzado para ganar los electores. El triunfo en esa elección nacional, sin embargo, no se replicó en la de diputados nacionales ni en la provincial en las que el apoyo de antiguos demócratas nacionales y de antiguos radicales (más los primeros que los segundos) a la alianza Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora le dio los diez diputados nacionales de la mayoría y la gobernación a su candidato, el antiguo sabattinista Argentino Auchter, que podría haber quedado para el candidato sabattinista, Antonio Medina Allende, si la oposición intransigente no hubiese impedido la formación de listas mixtas para los cargos provinciales, ya que unos pocos votos socialistas o comunistas habrían bastado para que la consiguiera. La elección provincial, por lo tanto, fue perdida por la intransigencia de Sabattini en varios sentidos: por su oposición a las listas mixtas y por su campaña contra los conservadores.

Los resultados de las elecciones en el conjunto de la provincia ocultan, sin embargo, las diferencias que se dieron en los resultados departamentales. Tamborini-Mosca ganó en diecinueve departamentos y Perón-Quijano en siete. Estos eran Capital e Ischilín y cinco departamentos del sur y sureste: Unión, Marcos Juárez, Juárez Celman, General Roca y Roque Sáenz Peña, que eran parte de la Pampa Gringa, antes un baluarte del radicalismo.<sup>17</sup> En el departamento General San Martín, lindante con Unión al este y con Juárez Celman al sur, los resultados electorales fueron variados.

#### Las elecciones en el departamento General San Martín

Los votantes del departamento General San Martín se mantuvieron, en parte, fieles al pasado, ya que allí ganaron Tamborini-Mosca y los candidatos de la Unión Cívica Radical Comité Nacional en la elección distrital, pero el candidato a diputado nacional más votado fue de la alianza peronista.

<sup>17</sup> González Esteves (1980), p. 352.

Tabla 5.4 Elecciones del 24 de febrero de 1946 en el departamento General San Martín, Córdoba: cantidad de votos y porcentaje del voto local por cada lista de electores de presidente y vicepresidente						
Listas→	PQ	TM	PQ-TM	PQ	TM	PQ-TM
Localidades↓	N	N	N	%	%	%
Arroyo Algodón	42	198	-156	17,50	82,50	-65,00
Arroyo Cabral	216	591	-375	26,77	73,23	-46,47
Ausonia	153	202	-49	43,10	56,90	-13,80
Chazón	95	191	-96	33,22	66,78	-33,57
Etruria	295	341	-46	46,38	53,62	-7,23
La Laguna	118	280	-162	29,65	70,35	-40,70
La Playosa	142	497	-355	22,22	77,78	-55,56
Luca	79	139	-60	36,24	63,76	-27,52
Mojarras	50	122	-72	29,07	70,93	-41,86
Palestina	71	122	-51	36,79	63,21	-26,42
Pasco	136	204	-68	40,00	60,00	-20,00
Sanabria	28	78	-50	26,42	73,58	-47,17
Santa Victoria	44	132	-88	25,00	75,00	-50,00
Silvio Pellico	63	62	1	50,40	49,60	0,80
Ticino	287	206	81	58,22	41,78	16,43
Tío Pujío	185	360	-175	33,94	66,06	-32,11
Villa María	3.369	3.371	-2	49,99	50,01	-0,03
Villa Nueva	449	571	-122	44,02	55,98	-11,96
Total	5.822	7.667	-1.845	43,16	56,84	-13,68
Total LVI	5.844	7.668	-1.824	43,25	56,75	-13,50

Fuente: *La Voz del Interior*, 9 y 10 de marzo de 1946. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1. Total es la suma de las cifras de cada localidad; Total LVI es el total del departamento dado por la fuente, que coincide con el dado en las planillas de la Sección Electoral del Ministerio del Interior, en Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Dirección Nacional Electoral, 1946, caja 1, carpeta 2. Las localidades están señaladas en el Mapa 1. Los nombres dados allí de quince localidades son los mismos de esta tabla, pero Mojarras figura como Las Mojarras; Palestina, como La Palestina; y Silvio Pellico, como Colonia Silvio Pellico.

Tamborini-Mosca obtuvo 7.668 votos y Perón-Quijano, 5.844 votos, por lo que hubo una diferencia de 1.824 votos a favor de la primera (Tabla 5.4). Esas cifras son equivalentes, sobre el total de votantes, al 53,67% para Tamborini-Mosca y al 40,90% para Perón-Quijano, con una diferencia del 12,77% del total de votos a favor de la primera. Como proporción de los votos efectivos (es decir, sin contar los votos en blanco), la primera obtuvo el 56,75% y la segunda el 43,25%, con una diferencia del 13,50% del total.

Los votos emitidos en el departamento General San Martín fueron recibidos en 89 mesas ubicadas en dieciocho localidades (Tabla 5.5). Tamborini-Mosca triunfó en dieciséis localidades y Perón-Quijano lo hizo en dos. El porcentaje del voto local a favor de la primera fórmula varió entre el 82,50% en Arroyo Algodón y el 41,78% en Ticino; y el porcentaje por la segunda, inversamente, entre el 58,22% en Ticino y el 17,50% en Arroyo Algodón. Aquella fórmula obtuvo más del 70% del voto en seis localidades y en otras cinco localidades entre el 60% y el 70%, en tanto que el porcentaje más alto obtenido por la segunda fórmula fue el de Ticino, solo en una localidad más superó el 50%, en cinco tuvo entre el 40% y el 50%, en cuatro entre el 30% y el 40%, en seis entre el 20% y el 30% y en una por debajo del 20% (Tabla 5.4). Estas proporciones muestran que Tamborini-Mosca ganó por diferencias mucho mayores que Perón-Quijano y que hubo una tendencia favorable a la primera fórmula en casi todo el departamento. En Villa María, la cabecera del departamento, sin embargo, el resultado fue tan parejo que se decidió a favor de Tamborini-Mosca por dos votos, equivalentes al 0,03% de los votos válidos allí emitidos. No hay un claro patrón territorial en el voto por las listas de electores de presidente y vicepresidente, pero las localidades del norte y oeste del departamento fueron las más favorables a Tamborini-Mosca, excepto Ticino, y Perón-Quijano consiguió los mejores resultados en las del centro y este.

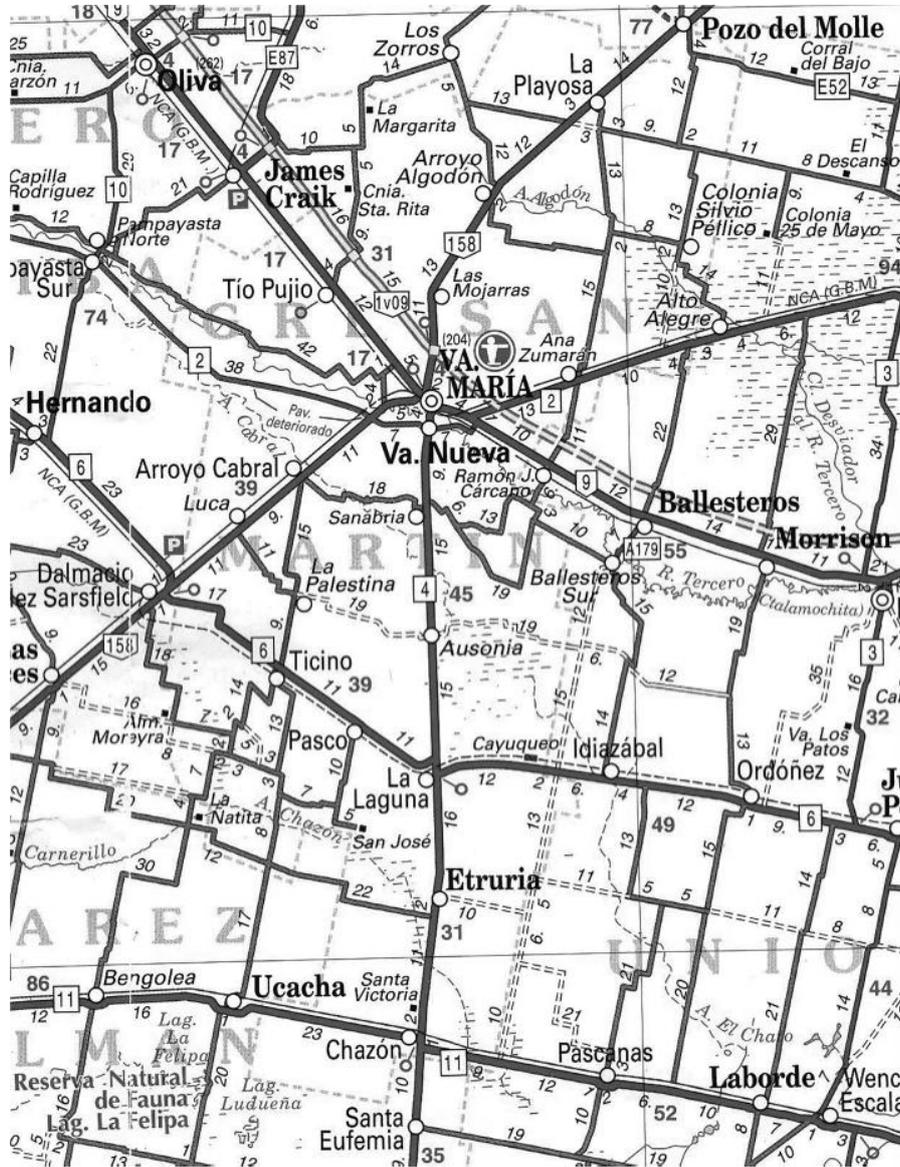


Figura 5.1 Villa María y departamento General San Martín, Córdoba. Fuente: Hoja de zona 4, 2ª ed., Buenos Aires, Automóvil Club Argentino, 2008.

Tabla 5.5 Elecciones del 24 de febrero de 1946 en el departamento General San Martín, Córdoba: cantidad de mesas ganadas por Perón-Quijano y por Tamborini Mosca en cada localidad				
Votos→ Localidades↓	PQ	TM	Empate	Total
Arroyo Algodón		2		2
Arroyo Cabral		5		5
Ausonia		2		2
Chazón		2		2
Etruria	1	3	1	5
La Laguna		3		3
La Playosa		5		5
Luca		2		2
Mojarras		1		1
Palestina		2		2
Pasco		2		2
Sanabria		1		1
Santa Victoria		2		2
Silvio Pellico	1			1
Ticino	3			3
Tío Pujio		4		4
Villa María	20	19	1	40
Villa Nueva		7		7
Total	25	62	2	89

Fuente: véase Tabla 5.4. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1.

Tamborini-Mosca ganó en 62 mesas, equivalentes al 70% del total; Perón-Quijano en 25 mesas, el 28%; y en dos mesas, el 2%, hubo empate. De las 49 mesas establecidas fuera de la cabecera del departamento, la primera fórmula ganó en 43 mesas, el 88%; la segunda, en cinco, el 10%; y en una, el 2%, hubo empate. Excepto en Villa María y en Etruria, donde el triunfo en las mesas estuvo repartido, en todas las otras localidades una fórmula ganó en todas las mesas: Tamborini-Mosca en catorce localidades y Perón-Quijano en dos (Tabla 5.5).

Votos	1-10	11-20	21-30	31-40	41-50	51-60	61-70	71-80	81-90	91-100	101+	Total
PQ	10	10	3	1	1	0	0	0	0	0	0	25
TM	13	8	11	7	5	6	6	2	2	1	1	62
Total	23	18	14	8	6	6	6	2	2	1	1	89

Fuente: véase Tabla 5.4. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1. En dos mesas hubo empate.

Las diferencias por mesa también muestran el resultado favorable a Tamborini-Mosca, que ganó 41 mesas por más de veinte votos, en tanto que Perón-Quijano logró esa diferencia solo en cinco mesas. Las mesas en las que la diferencia fue de veinte votos o menos se repartieron de modo más parejo, ya que la primera fórmula ganó en 21 mesas y la segunda en veinte (Tabla 5.6). La mesa donde hubo mayor diferencia de votos para Tamborini-Mosca fue la 2 de Arroyo Cabral, con 106 votos más que la rival; y la mesa con mayor diferencia para Perón-Quijano fue la 1 de Ticino, con 48 votos.<sup>18</sup> La paridad en Villa María y el desequilibrio a su favor en dieciséis localidades y en 41 mesas fue la clave del triunfo de Tamborini-Mosca en el departamento. Para conocer a qué se debió es necesario, como en el caso de las elecciones en el distrito, examinar los resultados de la elección provincial y compararlos con los de la elección de electores de presidente y vicepresidente y con los de elecciones anteriores.

La elección provincial en el departamento fue favorable a la Unión Cívica Radical Comité Nacional, que obtuvo 5.435 votos y una diferencia de 419 votos respecto de los 5.016 votos de la alianza Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora. El Partido Demócrata Nacional obtuvo 2.971 votos; y el Partido Socialista, 171 votos; y el Partido Comunista, 167 votos (Tabla 5.7). La Unión Cívica Radical Comité Nacional obtuvo así el 39,65% del voto departamental; la lista de la alianza peronista, el 36,59%; el Partido Demócrata Nacional, el 21,68%; el Partido Comunista, el 1,22%; y el Partido Socialista, el 0,86%.

<sup>18</sup> *La Voz del Interior*, 9 y 10 de marzo de 1946, de donde se ha tomado también la numeración de las mesas.

Tabla 5.7								
Elecciones del 24 de febrero de 1946 en el departamento General San Martín, Córdoba: cantidad de votos por cada lista de candidatos presentada en la elección distrital								
Listas→	PL	UCRJR	PL+UCRJR	UCRCN	PDN	PS	PC	Total
Localidades↓	N	N	N	N	N	N	N	N
Arroyo Algodón	6	34	40	153	47	1	4	245
Arroyo Cabral	168	34	202	446	166	7	0	821
Ausonia	0	126	126	162	69	4	0	361
Chazón	73	15	88	131	63	5	0	287
Etruria	249	17	266	222	188	6	0	682
La Laguna	67	7	74	188	149	2	0	413
La Playosa	56	43	99	398	155	4	1	657
Luca	2	70	72	48	98	2	0	220
Mojarras	0	30	30	92	56	0	0	178
Palestina	20	2	22	86	83	11	0	202
Pasco	56	58	114	118	85	0	0	317
Sanabria	28	0	28	67	11	0	0	106
Santa Victoria	46	1	47	67	69	0	0	183
Silvio Pellico	1	21	22	54	63	1	0	140
Ticino	222	14	236	177	82	6	0	501
Tío Pujio	1	139	140	255	200	2	8	605
Villa María	1.467	1.530	2.997	2.291	1.224	109	140	6.761
Villa Nueva	194	220	414	442	167	7	4	1.034
Total	2.656	2.361	5.017	5.397	2.975	167	157	13.713
Total LVI	2.616	2.400	5.016	5.435	2.971	118	167	13.707
Total SE	2.616	2.400	5.016	5.435	2.971	171	167	13.760

Fuente: véase Tabla 5.4. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1. Total es la suma de las cifras de cada localidad; Total LVI es el dado para el departamento por *La Voz del Interior*; Total SE es el dado para el departamento en las planillas de la Sección Electoral del Ministerio del Interior, en Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Dirección Nacional Electoral, 1946, caja 1, carpeta 2.

Los votos de la alianza peronista fueron aportados en partes semejantes por los dos partidos que la componían: 2.616 votos el Partido Laborista y 2.400 votos la Unión Cívica Radical Junta Renovadora, lo que hace el 19,09% del voto departamental para el primero y el 17,51% para el segundo. De los votos obtenidos en conjunto, correspondió el 52,15% al primero y el 47,85% al segundo. Estos porcentajes diferían marcadamente de los del distrito, en el que el primero obtuvo el 73,26% de los votos emitidos por los candidatos comunes presentados por la alianza peronista y el segundo, el 26,74%. A excepción de Río Primero, San Alberto y San Javier, en los que el aporte radical renovador fue mayor que el laborista, y de Sobremonte, donde aportaron por partes iguales, General San Martín fue el departamento donde más aportó el primero de esos partidos.<sup>19</sup>

La Unión Cívica Radical Comité Nacional prevaleció en doce localidades en la elección provincial, la alianza peronista en tres, Etruria, Ticino y Villa María, y el Partido Demócrata Nacional en tres, Luca, Santa Victoria y Silvio Pellico. El aporte radical renovador fue mayor que el laborista en nueve de las dieciocho localidades y en dos de ellas, Ausonia y Mojarras, aportó todos los votos obtenidos por la alianza peronista en la elección provincial. El aporte laborista varió entre un mínimo del 1% al 5% del voto por la alianza peronista en tres localidades, Luca, Silvio Pellico y Tío Pujio, a un máximo del 100% de los votos de esa alianza en Sanabria, el 98% en Santa Victoria, el 94% en Ticino y Etruria, y el 91% en La Laguna y en Palestina. El aporte cuantitativamente más significativo del radicalismo renovador fue el que logró en Villa María, con 1.530 votos, equivalentes al 22,63% del voto local y al 51,05% del voto conjunto, en tanto que el laborismo obtuvo 1.467 votos, equivalentes al 21,70% del voto local y al 48,95% del voto conjunto. El aporte del radicalismo renovador en Villa María fue equivalente al 63,75% del voto de ese partido en el departamento y al 30,50% del voto de la alianza peronista en el mismo (Tabla 5.8).

<sup>19</sup> Amaral (2018), vol. 2, p. 229, Tabla Córdoba 4.1.

Listas→	PL	UCRJR	PL+UCRJR	UCRCN	PDN	PS	PC
Localidades↓	%	%	%	%	%	%	%
Arroyo Algodón	2,45	13,88	16,33	62,45	19,18	0,41	1,63
Arroyo Cabral	20,46	4,14	24,60	54,32	20,22	0,85	0,00
Ausonia	0,00	34,90	34,90	44,88	19,11	1,11	0,00
Chazón	25,44	5,23	30,66	45,64	21,95	1,74	0,00
Etruria	36,51	2,49	39,00	32,55	27,57	0,88	0,00
La Laguna	16,22	1,69	17,92	45,52	36,08	0,48	0,00
La Playosa	8,52	6,54	15,07	60,58	23,59	0,61	0,15
Luca	0,91	31,82	32,73	21,82	44,55	0,91	0,00
Mojarras	0,00	16,85	16,85	51,69	31,46	0,00	0,00
Palestina	9,90	0,99	10,89	42,57	41,09	5,45	0,00
Pasco	17,67	18,30	35,96	37,22	26,81	0,00	0,00
Sanabria	26,42	0,00	26,42	63,21	10,38	0,00	0,00
Santa Victoria	25,14	0,55	25,68	36,61	37,70	0,00	0,00
Silvio Pellico	0,71	15,00	15,71	38,57	45,00	0,71	0,00
Ticino	44,31	2,79	47,11	35,33	16,37	1,20	0,00
Tío Pujio	0,17	22,98	23,14	42,15	33,06	0,33	1,32
Villa María	21,70	22,63	44,33	33,89	18,10	1,61	2,07
Villa Nueva	18,76	21,28	40,04	42,75	16,15	0,68	0,39
Total	19,37	17,22	36,59	39,36	21,69	1,22	1,14
Total LVI	19,09	17,51	36,59	39,65	21,68	0,86	1,22

Fuente: véase Tabla 5.4. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1.

Las dos fórmulas obtuvieron en la elección de electores de presidente y vicepresidente más votos que los logrados en la elección distrital por los partidos que las sostenían. En ambos casos, los votos ganados fueron de votantes que apoyaron al Partido Demócrata Nacional en la elección provincial que no tenía fórmula propia en la elección nacional.

Tabla 5.9						
Elecciones del 24 de febrero de 1946 en el departamento General San Martín, Córdoba: estimación del voto en la elección de electores de presidente y vicepresidente de quienes votaron por la lista de candidatos del Partido Demócrata Nacional en la elección distrital						
Votos→	PQ+		TM+		En blanco	
Localidades↓	N	%	N	%	N	%
Arroyo Algodón	2	4,76	40	20,20	5	2,04
Arroyo Cabral	14	6,48	138	23,35	14	1,71
Ausonia	27	17,65	36	17,82	6	1,66
Chazón	7	7,37	55	28,80	1	0,35
Etruria	29	9,83	113	33,14	46	6,74
La Laguna	44	37,29	90	32,14	15	3,63
La Playosa	43	30,28	94	18,91	18	2,74
Luca	7	8,86	89	64,03	2	0,91
Mojarras	20	40,00	30	24,59	6	3,37
Palestina	49	69,01	25	20,49	9	4,46
Pasco	22	16,18	86	42,16	-23	-7,26
Sanabria	0	0,00	11	14,10	0	0,00
Santa Victoria	-3	-6,82	65	49,24	7	3,83
Silvio Pellico	41	65,08	7	11,29	15	10,71
Ticino	51	17,77	23	11,17	8	1,60
Tío Pujio	45	24,32	95	26,39	60	9,92
Villa María	372	11,04	831	24,65	21	0,31
Villa Nueva	35	7,80	118	20,67	14	1,35
Total	805	13,83	1.946	25,38	224	1,63
Total LVI	828	14,17	1.948	25,40	195	1,42

Fuente: véase Tabla 5.4. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1. Total es la suma de las cifras de la columna; Total LVI es el dado por la fuente. PQ+, N es la diferencia entre la cantidad de votos por PQ y la cantidad de votos obtenida por la alianza Partido Laborista-Unión Cívica Radical Junta Renovadora en la elección distrital, y % es el porcentaje que esa cantidad representa del voto por PQ; TM+, N es la diferencia entre la cantidad de votos obtenidas por TM (Tabla 5.4) y la suma de la cantidad de votos obtenida por la UCRCN, el PS y el PC en la elección distrital (Tabla 5.7), y % es el porcentaje que esa cantidad representa del voto por TM; En blanco, N es la cantidad de votantes PDN que no votaron por PQ ni por TM, y % es el porcentaje que esa cantidad representa del voto total de cada localidad.

Tamborini-Mosca recibió 1.948 votos más que la suma de los obtenidos por los partidos de la Unión Democrática en la elección provincial y Perón-Quijano, 828 votos más. Como el Partido Demócrata Nacional obtuvo 2.971 votos en el departamento y las dos fórmulas sumaron 2.776 de esos votos, los 195 restantes fueron en blanco. El aporte de los votantes demócratas nacionales contó por el 25,40% del voto departamental por Tamborini-Mosca, pero en las localidades ese apoyo varió entre el 64,03% en Luca y el 11,17% en Ticino. El aporte de los votantes demócratas nacionales a Perón-Quijano contó por el 14,17% del voto departamental, pero en las localidades varió entre el 69,01% en Palestina y cero en Sanabria. Los votantes demócratas nacionales que votaron en blanco fueron el 1,42% del voto departamental, pero esa proporción varió en las localidades entre el 10,71% del voto local en Silvio Pellico y cero en Pasco y Sanabria (Tabla 5.9).

En todo el departamento, el 65,57% de los votantes demócratas nacionales votó por Tamborini-Mosca; el 27,87% votó por Perón-Quijano; y el 6,56% votó en blanco. La mayor proporción de demócratas nacionales que votó por Tamborini-Mosca estuvo en Pasco y Sanabria, donde el total de ellos apoyó a esa fórmula, y la menor en Silvio Pellico, donde solo lo hizo el 11,11%. La mayor proporción de demócratas nacionales que votó por Perón-Quijano se dio en Ticino, con el 62,20%, y la menor en Sanabria y Santa Victoria, donde ninguno la votó. La mayor proporción de demócratas nacionales que votaron en blanco estuvo en Tío Pujio, con el 30% y la menor Pasco y Sanabria donde ninguno votó en blanco (Tabla 5.10).}

Los resultados de la elección de diputados nacionales no pueden examinarse en detalle porque *La Voz del Interior* solo dio la cantidad de votos acumulados por cada uno de los candidatos de cada lista a medida que se desarrollaba el escrutinio, que duró desde el 28 de febrero hasta el 21 de marzo de 1946. Solamente se conocen los resultados por departamento, porque están registrados en unas planillas de la Sección Electoral del Ministerio del Interior confeccionadas después de las elecciones de 1946, probablemente en vista de las de marzo de 1948, de renovación de los diputados nacionales.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Dirección Nacional Electoral, 1946, caja 1, carpeta 2.

Tabla 5.10			
Elecciones del 24 de febrero de 1946 en el departamento General San Martín, Córdoba: estimación del destino en la elección de electores de presidente y vicepresidente de los votos obtenidos por el Partido Demócrata Nacional como proporción del voto de ese partido en cada localidad			
Votos→	PQ	TM	En blanco
Localidades↓	%	%	%
Arroyo Algodón	4,26	85,11	10,64
Arroyo Cabral	8,43	83,13	8,43
Ausonia	39,13	52,17	8,70
Chazón	11,11	87,30	1,59
Etruria	15,43	60,11	24,47
La Laguna	29,53	60,40	10,07
La Playosa	27,74	60,65	11,61
Luca	7,14	90,82	2,04
Mojarras	35,71	53,57	10,71
Palestina	59,04	30,12	10,84
Pasco	25,88	101,18	-27,06
Sanabria	0,00	100,00	0,00
Santa Victoria	-4,35	94,20	10,14
Silvio Pellico	65,08	11,11	23,81
Ticino	62,20	28,05	9,76
Tío Pujio	22,50	47,50	30,00
Villa María	30,39	67,89	1,72
Villa Nueva	20,96	70,66	8,38
Total	27,06	65,41	7,53
Total LVI	27,87	65,57	6,56

Fuentes Tablas 5.7 y 5.9. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1.

Los resultados consignados en esa fuente son 5.467 votos para el candidato más votado de la alianza peronista, 5.356 votos para el de la Unión Cívica Radical Comité Nacional, 2.341 votos para el del Partido Demócrata Nacional, 182 votos para el del Partido Socialista y 167 votos para el del Partido Comunista (Tabla 5.11). De este modo, el candidato más votado de la alianza peronista tuvo el 40,46% del voto departamental; el de la Unión Cívica Radical Comité Nacional, el 39,64%; el del Partido Demócrata Nacional, el 17,32%; el del Partido Socialista, el 1,35%; y el del Partido Comunista, el 1,24%. La comparación del resultado de la elección de diputados nacionales con el de la de electores de presidente y vicepresidente muestra que Perón-Quijano tuvo 377 votos más que el candidato de la alianza peronista más votado en la primera de esas elecciones y Tamborini-Mosca, 1.963 votos más que la suma de los votos obtenidos por los candidatos más votados de los partidos de la Unión Democrática. Esos 2.340 votos ganados por las dos fórmulas provenían de los 2.341 votos obtenidos por el candidato a diputado nacional más votado del Partido Demócrata Nacional. De tal modo, el 83,85% de quienes votaron por este lo hicieron por Tamborini-Mosca; el 16,10%, por Perón-Quijano; y el 0,04% corresponde al único de esos votantes que votó en blanco. Quienes votaron por el candidato a diputado nacional más votado del Partido Demócrata Nacional contaron por el 6,45% del voto por Perón-Quijano y el 25,60% del voto por Tamborini-Mosca en el departamento.

La comparación de la elección de diputados nacionales con la elección distrital muestra que el candidato a diputado nacional más votado de la alianza peronista tuvo 451 votos más que los obtenidos por sus listas de candidatos en la segunda de esas elecciones; el de la Unión Cívica Radical Comité Nacional, 79 votos menos; el del Partido Demócrata Nacional, 630 votos menos; el del Partido Socialista, 11 votos más; y el del Partido Comunista, la misma cantidad de votos. En la elección provincial hubo 247 votos más que en la de diputados nacionales. De tal manera, los votos ganados en la elección de diputados nacionales por el candidato más votado de la alianza peronista no podían provenir sino de los votos perdidos por el Partido Demócrata Nacional en esa elección respecto de la provincial.

Elecciones→	E	D	P	E-D	E-P	D-P
Listas↓	N	N	N	N	N	N
PQ/PL-UCRJR	5.844	5.467	5.016	377	828	451
TM/UCRCN	7.668	5.356	5.435	1.963	1.895	-79
PDN		2.341	2.971			-630
PS		182	171			11
PC		167	167			0
Total	13.512	13.513	13.760	-1	-248	-247

Fuente: Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Dirección Nacional Electoral, 1946, caja 1, carpeta 2. E, electores de presidente y vicepresidente; D, elección de diputados nacionales; P, elección distrital. Otras abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1.

Las fuentes del voto peronista en el departamento también pueden estimarse mediante la comparación de la elección provincial del 24 de febrero de 1946 con la del 10 de marzo de 1940. En 1946 hubo 2.492 nuevos inscriptos respecto de la elección de 1940 y 3.217 nuevos votantes, lo que representa un crecimiento del 18% en la cantidad de los primeros y del 29% en la de los segundos, diferencia debida a que la participación subió del 80% en 1940 al 87,49% en 1946. Los votos de los partidos de la alianza peronista y los del Partido Comunista eran todos ganados, puesto que no existían en 1940 o no habían participado en la elección de ese año.

Otros partidos, sin embargo, perdieron votos respecto de su caudal de 1940: la Unión Cívica Radical Comité Nacional perdió el 11,08% respecto del de la Unión Cívica Radical; el Partido Demócrata Nacional, el 33,80%; y el Partido Socialista, el 38,27% (Tabla 5.12). Si todos los nuevos votantes hubiesen votado por los partidos de la alianza peronista, ellos habrían representado el 53,02% del voto por ella obtenido; y las pérdidas de la Unión Cívica Radical Comité Nacional, del Partido Demócrata Nacional y del Partido Socialista, habrían sido el 11,16%, el 25,00% y el 1,75% del voto peronista, respectivamente.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> La estimación se ha hecho sobre un total de 5.517 votos que suman los votos de la alianza peronista, del Partido Comunista y la diferencia de los votos en blanco.

Elecciones→ Votos por↓	1940	1946	Diferencia 1946-1940	
	N	N	N	%
PL		2.616	2.616	100,00
UCRJR		2.400	2.400	100,00
UCR	6.112	5.435	-677	-11,08
PDN	4.488	2.971	-1.517	-33,80
PS	277	171	-106	-38,27
PC		167	167	100,00
B y A	194	528	334	172,16
Votantes (V)	11.071	14.288	3.217	29,06
Inscriptos (I)	13.839	16.331	2.492	18,01
V/I%	80,00	87,49		7,49

Fuentes: 1940, Ministerio del Interior, *Memoria*, p. 222; 1946, véase Tabla 5.1. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1. Las columnas 1940 y 1946 dan la cantidad de votos obtenida por cada partido en las elecciones de esos años; las columnas Diferencia 1946-1940 dan la cantidad y el porcentaje de ganancia o pérdida de votos de cada partido en 1946 respecto de la cantidad obtenida en la elección de 1940. Las filas de votantes e inscriptos da la cantidad de ellos en cada elección; y la fila V/I%, el porcentaje de votantes sobre inscriptos en 1940 y 1946 y la diferencia entre ambas elecciones.

Estas estimaciones son, sin duda, imprecisas, pero muestran el desplazamiento de votantes existente entre los partidos preexistentes y los nuevos partidos que participaron en las elecciones de 1946. El voto peronista en el departamento General San Martín provino de los antiguos votantes demócratas nacionales en mayor proporción que de los antiguos radicales, pero esto requiere suponer que los votantes nuevos, que tenían entre 18 y 24 años en 1946, no tuvieron en el lapso transcurrido desde su enrolamiento ninguna experiencia política, es decir, ninguna exposición a las prácticas clientelísticas. Aunque no es posible efectuar una estimación cuantitativamente precisa, el examen de la política en una localidad, Villa María, permite observar con mayor detalle la operación de esas influencias.

Tabla 5.13 Elecciones del 24 de febrero de 1946 en Villa María: votos y porcentajes por las listas de electores de presidente y vicepresidente en cada mesa						
Listas→	PQ	TM	Total	PQ-TM	PQ	TM
Mesa↓	N	N	N	N	%	%
1	71	98	169	-27	42,01	57,99
2	105	72	177	33	59,32	40,68
3	89	81	170	8	52,35	47,65
4	89	75	164	14	54,27	45,73
5	67	93	160	-26	41,88	58,13
6	75	101	176	-26	42,61	57,39
7	89	74	163	15	54,60	45,40
8	80	89	169	-9	47,34	52,66
9	90	89	179	1	50,28	49,72
10	71	97	168	-26	42,26	57,74
11	95	77	172	18	55,23	44,77
12	77	90	167	-13	46,11	53,89
13	78	89	167	-11	46,71	53,29
14	74	83	157	-9	47,13	52,87
15	89	70	159	19	55,97	44,03
16	92	75	167	17	55,09	44,91
17	86	86	172	0	50,00	50,00
18	79	82	161	-3	49,07	50,93
19	85	79	164	6	51,83	48,17
20	95	68	163	27	58,28	41,72
21	80	88	168	-8	47,62	52,38
22	86	85	171	1	50,29	49,71
23	85	88	173	-3	49,13	50,87
24	94	91	185	3	50,81	49,19
25	87	80	167	7	52,10	47,90
26	86	76	162	10	53,09	46,91
27	85	84	169	1	50,30	49,70
28	83	85	168	-2	49,40	50,60

29	87	75	162	12	53,70	46,30
30	76	107	183	-31	41,53	58,47
31	92	78	170	14	54,12	45,88
32	78	87	165	-9	47,27	52,73
33	80	81	161	-1	49,69	50,31
34	97	73	170	24	57,06	42,94
25	98	82	180	16	54,44	45,56
36	88	78	166	10	53,01	46,99
37	73	88	161	-15	45,34	54,66
38	79	100	179	-21	44,13	55,87
39	80	97	177	-17	45,20	54,80
40	79	80	159	-1	49,69	50,31
Total	3.369	3.371	6.740	-2	49,99	50,01
Fuente: <i>La Voz del Interior</i> , 9 y 10 de marzo de 1946. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1.						

### Las elecciones en Villa María

Las elecciones del 24 de febrero de 1946 tuvieron en Villa María, según las cifras de *La Voz del Interior*, resultados diferentes. En la elección de electores de presidente y vicepresidente triunfó Tamborini-Mosca, con 3.371 votos, dos más que los 3.369 votos de Perón-Quijano, lo que representa el 50,01% para la primera fórmula y el 49,99% para la segunda (Tabla 5.4). En la elección provincial, la alianza peronista obtuvo 2.997 votos, equivalente al 44,33% del voto local; la Unión Cívica Radical Comité Nacional, 2.291 votos, el 33,89%; el Partido Demócrata Nacional, 1.224 votos, el 18,10%; el Partido Comunista, 140 votos, el 2,07%; y el Partido Socialista, 109 votos, el 1,61% (Tablas 5.7 y 5.8). De tal manera, Perón-Quijano obtuvo 372 votos más que los candidatos de la alianza peronista en la elección provincial y Tamborini-Mosca, 1.080 votos más que los candidatos de la Unión Cívica Radical Comité Nacional en esa elección. Si los 249 votantes socialistas y comunistas de la elección provincial votaron por la fórmula de la Unión Democrática, se tiene una diferencia de 831 votos a su favor que solo puede haberse debido a los votantes demócratas nacionales, que son la misma fuente de los votos ganados por Perón-Quijano.

Listas→	PL	UCRJR	PL+UCRJR	UCRCN	PDN	PS	PC	Total
Mesa↓	N	N	N	N	N	N	N	N
1	26	36	62	59	45	4	1	171
2	46	40	86	56	30	2	1	175
3	33	50	83	56	23	6	1	169
4	41	36	77	51	35	3	0	166
5	23	34	57	79	26	0	0	162
6	27	37	64	67	39	0	0	170
7	38	38	76	49	34	0	3	162
8	29	38	67	59	36	5	7	174
9	37	44	81	59	34	5	2	181
10	31	36	67	67	22	2	10	168
11	39	45	84	52	23	2	8	169
12	43	32	75	59	22	4	9	169
13	29	33	62	61	37	1	7	168
14	38	29	67	60	23	3	4	157
15	52	33	85	52	25	1	0	163
16	37	42	79	65	18	2	2	166
17	35	38	73	68	28	1	2	172
18	37	32	69	51	30	5	7	162
19	33	40	73	56	26	7	3	165
20	35	41	76	40	40	3	2	161
21	31	38	69	71	27	1	0	168
22	39	38	77	54	38	0	4	173
23	36	39	75	57	31	2	9	174
24	32	54	86	53	37	3	2	181
25	36	45	81	46	35	5	2	169
26	33	41	74	50	34	3	3	164
27	41	38	79	60	24	5	1	169

28	32	47	79	54	31	3	3	170
29	45	35	80	46	27	4	4	161
30	31	38	69	77	36	1	6	189
31	54	30	84	55	28	2	4	173
32	43	28	71	57	34	1	2	165
33	45	24	69	58	27	3	4	161
34	39	46	85	49	34	1	4	173
25	44	44	88	55	33	0	3	179
36	44	39	83	61	18	1	0	163
37	38	32	70	47	41	3	3	164
38	32	41	73	58	38	6	5	180
39	31	38	69	64	32	5	5	175
40	32	41	73	53	23	4	7	160
Total	1.467	1.530	2.997	2.291	1.224	109	140	6.761
Fuente: véase Tabla 5.13. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1.								

De tal manera, de los 1.224 votantes demócratas nacionales en la elección provincial, el 67,89% votó por Tamborini-Mosca; el 30,39% por Perón-Quijano; y el 1,72% votó en blanco. Esos votantes contaron por el 24,65% del voto por la primera fórmula y por el 11,04% del voto por la segunda en la ciudad.

En Villa María hubo cuarenta mesas, de las cuales Perón-Quijano ganó en veinte, Tamborini-Mosca en diecinueve, y en una hubo empate. La mayor diferencia a favor de la primera fórmula se dio en la mesa 2, con 33 votos, donde se dio asimismo el porcentaje más alto de votos por ella, con el 59,32%. La mayor diferencia a favor de la segunda estuvo en la mesa 30, con 31 votos, donde se dio igualmente el porcentaje más alto por esa fórmula, con el 58,47% (Tabla 5.13).

En la elección provincial, en la que el escrutinio diferenció los votos de los dos partidos de la alianza peronista, el radicalismo renovador tuvo más votos que el laborismo en 24 mesas; este, más que aquel en 14 mesas; y en dos mesas ambos partidos aportaron la misma cantidad de votos. En conjunto, ya que sus votos se sumaban, ganaron en 36 mesas; la Unión Cívica

Radical Comité Nacional ganó en tres mesas y en una hubo empate entre esta y la alianza peronista. El Partido Demócrata Nacional tuvo menos votos que la Unión Cívica Radical Comité Nacional en 39 mesas y en una tuvo la misma cantidad. El Partido Socialista tuvo un máximo de siete votos en una mesa, tuvo un voto en ocho mesas y ningún voto en cinco mesas. El Partido Comunista alcanzó un máximo de diez votos en una mesa, tuvo un voto en cuatro mesas, y ningún voto en seis mesas (Tabla 5.14).

La alianza peronista superó el 50% de los votos en dos mesas en la elección provincial, tuvo entre el 40% y el 50% de los votos en treinta mesas y menos del 40% en ocho mesas. La proporción máxima del voto de una mesa fue el 52,15% y la mínima, el 35,19%. La Unión Cívica Radical Comité Nacional tuvo la mayor proporción de voto de una mesa con el 48,77% y la menor con el 27,22%. En tres mesas superó el 40%, en treinta mesas tuvo entre el 30% y el 40%, y en siete mesas por debajo del 30%. La mayor proporción del voto de una mesa que alcanzó el Partido Demócrata Nacional fue el 26,32% y la menor, el 10,84%; en catorce mesas tuvo más del 20% del voto y en 26 mesas menos de esa proporción. La proporción máxima del voto de una mesa alcanzada por el Partido Socialista fue del 4,24%; y la del Partido Comunista, el 5,95% (Tabla 5.15).

Listas→	PL	UCRJR	PL+UCRJR	UCRCN	PDN	PS	PC
Mesa↓	N	N	N	N	N	N	N
1	15,20	21,05	36,26	34,50	26,32	2,34	0,58
2	26,29	22,86	49,14	32,00	17,14	1,14	0,57
3	19,53	29,59	49,11	33,14	13,61	3,55	0,59
4	24,70	21,69	46,39	30,72	21,08	1,81	0,00
5	14,20	20,99	35,19	48,77	16,05	0,00	0,00
6	15,88	21,76	37,65	39,41	22,94	0,00	0,00
7	23,46	23,46	46,91	30,25	20,99	0,00	1,85
8	16,67	21,84	38,51	33,91	20,69	2,87	4,02
9	20,44	24,31	44,75	32,60	18,78	2,76	1,10

10	18,45	21,43	39,88	39,88	13,10	1,19	5,95
11	23,08	26,63	49,70	30,77	13,61	1,18	4,73
12	25,44	18,93	44,38	34,91	13,02	2,37	5,33
13	17,26	19,64	36,90	36,31	22,02	0,60	4,17
14	24,20	18,47	42,68	38,22	14,65	1,91	2,55
15	31,90	20,25	52,15	31,90	15,34	0,61	0,00
16	22,29	25,30	47,59	39,16	10,84	1,20	1,20
17	20,35	22,09	42,44	39,53	16,28	0,58	1,16
18	22,84	19,75	42,59	31,48	18,52	3,09	4,32
19	20,00	24,24	44,24	33,94	15,76	4,24	1,82
20	21,74	25,47	47,20	24,84	24,84	1,86	1,24
21	18,45	22,62	41,07	42,26	16,07	0,60	0,00
22	22,54	21,97	44,51	31,21	21,97	0,00	2,31
23	20,69	22,41	43,10	32,76	17,82	1,15	5,17
24	17,68	29,83	47,51	29,28	20,44	1,66	1,10
25	21,30	26,63	47,93	27,22	20,71	2,96	1,18
26	20,12	25,00	45,12	30,49	20,73	1,83	1,83
27	24,26	22,49	46,75	35,50	14,20	2,96	0,59
28	18,82	27,65	46,47	31,76	18,24	1,76	1,76
29	27,95	21,74	49,69	28,57	16,77	2,48	2,48
30	16,40	20,11	36,51	40,74	19,05	0,53	3,17
31	31,21	17,34	48,55	31,79	16,18	1,16	2,31
32	26,06	16,97	43,03	34,55	20,61	0,61	1,21
33	27,95	14,91	42,86	36,02	16,77	1,86	2,48
34	22,54	26,59	49,13	28,32	19,65	0,58	2,31
25	24,58	24,58	49,16	30,73	18,44	0,00	1,68
36	26,99	23,93	50,92	37,42	11,04	0,61	0,00
37	23,17	19,51	42,68	28,66	25,00	1,83	1,83
38	17,78	22,78	40,56	32,22	21,11	3,33	2,78
39	17,71	21,71	39,43	36,57	18,29	2,86	2,86
40	20,00	25,63	45,63	33,13	14,38	2,50	4,38
Total	21,70	22,63	44,33	33,89	18,10	1,61	2,07
Fuente: véase Tabla 5.13. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1.							

La comparación de los resultados por mesa de la elección de electores de presidente y vicepresidente y de la elección provincial muestra que, efectivamente, los votos ganados por las dos fórmulas provenían de los votantes del Partido Demócrata Nacional, pero también que el comportamiento electoral de estos no fue igual en todas las mesas. La mayor proporción de votantes demócratas nacionales de una mesa que apoyó a Tamborini-Mosca fue el 89,19% y la menor, el 33,33%. En ocho mesas ese apoyo fue superior al 80% de los votos; en nueve estuvo entre el 70% y el 80%; en once, entre el 60% y el 70%; en diez, entre el 50% y el 60%; en una mesa estuvo entre el 40% y el 50%; y en otra fue inferior al 40%. El apoyo demócrata nacional a esa fórmula fue del 50% o más en 38 mesas. La mayor proporción de votos demócratas nacionales por Perón-Quijano fue el 72,22% y la menor el 7,32%. Solo en dos mesas el apoyo a esa fórmula fue superior al 50% de los votos; en siete fue superior al 40%; en once estuvo entre el 30% y el 40%; en doce, entre el 20% y el 30%; en seis, menor al 20%; y en dos, menor al 10% (Tabla 5.16).

Listas→	PQ	TM	En blanco	PQ	TM	En blanco
Mesas↓	N	N	N	%	%	%
1	9	34	2	20,00	75,56	4,44
2	19	13	-2	63,33	43,33	-6,67
3	6	18	-1	26,09	78,26	-4,35
4	12	21	2	34,29	60,00	5,71
5	10	14	2	38,46	53,85	7,69
6	11	34	-6	28,21	87,18	-15,38
7	13	22	-1	38,24	64,71	-2,94
8	13	18	5	36,11	50,00	13,89
9	9	23	2	26,47	67,65	5,88
10	4	18	0	18,18	81,82	0,00
11	11	15	-3	47,83	65,22	-13,04

12	2	18	2	9,09	81,82	9,09
13	16	20	1	43,24	54,05	2,70
14	7	16	0	30,43	69,57	0,00
15	4	17	4	16,00	68,00	16,00
16	13	6	-1	72,22	33,33	-5,56
17	13	15	0	46,43	53,57	0,00
18	10	19	1	33,33	63,33	3,33
19	12	13	1	46,15	50,00	3,85
20	19	23	-2	47,50	57,50	-5,00
21	11	16	0	40,74	59,26	0,00
22	9	27	2	23,68	71,05	5,26
23	10	20	1	32,26	64,52	3,23
24	8	33	-4	21,62	89,19	-10,81
25	6	27	2	17,14	77,14	5,71
26	12	20	2	35,29	58,82	5,88
27	6	18	0	25,00	75,00	0,00
28	4	25	2	12,90	80,65	6,45
29	7	21	-1	25,93	77,78	-3,70
30	7	23	6	19,44	63,89	16,67
31	8	17	3	28,57	60,71	10,71
32	7	27	0	20,59	79,41	0,00
33	11	16	0	40,74	59,26	0,00
34	12	19	3	35,29	55,88	8,82
25	10	24	-1	30,30	72,73	-3,03
36	5	16	-3	27,78	88,89	-16,67
37	3	35	3	7,32	85,37	7,32
38	6	31	1	15,79	81,58	2,63
39	11	23	-2	34,38	71,88	-6,25
40	6	16	1	26,09	69,57	4,35
Total	372	831	21	30,39	67,89	1,72

Fuentes: Tablas 5.13 y 5.14. Abreviaturas y siglas: véase Tabla 5.1. El signo negativo en las cifras de la columna de votos en blanco indica que la suma de los votos ganados por las dos fórmulas respecto de los partidos de las alianzas que las sostenían fue superior a la cantidad de votantes del Partido Demócrata Nacional.

De tal manera, si son correctas las cifras de *La Voz del Interior* utilizadas para las estimaciones efectuadas, el exiguo triunfo de Tamborini-Mosca en Villa María se debió al apoyo de los votantes demócratas nacionales, a pesar de la campaña de Sabattini en contra de ellos. Este apoyo no solicitado y, más aun, rechazado, que le permitió a su partido ganar también los electores de presidente y vicepresidente del distrito, le debe de haber molestado menos que la derrota, por unos pocos votos, en la elección provincial, que lo dejó sin la gobernación y sin la mayoría en la Cámara de Diputados de Córdoba. La suerte electoral de Sabattini no pasó inadvertida para los observadores políticos del momento, ya que era una de las grandes figuras de la política nacional que caía derrotada en su propio terreno.

Los diarios de la época publicaban pocos comentarios políticos, pero *El Argentino*, de La Plata, no pudo evitar una acotación irónica acerca del resultado de las elecciones en Villa María. En esa ciudad, "donde reside el doctor Amadeo Sabattini, la elección fue ganada ayer por el laborismo, que dirige allí el ex intendente municipal que fuera radical, Salomón Deiver, con el lema: Perón presidente, Deiver intendente". Las cifras de las cuarenta mesas de la ciudad, continúa el diario, "arrojaron una diferencia a favor de la fórmula Perón-Quijano de apenas 48 votos y para la gubernativa laborista una ventaja de 705 sufragios".<sup>22</sup> Con estos resultados "el señor Deiver cree tener asegurado el triunfo para ser electo otra vez intendente de Villa María, pese al cambio de rótulo político", ya que, recordaba el diario, cuando era radical "colocó un gran cartel frente al comité que auspiciaba su candidatura que decía: 'Dios en el cielo y Sabattini en Córdoba'".<sup>23</sup> ¿Quién era Deiver y por qué había cambiado a Sabattini por Perón?

<sup>22</sup> *El Argentino*, 11 de marzo de 1946. La diferencia entre la cifra de la elección de electores de presidente y vicepresidente de ese diario y la de la Tabla 5.4 puede explicarse hasta cierto punto por una imprecisión de *La Voz del Interior*, ya que la suma de los votos por Perón-Quijano en cada localidad es 22 votos menor que la dada por ese diario para el departamento y la suma de los votos por Tamborini-Mosca, un voto menor. Aunque puede presumirse que el error corresponde a Villa María, no hay evidencia en tal sentido. De todos modos, si así fuese, esas diferencias darían una ventaja de 19 votos, no de 48, a favor de Perón-Quijano en esa ciudad. La diferencia en la elección provincial dada por *El Argentino* y la de la Tabla 5.7 es de solo un voto, por lo que es posible que el error sea del diario.

<sup>23</sup> *El Argentino*, 11 de marzo de 1946.

Salomón Deiver fue durante muchos años “como la sombra de don Amadeo, pues donde estaba éste, allí estaba también aquél”. Cuando Sabattini fue designado ministro de Gobierno de la provincia, en 1928, “llevó a su fiel acompañante a la Policía Secreta y luego a la Subdirección de la Escuela de Policía”. Mientras desempeñaba esos cargos, Deiver compró el diario *Tercero Abajo*, que se publicaba en Villa María. Sabattini, y quizás también Deiver, desempeñó su cargo hasta la intervención federal de la provincia que siguió a la caída del gobierno de Irigoyen. En los años siguientes, mientras Sabattini debió partir al exilio por su vinculación con las conspiraciones radicales, Deiver “cuidó de sus seres queridos y a toda hora del día y de la noche se le veía rondar por la casa de aquél”.<sup>24</sup> Por su cercanía a Sabattini, también él pasó unos días en prisión en Martín García. Cuando la convención nacional del radicalismo levantó la abstención, con el voto en contra de Sabattini, este ganó las elecciones en su provincia y fue gobernador entre 1936 y 1940. No hay noticias de que ofreciera cargo alguno a Deiver durante ese lapso y quizá por ese motivo se produjo el alejamiento de este. Cuando se aproximaban las elecciones de 1940, Deiver presentó en las elecciones internas del radicalismo su candidatura a intendente de Villa María, pero Sabattini apoyó la del intendente en funciones, Emilio Seydel. Deiver ganó la candidatura y luego las elecciones, por lo que fue intendente de Villa María desde abril de 1940 hasta que cesó en el cargo como consecuencia de la revolución del 4 de junio de 1943.<sup>25</sup>

Durante su campaña no se privó de utilizar el poder que le daba su diario para obtener, presionando a comerciantes, bienes que repartía entre sus seguidores, como cuenta su biógrafo transformando la extorsión en simpáticas anécdotas. En los años anteriores a su elección, Deiver había construido su figura pública mediante la presidencia honoraria de instituciones deportivas y sociales, ya que no era originario de la ciudad, a la que había llegado a los catorce años, solo y sin otra posesión que una cámara fotográfica con la que intentaba ganarse la vida. También se había preocupado por construir una base popular mediante visitas a

<sup>24</sup> Capdevila (1966), pp. 27-30.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 45-46 y 53-54.

la casa de "algún obrero o trabajador descollante de los barrios apartados" para comer un asado, cuya carne proveía en abundancia para que participaran también los vecinos.<sup>26</sup> Aunque durante su intendencia, que coincidió con la gobernación de Córdoba del sabattinista Santiago del Castillo, contó con fondos suficientes para realizar abundantes obras, es posible que la relación con Sabattini no fuese tan cercana como lo había sido en la década anterior.

Cuando se aproximaron las elecciones del 24 de febrero de 1946 y tuvo que optar entre apoyar a la Unión Cívica Radical Comité Nacional –con la que a regañadientes se quedó Sabattini, a pesar de los rumores que pocos meses antes lo mencionaban como el candidato a la vicepresidencia en la fórmula encabezada por Perón–<sup>27</sup> o a Perón, Deiver se inclinó por este, con la expectativa de ser nuevamente candidato a intendente en las elecciones municipales que se anunciaban para dos meses después de las nacionales y provinciales. Esas elecciones fueron suspendidas tras el triunfo de Perón y cuando se realizaron tuvieron un resultado diferente del que había esperado. Quizá por esa decepción, Deiver no entró en el Partido Peronista, a pesar de, según su biógrafo, el requerimiento de Perón para que lo hiciera. Fue intendente por segunda vez en 1958, por su victoria en las elecciones municipales del 23 de febrero de ese año, encabezando la lista de un Centro Vecinal Independiente que había organizado con el fin, seguramente, de obtener el apoyo de los votantes peronistas. En esa oportunidad le ganó al candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo, el partido de Sabattini, todavía residente en la ciudad, quien tenía una influencia muy menguada respecto de la que había gozado hasta su fallida negociación con Perón y su desganado apoyo a Tamborini.<sup>28</sup>

<sup>26</sup> *Ibíd.*, pp. 47-50.

<sup>27</sup> "Perón-Sabattini es la fórmula, dicen en EE.UU." era el título de tapa de *Noticias Gráficas*, 6 de septiembre de 1945.

<sup>28</sup> Sabattini no concurrió al acto de campaña de Tamborini en Córdoba, aunque envió un telegrama manifestándole su apoyo, según *La Voz del Interior*, 28 de enero de 1946, citada por González Esteves (1980), pp. 332-333.

**PERON**

Contra el Rencor de los Ricos y el Odio de los Inteligentes, **PERON** será **PRESIDENTE** y **DEIVER** **INTENDENTE**

Si usted jura estar con Dios, la patria y Perón firme por su honor, ser leal a sus convicciones Argentínistas, y esta ficha el día del comicio preséntela al Sr. Deiver, para que usted luego del triunfo sea reconocido como amigo y merezca la consideración de la atención que solicite.

**DEIVER**

Firma del adherente  
Reconocido por Salomón Deiver

Mesa Nro. \_\_\_\_\_

Elecciones nacionales y provinciales 24 de Febrero de 1946

Figura 5.2 Ficha de adhesión a Salomón Deiver en las elecciones del 24 de febrero de 1946. Fuente: Archivo Histórico Municipal, Villa María, Córdoba.

Deiver apoyó a la alianza peronista en las elecciones de 1946, pero no está claro a través de cuál de los dos partidos lo hizo. *El Argentino* lo da como principal dirigente del laborismo pero no diferencia a los partidos de la alianza peronista en la elección provincial, en la que apoyaron a los mismos candidatos con boletas propias, que sumaron aunque se contaron separadamente.<sup>29</sup> Su biógrafo tampoco lo aclara: "Deiver, desprendido del radicalismo, sensible a las necesidades del pueblo, creyó en Perón ... y lo apoyó con su gente".<sup>30</sup> Tcach, sin embargo, lo menciona como presidente de la convención provincial de la Unión Cívica Radical Junta Renovadora.<sup>31</sup>

<sup>29</sup> La ley electoral vigente en Córdoba permitía la suma de los votos por una misma lista de candidatos aunque estuviese en boletas de distintos partidos. Véase Amaral (2018b), vol. 1, pp. 228 y 241-242.

<sup>30</sup> Capdevila (1966), p. 75.

<sup>31</sup> Tcach (2006), p. 93, sin mención de la fuente de la información.

Finalmente, la propia campaña de Deiver, cuyo lema completo era “contra el rencor de los ricos y el odio de los inteligentes, Perón será presidente y Deiver intendente”, no da pistas para determinar si canalizó su apoyo a través del laborismo o del radicalismo renovador (Figura 5.2). Quizá no se pronunciase por ninguno, ya que no era necesario puesto que los votos por los dos partidos se sumaban tanto en las elecciones nacionales como en la provincial, sino simplemente por Perón, dejando a sus seguidores la elección de la boleta. Una decisión tal habría sido consistente con ese lema de campaña que lo vinculaba directamente con Perón, sin la intermediación de los partidos. De todos modos, resta el hecho de que Deiver era un dirigente local radical con muchos seguidores, que bien pueden haber votado a Perón con la boleta que tenía el nombre de su antiguo partido, en cuyo caso a él se debió que el candidato de su ex patrón perdiese la gobernación de la provincia.

De una u otra manera, la decisión de Deiver de romper con sus anteriores lealtades hacia arriba no afectó necesariamente la cadena de lealtades hacia abajo, que trató de asegurar mediante la promesa de futuros favores: “Si usted jura estar con Dios, la patria y Perón firme por su honor, ser leal a sus convicciones Argentinistas, y esta ficha el día del comicio preséntela al Sr. Deiver, para que usted luego del triunfo sea reconocido como amigo y meresca [sic] la consideración de la atención que solicite”. Como el votante debía consignar en esa ficha el número de la mesa en la que había votado, Deiver podría calcular, conociendo los resultados de cada mesa publicados por *La Voz del Interior*, la veracidad de ese apoyo y usarlo en futuras elecciones como prueba de su influencia. Es posible que, si tuvo éxito con esas fichas, si sus seguidores las llenaron y se las entregaron, los cambios políticos ocurridos tras las elecciones del 24 de febrero de 1946 le hayan impedido obtener lo que por ellas esperaba. La decisión de Deiver de apoyar a Perón, sin embargo, no fue ajena a los resultados que ellas tuvieron en Villa María y aun en la provincia.

## Conclusiones

El énfasis de las investigaciones acerca de los orígenes del peronismo estuvo puesto durante dos décadas, entre mediados de los años cincuenta y

mediados de los setenta, en la determinación de las bases sociales del voto en las elecciones del 24 de febrero de 1946 y en el comportamiento de la "clase obrera" o de las "clases populares", como si la clasificación ocupacional bastase por sí misma para determinar los motivos del voto. Solo con el paso del tiempo y debido a la aparición de estudios puntuales sobre el surgimiento del peronismo fuera del área metropolitana comenzaron a cobrar cuerpo los actores clave de cualquier elección: los políticos actuantes en los escenarios provinciales, departamentales y locales. El estudio de las elecciones del 24 de febrero de 1946 en Villa María, en el departamento General San Martín y en Córdoba permite enfocar ese momento clave para poner de relieve el papel de algunos de esos políticos: Amadeo Sabattini y Salomón Deiver, aquel el dirigente radical más destacado de su provincia y uno de los principales del país, este un importante dirigente local, ambos residentes en Villa María.

Sabattini, al orientar su campaña contra el Partido Demócrata Nacional por agravios que sus victorias en las elecciones de 1935 y 1940 no habían logrado borrar de su memoria, allanó el camino de los antiguos votantes de ese partido, si no de su dirigencia, hacia la alianza peronista. Más de cuarenta mil antiguos votantes del Partido Demócrata Nacional, sin contar los votantes nuevos de esa persuasión política, se inclinaron por Perón y también lo hicieron casi diez mil votantes que apoyaron a ese partido en la elección provincial. Las diatribas de Sabattini y sus seguidores no tuvieron consecuencias negativas en la elección de electores de presidente y vicepresidente porque más de cuarenta mil votantes del Partido Demócrata Nacional en la elección provincial las ignoraron y votaron por la fórmula de la Unión Democrática, ayudados seguramente por la frialdad que por esta demostró el líder intransigente.

En la elección provincial, los demócratas nacionales no tenían ningún motivo para votar por los candidatos sabattinistas, pero sí podrían haberlo tenido los votantes socialistas y comunistas si hubiese habido una alianza formal. Dado que la diferencia en esa elección entre los candidatos de la alianza peronista y los de la Unión Cívica Radical Comité Nacional fue de 183 votos a favor de la primera, los casi ocho mil votos socialistas y comunistas le habrían dado al sabattinismo la gobernación y la mayoría en la Cámara de Diputados provincial. Si eso hubiera sucedido y si hubiera

podido eludir el destino del gobierno radical de Corrientes elegido como consecuencia de las mismas elecciones, intervenido en septiembre de 1947, Sabattini habría tenido una base territorial firme para sostener sus ambiciones. Esto es hipotético, pero solo esos 183 votos mediaron entre esa posibilidad y la larga declinación de su influencia política a partir de esa derrota. Su intransigencia, su negativa a pacto alguno que redujera al radicalismo a parte de un conjunto, le impidió concretar una alianza con los partidos Socialista y Comunista, pero aun podría haber tenido éxito sin renunciar a sus principios si hubiese logrado mantener a su lado no ya a ciertos adversarios internos como Felipe Gómez del Junco, dirigente de Río Cuarto que fue uno de los pilares del radicalismo renovador, sino a dirigentes territoriales que habían crecido a su sombra, como Salomón Deiver.

La decisión de Deiver de apoyar a Perón contó de manera diferente en los resultados de las elecciones en Villa María, en General San Martín y en Córdoba. Por esa decisión, el resultado de la elección de electores de presidente y vicepresidente en Villa María fue parejo, a pesar del apoyo de la mayoría de los votantes demócratas nacionales a Tamborini-Mosca, pero no alcanzó para modificar el resultado favorable a esta fórmula en el departamento y en la provincia. Por esa decisión, el resultado de la elección provincial en Villa María fue favorable a la alianza peronista, pero no alcanzó para contrarrestar la ventaja obtenida por la Unión Cívica Radical Comité Nacional en catorce localidades del departamento, que le permitió obtener el senador provincial por General San Martín. Por esa decisión, también, ese partido perdió los votos de antiguos seguidores que le habrían permitido obtener la gobernación de la provincia y la mayoría en la Cámara de Diputados provincial. Esos resultados cambiantes no se debían, naturalmente, a factores estructurales, iguales para todas las elecciones de ese día en ese departamento, sino a un factor político: el alineamiento de los dirigentes locales.

No todos los políticos tienen el mismo horizonte: algunos actúan en el plano nacional, otros en el provincial, otros aun en el departamental y local, del que, como Deiver, no pretenden salir. La política es, ante todo, territorial: los votantes viven en localidades pequeñas o en barrios de ciudades más o menos grandes, donde alguien articula sus demandas. Los

políticos locales son los vasos capilares de la política; son quienes unen la escena nacional y provincial con el territorio donde viven los votantes; son quienes construyen su hueste dispensando favores, sirviendo de puente para la gente común entre sus vidas cotidianas en las localidades y el poder residente en las capitales. Algunos ciudadanos votan según sus ideas y su acuerdo o desacuerdo con las propuestas de los políticos, pero otros lo hacen como miembros de esas huestes informales, definidas únicamente por la lealtad a quien les facilita, real o potencialmente, el acceso a bienes materiales e inmateriales de los que carecen o cuya posesión ambicionan.

El caso de Salomón Deiver se ajusta al modelo del hombre de la máquina que se encuentra en el clásico libro de Moisei Ostrogorski, el primero que estudió la organización territorial de la política.<sup>32</sup> El germen que produce un político es el deseo de obtener un cargo público, señala, y el aspirante puede ser un abogado de clase baja, un pequeño empleado, un artesano, un taxista o aun un desclasado, un fracasado social. Para realizar su ambición debe "estudiar política", pero no se trata de leer la *Politica* de Aristóteles ni de seguir cursos en una universidad, añade, aunque es igualmente una ciencia que demanda gran aplicación y ciertas aptitudes: consiste en el conocimiento de la maquinaria de la organización partidaria, de todos sus engranajes internos. Mientras aprende el funcionamiento ostensible de la maquinaria partidaria, continúa Ostrogorski, el futuro político desentraña su funcionamiento secreto: las maniobras, las tretas y los fraudes por medio de los cuales una minoría, quizás insignificante, se transforma en mayoría y una banda de tramposos políticos obtiene una apariencia de sanción popular. A la política se entra construyendo o uniéndose a una máquina, que es un conjunto de individuos organizados jerárquicamente de arriba hacia abajo, unidos entre sí por una devoción personal pero mercenaria y dedicados solamente a satisfacer sus apetitos mediante la explotación de los recursos de un partido político. Sus integrantes se dividen en tres categorías: los "chicos" (*boys*), que hacen con frecuencia el trabajo sucio de la política; los "secuaces" (*henchmen*), que son los tenientes y ayudantes de los jefes, por quienes guardan una devoción

<sup>32</sup> Ostrogorski (1902), vol. 2.

en la que apenas entra el afecto pero que es la mezcla de la obediencia de un subordinado cuyo progreso depende de su superior y de la sincera admiración por el intrépido comandante de las legiones victoriosas en el campo de batalla de la política; y los "jefes" (*bosses*), que protegen a sus ayudantes, a los que defienden y ayudan a realizar sus ambiciones políticas y a asegurarles medios de vida, proporcionándoles puestos en la administración pública y manteniéndolos allí aunque sean incompetentes y descuiden sus obligaciones.<sup>33</sup>

Esta síntesis, libremente adaptada y traducida de las páginas del libro de Ostrogorski, con su cruda descripción de lo que no se ve de la política, de lo que no aparece en los textos teóricos ni surge de las disposiciones legales y constitucionales, pero que conforma el fundamento mismo de la acción política, se aplica bien a la carrera de Deiver: "chico" en los años veinte, cuando era la sombra de Sabattini; "secuaz" a lo largo de los años treinta, mientras construía su propia máquina utilizando a su diario; "jefe" en los años cuarenta, cuando en la disputa por la intendencia se enfrentó a su antiguo patrón y lo abandonó en las elecciones de 1946.

En el momento de ruptura que fueron las elecciones de 1946, sin fichas de afiliación que avalasen su liderazgo local, Deiver inventó un medio de medir la dimensión de su hueste para tener una evidencia tangible del alcance de su influencia: se conoce la ficha con que hizo el intento pero no los resultados que obtuvo. Los años que siguieron no fueron propicios para los liderazgos autónomos, ni siquiera en el plano local, de modo que debió postergar su aspiración de regresar al único cargo que le interesaba hasta que ese tipo de liderazgo fue nuevamente posible. Entonces, con un vehículo político propio, lo obtuvo otra vez. El caso de Deiver pone de relieve el papel que juegan, cuando la política no se articula completamente desde arriba hacia abajo, los políticos locales. También destaca el papel de los políticos cuyo horizonte termina en los límites de sus localidades: ellos mueven votos y los pueden volcar en una dirección o en otra, como lo hizo en 1946; o, como en 1958, hacia su propia propuesta local.

Perón tuvo seguramente el apoyo de los migrantes recientes, de los sindicalistas viejos, de los obreros industriales, de la "clase obrera", de

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 367-374.

las "clases populares" y de diferentes grupos ocupacionales en distintos lugares del país que le atribuyen quienes relacionaron los resultados de las elecciones del 24 de febrero de 1946 con los factores estructurales, pero también tuvo el apoyo de una miríada de dirigentes provinciales, departamentales y locales que con sus máquinas, grandes o pequeñas, contribuyeron a su triunfo. Los resultados electorales, después de todo, también se explican por factores puramente políticos: Sabattini y Deiver tomaron decisiones que, de manera distinta, pesaron en esas elecciones.



Parte III  
Exilio y regreso



## María de la Cruz: feminismo y peronismo en Chile

María de la Cruz fue una destacada dirigente del feminismo chileno entre 1946 y 1953. Ella encabezó uno de los grupos que presionaron por la obtención del voto femenino y luego una de las organizaciones políticas del feminismo. Su ascenso fue el del feminismo y su caída fue, también, la de ese movimiento. Sus características personales y sus posiciones políticas la llevaron a acercarse a la doctrina peronista primero y a Perón mismo luego. Ese acercamiento fue el que provocó finalmente su caída, debido al extremo recelo con que eran vistos los designios expansionistas de Perón en Chile.

La adopción por el feminismo chileno de las ideas de justicia social que llegaban del otro lado de los Andes produjeron su desaparición como fuerza política. María de la Cruz siguió jugando un papel durante la presidencia del general Carlos Ibáñez del Campo, pero la imposibilidad de reproducir al peronismo y el rechazo de los partidos chilenos a quien desde fuera del sistema político pretendía subvertirlo, la dejaron como la expresión de un intento abortado. Aunque el peronismo chileno no pudo avanzar, no por eso María de la Cruz dejó de prestar utilidad al líder del movimiento.<sup>1</sup>

Tras su caída, lejos de atribuirla a su adopción del peronismo, buscó consuelo en el presidente argentino. Este le prestó moderada atención, sin asignarle demasiada importancia a sus cartas. La caída de Perón y la devoción que ella le manifestó en los primeros días de su exilio modificaron esa relación. Durante un año y medio María de la Cruz sirvió como

<sup>1</sup> Sobre el peronismo en Chile, véase Bray (1967) y Saavedra (1998); y sobre las relaciones argentino-chilenas durante el gobierno de Perón, Paz (1969); Machinandiarena de Devoto (2005), pp. 395-462; y Zanatta (2013), pp. 84-87, 142-144, 179-180, 187, 227-230, 265-266, 312-314, 316-317, 330-341, 349-350, 356-358, 366-367 y 385-388.

instrumento político de Perón, tanto para establecer contactos con sus partidarios en la Argentina y en Chile como para averiguar la disposición hacia su persona del presidente Ibáñez, con quien estaba estrechamente vinculada. Este capítulo explora, en primer lugar, el ascenso político de María de la Cruz y su primera aproximación al peronismo; en segundo lugar, su caída, cómo esa adhesión contribuyó a destruir su carrera política; y, por último, el papel que jugó durante el primer año del exilio de Perón.

### El ascenso

María de la Cruz, dice la octava edición del *Diccionario biográfico de Chile*, publicada en 1953, nació en Chimbarongo el 18 de septiembre de 1912.<sup>2</sup> En la vida literaria y política usó el apellido de su padre, Marco Aurelio de la Cruz, pero no el de su madre, Edicia Toledo, como tampoco los apellidos de sus maridos ya fallecidos, Narciso Peñailillo e Ignacio Navarrete.<sup>3</sup> Se inició en la literatura con la publicación en 1938 de un libro de poesía, *Humanidad*, al que siguieron en pocos años *Transparencias de un alma*, *Alba de oro*, *Ha pasado la tormenta* y la novela *Suprema cita*, y en 1941 fundó *Luz y Sombra*, revista cultural para ciegos, que dirigió por lo menos hasta 1960. Pero no es por las virtudes de su literatura que está en esa edición del *Diccionario* (no la registran las anteriores ni las posteriores), sino por su actividad política. En 1946 había creado el Partido Femenino de Chile, y cuatro años más tarde se convirtió en la primera mujer que se presentó como candidata al Senado, al que accedió en 1953 en su segundo intento. Fue por su actividad política que entró en contacto con Perón, y a su apasionada e incauta admiración por el presidente argentino se debió su rápido ascenso y su aun más rápida caída en la escena política chilena. Tras ese fugaz paso por la política, cuyo estudio muestra su compromiso con las ideas de Perón y su solidaridad con él durante su exilio, María de la Cruz retomó sus actividades literarias y periodísticas: en 1962 era la única mujer comentarista política radial con su programa "María de la Cruz habla", que se había

<sup>2</sup> *Diccionario biográfico de Chile*, 8ª ed., Santiago, 1953, p. 324.

<sup>3</sup> Los nombres de su padre y madre están en el sitio de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, bcn.cl. Hay información sobre la familia de María de la Cruz en el borrador de sus memorias que está en el Archivo Eltit-Rosenfeld, celich.uc.cl.

transmitido por Radio Corporación y se estaba transmitiendo por Radio Nuevo Mundo.<sup>4</sup> Cualquiera haya sido su actividad posterior, su nombre permanece estrechamente asociado con una de las fases más destacadas del feminismo de su patria.<sup>5</sup>

Aunque los más antiguos rastros del feminismo chileno se remontan a 1875, cuando un grupo de mujeres de San Felipe pretendió inscribirse en los registros electorales, no fue sino hasta 1949 que se aprobó una ley concediendo derechos políticos a la mujer. Fue en los años previos a esa ley, en el centro del movimiento que llevó al Congreso a tomar tal decisión, que cobró relieve la figura de María de la Cruz. Desde principios de siglo habían existido agrupaciones de mujeres de carácter cultural y social, que solo ocasionalmente se interesaron en la obtención del voto. En 1933 se formó un efímero Comité Pro Derechos Civiles de la Mujer, que reapareció en 1941, y en 1935 se formó el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer, que se disolvió tres años más tarde. En esos mismos años algunos partidos tradicionales, como el Liberal en su convención de 1938, proclamaron su apoyo a la iniciativa y otros, como el Radical, aceptaban mujeres en sus filas. En 1942 se fundó la Acción Cívica Femenina y en 1944 la Federación de Instituciones Femeninas de Chile, que representaba a más de doscientas instituciones y que pese a su carácter no exclusivamente político dio dimensión nacional a la lucha por la obtención del voto. Por entonces, desde 1934, las mujeres podían votar y ser elegidas en elecciones municipales, pero todavía no en las nacionales.<sup>6</sup>

El Partido Femenino de Chile, encabezado por María de la Cruz, se organizó en 1946 como culminación de ese proceso de creciente movilización femenina. Según Felicitas Klimpel, miembro de su primera dirección, María de la Cruz fue "quien encauzó el anhelo de una gran parte de la población femenina para iniciar esta nueva etapa en la vida de la mujer, desde un organismo independiente de los partidos políticos agrupados en las tendencias de Izquierda o de Derecha".<sup>7</sup> La creación del partido fue acompañada por una agresiva campaña de propaganda a través de conferencias,

<sup>4</sup> Klimpel (1962), pp. 191 y 207.

<sup>5</sup> Kirkwood (1982), p. 26.

<sup>6</sup> Klimpel (1962), pp. 91-99.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 127.

discursos radiales y artículos periodísticos. El proyecto de concesión del voto a la mujer había sido presentado por senadores de diversa extracción política (entre ellos el ex presidente Arturo Alessandri Palma y el ex revolucionario socialista Marmaduke Grove) en junio de 1945. Fue aprobado por el Senado en 1946, pero recién tres años después por la Cámara de Diputados.<sup>8</sup> Esos años fueron de intensa actividad del Partido Femenino y durante ellos María de la Cruz cobró notoriedad pública. Su juventud (tenía 34 años cuando fundó el partido), su elocuencia y su intenso vigor contribuyeron a su creciente popularidad.

El Partido Femenino no se extinguió al conseguir su principal objetivo. Tras la aprobación de la ley, sus dirigentes encontraron que su tarea no estaba completa sin impulsar la inscripción de las mujeres en los registros electorales. La incorporación de la mujer a la vida política fue, entretanto, lenta. Los partidos tradicionales (Radical, Demócrata Cristiano, Conservador Tradicionalista) organizaron secciones femeninas (algunos, como el Partido Liberal, con anterioridad a la aprobación de la ley) y otros las incorporaron a sus filas sin más (Comunista). La primera mujer que entró en el congreso fue la abogada Inés Enríquez Frödden, miembro del Partido Radical desde 1935, elegida diputada por la provincia de Concepción en marzo de 1951 con el apoyo, entre otras organizaciones políticas y sectoriales, del Partido Femenino. Tanto ella como Lía Laffaye de Muñoz, presidente provincial del Partido Femenino en Valdivia, que en 1953 fue la segunda mujer que llegó a la Cámara de Diputados, desarrollaron normalmente su actividad parlamentaria quizá debido a que habían acumulado experiencia política en las municipalidades de sus ciudades de origen.<sup>9</sup>

No fue ese el caso de María de la Cruz. Su vida política se limitaba a la actividad partidaria y esa inexperiencia fue uno de los factores, aunque ciertamente no el único, que explican su rápido ocaso. En la cumbre de su popularidad se truncó su carrera parlamentaria y el partido que la había elevado desapareció en una crisis debida tanto a las contradicciones internas cuanto al fuerte y controvertido liderazgo ejercido por su principal dirigente. En muy poco tiempo María de la Cruz dilapidó su capital polí-

<sup>8</sup> Ibid., pp. 93 y 97.

<sup>9</sup> Ibid., pp. 106-109, 121 y 127 y ss.

tico personal y partidario. Ese fracaso, aunque circunstancialmente pueda atribuirse a otras causas, no fue ajeno a sus convicciones justicialistas. Su caída se comprende mejor si se considera primero su ascenso.

El 26 de noviembre de 1950 se llevó a cabo una elección complementaria para llenar la banca que había quedado vacante en el Senado por la muerte, tres meses antes, del ex presidente Arturo Alessandri Palma, entonces senador por Santiago. Se presentaron como candidatos Tomás Chadwick, Arturo Matte, Rudecindo Ortega, Carlos Vial y María de la Cruz. Ibáñez, quien ya preparaba su candidatura a la presidencia, sostuvo al candidato socialista, pero María de la Cruz contó con el apoyo de René Montero Moreno, secretario y consejero de Ibáñez.<sup>10</sup> Por primera vez una mujer se postulaba para un cargo en el congreso chileno. María de la Cruz no fue elegida en esa oportunidad pero su campaña le sirvió para incrementar una popularidad no siempre positiva. La ingenua franqueza que caracterizaría la etapa final de su carrera política se reveló entonces: abandonando los temas feministas, la candidata entró en terrenos donde no cosecharía sino problemas. En una confrontación con el obispo de Temuco, que había recomendado a las mujeres católicas no asistir a sus conferencias, ella manifestó que “si la Iglesia cumpliera con sus postulados, en vez de acumular tanta riqueza en el Vaticano, construiría poblaciones para la gente del pueblo y mejoraría sus condiciones de vida”. Estas declaraciones, comenta Felicitas Kлимпel, entonces miembro de la dirección del Partido Femenino, “al igual que otras que María de la Cruz acostumbraba a dirigir con una valentía y audacia desconocidas aun para los hombres de extrema izquierda, le acarrearón violentos odios y críticas”, tanto de la izquierda como de la derecha. María de la Cruz no ganó la elección, pero tuvo más de nueve mil votos, una cifra semejante a la obtenida por Tomás Chadwick, candidato socialista, cuyo partido tenía más larga existencia y mejor organización. El saldo de la elección fue magro pero en absoluto negativo, ya que el partido y el liderazgo de María de la Cruz salieron fortalecidos.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Montero Moreno (1959), pp. 135-136.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 132-136.

Esta circunstancia permitió a María de la Cruz una activa participación política con vistas a las elecciones presidenciales de 1952. En febrero de 1951 el Partido Femenino decidió apoyar a Ibáñez, candidato independiente. Durante el año y medio que pasó entre esa decisión partidaria y la elección presidencial, María de la Cruz realizó giras por todo Chile acompañando al candidato. Sus discursos "llegaron a ser famosos por su encendida verba, apasionada, violenta y emotiva", pero al mismo tiempo que captaban la simpatía de un público movido por semejante oratoria ganaban menos numerosas pero no menos sólidas enemistades por sus ataques a los integrantes del gobierno saliente.<sup>12</sup> Su éxito fue durante un momento también el de su partido, que crecía al compás de sus discursos, pero si crecía la cantidad de sus integrantes también lo hacía la de los desacuerdos internos: por un lado, porque habiendo excedido el partido y su principal dirigente los objetivos iniciales, la nueva retórica no satisfacía a todas las afiliadas; por otro, porque practicaba un personalismo extremo, que terminó produciendo la división del partido. El nombramiento por la presidente de una argentina recién nacionalizada chilena, Clementina Gil de Donoso, llamada Beba Donoso, como secretaria de organización del partido llevó a la Directiva Nacional a expulsar a María de la Cruz de su cargo.<sup>13</sup> Ella a su vez expulsó a la Directiva Nacional, quedando como resultado dividido el partido en dos: María de la Cruz a la cabeza del Partido Femenino Chileno, y María Hamuy, a la del Partido Progresista Femenino.<sup>14</sup> El nombramiento de una argentina sin trayectoria partidaria puede haber sido el detonante de la crisis, pero más importante era el hecho de que María de la Cruz no aceptaba que la Directiva Nacional impusiera límites al contenido de sus discursos, que del originario feminismo había virado a la justicia social. Era el vigor y la capacidad de María de la Cruz el principal apoyo del partido pero al mismo tiempo su principal debilidad. Su propia carrera política sufrió por sus condiciones

<sup>12</sup> Klimpel (1962), p. 137.

<sup>13</sup> Clementina Gil de Donoso había obtenido la nacionalidad chilena el 10 de enero de 1953, según el informe del diputado Florencio Galleguillos Vera en Chile, Cámara de Diputados (en adelante DSD), 1956, p. 1713 (sesión 32ª, 5 de julio). Sobre cómo la conoció a María de la Cruz véase Gil (2004), pp. 30-31.

<sup>14</sup> Klimpel (1962), pp. 138-139.

personales que aunaban el carisma y la ingenuidad, “el misticismo y la desmedida egolatría”.<sup>15</sup>

Ibáñez fue elegido presidente de Chile el 4 de septiembre de 1952. El papel fundamental de María de la Cruz en su triunfo fue reconocido por Arturo Olavarría Bravo, director general de la campaña y luego ministro de Relaciones Exteriores en el primer gabinete de Ibáñez. Olavarría Bravo la recuerda como una mujer de extraordinaria capacidad, que se había transformado en uno de los adalides de la causa ibañista. Ella había aportado a esa causa “su natural simpatía, su abnegación sin límites y su arrebatadora elocuencia como oradora de masas”. Durante la campaña “ninguna palabra era esperada con mayor ansiedad y ninguna conquistaba tan clamorosos aplausos” como la de ella. “Hablaban con unción, con dramatismo y con admirable claridad y belleza de lenguaje”, presentando con el más vivo realismo los aspectos más sombríos de la miseria popular, para luego llevar a sus oyentes al mundo futuro de las realizaciones del próximo gobierno, que “trocarían en una existencia feliz la vida sacrificada de los pobres”. Olavarría Bravo, que no guardaba un recuerdo especialmente afectuoso por ella, muestra las consecuencias de tales virtudes oratorias: “el pueblo deliraba oyendo a esta mujer admirable ... yo vi varias veces, en un espectáculo para todos novedoso, acercarse a ella a mujeres y niños que, con lágrimas en los ojos, le besaban las manos y la falda, retirándose felices después de rendir tan patético homenaje”. Esa aproximación mesiánica a la práctica política tampoco habría de ser ajena a los problemas que luego produjeron la caída de María de la Cruz. Como recuerda el mismo Olavarría Bravo, ella parecía desempeñar en Chile el papel que Eva Perón estaba cumpliendo en la Argentina, comparación que podía complacer a los admiradores chilenos del peronismo, pero que seguramente disgustaba a sus más numerosos detractores. Estos, a pesar del triunfo de Ibáñez en la elección presidencial, mantenían el control del Congreso y allí fue donde María de la Cruz, en lo que Olavarría Bravo considera un error, quiso ingresar: “desde el Ministerio de Trabajo o desde cualquiera otra función administrativa en que hubiera podido socorrer a los obreros chilenos dispensándoles viviendas, atención médica, vestuario y todos los

<sup>15</sup> Profesor Topaze, “La madona de las siete lunas”, *Topaze*, 28 de noviembre de 1952, N° 1050.

demás auxilios que puede prestar un gobierno compenetrado de su misión social [María de la Cruz] se habría convertido en un ídolo del pueblo que, ayudada por su electrizante palabra, nada ni nadie habría podido atajar en una carrera ascensional hacia el poder supremo".<sup>16</sup> Si María de la Cruz estaba en semejante posición es comprensible que ese ministerio no le fuera ofrecido por Ibáñez.

El nuevo presidente ofreció el Ministerio de Educación al Partido Femenino Chileno y María de la Cruz propuso para ese cargo a María Teresa del Canto, recientemente incorporada a las filas partidarias. Ese nombramiento produjo un profundo desagrado en la conducción del partido, pero se entiende que María de la Cruz propusiera a una recién llegada con mayores vínculos personales con ella que institucionales con el partido. Si ese fue su cálculo, sin embargo, se equivocó con la persona elegida, que no tardó en apartarse de las directivas partidarias.<sup>17</sup>

Por decisión propia o porque las circunstancias no le ofrecieron otra alternativa, María de la Cruz presentó su candidatura a la banca senatorial por Santiago que Ibáñez dejó vacante al asumir la presidencia. Para Olavarría Bravo se trataba de la opción por una labor más fácil, pero rodeada de peligros que su inexperiencia política no le dejaba captar.<sup>18</sup> De un modo u otro, pronto se la vio nuevamente en la calle arengando a la multitud, ahora para ganar votos para sí. Contó entonces con el apoyo de Ibáñez, quizás en agradecimiento hacia una persona que había contribuido decididamente con su campaña y por la que sentía particular afecto, quizás aliviado de que un astro tan fulgurante fuera a refugiarse en la opacidad de un cuerpo colegiado, de que abandonara la turbulencia de las calles por la somnolencia de los recintos. El tránsito de aquellas a estos probó ser fatal para su carrera política.

<sup>16</sup> Olavarría Bravo (1962), vol. 2, pp. 126-128.

<sup>17</sup> Klimpel (1962), p. 139. Clementina Gil dice en sus memorias que María Teresa del Canto era una maestra jubilada, ayudante de la secretaria de organización del Partido Femenino que estaba a su cargo. Véase Gil (2004), p. 33.

<sup>18</sup> Olavarría Bravo (1962), vol. 2, p. 128.



Figura 6.1 El presidente Ibáñez del Campo abraza a la senadora electa, *La Nación* (Santiago), 5 de enero de 1953. Fuente: Cultural Digital, Universidad Diego Portales, Chile.

En la elección del domingo 4 de enero de 1953 María de la Cruz obtuvo 107.585 votos, el 52% del total, aunque esa cifra era la mitad de la obtenida por Ibáñez pocos meses antes debido a la alta abstención.<sup>19</sup> Los muchos partidos que por entonces existían en Chile se habían coaligado en torno de tres candidatos: Germán Domínguez, apoyado por conservadores y socialcristianos; Humberto Mewes, sostenido por los comunistas y grupos radicales; y María de la Cruz, apoyada por ibañistas e independientes. Mientras los otros candidatos desarrollaron sus campañas dentro de los límites tradicionales de la política chilena, ella se dirigió a las mujeres y a los obreros como tales, no como parte de alguna parcialidad. En declaraciones efectuadas poco antes de la elección manifestó: "Mi misión consiste en luchar por unir a los obreros al margen de los partidos políticos. Los obreros y las mujeres unidos bajo una sola consigna y sostenidos por una sola voluntad, pueden y deben constituir el bloque más poderoso que jamás se haya registrado en la historia democrática de nuestro país".<sup>20</sup>

Ese llamado a ciertos grupos sociales para que se transformaran en una fuerza electoral más allá de los partidos políticos no era una visión circunstancial; por el contrario, constituía una de las constantes de la antipolítica de María de la Cruz. Su forma de hacer política era la negación de la política y de los partidos políticos, aun de aquellos con cuyo apoyo podría haber contado. No todos los partidos de la coalición ibañista, sin embargo, la habían apoyado: "he triunfado sin el apoyo de los partidos que cooperaron en la campaña del general Ibáñez", dijo en sus primeras declaraciones tras el triunfo. Lejos de tender un puente hacia ellos, buscó identificarse con el presidente a la vez que se distanciaba de su gobierno: "Creo que el espíritu de equidad y de justicia del Presidente Ibáñez comprenderá hoy, más nítidamente que nunca, que la renovación de nuestra democracia comienza fuertemente a buscar nuevas modalidades en el orden político ... Sé que el Presidente gobernará con los que auténticamente representan al pueblo". Su condena no se limitaba a los partidos de la coalición ibañista que no la habían acompañado sino a todos los partidos políticos: "Mi triunfo vuelve a ratificar este repudio del electorado hacia los partidos políticos ... los partidos son repudiados por la ciudadanía que se ha cansado de la mentira, de la inoperancia de los políticos y del olvido que

<sup>19</sup> *El Mercurio*, 5 de enero de 1953.

<sup>20</sup> *Ibid.*, 2 de enero de 1953, p. 11.

estos hacen del pueblo que los elige".<sup>21</sup> No eran palabras vanas en boca de quien la revista satírico-política *Topaze* reconocía como "el más influyente personaje del país" y "la mujer fuerte de este gobierno".<sup>22</sup>

Declaraciones de tan escasa prudencia podrían haber sido tomadas livianamente si María de la Cruz no hubiese ensalzado en sus discursos una doctrina política foránea. Mayor malestar causó aun, recuerda Felicitas Klimpel, que uniera "su entusiasmo por el justicialismo con la simpatía personal que ella sentía por el líder de esta doctrina".<sup>23</sup> Por entonces María de la Cruz había abandonado ya la causa feminista del partido que había fundado siete años antes para abrazar sin disimulo la de la justicia social según se expresaba tras los Andes: "soy peronista porque soy justicialista y Perón es el fundador del justicialismo ... soy ibañista porque la doctrina de Ibáñez es el justicialismo".<sup>24</sup> Esa admiración por la doctrina y la persona de Perón pronto le trajo problemas, aunque no antes de alcanzar un breve apogeo.

### La caída

El 20 de febrero de 1953 Perón llegó a Santiago en visita oficial. Ibáñez y todo su gabinete lo recibieron en la Estación Central y el día siguiente los dos presidentes firmaron el Acta de Santiago, estableciendo un período de 120 días en que los dos países negociarían un tratado para eliminar todas las restricciones comerciales entre ellos.<sup>25</sup> La visita del presidente argentino ocupó completamente la tapa de *El Mercurio*, el diario más importante de Santiago.<sup>26</sup> Solo la coronación de Isabel II de Gran Bretaña tuvo durante ese año cobertura tan destacada. Tras permanecer tres días en Santiago, Perón viajó en compañía de Ibáñez a Valparaíso, Huachipato y Concepción, con María de la Cruz como miembro de la comitiva. En todas partes el visitante arengó a las masas, para regocijo de estas pero no siempre del gobierno.<sup>27</sup>

<sup>21</sup> *Ibid.*, 5 de enero de 1953, p. 1.

<sup>22</sup> *Topaze*, 16 de enero de 1953, N° 1057.

<sup>23</sup> Klimpel (1962), p. 141.

<sup>24</sup> *Vea*, 3 de junio de 1953, N° 738, p. 4, cit. por Bray (1967), p. 41.

<sup>25</sup> Zanatta (2013), pp. 337-341.

<sup>26</sup> *El Mercurio*, 21 de febrero de 1953.

<sup>27</sup> La preocupación por el impacto popular de la visita de Perón, en Profesor Topaze, "Perón, el discípulo aprovechado", *Topaze*, 27 de febrero de 1953, N° 1063.



Figura 6.2 "Dineros argentinos van y vienen entre Perón y María de la Cruz", *Topaze*, 13 de marzo de 1953, N° 1065.



Figura 6.3 "Córtela, doña Mariquita, yo peco con manzanas, pero no con perones", *Topaze*, 6 de marzo de 1953, N° 1064.

Fuente: Memoria Chilena, Biblioteca Nacional Digital de Chile.

Perón tuvo también dos encuentros con dirigentes femeninas del ibañismo, donde las instó a unirse en torno del presidente y a formar parte de una federación iberoamericana de partidos femeninos cuya organización él propiciaría. De esas reuniones participaron, entre otras, María Hamuy, presidenta del Partido Progresista Femenino, y María de la Cruz, ya senadora, que pocos días antes había sido reemplazada en la presidencia del Partido Femenino Chileno por su protegida Beba Donoso.<sup>28</sup> Al finalizar

<sup>28</sup> *El Mercurio*, 23 y 26 de febrero de 1953. María Hamuy se sentía menos atraída por las ideas de Perón, ya que en junio de 1953 el partido que presidía adhirió a la carta enviada por Gabriela Mistral a Perón solicitando la libertad de Victoria Ocampo, según *El Mercurio*, 1° de junio de 1953, p. 25.

esa reunión, Perón hizo llegar “ayuda económica” a las dirigentes de los partidos que habían participado en ella a través de las diputadas argentinas Delia Degliomini de Parodi y Magdalena Álvarez, con el fin de facilitar la unión de los partidos femeninos en torno a Ibáñez. El resultado no fue el esperado, la unión, sino conflictos internos y la devolución del dinero, o al menos parte de él, a la supuesta donante, la Fundación Eva Perón, tras haberse frustrado su entrega por medio de la embajada argentina.<sup>29</sup>

No era necesaria la visita de Perón para que la sensibilidad chilena sintiera la voluntaria o involuntaria influencia del presidente argentino. Ibáñez era su amigo personal y su campaña había obtenido contribuciones de la Argentina, como lo denunció su propio embajador en Buenos Aires tras romper con él. Ibáñez, además, había anunciado su candidatura a la presidencia durante un viaje a Buenos Aires, para desesperación de algunos de sus seguidores, más atentos que él a los perjuicios de la vinculación con la Argentina.<sup>30</sup> María de la Cruz pasó a representar así el símbolo de esa nada accidental identificación: su primer acto como senadora fue pedir licencia para ir a la Argentina. Allí se alojó en una dependencia de la Fundación Eva Perón, siendo mantenida y agasajada por el gobierno argentino mientras daba conferencias sobre la confraternidad chileno-argentina y sobre las bondades del justicialismo. El senador Humberto Martones, parte de la coalición ibañista que la había apoyado en las elecciones de enero, había quedado sorprendido por las actividades de su colega al detenerse brevemente en Buenos Aires de regreso de una conferencia de la CEPAL en Brasil. Esas actividades no le parecieron apropiadas para un miembro del Senado de Chile y así lo informó al cuerpo. La senadora, habiendo leído en los diarios declaraciones en tal sentido efectuadas por Martones a su llegada, había hecho anticipadamente su descargo en la sesión anterior y nuevamente lo hizo tras la exposición de su crítico. El viaje a la Argentina

<sup>29</sup> DSD, 1956, pp. 1709-1710 (sesión 32ª, 5 de julio); Machinandiarena de Devoto (2005), pp. 398-400, que cita, entre otras fuentes, el artículo “A Eva Perón do Chile”, *O Cruzeiro*, 2 de mayo de 1953, y documentación diplomática. El episodio fue comentado en el editorial de *Topaze*, 13 de marzo de 1953, N° 1065.

<sup>30</sup> Bray (1967), pp. 39-43. La campaña de Ibáñez tuvo el “apoyo” de la embajada argentina, según Eleuterio Cardoso, por entonces agregado obrero en Chile, entrevistado en Buenos Aires el 13 de agosto de 1991.

se había debido, dijo en el Senado, a la necesidad de recuperar su salud lejos de las presiones que su popularidad acarrearía. ¿Alcanzaba esa explicación para revertir la menos favorable visión de sus actividades en Buenos Aires difundida por la prensa? La presencia solidaria en el recinto de “dos distinguidas componentes del Partido Peronista Femenino” subrayaba una falta de tacto político cuyas consecuencias no tardarían en llegar. Su manifiesta adhesión al peronismo daba menos credibilidad a sus palabras que a las de sus críticos.<sup>31</sup>

Su primera intervención en el Senado se había producido el 2 de junio de 1953, en defensa del gobierno de Perón ante las condenas de otros senadores por el encarcelamiento de conocidos intelectuales y políticos argentinos. Tras criticar su posición, uno de sus colegas finalizó premonitoriamente: “la senadora dijo a sus electores que con sus pequeños pies iba a entrar a este recinto. Y ha llegado. Pero ha entrado mal: en vez de comenzar con el pie derecho, ha entrado con el izquierdo, y dando un tropezón lamentable en su vida parlamentaria”.<sup>32</sup> María de la Cruz, lejos de retroceder, hizo aun más claras sus convicciones: “Defiendo al gobierno del señor Perón porque siento como mía propia la doctrina justicialista del gobierno hermano. No soy peronista; soy justicialista, por la esencia doctrinaria que lleva ese sistema”.<sup>33</sup> Admiraba a Perón, dijo, porque con él había llegado al gobierno la mayoría, lo que todavía no había sucedido en Chile. Esa aseveración la enfrentaba, involuntariamente quizá, con la coalición ibañista, que ella había apoyado y que en buena parte la había apoyado, que había obtenido alrededor del 50% de los votos en las elecciones presidenciales de septiembre de 1952, en su propia elección senatorial de febrero y en las parlamentarias de marzo de 1953. ¿Eran entonces sus aliados parte de esos gobiernos cuya insensibilidad social la sublevaba?

<sup>31</sup> Chile, Senado, *Diario de sesiones* (en adelante DSS), Santiago, 1953, t. 1, pp. 122-123 (sesión 4ª, 3 de junio), pp. 142-144 y 153-156 (sesión 5ª, 9 de junio). Las declaraciones de Martones sobre las actividades de María de la Cruz en la Argentina son comentadas en el editorial de *Topaze*, 22 de mayo de 1953, N° 1075.

<sup>32</sup> DSS, 1953, t. 1, pp. 49-55 y 68-73 (sesión 3ª, 2 de junio).

<sup>33</sup> DSS, 1953, t. 1, p. 119 (sesión 4ª, 3 de junio).



Figura 6.4 María de la Cruz y Perón, Buenos Aires, 14 de mayo de 1953. A la izquierda, Joaquín Peñailillo, hijo de ella; a la derecha, Raúl A. Apold, subsecretario de Informaciones. Fuente: Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Fotográficos, Inv. 222373.

Su severa crítica a todos los gobiernos anteriores no podía sino alienar la simpatía de sus colegas, pero además haciéndola por comparación con el gobierno argentino, María de la Cruz se situaba fuera del sistema político chileno. Ella se excluía de la práctica política aceptada al condenar la actitud de su crítico como algo inherente a la práctica política misma: "Yo no sé, Honorable Senado, si esto se acostumbra en política. ¡Yo nunca actuaré de esa manera!". Si su crítico había mentido no era una falta personal sino una falta de la política: "la mentira es el arma con que mejor trabaja la política". Su condena de la actividad política y su autoexclusión del sistema político chileno la separaban más de sus colegas que su vehemencia, su abierta adhesión al peronismo, o el poco ilustre origen electoral que la enorgullecía: "He sido elegida por un sector casi anónimo de la población".<sup>34</sup>

En tanto esto sucedía en el Senado, María de la Cruz tampoco las tenía todas consigo dentro de su propio partido. La disputa que se estaba produciendo por la conducción estalló en un enfrentamiento por el control de las oficinas partidarias. María de la Cruz, nuevamente presidente para uno de los sectores en pugna, clausuró el 2 de junio esas oficinas. El sector encabezado por su ex protegida Beba Donoso ocupó nuevamente el local, que fue atacado por la llamada "guardia crucista", fuerza de choque femenina que respondía a María de la Cruz. Las ocupantes de las oficinas salieron bajo la protección de los Carabineros, mientras la guardia crucista las injuriaba y pretendía agredirlas. La "pintoresca incidencia", como tituló *El Mercurio*, terminó con el fallo del árbitro designado por las partes, el intendente-alcalde de Santiago, por el que Beba Donoso asumía la presidencia del partido, se acordaba la convocatoria de la convención general del partido dentro de los noventa días, y se reconocían los derechos de afiliada de María de la Cruz. Ella, sin embargo, renunció al día siguiente a su afiliación al partido, siendo acompañada en tal actitud por miembros de la directiva nacional e integrantes de diversas asambleas (agrupamientos locales), que a su pedido se transformarían en "Centros de Bienestar Social" o "Comités de Ayuda Social".<sup>35</sup> Beba Donoso dice que el congreso partidario que ella había convocado como presidenta subrogante, ante el escándalo desatado en la prensa chilena por las actividades de María de la

<sup>34</sup> DSS, 1953, t. 1, p. 156 (sesión 5ª, 9 de junio).

<sup>35</sup> *El Mercurio*, 2, 3 y 4 de junio de 1953.

Cruz en Buenos Aires, le pidió que se dedicara a su tarea parlamentaria y dejara el partido.<sup>36</sup> El partido no sobrevivió a esa lucha por el poder, que se producía casi al mismo tiempo que los hechos que terminaron con la carrera política de su fundadora.

El 16 de junio María de la Cruz presentó el único proyecto de ley de su breve actuación parlamentaria: el otorgamiento de una pensión graciable a la viuda e hijos menores de un bombero recientemente fallecido en acto de servicio. Una semana más tarde se produjo su segunda intervención en los debates al considerarse el permiso solicitado por el presidente Ibáñez para viajar a la Argentina en el mes de julio de 1953, en devolución de la visita efectuada por Perón a Chile en febrero de ese año. Ese mismo día ingresó al Senado una petición de "inhabilidad" de María de la Cruz promovida por Ginna Maggi, Loreto Morandé de Alessandri y Matilde Ladrón de Guevara. La acusación se centraba en dos puntos, ambos basados en declaraciones de la senadora a la revista *Vea*: (1) su ingenua aceptación de haber inscripto una casa a su nombre mientras un amigo tramitaba la nulidad de su matrimonio, haciéndose cómplice del ocultamiento del bien en perjuicio de la mujer de su amigo; y (2) la no menos ingenua declaración de haber servido como gestora en una venta de relojes a los ferrocarriles a cambio de la promesa del beneficiario de ayudar al Partido Femenino. El caso parecía más moral que estrictamente legal, pero también lo era político: la senadora, decían las firmantes, "se ha visto envuelta ... en mil querellas y escándalos, aun en contra del régimen democrático chileno del cual es constante detractora".<sup>37</sup>

El peronismo de María de la Cruz no era una cuestión de interés teórico: en esos días se estaba discutiendo el convenio comercial argentino-chileno, que suscitaba fuerte resistencia en el Senado, tanta como la que los aparentes designios de Perón respecto de Chile despertaba en ámbitos más amplios.<sup>38</sup> Ella misma, de regreso de la Argentina en noviembre de 1952, había sido portadora de un inquietante mensaje unitario de Perón,

<sup>36</sup> Gil (2004), p. 39.

<sup>37</sup> DSS, 1953, t. 1, pp. 212 (sesión 6ª, 16 de junio), pp. 229-230 (sesión 7ª, 23 de junio) y 302-304 (sesión 8ª, 30 de junio). Klimpel (1962), pp. 142-143, destaca los motivos políticos de la acusación.

<sup>38</sup> La discusión de las consecuencias políticas del convenio comercial, en DSS, 1953, t. 1, pp. 289-292 (sesión 8ª, 30 de junio).

como recordó el senador Eduardo Moore.<sup>39</sup> La penetración peronista era vista con preocupación tanto por el senador conservador Francisco Bulnes Sanfuentes como por el senador socialista Salvador Allende, quien recordó entonces una sesión secreta efectuada tres años antes para analizar el significado para Chile del “espíritu de hegemonía de la Argentina de Juan Domingo Perón”.<sup>40</sup> María de la Cruz era la representante del peronismo en Chile: su declaración de fe justicialista, publicada en Buenos Aires en mayo de 1953, fue reproducida en *Topaze*.<sup>41</sup> Los argumentos presentados en el pedido de inhabilidad llevaban, por lo tanto, una carga política más pesada que las acciones que se le inculcaban.

Ginna Maggi dio luego su versión del proceso por el que María de la Cruz fue excluida del Senado.<sup>42</sup> Profesora de danza residente en Buenos Aires desde 1939 y conocedora de las actividades de la senadora en la Argentina, Maggi había regresado a Chile decidida a denunciarla como agente peronista. Ibáñez, a quien Maggi había conocido en Buenos Aires y cuya candidatura había apoyado activamente allí, no la recibió. Tampoco fue recibida por la esposa del presidente, ocupada, el día de la cita que le había dado, en tomar el té con la senadora. Finalmente solo pudo exponer su caso ante la suegra del general, quien le recomendó abandonar su empresa. La vía directa, que no necesitaba de otra evidencia que la palabra, había fracasado: era necesario entonces buscar argumentos para una acusación formal ante el Senado. Su relato expone la desesperada búsqueda de esos argumentos, pronto desestimados por la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia del Senado.<sup>43</sup>

La actuación de María de la Cruz no era por cierto completamente prolija, pero tampoco manifiestamente ilegal. Ella y sus acusadoras coincidían en que detrás de los argumentos circunstanciales había otros de mayor peso, pero que difícilmente sirvieran para inculcarla: la adhesión de la senadora al justicialismo y la influencia de Perón en Chile. “Han actuado tres personas que quieren eliminarme porque soy justicialista”, dijo

<sup>39</sup> DSS, 1953, t. 1, p. 471 (sesión 11ª, 14 de julio).

<sup>40</sup> *Ibid.*, pp. 124-125 (sesión 4ª, 3 de junio) y 476 (sesión 11ª, 14 de julio).

<sup>41</sup> “Mi declaración de fe justicialista”, *Topaze*, 26 de junio de 1953, N° 1080.

<sup>42</sup> Maggi (1957), pp. 150-183.

<sup>43</sup> DSS, 1953, t. 2, pp. 680-693 (sesión 14ª, 28 de julio), anexo de documentos.

María de la Cruz al Senado y en su defensa agregó: “la consigna de ellas es impedir que los ideales del justicialismo se propalen y yo los propalo”.<sup>44</sup> Esta era precisamente la causa no demasiado oculta del pedido de inhabilidad y el Senado votaría más sobre ella que sobre los argumentos de sus acusadoras. Es cierto que en el Senado había otros amigos del presidente argentino, como Fernando y Eduardo Alessandri y Guillermo Izquierdo Araya. Perón había sido amigo personal del padre de los primeros, el ex presidente Arturo Alessandri. El senador Izquierdo Araya, que no había ocultado otrora sus simpatías nazis, había acompañado a María de la Cruz en la defensa del régimen peronista a comienzos de junio. Ninguno de ellos, sin embargo, se había proclamado justicialista, ni había traspasado los límites impuestos por la aceptación de la práctica de la democracia en la vida política chilena.

El 4 de agosto de 1953 el Senado votó acerca de la petición de inhabilidad de María de la Cruz. En la primera votación el informe de la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia fue rechazado por 17 votos contra 14, y 7 abstenciones. De ese modo el pedido de inhabilidad quedaba aprobado. Por haberse suscitado un problema reglamentario debió llevarse a cabo una segunda votación, en la que, de acuerdo con el reglamento, las abstenciones se sumarían a la mayoría. En ella hubo 18 votos en contra del informe de la Comisión, 16 a favor y 3 abstenciones, por lo que la petición de inhabilidad quedó aprobada por 21 votos contra 16.<sup>45</sup> El secreto de la votación y la no fundamentación del voto impide saber quiénes apoyaron a María de la Cruz y quiénes votaron por su destitución. Ginna Maggi solo contaba de antemano con el apoyo de dos senadores radicales, tres liberales y del socialista Salvador Allende, que conformaban el núcleo antiperonista del Senado. *El Mercurio* indicó que nueve senadores de la oposición habían apoyado a la senadora, en tanto que tres del gobierno se habían pronunciado en contra de ella, fuese con su voto o con su abstención.<sup>46</sup> *Topaze*

<sup>44</sup> La defensa de María de la Cruz, en DSS, 1953, t. 2, pp. 723-729 (sesión 15ª, 29 de julio).

<sup>45</sup> DSS, 1953, t. 2, pp. 805-816 (sesión 16ª, 4 de agosto).

<sup>46</sup> *El Mercurio*, 9 de agosto de 1953. María de la Cruz señaló posteriormente entre sus oponentes a los senadores Eduardo Frei Montalva, luego presidente de Chile por la democracia cristiana, y Salvador Allende, quien pagó su voto adverso cuando, ya presidente, se vio enfrentado por las “marchas de las cacerolas vacías”, organizadas, según María de la Cruz, por ella y Blanca Luz Brum. Véase *Hoy*, 13 al 19 de febrero y 3 al 9 de septiembre de 1980.

señala que los senadores católicos “la favorecieron con su voto”, pero que su inhabilidad se debió en gran parte “al encono de los ibañistas”.<sup>47</sup>

El ibañismo se desinteresó rápidamente por la suerte de su antigua aliada, cuya caída no produjo comentarios ni otra preocupación que la disputa por la representación del sector en las elecciones complementarias para reemplazarla. Ibáñez había pedido al presidente del cuerpo, Fernando Alessandri, que apoyara a la senadora, pero eso no fue suficiente para mantenerla en su cargo. Ella, según Maggi, descargó su ira sobre Ibáñez, de quien se mantuvo alejada durante algunos meses. El presidente, sin embargo, no había dejado de apreciar a quien había jugado un papel fundamental en su campaña. Pronto le envió a su secretario y María de la Cruz dio cuenta de la reconciliación en sus audiciones radiales.<sup>48</sup> Quedaba de tal modo fuera del Senado pero cerca del presidente. Por esa proximidad se convirtió dos años después en la vía utilizada por Perón para explorar la posibilidad de residir en Chile.

La publicidad que rodeó al pedido de inhabilidad y la tramitación que este tuvo en el Senado no favoreció a María de la Cruz. Perón se lo había dicho: ella no era política.<sup>49</sup> Su intento de reingresar a la institución que la había excluido presentándose como candidata en las elecciones complementarias realizadas para reemplazarla fracasó estrepitosamente. De los 107.585 votos que se jactaba de haber obtenido en enero de 1953 alcanzó a recuperar 14.834 en octubre del mismo año. En esta elección las fuerzas ibañistas presentaron cuatro candidatos distintos y María de la Cruz solamente tuvo el apoyo del Partido Laborista. Aunque en conjunto obtuvieron más de la mitad de los votos, fueron derrotados por el candidato de la oposición, el abogado socialista Luis Quinteros Tricot, apoyado por todo el antiibañismo: conservadores, liberales, socialcristianos, comunistas y socialistas. Esta era la alianza de los partidos políticos contra quienes, como la ex senadora, negaban su existencia: “Hemos triunfado contra esa masa amorfa del ibañismo, que creyó que no debían existir y subsistir los

<sup>47</sup> *Topaze*, 14 de agosto de 1953, N° 1087.

<sup>48</sup> *El Mercurio*, 9 de agosto de 1953; Maggi (1957), pp. 171-173 y 212-213.

<sup>49</sup> Según María de la Cruz, Perón le dijo: “Cuando usted por defender a la señora Donoso, delante de mí, en la Embajada, jugaba la unidad de todas las fuerzas femeninas ibañistas, comprendí que usted no era política” (DSS, 1953, t. 2, p. 725).

partidos políticos"; pero también contra quienes, como ella misma, representaban la injerencia peronista: "hemos triunfado contra el justicialismo que creyó posible comprar con dinero la conciencia cívica del pueblo chileno", dijo el candidato triunfante. María de la Cruz, tercera entre los candidatos ibañistas, apenas consiguió el 7% de los votos.<sup>50</sup> No terminaron allí, sin embargo, sus esfuerzos para retornar al Congreso.

El intento de ingresar a la Cámara de Diputados en 1957 tampoco resultó exitoso. En las elecciones del 3 de marzo de ese año se presentó en el primer distrito de Santiago encabezando la lista N° 3 del Partido Laborista, que apoyaba al candidato a senador Orlando Latorre, del Partido Agrario Laborista, uno de los de la coalición ibañista. Su campaña electoral no fue demasiado visible en los diarios pero estuvo más activa en las calles: el día de la elección organizó sesenta y nueve "Secretarías Móviles María de la Cruz con Orlando Latorre" en las diez comunas de ese distrito. Tanto esfuerzo, no obstante, se frustró: ni Latorre ni ella fueron elegidos. María de la Cruz obtuvo 1.197 votos y la lista que integraba, 1.869 votos. La cifra necesaria para que una lista obtuviera un diputado en esas elecciones fue 4.367 votos, pero solamente dos de los dieciocho diputados elegidos la superaron y un tercero la alcanzó. Los otros quince diputados elegidos tuvieron menos votos y, si las cifras del diario *La Nación* no son erróneas, uno de ellos consiguió solo 917 votos. Entre los elegidos hubo dos mujeres: María Correa Morandé, del Partido Liberal, con 1.617 votos; y Ana Eugenia Ugalde, del Partido Radical, con 2.143 votos.<sup>51</sup> Ginna Maggi afirmó que María de la Cruz había obtenido solamente mil votos, pero no puso ese resultado en el marco de estas cifras.<sup>52</sup>

Los escollos que encontraron esos intentos se debían al extremo recelo con que se había visto en Chile la influencia de Perón. Una semana después de la destitución de María de la Cruz el Senado discutió la intromisión argentina en la radiodifusión chilena; y casi dos años más tarde, en junio de 1955, la Cámara de Diputados formó una Comisión Especial Investigadora "de las actividades que desarrollan en el país determinados

<sup>50</sup> *El Mercurio*, 5 de octubre de 1953.

<sup>51</sup> *La Nación* (Santiago), 6 de marzo de 1957.

<sup>52</sup> Maggi (1957), p. 90.

elementos provenientes de dictaduras americanas”, largo eufemismo para evitar mencionar al gobierno de Perón, todavía en el poder.<sup>53</sup>

A fines de 1955 la injerencia peronista en Chile cobró renovada notoriedad con la publicación de 23 artículos de Raúl González Alfaro en el periódico radical *El Debate*. Uno de los muchos periodistas chilenos que tras la caída de Perón habían ido a Buenos Aires a recoger información sobre su gobierno, González Alfaro se había interesado en obtenerla también sobre la penetración del peronismo en Chile. Su éxito en tal sentido hizo que tres diputados chilenos, encabezados por Florencio Galleguillos Vera, presidente de la comisión investigadora nombrada en junio anterior, fuese a la Argentina en busca de documentación.<sup>54</sup> La comisión presentó su informe a la Cámara el 5 de julio de 1956, tras haber realizado 57 sesiones, interrogado a 56 personas y remitido 280 oficios requiriendo el testimonio de autoridades y de particulares. Sus conclusiones indicaban “la existencia de una acción permanente y organizada de parte del Gobierno Peronista Argentino, destinada a penetrar en nuestras instituciones fundamentales”.<sup>55</sup> El propósito de esa penetración, continuaban las conclusiones, era imponer en la democracia chilena métodos, ideas y principios reñidos con su constitución, con sus normas de convivencia ciudadana y con su historia. La comisión había comprobado que tal acción se había llevado a cabo no solamente por medio de agentes extranjeros sino también contando con la pasividad del gobierno y “con la participación desgraciada, pero activa y remunerada, de chilenos transformados así en agentes de esta empresa anti-nacional”. Una de las pruebas aportadas fueron los recibos originales del dinero pagado por la embajada argentina a Clementina Gil de Donoso por “difundir la doctrina peronista en Chile”.<sup>56</sup>

María de la Cruz misma atrajo la atención de la comisión tanto por el peronismo que propagaba en sus audiciones radiales cuanto por los generosos fondos que había recibido de Buenos Aires para financiar sus actividades y las de su nuevo partido, la Unión Nacional Laborista. “En esto de la penetración en el campo gremial y sindical”, dijo Galleguillos Vera, “no

<sup>53</sup> DSS, 11 de agosto de 1953, t. 2, pp. 933-940; y DSD, 1956, p. 1692 (sesión 32ª, 5 de julio).

<sup>54</sup> Bray (1967), p. 45.

<sup>55</sup> DSD, 1956, p. 1692 (sesión 32ª, 5 de julio).

<sup>56</sup> *Ibid.*, pp. 1712-1713.

podía faltar, por cierto, la intervención de la señora María de la Cruz, que ha sido indudablemente figura destacada en todas estas empresas justicialistas y que ha gritado su fervor peronista en todos los lugares y de los más variados”.<sup>57</sup> Perón coincidía con esta apreciación acerca de la actividad de María de la Cruz: “Sé que usted allí es el arma y el nervio de todo lo que se hace, de modo que está demás que me diga que usted es decidida propulsora de nuestro Movimiento”.<sup>58</sup> La comisión había obtenido en Buenos Aires doce cartas de María de la Cruz a Perón y tres al mayor Máximo Renner, ayudante de Perón, remitidas entre marzo de 1953 y agosto de 1955.<sup>59</sup> Esas cartas habían sido dadas a la comisión legislativa chilena por la Comisión Investigadora del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina para la preparación de un informe conjunto sobre las actividades del gobierno de Perón en Chile. El proyecto se frustró por la abrupta –desde la perspectiva del diputado informante– finalización de las labores de la comisiones investigadoras argentinas el 15 de abril de 1956 dispuesta por un decreto de nueve días antes.<sup>60</sup> María de la Cruz fue invitada a declarar pero se negó, por lo que la comisión se limitó a incorporar esas cartas a la investigación. Una de ellas, del 18 de mayo de 1955, leída íntegramente en la Cámara, causó particular irritación por los imprudentes comentarios que le hacía a Perón.<sup>61</sup> Esa carta dio pie para que se descargaran ataques contra el gobierno y contra Ibáñez mismo por su complacencia con Perón y por el ocultamiento de documentación que la comisión había obtenido tardíamente.

En mayo de 1956, el senador Isauro Torres denunció en el recinto que las actividades de la comisión investigadora de la Cámara de Diputados se habían visto entorpecidas por la acción del gobierno chileno, interesado en

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 1776. “Galleguillos investiga la infiltración justicialista, pero no la penetración yanqui ni comunista”, le dice Perón a María de la Cruz en su carta del 12 de mayo de 1956, en Perón (1991), p. 116.

<sup>58</sup> Perón a María de la Cruz, Caracas, 11 de noviembre de 1956, en Perón (1991), pp. 132-135.

<sup>59</sup> DSD, 1956, p. 1781 (sesión 32ª, 5 de julio). Diez de las cartas enviadas por María de la Cruz a Perón (de 10 de marzo, 30 de abril, 9 de mayo, y 7 de diciembre de 1953; 2 de enero y 29 de agosto de 1954; 17 de abril, 15 de junio, 10 de julio y 18 de agosto de 1955) y dos de las enviadas a Máximo Renner (de 8 y 13 de junio de 1955) fueron publicadas por Maggi (1957), pp. 267-294.

<sup>60</sup> DSD, 1956, p. 1707 (sesión 32ª, 5 de julio).

<sup>61</sup> *Ibid.*, pp. 1785-1787. Esa carta, que no fue publicada por Maggi, está en Perón (1991), pp. 194-197.

ocultar sus deudas con Perón. El capitán de fragata Francisco Manrique, edecán del presidente Aramburu, había ido secretamente a Chile llamado por Ibáñez, urgido por la necesidad de contar con la colaboración del gobierno revolucionario argentino para evitar que el incómodo pasado saliera a luz. Una de las pruebas de tal negociación estaba dada por el reemplazo que había tenido lugar en esos mismos días del embajador de Chile en Buenos Aires, Conrado Ríos Gallardo, que cumplía funciones allí desde la asunción de Ibáñez y por quien el nuevo gobierno argentino no sentía particular estima, por el senador conservador y conocido antiperonista Fernando Aldunate Errázuriz. Otra de las pruebas era la supresión, a pedido de Manrique, de las audiciones por Radio Corporación, de propiedad del estado, donde María de la Cruz difundía su fe peronista.<sup>62</sup> Ibáñez logró la colaboración del gobierno argentino para ocultar un pasado incómodo y este la de aquel para evitar la presencia de Perón en Chile.

El diputado Galvarino Rivera, estrecho asociado de María de la Cruz, respondió a los cargos acusando a los integrantes de la comisión de actuar bajo la influencia del gobierno argentino. En julio, la votación sobre las conclusiones de la comisión mostró la amplitud con que era aceptada la sanción moral que implicaban: 83 diputados votaron por la afirmativa, trece se abstuvieron y solamente uno votó por la negativa.<sup>63</sup> Dos meses antes Perón estaba pensando en ir a Chile: esta condena debe de haber influido en su decisión de no hacerlo.

### Las cartas de Perón

Perón envió a María de la Cruz 31 cartas entre 1955 y 1969, según el fondo documental conservado en el archivo de la Hoover Institution.<sup>64</sup> Veintidós de ellas fueron escritas en Panamá en los ocho meses corridos entre el 1° de diciembre de 1955 y el 30 de julio de 1956; seis fueron remitidas desde Caracas en los cinco meses que van desde el 29 de octubre

<sup>62</sup> *El Mercurio*, 18 de mayo de 1956, pp. 19-20. La remoción de Ríos Gallardo fue atribuida por Galleguillos Vera a su colaboración con la comisión por él presidida, en DSD, 1956, p. 1791 (sesión 32ª, 5 de julio). La supresión de la audición radial de María de la Cruz es mencionada por Perón en la carta enviada desde Panamá el 23 de abril de 1956, en Perón (1991), p. 110.

<sup>63</sup> DSD, 1956, p. 2316 (sesión 38ª, 18 de julio).

<sup>64</sup> Perón (1991), pp. 79-155.

de 1956 al 25 de marzo de 1957; una desde la entonces Ciudad Trujillo en noviembre de 1958 y dos desde Madrid en abril de 1966 y abril de 1969. El contenido de las tres últimas cartas hace suponer que no se trata de un descuido de María de la Cruz el no haber guardado otras, sino que ellas no existieron. Las fechas de estas cartas se corresponden con la evolución de la situación en Chile y de las intenciones de Perón. La carta del 25 de marzo de 1957 cierra un capítulo de su exilio: tras haber escrito a María de la Cruz con una frecuencia promedio de dieciocho días entre carta y carta, la carta siguiente fue enviada un año y ocho meses después.<sup>65</sup> La condena de la interferencia del gobierno de Perón y de las actividades de sus aliados chilenos por la Cámara de Diputados a mediados de 1956, debe de haberle advertido que el camino de Santiago no era de fácil recorrido. Luego vino el distanciamiento de María de la Cruz del presidente Ibáñez y, ya reconciliados, las quejas de este respecto de Perón que ella le transmitió a fin de ese año; y, finalmente, el eclipse político de María de la Cruz, con su derrota en la elección parlamentaria del 3 de marzo de 1957. Pero a la situación chilena debe sumarse la propia de Perón: había encontrado finalmente en Caracas un lugar donde podía residir sin mayores apremios políticos y mantener una fluida comunicación con la Argentina. La situación argentina, por lo demás, no lo reclamaba con la urgencia que a principios de 1956 suponía.

La primera mención de las intenciones de Perón de ir a Chile se encuentra en la carta del 7 de diciembre de 1955, donde anunciaba que pronto viajaría a México para arreglar la publicación de un libro suyo, *La fuerza es el derecho de las bestias*, pero creía que más adelante debería acercarse a la Argentina. En tal sentido había pensado que "tal vez un lugar bueno sería Valparaíso", ya que "desde allí podría actuar mejor y con gran sigilo, por las vinculaciones y posibilidades de filtrarse sin peligro a través de la frontera". Le pedía entonces que tratase el asunto con Ibáñez.<sup>66</sup> Una semana más tarde, sin embargo, le dijo que estaba muy bien en Panamá y solo se movería para acercarse a la Argentina. "Somoza quiere que vaya a Nicaragua, Trujillo a la R. Dominicana, Borlengui [sic: Borlenghi] a Cuba, otros

<sup>65</sup> Perón a María de la Cruz, Caracas, 25 de marzo de 1957, *ibid.*, pp. 148-150.

<sup>66</sup> Perón a María de la Cruz, Colón, 7 de diciembre de 1955, *ibid.*, pp. 81-82.

amigos a Venezuela, para Europa tengo llamados de todas partes”, pero en medio de tal riqueza de ofertas le confiaba: “mis deseos serían poder algún día ir a Chile pero no quiero darles dolores de cabeza a ustedes allí”. La respuesta que tal comentario suscitara de María de la Cruz le serviría para explorar el ambiente, intención subrayada por el encargo de saludar de su parte a todos los amigos “y en especial al General Ibáñez”.<sup>67</sup>

En su carta del 7 de febrero de 1956, Perón insistía en presentar un panorama rico en posibilidades. Tras el triunfo de Juscelino Kubitschek y João Goulart en Brasil, su amigo Geraldo Rocha le pedía que se trasladara allí, pero él prefería Chile “primero porque de allí trabajaré mejor, segundo porque usted está allí y tercero porque Chile me gusta más y es más parecido a nosotros”. La respuesta a su anterior exploración parece haber sido positiva: “con la información que me hace llegar del Ministerio del Interior, la opinión favorable del General [Ibáñez] y las posibilidades que conocemos, yo no dudo en absoluto en trasladarme a Chile cuanto antes”.<sup>68</sup> Quizás no completamente positiva, ya que Perón terminaba aceptando la sugerencia de su corresponsal de hacerlo más adelante, con mayor tranquilidad.

Aunque en la carta del 5 de marzo de 1956 Perón no mencionaba el tema, en la del 14 de marzo se presentaba con dramática urgencia: una carta enviada al presidente Aramburu había sido considerada un acto violatorio del derecho de asilo.<sup>69</sup> Perón consideraba que el silencio que el gobierno panameño quería imponerle estaba reñido con su dignidad. La urgencia por arreglar una eventual residencia en Chile era solo moral, pero no podía ser mayor. Ricardo Guardo, ex presidente de la Cámara Diputados de la Nación y entonces exilado en Santiago, ya había inquirido a Ibáñez acerca de la posibilidad de recibir a Perón en Chile.<sup>70</sup> Guardo también tenía cierta relación con Ibáñez, pero mucho más distante que la de María de la Cruz. Lo había conocido en 1930, al pasar por Chile de regreso de Perú donde

<sup>67</sup> Perón a María de la Cruz, Colón, 14 de diciembre de 1955, *ibíd.*, pp. 82-83.

<sup>68</sup> Perón a María de la Cruz, Colón, 7 de febrero de 1956, *ibíd.*, pp. 92-94.

<sup>69</sup> Perón a María de la Cruz, Panamá, 5 de marzo de 1956 y 14 de marzo de 1956, *ibíd.*, pp. 94-99 y 99-101, respectivamente; Perón a Pedro Eugenio Aramburu, República de Panamá, 5 de marzo de 1956, en Baschetti (1988), p. 55.

<sup>70</sup> Guardo (1963), pp. 74-76.

había asistido a un congreso enviado por el presidente Irigoyen. Diez años más tarde había atendido a la mujer de Ibáñez en su consultorio odontológico, durante el exilio de ellos en Buenos Aires. Al llegar a Chile como exilado en enero de 1956 fue recibido por Ibáñez, quien solucionó los problemas de su radicación. La respuesta de Ibáñez a la consulta de Guardo fue que no habría dificultades para que Perón residiera en el norte o el sur, pero no podría hacerlo en Santiago o Valparaíso. Perón dudaba de que esa hubiese sido efectivamente la respuesta, ya que no veía qué diferencia podía haber: lo que tenía que hacer podía hacerlo en cualquier lugar y no pensaba utilizar la hospitalidad chilena para provocar una situación difícil con la Argentina. Dudaba de que Guardo le hubiese transmitido con exactitud lo dicho por Ibáñez, pero comprendía la preocupación de este: "Santiago o Valparaíso, tan cerca de la frontera". Como si Antofagasta, Concepción, Talca, Talcahuano (los lugares mencionados por Perón) estuviesen más lejos de la Argentina: Ibáñez imponía condiciones solamente para hacerle entender a Perón que no sería libre de hacer lo que quisiera. Perón sabía que era así y a través de María de la Cruz quería transmitir seguridad: no iría a Chile como asilado sino como turista, y una vez allí el gobierno decidiría qué hacer con él. Quería transmitir seguridad porque, al haberla perdido en Panamá, era lo que buscaba. En esa carta del 14 de marzo, con no escasa precisión, Perón vaticinaba su futuro. Podía ir a otros países: Venezuela, Colombia, Brazil [sic], Nicaragua, Costa Rica, Cuba, pero ninguno de ellos era comparable a Chile "por lo caro de la vida y la mayor distancia a la Argentina"; o también a Europa, "lo más conveniente desde el punto de vista personal, pero lo más inconveniente desde el punto de vista de nuestras cuestiones políticas". Cinco meses después estaba en Caracas y tres años y medio más tarde en España, donde el prolongado exilio subrayó la certidumbre de su previsión. Terminaba entonces su carta pidiendo a María de la Cruz que le dijese, de acuerdo con lo que ella había conversado con Ibáñez, "a qué debo atenerme en caso que debiera trasladarme en cualquier momento a Chile y qué debo hacer para poder realizarlo con menores dificultades". Aunque no tuviese intención de viajar inmediatamente, Perón, en su lenguaje, buscaba un reaseguro. Ella, por su cercanía con Ibáñez, era quien debía averiguar si Chile lo sería: "yo no

deseo que otra persona, que no sea usted, intervenga en el asunto”.<sup>71</sup> Era un halago, sin duda, pero no tenía a nadie más que pudiera hacerlo.

Dos semanas más tarde, el 28 de marzo de 1956, Perón escribió: “con referencia a mi viaje a Chile, quedo impuesto perfectamente de todo lo que necesito saber y en condiciones de proceder de la mejor manera, dentro de las circunstancias que caracterizan este momento político”. Chile podía ser el reaseguro, parece indicar este críptico párrafo, pero era conveniente dejarlo como tal. María de la Cruz le había hecho conocer el estado espiritual de Ibáñez y sus opiniones respecto del posible viaje. Perón se declaraba satisfecho por esa información, que le permitiría escribirle “seguro de no cometer ningún error en mi pedido”. María de la Cruz parecía haberle recomendado que viajase a Europa y que dejase a Chile para más adelante. Perón aceptaba la recomendación sin entusiasmo. “Nuestro Movimiento”, decía, “tiene sus caracteres originales: uno de ellos es su apego a mi persona que lo hace indeciso y timorato, cuando pierde su contacto conmigo”.<sup>72</sup> Como el gobierno argentino buscaba hacerlo aparecer alejado de la política, poner mayor distancia tendría “una influencia muy negativa en la moral del pueblo”: por eso, oportunamente, “sería de extraordinaria conveniencia poder estar en Chile”. La urgencia había desaparecido porque las autoridades panameñas habían ablandado su posición. Pero ese ablandamiento, aunque ya no forzaba a Perón a irse de inmediato, por las nuevas obligaciones que le creaba con sus anfitriones, le impedía dejar de imaginar otros horizontes. Estaba menos presionado, pero aún debía prever su eventual traslado y lo hacía con mayor precisión: Venezuela y la República Dominicana encabezaban la enumeración de sus posibles destinos, España seguía entre otras alternativas. La tormenta había pasado para Perón, pero en medio de ella María de la Cruz le había servido de refugio: “Muchas gracias por todo”, cerraba la carta, “lo que no podré pagarle aunque viva dos vidas más”.<sup>73</sup> La escasa afición de Perón por manifestar abiertamente sus sentimientos indicaba la gravedad de sus apuros.

En la carta del 10 de abril de 1956 la mención del viaje a Chile ha desaparecido. Era *La fuerza es el derecho de las bestias*, que María de la Cruz

<sup>71</sup> Perón a María de la Cruz, Panamá, 14 de marzo de 1956, en Perón (1991), pp. 99-101.

<sup>72</sup> Perón a María de la Cruz, Panamá, 28 de marzo de 1956, *ibid.*, p. 102.

<sup>73</sup> *Ibid.*, pp. 101-104.

había publicado en Santiago, lo que ocupaba la atención de Perón.<sup>74</sup> Diez días más tarde, sin embargo, Perón insistió en preservar a Chile como su reaseguro: “temo que las visitas [de Manrique] me lo puedan ablandar al General [Ibáñez] y que un día no me sea posible ir a Chile cuando sea oportuno”. Ella era quien debía conseguirlo: “lo espero todo de usted María que es la única que puede hacer algo en este sentido”.<sup>75</sup> Tres días después de esta carta Perón le envió otra consolándola por sus contratiempos políticos y personales: había perdido su audición radial; era posible que dejase de escribir en *La Nación*; y, peor aun, había sufrido un atentado. Perón identificaba la lucha de ella con la suya: “es usanza de la guerra el vencer y ser vencido”, pero si “los que ponen dinero piensan en su vida, los que ponemos el alma pensamos en la eternidad”.<sup>76</sup> El 6 de mayo Perón le anunció otro viaje, pero dentro de Panamá: volvería a Colón, que era una ciudad chica donde tenía a sus mejores amigos.<sup>77</sup>

Desde Colón le escribió el 12 de mayo de 1956 acusando recibo de la noticia de la agitación que en contra de ambos se estaba produciendo en Chile por la actividad de la Comisión Especial Investigadora de la Cámara de Diputados encargada de indagar la infiltración peronista. María de la Cruz, así lo sospechaba Perón, se había visto afectada por esas averiguaciones: “yo leo su carta y la encuentro un poco cabilosa [sic] y noto impresionada su palabra por la infamia que, en otras circunstancias, no le llegaba”. Perón intentaba darle ánimo: “que hablen mal, pero que hablen. ¡Pobre de usted el día que dejen de hacerlo!”. La campaña organizada en contra de ellos, le decía, tenía como todas su reverso: “las organizaciones de malvados gobiernan todo menos los pueblos que, precisamente, es lo que ellos quieren y creen gobernar”. Ese error era para Perón su mayor ventaja y a quienes lo cometían habría de serles funesto por “nuestra acción o la del comunismo”. Perón retornaba así a la imagen de un futuro ineluctable donde el triunfo del comunismo solo podría evitarlo el justi-

<sup>74</sup> Perón a María de la Cruz, Panamá, 10 de abril de 1956, *ibíd.*, pp. 105-106. Además de la edición de Santiago, hubo otras en 1956 en La Habana, Lima y México; en 1957, una Caracas y otra en Madrid, en la que eliminó referencias a la Iglesia Católica; y en 1958, una en Montevideo y varias, sin mención de ciudad, en la Argentina. Véase Perón (1956).

<sup>75</sup> Perón a María de la Cruz, Panamá, 20 de abril de 1956, *ibíd.*, pp. 106-109.

<sup>76</sup> Perón a María de la Cruz, Panamá, 23 de abril de 1956, *ibíd.*, pp. 110-111.

<sup>77</sup> Perón a María de la Cruz, Panamá, 6 de mayo de 1956, *ibíd.*, pp. 111-113.

cialismo. La persecución de que este era objeto en su persona, en la de sus partidarios en la Argentina, en la de ella en Chile, era toda en su beneficio: "el clandestinismo es el signo de triunfo en los tiempos modernos", afirmaba acertadamente quizá pero sin prever sus consecuencias. Ella debía mantenerse en la lucha por el pueblo, le decía, no por la senaduría cuya recuperación parecía haber producido sus desvelos. "Al Pueblo se lo sirve defendiendo la verdad, sosteniendo la justicia social, la independencia económica y la soberanía nacional", las tres banderas del justicialismo, "hoy sojuzgadas por el capitalismo internacional y el imperialismo imperantes". De estos era esa hora, pero "nuestra será la 'hora de los pueblos'": pretender adelantarla era vano intento.<sup>78</sup> No era ciertamente el momento de ir a Chile, donde al mismo tiempo que se debatía en la Cámara de Diputados la pasada injerencia peronista, el comandante en jefe del ejército era relevado por denunciar un contrabando de armas que con la anuencia del gobierno intentaban efectuar exilados argentinos.<sup>79</sup>

Perón no volvió a referirse a su posible viaje a Chile hasta después de su traslado a Venezuela en agosto de 1956. En julio, por la presencia de Aramburu en Panamá durante la conferencia de presidentes americanos, Perón debió visitar Nicaragua, "lindo país que recién he tenido la suerte de conocer así como [a] su magnífico Presidente el General Anastasio Somoza, todo un hombre, que resalta entre las gallinas que hoy gobiernan muchos países".<sup>80</sup> Esta era una poco amable referencia al indeciso Ibáñez. Por la tibieza de su antiguo amigo y por el caldeado ambiente chileno, fue hacia Caracas donde Perón se dirigió al dejar Colón, cuando el fin de la presidencia de quien lo había acogido, Ricardo Arias, le insinuó la necesidad de recalcar en otras playas.

La posibilidad de acercarse a la Argentina cuando fuese necesario no se borraba de su imaginación. En carta del 14 de septiembre de 1956 le decía a John William Cooke que se trasladaría a Chile o Bolivia "cuando los hechos que se produzcan en la Argentina me hagan ver la necesidad

<sup>78</sup> Perón a María de la Cruz, Colón, 12 de mayo de 1956, *ibíd.*, pp. 114-119.

<sup>79</sup> *El Mercurio*, 18 de mayo de 1956: denuncia en el Senado, p. 22; desmentida del ministro del Interior, pp. 19-20.

<sup>80</sup> Perón a María de la Cruz, sin lugar, 30 de julio de 1956, Perón (1991), p. 129. Anastasio Somoza, hombre fuerte de Nicaragua desde 1934, fue asesinado dos meses después de la visita de Perón.

de estar allí". La idea de acercarse seguía presente, pero condicionada a lo que Cooke y el peronismo hicieran; sabía que "no conviene permanecer mucho tiempo en el mismo lugar" pero tampoco "ir a la frontera con mucha anticipación".<sup>81</sup>

Perón mencionó nuevamente el eventual viaje a Chile en su carta del 11 de noviembre de 1956. El largo paréntesis parece haberse debido a que María de la Cruz había estado alejada de Ibáñez durante seis meses. Cuando recibió la noticia de que ella había vuelto a tomar contacto con el presidente, acción que Perón había recomendado, le dijo que nada deseaba más que ir a Chile. El cariño que sentía por ese país y la familiaridad de las costumbres eran los motivos de sus deseos. Pero no había querido ir "para no crearle al General [Ibáñez] otros líos más de los que tiene": era conveniente esperar hasta que llegara la hora decisiva. Entretanto, le pedía a ella que averiguara si tendría algún inconveniente para obtener la visa. Las condiciones, para que transmitiese el mensaje al presidente, se establecían claramente: "yo no hago nada que no deba, porque no tengo necesidad de hacerlo". Tal pasividad, decía Perón, se debía a que "tengo suficiente gente para que haga por mí cualquier cosa, razón por la cual soy un residente tranquilo e inofensivo, por lo menos en apariencia, que es lo que se necesita para estos casos". Le pedía a ella, finalmente, que le preguntase a Ibáñez si en caso de que debiera trasladarse a Chile tendría algún inconveniente para residir allí.<sup>82</sup>

En la carta siguiente, del 5 de diciembre de 1956, Perón le explicó a María de la Cruz que su urgencia por verlo en Chile no era la de él: había comprobado en Paraguay y en Panamá que "si uno está mucho tiempo en un mismo lugar las cosas se van poniendo paulatinamente mal para el exilado porque el Gobierno y sus agentes de diverso tipo, se ven molestos por los inconvenientes que se crean por la acción de la Embajada [argentina] y el trabajo de la canalla dictatorial". Por eso no quería ir a Chile antes de tiempo: "sería muy triste que después de acercarme tuviera que retroceder nuevamente". Alguna señal de Ibáñez le había sido transmitida por María de la Cruz, pero no tan clara como esperaba. Le pedía que agradeciera al

<sup>81</sup> Perón a Cooke, Caracas, 14 de septiembre de 1956, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, p. 23.

<sup>82</sup> Perón a María de la Cruz, Caracas, 11 de noviembre de 1956, en Perón (1991), pp. 132-135.

presidente “lo que dice usted sobre mi ida a Chile”, pero aún necesitaba saber si en caso de que pidiese una visa en un consulado chileno le sería concedida sin demoras. No había motivos técnicos para negársela: “Yo no viajo como exilado. Soy ciudadano paraguayo y viajo en ese carácter”.<sup>83</sup> Así estaba en Caracas, con una visa de seis meses que esperaba poder renovar. Pero existía la posibilidad de que no le fuera renovada, lo que explica que tratara de averiguar cuán abiertas estaban las puertas de Chile para él.

La carta del 11 de diciembre de 1956 –en la que Perón le decía: “me satisface ... saber que puedo ir a Chile cuando yo lo necesite”–, muestra que la respuesta de María de la Cruz había sido positiva, pero quizá sacada a regañadientes a un Ibáñez que pensaba que Perón no se había portado bien con él ni con Chile. Se cerraba, por última vez, con la manifestación del deseo de estar en Chile ya, solo contenido por la necesidad de esperar el momento oportuno.<sup>84</sup> La carta siguiente, del 16 de febrero de 1957, Perón la dedicó por completo a la situación argentina y ya no mencionaba la posibilidad de ir a Chile.<sup>85</sup>

La última carta enviada desde Caracas, el 25 de marzo de 1957, estuvo destinada principalmente a consolar a su amiga por su fracaso electoral, sin otra traza del proyectado viaje a Chile que la suave ironía con que subrayaba su bienestar presente: “nosotros aquí estamos muy bien, tanto el Gobierno como el Pueblo nos consideran y nos quieren, de modo que de nada podemos quejarnos”.<sup>86</sup> Cuatro días antes le había escrito a Cooke, que tras escapar de la cárcel de Río Gallegos se encontraba en Santiago, instándolo a que fuese a Caracas: “me entusiasma la permanencia aquí por lo menos de algunos de ustedes por las posibilidades de trabajar en conjunto en esta hora decisiva y porque sé que aquí estarán bien y sin las acechanzas de la proximidad fronteriza y con la posibilidad de viajar adonde y cuando quieran”.<sup>87</sup> No había llegado entonces la hora de acercarse a la Argentina y la lejanía de Venezuela se convertía en una ventaja.

<sup>83</sup> Perón a María de la Cruz, Caracas, 5 de diciembre de 1956, *ibíd.*, pp. 136-141.

<sup>84</sup> Perón a María de la Cruz, Caracas, 11 de diciembre de 1956, *ibíd.*, pp. 141-145.

<sup>85</sup> Perón a María de la Cruz, Caracas, 16 de febrero de 1957, *ibíd.*, pp. 145-148.

<sup>86</sup> Perón a María de la Cruz, Caracas, 25 de marzo de 1957, *ibíd.*, pp. 148-150.

<sup>87</sup> Perón a Cooke, Caracas, 21 de marzo de 1957, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, p. 46.

La duda acerca de Chile se mantenía, sin embargo, y Perón, por otras vías distintas, continuaba averiguando la disposición del gobierno de ese país hacia él. Jorge Antonio, otro de los evadidos, opinaba que debía viajar de inmediato, pero Cooke disentía: cualquier desplazamiento de Perón hacia un país más cercano a la Argentina causaría conmoción, de modo que "debe jugarse esa carta cuando mayores puedan ser sus efectos". Otro inconveniente era, para Cooke, la débil posición política en que se encontraba Ibáñez tras haber sido derrotado en las elecciones parlamentarias de marzo de 1957, que habían sido seguidas por disturbios de tal magnitud que "durante horas la ciudad de Santiago estuvo a merced de las turbas". Cooke exponía la realidad "cruda y descarnadamente": el anuncio del viaje le provocaría un síncope a Ibáñez que, dominado por la masonería y por los círculos ultraclericales que rodeaban a su mujer (fuerzas en las que Perón no podía esperar demasiados adeptos), presidía un gobierno que estaba en la etapa del "sálvese quien pueda". Como resultado de tal análisis, Cooke iría a Caracas en cuanto resolviere los problemas legales suscitados por el pedido de extradición efectuado por el gobierno argentino.<sup>88</sup>

En la carta a Cooke del 21 de abril de 1957, Perón le expresaba su deseo de que la estada en Chile fuese lo más breve posible. Su viaje a ese país, aunque los informes sobre la factibilidad eran positivos, no se llevaría a cabo por tres razones: en primer lugar, "la canalla dictatorial, empeñada en hacerme salir del continente ... pondría el grito en el cielo si yo 'soggiornara' en Santiago"; en segundo lugar, sería un huésped "soportado, pero quizá muy molesto"; finalmente, no debía acercarse hasta que llegase el momento oportuno porque, como ya le había dicho a María de la Cruz en diciembre, "sería de efectos desastrosos tener que retroceder luego de haber avanzado".<sup>89</sup> Cooke le envió más información sobre la precaria situación de Ibáñez: uno de sus íntimos amigos le había confiado que el gobierno estaría en peligro de muerte "si Ud. viniese". Los partidarios chilenos querían colaborar pero ayudaban poco: "hay gente que, si bien adicta, aspira a ser 'dueña del peronismo' en Chile", con el resultado de que sus propios enemigos se convertían en enemigos del peronismo. Entre

<sup>88</sup> Cooke a Perón, Santiago, 11 de abril de 1957, *ibid.*, pp. 73-74.

<sup>89</sup> Perón a Cooke, Caracas, 21 de abril de 1957, *ibid.*, p. 77.

los pocos partidarios que Cooke identificaba estaban los más conocidos: Blanca Luz Brum, que “presta buenos servicios mientras no aspire a manejar los títeres”; Guillermo Izquierdo Araya, que por su excesiva dosis de exitismo “sólo ayudará mientras no se perjudique por ello”; y María de la Cruz, de una sinceridad absoluta, “aunque en este momento su prestigio está muy bajo aquí”.<sup>90</sup>

A mediados de julio de 1957, Perón ya sabía que Chile estaba más allá de sus posibilidades: “después de conversar con el Embajador Casanova Vicuña, he quedado convencido que el amigo Ibáñez no quiere ‘lola’. Me ha dicho el Embajador que me firma enseguida la visa pero que me aconseja que no vaya a Chile, bla, bla, bla, lo que me dice claramente que si voy, tendré luego que salir corrido por una oposición a la que allí se es más obediente que al Gobierno. Siendo así, no queda otro remedio”.<sup>91</sup> Perón, por lo tanto, se quedó en Caracas. Allí estaba bajo la protección de Pérez Jiménez a cambio, implícita o explícitamente, de su silencio. Cooke estaba sufriendo en Chile las mismas presiones, decía Perón, que él había sufrido en Panamá y aun en Venezuela, hasta que “el General Pérez Jiménez tomó el toro por las guampas”. Como dudaba de que Ibáñez lo hiciera, le auguraba todavía muchos problemas. Su solución había sido mantenerse “fuera de la palestra pública y huyendo de toda publicidad, como de la peste, porque en los días que vivimos la peor parte es, precisamente, la publicidad”.<sup>92</sup> En Chile había habido demasiada.

El gobierno argentino había presentado un pedido de extradición de los seis dirigentes peronistas –Héctor J. Cámpora, José Espejo, Pedro Gómez y Guillermo Patricio Kelly, además de Cooke y Jorge Antonio– que se habían refugiado en Chile tras su evasión de la cárcel de Río Gallegos el 18 de marzo de 1957. La Corte Suprema solamente hizo lugar a la extradición de Kelly, pero una demora en su remisión a la Argentina dio lugar a su fuga. Por este motivo, los ministros de Justicia y de Relaciones Exteriores fueron objeto de una acusación, según los términos de la constitución chilena vigente, que aprobada por abrumadora mayoría en ambas

<sup>90</sup> Cooke a Perón, Santiago, 23 de abril de 1957, *ibíd.*, p. 87.

<sup>91</sup> Perón a Cooke, Caracas, 17 de julio de 1957, *ibíd.*, p. 213.

<sup>92</sup> Perón a Cooke, Caracas, 15 de octubre de 1957, *ibíd.*, p. 332.

cámaras provocó la caída de ambos. En la votación realizada en la Cámara de Diputados los representantes de todos los partidos políticos votaron a favor de la destitución de los ministros y en la del Senado solo lo hicieron en contra algunos senadores agrarios laboristas y uno republicano. El senador Salvador Allende, ya candidato presidencial de la izquierda para las elecciones de 1958, se retiró antes de votar quitando importancia al procedimiento, pero cuatro años antes había denunciado la infiltración peronista en Chile.<sup>93</sup> El episodio mostró alineamientos políticos cruzados: el abogado patrocinante del gobierno argentino fue Arturo Alessandri Rodríguez, hijo del ex presidente Arturo Alessandri Palma, amigo de Perón; y uno de los abogados defensores de los evadidos fue Carlos Vicuña Fuentes, patrocinante cuatro años antes de las acusadoras de María de la Cruz. La caída de los ministros mostró que el clima político de Chile no le era favorable a Perón.

Perón permaneció en Caracas hasta que su tranquilidad se vio alterada por la revolución del 23 de enero de 1958 que derrocó al régimen de Marcos Pérez Jiménez. Perón, que no gozaba de mucha popularidad entre los revolucionarios triunfantes, se vio obligado a refugiarse en la embajada dominicana y debió continuar su exilio en ese "paradisiaco país de mi ilustre amigo el Generalísimo Trujillo, quien por sus extraordinarias dotes de patriota y de estadista ha sido honrado, con toda justicia, con el título de Padre de la Patria". El recuerdo del viaje a Chile no se había borrado completamente, como tampoco el resentimiento por la actitud poco solidaria de Ibáñez: "tal vez un día, cuando ya no pueda ocasionar molestias, le pueda hacer una visita en Chile, como son mis permanentes deseos".<sup>94</sup> El relato en esa carta a María de la Cruz del 15 de noviembre de 1958 del pacto con Frondizi, firmado en enero en Caracas y difundido secretamente en febrero desde Ciudad Trujillo, indica que no había existido ninguna otra de ese año.

Las dos últimas cartas de Perón a María de la Cruz, de abril de 1966 y del mismo mes de 1969, muestran que la relación, sin apagarse, era menos intensa que en los primeros años del exilio: "si llega por Madrid no deje

<sup>93</sup> Véase Olavarría Bravo (1962), vol. 2, pp. 374-378.

<sup>94</sup> Perón a María de la Cruz, Ciudad Trujillo, 15 de noviembre de 1958, en Perón (1991), p. 150.

de visitarme”, le decía en la primera de ellas.<sup>95</sup> Tras seis años de residencia en España, Perón había dejado de pensar en Chile. No tanto como para no mandar en la segunda un mensaje a Jorge Alessandri, cuyo éxito en las elecciones presidenciales de 1970 María de la Cruz pronosticaba equivocadamente. Ella le había escrito muchas veces a Perón, pero no había recibido respuesta: “es posible porque mucha correspondencia no me llega quien sabe por qué”, agregó Perón disculpando un silencio sin duda prolongado. A pesar de que un año antes le había enviado su dirección postal, María de la Cruz la había perdido o no había tenido suerte enviando las cartas allí: un dentista residente en Andorra le hizo llegar a Perón una carta que ella no le había enviado directamente “por motivo de no saber su dirección en Madrid”.<sup>96</sup> En esa carta, en medio de ditirambos, reiteraba su confianza en el triunfo de Alessandri en las elecciones que finalmente se lo dieron, Congreso mediante, a Salvador Allende. El tono de la carta revela el cariño y admiración que ella sentía por Perón, pero también la distancia, personal más que geográfica, que entonces los separaba.<sup>97</sup>

No se conocen otras cartas escritas por María de la Cruz a Perón durante esos años, pero, si existieron, puede suponerse que no abandonaron el estilo vehemente y apasionado de las que le remitió cuando aún era presidente, que Perón contestaba en un tono amable pero ambiguo y condescendiente. Junto con Blanca Luz Brum, María de la Cruz estuvo en Buenos Aires en mayo y junio de 1973 para celebrar el regreso de Perón. El diario *Mayoría* publicó las fotos de las visitantes y una breve nota que registraba la presencia en la redacción de esas “dos mujeres de América que merecen ser consideradas compatriotas por su identificación con la Argentina”, quienes se habían sumado “a la multitud que vitoreó en la Plaza de Mayo la instalación del pueblo en el Gobierno y estuvieron entre los millones de argentinos que concurrieron a Ezeiza para dar su bienvenida a Perón”.<sup>98</sup> Allí cesan las noticias de la relación de María de la Cruz con él.

<sup>95</sup> Perón a María de la Cruz, Madrid, 29 de abril de 1966 y 8 de abril de 1969, *ibíd.*, pp. 153 y 154, respectivamente.

<sup>96</sup> Francisco R. Infante C. a Perón, Andorra la Vella, 5 de abril de 1970, en Archivo General de la Nación (AGN), AR-AGN-JDP01, Fondo Juan Domingo Perón en el exilio, Caja 2.

<sup>97</sup> María de Cruz a Perón, Santiago de Chile, 27 de marzo de 1970, *ibíd.*

<sup>98</sup> *Mayoría*, 28 de junio de 1973, p. 2.

## Conclusión

María de la Cruz vivió en Santiago hasta su muerte, ocurrida el 1° de septiembre de 1995.<sup>99</sup> Las controversias generadas por su fervor peronista se habían desvanecido hacía mucho tiempo. Los diarios y las revistas de Chile recordaban de tanto en tanto su trayectoria, embellecida por el paso de los años: quedaban de ella su vigorosa oratoria, el liderazgo del feminismo, su paso por el Senado. Los motivos de su exclusión se habían olvidado o no se querían recordar: el procedimiento fue tan poco claro como para requerir una inmediata revisión de las normas aplicables a la inhabilitación de los senadores; el peronismo había cambiado tanto desde entonces y amenazaba tan poco a Chile que parecía de mal gusto recordar entredichos del pasado; y María de la Cruz, en fin, había dejado de cuestionar al sistema político.

En 1979 estaba escribiendo sus memorias, pero ocho años más tarde no las había concluido y no se han publicado posteriormente.<sup>100</sup> Ella se seguía situando más allá de la política. Requerida, según decía, por Pinochet y por Aylwin, continuaba proclamándose admiradora de Ibáñez y de Jorge Alessandri porque eran independientes.<sup>101</sup> La rodeaban todavía las fotos y el recuerdo de Perón. ¿Se limitó su relación con Perón a las visitas a Buenos Aires cuando era presidente y a esas cartas enviadas durante su exilio? Según ella, no: “cuando Perón enviudó de Evita, me pidió matrimonio”. Pero viuda ya dos veces, a los 16 y 20 años, tuvo miedo: “le respondí que no quería que, por mi culpa, Argentina perdiera a su presidente”.<sup>102</sup> Las cartas de Perón, ya exilado, no permiten suponer que sus intenciones no fueran sino políticas. Ni siquiera la omisión hasta la carta de 1969 de mención alguna a Isabel, que lo acompañaba desde fines de 1955 y con quien se había casado en 1961, justificaba aquellas afirmaciones. Pero María de la Cruz las situaba en los años de su encuentro, 1952 o 1953: nadie pudo desmentirla.

<sup>99</sup> Véase el sitio de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

<sup>100</sup> El borrador existente en el Archivo Eltit-Rosenfeld, fechado en octubre de 1984, se detiene en el momento de su inhabilitación, a cuyas motivaciones políticas omite referirse. Tampoco las menciona en la entrevista que Diamela Eltit le hizo en 1989, cuyo video también está en [celich.uc.cl](http://celich.uc.cl)

<sup>101</sup> *Cosas* (Santiago), 29 de marzo de 1979; *Qué Pasa* (Santiago), 9-15 de marzo de 1978; *La Época*, 25 de marzo de 1987. Véase también Meza (1986), pp. 43-45.

<sup>102</sup> *El Mercurio* (Santiago), 18 de julio de 1989; *La Época*, 25 de marzo de 1987.



## El avión negro: retórica y práctica de la violencia

Perón en el exilio era el conductor sin hueste. Treinta y cinco años en el Ejército habían formado al conductor, nueve años en la presidencia habían creado a la hueste. Esa relación se rompió abruptamente el 20 de septiembre de 1955 cuando buscó asilo en la embajada del Paraguay; la hueste quedó atrás, en la Argentina, a la que tanto le costó volver. Ausente durante su breve estada en Paraguay y a su llegada a Panamá, lentamente reveló su existencia y que, distante, aún buscaba a su jefe. Esta hueste no era, sin embargo, la tropa regular de tantos años de Ejército ni la masa encuadrada por las instituciones que había creado y controlado. Desorganizada, indisciplinada, reacia a aceptar órdenes demasiado precisas, esa nueva hueste no tenía instrucción, ni oficiales, ni cadena de comando. Perón debió aprender a conducirla. Su arte era, después de todo, el de la conducción de hombres. Ahora debía practicarlo en circunstancias adversas, pero no podía renunciar a hacerlo. Esas nuevas circunstancias le impusieron condiciones y lo obligaron a modificar su lenguaje y quizás aun sus ideas, pero de modo mucho más abrupto su práctica política. Este capítulo estudia la práctica política de Perón desde su caída en septiembre de 1955 hasta la elección de Arturo Frondizi en 1958. Se ve por un lado su retórica, las "Directivas" y las "Instrucciones" que envió a sus seguidores; por otro la práctica, la violencia política que sacudía a la Argentina; luego la vinculación entre la retórica de Perón y la práctica de sus partidarios; y finalmente en qué medida esos hechos alteraron la práctica política de Perón.

Esos años estuvieron marcados por "el avión negro", el mito del retorno de Perón, al que adherían gozosos sus partidarios y temerosos sus enemigos.<sup>1</sup> El origen del mito se entiende, del lado gorila,<sup>2</sup> por la extrema

<sup>1</sup> Perón lo menciona en su carta a Cooke, Ciudad Trujillo, 20 de diciembre de 1958, en Perón-Cooke (1972), vol. 2, p. 129.

<sup>2</sup> Los gorilas eran, aunque luego la palabra trascendió los límites de la Argentina con otro sentido, los antiperonistas. Sobre el origen y el uso de la palabra, véase Rodríguez (1968): "Deben ser los gorilas, deben ser", *Crisis*, agosto 1988, N° 63, pp. 3-4; y Babini (1984), pp. 146-147.

inestabilidad y las muchas amenazas externas e internas enfrentadas por el gobierno revolucionario, y del lado peronista, por las limitaciones impuestas a la mención del nombre de Perón. Más difícil es penetrar el enigma de su manifestación: Perón estaba lejos y si volvía lo haría naturalmente en avión, pero ¿por qué habría este de ser negro? Las memorias de algunos de los actores de la época lo mencionan, sin aclarar este misterio, como algo efectivamente aceptado por los partidarios del régimen depuesto.<sup>3</sup> Landrú, que tanto contribuyó con su creativo lenguaje a definir tantos aspectos de la sociedad y de la política argentina, recogió tempranamente en *Tía Vicenta* esa manifestación del mito, pero no fue su creador.<sup>4</sup>

Ese deseado retorno era, en la imaginación de los peronistas tanto como en la de Perón, la reversión de la ruptura de la legalidad producida por la Revolución Libertadora. Mientras con sorna, pero no sin abrigar cierta esperanza, Perón se regocijaba por las magníficas vacaciones que le habían deparado sus adversarios, incitando a la violencia creía apurar su fin. Cuando sus mensajes destinados a las estructuras políticas en que había apoyado su gobierno chocaron contra la pared de su inexistencia; cuando advirtió que la violencia alentaba la zozobra sin avanzar en la organización; cuando las fuerzas que contribuían a la inestabilidad del nuevo régimen se revelaron menos homogéneas que el rechazo al pasado, entonces el retorno cambió su carácter institucional por un difuso tono personal. De imaginar la restauración de su régimen Perón pasó a cerrar un pacto electoral que confirmaba su exilio: el apoyo a Frondizi se concretó a cambio de muchas promesas, pero el retorno no estaba entre ellas. Ese tránsito personal y político de la ilusión del regreso triunfal a la certidumbre de un alejamiento indefinido es, en un plano instrumental, el tránsito del fracaso del absoluto de la violencia a la relativa victoria del voto. Aquí

<sup>3</sup> Vigo (1973), p. 47. Otras menciones en Bustos Fierro (1969), pp. 272 y 355; Sánchez Sorondo (2001), p. 204; Monzón (2006), p. 184; y Reynoso (2008), p. 93.

<sup>4</sup> Entrevista telefónica a Juan Carlos Colombres (Landrú), Buenos Aires, junio de 1991. *Tía Vicenta*, 17 de septiembre de 1957, año 1, N° 6, incluye un avión negro entre las piezas de los "depuestistas" en su enfrentamiento en una batalla naval con los revolucionarios. El hecho de incluirlo sin mayor explicación muestra que la referencia era conocida por el público. En números posteriores hay otras referencias al avión negro en diversos contextos, pero siempre aludiendo al retorno de Perón: N° 8, 1° de octubre de 1957; N° 12, 29 de octubre de 1957; N° 13, 5 de noviembre de 1957; N° 28, 18 de febrero de 1958; N° 38, 29 de abril de 1958; y N° 43, 3 de junio de 1958.

se presta atención a ese cambio, a los motivos que lo impulsaron, y a sus consecuencias políticas.

### Retórica

Los documentos básicos de esa primera etapa del exilio son las "Directivas generales para todos los peronistas", de enero de 1956, y las "Instrucciones generales para los dirigentes", de julio del mismo año. Otros tres documentos, la "Declaración del Movimiento Peronista" y el "Mensaje a los Compañeros Peronistas", ambos aparentemente de abril de 1957, y otro mensaje a los "Compañeros Peronistas", de octubre del mismo año, completan las comunicaciones "oficiales" de Perón a sus partidarios en ese período. Los dos documentos de abril de 1957 eran su respuesta a la anulación de la reforma a la Constitución de 1949 y a la convocatoria a elecciones de convencionales constituyentes para julio de ese año; el último documento de 1957 denuncia el fraude que cree fue cometido en esas elecciones y reitera respecto de las de febrero siguiente la actitud observada frente a aquellas. Las "Directivas" y las "Instrucciones", sin embargo, son mencionadas una y otra vez, tanto en los mensajes de 1957 como en su correspondencia, como la expresión más acabada de su línea política de intransigencia absoluta.<sup>5</sup>

En las "Directivas" Perón clama por la revolución social e incita a "vengar a nuestros hermanos asesinados" y a "vindicar a los miles de compañeros aprisionados y escarnecidos por la reacción". La vía es la resistencia pasiva, cuyos límites, paradójicamente, no excluyen el uso de medios violentos. No descarta entonces, aunque más tarde advertiría sus peligros, la acción militar: "si es posible se dará un golpe revolucionario". Si no lo fuese, el camino era "la acción persistente de nuestras masas en la acción política". Ante el fracaso de los dirigentes partidarios y sindicales, confía en que los nuevos dirigentes saldrían de las masas. No advierte todavía que también las instituciones habían fracasado y que esos nuevos dirigentes tendrían que surgir fuera de ellas. Perón condena a los neope-

<sup>5</sup> Las "Directivas" están en Perón-Cooke (1972), vol. 2, pp. 378-383; las "Instrucciones", *ibid.*, pp. 388-398; la "Declaración", *ibid.*, pp. 376-378 y en Perón (1991), pp. 204-206; los otros dos mensajes de 1957, *ibid.*, pp. 207-214.

ronistas, a los dirigentes militares de moda, al "actual equipo de la tiranía" y recomienda la absoluta intransigencia, que es su fórmula para restaurar el régimen pero también para evitar el despojo de su capital político. En la sección de las "Directivas" destinada a la CGT explicita el trabajo que espera de sus seguidores. Ya ha mencionado la resistencia pasiva, el golpe revolucionario, la acción política; ahora detalla las tácticas: trabajo a desgano, bajo rendimiento, sabotaje, huelga, paros, desorden, "la lucha activa por todos los medios y en todo lugar debe ser la regla".

Perón debía hacer frente entonces a dos desviaciones de su línea intransigente: una, la militarista, que depositaba todas sus esperanzas en un golpe militar; otra, la sindicalista, que proponía un paro general.<sup>6</sup> A mediados de 1956 expresaba su impotencia frente a esas fuerzas: "hace cinco meses vengo luchando sin conseguir que el Pueblo Argentino se dedique a la resistencia civil, mediante la cual se desgastará a la canalla dictatorial, al mismo tiempo que aprovecharemos nosotros para organizarnos clandestinamente en la gran masa y sobre los núcleos existentes que quedan de la anterior organización".<sup>7</sup> Si condenaba al golpismo porque no trabajaba necesariamente para él y al paro general porque solo desgastaría al sindicalismo, su propuesta tampoco era del todo realista: los núcleos de la anterior organización no eran los que estaban llevando a cabo la actividad que preconizaba. Los comandos de la resistencia, en contacto o no con Perón, lo estaban haciendo; pero las ventajas que tenían para ello se transformaban en los obstáculos para pasar a la etapa de organización que, para Perón, debía continuar.

En julio de 1956, seis meses después de las "Directivas", Perón envió las "Instrucciones" a John William Cooke, a quien en noviembre de ese año designó como su heredero político.<sup>8</sup> Cooke estaba todavía en la cárcel y Perón se comunicaba con él a través de Juan Isaac Cooke, su padre,

<sup>6</sup> La crítica a la tendencia golpista se encuentra en Perón a Cooke, 12 de junio de 1956, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, p. 7; y la crítica a las tendencias golpista y sindicalista en Perón a Juan Garone, Colón, 15 de julio de 1956, en Perón (1983), p. 34, y Panella (1996), p. 121.

<sup>7</sup> Perón a Juan Garone, 15 de julio de 1956, en Perón (1983), p. 33, y Panella (1996), p. 120.

<sup>8</sup> Las "Instrucciones" fueron adjuntas a la carta de Perón a Cooke, Colón, 11 de julio de 1956, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, pp. 16-17. En la carta a Cooke del 2 de noviembre de 1956, Perón dice: "En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. D. John William Cooke, el mando del Movimiento", en Perón-Cooke (1972), vol. 2, p. 375. La foto de esa carta está en Arlindo Silva, "O testamento político de Perón", *O Cruzeiro*, 6 de julio de 1957, año XXIX, N° 38, p. 119.

que se encontraba exilado en Montevideo y estaba en contacto con su hijo (seguramente a través de su hermano Federico, quien fue apresado recién en septiembre de 1956). El lenguaje de las "Instrucciones" era extremadamente violento, tanto como para merecer una severa crítica del sacerdote Hernán Benítez en la correspondencia que mantuvo con Arturo Jauretche.<sup>9</sup>

Perón ya no llamaba a la revolución social, objetivo que daba por supuesto, sino que se concentraba en los métodos a emplear en la resistencia. Un avance de estos había sido incluido en la carta a "Mi querido compañero y amigo", quizá Juan I. Cooke, de 12 de junio de 1956, por lo que puede suponerse que aunque la versión final no le haya sido enviada hasta julio, la redacción había comenzado a principios de junio, antes o inmediatamente después del levantamiento encabezado por el general Juan José Valle.<sup>10</sup> Este no es mencionado en las "Instrucciones", pero ello no debe extrañar, ya que Perón descreía de la eficacia de un golpe militar para recuperar el poder, al menos para él. La finalidad de las "Instrucciones", entonces, era desarrollar los objetivos militares de las únicas fuerzas de que disponía: la amorfa resistencia. Para transformarla en un instrumento útil debía organizarla. Dudaba, sin embargo, del éxito de esta tarea: "mucho me temo que el pueblo no sea capaz de encaminar su acción en la resistencia por desorganización, temor o simplemente por despreocupación en la lucha". La causa de sus dudas era "el espíritu individualista de los hombres", muy poderoso en los momentos difíciles "cuando algunos creen que solos se pueden salvar, sin darse cuenta que cuando una comunidad sucumbe nadie puede quedar fuera del cataclismo". Ese espíritu individualista es el que el conductor encuadra mediante la instrucción militar, para lograr que el individuo cometa el acto irracional de arriesgar su vida en beneficio de la seguridad colectiva. Pero, ¿por qué alguien habría de arriesgarse en esas circunstancias? Perón creía que las dotes del pueblo argentino eran menores para la lucha abierta que para esa lucha subrepticia e insidiosa que proponía, que sería puesta en práctica por la clase proletaria porque siendo

<sup>9</sup>Cichero (1990). Sobre la autenticidad de las "Instrucciones", véase el *Post scriptum* de este capítulo.

<sup>10</sup>Perón a "Mi querido compañero y amigo", Colón, 12 de junio de 1956, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, pp. 14-15.

“la preferentemente perjudicada ... optará por la ruina de todos si ve que no puede evitar su ruina”. El odio y la venganza suplían así la instrucción impartida por el conductor para dominar las tendencias individualistas en beneficio del supuesto bien colectivo de resistir. La inevitabilidad de ese proceso no estaba asegurada porque inmediatamente le dice a Cooke que sobre ese punto había que insistir: “cuando gozamos, lo hicimos todos, ahora que hay que sufrir, suframos también todos”.

Las “Instrucciones” de Perón convocaban a la “resistencia individual” y a la “resistencia organizada”. La primera era la que cualquier individuo podía llevar a cabo “en la casa, en la calle, en los vehículos, en el trabajo, en los paseos y aun cuando duerme” si dejaba la canilla abierta, “si tiene la precaución de almacenar agua” (recomienda Perón con la intención quizás de acrecentar los gastos de potabilización). Para esa clase de lucha, dice, todo sirve: “desde matar a un ‘gorila’ por cualquier medio hasta murmurar en ruedas de amigos inocentemente”.<sup>11</sup> La segunda incluía el sabotaje activo y acciones de boicot al gobierno que llevaban a cabo grupos u organizaciones especiales, “como asimismo las sociedades secretas destinadas a la intimidación, a la represión, al ataque a personas y bienes” y la organización de la llamada “Justicia del Pueblo”, cuyas iniciales, J.D.P., no por azar coincidían con las de su propio nombre.<sup>12</sup>

En las “Instrucciones”, Perón recomendaba, en buena medida, lo que se estaba practicando. La resistencia individual se expresaba en incendios intencionales, atentados contra medios de transporte, sabotaje industrial, ataques contra símbolos, formas de acción que predominaron en la primera mitad de 1956 y que decayeron, precisamente tras la recomendación de Perón, en la segunda mitad del año. Los aspectos autodestructivos de esas formas de acción pueden haber pasado inadvertidos para él pero no para quienes las practicaban y eso, más que la represión del gobierno, debe de haber conducido a su debilitamiento relativo. A partir de 1957 comenzó a manifestarse un aspecto de lo que Perón llamaba “resistencia organizada”: el caño, ese original aporte (con el bombo) del peronismo a la cultura política argentina, requería un cierto desarrollo técnico, que aunque primitivo

<sup>11</sup> Perón-Cooke (1972), vol. 2, p. 390.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 391 y 397.

no estaba al alcance de cualquiera, como también cierta organización para su producción y colocación. "Comprábamos pedazos de caños cualquiera", explicó años más tarde Juan Carlos Brid, uno de los activistas, "los tapábamos de un lado y les hacíamos rosca del otro; los rellenábamos con la pólvora, adentro un tubito de ácido sulfúrico; cuando se invertía el 'caño' el ácido entraba a funcionar hasta que llegaba al clorato, fuego y explosión".<sup>13</sup>

Aunque la resistencia "organizada" reemplazara a la "individual", subsistía el problema de cómo alcanzar los objetivos políticos. La solución es la organización, dice Perón, pero solo puede dar recomendaciones de manual: organización clandestina de los cuadros, encuadramiento de la masa, buenas comunicaciones y enlaces. Estas simples recomendaciones eran difíciles de concretar, ya que individuos y grupos tendían a desarrollar muy prontamente intenciones hegemónicas que iban a convertirse en la desesperación de Cooke. La organización tenía por objetivo alcanzar un estado operativo que permitiera pensar en el asalto final, que se llevaría a cabo mediante el paro general revolucionario y la guerra de guerrillas. No está claro cómo de la organización celular habría de pasarse a un estado en que estas otras formas de acción pudiesen practicarse, y tampoco por qué estas habrían de producir los efectos deseados. Perón sabía que el fundamento de la guerra de guerrillas está en explotar la escasa fuerza disponible mediante su concentración en el punto más débil del enemigo y que la acción irregular tiene por objeto el desgaste, no el desenlace decisivo; sabía que la tenacidad y la astucia son virtudes necesarias y que el apoyo de la población es imprescindible; pero no sabía cómo se organizaría la guerrilla, cuál sería su teatro de operaciones y de dónde provendrían los recursos.

La oscuridad que rodea ese mágico salto de la acción espontánea levemente coordinada a las formas más intensas de acción colectiva hace pensar que Perón estaba más interesado en desarrollar la capacidad de destrucción que en construir un instrumento de acción militar o política a través de la resistencia. Por esto mismo insiste seguramente en la última sección de las "Instrucciones" en las "acciones especiales": intimidación y

<sup>13</sup> Brid (1971), p. 4.

justicia del pueblo. En ellas revela crudamente que su inspiración provenía más de la venganza que de la construcción política. Más que sobre un futuro que imagina semejante al pasado es sobre el odio que prefiere insistir. Si las recomendaciones para la práctica de la intimidación repiten con mayor detalle las características que debe tener el terrorismo, las que da para la organización de la Justicia del Pueblo solo descubren la precariedad de su imaginación conspirativa.

La intimidación era necesaria para contrarrestar la violencia gorila que denunciaba: "ellos nos están matando, nosotros no nos vamos ... a dedicar a rezar solamente a la Virgen mientras ellos siguen sus masacres". Recomendaba entonces el exterminio del enemigo, que debía practicarse sutilmente para evitar la represión: "Un gorila quedará tan muerto mediante un tiro en la cabeza, como aplastado 'por casualidad' por un camión que se dio a la fuga ... Más efecto tendrá la muerte de un gorila en la cama, como consecuencia de un veneno que le pusieron en el pan o en la fruta, que un tiroteo a una casa o a una persona que resulta ilesa". El exterminio físico no bastaba: "los bienes y viviendas de los asesinos deben ser objeto de toda clase de destrucciones mediante el incendio, la bomba, el ataque directo y toda otra clase de destrucción". El ataque a los bienes tampoco bastaba: "lo mismo ha de ser objeto de ataque la familia de cada uno de estos canallas, hasta que vayan a vivir en los barcos o decidan irse del país por no poder convivir con el Pueblo que escarnecieron". A Perón no le interesaban las consecuencias de estas recomendaciones. "La violencia más grande es la regla", dice en sus "Instrucciones", y meses después, en una carta a Cooke, encuentra una formulación más precisa: "cuanto más violentos seamos mejor: al terror no se lo vence sino con otro terror superior".<sup>14</sup> La trágica veracidad de este hallazgo no se compadecía con la escasa capacidad de la resistencia para seguir sus consejos. Primitivismo técnico e ingenuidad organizativa se reflejaban en la incapacidad para quebrar barreras operativas, menos fáciles de superar que las legales. Y aun cuando se alcanzara un grado de organización tal como para matar a un gorila "por casualidad", restaba el hecho moral de su asesinato. Los crímenes (cualesquiera

<sup>14</sup> Perón a Cooke, Caracas, 3 de noviembre de 1956, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, p. 35.

fueran ellos) de los gorilas no alcanzaron a suscitar semejante reacción, ni la sangre fría de los resistentes alcanzó para transformarlos, como quería Perón, en asesinos.

Si este llamado a practicar el terror era difícil de implementar, menos suerte aun tuvo la organización de la Justicia del Pueblo reclamada por las "Instrucciones". Esta sería una secta secreta, sus miembros serían hermanos y se practicaría un ritual iniciático: el aspirante, en una ceremonia, juraría "odio eterno a los enemigos del pueblo", escucharía la lectura de las obligaciones que contraía con la institución y (de un modo que conspiraba contra el secreto de la organización que reemplazaba los nombres con números y los apellidos con palabras clave) recibiría "una pequeña credencial de reconocimiento". Las reuniones serían secretas y los miembros debían de permanecer encapuchados. La organización sería permanente; la desertión y la traición serían castigadas con la muerte. La secta tenía por objeto castigar a los enemigos del pueblo, cuya lista encabezaban Aramburu y Rojas, seguidos por sus "colaboradores directos e indirectos y los sicarios de las fuerzas armadas", y luego por "todos los individuos que en las actuales circunstancias se hayan manifestado enemigos del Pueblo y todos aquellos que en el futuro se hagan pasibles de la misma calificación como consecuencia de su conducta". Las dificultades eran abundantes y Perón no parece haber reparado en ellas. Todo el secreto que envolvía a la secta quedaba disipado por la democrática decisión de que "los hermanos dirigentes" fueran designados por la propia secta y por la necesidad de que estos, en aras de la seguridad, estudiaran los antecedentes de cada candidato al ingreso. Estas sectas, en caso necesario (que no detalla), pasarían a constituir los Tribunales del Pueblo, cuya tarea (que tampoco detalla) parece redundante frente a la recomendación de exterminar a los gorilas. Resultaría sorprendente enterarse de que alguna de estas sectas existió. El modelo de organización, a medio camino entre una logia masónica y los grupos maximalistas decimonónicos, no resultó adecuado para los integrantes de un movimiento que se revelaron tan poco hábiles como su líder para tales prácticas conspirativas.

## Práctica

La resistencia peronista se divide en dos etapas: desde fines de 1955 hasta comienzos de 1958 y desde fines de 1958 hasta mediados de 1960. Aquí se considera solamente la primera, que se divide a su vez en dos fases, diferenciadas por el principal tipo de acción y por quienes las llevaban a cabo (Tabla 7.1).<sup>15</sup> Ella fue espontánea y estuvo dirigida, vagamente, contra el gobierno de la Revolución Libertadora o, más bien, contra objetivos que podían molestarlo. La segunda fue menos espontánea puesto que estuvo protegida por los sindicalistas y, con frecuencia, los objetivos eran los que se vinculaban con sus luchas contra el gobierno de Frondizi. Si la primera había sido inocua y de algún modo funcional a Perón porque mantenía viva su presencia, la segunda ya no era tan conveniente para él porque ya había comenzado a ejercitarse en el arte de la política y para ello necesitaba más los votos que los caños.

Tabla 7.1								
Violencia política, 1955-1958								
Tipo de acción→ Mes y año↓	Bombas	Sabotaje industrial	Sabotaje a transportes	Ataques a símbolos	Incendios	Propaganda	Otros	Allanamientos y arrestos
1955								
Octubre	1	-	-	-	-	1	-	2
Noviembre	-	-	1	-	2	1	-	3
Diciembre	1	-	-	-	3	1	-	7
Subtotal	2	-	1	-	5	3	-	12
1956								
Enero	3	3	2	1	4	4	2	10
Febrero	8	11	7	2	7	3	4	5
Marzo	2	7	16	1	4	8	7	7
Abril	3	6	7	3	3	2	1	8
Mayo	2	2	3	3	2	1	-	1
Junio	2	1	-	3	-	2	7	17
Julio	6	1	-	2	1	1	2	6

<sup>15</sup> La Tabla 7.1 incluye todos los actos de violencia registrados en *La Nación*, entre septiembre de 1955 y diciembre de 1958. Aunque ese diario daba cuenta de los actos de violencia cometidos en el interior es posible que la cobertura de Buenos Aires y Gran Buenos Aires haya sido más detallada.

Agosto	4	2	-	1	1	-	2	-
Septiembre	-	2	-	4	-	1	-	-
Octubre	11	2	5	1	1	3	-	2
Noviembre	4	1	-	2	-	-	-	1
Diciembre	14	-	1	-	5	1	1	6
Subtotal	59	38	41	23	28	26	26	63
1957								
Enero	4	-	-	1	-	1	-	6
Febrero	11	-	1	2	-	1	-	5
Marzo	15	-	1	-	1	1	1	-
Abril	9	-	-	-	2	1	-	2
Mayo	18	-	-	-	-	1	-	5
Junio	47	-	-	1	1	2	-	-
Julio	35	-	-	-	1	5	3	2
Agosto	17	-	-	1	1	-	3	3
Septiembre	21	1	2	1	-	-	-	2
Octubre	24	2	-	-	-	2	-	1
Noviembre	18	-	-	-	-	-	2	2
Diciembre	11	-	-	-	-	1	-	6
Subtotal	230	3	4	6	6	15	9	34
1958								
Enero	6	-	1	-	-	-	1	3
Febrero	1	1	-	1	-	2	-	1
Marzo	6	-	-	-	-	-	-	-
Abril	3	-	-	1	-	-	-	-
Mayo	2	-	-	-	-	2	-	-
Junio	5	-	2	-	-	3	-	-
Julio	9	-	-	1	-	3	1	-
Agosto	1	-	-	-	-	-	1	1
Septiembre	6	-	-	-	-	-	-	-
Octubre	5	-	15	1	-	2	-	1
Noviembre	3	-	1	-	-	-	-	2
Diciembre	3	-	-	-	-	-	2	1
Subtotal	50	1	19	4	-	12	5	9
Total	341	42	65	33	39	56	40	118
Fuente: <i>La Nación</i> , septiembre 1955-diciembre 1958. Otros: ataques a personas, tiroteos, ataques con piedras, invasión de propiedad.								

La primera fase, entre septiembre de 1955 y junio de 1956, se caracterizó por los complots cívico-militares, los ataques contra la propiedad y el sabotaje. Los complots cívico-militares tuvieron por integrantes típicos a unos pocos oficiales y algunos más suboficiales y civiles. En diciembre de 1955 fueron descubiertos los del coronel Federico Gentiluomo en La Plata; del general Héctor Américo Raviolo Audisio en Mendoza; y uno de suboficiales en San Luis. Los complots culminaron con el intento del general Valle del 9 y 10 de junio de 1956. Los ataques tenían objetivos de perturbación e intimidación: incendio de vagones ferroviarios y de depósitos ferroviarios e industriales, apedreo de trenes. En ellos aparecían involucrados ex funcionarios menores y ex dirigentes sindicales, en cuyo poder se encontraban bombas Molotov y algunas armas. En los primeros meses de 1956 se acentuaron los incendios y aparecieron otros tipos de acción: sabotaje industrial, sabotaje a medios de transporte (en especial ferrocarriles), y ataques contra símbolos de la revolución (imágenes de los próceres de la organización nacional, escuelas religiosas y laicas, iglesias). Los incendios tuvieron su pico entre diciembre de 1955 y mayo de 1956, registrándose posteriormente pocos casos, pero por más tiempo, ya que los hubo hasta agosto de 1957. El sabotaje industrial comenzó en enero de 1956, culminó entre febrero y abril y prácticamente desapareció a partir de diciembre de ese año. El sabotaje a medios de transporte también comenzó en enero de 1956, alcanzó su mayor intensidad entre febrero y mayo de ese año y desde entonces casi desapareció. Los ataques contra símbolos se produjeron principalmente entre enero de 1956 y febrero de 1957, registrando luego casos aislados. Otras acciones perpetradas en esta fase luego desaparecieron: tiroteos y ataques a instalaciones militares y a personas.

La segunda fase, desde julio de 1956 hasta enero de 1958, registra la subsistencia de algunos rasgos de la anterior (ataques contra símbolos, algunos casos de incendio y de sabotaje industrial, ocasionales ataques contra medios de transporte) pero su característica principal fue, sin embargo, la proliferación del caño. Las bombas habían comenzado en febrero de 1956, pero recién en octubre de ese año desplazaron a los otros tipos de acción. A mediados de 1957, especialmente en junio y julio (antes de la elección de convencionales), la actividad se multiplicó tres o cuatro veces respecto de octubre del año anterior. Desde agosto de 1957 se observa un descenso de

la actividad, que era aún mucho más intensa que a principios de ese año. Mil novecientos cincuenta y siete fue la era del caño.<sup>16</sup>

En los primeros meses de 1958, esa actividad se redujo, pero más notable es el hecho de que no desapareciera. Por el contrario, a partir de mayo de ese año se produjo una generalización de la bomba como medio de acción: gorilas, laicos y libres recurrieron, junto con los peronistas, a ese medio. Los atentados peronistas tuvieron, como sucedería frecuentemente en la segunda etapa de la resistencia, mayor vinculación con hechos políticos o gremiales: huelgas, manifestaciones, celebraciones (en mayo y en octubre, por ejemplo, del cumpleaños de Eva Perón y del Día de la Lealtad).

¿Quiénes eran los resistentes? Obviamente solo se los puede conocer por las capturas efectuadas y dudosos testimonios posteriores.<sup>17</sup> La participación militar terminó con el fracaso del 9 de junio y con las purgas que siguieron en los meses siguientes. De la misma manera, los viejos sindicalistas se mantuvieron en general al margen de la violencia. Los terroristas eran obreros, empleados, desocupados, a veces ex suboficiales. A medida que los peronistas fueron recobrando posiciones en los sindicatos, los terroristas encontraron refugio en ellos, pero esta vinculación sería mucho más típica en la segunda etapa de la resistencia.

Los testimonios de la actividad de la resistencia muestran que su origen fue espontáneo. El Partido Peronista no ofreció oposición y la escasa de la CGT quedó eliminada con la caída de Lonardi, el fracaso del paro del 15 de noviembre de 1955 y las tomas e intervenciones de sindicatos. Las "Directivas" de Perón llegaron cuando ya había comenzado la acción clandestina. Esta exhibió en sus comienzos dos tendencias: una que privilegiaba el trabajo político; otra volcada a la violencia, que se dejó arrastrar por la conspiración de Valle. Ese fracaso también afectó a los grupos que privilegiaban el trabajo político. No fue sin embargo el único problema que enfrentaron. La nula experiencia en la actividad clandestina llevó a los militantes de una y otra tendencia a cometer errores que los condujeron pronto a la cárcel. John William Cooke, en su intento de dirigir la resis-

<sup>16</sup> La información necesaria para construir los caños provenía al parecer de un manual escrito por Julio Troxler (entrevistas a Fermín Chávez, 8 de agosto de 1991, y a Ariel Ghizzardi, 16 de agosto de 1991).

<sup>17</sup> Los testimonios más precisos son los de Prieto (1963), Brid (1971) y Vigo (1973).

tencia desde la cárcel a través de cartas o instrucciones orales que portaba su tío Federico, facilitó la tarea de la represión, que capturó esas cartas, a sus destinatarios y también a su tío. No menor fue el descalabro causado por la caída, a principios de junio de 1956, de sus asociados, Raúl Lagomarsino y César Marcos, que llevaban una carpeta con los nombres reales de todos sus contactos y con una descripción de sus condiciones para la acción política clandestina.<sup>18</sup>

Los comandos, como eran llamados los grupos de la resistencia quizá como contraparte de los Comandos Civiles que habían actuado contra Perón, fueron agrupamientos barriales, sin coordinación alguna, pero que de un modo u otro, recibían las "Directivas" de Perón. Si esa falta de organización centralizada dificultaba las comunicaciones con Perón y la recepción de sus instrucciones, también lo hacía con la tarea de la represión. La misma generalidad de las "Directivas" hacía que esos grupos pudiesen actuar dentro de sus lineamientos, sin necesidad de establecer una cadena de comando. Un activista de aquella hora describe a esos comandos como "grupos pequeños, compuestos en su casi totalidad por gente nueva, tan entusiasta como inexperta" e inorgánica.<sup>19</sup>

Los destinatarios finales de esas "Directivas", a falta de los entes a quienes estaban dirigidas, fueron grupos que al margen de la conducción partidaria habían comenzado una tarea de conspiración más que de organización. Entre los que privilegiaban la segunda opción, según el posterior testimonio de uno de sus dirigentes, se encontraban los Comandos Coronel Perón. Uno de los miembros del grupo fue enviado a Panamá en diciembre de 1955 para ver a Perón. El emisario, Enrique Oliva, solo llegó a Santiago de Chile. Allí, a través de la escritora y política chilena María de la Cruz, estableció contacto con Perón, de quien recibió las "Directivas" poco después, por medio del representante de LAN Chile en Buenos Aires. Oliva regresó de Chile con la certidumbre de que el suyo era el primer grupo de la resistencia que se había puesto en contacto con Perón.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Prieto (1963), pp. 66 y 68; Vigo (1973), pp. 196-197.

<sup>19</sup> Prieto (1963), p. 57.

<sup>20</sup> Entrevista a Enrique Oliva, Buenos Aires, 19 de agosto de 1991. Monzón (2006), pp. 90-92, transcribe el testimonio de Oliva con la misma información. Véase también Vigo (1973), pp. 152-156.

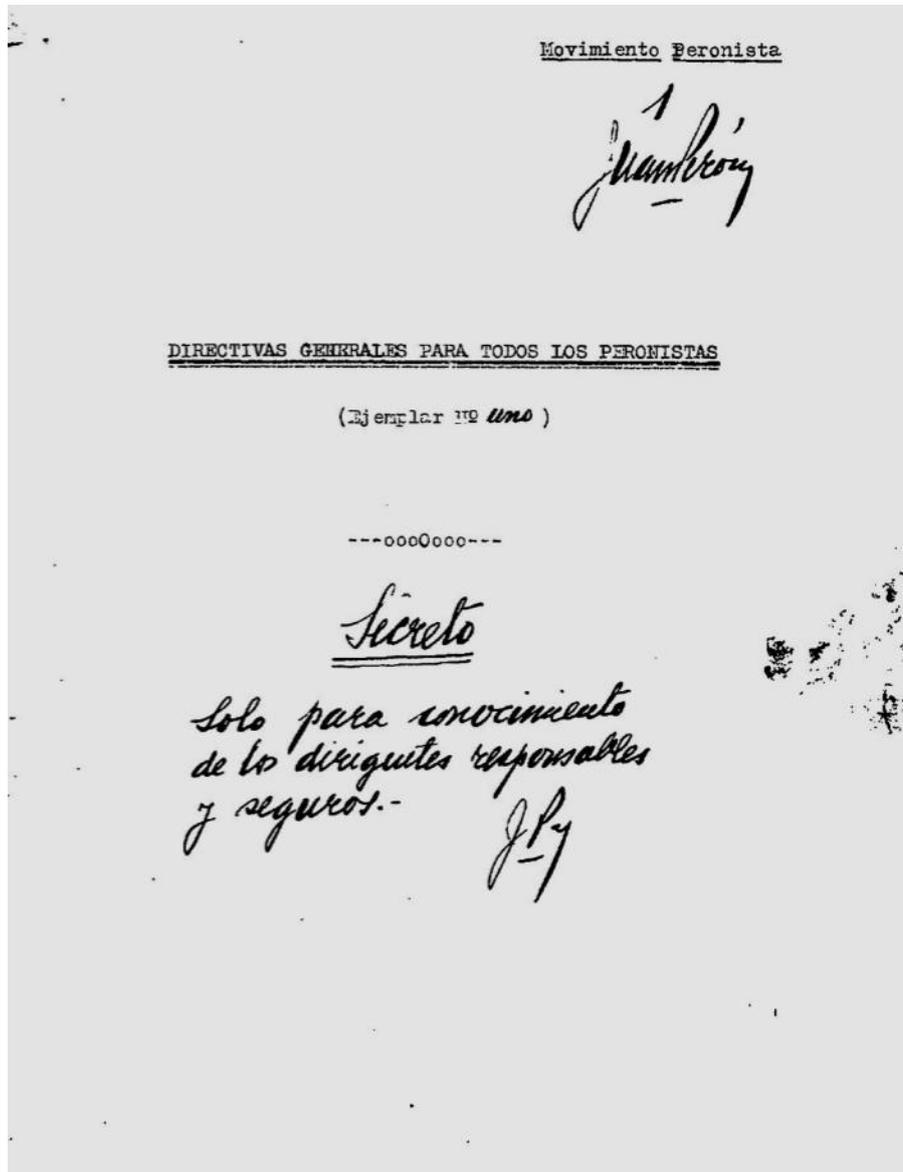


Figura 7.1 Portada del ejemplar de las "Directivas generales para todos los peronistas" enviado en enero de 1956 por María de la Cruz a Enrique Oliva.

Los Comandos Coronel Perón tenían por objeto mantener al Movimiento “políticamente activo” en sus tres ramas, “políticamente unificado y políticamente capacitado para encabezar la resistencia civil”.<sup>21</sup> Vigo, otro integrante de esos Comandos, relata en sus memorias su actividad clandestina entre septiembre de 1955 y junio de 1956, cuando cayó preso. Realizó sus primeros intentos en Santa Fe con sobrevivientes del aparato partidario, ex funcionarios y, luego, sindicalistas. En diciembre de 1955 fue a Buenos Aires en busca de contactos para organizar una dirección nacional del peronismo, pero encontró un panorama de completa desorganización. Por un lado, cualquiera se sentía llamado a conducir todo el Movimiento; por otro, poco se hacía, aparte de tratar de colocarse en una posición favorable para cuando el contragolpe que todos los días se anunciaba tuviera éxito. Comenzó entonces a trabajar en la organización política, sin dejarse llevar por los cantos de sirena de los militares y sus asociados. Su relato, publicado en 1973, cuando una descripción de las acciones violentas no hubiese desentonado con el clima entonces vivido, carece de detalles acerca de ninguna acción que no pueda clasificarse como puramente política. Esos u otros comandos, sin embargo, estaban produciendo acciones terroristas que llevarían a Perón a modificar su interpretación de la realidad.<sup>22</sup>

### Estrategia

Las primeras declaraciones de Perón tras su caída fueron efectuadas al llegar a Paraguay a comienzos de octubre de 1955. Aunque por su condición de asilado no explicitaban su actividad futura ni aludían a sus partidarios, ellas fueron motivo suficiente para que el gobierno argentino forzara al paraguayo a internarlo en Villarrica. Cuando la mayor presión del gobierno revolucionario logró obligarlo a dejar el Paraguay a comienzos de noviembre, en el tercer día de su viaje con destino desconocido, al aterrizar en Caracas, dijo que no pensaba continuar en la política. La circunstancia no era la mejor para sostener lo contrario, por lo que puede suponerse que su afirmación de que la política, las mujeres y la guerra no son para los

<sup>21</sup> Prieto (1963), p. 58.

<sup>22</sup> Vigo (1973). El testimonio de Brid (1971) es más explícito respecto de esas actividades.

viejos (entre los que, a poco de haber cumplido sesenta años, se incluía) fue solamente una manifestación de su desánimo.

En Panamá, desmintiendo tal declaración, retomó los contactos que había comenzado a hacer en Paraguay. Uno de ellos, particularmente activo en el año y medio siguiente, fue María de la Cruz.<sup>23</sup> Ella reproducía los mensajes de Perón y los enviaba a la Argentina. Sus contactos podían no ser demasiado amplios, pero pronto se fue formando en Santiago una colonia de exilados. A través de ellos, de sus cartas a familiares y amigos y, eventualmente, de sus viajes clandestinos, la palabra de Perón fue llegando a la Argentina.

La primera reacción de Perón fue recurrir a las instituciones que había creado y que habían servido de soporte a su régimen: el Partido Peronista Masculino, el Partido Peronista Femenino y la Confederación General del Trabajo. A ellos estuvieron dirigidas las "Directivas" de enero de 1956. Si las prácticas recomendadas fueron seguidas (o aun anticipadas) por algunos peronistas, no fue por obra de esas instituciones. Ambos partidos desaparecieron prontamente tras la caída de Perón, aun antes de su disolución formal. Muchos peronistas, tal como había sucedido a la caída de Rosas un siglo antes, descubrieron una reprimida fe revolucionaria que rápidamente liberaron (y que en muchos casos había sido honestamente ocultada por la necesidad de sobrevivir), al punto de convertir unidades básicas en comités radicales.<sup>24</sup> Peor aun, esas instituciones creadas y sostenidas desde el gobierno estaban mal preparadas para subsistir en condiciones adversas. El colapso de la CGT no provocó la desaparición del sindicalismo peronista, pero para que este comenzara a insinuar la vitalidad que luego tuvo serían todavía necesarios varios meses. En el momento en que Perón envió sus "Directivas" la CGT tampoco existía. Ella y los sindicatos que la componían habían sido intervenidos y los burócratas peronistas habían sido reemplazados por antiguos dirigentes que, excluidos de los sindicatos tras el triunfo de Perón, esperaban desde hacía casi una década, con paciencia pero ya sin raíces, la recuperación de la autonomía sindical. Las "Direc-

<sup>23</sup> Perón menciona a María de la Cruz como su contacto en Chile en carta a Jorge Antonio, Colón, 2 de enero de 1956, en Perón (1985), p. 22.

<sup>24</sup> Según el testimonio de Jorge Rulli, en Anzorena (1989), p. 22.

tivas" de enero de 1956 incluían recomendaciones precisas acerca de qué hacer, pero se dirigían a organizaciones que no estaban en condiciones de ponerlas en práctica.

En las "Instrucciones" de julio de 1956 y en *La realidad de un año de tiranía*, escrito en septiembre u octubre de ese año, el destinatario ha cambiado. Ya no hay más referencia a los partidos o a la CGT que la de que habían sido declarados fuera de la ley. Lejos de ser un perjuicio para el Movimiento, decía Perón en su libro, le han hecho un favor. La prisión ha sacado de circulación a dirigentes adocenados, que han sido reemplazados por otros jóvenes y activos. Descubrir estas positivas consecuencias de la derrota le había hecho también cambiar de opinión sobre las condiciones y el significado de la lucha respecto de las expresadas en las "Instrucciones". La caída había servido para purificar el Movimiento, pero más importante: "la masa ha superado a sus dirigentes". Si esto era un golpe para el artista de la conducción, era también un desafío practicar su arte en tales condiciones: "este estado inédito de las masas, lógicamente, no podrá ser manejado ni contenido con los métodos clásicos". Por eso los antiguos dirigentes políticos y gremiales han sido desplazados; por eso, los dirigentes que real y efectivamente se encontraban a la cabeza de las nuevas formaciones peronistas y trabajadoras insurreccionales eran casi todas figuras que actuaban en segundo plano. Espontaneísmo, sí; pero, según Perón, no obra de la casualidad: "el origen del estado actual es obra de la 'politización' que la doctrina peronista ha realizado en las masas populares argentinas". Los antiguos dirigentes no han podido comprender el "hecho nuevo".<sup>25</sup> Los "hechos nuevos", sugiere, son el motor de la historia.

Hay un plano político en el que actúan las otras corrientes políticas y un plano histórico en que lo hace el peronismo, nos dice. Este plano histórico parece estar caracterizado por la gravitación y permanencia; el plano político lo está por la fugacidad. En épocas normales los hechos políticos pueden confundirse fácilmente, por lo que aparentan tener permanencia; pero hay otros períodos que no son normales, en los que el destino nacional está en juego, continúa, en que el quehacer histórico es el dominante. Estos períodos están siempre señalados por la presencia

<sup>25</sup> Perón (1958), pp. 39-41.

de "hechos nuevos".<sup>26</sup> El "hecho nuevo" de ese momento histórico era la insurrección nacional, algo que Perón había invocado en sus "Directivas", "Instrucciones", mensajes y cartas, pero cuyas consecuencias no había comprendido en toda su magnitud.

A lo largo de 1956 y en la primera mitad de 1957 Perón insistió en sus cartas a Cooke, a María de la Cruz y a su ex ministro Hipólito J. Paz en que su línea política era la intransigencia absoluta. Esta tenía el doble objeto de hostigar al gobierno y dejar a los grupos neoperonistas de Alejandro Leloir, Juan Atilio Bramuglia, Vicente Saadi y otros, sin posibilidades de desarrollarse a expensas de su capital político. Si durante algún tiempo esa fue la única vía de preservarlo, las elecciones de constituyentes de julio de 1957 le mostraron que había otras. Más que sorprendido por su victoria debe de haberlo estado de que ella se considerara como tal. Aun cuando el voto en blanco hubiese superado los porcentajes obtenidos por otras fuerzas políticas, su caudal estaba tan lejos de las abrumadoras mayorías obtenidas bajo su gobierno que bien podía considerarse una catástrofe política: de más de la mitad del electorado en las elecciones de 1951, seis años después apenas si representaba un cuarto del mismo, cuando en abril de 1957 Perón aun suponía que su movimiento agrupaba por lo menos "al setenta por ciento de la ciudadanía argentina".<sup>27</sup> Una catástrofe de no mediar otras circunstancias: por un lado el fracaso de la desperonización, especialmente en los sindicatos; por otro, que la misma proscripción transformaba a ese caudal de votos mostrencos en una codiciada pieza para los cazadores políticos, entre los cuales Frondizi ya había dado muestras de encabezar el lote.

La aproximación de Frondizi al peronismo había comenzado en mayo de 1956, con el discurso pronunciado con motivo de su reelección al frente del Comité Nacional del radicalismo. Su quirúrgica intención era, por un camino distinto al supuesto por Lonardi, separar a la masa de Perón, a la

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 40. Perón también se refiere a los "hechos nuevos" en las cartas enviadas desde Caracas a John William Cooke, 3 de noviembre de 1956, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, pp. 30-31; a María de la Cruz, 5 de diciembre de 1956, en Perón (1991), pp. 138-139; y a Hipólito J. Paz, 10 de enero de 1957, *ibid.*, p. 159.

<sup>27</sup> "Declaración del Movimiento Peronista" de abril de 1957, en Perón (1991), pp. 204-206. Una versión modificada, de junio del mismo año, pero que contiene la misma afirmación, en Baschetti (1988), p. 59.

rescatable base del corrupto liderazgo. La elección de julio mostró que se hallaba en buen camino, pero el éxito aun requería apoderarse del botín del voto en blanco. Podía intentarlo cortejando al electorado peronista, presentándosele, como hasta entonces, como el mal menor; o, abandonando aquella operación, mediante un pacto con el dictador prófugo. Perina, cercano y clandestino colaborador de Frondizi, opina no sin fundamento que Perón no tenía otra opción que el pacto para disimular el eclipse que la captación de sus votos produciría (por lo que paradójicamente el pacto lo habría favorecido más que a su presunto beneficiario).<sup>28</sup> Perón, cuyo éxito en la organización de la masa estaba resultando mucho más modesto que su capacidad para incitarla a la acción, descubrió que su pálido desempeño electoral podía transformarse en una victoria si lograba negociar más que su apoyo a un candidato el reconocimiento de su disminuida pero aun clave fuerza política. En carta a Hipólito J. Paz del 7 de septiembre de 1957, Perón examina con prolijidad la propuesta de Frondizi, como para no dejar duda de que la estaba considerando seriamente. Dos meses más tarde, en otra carta a su ex ministro, la intransigencia ya se ha evaporado. Nada tiene en contra de un pacto: era preferible un enemigo leal (Frondizi o Vicente Solano Lima) antes que traidores comprobados (Bramuglia, Saadi y los otros neoperonistas). La intransigencia desaparecía y la organización a partir de la resistencia también.<sup>29</sup>

No fue solamente el descubrimiento de que tenía un capital electoral si no intacto al menos todavía rentable, pero que podía desvanecerse en breve lapso, el único factor que llevó a Perón a cambiar de línea. El abandono de la intransigencia en el sindicalismo había comenzado y de la autoexclusión se había pasado a la competencia por un espacio que tras la caída de Lonardi habían ganado las fuerzas antiperonistas. En junio de 1957 Cooke daba noticia de los avances en la Comisión Intersindical, en la cual había al menos diecinueve gremios con conducción peronista, aun cuando no todas fuesen químicamente puras. La CGT Única e Intransigente había fracasado. Un mes antes había dado cuenta de que algunos dirigentes estaban retraídos, dedicados a tareas específicamente gremiales,

<sup>28</sup> Perina (1960), pp. 127-138.

<sup>29</sup> Perón a Hipólito J. Paz, Caracas, 7 de septiembre de 1957, y Caracas, 25 de noviembre de 1957, en Perón (1991), pp. 166-171 y 176-180.

como Vandor, "que tiene mucha fuerza en metalúrgicos y es un hombre bien peronista".<sup>30</sup>

La situación a fines de 1957 estaba entonces caracterizada por una importante actividad terrorista que no podía alcanzar niveles organizativos más altos; un importante capital electoral, pero también una importante pérdida de votos que bien podía continuar; y la aparición de una dirigencia sindical que reclamándose peronista se acomodaba a la legalidad revolucionaria. Perón dejó entonces la intransigencia absoluta y abrió la puerta a un acuerdo electoral con Frondizi que se concretó poco después. Ese cambio de línea, aunque forzado por las circunstancias, marca el primer indicio de una práctica política distinta.

### Política

Perón seguía aproximándose a la práctica política equipado con su bagaje de siempre. Él era un conductor y "las conducciones, de cualquier naturaleza, son todas iguales".<sup>31</sup> Como ha señalado Rozitchner, Perón "traducirá los conceptos de la política en términos de guerra ... Serán las mismas categorías de la guerra las que desarrollará en la política".<sup>32</sup> Perón, sin embargo, no aceptaba que su práctica fuese la política. Quizá la aceptase como una forma de hacer la guerra, pero no en tanto que arte de lo posible, como negociación. Los políticos, profesión a la cual no reclama pertenecer, "irresponsables y ambiciosos", son quienes azotan con su infamia a la Patria, cuyos asuntos, decía, eran la permanente preocupación de su vida.<sup>33</sup> Los políticos, después de todo, actúan dentro de ciertas normas; para él la guerra, por el contrario, se hace por todos los medios: es un campo donde no existen limitaciones.<sup>34</sup> Esas normas que los políticos respetan solo tienen por objeto el engaño al pueblo:

Los políticos de todos nuestros países y en nuestros tiempos, me resultan como esas 'troupes' de 'catch as can' que recorren los paí-

<sup>30</sup> Cooke a Perón, 19 de mayo de 1957, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, p. 128.

<sup>31</sup> Perón (1952), p. xxvi.

<sup>32</sup> Rozitchner (1985), pp. 167 y 175.

<sup>33</sup> Perón a María de la Cruz, Ciudad Trujillo, 15 de noviembre de 1958, en Perón (1991), p. 150.

<sup>34</sup> Perón (1951), p. 108, citado por Rozitchner (1985), p. 132.

ses dando espectáculos, en los que se simula más o menos bien, una lucha enconada y violenta, aunque en la realidad todo es 'arreglado' y no hay tal lucha, ni tal encono, ni tal violencia: todo es teatro. El público que asiste se entusiasma y hasta se enoja a veces, a pesar que sabe que todo es simulado pero el corazón humano parece que a veces necesita engañarse a sí mismo, cuando no encuentra verdades para creer. Lo importante es que ese público es el que paga. Con los políticos y con el pueblo pasa lo mismo: es una 'troupe' de luchadores políticos que lo simulan todo, con tal que el pueblo pague. Hay en estas 'troupes' como en las otras, el 'hombre montaña', el 'tramposo', el 'correcto', etc. pero todos son simuladores de un papel que les corresponde en la función. Cuando aparece uno que lucha en serio y sin 'arreglo' se acaba el espectáculo.<sup>35</sup>

Hay reglas de juego en la política, dice Perón, y el que las rompe es el que gana. Por la vía del ridículo Perón desestima esas reglas y a quienes las siguen, presentándolos como hipócritas que tampoco creen en ellas pero que fingen respetarlas. Esta concepción de la política guió sus pasos desde que ella, en su retórica, fue a buscarlo. Su negación de la política es la negación de esas reglas para él tramposas.<sup>36</sup> Es entonces el pueblo, o las circunstancias, las que lo exaltan al poder, pero no a la política. En su concepción el poder es legítimo, pero la política es ilegítima.

Esa visión del poder dissociado de la política proviene, en su caso, de una mentalidad militar, más que de una mentalidad autoritaria antidemocrática. En el ejército, el poder emana del cargo que se obtiene por la virtud profesional; en la política, el poder se ejerce por el consenso, que depende de la negociación de las coaliciones. El poder en el seno del ejército se ejerce en la soledad del comando, en consulta con el estado mayor que funciona como la corte; en la política, el poder se ejerce por delegación de los pares y en consulta con los pares, no con subordinados. Los éxitos y los fracasos de Perón derivaron de esa concepción de la política, que solo abandonó hacia el final de su vida cuando él, al fin y al cabo otro más de

<sup>35</sup> Perón a María de la Cruz, Colón, 12 de mayo de 1956, en Perón (1991), pp. 117-118. La *troupe*, dice el diccionario Larousse, es un grupo de artistas que actúan juntos. *Catch-as-catch-can*, que Perón abrevia "catch as can" como se usaba, era una forma de lucha libre en la que durante los años del gobierno de Perón se destacaron El Hombre Montaña y Martín Karadagian.

<sup>36</sup> Véase también Peicovich (1973), pp. 39-41, y Kelly (1984), pp. 90-91.

los políticos de la *troupe* que condenaba, debió “arreglar” con sus adversarios el resultado del espectáculo. Este Perón tardío, sin embargo, mientras por un lado respetaba las reglas del juego que ahora quería ver respetadas por los demás para asegurar su triunfo, por otro mantenía la amenaza del viejo Perón apoyando a las “formaciones especiales”. La muerte, no obstante, lo encuentra en el poder, pero su concepción del poder ha variado: ahora, devuelto el grado de general, ha abandonado la concepción militar para asumir una concepción política del poder. El tránsito de una concepción a otra se produjo en los largos años del exilio, durante buena parte de los cuales siguió practicando sus antiguos métodos. La política pendular que caracterizó esos años fue una deformación, una consecuencia inesperada de su concepción previa. Su concepción del poder dissociado de la política se justificaba cuando estaba en el poder, pero ahora, desposeído de él, la política, no ya el poder, venía a buscarlo para sumarlo a la *troupe* de sus practicantes. Perón, sin embargo, había violado las reglas del juego y no podía ingresar en el que se había montado a su caída. Debía sumarse a la *troupe*, pero esta resistía su ingreso: debía esperar que lo llamaran, pero no para destruirla sino para consolidar las reglas del juego. Ese llamado fue confuso y contradictorio porque se temía que el antiguo violador volviese a las andadas, pero no: Perón era ahora un político como esos que había condenado y volvió a la Argentina a consolidar las reglas del juego democrático que nunca hubiesen podido afirmarse con el peronismo amenazando su existencia.

La concepción del poder dissociado de la política provenía de la formación militar de Perón, pero de un aspecto específico de esa formación. Perón había estudiado la historia militar y en ella, cuando el poder lo reclamó, encontró los instrumentos que le permitirían triunfar en ese nuevo campo que se le abría. La guerra del siglo XVIII era la guerra de movimientos, no de batallas; era una guerra de convenciones, de reglas, que se había desarrollado como una forma de introducir la civilización, las luces, en la resolución del conflicto. Esa forma de guerra fue criticada por Mauricio de Sajonia en sus *Reveries*, arrasada en la práctica por Napoleón y refutada teóricamente por Clausewitz. La guerra pasó a ser la destrucción, la ausencia de reglas, la negación de la política. Guglielmo Ferrero muestra que la ventaja de Napoleón fue borrar los marcos morales de la

guerra del siglo XVIII.<sup>37</sup> También fue la ventaja de Perón en su camino al poder y en su derrota: habiendo borrado los marcos morales de la política podía reunir entre sus seguidores los elementos más dispares, sin otra condición que la aceptación de su liderazgo. Esta disparidad forzaba, en el gobierno, una equilibrada distribución de favores, pero en el llano, donde ya no había otro favor para distribuir que la bendición política, ofrecía amparo a todos bajo el amplio manto del peronismo. Del poder concebido como el ejercicio del comando auxiliado por el estado mayor, Perón en el exilio lo ejercía internamente como un inestable equilibrio de facciones y externamente como una búsqueda constante de la legitimidad. Perón pasó, en términos de Ferrero, de la mentalidad aventurera de Napoleón a la mentalidad constructiva de Talleyrand.<sup>38</sup> O, en términos de la estrategia militar, para no abandonar sus marcos mentales, saltó, quizá ignorándolo, de Clausewitz a Liddell Hart.<sup>39</sup> Este tránsito lo cumplió penosamente, sin advertirlo, sin traducirlo necesariamente en su lenguaje, pero su práctica avanzaba hacia la integración, tarde o temprano, de la *troupe*. En 1956 Perón todavía buscaba su legitimidad en la movilización de las masas, en "la hora de los pueblos".<sup>40</sup> Cuando esta llegó en la Argentina de 1970, "La Hora del Pueblo" fue el clamor de la *troupe* por el respeto de reglas que otros habían violado, no el llamado de las masas a su líder para la toma del poder.

### Conclusión

La práctica de la acción directa recomendada por Perón en sus "Directivas" de enero de 1956 fue anticipada por sus seguidores, que sin embargo se cuidaron de seguir al pie de la letra las mucho más violentas "Instrucciones" de junio. Durante muchos meses Perón supuso que el fin de sus enemigos estaba cerca y que la ola de violencia terminaría con ellos, restaurando su régimen. No estaba desengañado de la factibilidad de esa vía cuando las circunstancias le presentaron otra. Las elecciones

<sup>37</sup> Ferrero (1936).

<sup>38</sup> Ferrero (1941).

<sup>39</sup> Véase la crítica de Liddell Hart a Clausewitz en Liddell Hart (1969), pp. 119-140.

<sup>40</sup> Perón a María de la Cruz, Colón, 12 de mayo de 1956, en Perón (1991), p. 117.

del 28 de julio de 1957 pusieron en sus manos un bien negociable, pero también volátil. La violencia no era negociable y solamente se justificaba si era seguida por la organización, paso previo a una insurrección general, que ya advertía lejana. El pico de violencia de mediados de 1957 no puso al gobierno revolucionario más cerca de su fin, pero quizá haya servido para profundizar las diferencias internas del heterogéneo conglomerado que había derrocado a Perón, parte del cual había pasado del gorilismo al cortejo de los derrotados. Sin condenar la violencia, Perón negoció sus votos con Frondizi, en un acto que, por primera vez, lo acercaba a la *troupe*.

La violencia no cejó completamente con la asunción de Frondizi y el pronto desengaño la incentivó. Ella tomó sin embargo otras características: de los grupos barriales se pasó a los grupos sindicales. La acción, por lo tanto, dejó de tener por objeto causar una perturbación general e indiscriminada, para centrarse en conflictos particulares. Como herencia de la primera ola de violencia peronista quedó —como sucedería luego con el bombo— la generalización de su medio de expresión, el caño. Esa ola de violencia se dirigió más contra las cosas que contra las personas. Aunque muchas bombas tuvieron destinatarios con nombre y apellido, solo se produjo un asesinato político. El primitivismo técnico y operativo fue otra de las características de ese ola, que al reproducirse en 1959, encontró una respuesta tan a su medida que la suprimió completamente.

Perón había insistido que la Revolución Libertadora trataba de resolver un problema de opinión mediante el uso de la fuerza, cuando solo la opinión misma podía resolverlo.<sup>41</sup> Mientras lo decía, sin embargo, también él apelaba a la fuerza para resolver un problema de opinión: el de la que no menos decididamente se le oponía. El mito del avión negro expresó el retorno de Perón como restauración de la legalidad pre-revolucionaria y la creencia en la legitimidad del uso de la fuerza con ese fin. Pero el avión negro no llegó y Perón debió aprender a recorrer el camino de la política.

<sup>41</sup> Perón a Cooke, Caracas, 3 de noviembre de 1956, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, p. 27.

## Post scriptum

El lenguaje violento de Perón en las "Instrucciones generales para los dirigentes" ha suscitado dudas respecto de su autor. Julio César Melon Pirro dice que "la irresponsable ingenuidad de la que parecían hacer gala dichas recomendaciones –a cuyo contenido por otra parte muchos pudieron acercarse a partir de la información difundida por la inteligencia del gobierno tras el repetido descubrimiento de los 'complots'– llevaron a que se negara su autenticidad. Las dudas se perpetuaron aun después de que a principios de los años setenta Alicia Eguren hiciera publicar la correspondencia Perón-Cooke, de la que hoy se desconoce si se conservan los originales".<sup>42</sup> Al finalizar el texto transcrito, una llamada remite a una nota que dice: "El historiador Samuel Amaral, quien organizó la publicación de otras cartas de Perón existentes en el Archivo Hoover de la Universidad de Stanford [*Cartas del exilio*, ob. cit.], no halló nada parecido, aunque las consideró auténticas e hizo de ellas el centro de su crítica a la violencia en *El avión negro*, ob. cit."<sup>43</sup> Esta alusión personal me obliga, por lo tanto, a justificar por qué no dudé de que Perón era el autor de las "Instrucciones".

Antes de hacerlo, sin embargo, debo hacer cuatro observaciones referidas a lo que señala Melon Pirro. La primera es que no dice quiénes dudaron de que Perón fuese el autor de las "Instrucciones".<sup>44</sup> La segunda, que no encontré ejemplares de las "Instrucciones" entre las cartas de Perón a María de la Cruz, a Hipólito J. Paz y a Ronald Hilton (los destinatarios de las incluidas en el libro *Cartas del exilio*, que compilamos con William E. Ratliff, al que se refiere Melon Pirro), porque no había motivo para que esas personas las tuvieran: María de la Cruz, residente en Chile, solo sirvió brevemente, a comienzos de 1956, como intermediaria entre Perón y algunos de sus seguidores en la Argentina; Paz, residente en Estados Unidos donde había sido embajador hasta la caída de Perón, era ajeno a actividad

<sup>42</sup> Melon Pirro (2009), p. 150.

<sup>43</sup> Melon Pirro (2009), p. 274. Los corchetes están en el original. En esa cita, *Cartas del exilio* es Perón (1991) y *El avión negro* es este capítulo.

<sup>44</sup> Quizá se refiera a Baschetti (1988), que no las incluye, pero sin explicar el motivo de la omisión; o a Duhalde (2001), p. 21, que sin aportar evidencia alguna atribuye las "Directivas" y las "Instrucciones" a César Marcos y Raúl Lagomarsino.

política en la Argentina; e igualmente lo era Hilton, también residente en Estados Unidos, profesor de Stanford University y editor de un boletín de noticias hispanoamericanas.<sup>45</sup> La tercera, que la posesión de un ejemplar de las “Instrucciones” por esas personas es irrelevante para determinar su autor. La cuarta, que Enrique Oliva me dio la fotocopia de las “Directivas” cuando lo entrevisté en 1991 pero no de las “Instrucciones” porque cuando estas llegaron él estaba detenido a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (lo estuvo desde junio de 1956 y hasta que en diciembre de ese año optó por salir de la Argentina).

Los motivos por los que no dudé de que Perón era el autor de las “Instrucciones” son los siguientes. En primer lugar, porque Perón no impugnó el contenido del libro de su correspondencia con Cooke. En noviembre de 1972, cuando apareció, sin duda estaba ocupado con otros asuntos, pero también estaba rodeado de muchos acólitos que podrían haber objetado la publicación. No conozco, sin embargo, que alguien lo haya hecho por escrito en ese momento o después. Es posible que Eguren no haya tenido todas las cartas intercambiadas o que aun teniéndolas haya omitido algunas en la compilación, pero la inclusión de las “Instrucciones” solo pudo deberse a que estaban entre los papeles de Cooke.<sup>46</sup>

En segundo lugar, porque en la carta a Cooke del 11 de julio de 1956, Perón indica que “las instrucciones van en sobre aparte por el mismo correo” y en el texto de esa carta utiliza un lenguaje que permite identificarlas como las “Instrucciones generales para los dirigentes”: “El camino está en la resistencia civil ... debemos recurrir a la organización clandestina a base de los dirigentes que en gran número están decididos y prontos a actuar ... Como usted verá por las directivas se trata de una cosa vieja pero muy eficaz si se realiza con intensidad y extensión. Todo el secreto estriba en que nuestra gente conozca lo que hay que hacer ... El odio y el deseo de venganza ya ha sobrepasado todos los límites tolerables hasta en nosotros mismos frente a tanta infamia y espíritu criminal. Es necesario confesar

<sup>45</sup> Sobre las actividades de Paz entre 1955 y 1958, véase Paz (1999), pp. 268-330. Sobre Hilton véase el obituario en *The New York Times*, 24 de febrero de 2007.

<sup>46</sup> Dos cartas de Perón a Cooke que no estaban en poder de Eguren fueron publicadas posteriormente: una, fechada en Ciudad Trujillo el 18 de enero de 1959, en Mazzeo (2000), pp. 86-87; y otra, fechada en Caracas el 1° de diciembre de 1957, en Yofre (2015), pp. 100-101.

que aunque fuéramos santos tendríamos deseos de descuartizar a los traidores y asesinos de inocentes ciudadanos y prisioneros indefensos. Yo dejé Buenos Aires sin ningún odio pero siento que ahora, ante el recuerdo de nuestros muertos por millares y nuestra gente asesinada en las prisiones, torturada en toda forma y sacrificada con el sadismo más atroz, tengo un odio inextinguible que no puedo ocultar".<sup>47</sup> Esa carta señala la fecha del comienzo de la difusión de las "Instrucciones" en la Argentina, confirmada por la carta de Perón a Juan Garone del 15 de julio de 1956, donde le dice: "Ud. habrá recibido por intermedio de D. Julio las directivas e instrucciones que le envié para la realización de la lucha en nuestro país".<sup>48</sup>

En tercer lugar, porque la carta de Perón a Cooke del 3 de noviembre de 1956 contiene expresiones semejantes a las de las "Instrucciones": "Cuanto más violentos seamos mejor: al terror no se lo vence sino con otro terror superior ... Las revoluciones como la nuestra parten siempre del caos, por eso no sólo no debemos temer al caos sino tratar de provocarlo ... Si hay que matar sin remedio, es mejor que ello sea rápido y cuanto antes".<sup>49</sup> Además, porque en su carta a Perón del 11 de mayo de 1957, Cooke se refiere a las "Directivas" y a las "Instrucciones" como dos documentos diferentes y auténticos: "las directivas verdaderas fueron calificadas de apócrifas, cosa que han repetido en el caso de las 'Instrucciones Generales para los Dirigentes'"; y dos meses después, en su carta a Perón del 11 de julio de 1957, vuelve sobre el asunto: "cuando aparecieron esas Directivas y las 'Instrucciones Generales para los dirigentes', los burócratas del partido dijeron que no podían ser auténticas".<sup>50</sup>

En cuarto lugar, porque un artículo de Arlindo Silva publicado en la revista brasileña *O Cruzeiro* en 1957, que no me pareció necesario citar, hace una referencia precisa al contenido de las "Instrucciones".<sup>51</sup> Este artículo

<sup>47</sup> Perón a Cooke, Colón, 11 de julio de 1956, *ibid.*, vol. 1, pp. 16-17.

<sup>48</sup> Perón a Juan Garone, Colón, 15 de julio de 1956, en Perón (1983), p. 33, y en Panella (1996), p. 120.

<sup>49</sup> Perón a Cooke, Caracas, 3 de noviembre de 1956, *ibid.*, vol. 1, p. 35.

<sup>50</sup> Cooke a Perón, Santiago, 11 de mayo de 1957, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, p. 109; y Cooke a Perón, 11 de julio de 1957, *ibid.*, vol. 1, pp. 192-193.

<sup>51</sup> Arlindo Silva, "O Cruzeiro, en 'furo' internacional, revela os documentos da conspiração peronista", *O Cruzeiro*, 13 de julio de 1957, año XXI, N° 39, pp. 90-98. La revista se puede consultar en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional Digital de Brasil.

se basaba en las cartas de Perón a Modesto Spachessi, convencional constituyente en 1949 y diputado nacional entre 1952 y 1955, luego exilado en Río de Janeiro. En la carta del 6 de julio de 1956, Perón le decía que la semana siguiente le enviaría “las instrucciones generales para los peronistas y las directivas de acción para la resistencia”; y en la del 17 de julio de 1956, que le había enviado las directivas y las instrucciones hacía varios días.<sup>52</sup> Es posible que el destinatario, por las apremiantes circunstancias del exilio, haya cedido al periodista brasileño esas cartas y otras cuatro también incluidas en el artículo: dos fechadas en Colón el 13 de mayo y el 11 de julio de 1956; y dos, en Caracas, el 6 de diciembre de 1956 y el 28 de marzo de 1957.<sup>53</sup> La versión en castellano del artículo de Silva incluía otra carta de Perón a Spachessi, del 20 de diciembre de 1956, en la que adjuntaba un panfleto impreso “que sirve de complemento a las directivas e instrucciones que llevan la firma del Comando Superior Peronista”.<sup>54</sup> El artículo no incluía el texto de esos documentos, pero tanto la versión en portugués como la castellana mencionaban que Perón había organizado “una sociedad secreta, estilo Ku-Klux-Klan, para la punición (inclusive la muerte) de todos los enemigos del peronismo”, cuyo nombre era “Justicia del Pueblo, J.D.P., iniciales que corresponden a su propio nombre”.<sup>55</sup> Silva, por lo tanto, conocía el contenido de las “Instrucciones”.

Esas eran las fuentes que conocía cuando redacté la versión original de este capítulo, pero poco después Marta Cichero publicó un libro basado en los papeles de Hernán Benítez.<sup>56</sup> Benítez tuvo dudas sobre la autenticidad de las “Instrucciones” cuando las recibió pero pronto le fueron disipadas. Melon Pirro, tomándolo de esa misma fuente, transcribe el comentario que el 17 de octubre de 1956 Benítez hizo para sí sobre las “Instrucciones”: “un documento de excepción [prueba] de la ligereza demencial con que juegan con nuestras vidas ... tan desatinado ... que cuesta creer que sea autén-

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp. 91 y 96.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 92 y 93.

<sup>54</sup> Arlindo Silva, “O Cruzeiro revela al mundo los documentos de la conspiración peronista”, *O Cruzeiro*, edición internacional, 1° de agosto de 1957, N° 9, pp. 22-31. La carta del 20 de diciembre de 1956 está en p. 30.

<sup>55</sup> La cita es de la p. 24 de la edición internacional en castellano, pero está la p. 92 de la edición en portugués.

<sup>56</sup> Cichero (1992).

tico. Y lo es. ¡Autentiquísimo! ¡Y se han pasado allá semanas elaborando semejante esperpento!".<sup>57</sup> Pero hay algo más de interés entre esos papeles de Benítez. En la carta del 4 de septiembre de 1956 a Arturo Jauretche, exilado en Montevideo, Benítez le había dicho que "por vía de Chile han llegado ejemplares impresos de las 'Instrucciones' del norteño [Perón] ... Casi todos creen o que no son auténticas o que han sido malamente interpoladas. Hay quien asegura que han sido fraguadas por los gorilas para evitar el levantamiento del Ejército ... Estamos dando algunos pasos para certificarnos de la autenticidad. Si es patraña la denunciaremos a todo bombo".<sup>58</sup> La confirmación de la autenticidad le llegó el 17 de noviembre en una carta de Pablo Vicente, una de las personas más cercanas a Perón en Caracas.<sup>59</sup> En la carta a Perón del 28 de diciembre de 1956 Benítez incluyó expresiones similares a las citadas por Melon Pirro.<sup>60</sup> Benítez, por lo tanto, reconoció que Perón era el autor de las "Instrucciones".

La evidencia disponible confirma, por lo tanto, que Perón fue el autor de las "Instrucciones generales para los dirigentes" y que las envió a la Argentina en julio de 1956, en un momento en que "el odio y el deseo de venganza" prevalecían en su espíritu.<sup>61</sup>

<sup>57</sup> Melon Pirro (2009), p. 151. La cita está en Cichero (1992), p. 93.

<sup>58</sup> Cichero (1992), p. 126.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>60</sup> *Ibid.*, pp. 336-337. No queda claro si Benítez recibió las "Instrucciones" antes de la carta a Jauretche del 4 de septiembre de 1956 o si la fecha de esta es errónea. Esto lo hace suponer el comentario que redactó el 17 de octubre e incluyó en la carta a Perón del 28 de diciembre de 1956, que no fue enviada de inmediato sino adjuntada a la del 14 de enero de 1958, según Galasso (1999), pp. 102-103.

<sup>61</sup> La cita está en Perón a Cooke, Colón, 11 de julio de 1956, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, p. 17.

## Guerra revolucionaria: de Argelia a la Argentina, 1957-1962

El enfrentamiento de la violencia política interna, cualquiera sea su origen, es un desafío para cualquier gobierno y más aun dentro de un orden político democrático. Los regímenes totalitarios y autoritarios tienen modos expeditivos de resolver ese problema. Un régimen democrático, sin embargo, debe preservar ciertas reglas que limitan su acción. Si la base de la democracia se encuentra en el acuerdo de disentir, la resolución del dilema que presenta la violencia debe darse sin afectar ese marco de disenso. Pero la violencia misma, a su vez, afecta la capacidad del gobierno de dar una respuesta que preserve ese acuerdo básico y los derechos que emanan de él.

La represión de la violencia política presenta un doble problema: la forja de la coalición necesaria para limitarla y aislarla, por el lado político; y por el lado técnico, la adopción de los medios para controlarla o suprimirla. Las coaliciones varían de circunstancia en circunstancia, por lo que no resulta fácil destilar los principios generales de su formación; pero, si la violencia presenta características similares, la técnica represiva podría tener una aplicación universal. Una de las más efectivas respuestas técnicas a la violencia política fue la del ejército francés al terrorismo argelino.

La doctrina de la guerra subversiva (aquella que se producía dentro de las fronteras territoriales) o revolucionaria (cuando esa misma guerra tenía por objeto la instalación de un régimen comunista) surgió de la respuesta dada por el ejército francés en Argelia a la acción del Frente de Liberación Nacional (FLN).<sup>1</sup> En Indochina, el ejército francés había descubierto que el Vietminh practicaba una nueva forma de guerra, para la que no encontró respuesta. En Argelia, pasó de la comprensión del fenómeno al diseño del

<sup>1</sup> En un primer momento la literatura se ocupó principalmente de la definición del fenómeno. El aporte clásico en tal sentido es el de Ximénès (1957). Véase también Bonnet (1958), Delmas (1959), y Déon (1959), pp. 15-64. Esta misma aproximación puede encontrarse en Beaufre (1972).

mecanismo necesario para enfrentarlo: la guerra contrarrevolucionaria. Esa doctrina unía entonces la definición del nuevo tipo de guerra con los medios adecuados para combatir en ella.

La elaboración de esa doctrina en Argelia y las formas operativas a que dio lugar y, luego, la introducción de esa doctrina en la Argentina son los temas de este capítulo. La doctrina francesa demostró una gran efectividad militar, pero al mismo tiempo una gran debilidad política. Aun para quienes admitían su premisa de que la tercera guerra mundial se estaba combatiendo en el seno de la población no fue fácil aceptar esa forma de combate tan ajena a la tradición militar. Al describir tanto el desarrollo de la doctrina de la guerra revolucionaria en Francia cuanto su adopción en la Argentina se consideran los aspectos operativos, no los teóricos, ya que no era necesario aceptar plenamente estos para advertir las ventajas de aquellos y, además, porque los métodos operativos sobrevivieron a su encuadramiento teórico original.

La respuesta elaborada por el ejército francés al problema de la violencia política es, por cierto, una de las respuestas posibles, pero sin duda la más efectiva hasta hoy. La correspondiente respuesta política, sin embargo, no ha sido encontrada.

### Argelia: el problema

En el mundo de la segunda posguerra el problema de la violencia política cobró un relieve singular. Por un lado, un importante actor político en la arena internacional amenazaba la existencia de buena parte de las democracias occidentales. Por otro, esa amenaza no solo se manifestaba externamente en las divisiones blindadas que se suponía invadirían el occidente europeo, sino también internamente en partidos políticos que si bien se adecuaban al funcionamiento democrático prometían al mismo tiempo una revolución cuyo modelo no contemplaba la práctica del disenso. Los acuerdos de posguerra preservaron al occidente europeo de esa amenaza ya que tras hacerse de un cinturón defensivo de países limítrofes la Unión Soviética retornó al modelo stalinista del socialismo en un solo país (ahora en un bloque de países contiguos), dejando a cargo de los partidos comunistas nacionales hacerse del gobierno dentro de las reglas de juego

democráticas occidentales, pero sin interferir militarmente más allá de los límites que se había señalado.

Si dentro de Europa había límites –que la guerra fría pronto se encargó de definir con precisión– impuestos por el equilibrio militar, fuera de ella quedaba otro mundo, que más tarde sería denominado el tercero, por conquistar. No fueron, sin embargo, las fuerzas soviéticas las que se lanzaron a su conquista, sino las mucho menos poderosas pero a la larga no menos efectivas de movimientos nacionales que en algunos casos desde su origen contaron con un liderazgo comunista pero que en otros combinaban un socialismo a veces vago con una más clara decisión de cortar el vínculo colonial.

Las potencias europeas confrontaron entonces la violencia política no en sus propios territorios sino en las colonias de África y Asia: Gran Bretaña en Malasia, los Países Bajos en Indonesia y Francia en Indochina conocieron inmediatamente después de la guerra esa fusión de nacionalismo y socialismo que movilizaba en la práctica de la violencia a los pueblos colonizados. La experiencia más drástica de ese ciclo fue sufrida por el ejército francés en Indochina, donde fue derrotado por el Vietminh en 1954.

A quienes comandaban el ejército francés les costó comprender la derrota. Las lecciones de la segunda guerra mundial no podían ponerse en práctica ante un enemigo que antes de dar la batalla final por el control territorial se había adueñado “del corazón y la mente” de los individuos.<sup>2</sup> Ya fuera de Indochina descubrieron que estaban luchando la tercera guerra mundial en cuyos campos de batalla de poco servían las armas convencionales o nucleares que dominaban la práctica y la doctrina militar. Advirtieron que a la guerra de naciones se oponía una de individuos y a la guerra territorial otra ideológica. No habían terminado de hacer este costoso descubrimiento cuando se les presentó un nuevo desafío, de características similares pero localizado en un lugar mucho menos remoto que Indochina.

El 1º de noviembre de 1954 estalló la rebelión argelina. Ya no era en una colonia distante, poblada por un puñado de europeos, donde aparecía

<sup>2</sup> La expresión fue acuñada por el general sir Gerald Templer, Alto Comisionado británico en Malasia durante la guerra de guerrilla de 1948-1960. Véase Stubbs (1989), citado por Selbin (1993), p. 164, n. 2.

esa violencia sino en un territorio que se consideraba parte de la metrópolis, donde emigrantes franceses habían arraigado hacia varias generaciones y donde el gobierno se ejercía a través de las instituciones francesas. El estallido de violencia en Argelia era un problema colonial pero también un problema del orden político francés, que no saldría indemne de la experiencia: un golpe militar y dos levantamientos cívico-militares entre mayo de 1958 y abril de 1961, el terrorismo nacionalista primero y el contraterrorismo de la Organisation de l'Armée Secrète (OAS) después sacudieron las raíces de la democracia francesa.<sup>3</sup>

Para el ejército francés se trataba, sin embargo, menos de un problema del orden político que de encontrar una respuesta militar adecuada. Se había perdido la guerra de Indochina por no comprender sus características peculiares, por haberla encarado en términos nacionales y territoriales y no, como allí habían aprendido, en términos individuales e ideológicos.<sup>4</sup> La guerra de Argelia fue interpretada como una manifestación de esa tercera guerra mundial cuyo campo de batalla era la mente de los individuos. Esta comprensión bastó para ganar esa guerra en términos puramente militares, pero los elementos étnicos y religiosos que el FLN introdujo en la lucha por la independencia restringieron el campo de acción de los militares franceses, europeos y cristianos al fin, levantando una valla insalvable en términos exclusivamente militares. Al apelar a los argelinos por su condición de árabes y musulmanes, el FLN adquirió un escudo protector de sus derrotas militares e instaló en las mentes una frontera menos ideológica que emocional e irracional, pero no por ello menos objetiva. Esa falla en la clara identificación de la frontera divisoria con el enemigo hizo creer a los militares que estaban en el teatro de operaciones que su triunfo militar era suficiente y que los políticos estaban arruinando el resultado. Esa creencia los llevó a forzar la instalación en el gobierno de quien era considerado el más grande entre ellos: Charles de Gaulle. Pero, paradójicamente, la grandeza de este se vio reafirmada, para desesperación de sus valedores, por una solución alejandrina para el nudo gordiano que, a pesar del triunfo

<sup>3</sup> Para una visión general de la guerra de Argelia, véase Horne (1978).

<sup>4</sup> Para la evolución de la doctrina de la guerra revolucionaria, véase Paret (1964), pp. 98-112; Ambler (1966), pp. 149-204 y 308-336; y Kelly (1965), pp. 107-205.

militar sobre la insurrección, Argelia seguía representando para la democracia francesa.<sup>5</sup>

Los militares victoriosos creyeron que se los había despojado de su victoria, sin advertir que los medios empleados en alcanzarla mal podían tolerarse, y menos aún aceptarse abiertamente, dentro de un marco democrático. Habían encontrado el mecanismo, el recurso técnico, para derrotar a un enemigo irregular que practicaba el terrorismo, pero el uso de métodos semejantes a los del enemigo que combatían podía justificarse mejor dentro de los términos de la tercera guerra mundial en la que se creían inmersos que dentro de un orden político basado en la construcción de coaliciones y en la tolerancia del disenso. Habían derrotado a la guerra revolucionaria y vengado la derrota a manos de esta en Indochina, pero para justificar sus acciones debían convencer a la opinión pública francesa y occidental de que esa era efectivamente la tercera guerra y que el método que empleaban para combatir era el más adecuado. En esto fracasaron: su éxito con las armas no se tradujo en un éxito político; por el contrario, se arrumbaron a sí mismos casi unánimemente en el desván del neofascismo, quizá menos por convicción que por lo que sentían como un rechazo hacia ellos de esa democracia que identificaban con los políticos a quienes –traicionando, creían, su mandato y su propio pasado– se había sumado De Gaulle.<sup>6</sup>

De la exitosa experiencia contrarrevolucionaria del ejército francés en Argelia quedó un método y un marco justificativo para su uso. La difusión de este marco de ideas tuvo menos éxito que la del método, por lo que a continuación sigue su descripción por los militares franceses.

### Argelia: la doctrina

La guerra moderna –dice Roger Trinquier, un oficial que prestó servicios en Argelia y que en 1961 publicó uno de los textos básicos producidos por esa experiencia– “es un sistema interrelacionado de acciones políticas, económicas, psicológicas y militares que tiene por objeto el derrocamiento

<sup>5</sup> Un análisis de este problema en Kelly (1965), pp. 206-381; y Hutchinson (1978), pp. 102-129.

<sup>6</sup> Una crítica de las consecuencias políticas de la doctrina de la guerra revolucionaria, en Paret (1964), pp. 112-122. Sobre las tendencias neofascistas en la OAS, véase Algazy (1984), pp. 21 y ss.

de la autoridad establecida en un país y su reemplazo por otro régimen".<sup>7</sup> Para hacer frente al enemigo que se empeñaba en tal guerra era necesario que el ejército adaptara su organización, su estrategia y su táctica a las nuevas circunstancias. La victoria no se obtendría por la derrota del enemigo en el campo de batalla sino por la completa destrucción de la organización armada clandestina cuyo objetivo era imponer su voluntad sobre la población: este era el concepto fundamental que debía guiar el estudio de la guerra moderna.

Para Trinquier, como el objetivo de la guerra moderna es el control de la población, el arma principal de la organización armada clandestina es el terrorismo, que se dirige directamente al individuo, amenazándolo de muerte violenta en cualquier momento y en cualquier lugar. En la medida en que la autoridad pública y la policía fracasan en el mantenimiento del orden y en garantizar la seguridad, el individuo es atraído hacia el bando terrorista, que se ha convertido en el único capaz de protegerlo. Para neutralizar la acción terrorista es necesario contar con información y para destruir a la organización armada clandestina es necesario conocer su estructura. La obtención de la información de parte del terrorista capturado se transforma en un elemento clave para enfrentar esta forma de guerra. El terrorista no puede ser tratado como un soldado enemigo, ya que aunque reclama los mismos honores rechaza las mismas obligaciones: un soldado corre riesgos que el terrorista evita, protegido por su organización. No puede ser tratado como un criminal común porque las fuerzas del orden no buscan castigar un crimen, del que por otra parte no es personalmente responsable, sino destruir a la organización de la que han emanado sus órdenes. No importa, por lo tanto, lo que pueda decir sobre sí mismo ni sobre lo que pueda haber hecho, sino la información que pueda proporcionar sobre su organización. Cada terrorista tiene un superior: es necesario conocer cuanto antes su nombre y dirección para

<sup>7</sup> Trinquier (1964), p. 5. La primera edición francesa de este libro es Trinquier (1961). Una versión castellana es Trinquier (1965). También hay otra publicada en Buenos Aires por Editorial Riolatense, en 1975. Durante la campaña contraterrorista en Argel que condujo el general Jacques Massu a comienzos de 1957, Trinquier fue el jefe del Dispositif de Protection Urbaine que tenía por objeto el estricto control de la población a través de una red de informantes. Véase Massu (1997), p. 128, y Aoussas (2001), pp. 91-92.

capturarlo sin demora. “Ningún abogado está presente en esa interrogación”, dice Trinquier utilizando el verbo en un tiempo presente que suena como un imperativo. Si el prisionero da la información requerida, el examen termina rápidamente; si no, “su secreto debe serle extraído por especialistas”. Allí debe el terrorista, como un soldado, enfrentar el sufrimiento y quizás la muerte que hasta entonces se ha dado maña en eludir. El terrorista debe aceptar esto como una condición inherente a su oficio y a los métodos de guerra que sus superiores y él conscientemente han elegido. La interrogación debe ser llevada a cabo por especialistas perfectamente versados en las técnicas que emplean. La primera condición de un interrogatorio rápido y efectivo es que los interrogadores sepan lo que pueden preguntar al terrorista interrogado. Para esto, deben ante todo ubicarlo en el organigrama de la organización a la que pertenece. Es inútil interrogarlo sobre tareas que no ha estado realizando, ya que las organizaciones están estrictamente compartimentadas. “Una justificación cartesiana de la tortura”, dice Bernard B. Fall, prologuista de la edición norteamericana de *La guerre moderne*.<sup>8</sup>

Trinquier advierte las connotaciones morales del drástico método que se ha revelado tan eficaz. Estas, sin embargo, son resueltas rápidamente. El interrogador debe tratar de no herir la integridad moral y física del interrogado, pero no se puede jugar con las responsabilidades: es erróneo permitir que la artillería o la aviación bombardeen aldeas y maten mujeres y niños mientras el enemigo real usualmente escapa y rehúsa a los especialistas en interrogación el derecho de apresar al terrorista verdaderamente culpable y salvar a los inocentes. El sufrimiento físico de un individuo se justifica porque puede prevenir el de muchos inocentes.

No escapa a la consideración de Trinquier el hecho de que no solamente los verdaderamente culpables serían interrogados y que si se limitara

<sup>8</sup> Fall (1964), p. xv. Fall, que era francés pero había estudiado y residía en Estados Unidos, publicó dos libros sobre la guerra de Indochina: Fall (1961), sobre algunas acciones clave de esa guerra; y Fall (1966), sobre la derrota francesa en Dien-Bien-Phu, el 7 de mayo de 1954. En el primero, al referirse a “el futuro de la guerra revolucionaria”, exhorta a considerarla como una forma autónoma de guerra y a prestarle tanta atención como a la guerra nuclear. A diferencia de Trinquier, sin embargo, no entra en precisiones operativas. Fall murió al estallar una mina del Vietcong mientras recogía información para sus investigaciones acompañando a una patrulla de los Marines, según el obituario en *The New York Times*, 22 de febrero de 1967.

la interrogación a los comprobadamente culpables poco podría avanzar la recolección de información sobre la organización clandestina. Una característica singular de la guerra revolucionaria es la dificultad para identificar al adversario. Para lograrlo es necesario recurrir a métodos estrictos de control de la población, que es el campo de batalla donde se enfrenta a la organización clandestina.

La conducción de la guerra contrarrevolucionaria, sigue Trinquier, implica el uso extensivo de operaciones policiales, un esfuerzo de propaganda intensivo y un amplio programa social, como medios de acción directa sobre la población urbana. Las operaciones policiales deben ser llevadas a cabo con el respaldo del ejército, o por este mismo si la policía no puede hacerlas eficazmente. El objetivo es obtener información sobre la organización clandestina. La gente conoce algunas personas claves de la organización: activistas, recolectores de fondos, o aun terroristas que viven en contacto con la población. No los denunciarán, sin embargo, si su propia seguridad corre riesgos. Garantizar esa seguridad es una de las primeras tareas de la organización de la población y del servicio de información.

La propaganda no es útil durante el período de operaciones, pero con el gradual retorno de la normalidad puede jugar un importante papel en hacer entender a las masas la variedad de problemas que deben resolverse antes de retomar la existencia normal. La organización de la población debe ser el más efectivo instrumento de propaganda. El papel de los servicios sociales es paliar las miserias engendradas por la guerra. Esta siempre ha sido una calamidad para la gente y lo es más aun cuando se lucha en medio de la población. Pero la ayuda material solo debe brindarse después que la organización clandestina haya sido destruida, ya que de lo contrario la beneficiará.

La conducción de la guerra en una gran ciudad, en medio de la población, sin la ventaja de las poderosas armas que posee, es para Trinquier uno de los más delicados y complejos problemas que puede enfrentar un ejército. Los militares en general no han sido preparados para llevar a cabo un trabajo policial efectivo, operar en el seno de la población y hacer que esta participe activamente de su lado. Creer que estas operaciones deben de ser llevadas a cabo por la policía y que el ejército debe reservarse para la tarea más noble y más adaptada a su especialidad de reducir a las

bandas armadas en el campo es un grave error que el adversario quisiera que se cometiese. La policía protege a la población de los criminales, pero no tiene medios para protegerla de una organización cuyo objetivo no es atacar a los individuos por ella protegidos sino conquistar el poder. La protección del territorio nacional es tarea del ejército, que tiene los medios necesarios para la victoria; alcanzarla es solo una cuestión de voluntad y método.

La guerra contra la organización clandestina, continúa Trinquier, requiere de un estricto control territorial, no por el territorio en sí mismo sino por la población que lo habita. Debe establecerse una división cuadrangular en la que la organización militar sigue las líneas de la administración civil (se refiere, por supuesto, a la administración francesa) para hacer máximo uso de todas las posibilidades de comando y permitir, hasta donde sea posible, que la administración funcione normalmente. La lucha contra la guerrilla no es, como podría suponerse, una guerra de tenientes y capitanes.<sup>9</sup> La cantidad de tropas en acción, las vastas áreas sobre las que deben combatir, la coordinación de diversas acciones sobre esas vastas áreas, las medidas político-militares que deben tomarse respecto de la población, la necesariamente estrecha colaboración con varias ramas de la administración civil, todo esto requiere que las operaciones contra la guerrilla sean conducidas de acuerdo con un plan establecido en el más alto nivel de comando, capaz de intervenir rápidamente en cualquier momento en las áreas afectadas por la guerra.

Trinquier no se detiene en los aspectos filosóficos o políticos de la guerra, si se está defendiendo a la civilización occidental o a la democracia, si se está combatiendo la tercera guerra mundial. Para él, la metáfora de Mao es la guía en la guerra contrarrevolucionaria: hay que quitar el agua para asfixiar al pez. Hay un enemigo que actúa internamente y de manera solapada que debe ser vencido por métodos distintos de los utilizados en la guerra convencional. El campo de batalla es la población y el elemento clave de la guerra es la información. Es necesario ganar a aquella y obtener esta para destruir a la organización armada clandestina del enemigo.

<sup>9</sup> Esa era la visión prevaleciente en Argelia según el testimonio del entonces teniente coronel Alcides López Aufranc. Véase López Aufranc (1959). La referencia a la guerra de tenientes y capitanes se encuentra en p. 633. En el mismo trabajo se describe el método del *quadrillage* (cuadrículado).

### Argentina: introducción de la doctrina

La doctrina de la guerra contrarrevolucionaria encontró en la Argentina un terreno fértil, abonado por más de dos años de violencia. Mientras los paracaidistas de Jacques Massu eliminaban al terrorismo de Argel en la primera mitad de 1957, el gobierno argentino no encontraba la manera de frenar el menos letal pero igualmente perturbador que practicaban los peronistas. La falta de respuesta quizá se debiera a que no se lo percibía como una amenaza a la seguridad del estado, aunque los diarios lo presentaban como el resultado de una vasta conspiración dirigida por Perón desde Caracas. Esto no era así, ya que carecía de los medios para organizarla, pero, en su esfuerzo por acusarlo, el gobierno presentaba las acciones dispersas de la resistencia como si la amenaza existiera. La violencia cedió con el cambio de las condiciones políticas: los caños disminuyeron a fines de 1957 y casi desaparecieron en los meses siguientes a las elecciones de febrero de 1958.<sup>10</sup> El terrorismo, por lo tanto, era para los militares argentinos un enigma sin resolver cuando los miembros del primer contingente de la misión militar francesa revelaron la solución del problema, tanto desde el punto de vista teórico, explicando por qué se producía, como desde el práctico, explicando cómo enfrentarlo.

La misión militar francesa se instaló en la Escuela Superior de Guerra en 1957 y muy pronto la revista de la institución recogió colaboraciones de sus integrantes. La primera fue publicada en octubre de ese año y correspondió a una conferencia pronunciada en la Escuela por el teniente coronel François Pierre Badie.<sup>11</sup> El autor se refería, paradójicamente, a la resistencia francesa durante la ocupación alemana, a la que describía clínicamente, dejando de lado todo tipo de adhesión emocional, como una guerra de guerrillas, una guerra revolucionaria, donde la población ocupaba un lu-

<sup>10</sup> Sobre los distintos tipos de actos de violencia de la resistencia peronista véase la Tabla 7.1.

<sup>11</sup> Badie (1957). Una revisión de la literatura producida al introducirse en la Argentina de la doctrina de la guerra revolucionaria se encuentra en López (1987), pp. 144-160. López denuncia esos métodos y su adopción en la Argentina, pero acepta implícitamente la legitimidad del terrorismo y se la niega a los esfuerzos por suprimirlo. Destaca las consecuencias morales de la aplicación de esos métodos, pero elude la consideración del contexto histórico en que se adoptaron y la de las consecuencias prácticas y morales del terrorismo. Tampoco distingue la doctrina de la guerra revolucionaria francesa y sus consecuencias prácticas de la doctrina norteamericana de la contra-insurgencia y sus propios contextos.

gar fundamental. Además de “la adhesión en masa de la población, una organización territorial sólida, y un dispositivo inicial bien establecido” era necesario asegurar una ayuda exterior regular de personal y material. “En cuanto a nosotros, los militares”, decía sin pasión, “esta forma de guerra no debe sorprendernos si algún día tenemos que enfrentarla”. Su análisis, prudentemente sin embargo, no entraba en detalles acerca de cómo esa forma de guerra había sido enfrentada por los militares alemanes. En enero de 1958 fue publicado un prolijo análisis de la estrategia del Vietminh efectuado por el teniente coronel Patrice de Naurois. Su trabajo tenía igualmente por objeto explicar de qué se trataba ese tipo de guerra, sin entrar a considerar el problema de cómo enfrentarla.<sup>12</sup>

El primer artículo sobre el tema publicado en la *Revista de la Escuela Superior de Guerra* en julio de 1957, había sido, sin embargo, de un militar argentino. El teniente coronel Miguel Angel Montes, en “Las guerras del futuro en la era atómica”, había hecho referencia a la “guerra social revolucionaria”. Bajo un epígrafe de T.E. Lawrence, que refería la presencia de una idea, “una cosa intangible, invulnerable, sin frente ni retaguardia”, y otro del teniente coronel checoslovaco F.O. Miksche, que ya señalaba la frontera ideológica dentro de cada país entre los partidarios del comunismo y de la democracia, el autor revisa rápidamente los orígenes marxistas de esa forma de guerra clandestina en el interior de un país.<sup>13</sup>

Este indicio de la preocupación de los militares argentinos, aun antes de la llegada de los franceses, por una forma de guerra cuya ominosa sombra extendía la ola terrorista de la resistencia peronista durante ese año, tuvo una segunda manifestación en enero de 1958 en un artículo sobre “Estrategia y táctica”, del coronel Carlos Jorge Rosas. La guerra política y psicológica, dice dentro de un marco clausewitziano, “tiene por finalidad inhibir la voluntad de lucha del adversario”. “Esa guerra culmina, a veces, en la ‘guerra subversiva’”, cuya teoría, dice, sería examinada por Naurois en otra conferencia. La guerra subversiva, sin embargo, reaparece varias veces en el escrito de Rosas, opuesta a la guerra clásica y a la nuclear. La guerra subversiva o revolucionaria es aquella que emplea como medios de acción principales “la propaganda, la descomposición interna, la desobe-

<sup>12</sup> Naurois (1958a).

<sup>13</sup> Montes (1957).

diencia civil, las huelgas, la inseguridad general, la agitación armada en forma de sabotaje, de terrorismo, de guerrilla y de insurrección general, hasta finalizar con el derrocamiento del régimen político y de la autoridad establecida, con o sin ayuda exterior". Este escrito era la introducción a una serie de conferencias sobre el tema ofrecida a los alumnos del tercer curso de la Escuela. En el plan del ciclo de conferencias, no obstante, no había un apartado específico para la guerra subversiva. La primera parte de la serie trataba de "la misión específica del Ejército; las hipótesis; los ambientes y las características previsibles de una guerra general". La misión del Ejército incluía la defensa del territorio contra la agresión interna y entre las hipótesis consideraba una eventual guerra civil contra un agresor interno. Tanto en una guerra local o civil como general aparecía identificado el fenómeno subversivo, pero al tratar las características previsibles de una guerra general describía más los aspectos ideológicos que los prácticos de ese fenómeno.<sup>14</sup>

Rosas fue, según Lanusse, "el padre de la criatura".<sup>15</sup> Tras una estancia en Francia, se preocupó por difundir, entre 1958 y 1962, desde su posición en el Estado Mayor del Ejército, la doctrina forjada en el ejército francés con motivo de las experiencias de Indochina y de Argelia. No era, sin embargo, el único militar argentino familiarizado con esa doctrina. El teniente coronel Montes lo había precedido en mencionarla en esa misma revista y en octubre de 1958 apareció un artículo, el primero de un oficial argentino estrictamente sobre el tema, "Guerra revolucionaria. El conflicto mundial en desarrollo", del teniente coronel Manrique Miguel Mom, adaptación de un artículo del comandante Jacques Hogard completado "con otros elementos de juicio de diverso origen, especialmente francés".<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Rosas (1958).

<sup>15</sup> Lanusse (1989), p. 258. Tras una permanencia de dos años en México como agregado militar, Lanusse regresó en marzo de 1960, en momentos en que se implantaba el Plan Conintes, para hacerse cargo de la jefatura de Estado Mayor de la Tercera División de Caballería. Según relata, concurrió a la Escuela Superior de Guerra para familiarizarse con las innovaciones que se estaban produciendo dentro del Ejército, de cuya existencia se había enterado ya en México. Véase también Bignone (1992), p. 48.

<sup>16</sup> Mom (1958) y (1959). Jacques Hogard (1918-1999), veterano de Indochina y Argelia, fue luego general.

Un año más tarde, en octubre de 1959, la misma revista publicó un artículo sobre "La guerra revolucionaria en Argelia", del teniente coronel Alcides López Aufranc. Este era uno de los oficiales argentinos que había seguido cursos en la Escuela Superior de Guerra francesa. Mientras los estaba siguiendo se produjo el levantamiento del 13 de mayo de 1958 que llevó a De Gaulle al poder, tras el cual sus compañeros franceses fueron trasladados a Argelia para reforzar los estados mayores, integrando una nueva división creada para dirigir la acción psicológica. López Aufranc, junto con los demás alumnos extranjeros, fue autorizado a permanecer dos semanas en Argelia, durante las cuales recogió la información volcada en su artículo. Allí se veía por primera vez de una manera concreta cómo se desarrollaban las operaciones para enfrentar a la guerra revolucionaria.<sup>17</sup> Hasta entonces, a excepción de dos artículos de Naurois, la atención se había dirigido a la descripción del fenómeno y de sus orígenes ideológicos, no al estudio de la táctica y de la estrategia para contrarrestarlo.<sup>18</sup> En el segundo de los artículos de Naurois se encuentran varios conceptos básicos de la doctrina transmitidos por los asesores franceses: (1) la destrucción de la organización subversiva o revolucionaria debe ser el principal objetivo; (2) esa no es una finalidad en sí misma, sino un elemento fundamental para recobrar el apoyo de la población; (3) la subversión podrá ser detenida y aniquilada tanto más fácilmente cuanto más temprano se emprenda la lucha contra ella; y (4) para tener éxito en la lucha contra la subversión se debe emplear las técnicas usadas por la subversión misma.<sup>19</sup>

También en 1959 se publicó en la revista *Manual de Informaciones* un artículo de Enrique Martínez Codó sobre la guerra revolucionaria.<sup>20</sup> La revista era la publicación oficial del Servicio de Información del Ejército y su autor era presentado en un artículo publicado un año más tarde en la edición hispanoamericana de *Military Review*, "publicación profesional del ejército de Estados Unidos", como periodista y redactor de *Manual de Informaciones*. El artículo de Martínez Codó analizaba exhaustivamente el

<sup>17</sup> López Aufranc (1959).

<sup>18</sup> Naurois (1958b) y especialmente (1958c). Otros dos casos, China y Grecia, fueron analizados por entonces en Badie (1959) y San Román (1959). Otros artículos de carácter descriptivo general son Badie (1958) y Bentresque (1959).

<sup>19</sup> Naurois (1958c), pp. 695-696.

<sup>20</sup> Martínez Codó (1959).

marco ideológico y los objetivos y prácticas de la guerra revolucionaria, pero aunque se refería someramente a los objetivos de la guerra contrarrevolucionaria no detallaba sus prácticas.

En 1960 se publicaron varios artículos sobre la guerra revolucionaria. Algunos de ellos eran de carácter teórico, como los de Osiris G. Villegas, Henri Grand d'Esnon y Tomás Sánchez de Bustamante, que agregaban más detalles que sustancia a la contribución de Naurois; otro de carácter descriptivo, como el análisis del caso de Laos, de Robert Bentesque; otro de carácter jurídico, como la enumeración de antecedentes legales argentinos aplicables a la acción subversiva, de Rafael Cuesta.<sup>21</sup> Hasta entonces, sin embargo, todos los estudios, excepto el de Martínez Codó, tenían un carácter teórico o descriptivo, pero las referencias concretas estaban relacionadas en todos los casos con las experiencias de otros países.

#### Argentina: análisis

Los primeros esfuerzos por aplicar la doctrina al análisis de la situación argentina fueron efectuados por el teniente coronel argentino Hamilton Alberto Díaz en 1961 y su par francés Jean F. Nougués en 1962.<sup>22</sup> El primero (y quizás también el segundo, ya que fue redactado también en 1961) tuvo su origen en el curso interamericano de guerra contrarrevolucionaria desarrollado en la Escuela Superior de Guerra en el último trimestre de 1961. Ya no era la resistencia peronista lo que preocupaba al ejército argentino o a sus asesores franceses, sino la subversión comunista, que alentada por Cuba se manifestaba en varios países de América Latina.

El Ejército, dice Nougués, había sabido apreciar el peligro, por lo que podía mirar al porvenir con confianza. Su estudio se concentraba en las características de la Argentina que consideraba susceptibles de favorecer u obstaculizar a la subversión interna, formulando sobre la base de ese análisis una hipótesis sobre la forma que podría cobrar la amenaza revolucionaria. Para el militar francés los elementos de estabilidad eran la

<sup>21</sup> Villegas (1960); Grand d'Esnon (1960); Sánchez de Bustamante (1960); Bentesque (1960); Cuesta (1960).

<sup>22</sup> Díaz (1961) y Nougués (1962). Véase también Villegas (1962), que trata casi enteramente de la guerra revolucionaria y toca solo brevemente la guerra contrarrevolucionaria en pp. 187-191 y 209-212.

homogeneidad étnica, religiosa e idiomática de la población argentina y la extensión de la clase media; entre los elementos de inestabilidad señalaba un bajo índice de crecimiento vegetativo y consecuentemente el creciente flujo de extranjeros provenientes de países limítrofes y una imperfecta justicia social a pesar de un nivel de vida satisfactorio. La Argentina ofrecía para él un campo relativamente poco favorable para la subversión, pero el peligro existía y podía concretarse. Aunque el comunismo parecía ofrecer poco atractivo, el fidelismo podía constituirse en su "insidiosa correa de transmisión", agitando banderas nacionalistas que aprovecharan "la permanencia de un antiguo sentimiento antinorteamericano y la disponibilidad de una masa peronista aún imperfectamente integrada a la vida política de la Nación". Un partido auténticamente nacionalista podía ser captado, como en Cuba, por el comunismo. Debido a la concentración e irregular distribución territorial de la población, la guerra revolucionaria podría concretarse "en manifestaciones urbanas y en sabotaje y terrorismo urbano, mucho más que en guerrillas campesinas". Un factor favorable a la posición argentina frente a la subversión residía en las fuerzas armadas, especialmente en el Ejército, que en los últimos años había sido "el iniciador del estudio de la guerra revolucionaria, y en especial de su forma subversiva". Esa temprana advertencia del peligro había dado como resultado una doctrina de lucha contra la subversión revolucionaria, expresada en un proyecto de reglamento preparado por el Estado Mayor General del Ejército.<sup>23</sup> Ese documento había proporcionado una base común para la preparación de temas de ejercicios, pero quienes los habían imaginado o conducido, se lamentaba Nogués, no siempre habían sabido apartarse de los conceptos clásicos. El escollo normal de un ejército que no había afrontado la prueba de la guerra era el exceso de formalismo, cuando más que a la forma debía prestarse atención a la idea y al tiempo, por la ventaja que la rapidez tiene en la táctica revolucionaria. Los verdaderos especialistas en la guerra revolucionaria eran pocos, pero casi toda la oficialidad,

<sup>23</sup> Estado Mayor General, "Puntos de vista para la conducción de la guerra contrarrevolucionaria", citado en la bibliografía de Villegas (1962), p. 229. Al hacer la investigación, no lo encontré en la biblioteca de Escuela Superior de Guerra ni en la del Círculo Militar. El único reglamento público sobre algún tema vinculado con la guerra revolucionaria trataba de la táctica de lucha contra la guerrilla rural. Véase Ejército Argentino (1969).

señalaba el francés, poseía entonces nociones más o menos precisas sobre el proceso subversivo y sobre los métodos con que se podía contrarrestar.

Hasta entonces, continuaba Nougés, había habido en la Argentina tres ejemplos de acción antisubversiva: el Plan Conintes; el impedimento de las incursiones que desde la Argentina habían sido intentadas por paraguayos opuestos al régimen de Stroessner; y la integración de inmigrantes ilegales chilenos en Comodoro Rivadavia. Pero más importante que esas experiencias le parece la creación de una organización territorial militar (zonas de defensa, subzonas y áreas) que ya da por efectuada y que dotaba para él a la Argentina de la infraestructura antisubversiva que necesitaba. Veía todavía dos inconvenientes en ella: la falta de separación del comando territorial del operacional (para dar libertad operacional al comandante territorial) y la imperfecta coincidencia de las jerarquías civiles y militares (que debían unificarse según el modelo de la SAS).<sup>24</sup> Si el primero resultaba relativamente fácil de resolver por tratarse de un problema de organización interna del ejército, el segundo no lo era por la ausencia de las instituciones civiles correspondientes. Entre las tareas que creía necesario encarar señalaba: 1) mejorar la coordinación de las fuerzas armadas, "que obran a menudo en forma demasiado independiente"; 2) la creación de un "Centro de Instrucción de Contra Guerrilla", para mejorar la instrucción táctica; 3) la sistematización de la acción psicológica; y 4) la coordinación de los servicios de inteligencia civiles y militares "para llegar a una verdadera unidad informativa". "El pasado y las realidades permanentes de la República Argentina", decía, "permiten confiar en que alcanzará la altura de sus responsabilidades en la gran partida, en la cual están en juego la libertad del hombre y el porvenir de la civilización cristiana".

El teniente coronel Díaz pasaba revista al origen y evolución del terrorismo en la Argentina desde 1955. Durante la Revolución Liberta-

<sup>24</sup> Las Sections Administratives Spécialisées (SAS) fueron creadas por Jacques Soustelle en 1955 en la región del Aurès. Luego se extendieron al resto de Argelia, incluso las zonas urbanas (SAU, Sections Administratives Urbaines). Ellas unían la autoridad civil y militar de un distrito. Eran encabezadas por un militar, eligiéndose al comienzo aquellos que hablaban árabe y tenían conocimiento de la región. Las SAS tenían por objeto establecer lazos estrechos entre gobernantes y gobernados, tanto con fines de control como de promoción social. Al comienzo ligadas al sistema de administración civil (prefecturas), en 1958 pasaron a jurisdicción militar. Véase Paret (1964), pp. 46-52, y Heggoy (1972), pp. 188-211.

dora el peronismo había seguido dos caminos: uno político, “el comercio electoral”; otro subversivo, “la agitación gremial y el sabotaje con vistas a crear un clima propicio a la rebelión”. El peronismo había oscilado entre esos dos polos durante el gobierno revolucionario, pero se había inclinado por el primero al apoyar a la UCR I en las elecciones presidenciales de 1958. Estas abrieron una esperanza en el peronismo, que murió hacia fines de ese año cuando advirtió que el gobierno estaba lejos de satisfacer sus aspiraciones. El cierre de las posibilidades electorales, tal como lo sostuvieron poco después los “azules”, había empujado nuevamente al peronismo hacia la subversión.<sup>25</sup> La agitación gremial había comenzado en noviembre de 1958 y desde abril de 1959 se habían producido actos de violencia callejera y de terrorismo. Estos habían tenido un pico emocional a fin de agosto con el estallido de una bomba en un lugar céntrico, en pleno día, con el resultado de un transeúnte muerto y varios heridos. A fin de septiembre se produjeron 106 actos de terrorismo y de intimidación pública. En diciembre de 1959 los Uturuncos habían hecho su aparición en Santiago del Estero y Tucumán. En febrero de 1960 se produjo el atentado contra la Shell-Mex de Córdoba, cuyo resultado fueron trece muertos. Y el 12 de marzo en el atentado contra la casa de un mayor del servicio de informaciones del Ejército murió una hija y resultaron heridos los demás ocupantes. Al día siguiente fue establecido por decreto el Plan Conintes poniendo la represión en manos del Ejército que, como lo señalaba Nogués, terminó efectivamente con el terrorismo. Esta decisión difería de la adoptada por el gobierno revolucionario, que –quizás por sus mismas características militares– no había sacado la represión de manos de la policía. La desaparición del terrorismo en ese caso se había producido “naturalmente”. El “comercio electoral” había prevalecido y de ese modo hacia fines de 1957 y comienzos de 1958 disminuyó notoriamente la cantidad de caños colocados. Con la implantación del Plan Conintes se había adoptado una estrategia ofensiva frente al terrorismo de la que se había carecido entre 1955 y 1958. Aunque el Plan Conintes tenía su origen en los antiguos reglamentos que determinaban el papel de las fuerzas armadas en casos de alteración del orden público, los métodos empleados

<sup>25</sup> Sobre los enfrentamientos entre Azules y Colorados en 1962 y 1963, véase Potash (1994b), vol. 1, pp. 100-176.

parecen haber estado inspirados por los nuevos conocimientos adquiridos a partir de 1958.

La atención de Díaz se concentra en la descripción de la organización terrorista y en sus actos más que en la experiencia de la represión, pero en la somera referencia que hace a esta surgen implícitamente dos objetivos que la vinculan con la nueva doctrina: 1) la obtención de información (la secuencia detención-declaración del detenido); y 2) el descubrimiento de la estructura de la organización (el organigrama). Algunos aspectos del encuadramiento legal del problema terrorista pueden haber tenido también el mismo origen. Hasta marzo de 1960, dice Díaz, "la acción terrorista era materia de competencia policial y judicial en los aspectos de investigación y juzgamiento". El decreto 2.628, del 13 de marzo, ponía en ejecución el plan de Conmoción Interna del Estado (Plan Conintes) y disponía que las autoridades de ejecución (el Comandante en Jefe del Ejército "Conintes" y sus pares de la Marina y Aeronáutica) harían efectiva la subordinación de las policías provinciales prevista en el decreto secreto 9.880, del 14 de noviembre de 1958, "en la medida indispensable a las necesidades concretas de cada zona o subzona de defensa".<sup>26</sup> Otro decreto, del 14 de marzo de 1960, de acuerdo con la ley 13.234, sancionada el 1º de septiembre de 1948, sometía a la jurisdicción militar a las personas que cometieran o estuviesen vinculadas con actos terroristas y ordenaba la constitución de consejos de guerra para juzgarlas. Desde el punto de vista formal (que es el que Díaz destaca) las decisiones más importantes fueron el control de las policías provinciales y el sometimiento de los terroristas a la jurisdicción de tribunales especiales. Desde el punto de vista operativo (cuyo análisis Díaz omite) cobran relieve los objetivos enunciados (obtención de información y descubrimiento de la estructura de la organización terrorista) y la organización militar antisubversiva (en zonas, subzonas y áreas). En las conclusiones del trabajo aparece de manera clara la inspiración francesa de su autor, tanto desde un punto de vista operativo como político. Desde el punto de vista operativo las conclusiones de la experiencia represiva de

<sup>26</sup> El decreto secreto 9.880, del 14 de noviembre de 1958, fue publicado en el *Boletín Oficial* el 5 de marzo de 2013 y comentado por Pontoriero y Franco (2013). Se refiere solamente a la puesta en vigencia del Plan Conintes (artículo 1º) y a la subordinación de las policías provinciales a las autoridades militares (artículo 2º), sin dar detalles de implementación.

1960 eran: (1) la necesidad de contar con comandos que conjuguen “la dinámica informativa con una acción represiva ágil y penetrante”; (2) la necesidad de llevar la represión “hasta el aniquilamiento de las células subversivo-terroristas”; y (3) la necesidad de constituir en las zonas y subzonas de defensa un estado mayor Conintes con participación de las fuerzas de seguridad. Desde el punto de vista político, se había probado que “tanto la subversión como el terrorismo son vehículos portadores de la anarquía institucional y por tanto medios al servicio del comunismo para minar la estabilidad del sistema que pretende destruir”; y que “el terrorismo como acción paralizante y la guerrilla como fuerza de aferramiento y desgaste son los elementos básicos de la guerra revolucionaria”. La exposición finalizaba apelando a los marcos teóricos más amplios de la doctrina de la guerra revolucionaria: “quede en vuestro espíritu la impresión indeleble de que hemos sido escenario de un suceso bélico, que con frecuencia se viene repitiendo en el mundo”. Era la tercera guerra mundial que se disputaba en el seno de la población y cuyos frentes de combate pasaban por las mentes y los corazones de los individuos. Muy de acuerdo con la tradición de los teóricos franceses, el texto se cerraba con una cita de Stalin sobre la inevitabilidad de la guerra revolucionaria.

La presencia de la doctrina de la guerra revolucionaria puede rastrearse en obras posteriores. A fines de 1961 se publicaron cuatro pequeños volúmenes bajo el título de *Guerra revolucionaria y comunismo*, compilados por Alan Yotuel (seudónimo que se ignora a quién encubre), donde se recogen los puntos de vista franceses acerca del “actual conflicto mundial” y algunos análisis de casos (Grecia, China, Yugoslavia). El quinto volumen, publicado a mediados del año siguiente, se ocupa brevemente de la situación argentina. En 1962, el general Osiris Villegas (un destacado integrante del sector azul que a comienzos del año siguiente fue ministro del Interior) publicó *Guerra revolucionaria comunista*, donde describe el fenómeno desde el punto de vista de la doctrina francesa. La bibliografía de este libro, sin embargo, aunque incluye títulos de Marx, Lenin, Stalin, Trotsky y Mao, omite las obras de autores franceses. En 1968, Enrique Martínez Codó publicó “Guerrillas y subversión en América Latina” en un número especial del *Manual de Informaciones*, una revista de divulgación publicada por la Subjefatura II-Inteligencia-Ejecutiva (SIE) del Ejército. La bibliografía de

este trabajo incluye obras de Mao, Lenin, Giap, Guevara y Debray, pero también las de Villegas, Yotuel y Trinquier, aunque solamente una de autor norteamericano, una obra general sobre América Latina. La influencia francesa se advierte en la definición general del fenómeno revolucionario, mientras que la norteamericana aparece al considerar su expresión en América Latina, la guerra de guerrillas, y las medidas de defensa continental.<sup>27</sup> Los trabajos de Yotuel, Villegas y Martínez Codó se concentran en el análisis de problema sin entrar casi en la explicitación del mecanismo necesario para enfrentarlo. Hasta qué punto había influido la doctrina francesa en el Ejército argentino no se hizo evidente sino varios años más tarde, cuando apareció en el país la guerrilla urbana, un fenómeno cuyo estudio los norteamericanos no habían desarrollado pero para el que los franceses habían encontrado una respuesta efectiva.<sup>28</sup>

Si el uso de las palabras dice algo, en la Argentina se combatió a la "subversión", palabra utilizada por los franceses, y no a la "insurgencia", utilizada por los norteamericanos.<sup>29</sup> Los conocimientos adquiridos a partir de 1957 fueron seguramente refrescados por la lectura de la novela *Los centuriones*, de Jean Lartéguy, publicada originalmente en francés en 1960 y traducida al inglés dos años después, de cuya versión en castellano se imprimieron cuarenta mil ejemplares en Buenos Aires entre 1970 y 1975.<sup>30</sup> Lartéguy expone allí, de un modo mucho más contundente y efectivo que Trinquier, el origen de la doctrina: la inquietud de los jóvenes oficiales franceses derrotados en Indochina por encontrar una respuesta a fenó-

<sup>27</sup> Yotuel (1961-1962); Villegas (1962); y Enrique Martínez Codó, "Guerrillas y subversión en América Latina", *Manual de Informaciones*, número especial. Este número no tiene fecha, pero por la ausencia de toda mención al grupo de las FAP capturado en Taco Ralo en septiembre de 1968, debe suponerse anterior a ese episodio.

<sup>28</sup> Las obras de David Galula, también parte de la respuesta del ejército francés a la insurrección argelina, no tuvieron influencia en la Argentina: por un lado, porque fueron publicadas después de la introducción de la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria; por otro, porque solo se refieren a la contrainsurgencia en un ámbito rural de un territorio colonial. Véase Galula (1963) y (1964).

<sup>29</sup> Sobre la evolución de la doctrina francesa en la Argentina, véase Lanusse (1989), pp. 205-206 y 256-260, y Bignone (1992), p. 48.

<sup>30</sup> Lartéguy (1960), (1962) y (1975). De la edición argentina de esta novela hubo una primera impresión de tres mil ejemplares en 1970, seguida por siete reimpressiones que sumaron 31.000 ejemplares. Estos datos fueron tomados de la novena reimpression, de seis mil ejemplares, que quizá no haya sido la última.

menos que sus superiores no comprendían. Pero lejos de limitarse a las respuestas teóricas o ideológicas, Lartéguy describe aun más vívidamente la práctica: las operaciones que permitieron al general Massu y a sus paracaidistas vencer al FLN en Argel en la primera mitad de 1957.

### Conclusión

La doctrina de la guerra revolucionaria tuvo su origen en las dudas sembradas en el ejército francés por su derrota en Indochina y en la oportunidad de despejarlas que inmediatamente ofreció la rebelión argelina. Esta doctrina se desarrolló en Argelia y se difundió inmediatamente a la Argentina, antes de que surgiera la doctrina norteamericana de la contra-insurgencia. Solo con la llegada de Kennedy a la presidencia, el ejército norteamericano comenzó a buscar una respuesta al problema de la guerra de guerrillas en América Latina.<sup>31</sup> Por entonces los militares argentinos ya conocían la doctrina francesa y habían encuadrado la lucha contra el terrorismo peronista dentro de sus marcos teóricos y operativos, clausurando la segunda etapa de la Resistencia con la implementación del Plan Conintes. La doctrina norteamericana, además, prestó atención principalmente a la guerrilla rural que, como había señalado Nogués, no podía prevalecer en la Argentina. Los militares argentinos fueron entrenados en las técnicas de la contra-insurgencia, pero estas fueron de utilidad limitada: las experiencias de los Uturuncos en 1960, del Ejército Guerrillero del Pueblo en 1964 y de las Fuerzas Armadas Peronistas en 1968 terminaron antes del comienzo de sus operaciones por obra de la policía y de la Gendarmería.<sup>32</sup> Solo en 1975 debió intervenir el Ejército para suprimir la guerrilla rural establecida por el Ejército Revolucionario del Pueblo en Tucumán. Desde el punto de vista operativo solo ese episodio puede enmarcarse dentro de la doctrina de la contra-insurgencia.

No se repitieron cursos de guerra contrarrevolucionaria como el de 1961, pero los contenidos quedaron aparentemente incorporados a las

<sup>31</sup> Blaufarb (1977), pp. 52-88.

<sup>32</sup> Sobre los Uturuncos, véase Morales (1964); sobre el Ejército Guerrillero del Pueblo, Martínez Codó (1965) y Rot (2000); y sobre el episodio de Taco Ralo, Goldar (1990), y el testimonio de Envar El-Kadri en Anguita y Caparrós (1997), pp. 212-220.

enseñanzas impartidas en la Escuela Superior de Guerra. Tampoco las revistas especializadas volvieron sobre el tema con la frecuencia de los años iniciales, pero la doctrina francesa quedó como parte del bagaje de conocimientos técnicos. Quizás porque conocían las consecuencias de métodos tan drásticos, los militares prefirieron demorar su completa aplicación cuando la temida amenaza para la que tan largamente se habían preparado apareció finalmente en la Argentina en 1970.<sup>33</sup> Seis años más tarde, al decidirse a pasar a la ofensiva, los problemas políticos derivados de la efectividad militar de la doctrina fueron soslayados.

“Al terror no se lo vence sino con otro terror superior”, señaló Perón en 1956, inspirado más por sus lecturas de historia militar que por su propia práctica.<sup>34</sup> La doctrina de la guerra contrarrevolucionaria ofreció en 1960 una solución técnica acorde con tal sentencia. La escasa magnitud real de la amenaza que la Resistencia implicaba (aun cuando esa escasez dependía sobre todo de la decisión de reprimirla) y la implementación del Plan Conintes por un gobierno legítimo (como lo era el de Frondizi, surgido de un acuerdo, aunque luego denunciado, con el propio Perón) ocultaron entonces la debilidad política de la doctrina. En la década de 1970 la solución técnica adecuada no bastó políticamente, pero el “terror superior” cambió sin duda los términos del debate político.

<sup>33</sup> Sobre las dudas acerca de cómo enfrentar a la subversión, véase Fraga (1988), pp. 201-203 y 239-243.

<sup>34</sup> Perón a John William Cooke, Caracas, 3 de noviembre de 1956, en Perón-Cooke (1972), vol. 1, p. 35.

## De Perón a Perón, 1955-1973<sup>1</sup>

Perón fue presidente de la Argentina durante algo más de nueve años. En los dieciocho años que transcurrieron entre su caída en septiembre de 1955 y su regreso al poder en octubre de 1973 gobernaron diez presidentes. Tres de ellos llegaron al poder por medio de elecciones, uno debido a los mecanismos constitucionales de sucesión y los otros seis como producto del ejercicio de la fuerza. Ninguno, ni los presidentes elegidos ni los de facto, duró demasiado: dos estuvieron en el cargo menos de dos meses, otros nueve meses y quien más estuvo cayó pocos días antes de cumplir cuatro años. Dentro del período de inestabilidad institucional que se había inaugurado en septiembre de 1930 y se cerró en 1983, el subperíodo 1955-1973 fue el más inestable. Esa inestabilidad se debió, sin duda, al problema que la herencia de Perón presentaba para el orden político de la Argentina: la reconstrucción democrática no podía realizarse con el peronismo, pero tampoco sin él. Fueron necesarios esos dieciocho años para que los distintos actores políticos se aceptaran unos a otros. Cuando en 1973 se restauró la democracia –legítima, en tanto era aceptada por todos los actores, menos la guerrilla– el peronismo ya no era el paria político de 1955 sino un partido más. Cómo se produjo esa transformación del peronismo, de la actitud de los otros partidos políticos respecto del peronismo y del orden político argentino en los años de gran inestabilidad que mediaron entre la caída de Perón y su regreso al poder es el objeto de estudio de este capítulo. La atención se concentra en los problemas políticos y en los principales actores. Eso no significa que no haya habido problemas económicos u otros actores políticos. Significa sí que el peronismo fue el gran problema político de esos años y que hasta que este no fue resuelto, no hubo manera

<sup>1</sup> El título es también el de Prieto (1974), aunque aquí lo utilizo para un período más corto.

de atacar los otros problemas. Este capítulo se divide, aproximadamente, según las presidencias del período. La razón de esta división se encuentra menos en la decisión de dar cuenta de los logros o fracasos de cada uno de esos presidentes que en la necesidad de explicar cómo enfrentaron al problema que presentaba el peronismo y su conflictiva relación con los otros actores. En primer lugar se explica, esquemáticamente, cuáles fueron los motivos por los cuales cayó Perón y a continuación se examinan los intentos efectuados para resolver el enigma peronista.

### Perón: la caída

Perón cayó por tres motivos principales: en primer lugar, por la cuestionada legalidad de la reforma constitucional de 1949 que permitió su reelección dos años más tarde; en segundo lugar, por la falta de legitimidad de su gobierno; en tercer lugar, como sugiere Peter Waldmann, por la reacción de la sociedad frente a la expansión del estado.<sup>2</sup> Los tres motivos están vinculados entre sí. La legalidad del gobierno de Perón no pudo cuestionarse, aun cuando se objetasen sus métodos, hasta la reforma constitucional. El modo como se aprobó la necesidad de la reforma hizo que la legalidad subsiguiente fuese rechazada por la oposición. La legitimidad del gobierno, es decir, su aceptación por los derrotados, se perdió. Perón respondió acentuando la exclusión de los opositores. El cambio de las reglas del juego político por Perón produjo su fortalecimiento en los sectores de la sociedad que lo apoyaban y su paralelo debilitamiento en los sectores que no lo apoyaban, profundizándose la división de la sociedad argentina entre peronistas y antiperonistas. Si todo se hubiese limitado al plano político, ya hubiese sido una complicación tremenda superar esa división, pero el cambio de las reglas del juego también se extendía al plano social. Perón era dos cosas distintas para dos mitades de la sociedad argentina y ambas tenían razón: para la clase trabajadora, como se la llamaba en el lenguaje oficial, Perón encarnaba la "justicia social"; para los sectores medios y altos, Perón había conculcado los derechos civiles, manteniendo las formas de la democracia pero vaciándola de sus contenidos sustanciales. Esto debe remarcar: Perón no cayó por su política económica con la que la mayoría

<sup>2</sup>Waldmann (1981).

de la oposición coincidía (especialmente con sus aspectos menos liberales), sino por su incapacidad para llevar a cabo su revolución social sin alterar los principios fundamentales del orden político democrático. Puede dudarse de la necesidad de alterar estos para producir aquella, pero así fue como lo llevó a cabo Perón. Un político más sutil de lo que él era por entonces, quizás hubiese logrado producir cambios sociales –ya que los económicos no se le cuestionaban– en un contexto de libertad, pero Perón no logró en sus casi diez años de gobierno aprender los rudimentos de la política democrática. Había llegado al poder sin necesidad de aprenderlos, porque desde su punto de vista la política lo había ido a buscar. Los artificios de la política se habían evaporado ante su sinceridad, o al menos así lo creía. Denunciar la política suele dar buenos resultados siempre que no se crea en la denuncia, pero él creyó sinceramente. Durante sus años de gobierno Perón usó del poder y supuso que de eso se trataba la política. El resultado fue más su fracaso que el de su proyecto: la sociedad argentina podía estar profundamente dividida en 1955, pero su revolución social no era reversible. Las dos décadas siguientes a la caída de Perón estuvieron marcadas, por un lado, por la dificultad de reconstruir las bases de un orden político legítimo; por otro, por la dificultad en reconocer que esas transformaciones sociales eran definitivas.

Tras la caída de Perón el estado se retrajo más frente a la sociedad que frente a la economía. Pocos de quienes criticaban la intervención estatal en aspectos sociales antes reservados a la sociedad misma extendían su crítica a la regulación de la actividad económica. Si algún aspecto de ella era criticado, solo lo era por la corrupción a que había dado lugar, pero esta era considerada una característica del “régimen depuesto”, no de la regulación misma. Parecía que bastaba con usar honestamente los instrumentos de intervención que el estado había desplegado en la década peronista, para superar los problemas que el país había enfrentado en la posguerra. Lejos de confiar en el restablecimiento de una libertad económica desconocida desde hacía siete lustros, ante la que el mundo mismo aún hesitaba, los gobiernos argentinos de las décadas siguientes siguieron creyendo que el estado, como si no se encarnara en hombres, era inocente y los hombres culpables de que el país no encontrara la ruta de la prosperidad, de la que parecía haber sido desviado solo por la demagogia del “tirano prófugo”.

No fue entonces el disenso en torno de políticas económicas intervencionistas, con las que más allá de las diferencias respecto del modo y grado de la intervención todos acordaban, el motivo principal de los desaguisados políticos de las dos décadas que siguieron a la caída de Perón. La razón de estos fue, sí, el desacuerdo respecto del legado político y social de Perón.

El desacuerdo social no tocaba el fondo de las transformaciones operadas bajo el régimen depuesto en 1955, sino el modo de implementarlas. Ausente Perón, sin embargo, esas transformaciones se revelaron demasiado apegadas a un orden político que sí se buscaba alterar para dar fundamento a una nueva era construida sobre un estado de derecho que suplantara la arbitrariedad y sobre la sustancia, no la forma, de la democracia. Pero ¿cómo fundar un orden tolerante del disenso con un actor político que había mostrado cuánto lo despreciaba? Y, contrariamente, ¿cómo fundar un orden tolerante del disenso en la exclusión de ese actor al que las masas no abandonaban?

Este fue el dilema de la reconstrucción democrática: un orden político democrático no podía fundarse sin el peronismo, por el apoyo de que aún gozaba entre las masas, ni con el peronismo, por un pasado de exclusión e intolerancia. Este pasado podía parecer semejante a ese presente, pero solo al precio de omitir un rasgo distintivo esencial: mientras que el orden político peronista consagraba la exclusión del adversario transformado en enemigo, el orden político posperonista se basaba en la ilusión de la inclusión del enemigo que debía transformarse en adversario. Allí radica la diferencia de la exclusión anterior y posterior a septiembre de 1955. Antes, los excluidos, antiperonistas, eran los recalcitrantes enemigos de una Nueva Argentina que les negaba un lugar y que les prometía hacerles pagar su renuencia con su destrucción personal; después, los excluidos, peronistas, fueron el objeto preferencial de la acción política en un orden basado en el número de votos, que al mismo tiempo que los negaba colectivamente aspiraba a su plena integración individual. Esta incoherencia –la negación colectiva frente a la afirmación individual, tan distinta de la anterior coherencia, que negaba colectiva e individualmente al adversario– produjo casi dos décadas de inestabilidad política. Ese nudo gordiano de la política argentina no pudo desatarse a la manera de Alejandro; aunque no faltaron los intentos, estos solo revelaron que el dilema de la reconstrucción de la

democracia se resolvería, paradójicamente, con la aceptación de Perón por todos sus antiguos enemigos. ¿Fueron en vano, entonces, los esfuerzos de dieciocho años? Así debe de haber parecido a muchos de quienes lucharon para restablecer la democracia, para que esta resultara en la restauración del dictador. Sin embargo, no fue así: Perón volvió al cabo de dieciocho años, pero no para revivir el pasado sino para consolidar el orden político democrático que comenzó a construirse a su caída.

### La Revolución Libertadora

Cuando el 20 de septiembre de 1955 Perón se refugió en la embajada del Paraguay para los antiperonistas se cerró una década viciada por la demagogia y el paternalismo, por la chabacanería y la adulación, por el fraude y la opresión. Para los peronistas, por el contrario, se cerraba una década en la que habían accedido a bienes y servicios antes desconocidos y a un reconocimiento social que excedía la magnitud de los favores materiales. La década peronista había dividido profundamente a la sociedad argentina entre quienes se habían beneficiado por las "conquistas sociales" y quienes aborrecían la ausencia de libertad. Frente a quienes habían sido tocados por la generosidad de la Fundación Eva Perón estaban quienes se sentían abrumados por la omnipresencia del nombre del presidente y de su difunta esposa en estaciones de trenes, calles, ciudades, provincias, y libros de lectura escolares. Frente a quienes gozaban de los beneficios concedidos por el gobierno, como la estabilidad laboral, las vacaciones pagas y la jubilación, estaban quienes añoraban una prensa libre. Parecía que el precio de la justicia social había sido la supresión de los derechos políticos y de la libertad civil. La tragedia de las dos décadas siguientes fue que ambas visiones del peronismo eran ciertas para sectores opuestos de la sociedad. Los vencedores querían restaurar la libertad perdida; los vencidos lloraban la pérdida de la justicia social. ¿Cómo superar tal dicotomía en medio de la marea de odio que los ahogaba?

El problema que se presentaba a los vencedores no era qué hacer con el peronismo, sino qué hacer con sus despojos. Su desaparición se descontaba: la enfermedad debía curarse con la extirpación del agente que la había provocado. El problema no era el peronismo sino cómo rescatar a las

masas engañadas por el demagogo para la nueva era de libertad. La tarea de los vencedores se veía magnificada por su propia heterogeneidad. Solo la euforia del momento podía disimular las profundas diferencias sobre el significado de su victoria. La unión contra el demagogo no garantizaba acuerdo alguno más allá de su expulsión. El disenso se manifestó con la asunción del nuevo gobierno. El general Eduardo Lonardi, jefe de una de las muchas conspiraciones que desembocaron en el levantamiento de septiembre, no duró en la presidencia. Su posición como vencedor de la "segunda tiranía" fue establecida al repetir las palabras del vencedor de la primera: "ni vencedores ni vencidos". Esto anunciaba a los peronistas cierta tolerancia de sus personas, pero no necesariamente de su identidad política; pero a los antiperonistas más aguerridos les mostraba que su lucha no había terminado. El proyecto de Lonardi consistía en quedarse con cuanto había significado el peronismo, reemplazando a su cabeza. Falto de fuerzas físicas por la enfermedad que en pocos meses lo llevaría a la tumba y falto de fuerzas políticas por el convencimiento de la mayoría de los vencedores –la Marina y una parte considerable del Ejército surgido de la rebelión– de que el peronismo debía sucumbir, Lonardi no tardó en ser desplazado. Con él fracasó la tesis de la preservación purificada, la primera respuesta al dilema de las dos décadas siguientes: ¿qué hacer con los seguidores de Perón? Así al menos se planteaba la pregunta para quienes pensaban que el peronismo estaba muerto. Pronto se advirtió que no lo estaba y que era necesario matarlo.<sup>3</sup>

El general Pedro Eugenio Aramburu, el reemplazante de Lonardi en la presidencia, encabezaba la amplia franja que sostenía esa posición. Ante la evidencia de que el peronismo se resistía a desaparecer, había que proceder a eliminarlo. La enfermedad que representaba el peronismo perduraba tras la erradicación del virus que había sido su jefe. Era necesario entonces recurrir a procedimientos purificadores probados: la desnazificación de Alemania era el mejor ejemplo del camino a seguir con lo que se definía como el fascismo criollo. La suerte de este proceso fue, sin embargo, mucho menor en la Argentina que en Alemania. A pesar de la prohibición de publicación de los nombres del "tirano prófugo", de su segunda esposa y

<sup>3</sup> Sobre la "cuestión peronista" entre 1955 y 1966, véase Smulovitz (1991).

de su partido, como también de la difusión de la pegajosa marcha que los identificaba, el peronismo sobrevivió.

Este misterio de supervivencia ha atraído menos atención que el de origen, pero no es menos misterioso. Para explicar la continuidad del peronismo es necesario atender tanto a las relaciones entre Perón y los peronistas cuanto a las de los antiperonistas con los peronistas. Las primeras explicaciones del origen del peronismo (que de algún modo explicarían su persistencia) fueron esbozadas por Gino Germani, que había llegado a la Argentina huyendo del fascismo para encontrar poco después lo que otros, pero no él, consideraban su versión local. Germani, contra quienes interpretaban la relación de Perón con los peronistas en términos de demagogia o enfermedad, señaló como ninguno los factores “psicosociales” que habían operado durante el peronismo. Para Germani, Perón era mucho más que el demagogo que había conseguido el apoyo de las masas: era la manifestación de un fenómeno político (ya que se concentró más en explicar al peronismo que a Perón) que formaba parte del proceso de modernización de la sociedad argentina.<sup>4</sup> Una reelaboración posterior de la tesis de Germani, la de Juan Carlos Torre, explica la duración de ese vínculo inmaterial entre el líder y la masa por la ruptura de la deferencia –el respeto natural de los sectores más bajos de la sociedad por los más altos– operada durante el peronismo.<sup>5</sup> La modernización social y la ruptura de la deferencia, que son dos visiones de la revolución social llevada a cabo por el gobierno de Perón, explican al mismo tiempo el origen y la durabilidad de la relación entre Perón y los peronistas. Ese es uno de los factores que permitieron la supervivencia del peronismo.

Otro factor se advierte al observar la relación entre peronistas y anti-peronistas. Esos antiperonistas cerriles que esperaban desperonizar al país no estaban tan decididos a eliminar todos los vestigios de lo que querían suprimir. El botín político que Perón dejó a su fuga era demasiado atractivo para dispersarlo. Aunque el Partido Peronista había sido prohibido y la CGT intervenida, las estructuras sindicales quedaron intactas: ése era el botín que todos los políticos querían para sí, para sacar ventaja a los otros en un nuevo orden político que –todos los diferentes integrantes

<sup>4</sup> Germani (1956).

<sup>5</sup> Torre (1989).

de la coalición victoriosa coincidían— sería de libre competencia electoral. Un observador, el corresponsal del *Times* de Londres, que no tenía arte ni parte en las luchas intestinas, señaló con la ingenuidad de quien vio al rey desnudo que los sindicatos peronistas no estaban siendo destruidos.<sup>6</sup> Los dirigentes que habían tenido cargos sindicales durante el peronismo, muchos miles, fueron excluidos, pero la segunda línea, otros miles, permaneció activa y pudo luego retomar el control de las organizaciones. En la hora más crítica, los antiperonistas fueron víctimas de las consecuencias de la propia decisión de restaurar un orden político competitivo, en el que ese botón en apariencia mostrenco sería el factor decisivo. La ambición de sus enemigos salvó al peronismo.

La instalación del general Aramburu en la presidencia, el 13 de noviembre de 1955, inauguró, entonces, una nueva actitud frente a los antiguos peronistas. Ya no se esperaba su preservación en un nuevo movimiento de inspiración católica, como quería el general Lonardi y los nacionalistas católicos que lo acompañaban. El general Aramburu creía que los seguidores de Perón, ya sin partido, retornarían a los partidos políticos tradicionales, que competirían libremente por sus votos y los de los demás ciudadanos. La diferencia entre uno y otro proyecto no era menor: mientras que el primero suponía mantener la base social del peronismo en un único conglomerado político, el segundo apostaba a su efectiva disolución en el océano de los partidos preexistentes; mientras que el primero retenía, a los ojos de los otros miembros de la coalición antiperonista, un pronunciado sesgo autoritario, el segundo aceptaba plenamente la competencia. El orden político, sin embargo, no podía reconstruirse con quienes le habían negado un carácter competitivo; no podía reconstruirse con un actor político como el peronismo que había dado muestras en el poder de una marcada intolerancia del disenso. El nuevo orden, basado en la aceptación del disenso, no podía incluir, por lo tanto, al peronismo. El drama de los años siguientes fue que el peronismo sobrevivió y, por lo tanto, el orden político tampoco pudo reconstruirse sin él. Entonces sí, cuando el peronismo dio marcadas señales de existencia, la pregunta fue ¿qué hacer con el peronismo?

<sup>6</sup> *The Times*, 6 de diciembre de 1955.

La primera señal de existencia del peronismo fue la resistencia. La evidencia es tan parca que cabe preguntarse si realmente existió más allá de las campañas periodísticas alentadas por el gobierno, necesitado de agitar la amenaza del tirano prófugo porque ella era la única garantía de unidad en un conglomerado no solo heterogéneo sino también inestable. En qué medida la resistencia, de cuya desorganización y descontrol da prueba la correspondencia de John W. Cooke, el presunto heredero político de Perón, pudo ser una real amenaza para el gobierno es una pregunta aún sin respuesta clara. Aunque los diarios registran la reacción peronista expresada en sabotaje primero y las primitivísimas bombas que por entonces se llamaban caños, muy pocos resistentes cayeron en manos de la represión policial –porque las fuerzas armadas no se dieron por enteradas– y los escasísimos testimonios de los presuntos protagonistas dejan más dudas que certidumbres.

Aunque señal de existencia, la Resistencia era políticamente inocua. Ningún grupo de los muchos que parecen haber participado alcanzó una magnitud significativa como para inquietar a las autoridades. Mucho más peligrosa para estas –y el peligro puede medirse por la desmesurada reacción que suscitó– era la amenaza que representaba la inquietud en el seno del Ejército. Esta era la consecuencia natural del modo como se había producido la revolución de septiembre. A diferencia de los golpes de 1943, 1966 y 1976, en que las fuerzas armadas tomaron el poder como institución, preservando las jerarquías internas, la revolución de 1955 no solo depuso a Perón sino que sacudió la cadena de comando. La Marina, más homogéneamente antiperonista, sufrió menos, pero aun dentro de ella se produjeron situaciones inusuales. En primer lugar, la conspiración, organizada por los mandos medios, solo contó con la adhesión de un miembro del almirantazgo, quien se transformó en su jefe y luego en vicepresidente de la nación. Aunque se preservó la jerarquía, la revolución descabezó a la institución. En segundo lugar, la tensión entre la capacidad técnica y la lealtad política no pudo resolverse de manera satisfactoria. Mucho peor fue la situación dentro del Ejército, donde los triunfadores conformaban un grupo mucho menos seguro de su control de la institución. Las repetidas purgas y, sobre todo, el alzamiento del 9 de junio de 1956, mostraban una turbulencia interna cuyas imprevisibles consecuencias eran temidas por la

cúpula de la fuerza y por el mismo gobierno. Los fusilamientos zanjaron la disputa, pero a un precio altísimo. Si pareció necesario pagarlo entonces, solo pudo haberse debido a la necesidad de afirmar el control de la institución frente a los socios desplazados en noviembre del año anterior. Aunque la presencia de muchos peronistas en las filas rebeldes y entre los fusilados hizo que el intento pareciera un episodio más de la Resistencia –y como tal fuese recordado en años posteriores–, Perón no lo creyó así. Molesto, quizá, por una proclama que no lo mencionaba y más aun por la tardía beligerancia de jefes y oficiales que no lo habían defendido en septiembre, en su correspondencia privada Perón dio rienda suelta a su ira.

La segunda señal de supervivencia del peronismo estuvo dada por su triunfo en las elecciones de julio de 1957. Estas no parecen haber sido necesarias. La reforma de la constitución de 1949 había sido derogada por decreto, por lo que de igual modo podrían haberse introducido cambios en la de 1853. No se entiende por qué el gobierno intentó reformar la constitución por medio de una convención, tal como lo requería la constitución de 1853, cuando faltaba el paso previo, la declaración de la necesidad de la reforma por el Congreso, entonces inexistente. Solo se entiende la necesidad de llevar a cabo alguna elección por la frase con que Américo Ghioldi dejó a esa caracterizada para siempre: era necesario un recuento globular. Desde la perspectiva de la interpretación prevaleciente del peronismo, que lejos de ser la de Germani seguía siendo la de la enfermedad, era necesario que los partidos políticos, antes de lanzarse a la aventura de la restauración democrática, vieran cómo se había reacomodado el electorado peronista. Era también el ensayo de un régimen electoral, la representación proporcional, reclamado por los partidos menores y resistido por los radicales, que ya se probaban los ropajes del poder. La diáspora de la coalición de septiembre, sin embargo, hizo que el voto en blanco del electorado peronista obtuviera la primera minoría. Perón, lo decía en los documentos anteriores a la elección, esperaba mejorar los resultados de 1954. La pérdida de casi cuarenta puntos porcentuales entre ambas elecciones lo debe de haber tornado escéptico respecto de la lealtad de sus seguidores. Aunque hubiese obtenido la primera minoría, la sangría podía continuar por el exitismo de los votantes y, sobre todo, por la ley del mal menor: muchos, ante la ausencia de candidatos propios votarían por aquellos que le fuesen menos

hostiles. Y había quienes ya estaban en competencia por ganar ese puesto. El ensayo salió tan mal que sirvió para convencer al político que ya había insinuado su vocación por salvar a esas almas perdidas, Arturo Frondizi, que debía asegurar su rescate mediante un pacto con su exilado líder.

Perón, que por entonces residía no del todo cómodamente en Caracas, donde había sobrevivido a un atentado contra su vida organizado por alguna agencia del gobierno argentino, se encontraba entre la espada y la pared. Si sugería a sus partidarios votar por Frondizi, el líder de una de las dos fracciones en que se había dividido el radicalismo, corría el riesgo de que los votos entregados en préstamo no volvieran; pero peor era la otra alternativa: que la sangría continuara y que el beneficiario de la misma, sin su aquiescencia, fuese el mismo Frondizi, cuyos guiños a la falange peronista eran demasiado obvios, incluido el retiro de los representantes de su partido en la convención constituyente invocando su apoyo a la derogada reforma de 1949. Frondizi nunca aceptó haber firmado un pacto, como si su firma hubiese sido necesaria para que existiese. Hay mejores pruebas: su triunfo se dio por un porcentaje muy similar al que sumaban los obtenidos por los votos en blanco y por su partido, la Unión Cívica Radical Intransigente, en la elección de julio de 1957. Y la migración de los votos no fue espontánea, como él hubiese preferido –pero no se animó a correr el riesgo–, sino suscitada por una orden de Perón, recién llegado a Ciudad Trujillo, como se llamaba Santo Domingo bajo el dictador amigo suyo, tras escapar de Caracas, donde otro dictador amigo, Pérez Jiménez, acababa de ser expulsado por la ira popular. Así fue como Frondizi llegó a la presidencia: había ganado, pero para los antiperonistas más furibundos, encabezados por el vicepresidente Rojas, su triunfo era espurio por ese apoyo.

El triunfo de Frondizi hizo que los caños de la Resistencia cesaran, pero produjo remezones en el seno del gobierno, que esperaba un triunfo de Balbín. Una parte, al menos, lo esperaba, ya que los más duros, no encontrándolo suficientemente duro, en los trámites previos a la definición de las candidaturas habían apostado a otro candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo, como se llamaba el agrupamiento de tendencias unidas por su común desconfianza a Frondizi. La entrega del gobierno a Frondizi, el 1º de mayo de 1958, fue una victoria de quienes creían en

una democracia real, encabezados por el presidente Aramburu, frente a quienes, liderados por el vicepresidente Rojas, creían en una democracia ideal que la realidad se resistía a producir. Para decepción de unos y otros, el peronismo seguía existiendo, su líder seguía siendo Perón, y había sido el factor decisivo en la elección presidencial. La democracia restaurada estaba amenazada por los nubarrones del pasado. La tarea de Frondizi era dar respuesta al enigma planteado: ¿cómo reconstruir la democracia?, que en las circunstancias podía traducirse en ¿cómo reconstruir la democracia sin que fuese perturbada por el peronismo? Frondizi tenía una respuesta.

### Frondizi: la integración

La respuesta de Frondizi al problema de la reconstrucción democrática se sintetizaba en dos palabras, integración y desarrollo, que dieron nombre a un partido que creó años más tarde cuando, por divisiones internas, se vio impedido de usar el del que lo había llevado al gobierno. En sus planes, el desarrollo era la condición de la integración: de tal modo se tornarían obsoletas las divisiones del pasado y se alcanzaría la integración al orden político democrático (naturalmente en el partido del presidente) de quienes habían votado por él pero de cuya lealtad no gozaba. Esta maniobra debía llevarse a cabo en un contexto de extrema inestabilidad en las fuerzas armadas, que desconfiaban del maquiavelismo del presidente. Frondizi parecía regodearse de las dificultades ante las que otros hubiesen retrocedido: mientras que él veía en esa integración de los peronistas la solución del problema del peronismo y de su propio futuro político (su mayoría electoral dependía de esos votos prestados), mentes más simples solo veían su acercamiento a los partidarios del régimen depuesto y eso les causaba suficiente horror. Las dificultades de Frondizi no se limitaban a la sutileza de la maniobra política ni a la tosquedad de sus adversarios. También en sus propias filas cundía la confusión, solo aliviada por el hecho de que el poder era un efectivo calmante de las dudas: en su camino hacia la presidencia Frondizi había enfatizado posturas nacionalistas y antiimperialistas, que ya en ella resultaron contradictorias con su programa de desarrollo acelerado. Un amplio sector de la juventud, que se había fogueado en las luchas contra el peronismo en la universidad y que lo había acompañado

en su campaña, se hundió en la frustración. Aunque en términos puramente numéricos Frondizi hacía bien en arriesgar la lealtad de esos grupos, pequeñas islas en el mar del electorado, en pos de la apuesta mayor que eran el desarrollo y la integración, esos descontentos pronto comenzarían a buscar en otros horizontes la posibilidad de concretar una política transformadora que ya no coincidía con la del presidente. Para ellos, como para otros grupos juveniles de los viejos partidos de izquierda, cuyo caudal electoral había resultado mucho más modesto que sus proyectos, la restauración democrática les había deparado su primera frustración política.

Salvo para el partido victorioso, la restauración democrática resultó frustrante: para los militares, por el peso electoral de los peronistas; para los radicales del pueblo, porque se sentían los herederos naturales de un proceso de purificación política que ahora veían abruptamente interrumpido; para los peronistas, porque el apoyo a Frondizi no produjo todas las consecuencias esperadas. En cierto sentido, el voto a Frondizi se había debido a que era el mal menor frente a los gorilas que debían ser castigados. Pero como ese apoyo no se había producido naturalmente sino por un pacto (la orden de Perón llegó efectivamente a las bases) era razonable esperar una contraprestación. La capacidad de Frondizi de hacerla efectiva, aun en el caso de que lo hubiese intentado, estaba limitada por su precaria relación con los militares, siempre dispuestos a ver el renacimiento del monstruo peronista dentro de su gobierno. También lo limitaba la militante oposición del otro radicalismo, que servía de marco político para los reclamos militares.

Frondizi fracasó en su intento de integrar al peronismo por medio de un acelerado desarrollo económico. Los desequilibrios financieros provocados por su política económica lo obligaron a buscar caminos menos heterodoxos. Símbolo de tal cambio fue la caída del ideólogo de su política económica y principal asesor, Rogelio Frigerio, y el ascenso de economistas menos amigos de la inflación. Frondizi falló al creer que encontraría una solución económica para el principal problema político, pero también fracasó en el plano específicamente político. Su política de integración de los peronistas (no del peronismo como tal), para ser creíble requería otorgarles cierto margen de acción. Los peronistas, empeñados en aprovechar esos espacios para reconstituir al peronismo, poca tregua dieron al gobierno.

La prohibición de organizarse políticamente enfatizó el papel de los sindicatos, que tras la normalización iniciada por el gobierno anterior, habían caído mayoritariamente en manos de la segunda línea de dirigentes peronistas. Antes de finalizar el primer año de gobierno Frondizi debió hacer frente a huelgas que cuestionaban aspectos de su política económica y, en conjunción con ellas, la reaparición de la práctica que había caracterizado a la Resistencia: los caños. La nueva ola que comenzó a principios de 1959 fue menos espontánea que la ocurrida entre fines de 1955 y comienzos de 1958. La gran diferencia fue el respaldo a esa acción de los sindicatos controlados por los peronistas, que podían así enfrentar al gobierno con su propia política de golpear y negociar. En ese terreno desconocido que poco a poco ganaban los sindicatos en su exploración cotidiana de los límites de su poder comenzó a surgir un gran estratega. Augusto T. Vandor, fogueado en esos años, se transformaría en poco tiempo más en la principal amenaza del poder y en la principal amenaza de Perón.

Tras el fracaso de su política de integrar al peronismo, Frondizi intentó su jugada más arriesgada: convertirse en el freno del peronismo para los gorilas y en el freno de los gorilas para el peronismo. De ese doble significado esperaba cosechar resultados favorables. Con una herencia menos pesada, quizás hubiese tenido éxito en su maniobra, pero los militares estaban poco dispuestos a jugar con ese fuego. Por obra de los sindicatos, del neoperonismo y, por qué no, de Perón mismo, los peronistas se habían reencontrado en el peronismo. Aunque no pudiesen votar directamente por sus candidatos, por mantenerse la prohibición establecida a comienzos de 1956 en el marco de la desperonización, habían encontrado en los pequeños partidos neoperonistas un vehículo para su expresión electoral. Pero el eje de la reconstituida identidad peronista estaba en el sindicalismo: los dirigentes que construyeron el poder por sus propios medios, no los sumisos de la década peronista, fueron quienes transformaron a los sindicatos en la columna vertebral del peronismo. El reconocimiento de tal condición llegó con las elecciones de marzo de 1962, cuando el candidato del peronismo a la gobernación de Buenos Aires fue un sindicalista, Andrés Framini.

Frondizi efectivamente fracasó, pero no puede decirse que le tocara enfrentar problemas nimios, ni que pensara en soluciones simples. Antes

de cumplir un año en el gobierno se produjo, lejos del país, es cierto, un hecho nuevo (en el lenguaje de Perón) que influiría en la política de todo el continente: la Revolución Cubana. El enfrentamiento de Cuba con los Estados Unidos creció a lo largo del segundo año de la presidencia de Frondizi, e hizo crisis casi al comenzar el tercero, en abril de 1961, cuando se produjo la invasión de los anticastristas en Bahía de Cochinos. Las profundas transformaciones que se estaban llevando a cabo en Cuba eran un imán para la atención de los muchos frustrados, especialmente entre la juventud, que había dejado el brusco cambio de programa de Frondizi al inicio de su período. Pero, por otro lado, el creciente acercamiento a la Unión Soviética y los mal disimulados intentos de exportar la revolución a América Latina abrieron un nuevo frente para los Estados Unidos, que de atender a la guerra fría solamente en la lejana Europa ahora debía enfrentarla a pocos kilómetros de sus costas. Frente a la Revolución Cubana Frondizi adoptó un papel más acorde con su visión de sí mismo como estadista que con la del político comprometido con solucionar el problema del peronismo. Por esta razón se vio más como mediador entre Cuba y los Estados Unidos, que como aliado de la principal potencia de occidente. La Revolución Cubana jugó así un papel crucial en la política interna, ya que el intento neutralista de Frondizi fue visto por los militares como una defecación frente al peligro comunista. Este podía parecer remoto a quien mirase solamente el mapa, pero en esa Tercera Guerra Mundial en que el campo de batalla era la mente las distancias no existían. Las ideas circulaban sin poder ser detenidas y, con la ayuda de Cuba, armaban los brazos juveniles de una izquierda en crisis. El peligro se magnificaba en la Argentina por la falta de resolución del problema del peronismo. Ya no bastaba con apelar a los peronistas, esperando su purificación o su integración natural al orden político: su identidad política había sobrevivido y era necesario dar una respuesta que aceptara esta realidad. La Iglesia la había aceptado y destacados pastores actuaban en consecuencia, acercándose al peronismo, olvidando los agravios de 1954 y 1955. Pero con todo el peso que puedan haber tenido la Iglesia o los partidos, las fuerzas armadas conservaban más poder que otras instituciones.

Las fuerzas armadas, sin embargo, comenzaron un debate interno que tras la caída de Frondizi se dirimió con los tanques en la calle. Mientras un

grupo, que luego se denominó "colorado", no cejaba en su cerrado antiperonismo, otro, luego llamado "azul", aunque no era menos antiperonista, veía un peligro mayor que el peronismo por sí mismo: la conjunción de peronismo y castrismo. Aquellos seguían apostando a la cada vez más remota posibilidad de la desaparición del peronismo; estos, aceptando la evidencia de su supervivencia, creían necesaria una solución (que no sabían cuál era) que impidiera tal convergencia. Aunque estos grupos solo se definieron nítidamente con los enfrentamientos de septiembre de 1962 y abril de 1963, las dudas se habían generado en los años anteriores. A esas dudas se debió la acción militar que culminó con el derrocamiento de Frondizi.

#### Guido: la representación proporcional

Aunque una versión popular supone que la maniobra que permitió la asunción de la presidencia por José María Guido, el presidente provisional del Senado (quien por la renuncia de Alejandro Gómez a la vicepresidencia a fines de 1958 era el primero en la línea sucesoria) se debió a un miembro de la Corte Suprema, Julio Oyhanarte, la paciente reconstrucción de Robert Potash muestra que la mano de Frondizi diseñó también su sucesión.<sup>7</sup> Los militares, por mucho que resistieran a Frondizi, dudaban en eliminar esa frágil democracia con cuya práctica podían disentir pero a la que su pasado antiperonista obligaba a respetar como idea. Es posible que al dar la solución para su reemplazo Frondizi quisiera equipararse a otros presidentes derrocados, como Irigoyen y Perón (no debe de haber pensado seguramente en Castillo); o, que ante la evidencia del disgusto de los militares, intentara con su sacrificio ganar apoyo popular en el futuro; o aun que, al no renunciar, pudiera ser llamado nuevamente al poder por esos militares tan confundidos, como había sucedido casi cuatro décadas antes con Arturo Alessandri en Chile. Cualesquiera fuesen los motivos de su decisión, Frondizi nunca pudo sacar provecho de ella. Se mantuvo activo en la política argentina por muchos años, pero su estrella nunca volvió a brillar.

De manera para él completamente inesperada, Guido accedió a la presidencia sin haberla buscado. No estaba en la conspiración contra

<sup>7</sup> Potash (1994a), pp. 495-496; véase también Fraga (1992), p. 63.

Fronidzi y, por ser un hombre de partido, no podría haberla aceptado sin la anuencia del ex presidente. Su misión fue, entonces, salvar los restos del naufragio para reconstruir el orden político democrático cuando se encontrara una solución para el enigma peronista. Si los militares acentuaban su antiperonismo, era probable que Frondizi (o su candidato, si él se viese impedido de participar en la reconstrucción democrática) pudiese volver a ser para los peronistas el mal menor. La sorpresa fue que en los enfrentamientos de 1962 y 1963 prevalecieron los Azules, quienes buscaban una solución para el problema del peronismo con harta reticencia pero sin la cerrazón de sus antagonistas. Como consecuencia de esos enfrentamientos, que marcaron el pico más alto de la inestabilidad política en la larga crisis de la democracia, el peronismo perdió sus características más virulentas a los ojos de muchos de sus antiguos antagonistas. Uno de los más imaginativos políticos de ese año de emergencia, el dos veces ministro del Interior Rodolfo Martínez, había visto que un cambio en la ley electoral, de la lista incompleta preferida por los radicales a la representación proporcional preferida por los partidos menores, reducía notablemente el peso electoral del peronismo y, por consiguiente, el problema de su integración al orden político. Víctima de la confusión de los militares, que no se resignaban a que el peronismo fuera lo que era, no fue él quien condujo el proceso de restauración democrática, pero su propuesta fue finalmente adoptada.

Los militares veían el peligro de una convergencia entre peronismo y castrismo, pero algunos políticos (uno al menos, Ricardo Balbín) veían el peligro de que la irresolución del problema del peronismo condujera a la autonomía militar.<sup>8</sup> Desde este punto de vista, si no se encontraba esa solución, los militares podían pensar en buscarla por sí mismos, sin la intervención de los políticos. Es posible que pocos políticos compartieran el temor de Balbín, pero él al menos dio muestras claras de que ya había roto con su pasado al sentarse con el representante de Perón, a comienzos de 1963, en la Asamblea de la Civilidad, el primero de muchos intentos de fortalecimiento de los partidos políticos como pilares del orden democrático. Ciertamente es que en tal ocasión el representante de Perón era –a pocos meses de la provocación que constituyó la candidatura de Framini a la

<sup>8</sup> *Primera Plana*, 27 de noviembre de 1962, N° 3, p. 4.

gobernación de Buenos Aires— una persona impecable, el neurocirujano Raúl Matera, que unía a su prestigio profesional tres cualidades clave: su cercanía con la Iglesia, su inocencia política y un pasado ajeno a cuanto los gorilas aborrecían del peronismo. Pero todas sus cualidades no podían disimular para ellos el hecho de que era, en efecto, el representante del tirano prófugo. Aun cuando la declaración con que se cerró la Asamblea de la Civilidad no marcó el sendero por el que transitaría la política argentina en los años siguientes, sí señaló que a diferencia de los militares que aún distinguían entre peronistas y peronismo, algunos antiguos adversarios aceptaban al peronismo tal cual era, liderado por Perón. Este peronismo, sin embargo, a pesar de muchos de sus dirigentes locales, buscaba distanciarse de un pasado que lo condenaba enfatizando, como lo hacía Matera, su condición de partido popular y democrático. Era Perón quien detrás del neurocirujano manifestaba una vocación electoral que no podía pasar desapercibida para los radicales. Para algunos radicales, al menos, ya que entre ellos se contaban tanto los que aceptaban al peronismo porque habían visto un mal mayor y quienes, ciegos a ese mal que años más tarde los devoraría, no podían aceptar que el peronismo fuese nada distinto de cuanto había sido en el gobierno. De este sector surgió el candidato presidencial del radicalismo.

### Illia: la inercia

Para Arturo Illia, el vencedor en las elecciones de julio de 1963, la magra cosecha de su partido no fue un obstáculo para gobernar como si hubiese recibido un claro mandato en las urnas. Lejos de reconocer que uno de los actores principales había sido proscrito y que su triunfo se debía al apoyo en el colegio electoral de fuerzas muy diversas, que quizá se volcasen más por la gobernabilidad que por un candidato, intentó gobernar como un triunfador en una democracia consolidada. Su gobierno fue el de su partido, o peor aun, el de una fracción de su partido, aquella que ignoraba al peronismo y el problema que su mala integración al orden político planteaba para la frágil democracia restablecida. Desde esa perspectiva, la integración del peronismo al orden político se produciría, por omisión, a través de los partidos neoperonistas. De hecho, había en

el Congreso una pequeña representación de esos partidos, como producto de los desencuentros de los diversos planes políticos que los militares consideraron durante el gobierno de Guido. Los neoperonistas, después de todo, eran beneficiosos para los planes de los militares más duros que habían conseguido la proscripción del peronismo y de los partidos que lo representaban demasiado directamente. Ya desde las elecciones de 1958 se había alentado la diáspora provincial para quitar al líder exilado el control de los votos de muchos de sus partidarios. En las elecciones de 1963 estos partidos, encabezados por sus jefes provinciales, habían jugado el papel del mal menor. Esos jefes provinciales, no obstante, habían adquirido cierta autonomía frente a Perón, cuya vocación electoral anticiparon en su propio favor. No había, sin embargo, representantes de la principal corriente en la que se encolumnaba el peronismo detrás de Perón, que tras la proscripción del Frente Nacional y Popular había decidido votar en blanco. La representación proporcional había servido, con todo, como una vía de integración del peronismo. Parecía que solo había que dejar que continuara operando para que la magia de la democracia diluyera la amenaza de ese actor todavía inestable.

Los años de proscripción y los distintos intentos de integración parcial habían tenido consecuencias dentro del peronismo. Por un lado, ante la debilidad del sector político, que se veía impedido de operar plenamente, surgió otro que operaba casi sin restricciones: el sindicalismo. Por otro lado, Perón había descubierto la técnica de conducción pendular que le permitiría mantener el control de su movimiento a la distancia: el apoyo a todos y a ninguno, la media palabra, jugar –como él decía– al “Padre eterno” bendiciendo a todos por igual. Estas dos fuerzas eran contrapuestas. Mientras que el sindicalismo actuaba dentro del país y necesitaba acumular fuerzas para la confrontación política interna y externa, Perón estaba fuera del país y necesitaba disgregar a todas las fuerzas internas que pudiesen desarrollar su propia base de poder. El choque era inevitable, pero cuando se produjo tuvo consecuencias inesperadas.

El sindicalismo se había reorganizado y desarrollado tras la caída de Perón, sin su intervención. Poco podía hacer el exilado sino consentir a los dirigentes que invocaban su nombre como principal fuente de legitimación. Perón estaba lejos y el tiempo jugaba en su contra: el sindicalismo

necesitaba afirmar su poder en el país e independientemente de Perón. Al menos eso le pareció necesario a Vandor, el más capaz de los dirigentes sindicales surgidos en la etapa posperonista. Como parte del intento de expansión de su poder interno lanzó en 1964 un plan de lucha. Este era una enorme movilización con un fin en apariencia meramente económico. Vandor, sin embargo, consiguió el poder que buscaba. Para no dejar dudas de que ese poder era suyo debía probar que Perón no podría volver. Ese mismo año se lanzó una campaña anunciando el retorno de Perón. El intento se produjo en diciembre y, naturalmente, fracasó. El gobierno se las arregló para que Perón fuera devuelto desde Río de Janeiro a Madrid. Esa era la prueba que faltaba para que Vandor consolidara su poder. Las elecciones legislativas del 14 de marzo de 1965 marcaron la concreción de su triunfo: controlaba el Partido Justicialista, la representación en el Congreso, y naturalmente a los sindicatos. Vandor había ganado, pero a costa de hacerse de poderosos enemigos.

La gloria no duró mucho. En octubre de ese año, a diez meses de haberse bloqueado el retorno de Perón, su tercera esposa, María Estela Martínez, conocida como Isabel, llegó al país en una misión de "paz y conciliación", cuyo objetivo real era destruir el poder que Vandor había acumulado. En esto ganaban tanto Perón como el gobierno, que fingió ignorar las actividades de Isabel. Su presencia logró en poco tiempo quebrar el dominio de Vandor sobre el partido y dividir sus fuerzas tanto legislativas como sindicales. En abril de 1966, a seis meses de su arribo, consiguió que su candidato postergara al de Vandor en las elecciones para la gobernación de Mendoza. Isabel se limitó a seguir el libreto escrito por Perón. No necesitaba hablar: como el poder de Vandor dentro del peronismo se había creado por métodos no siempre sutiles, que habían dejado muchos disconformes en el camino, estos hicieron de su debilidad la fortaleza de ella.

Illia había llegado al gobierno como consecuencia de la decisión de los oficiales azules de llevar a cabo las elecciones y retirarse del poder que ejercían detrás de Guido. Para esos oficiales la restauración democrática era indispensable para implementar la parte de su programa que requería la integración del peronismo al orden político, pero no daba por sí misma ninguna solución a ese enigma. El intento de Vandor era negativo para

ellos en cuanto había vulnerado el orden público más allá de lo tolerable, pero era positivo en cuanto buscaba consolidar un peronismo sin Perón. El fin del proyecto autónomo de Vandor terminó con la paciencia de los militares. Ante un gobierno que no daba respuesta al problema del peronismo y que permanecía pasivo ante lo que veían como el avance izquierdista en la universidad, los militares se sintieron obligados a tomar nuevamente el poder.

### Onganía: la espera

El 28 de junio de 1966 se produjo el segundo golpe de estado institucional. Las fuerzas armadas, como institución, tomaron el poder. Para evitar los enfrentamientos de su experiencia anterior, durante el gobierno de Guido, esta vez decidieron alejarse del poder, dejándolo en manos de un presidente al que le concedieron total autonomía. La llegada a la presidencia del general Juan Carlos Onganía, el jefe azul triunfante en los enfrentamientos de 1962 y 1963, tenía por objeto recomponer lo que los militares veían como un orden político maltrecho, dando respuesta al problema del peronismo.

La nueva dictadura golpeó doblemente a la democracia. Por un lado, mediante la postergación indefinida de la actividad política, hasta que se cumplieran los "tiempos" económico y social con que intentaba dar solución, a la larga, al problema de la integración del peronismo; por otro, mediante la justificación que proveyó a quienes incubaban la violencia a la que sucumbiría la siguiente restauración democrática.

Entre mediados de 1966 y principios de 1969, salvo episodios menores, el país parecía tranquilo, tanto desde el punto de vista político, debido a la prohibición de la actividad de los partidos, como desde el económico, por el aparente éxito del ministro Adalberto Krieger Vasena en contener la inflación. La tranquilidad, pronto se advirtió, era una ilusión. Onganía debía mantenerse aislado de la presión de las fuerzas armadas, pero se aisló demasiado de ellas y del resto de la sociedad. Su visión mesiánica del poder y su falta de respuesta a los problemas que lo habían puesto en él allanaron el camino hacia su fracaso. A falta de una solución, el gobierno

de Onganía se transformó en un problema: la democracia se había pospuesto indefinidamente.

La prohibición de los partidos obligó a los distintos sectores de la sociedad a defender sus intereses por sus propios medios. Desde fines de 1966 se produjeron enfrentamientos entre el gobierno y los sindicatos, que rechazaban distintos aspectos de la política económica. Los sindicatos reaccionaban ante los intentos de racionalización de áreas de la economía en la que la acción del estado, iniciada en los años treinta, ampliada bajo el peronismo y mantenida por los gobiernos que lo sucedieron, ya se había probado ineficiente. El gobierno podía tratar con mano dura a los sindicatos, pero la misma ausencia de actividad política impedía la formación de un consenso que no se obtuvo sino décadas más tarde. Además de los sindicatos, los estudiantes universitarios también reaccionaron, pero en este caso contra la excesiva intervención del gobierno. El fin del autogobierno de las universidades y la prohibición de la actividad política también dentro de ellas alentó a buscar soluciones, a veces para problemas triviales, a través de la acción y no de un diálogo que ya se sabía era rechazado por el gobierno.

Obreros y estudiantes, que ya habían chocado con el gobierno en esos años de aparente tranquilidad, se unieron en Córdoba a fines de mayo de 1969 en una acción colectiva que produjo el fin de la utopía de los "tiempos". El Cordobazo, como desde el comienzo se llamó a esa reacción cuyas consecuencias fueron tanto o más impactantes que las del Bogotazo dos décadas antes, se produjo de un modo tal que aún se debate su grado de preparación y de espontaneidad. Quienes reclaman de algún modo esa herencia enfatizan uno u otro aspecto según se acomode a las peculiaridades de su imaginación política. No hay duda de que algunos sindicatos y agrupaciones universitarias contribuyeron a la organización de las primeras instancias, y tampoco parece haberla de que los grupos todavía anónimos que se preparaban para otro tipo de violencia puedan haber participado una vez que la ciudad quedó sin control. Las sospechas de que el Ejército dejó hacer, sin embargo, absteniéndose de actuar ante el peligro de alteración del orden público, porque su jefe esperaba cosechar los resultados políticos del desorden, todavía se esgrime como una acusación contra él por los nostálgicos de esa experiencia autoritaria. El nuevo comandante

en jefe del Ejército, el general Alejandro Agustín Lanusse, a quien el presidente había designado en tal posición a mediados del año anterior, quizás no haya encontrado otro modo de hundir el proyecto autoritario que demorando la intervención de sus tropas, pero es ingenuo atribuirle el fracaso de ese proyecto, que a tres años de su inicio seguía sin dar respuesta a los problemas que le habían dado origen. Tras el Cordobazo, Onganía se demoró en la presidencia un año, que mostró el paradójico resultado de un autoritarismo debilitado, de un gobierno que subsistía porque sus mandantes, las fuerzas armadas, todavía no habían encontrado la manera de reemplazarlo.

No se habían apagado aún los ecos del Cordobazo cuando el país fue sacudido por el primero de los muchos asesinatos políticos que siguieron. Pero entonces fue un relámpago en el cielo azul: un mes después del Cordobazo, en una operación de tipo comando, Vandor fue asesinado. Las conjeturas acerca de su asesinato siguen vivas. Dos años después se lo atribuyó una organización guerrillera desconocida, que solo habría llevado a cabo esa acción y, catorce meses después, el asesinato de otro prominente sindicalista, José Alonso. Aunque la "burocracia sindical" se transformó, poco más tarde, en el principal enemigo de Montoneros, cuyos seguidores coreaban amenazantes que a otros sindicalistas les pasaría "lo que le pasó a Vandor" (y a muchos, efectivamente, les pasó), las debilidades y contradicciones del relato de los asesinos dejan las dudas en pie. Los amigos de Vandor, aun cuando después debieron soportar el embate de quienes decían ser sus asesinos, no dejaron de sospechar del gobierno. Pero ¿se le puede negar la culpa a quien la reclama?

Casi lo mismo puede decirse del asesinato de Aramburu, que conmovió al país un año más tarde. Entonces más que general ya un político, a quien se veía como el puente entre un gobierno militar sin destino y la plena restauración democrática, Aramburu fue secuestrado a fines de mayo de 1970 por una organización hasta entonces desconocida, Montoneros, que justificaba su acción por la venganza de los fusilados de 1956. Los amigos de Aramburu no podían creer que su asesinato estuviese ligado al papel que había jugado entonces y no al que le esperaba en el futuro inmediato, aludido en el comunicado de sus secuestradores.

El asesinato de Aramburu no evitó la caída de Onganía, pero sí quizás una transición menos disputada hacia la democracia. Tras un breve interinato del general Roberto Marcelo Levingston, destacado en la jerarquía azul pero desconocido por el público, quien sucumbió en nueve meses por demorar una respuesta clara al problema de la transición democrática, el comandante en jefe del Ejército, el general Lanusse, se hizo cargo de la presidencia en marzo de 1971, tras un nuevo estallido de la ira popular en Córdoba, menos espontáneo que el anterior. Que la presidencia no estaba en sus planes lo demuestra el hecho de que diera un paso al costado en junio de 1970. Se tenía por un hombre de acción, no por político, por lo que estaba más dispuesto a comandar la retirada militar que el proceso de transición. Las circunstancias –el asesinato de Aramburu, el fracaso de Levingston– le impidieron elegir.

#### Lanusse: el acuerdo

Cuando Lanusse tomó la presidencia, en marzo de 1971, las amenazas que los militares habían tratado de eliminar al tomar el poder en 1966 se habían transformado en realidad. Por un lado, por obra de ellos mismos; por otra, como resultado de fuerzas que operaban autónomamente. Los militares habían contribuido al clausurar la política, al mismo tiempo que una sed de cambio atacaba a América Latina y al mundo. El Cordobazo sucedió pocos meses después de las convulsiones juveniles que sacudieron el globo en 1968. Y no solo juveniles: ese fue el año de la ofensiva del Tet y de la primavera de Praga. El fracaso del comunismo soviético en Checoslovaquia parecía confirmar que el camino de la revolución pasaba por los movimientos de liberación nacional. La derrota de Guevara en Bolivia en 1967 solo era el fin de una forma de guerra, la guerrilla rural, pero desde fines de 1966 había salido a la luz otro método, la guerrilla urbana, que los Tupamaros estaban perfeccionando en el Uruguay.

Para los jóvenes que estaban llegando a la política a mediados de la década del sesenta, la total clausura de esa actividad por el gobierno de Onganía fue una invitación a buscar el poder por otros medios. Los peronistas tradicionales, con Perón a la cabeza, estaban ya muy lejos de aspirar a la toma del poder por la violencia. La primera ola de violencia peronista,

la Resistencia, había terminado con las elecciones presidenciales de 1958; la segunda ola, que se había iniciado a fines de 1958, cuando los sindicatos comenzaron a chocar con el presidente Frondizi, había terminado, por un lado, por el éxito de la represión instrumentada de acuerdo con el Plan Conintes en 1960 y, por otro, porque los sindicalistas advirtieron cuánto podían perder si continuaban apoyándola. Desde entonces, ni Perón, ni los sindicalistas, ni los políticos peronistas apostaban a un retorno violento. Si lo hubiesen hecho, mal pueden entenderse las grandes maniobras electorales que se sucedieron entre fines de 1961 y principios de 1966, con una creciente participación del peronismo y un creciente protagonismo de Perón. Solo ínfimos grupos marginales del peronismo, sin mayor trascendencia, continuaban pensando en la violencia. Esos pequeños grupos pronto encontraron en otros ámbitos una repercusión que no tenían en el peronismo.

El fantasma de otra violencia distinta de la del peronismo recorría América Latina desde comienzos de la década del sesenta. La Revolución Cubana era el modelo para la generación de universitarios que irrumpía en la política en esos años. Así como en las dos décadas anteriores el activismo universitario había estado marcado por el antiperonismo, en la década del sesenta aquella revolución dejó en él una huella profunda. Una nueva generación de activistas fue conmovida por la propuesta de llevar a cabo una revolución inmediata para la que el modelo cubano suministraba una receta menos laboriosa que la soviética y en apariencia menos ligada a intereses externos. En la Argentina se habían producido dos intentos guerrilleros fallidos: uno, a fines de 1959 y comienzos de 1960, el nunca aclarado misterio de los Uturuncos (cuyos rastros se difuminan tanto como para pensar que se trató de una operación similar a la de los submarinos avistados en la Patagonia durante la presidencia de Frondizi), que atacaron una comisaría en Santiago del Estero y huyeron para no ser vistos jamás; otro, a fines de 1963 y comienzos de 1964, el foco establecido por el Ejército Guerrillero del Pueblo, un emprendimiento manipulado a la distancia por el Che Guevara. Pero fue durante los años de Onganía que se incubaron las organizaciones guerrilleras cuya actividad marcó de manera tan definida el fin de la década del sesenta y casi toda la del setenta. En 1968 se produjo un último intento de establecer una guerrilla rural, que sucumbió

sin mayor trascendencia aparente en Taco Ralo, Tucumán, casi al mismo tiempo que en Buenos Aires moría John W. Cooke, un político tradicional afectado por su experiencia en el exilio y en la clandestinidad, que tras su residencia en Cuba se había transformado en el solitario y frustrado ideólogo del encuentro entre el foquismo cubano y las masas peronistas. Estas se mantuvieron alejadas del foquismo, pero muchos de los nuevos revolucionarios comenzaban a considerarse peronistas.

En 1970, entonces, con el surgimiento de Montoneros y muy poco más tarde de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), la pesadilla parecía hacerse realidad: la guerrilla peronista era, precisamente, la síntesis temida por los militares desde hacía diez años. Montoneros tenía su origen en el fermento que se estaba produciendo en el seno de la Iglesia desde principios de los sesenta. Jóvenes católicos, tanto ordenados como laicos –estos más jóvenes que aquellos–, transitaban senderos que comenzaron por la acción social y terminaron en la violencia. Símbolo de esos años y también de las contradicciones que la prédica de la violencia presentaba a los miembros de la Iglesia fueron el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y su figura más visible, el padre Carlos Mugica. El Movimiento surgió en 1967 y se deshizo en 1973, por los enfrentamientos políticos y doctrinarios internos. El padre Mugica, que consecuente con su visión del peronismo como la expresión política de los pobres, se había alejado de los Montoneros y de la violencia, fue asesinado en mayo de 1974. Nunca se supo quien lo mató, pero el manto de sospecha que cubrió a sus antiguos discípulos aún no se ha disipado. Las FAR tuvieron su origen en los grupos de jóvenes comunistas que estuvieron vinculados de algún modo con el intento de Guevara de establecer un foco en Bolivia. A su muerte, en octubre de 1967, a esos grupos les quedó la opción, en sus propias palabras, de transformarse en “una patrulla perdida en el espacio de la lucha de clases” o mirar hacia la realidad nacional. Optaron por lo segundo y se declararon peronistas. Otro grupo, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) –conducido, según su ficción, por el Partido Revolucionario de los Trabajadores–, se había desprendido de uno de los sectores del trotskismo. El ERP, que al igual que las otras organizaciones había comenzado a operar solapadamente en 1969, también inició sus operaciones abiertas en 1970.

Al llegar Lanusse a la presidencia, entonces, había dos caminos para enfrentar a la guerrilla: uno, puramente militar; el otro, político. El camino militar era el señalado hacía más de una década por los oficiales franceses, frescos de la experiencia de Argelia, que habían introducido en la Argentina la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria. Ese camino implicaba destruir a la organizaciones guerrilleras rápida y drásticamente. Pero era peligroso porque los métodos drásticos tendrían un costo político, que podía ser muy alto si no se resolvía antes el problema que el peronismo había presentado al orden político desde 1955 y que, tras el fracaso de Onganía, era hora de resolver. La opción entre el camino militar y el político era difícil, pero Lanusse y los comandantes de las otras fuerzas se decidieron por el segundo. Paradójico, si se piensa que se trataba de militares; bastante menos paradójico si se considera la historia política de esos militares a quienes su compromiso con la democracia había llevado a derrocar a Perón, solo para verse obliterando la democracia una década más tarde.

Había una dificultad en ese camino y, como desde hacía dieciséis años, esa dificultad era Perón. Su electoralismo de 1961-1966; la coincidencia con sus antiguos adversarios en la Asamblea de la Civilidad; la negociación implícita o explícita con el gobierno radical que permitió la larga visita de Isabel al país para derrotar al enemigo común, Vandor; el llano compartido desde junio de 1966: esos fueron los factores que llevaron a los contactos directos entre el sector mayoritario del radicalismo del Pueblo y el exilado. Aquello que Balbín temía en 1962, la autonomía militar, se había producido finalmente con Onganía y Levingston. En ese punto, durante la breve presidencia de este último, salieron finalmente a la luz aquellos contactos. Peronismo y radicalismo unidos reclamaron a fines de 1970 el pleno retorno a una democracia que entonces ambos aceptaban y sobre cuyo significado, por fin, concordaban. La Hora del Pueblo, el agrupamiento de los dos grandes partidos con algunos socios menores, significó el definitivo reconocimiento de la comunidad política de que el peronismo, encabezado por Perón, era uno de sus legítimos miembros.

Lanusse, el hombre de acción a quien las circunstancias pusieron a obrar de político, tenía su cuenta personal con Perón: cuatro años de cárcel

en el sur por su participación en el alzamiento de 1951. Más importante, sin embargo, que esa cuenta era la mala gana con que Lanusse (y, quizás, los altos mandos de las fuerzas armadas) había llegado a la conclusión de que Perón era necesario para reconstruir la democracia y que la reconstrucción democrática era la barrera contra la expansión de la guerrilla. Era necesario, por lo tanto, garantizar la salida democrática obteniendo la condena de la guerrilla por Perón. Las negociaciones en tal sentido, sin embargo, fracasaron. Perón, obtenidas ya sus credenciales democráticas por el reconocimiento de sus pares, no estaba dispuesto a facilitar la retirada del poder a los militares. Por lo tanto, no condenó a la guerrilla. Quizás por rencor hacia sus antiguos subordinados; quizás porque confió en su propia capacidad para manipular a quienes a poco andar llamaría "jóvenes imberbes"; quizás porque el secreto de su éxito en el exilio era aceptar a todos los que quisieran seguirlo, tras fracasar las negociaciones Perón se enfrascó en un tira y afloje con el presidente, que en el corto plazo perjudicó a los dos. A Lanusse, porque fue evidente su fracaso ante Perón; a Perón porque su llegada a la presidencia se demoró varios meses como resultado de las medidas dispuestas por Lanusse para forzarlo a regresar y consecuentemente a involucrarse en la política cotidiana de la que lo preservaba la distancia.

Para complicación de Lanusse y de Perón, durante 1972 y comienzos de 1973 creció notablemente la actividad guerrillera. Peor aun, esta era vista con buenos ojos por la mayoría de la población, a la que importaba menos sus objetivos últimos –la toma del poder para llevar a cabo una revolución cuyo modelo era Cuba– que las consecuencias inmediatas –el hostigamiento de los militares en retirada–. Lanusse, además de su confrontación con Perón, tenía que mantener unido su frente interno. Esta no era una tarea sencilla. Las tensiones dentro de las fuerzas armadas podían advertirse tanto por el levantamiento de algunas unidades en Azul y Olavarría en octubre de 1971, como en la implementación por algunos oficiales de los métodos de represión aprendidos de los franceses. Una manifestación de esas tensiones fue la respuesta violenta a la fuga de los principales dirigentes guerrilleros de la prisión de Rawson en agosto de 1972, cuando algunos que no habían podido unirse a los fugados fueron muertos en una base de la Marina cercana a Trelew, en una acción de la que esa institución no pudo dar una explicación convincente.

## Perón: el regreso

Por un cálculo político cuyo precio pagaría al llegar al poder, Perón confió en lograr el apoyo de un pueblo irritado con los militares, irri-tándolos. El antiguo general que se describía a sí mismo como un "león herbívoro" decidió que era la hora de volver al país para sellar las alianzas que llevarían al triunfo de su partido y para mostrar a los militares que la democracia por la cual habían luchado implicaba necesariamente su retorno al poder. En noviembre de 1972, después de diecisiete años y dos meses en el exilio, transcurrido desde fines de enero de 1960 en la España de Franco, Perón regresó a la Argentina. Apenas un mes estuvo en el país, en la casa de la calle Gaspar Campos, de Vicente López, que le había comprado su partido. Allí recibió a un antiguo adversario, Ricardo Balbín, quien, para eludir la concentración de seguidores del general, saltó la tapia –real y simbólicamente– desde una casa vecina. Muy cerca, en el restaurante Nino, de Avenida del Libertador, Perón se reunió con el arco casi completo de los partidos políticos en lo que pareció una rendición de pleitesía de los futuros vencidos, pero también la ceremonia de su investidura como político.

Tras su breve permanencia en el país, Perón regresó a España. Dejó como candidato a la presidencia a su último delegado personal, Héctor J. Cámpora, un hombre a quien las malas lenguas asignaban una fidelidad canina a Perón, pero al que las circunstancias habían puesto demasiado cerca de Montoneros. En las elecciones del 11 de marzo de 1973, las primeras tras ocho años de abstinencia, Cámpora obtuvo casi el 50% de los votos. Aun cuando en la campaña los Montoneros y sus organizaciones aliadas fueron más visibles que sus antagonistas sindicales, desde el mismo momento del triunfo Perón se preocupó por desengañarlos de cualquier ilusión que se pudiesen hacer de que ellos, y no él, llegarían al poder. Mientras el país se preparaba para la difícil transición de un gobierno de facto a otro democrático, complicada por la continuación de los actos de violencia de las organizaciones guerrilleras, Perón iniciaba un operativo de clarificación de su poder: a las declaraciones de un dirigente juvenil vinculado a Montoneros en favor de la creación de milicias obreras, respondió excluyéndolo de la fantasmagórica conducción del Movimiento Peronista; a la visita que le hicieron los dirigentes de Montoneros, respon-

dió explicándoles que su lugar no estaba en el poder sino en una rediviva Fundación Eva Perón. A través de su secretario, el todavía ignoto José López Rega, les hizo saber que si no se desarmaban voluntariamente sabía cómo derrotarlos. Los dirigentes de la guerrilla peronista, en su hora de triunfo, no tenían por qué escucharlo. Mucho menos el ERP, la guerrilla no peronista, que en una carta al nuevo presidente dejó expresa constancia de que su lucha no cesaba. Pronto se descubriría que, en efecto, la vuelta a la democracia no significaba el fin de la guerrilla.

El 25 de mayo de 1973 el presidente elegido por el pueblo asumió la presidencia. Se cerraba de esta manera no solamente un período de excepción que había durado siete años, sino también un período de reconstrucción democrática de casi dieciocho años. El peronismo volvía al poder como un partido democrático, elegido por el democrático método del voto popular. Esos dieciocho años de dificultades habían servido para que los otros actores reconocieran finalmente al peronismo como una pieza clave del orden político, pero también para que el peronismo, y especialmente Perón, reconocieran que el orden político debía basarse, como querían sus adversarios, en la tolerancia del disenso.

La democracia, como la entendía Balbín, había sido restaurada, pero quedaban varios dilemas por resolver: primero, el papel de Perón en el nuevo gobierno; segundo, el papel de los militares; tercero, el papel de la guerrilla. Perón regresó a la Argentina el 20 de junio de 1973 y menos de un mes más tarde, tras la renuncia de Cámpora, inició el camino hacia su tercera presidencia, que obtuvo en las elecciones del 23 de septiembre, con casi el 62% de los votos. La conducción del Ejército adquirió un matiz populista desde la asunción de Cámpora, que se manifestó sobre todo en la colaboración con la Juventud Peronista controlada por Montoneros en una operación de ayuda a zonas afectadas por inundaciones. A fines de 1974, ya presidente, Perón eliminó esa conducción en favor de otra más profesional y menos proclive a mezclarse con quienes él ya veía como sus principales enemigos. Las organizaciones guerrilleras, no solo el ERP sino también las que se decían peronistas, continuaron operando. Durante ese año la acción de mayor envergadura política de Montoneros y FAR, que poco después se fusionaron, fue el asesinato de José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT, dos días después del triunfo de Perón en las elec-

ciones presidenciales. En el lenguaje de Montoneros, “había que tirarle un cadáver a Perón” para advertirle que no debía ignorarlos. Ese fue el punto en que para Perón esa parte de la “juventud maravillosa” dejó de serlo y solo quedaba contestarle del modo que les había anunciado a través de su secretario cinco meses antes.

En 1973 se cerró un período crucial de la historia argentina reciente con el retorno del peronismo al poder, con Perón como su líder, aceptado por todos los otros actores políticos, en el contexto de la reconstrucción democrática. Semejante final no era inevitable: Perón podría haber muerto en el exilio y el peronismo podría haber demorado mucho tiempo más en integrarse al orden político democrático o podría no haberse integrado jamás. Que nada de esto sucediera se debió a las decisiones tomadas en el curso de esos dieciocho años de enfrentamientos en que los adversarios terminaron encontrándose en el terreno común de una democracia cuyos principios, finalmente, compartieron. Quedaba pendiente el problema que presentaban los enemigos de la democracia, la guerrilla peronista y la no peronista, cuya propia naturaleza los excluía de ese acuerdo. Perón no pudo solucionarlo en el plano militar, pero al menos antes de morir lo resolvió en el plano político al definir claramente la orientación democrática de su movimiento. Solo restaba pacificar el país para consolidar el pleno ejercicio de la soberanía popular.



Parte IV  
Violencia y legado



## Perón y la violencia política en los años setenta

Perón era un militar argentino. Pertenecía a la institución encargada del ejercicio de la violencia dentro del territorio de la Argentina y estaba entrenado para hacer un uso controlado de ella, dentro de los marcos impuestos por el Ejército (los reglamentos) y por el estado (las leyes). No tuvo oportunidades en su carrera de ejercitar la violencia en defensa de su país, por lo que toda ella transcurrió manteniendo su buen estado físico (para lo que practicaba diversos deportes), capacitándose profesionalmente y capacitando a otros (fue alumno y profesor de la Escuela Superior de Guerra) y cumpliendo funciones de mando donde lo destinaron las autoridades militares (nunca al mando de una unidad de combate). No tuvo ideas originales acerca de su profesión y se mantuvo apegado a los reglamentos. Por haberse casado tarde, no haber tenido hijos y haber envidado pronto, su vida tenía menos compromisos y estuvo más vinculada a su institución que la de la mayoría de sus camaradas. Ella se desarrolló hasta los 47 años completamente dentro de los marcos del Ejército. A esa edad, cuando fue nombrado secretario del Ministerio de Guerra, tomó por primera vez contacto con la sociedad civil (es decir, no militar), debido a que un sector de esta, los sindicatos, amenazaban la seguridad interna (o así se percibía desde el gobierno), que era incumbencia de su cargo. Quizás por su patriotismo y el sentimiento de que podía hacer algo para paliar el desorden de la sociedad, había participado de los dos primeros golpes militares de la historia argentina: el del 6 de septiembre de 1930 y el del 4 de junio de 1943. En el primero, como un capitán de 34 años, tuvo una participación secundaria; en el segundo, como coronel de 47 años, la tuvo más destacada, aunque posiblemente menor que la que después se preocupó por aparentar.

Las circunstancias, sus ambiciones y sus cualidades lo llevaron a ser el sucesor constitucional del segundo de los golpes militares en que par-

ticipó. Durante su presidencia de poco más de nueve años, la oposición denunció muertes debidas a la represión (Jorge Calvo y Juan Ingalinella, miembros del Partido Comunista, entre otros), pero la cantidad de víctimas fue notablemente menor que la de otros regímenes totalitarios, que era la clasificación utilizada para el gobierno de Perón por entonces. Aun cuando se lo viera como la versión local del fascismo, mal se lo podía comparar en ese aspecto con los regímenes europeos de esa misma categoría, ya que todos ellos (el alemán, por supuesto, pero también el italiano y el español) habían hecho correr mucha más sangre; como tampoco podía compararse en tal aspecto con las matanzas del otro totalitarismo, el comunismo ruso.

La sangre derramada es, sin embargo, uno de los aspectos que distinguió a los regímenes totalitarios, pero no la única manifestación de su violencia. La menor cantidad de víctimas del fascismo italiano no da cuenta de la violencia involucrada en la coerción extrema con que ejercía el poder. En este sentido, la creciente coerción del gobierno de Perón operada a través del vaciamiento institucional, de la expansión del estado primero y luego del partido dentro del estado, y de la reducción consecuente de los espacios propios de los individuos en sociedad, fue un elemento que permitió a los contemporáneos asimilar el peronismo a las experiencias totalitarias europeas. El presidente mismo alentaba tal percepción con un lenguaje que excedía en mucho la violencia efectiva del gobierno pero que, por provenir de su cabeza, resultaba difícil de interpretar sino como directas amenazas a la seguridad de los ciudadanos que disientían con la "doctrina peronista", convertida en "doctrina nacional". Así, en discursos públicos muy difundidos, el presidente incitó a sus partidarios a que dieran por sí mismos la "leña" que le reclamaban y aseguró que por cada uno de "los nuestros" caerían cinco de "los de ellos", con lo que renunciaba al monopolio de la violencia que debía ejercer el estado que encabezaba para entregarla a la incontrolable voluntad de la turba. Puede suponerse que si usaba desde el gobierno ese lenguaje violento contra una oposición civil cuya amenaza era mucho menor que la de sus compañeros de armas que finalmente lo echaron, una vez en el llano su lenguaje se tornaría mucho más violento aun. En un primer momento, fue así; pero luego cambió de rumbo.

Durante dos años después de su derrocamiento creyó que una insurrección popular, primero espontánea, luego organizada, lo devolvería al

poder. El paso del tiempo sin que ella se produjera y la consolidación de una nueva legalidad lo llevaron a participar del juego político. El punto de inflexión se produjo entre las elecciones de convencionales constituyentes del 28 de julio de 1957 y poco antes de las presidenciales del 23 de febrero de 1958. Tras las primeras, Perón advirtió que su capital político podía disiparse si no le daba un empleo dentro de las nuevas reglas de la política argentina y el apoyo a Frondizi significó su voluntad de adaptarse a ellas. Aun cuando durante toda la década del sesenta manifestó su voluntad de participar de las elecciones para hacer valer ese capital político, desde mediados de ella las elecciones desaparecieron. Pocos años después, al comenzar la ola de la violencia política, la consideró desde una perspectiva militar: "Si bien el principio de la economía de fuerzas establece que para vencer no es preciso ser más fuerte en todas partes y que basta serlo en el momento y lugar donde se produce la decisión, en cambio la teoría de los centros de gravedad establece también que cuando la lucha no progresa en el centro de gravedad elegido y lo hace en otro lugar del dispositivo, no hay que titubear en cambiarlo hacia allí donde, en cambio, progresa".<sup>1</sup> Pero en la medida en que algunos de quienes practicaban la violencia política se proclamaban peronistas, Perón debió dar una respuesta política al problema que ella planteaba.

Este capítulo examina la visión de Perón de la violencia en dos momentos: el inmediatamente anterior a su regreso y el posterior al mismo. El objetivo es analizar el papel que Perón asignó a la violencia dentro de su acción política en el curso de su lucha por el poder y en las vísperas de su triunfo.

### Justificación

El tercer presidente del régimen militar instaurado en 1966, el general Alejandro Agustín Lanusse, había asumido la presidencia el 26 de marzo de 1971 con el designio de desandar el camino autoritario de sus antecesores y de restaurar el orden constitucional. Para ello había abierto negociaciones directas con Perón, demandándole su condena de la violencia. Esto había puesto a Perón ante un dilema: si accedía al pedido de Lanusse,

<sup>1</sup> Perón a Pablo Vicente, 12 de abril de 1970, en Yofre (2013), p. 79.

la violencia no pararía y él quedaría desautorizado; si no accedía, retenía para sí un instrumento de presión política pero también el problema que la violencia presentaba al orden político democrático a cuya reconstrucción estaba decidido a contribuir. Perón, por desconfianza en las intenciones de Lanusse o por no estar convencido de la efectividad del reclamo, se decidió por la segunda opción. Desde entonces, su tarea fue doble: mantener al mismo tiempo la amenaza de la violencia y su credibilidad como actor legítimo de la futura democracia. Logró mantener esa difícil posición hasta su regreso definitivo, el 20 de junio de 1973. Las señales que dio de su compromiso democrático fueron su participación en la Hora del Pueblo; la organización de su partido, el Partido Justicialista, de acuerdo con las reglas del juego democrático; su intención manifiesta de ocupar el centro del dispositivo político; su abrazo con quien había sido el líder de la oposición durante su gobierno. Pero también dio señales que las organizaciones armadas interpretaron como un apoyo a sus acciones violentas. Lo que sigue es un estudio de una de las más efectivas de esas señales: cuanto dijo a los entrevistadores en una larga entrevista filmada que fue para buena parte de la juventud, violenta o no, que ahora lo tenía por su guía, la primera ocasión de manifestarse, aunque solo en la pantalla, como algo más que un recuerdo malo o bueno en la memoria de sus padres. Sus dichos fueron transcritos y publicados con el título de "Actualización política y doctrinaria para la toma del poder".<sup>2</sup>

Perón situaba su lucha dentro del contexto de las "revoluciones salvadoras" que habían surgido en Cuba, Chile y Perú, "dignos espejos en los que han de mirarse muchos otros latinoamericanos que luchan por la liberación". Los países de América Latina debían dejar de ser factorías del imperialismo y tomar "de una vez el camino de grandeza que nos corresponde por derecho propio". La liberación era, entonces, de ese imperialismo. El objeto, sin embargo, parecía ser enriquecerse con la miseria ajena, producto de un mundo superpoblado y superindustrializado, que padecería por la falta de reservas de comida y de materias primas que la Argentina proveería. Su pronóstico de una tercera guerra mundial a fines de los cuarenta que haría disparar la demanda de alimentos y en consecuencia

<sup>2</sup> Perón (1971). La transcripción no es literal, pero se puede suponer que Perón aprobó el texto publicado en una revista que era propiedad de uno de sus allegados.

beneficiaría a la Argentina había fallado y con él la política económica implementada en sus primeros años de gobierno. Veinte años más tarde, sin embargo, repetía el diagnóstico pero no ya como consecuencia de una nueva guerra sino de la superpoblación y superindustrialización. Como Malthus, creía que la capacidad de producción de alimentos no avanzaba al ritmo de crecimiento de la población. Tampoco era un diagnóstico realista si se considera la participación declinante de la Argentina en el comercio mundial de alimentos desde hacía décadas. De sus dichos podía concluirse que la sola liberación de la dominación imperialista produciría una reversión de esas tendencias negativas.

Perón no explicaba, sin embargo, cómo se iba a producir la liberación de la dominación imperialista. Por omisión, parecía creer que bastaba con que él tomara el poder en la Argentina para que eso sucediera. El documento estaba dedicado principalmente, tal como lo indica el título, a la toma del poder. Con ese fin era necesario sumar a todas las tendencias que aceptaran su liderazgo. Perón enfatiza, en consecuencia, la diversidad del peronismo. Leído esto desde la perspectiva de las organizaciones guerrilleras, indicaba la voluntad de aceptarlas dentro de su movimiento a pesar de su condición de reciénvenidas. Pero ese énfasis en la diversidad también puede leerse como una advertencia a esas organizaciones para que tolerasen la presencia de otros peronistas, algunos de ellos conservadores como Jerónimo Remorino, su antiguo ministro de Relaciones Exteriores, que también se encolumnaban tras su liderazgo. A unos y a otros les advertía que debían luchar contra los enemigos del movimiento y no entre ellos: una advertencia que a esa altura, tras los asesinatos de Vandor y Alonso, que las organizaciones guerrilleras peronistas se atribuían, parecía dirigirse más a ellas que a los peronistas conservadores, que no habían matado a nadie. Esa heterogeneidad realzaba, sin duda, el papel del conductor, el único que podía mantener unidos a componentes tan dispares y disminuía por lo tanto el de esas organizaciones, que se veían relegadas a formar parte de un todo en el que había otras partes que, sin la conducción de Perón, estaban en posiciones opuestas. Perón, sin embargo, no se privaba de hacer una reverencia hacia la que creía era la ideología de esas organizaciones citando a Mao Tse Tung. Bien es cierto que todas las citas son inocuas, ya que solo menciona obviedades que podría haber dicho Mao o cualquier

otro, no las tesis por las que –a esa altura, cinco años después de la revolución cultural– había adquirido notoriedad. Pero el objetivo político estaba cumplido: Perón citaba a Mao.

¿Por qué aceptaba Perón a elementos tan dispares dentro de su movimiento? En primer lugar, por su visión de la conducción. No podía conducir solamente a los buenos, sino a todos, cualesquiera fuesen sus opiniones y condiciones morales. En segundo lugar, porque echarlos solo habría debilitado su autoridad frente al movimiento, ya que los expulsados difícilmente aceptarían su expulsión, y su posición frente al enemigo, ya que creía en la concentración de la mayor cantidad de fuerzas bajo su mando. En tercer lugar, porque no podía imaginar, confiado como estaba en su habilidad como conductor, que eso le pudiese causar problemas. En cuarto lugar, porque en la política los problemas de mañana suelen quedar para mañana: “nosotros no tenemos que tener suspicacias [respecto de los compañeros de lucha, pensasen como pensaren], porque ninguno de los grupos que se incorporan al peronismo, con buenas y otras veces malas intenciones, nos harán peligrar a nosotros. Porque todavía nadie ha conseguido teñir el océano con un frasco de tinta”.<sup>3</sup> Perón se tenía confianza, sin duda, pero subordinaba sus objetivos al deber de vencer de la conducción.<sup>4</sup> No es el político quien habla sino el militar: en la política hay objetivos más allá de la victoria, pero para Perón ella bastaba y, siguiendo a su modelo más admirado, Napoleón, no había que respetar regla alguna (más que las propias del arte de la guerra, y ni siquiera estas si incomodaban) para obtenerla.

Para la obtención de la victoria Perón diferencia, de acuerdo con los manuales, un plano táctico, el de la lucha directa, y un plano estratégico, el de la conducción del conjunto. El conductor es, naturalmente, él mismo. Él opera, por lo tanto, en el plano estratégico. En el plano táctico, señala, había fuerzas sociales, fuerzas económicas y fuerzas políticas, cada una con su misión, y la propia era encaminarlas “coordinadamente hacia un objetivo y una acción común”.<sup>5</sup> Señala también que en ese momento había tres acciones posibles, pero no establece una conexión entre las fuerzas y las acciones. Estas eran la guerra revolucionaria, la insurrección militar

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 143.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 148.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 149.

y “la línea pacífica de la normalización institucional”. Perón dice que la primera vía es larga y cruenta, mientras que la segunda es peligrosa porque una dictadura vencedora puede ser peor que una derrotada. Su preferencia parece estar por la tercera vía: “quizás el camino mejor fuera la normalización institucional”, que demandaba menos tiempo y menos sangre. Pero como definía al gobierno militar como el enemigo, creía que el diálogo con él no era el medio adecuado para lograr la normalización institucional: ante su retirada, había que perseguirlo.

No descartaba, sin embargo, la negociación, aunque solo veía en ella un medio de presión, una manera de aislar al enemigo. Un sector estaba en la mesa de negociaciones y otro estaba en la acción política, “persiguiendo ... incruentamente”, al enemigo. Pero también había sectores que estaban haciendo la guerra revolucionaria. Todos estaban luchando por un mismo objetivo, bajo su conducción estratégica, por lo que todos eran necesarios y ninguno era mejor que el otro: “Los que están en un sector hablan mal de los del otro sector, porque creen que no lucha ¡Sí, luchan! luchan por sus medios, no se puede pedir que todos hagan la guerra revolucionaria, ¿no? pero están luchando”. Esto podía leerse como una legitimación de quienes estaban en la guerra revolucionaria, pero también lo era de quienes no estaban en ella; y, al mismo tiempo, era una subordinación de esa táctica a los objetivos estratégicos del conjunto. Quizás los montoneros se hayan sentido engañados por Perón, pero en el plano militar él había sido muy claro: sus acciones eran solo una de las tácticas de que disponía el conductor para alcanzar los fines estratégicos. No parece haber sido menos claro en cuanto a sus objetivos políticos: la toma del poder era su regreso a la presidencia y el camino más corto y más fácil era el de la normalización institucional. La violencia, para él, tenía una función secundaria y estaba completamente subordinada al cumplimiento de su objetivo principal. La reservaba, sin embargo, como amenaza: si la normalización institucional fallaba, si la mesa de negociaciones fallaba, “si no podemos a corto plazo”, entonces habría que seguir luchando por todos los medios, entonces (solo entonces) “será a largo plazo con la guerra revolucionaria”.

Perón no tenía, sin embargo, ideas originales sobre la guerra revolucionaria. Su visión de ella es la de los manuales y reglamentos de su época. Para él la guerra revolucionaria, “como se la ha llamado ahora”, es

la guerra de guerrillas y esta es una guerra de desgaste. Lo que no dice es que en esos manuales y reglamentos la guerra de guerrillas no era más que un medio auxiliar. Muchas pequeñas acciones pueden ser como una gran batalla, pero no explica cómo la acumulación de esas acciones podrían tener el mismo efecto decisivo. Y no lo explica no porque no lo sepa, sino porque su gran batalla estaba como antes lo subrayó en el campo político. Su gran batalla era la presión con todas las fuerzas de que disponía para lograr la normalización institucional, con la que confiaba tomar el poder. Cuando sus entrevistadores le preguntaron si esa guerra revolucionaria era "la nación en armas", Perón vuelve a sus manuales y explica que ese concepto se aplica solamente a una guerra internacional, cuando dos naciones enfrentadas "se movilizan total y absolutamente para enfrentar una situación de guerra". No se podía aplicar ese concepto a un pueblo que se levantaba en una guerra interna. Pero la guerra revolucionaria que realizaba un pueblo "en la situación que nosotros estamos", podía llamarse guerra integral, "porque se hace por todos los medios, en todo momento y en todo lugar". Esta definición, aunque producto de un comentario técnico, justificaba nuevamente la violencia.

### Dudas

¿No veía Perón en esa violencia ninguna amenaza para la normalización institucional que él prefería como el camino más corto para la toma del poder? Seguramente sí, y por eso advertía que "la violencia no se puede vencer sino con otra violencia mayor". Esa reflexión valía tanto para la que se ejercía contra el peronismo como para la que se ejercía desde el peronismo o desde fuera de él si se daba el caso de que continuara tras la toma del poder. La violencia, sin embargo, era el último recurso: "en la lucha, los bandos contrapuestos tratan de emplear la violencia cuando los otros medios son ineficaces". Podía interpretarse, también, que mientras los otros recursos pudiesen ser utilizados, creía que no debía recurrirse a la violencia.

Quizás también advirtiese la inutilidad de proceder de otra manera: su condena de la violencia no la detendría. Solo podía conducir lo que existía, no lo que él u otros querían que existiese: "Ambicionar una organización

perfecta en la conducción política es una cosa muy difícil. En política rara vez existe el orden, a lo que hay que acostumbrarse, en consecuencia, es a aprender a manejar también el desorden. En política, es consustancial el desorden con la actividad política; en consecuencia, el conductor que quiere meterse en eso tiene que acostumbrarse a manejar el desorden".<sup>6</sup> Con esto el militar daba paso al político: el ejército es el orden; la política, el desorden. Pero en lugar de rechazarlo, había que acostumbrarse a él. Era inconveniente para el conductor, entonces, intentar poner orden en el plano táctico cuando estaba a miles de kilómetros del teatro de operaciones. Pero sería distinto, sin duda, si el conductor asumía la conducción táctica y si el desorden afectaba su capacidad de acción. Entonces, si quienes practicaban la violencia la amenazarán, se transformarían en sus enemigos y, en consecuencia, el objeto de una violencia mayor.

El concepto de enemigo en la interpretación de Perón plantea un problema. Su acercamiento a la política no parece haber alcanzado para eliminarlo. En sus palabras de 1971, aunque no en su acción posterior, no había lugar para el adversario. Se estaba con él o en contra de él. El disenso era interpretado como un ataque. No veía en la normalización institucional el establecimiento de reglas compartidas para la competencia por el poder, que otros podían querer usar de un modo distinto que él, sino solo un camino para la toma del poder.

La política lleva muchas veces al abuso de las palabras, pero Perón no tenía una apreciación clara de la carga que llevaban las suyas. No la había tenido en el gobierno, como tampoco en la primera etapa de la resistencia, cuando instó a sus seguidores a matar a los gorilas; ni la tuvo en su entrevista de 1971 cuando afirmó: "para el amigo, todo; para el enemigo, ni justicia". Puede sostenerse que la segunda cláusula de esta afirmación es técnicamente correcta: la justicia requiere, en las sociedades occidentales de las que la Argentina era parte, de un marco legal común previamente establecido. El enemigo es, por definición, alguien ajeno a ese marco y que lo amenaza. Para él está reservada la violencia, no la justicia. Pero en la medida en que usaba la palabra "enemigo" de manera demasiado amplia, aun para sus adversarios internos, aquella afirmación revelaba una sed de

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 163.

venganza que, como las amenazas proferidas durante su gobierno, estuvo lejos de concretar. Perón tenía el don de la palabra, pero no el de medir las consecuencias de las que pronunciaba. Quizás, como militar, creyera que la violencia se limitaba al uso de las armas y que las palabras eran inocuas.

Una luz más favorable sobre esa exposición puede echarse si se advierte para quien la realizaba. Se trataba de una entrevista con partidarios de las organizaciones guerrilleras y podía suponer que quienes la mirarían serían igualmente activistas o seguidores de ellas. Desde esta perspectiva, se justifica el uso de un lenguaje tan militar y tan violento, pero al mismo tiempo no se puede dejar de notar que, aunque más no fuese por la facilidad y la rapidez, afirmaba su preferencia por la normalización institucional. No precisaba qué interpretaba por esta, pero nadie entonces podía imaginar que se trataba de la consagración de la violencia ni de los reclamos de las organizaciones que la ejercían.

Si las palabras dedicadas al enemigo podrían tener una explicación técnica, más inquietantes son las referidas a los amigos porque revelan una moral amenazadora de la cohesión social y, aun, de la "comunidad organizada". Esta idea, cuyo origen se remonta a la doctrina social de la Iglesia, manifiesta una violencia más insidiosa. No es el individuo quien cuenta, sino la comunidad y, por lo tanto, no es la sumatoria de los individuos quien decide lo que es bueno para la comunidad, sino esta, transformada en algo superior a los individuos que la integran, quien decide lo que es bueno para ellos. Por supuesto que tal concepción pone en manos del gobierno la decisión de lo que es bueno para la comunidad, sin que los individuos puedan objetarlo: "La única manera conocida para terminar con el antagonismo entre el hombre y la comunidad, sería indudablemente desmontar un poco el egoísmo. Y eso nosotros lo decimos precisamente en nuestra ideología. Que el hombre termine un proceso de explotación de su egoísmo, sacrificando gran parte de él en beneficio de la comunidad". Pero no dejaba librado a cada uno decidir qué iba a sacrificar en beneficio de la comunidad, sino a esta, a su gobierno, lo que iba a demandar que cada uno sacrificara. El individualismo era desorden y aunque Perón había aceptado a este como una característica de la política no lo aceptaba como una característica de la sociedad.

Es cierto que no atacaba al individuo, sino al individualismo, pero también lo es que no hace ninguna diferenciación de estos términos ni precisa el segundo de ellos. El diccionario da como definición de individualismo tanto (1) "el principio de gobierno que favorece la libertad del individuo evitando la interferencia del estado", cuanto (2) "egoísmo de cada cual, en los afectos, intereses, etc"., como (3) la "propensión a obrar según el propio albedrío". Perón creía que "el individualismo es la escuela nefasta y negativa de ganar haciendo mal a los demás en vez de ganar siendo más capaz y más moral que los otros; ese es el espíritu maldito del individualismo, carente de sentido social y de sentido político, que no solo ha hecho de cada hombre un lobo, sino que ha hecho lanzar a unas naciones contra otras".<sup>7</sup> Es de suponer que Perón ataca el segundo sentido de la palabra "individualismo", aunque las consecuencias de la acción según él necesaria para contrarrestarlo llevarían a un ataque a los otros dos sentidos. La comunidad organizada no es para Perón una comunidad en la que hay reglas establecidas con las que los individuos que la componen acuerdan y a las que, por lo tanto, respetan y, por eso, conceden a su gobierno la facultad de hacerlas respetar, sino un organismo superior a sus mismos integrantes encarnado necesariamente en un gobierno sabio y omnipotente que no reposa en la igualdad de la ley para todos sino, en el mejor de los casos, en una benévola sabiduría y omnipotencia para contrarrestar las tendencias negativas de los individuos: es decir, un benévolo sabio y omnipotente estado policial.

En su entrevista de 1971, cuando él comenzaba la ofensiva que terminaría con su retorno al país y al poder, Perón se negaba a condenar la violencia pero la subordinaba a sus objetivos políticos y, al mismo tiempo, manifestaba su preferencia por la normalización institucional. Exculpar la violencia de organizaciones que no controlaba queriendo aparentar que eran parte de su dispositivo, le traería complicaciones cuando el poder pasara a sus manos. Entonces, debió enfrentar de otra manera la amenaza que, ahora para él, representaba la violencia.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 169.

## Rechazo

Si quisiera mirarse con buenos ojos las palabras tan amenazantes de Perón, no tan solo para el individualismo como concepto sino para los individuos concretos, podrían ellas interpretarse como un mensaje indirecto a sus interlocutores de reafirmación de su identidad política. A su regreso, dejó de lado la guerra revolucionaria y el socialismo y volvió al justicialismo. Así, dijo en su discurso del 21 de junio de 1973: “nosotros somos justicialistas ... no creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa”.<sup>8</sup> Ese día, el siguiente al del enfrentamiento de las alas de su dispositivo en Ezeiza (una en la posición en que él la ubicó; la otra en busca de su desplazamiento), llamó a la concordia: “deseo hacer un llamado a todos, al fin y al cabo hermanos, para que comencemos a ponernos de acuerdo”. Había dejado de lado la violencia: “tenemos una revolución que realizar; pero, para que ella sea válida, ha de ser de construcción pacífica y sin que cueste la vida de un solo argentino”. El peronismo, pero no todavía su conductor, había tomado el poder y no faltaba mucho para que lo hiciera él mismo. ¿Bajo qué reglas lo haría?

Perón subrayó entonces los principios que lo identificaban. La “cruzada de liberación y reconstrucción del país” sería encabezada por el Movimiento Justicialista y se haría “dentro de la escala de valores establecida: primero, la patria; después, el movimiento; y luego los hombres”. Esto parecía retrotraer la política nacional a septiembre de 1955, pero no era así: “hay que volver al orden legal y constitucional como única garantía de libertad y justicia”. Se mezclaban así en su discurso los resabios del pasado remoto, signos de una identidad política que reafirmaba frente a las novedades que algunos de sus seguidores pretendían introducir en ella, con el resultado de diecisiete años de lucha política con sus adversarios, que no era otro que el respeto de reglas comunes encarnadas en la constitución (la de 1853, no ya la de 1949) y en las leyes. El pasado de luchas debía quedar en el pasado, por lo que exhortaba a sus compañeros “para que obrando con la mayor grandeza, echen a la espalda los malos recuerdos y se dediquen a pensar en la futura grandeza de la patria”.

<sup>8</sup> Perón (1973). Todas las citas de Perón que siguen son de la misma fuente.

Así como en 1971 había acogido a los grupos violentos bajo su conducción estratégica, al descender al plano táctico debía reordenar sus fuerzas para la nueva etapa que se abría: "Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro Movimiento, o tomar el poder que el Pueblo ha reconquistado, se equivocan. Ninguna simulación o encubrimiento, por ingeniosos que sean, podrán engañar a un Pueblo que ha sufrido lo que el nuestro y que está animado de una firme voluntad de vencer. Por eso, deseo advertirles a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales que por ese camino van mal. Así, aconsejo a todos ellos tomar el único camino genuinamente nacional: cumplir con su deber de argentinos sin dobleces ni designios inconfesables". Esto era lo que esperaba de los jóvenes revolucionarios marxistas y católicos que habían montado su proyecto político dentro del peronismo en la suposición de que él, Perón, estaba muerto como actor político. Era una señal, sin embargo, de que era la hora de la paz, no de la violencia, dentro de su movimiento. Pero también lo era hacia afuera, para quienes no lo integraban.

Los antiguos enemigos pasaban a ser ahora sus adversarios. Por provenir de un militar, esta era una diferencia considerable: aquellos debían ser destruidos; con estos, a pesar del disenso, había un marco común de entendimiento. A "los que fueron nuestros adversarios", los llamaba a aceptar la soberanía del pueblo; y a "los enemigos embozados, encubiertos o disimulados", les aconsejaba "que cesen en sus intentos, porque cuando los pueblos agotan su paciencia suelen hacer tronar el escarmiento". La violencia estaba reservada para estos enemigos, quienes desde afuera amenazaban al orden político restablecido que él se disponía a encabezar. Ahora solo justificaba una violencia defensiva frente a quienes hasta ayer consideraba como parte de su dispositivo para la toma del poder. No era cinismo sino la política hecha por un militar: la fase ofensiva había requerido la concentración de fuerzas dispares, aun las violentas; la fase defensiva requería igualmente la reunión de fuerzas dispares, pero contra esas fuerzas violentas cuyos objetivos políticos, él lo sabía tanto como los montoneros, nunca habían sido los de Perón: ellos querían el socialismo, él se conformaba con el peronismo; ellos querían arrebatarse el peronismo, él lo quería como centro de un dispositivo de defensa de valores que ahora compartía con sus antiguos adversarios.

## Conclusión

La soberanía del pueblo, dice Raymond Aron, se puede interpretar de dos maneras: como la voluntad de la mayoría o como la limitación del poder según reglas preestablecidas.<sup>9</sup> Perón se basó durante sus años de gobierno en el primer significado, pero los años del exilio le enseñaron el segundo. Entre su caída y su regreso, Perón pasó de incitar a la violencia para defender lo que creía era el mandato de la mayoría a reclamar el respeto de las reglas de la democracia. Su triunfo en 1973, con un porcentaje casi tan alto como el de veintidós años antes, podría haber significado un regreso a la concepción de la soberanía del pueblo como voluntad de la mayoría, pero significó, por el contrario, su aceptación de la limitación del poder por las reglas preestablecidas. En la hora de su triunfo, la violencia ya no estaba reservada para sus adversarios, que competían con él por el poder dentro del orden político democrático, sino para quienes lo amenazaban.

En los años que mediaron entre su caída y su retorno, Perón tuvo por lo menos tres visiones distintas de la violencia. En el primer período, entre 1955 y 1958, hizo su apología y llamó a sus partidarios a ejercerla sin límites contra sus enemigos. En el segundo período, fracasado ese intento de recuperar el poder por la vía de una insurrección que no se produjo con la extensión que él pensaba, debió adaptarse al juego político según las reglas planteadas por sus adversarios con el fin de preservar los restos de su capital político. En el tercer período, aun cuando estaba dispuesto a respetar esas reglas, y más aun reclamaba que otros lo hicieran, la aparición de las organizaciones armadas que se proclamaban peronistas lo puso en el dilema de condenarlas en nombre de esas reglas o de sumarlas a su dispositivo para hostigar la retirada de las fuerzas armadas, el último obstáculo que se interponía entre él y el poder. No pudo resistir la tentación de manipular una violencia que él no generaba, quizás más por la imposibilidad de controlarla que por la simpatía con sus objetivos políticos. Aceptó dentro de ese ficticio dispositivo que le servía para interpretar la realidad política argentina a las organizaciones armadas, porque aunque no abrigara la esperanza de reducir las a su comando efectivo, el problema que ellas presentaban se lo presentaban a sus adversarios, no a él.

<sup>9</sup> Aron (1999), pp. 74-75.

Cuando volvió a la Argentina se hizo cargo de la situación y trazó la línea de separación: entonces sí condenó a la violencia, tal como se lo había reclamado Lanusse, y abogó por la normalización institucional. No todas las ideas que había sostenido en el pasado se disiparon, pero el respeto de reglas que compartía con sus adversarios lo situaba muy lejos de quienes practicaban la violencia y no estaban dispuestos a dejar de practicarla para conseguir objetivos que no eran ya los suyos.

Militar al fin, la violencia no podía tener para Perón sino un carácter instrumental: realizó su apología cuando estaba fuera del poder; la aceptó dentro de su dispositivo cuando perseguía a sus enemigos en retirada; la rechazó cuando culminó su lucha con el retorno a la Argentina y, muy poco después, al poder. La violencia no era entonces sino un medio, ofensivo o defensivo según se presentaran las circunstancias. Estas lo hicieron pasar, sin embargo, de la defensa de un orden político hegemónico a la de un orden político consensuado contra quienes trataban de imponer una nueva dictadura. El militar Perón que había usado la violencia contra las reglas dejaba paso al político Perón que la usaba en defensa de ellas.



## Ezeiza, 20 de junio de 1973

La concentración del 20 de junio de 1973 en la vecindad del aeropuerto de Ezeiza para recibir a Perón es aún la reunión política más grande llevada a cabo en la Argentina. Tras los festejos del bicentenario en la ciudad de Buenos Aires, el diario *La Nación* publicó un artículo titulado “Ranking de concentraciones” en el que estimaba la participación en ellos de dos millones de personas, superando así entre las “movilizaciones populares” a la que la sigue: “el recibimiento en Ezeiza a Juan Perón, el 20 de junio de 1973, cuando 1,7 millones de personas se congregaron para lo que sería una fiesta y terminó siendo una masacre”.<sup>1</sup> Independientemente de la cantidad de manifestantes que haya concurrido –esa cifra o los tres millones de personas que estimaron los diarios de la época–, hay cierto consenso entre quienes se refieren a esa gran concentración que ella terminó, como dice ese artículo, en una masacre. Más aun, se le ha asignado un carácter intencional. Así, Horacio Verbitsky, en el libro que publicó sobre ese episodio, dice que se propone establecer: “que la masacre fue premeditada para desplazar a Cámpora y copar el poder; que mientras unos montaron un operativo de guerra con miles de armas largas y automáticas, los otros marcharon con los palos de sus carteles, algunas cadenas, unos pocos revólveres y una sola ametralladora que no utilizaron; que el grueso de las víctimas se originó en este segundo grupo; que el número de muertos fue muy inferior al de las leyendas que aún circulan; que los tiroteos más prolongados se entablaron por error entre grupos del mismo bando, ubicados en el palco y el Hogar Escuela, y que tomaron a la columna agredida entre dos fuegos; que los tiradores ubicados sobre tarimas en los árboles también

<sup>1</sup> *La Nación*, 27 de mayo de 2010, p. 9. Un informe de la Policía Federal del mediodía del 20 de junio estimaba 1,5 millones de personas en la concentración. Véase *La Razón*, 20 de junio de 1973, p. 9. *La Opinión*, 21 de junio de 1973, p. 6, subía la estimación a tres millones.

respondían a la seguridad del acto; que no hubo combate sino suplicio de indefensos; es decir, que los masacradores lograron su propósito”.<sup>2</sup> El único fin político de ese episodio para Verbitsky –ya que todos los otros puntos que dice que se propone establecer se refieren al desarrollo de los hechos–, fue el desplazamiento de Cámpora. Como se sabe, Cámpora no renunció ese día sino veintitrés días después, y pensar que para su desplazamiento era necesaria la violencia no condice con la reputada obsecuencia hacia Perón que le había atraído el escarnio de la oposición en su anterior paso por la vida pública, y que, según la piadosa observación de Marcelo Sánchez Sorondo, “no era fruto de una propensión servil sino de una cándida e ilimitada admiración que sin duda desafiaba el ridículo”.<sup>3</sup> Pero hay, sin duda, un fin político en esa presentación de los incidentes de Ezeiza. Ceferino Reato abre su libro sobre el asesinato de José Ignacio Rucci por Montoneros refiriéndose a la dificultad de contradecir y más aun revertir paradigmas establecidos, incluso aquellos que fueron elaborados con un sesgo claramente político y sobre una endeble y parcial evidencia. Su ejemplo es, precisamente, la supuesta “masacre de Ezeiza”,<sup>4</sup> cuyo paradigma fue creado por el aparato propagandístico de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros con la solicitada que esas organizaciones publicaron en los diarios pocos días después.<sup>5</sup> La fuerza de este paradigma queda en evidencia por la imposibilidad de escapar de él que revelan algunos estudiosos y aun quienes se oponían entonces al proyecto político de esas organizaciones o lo criticaron más tarde.<sup>6</sup>

El objetivo de este capítulo es determinar el significado político de los incidentes que se produjeron en Ezeiza el 20 de junio de 1973. Al hacerlo, muestro que esas afirmaciones son erróneas: en primer lugar, que no hubo tal masacre sino en la propaganda de Montoneros; en segundo lugar, que lo que sucedió no fue premeditado, al menos de parte de quienes

<sup>2</sup> Verbitsky (1988), pp. 14-15. Según Roberto Cirilo Perdía, el libro de Verbitsky es el informe de inteligencia de Montoneros. Véase Tcherkaski (2016), p. 321, y Anzaldi (2017), p. 149.

<sup>3</sup> Sánchez Sorondo (2001), p. 209.

<sup>4</sup> Reato (2008), p. 10 y ss.

<sup>5</sup> “Ante la masacre de Ezeiza”, *La Razón*, 23 de junio de 1973, p. 2; reproducida en Baschetti (1996), pp. 94-98, que la tomó de *Clarín*, 26 de junio de 1973.

<sup>6</sup> Ejemplo de estudiosos, Page (1999), p. 556; ejemplo de quienes se oponían, Yofre (2010), pp. 26-28, que se basa en documentos militares; y ejemplo de críticos, Leis (2013a), p. 40, y (2013b), p. 157.

custodiaban el palco; y en tercer lugar, que cuanto sucedió se debió a la contraposición de concepciones políticas, la de Perón y la de Montoneros, cuyas diferencias, perceptibles antes, se hicieron cada día más manifiestas desde entonces. Con este fin utilizo la crónica de los diarios, lo que se ha escrito sobre el tema, y el testimonio de algunos concurrentes a esa concentración, entre ellos el mío.

### La concentración

Los diarios del día 21 de junio dieron cuenta del regreso de Perón y también de los disturbios del día anterior. “Retornó Perón; una multitud se congregó para recibirlo”, dice el título principal de *La Nación*, y debajo de él se lee un título secundario: “por los graves choques armados producidos en Ezeiza –hay muertos y más de 200 heridos– el avión aterrizó en Morón y se suspendió la recepción; Cámpora acusó a ‘elementos que están en contra del país’; el jefe justicialista habló por radio y TV”. Un artículo ubicado en la tapa del diario se titulaba a ocho columnas: “disturbios reiterados en la concentración”. La cobertura de estos disturbios ocupaba toda la página 4, que a todo lo ancho titulaba: “luctuoso saldo de los disturbios”; la página 6, que del mismo modo decía: “Incidentes graves cerca del palco”; y terminaba en la página 16, titulada igualmente: “una concentración multitudinaria”. Así, los disturbios de Ezeiza ocupaban un espacio apenas inferior al del relato de la partida de Perón de Madrid, del viaje y de lo acontecido en el aeropuerto de Ezeiza donde se lo esperaba y en el de la base aérea de Morón al que finalmente llegó, que se encuentra en las páginas 1, 3, parte de la 6, 17 y 18. Las tapas de *Clarín* y *La Razón* estuvieron dedicadas principalmente a la cobertura del regreso de Perón y en menor medida a los incidentes producidos en la concentración de Ezeiza, de los que se daba cuenta en las páginas interiores, mientras que la de *La Prensa* enfatizaba en su título principal: “Por enfrentamientos en Ezeiza el presidente y Perón llegaron a Morón”.<sup>7</sup>

La crónica de *La Nación* señalaba que había alrededor de veinte muertos y más de doscientos heridos como “saldo de los graves enfrentamientos que se produjeron desde las primeras horas de ayer en la concentración que

<sup>7</sup> *Clarín*, 21 de junio de 1973; *La Razón*, 20 y 21 de junio de 1973; *La Prensa*, 21 de junio de 1973.

se organizó para recibir a Perón”.<sup>8</sup> Esta referencia es demasiado imprecisa en cuanto al momento de los disturbios, presentados como si hubiesen comenzado a la madrugada y continuado ininterrumpidamente durante el día. “Los sangrientos sucesos fueron provocados por grupos armados”, continuaba la crónica, “aunque no existe seguridad acerca de la filiación política de quienes iniciaron los graves hechos”. Las noticias eran contradictorias, señalaba, pero coincidían “en que uno de los grupos actuó bajo la consigna de ‘Patria socialista’, al que se le opuso el lema de ‘Patria peronista’”. La incertidumbre no era más que un ardid retórico, puesto que bien se sabía entonces que esos lemas identificaban a quienes respondían a FAR y Montoneros, el primero, y el segundo al sindicalismo y a otros grupos del peronismo opuestos a esas organizaciones. Este enfrentamiento de consignas y de sectores no era novedoso, sin embargo, ya que se estaba dando desde que la influencia de Montoneros comenzó a expandirse velozmente dentro del peronismo, hacia mediados de 1972, pero no había derivado hasta entonces en hechos de semejante violencia. Otros factores intervinieron para desatarla ese día, pero la crónica de *La Nación* es confusa al respecto.

Antes de comentar los incidentes, esa crónica señalaba cómo había comenzado la concentración: “un constante afluir de público ... fue la nota dominante de la primera mitad de la jornada. Con grandes cartelones, banderas nacionales y partidarias, globos gigantes o simples banderines, los contingentes que desde ómnibus o familias con sus automóviles o los que en motocicletas o bicicletas prefirieron ahorrar el esfuerzo de una larga marcha a pie, fueron colmando el amplio espacio de la plazoleta frente al alto palco ubicado sobre el puente de la ruta 205 y sus adyacencias para disgregarse luego a lo largo de la autopista General Riccheri”.<sup>9</sup> Este fragmento de la crónica muestra, a diferencia de lo insinuado en su comienzo, que no se produjeron incidentes graves en “la primera mitad de la jornada”.

<sup>8</sup> *La Nación*, 21 de junio de 1973, p. 4. Otro artículo de ese mismo día (en p. 6) daba 13 muertos y 250 heridos. *Clarín*, 21 de junio de 1973, p. 4, menciona 13 muertos y 380 heridos.

<sup>9</sup> Aunque los diarios mencionaban el “palco ubicado en el puente sobre la ruta 205”, esta corría entonces más lejos hacia el este. Sobre el puente pasaba el camino de acceso a esa ruta desde la autopista. Asimismo, en los diarios el apellido del general cuyo nombre lleva la autopista también es dado como “Ricchieri” y otras variantes. La versión correcta es, en el primer caso, el “palco ubicado sobre el camino de acceso a la ruta 205”, y en el segundo, “Riccheri”, que es como se mencionan en las páginas que siguen.



Figura 11.1 La autopista Riccheri (doble cinta asfáltica), el puente El Trébol, el Barrio N° 1 y el empalme con la ruta 205 (simple cinta asfáltica que va desde el centro hacia el ángulo superior izquierdo de la foto). La toma fue hecha en dirección norte-sur, ca. 1950. Fuente: Archivo General de la Nación.

A las 3 de la mañana había tenido lugar un tiroteo entre grupos antagónicos que coreaban las consignas referidas, que dejó como saldo tres heridos. A las 10 se produjo otro incidente, “en cuyo transcurso se intercambiaron violentos golpes, puntapiés y cachiporrazos”, entre “algunos jóvenes que pugnaban por acercarse al palco” y “los hombres que custodiaban el lugar, al mando del teniente coronel (R) Jorge M. Osinde”, del cual quedaron algunos contusos y presumiblemente heridos de bala ya que se “oyeron varios disparos de armas de fuego”. Otro fragmento de la crónica señala dónde estaban ubicados los manifestantes: “cerca del mediodía, desde el palco hacia la Capital Federal, la concurrencia estaba distribuida no solo sobre la doble calzada de la amplia avenida, sino en los prados y en los bosques adyacentes”.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Todas las citas de este párrafo corresponden a *La Nación*, 21 de junio de 1973, pp. 1 y 4.

La concentración se llevó a cabo ante el puente del camino de acceso a la ruta 205 que cruza la autopista Riccheri, llamado en los avisos publicados por los diarios en los días previos “Puente del Barrio N° 1” o Puente 1, y en la información del día 21 y posteriores tanto “El Trébol” (un trébol de cuatro hojas), como también Puente 16, Puente 1 y Puente 12 (Figura 11.1).<sup>11</sup> El palco desde donde Perón hablaría a la multitud era “de reducidas dimensiones” y estaba sobre el mismo puente. Delante del puente, hacia el norte, “dos metros más abajo del palco oficial se había montado una enorme plataforma semicircular con dos desniveles. Tenía piso de madera y su estructura era tubular. En el primer desnivel fueron ubicados los representantes de la prensa y las cámaras de televisión. El otro desnivel, 50 centímetros más abajo del que ocupaban los periodistas, estaba destinado a las orquestas del Teatro Colón y de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires”. A cincuenta metros del palco oficial, “se levantaban a cada lado dos enormes estructuras tubulares en las cuales se instalaron decenas de ‘baffles’ de los equipos de transmisión que, además, estaban conectadas a una red de altoparlantes sobre la autopista”.<sup>12</sup> Delante de esa plataforma, a escasa distancia, había un vallado metálico de contención del público, que se ubicaba tras él, sobre la autopista y a sus costados, hacia la ciudad de Buenos Aires.

El diario *La Opinión* dio mucho más espacio al relato del regreso de Perón que al de los incidentes ocurridos en la concentración.<sup>13</sup> La tapa del 21 de junio estaba titulada a lo ancho de sus cinco columnas, en cuerpo menor: “Concretado el retorno definitivo del exilio, se dirigió al pueblo el líder justicialista”; y en un cuerpo mayor: “El general Perón expresó que aspira a colaborar con todos los argentinos, sin partidismos, en su objetivo de liberación”. Sobre la concentración se informaba en la página 6, cuyo título tampoco destacaba los incidentes sino la dimensión de aquella: “Tres millones de personas se desplazaron hacia Ezeiza”, decía el copete, y el título principal a lo ancho de la página señalaba que “El arribo al país

<sup>11</sup> El Puente 12 es el que pasa sobre el Camino de Cintura, por lo que el puente del camino de acceso a la ruta 205 que cruza la autopista Riccheri es el 1, si se cuenta desde Ezeiza. Como la numeración puede confundir, he preferido identificarlo aquí como puente El Trébol.

<sup>12</sup> *La Nación*, 21 de junio de 1973, p. 6.

<sup>13</sup> *La Opinión*, 21 de junio de 1973, p. 6.

de Perón produjo una movilización popular sin precedentes". La crónica indicaba que era difícil determinar la cantidad de gente que había concurrido, pero que ella había sido mucho mayor que la concentración en la Plaza de Mayo, menos de un mes antes, en ocasión de la asunción del presidente Héctor J. Cámpora, y también más diversa tanto por la franja de edad cuanto por la procedencia de los concurrentes. "Lamentablemente un incidente aislado impidió la presencia de Perón en el acto", decía escuetamente y remitía a un recuadro en el centro de la página en el que había un plano de la zona del puente El Trébol y un comentario titulado: "Seis versiones sobre el origen de los incidentes".<sup>14</sup>

La "cronología de los momentos culminantes de la jornada de ayer", un artículo ubicado al pie de la misma página, comenzaba señalando que a la 1.30 de la madrugada "todo el predio cercano al palco elevado en la autopista General Riccheri se halla cubierto por millares de personas". Una de ellas era yo: llegué alrededor de medianoche al Puente 12 y desde allí caminé hasta el puente El Trébol. El acceso al palco estaba protegido por el vallado metálico semicircular mencionado por *La Nación*, tras el cual había una custodia cuyos integrantes tenían brazaletes de la Juventud Sindical Peronista. Junto con quienes me acompañaban –unas treinta personas que no pertenecíamos a ninguna organización, vinculadas a una unidad básica de las afueras de La Plata–, pasé la noche en las inmediaciones, bajo los árboles, junto al fuego. A las 3.30, según esa cronología, "por los altavoces instalados a lo largo de toda la concentración se anuncia que el avión especial de Aerolíneas Argentinas emprende el vuelo desde Madrid hacia la Argentina, llevando a bordo al líder del justicialismo, teniente general Juan Domingo Perón". Con el sol ya alto (ese día salió a las 8 de la mañana), nos ubicamos al noroeste del palco, en la barranca que forma el terraplén de la calzada que baja del puente hacia la autopista para tomarla hacia el aeropuerto (la hoja del trébol que está abajo a la derecha en la Figura 11.1). A las 12, señala la cronología, "resulta ya imposible acercarse a menos de cuatrocientos metros del palco levantado sobre el puente". Ella continúa con el registro del descenso del avión en la base aérea de Morón a las 16.50, sin ninguna mención de los

<sup>14</sup> La Figura 11.2 es el plano publicado en *La Opinión*.

incidentes, y termina con los anuncios de que Perón no iría al lugar de la concentración y que hablaría por radio y televisión esa noche. Otras páginas del diario se referían a las actividades de Perón en Madrid antes de su viaje, a las declaraciones de Perón en Morón, a su desplazamiento hacia Olivos, al despliegue de los medios de comunicación, a los rumores que habían circulado en Plaza de Mayo, y a las expectativas políticas inmediatas: “una coincidencia con Balbín permitirá a Perón superar los esquemas partidarios”. Había también en ellas un artículo de interpretación de lo sucedido el día anterior: “Perón debió cancelar su presencia en la masiva concentración de Ezeiza”, decía el título, “debido a las luchas ideológicas de sectores juveniles”, completaba el copete.

La cronología debe ser completada con un episodio que ella no registra, pero que yo vi. A media mañana, entre las 10 y las 11, cuando la masa de manifestantes era ya compacta alrededor del palco del puente El Trébol y se extendía con igual densidad varios cientos de metros por la autopista, un ómnibus similar a los utilizados por entonces en el transporte urbano con una cuña de madera en su frente llegó hasta el vallado, atravesando la multitud a una velocidad menor que a paso de hombre. No supe quien estaba en ese ómnibus hasta muchos años más tarde: la conducción de FAR y Montoneros.<sup>15</sup> Juan Manuel Abal Medina, secretario general del Movimiento Peronista, que por su cargo y por estar en esos días en silla de ruedas debido a un accidente automovilístico no estuvo en el palco sino en el aeropuerto, erróneamente señala que “una columna de Montoneros con un camión que llevaba algún blindaje al frente, donde iba entre otros Rodolfo [Galimberti], intentó forzar el paso para ponerse frente al palco y tuvo una disputa por el control del acto”.<sup>16</sup> Yo vi un ómnibus, no un camión, que llegó hasta las vallas de contención frente al palco, y no vi ningún incidente, ni que sus ocupantes intentaran disputar el control del acto. Los incidentes se produjeron de otra manera y en otro lugar.

<sup>15</sup> Gasparini (1988), p. 57; Perdía (1997), p. 170; Anguita y Caparrós (1998), p. 76. Aunque FAR y Montoneros se unieron formalmente en octubre de 1973 bajo el nombre de la segunda organización, hay indicios de que desde abril de ese año, al menos, habían comenzado a operar conjuntamente.

<sup>16</sup> Jauretche (1997), p. 198.

## Los incidentes

El informe de un periodista de *La Nación* en un artículo titulado "Los desórdenes vistos desde ese lugar" comienza de este modo: "Los más graves enfrentamientos armados entre grupos antagónicos frente al palco donde debía hablar Perón a poco de su arribo al país comenzaron a sucederse pasadas las 14.30. Hasta esa hora todo se había desarrollado sin mayores novedades, después del incidente ocurrido a las 10, pero en un clima de gran tensión, ya que distintos sectores del peronismo trataron de ubicarse en lugares preferenciales frente al palco".<sup>17</sup> El título del artículo se refería al que a ocho columnas encabezaba la página: "Incidentes graves cerca del palco". En esas breves líneas, como también en ese título, había un error clave para la distorsión de los hechos y de su significado: los incidentes no se produjeron frente al palco, sino detrás, al sureste del puente. Entre las 12 y las 14, señala el artículo, "la multitud prosiguió con sus cánticos y fue intensa la tarea de los servicios sanitarios para atender a muchas personas que habían sufrido las consecuencias de los apretujones". A las 14.30, "las orquestas del Teatro Colón y de la Municipalidad dieron comienzo a sus interpretaciones", pero solo pudieron tocar la marcha peronista, que el locutor, Leonardo Favio, "invitó a cantar a la concurrencia, en medio de reiteradas recomendaciones de hacerlo con calma y cordura". Al terminar la interpretación de la marcha partidaria "—si bien el ambiente próximo al palco era de aparente calma— se oyeron varias detonaciones de armas de fuego". El informe continúa: "Eran exactamente las 14.35 cuando se iniciaron los graves y sangrientos enfrentamientos. Sobre la plataforma, periodistas y músicos se arrojaron al suelo; debajo las corridas ocasionaban las primeras víctimas, aparte de las ocasionadas por el tiroteo. Toda el área adyacente al palco se conmovió a partir de ese momento. Debajo del puente, donde se llegaba a las plataformas de periodistas y músicos por dos anchas escaleras, se vio correr entre camiones de TV, bomberos y ambulancias, a una veintena de jóvenes con revólveres, pistolas y armas largas que las disparaban [sic] en todas direcciones. El desbande fue total detrás del palco. Las escaramuzas se sucedían. Varias personas

<sup>17</sup> *La Nación*, 21 de junio de 1973, p. 6.

pugnaban por llegar en medio del tiroteo a las ambulancias apostadas en el lugar, llevando heridos de bala. Según testigos, el primer enfrentamiento se produjo a la derecha del palco, sobre una zona boscosa. En un primer momento, las ambulancias cargaron a tres personas –dos de ellas del sexo masculino– totalmente ensangrentadas. Los disparos cesaron en esa zona, pero se mantenían en otros lugares”.<sup>18</sup> En esas líneas el periodista rectifica lo que al comienzo había dicho sobre el lugar de los incidentes: estos se produjeron, dice ahora, a la derecha del palco. Pero como derecha e izquierda dependen del punto de vista del observador, debe señalarse que su punto de vista era desde el palco hacia Buenos Aires, a cuya derecha, hacia el sureste, se produjo el enfrentamiento. De este relato queda claro que el periodista bajó de la tarima al comenzar el tiroteo, por lo que dejó de mirar hacia el frente del palco y solo pudo dar cuenta de lo que acontecía detrás del mismo, hacia Ezeiza. Todo su relato se basó, entonces, en esas observaciones parciales. Ni en su crónica ni en la ofrecida en el artículo principal publicado en ese diario sobre los disturbios hay intento alguno de dar sentido a cuanto habían observado los cronistas presentes en el lugar. El esfuerzo interpretativo se limitaba a lo ya consignado: el enfrentamiento se había producido entre grupos que coreaban consignas antagónicas.

*Clarín* dio una versión algo diferente, más ordenada, que la ofrecida por *La Nación*: “el primero de los tiroteos de la tarde, que se inició a las 14.30 con una ráfaga de metralleta, tuvo lugar precisamente cuando se acercaba al palco una columna que portaba carteles de FAR y Montoneros”.<sup>19</sup> Aunque ese artículo no aclaraba por dónde se acercaba esa columna y decía que “las versiones sobre desde qué bando se abrió el fuego, son contradictorias e imposibles de verificar”, otro artículo, pocas páginas después, era mucho más preciso: a las 14.30, “de la parte derecha del palco, es decir desde el sudeste y en la misma trayectoria que recorre el puente El Trébol se escucha una descarga de metralleta que da contra las maderas y los caños de la construcción [del palco], seguida de abundante cantidad de disparos de armas automáticas y revólveres que de inmediato son contestados por los encargados de la seguridad

<sup>18</sup> Ídem.

<sup>19</sup> *Clarín*, 21 de junio de 1973, p. 2.

ubicada en el palco”.<sup>20</sup> A diferencia del primer artículo, este sí establece el rumbo de la columna –desde el sudeste, por el camino de acceso a la ruta 205, hacia el puente– y quién inició el incidente –quienes desde esa columna tiraron hacia el palco–. A diferencia del periodista de *La Nación*, el de *Clarín* no perdió la calma (u otros pasaron en limpio su informe en la redacción) y pudo ver que “se produce a las 14.35 un nutrido intercambio de disparos que obligan a periodistas y músicos ubicados en el palco a arrojar al piso, posición que adoptan igualmente los ocupantes de la caseta de transmisión, que mientras tanto alertan a la concurrencia sobre la necesidad de no moverse de sus sitios, no caer en el pánico y no hacer el juego a los provocadores”.<sup>21</sup> Yo no me moví de mi sitio ni caí en el pánico, como no lo hizo nadie a mi alrededor ni –como pude observarlo desde mi posición– tampoco los millones de personas que se encontraban desde el puente hacia el norte, hacia la Capital Federal, como había indicado la comisión organizadora, cualquiera fuese el sector del peronismo a que perteneciesen.<sup>22</sup>

Una versión que no se confirmó en los días posteriores fue la de un testigo que recogió *La Razón* de esa noche: un miembro del ERP que se encontraba a la derecha del palco habría cruzado por atrás del mismo y atacado a quienes trataban de rodearlo.<sup>23</sup> En la proximidad de donde yo estaba, a la derecha del palco si se mira hacia el aeropuerto, había un cartel del ERP 22 de Agosto, pero no había un núcleo de esa agrupación sino dos personas que lo sostenían y manifestantes variados a su alrededor, que estaban en su proximidad porque el movimiento de la masa humana los ubicó allí. Es difícil imaginar cómo ese testigo puede haber identificado como del ERP a la persona que presuntamente atacó a quienes estaban detrás del palco. La declaración del testigo no indica tampoco cómo esa persona pudo haber traspuesto las barreras de seguridad para ir por detrás del palco hacia el sector izquierdo, por donde entraba la columna proveniente del sudeste.

<sup>20</sup> Ibid., p. 6. Según Favio, el primer disparo “ignoro de dónde vino, pero destruyó la parte de arriba de la cabina que había en el palco”. Véase *La Razón*, 24 de junio de 1973, p. 4.

<sup>21</sup> *Clarín*, 21 de junio de 1973, p. 6.

<sup>22</sup> Las indicaciones de la comisión organizadora, en *Clarín*, 19 de junio de 1973, p. 17.

<sup>23</sup> *La Razón*, 20 de junio de 1973, p. 10.

Un esfuerzo más decidido por determinar el porqué de los enfrentamientos se encuentra en el diario *La Opinión* que, por un lado, fue más allá de los detalles inconexos para reconstruir el origen de los disturbios y, por otro, ofreció una interpretación de su significado. La reconstrucción del origen se ofrecía en un artículo titulado "Seis versiones sobre el origen de los incidentes", al que remitía el artículo principal sobre el arribo de Perón. Antes de enumerar las seis versiones, ese artículo informaba que "el principal incidente se produjo cuando una columna de manifestantes procedente de la zona sur, Lomas de Zamora, Lanús, Wilde, Quilmes, La Plata, Berisso y Ensenada avanzó, hacia las 14.30 por la ruta 205 hacia el palco levantado sobre la autopista Riccheri. El contingente era muy numeroso, iba acompañado de gran cantidad de bombos y platillos y ostentaba grandes carteles y estandartes de la Juventud Peronista, Juventud de Trabajadores Peronistas, Fuerzas Armadas Revolucionarias, Fuerzas Armadas Peronistas, Montoneros y de las agrupaciones estudiantiles Frente de Agrupaciones Eva Perón y Federación Universitaria de la Revolución Nacional de La Plata".<sup>24</sup> En esa columna iban, como lo supe después, algunos amigos míos de mis años en la universidad: Roberto, Ernesto y Máximo, con la primera de las agrupaciones estudiantiles platenses; Jorge, con la JP de La Plata; y Catalina, militante de FAR, con un grupo de gente que había contribuido a reunir en Mar del Plata. "La columna bordeó el palco por la parte posterior", continúa el artículo, "intentando alcanzar el lado Este, donde se advertía gran cantidad de carteles similares a los que llevaba la columna". El plano que ilustraba el artículo (Figura 11.2) muestra el recorrido de la columna hacia el noroeste (no al este) del puente, donde estaba yo en medio de una compacta muchedumbre en la que no había lugar para nadie más. Para llegar a su supuesto destino, la columna debía rodear el puente por el sur, pasando por "la parte más cercana al palco ... ocupada por los carteles verdes de la Juventud Sindical Peronista y por los de organizaciones sindicales que responden al sector mayoritario de las 62 Organizaciones".<sup>25</sup> El incidente se produjo, entonces, con la entrada de esa columna y con su desplazamiento por detrás del palco.

<sup>24</sup> "Seis versiones sobre el origen de los incidentes", *La Opinión*, 21 de junio de 1973, p. 6.

<sup>25</sup> *La Opinión*, 21 de junio de 1973, p. 6.

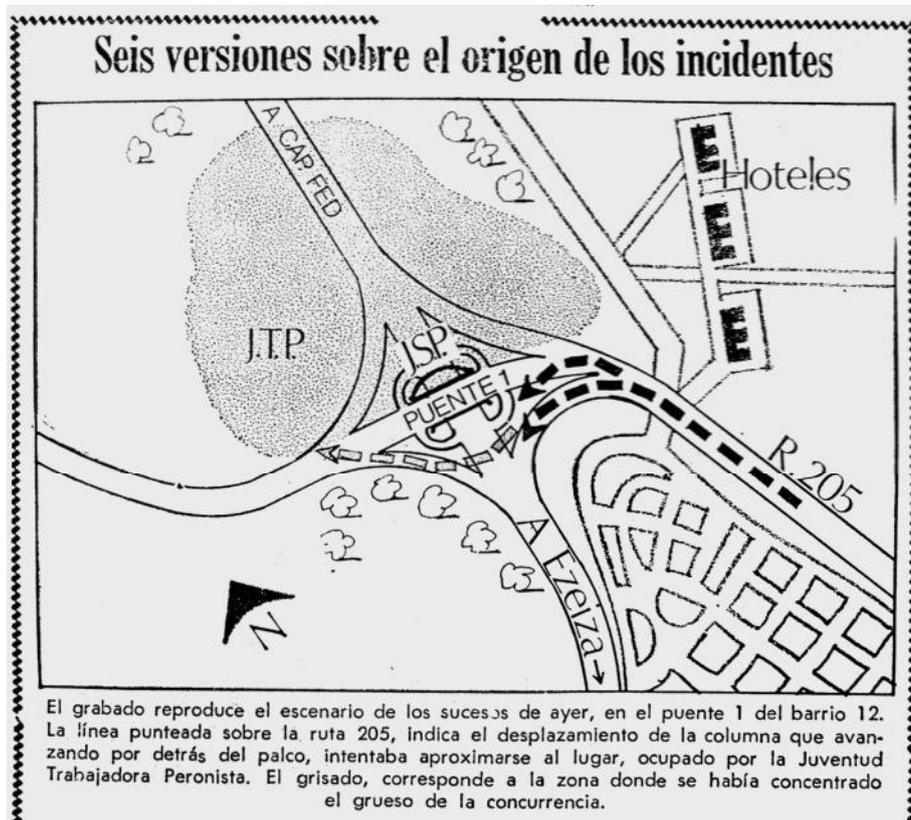


Figura 11.2 Plano de la zona de los incidentes. El Puente 1 es también llamado El Trébol. Fuente: *La Opinión*, 21 de junio de 1973.

*La Opinión* daba seis versiones acerca del origen de los incidentes: (1) el tiroteo fue iniciado por una persona que portaba walkie-talkie y que estaba de custodia en el palco o sus inmediaciones; (2) el enfrentamiento habría comenzado ante la caída de algunos estandartes sobre el palco, lo que habría motivado confusión entre los miembros de la custodia; (3) ante el avance de la columna proveniente de la ruta 205 que bordeaba el palco, integrantes de grupos adversos habrían reaccionado contra lo que calificaron un intento de copamiento; (4) el choque fue entre miembros de la

Juventud Sindical Peronista y de la Juventud Peronista, enfrentadas desde hace tiempo atrás por las consignas 'patria peronista' o 'patria socialista'; (5) el enfrentamiento se habría originado entre simpatizantes de las organizaciones guerrilleras peronistas FAR y Montoneros por un lado y por la guerrilla izquierdista Ejército Revolucionario del Pueblo por el otro, al afirmar los primeros que el socialismo lo haría solamente el peronismo; y (6) se habría visto disparar pistolas con silenciador a través del palco contra la columna que avanzaba bordeándolo.

Esta enumeración, se advierte sin dificultad, mezcla factores casuales (1, 2 y 6) con otros de carácter político (3, 4 y 5), que no se excluyen necesariamente. Como los primeros no agregan nada a una explicación política, pueden ser dejados de lado. En cuanto a los segundos, los factores políticos, puede descartarse el 5, ya que la mera afirmación de una u otra posibilidad (que el socialismo fuera realizado o no por el peronismo) no habría dado de por sí semejante resultado, ya que si bien FAR y Montoneros tenían diferencias con el ERP no había antecedentes de enfrentamientos por ese motivo; además, nunca se confirmó la presencia en esa ocasión de integrantes del ERP. La versión 4 era puramente descriptiva (el enfrentamiento de grupos que tenían consignas opuestas), tal como la de *La Nación*, y nada agregaba a la explicación de los acontecimientos. La versión 3 es la única que se refiere a un problema suscitado en la concentración: la columna proveniente de la ruta 205 intentó rodear el palco y eso fue interpretado por quienes conformaban la custodia como un intento de copamiento.

Este aparentemente aséptico análisis de *La Opinión* omitía detalles clave. Uno de ellos, que la comisión organizadora del acto había hecho publicidad en los días anteriores acerca de la forma en que debía realizarse la concentración. En su comunicado N° 4 recomendaba a los asistentes encolumnarse a lo largo de la autopista, desde el puente El Trébol hacia Buenos Aires, e indicaba que no se permitiría el acceso por otro camino que no fuese la autopista Riccheri. Su comunicado N° 7 precisaba que "los compañeros que vienen de Ezeiza y alrededores deben llegar a la concentración por los caminos previstos: Camino de Cintura-Autopista General Riccheri. Por razones de organización y seguridad no se puede llegar a la concentración por el camino de acceso de la ruta 205 ni a campo traviesa. Si los compañeros no respetan estas indicaciones pueden provocar situa-

ciones que no permitan el aterrizaje del avión y el traslado en helicóptero hasta el palco oficial".<sup>26</sup> La columna que entró por el camino de acceso a la ruta 205 había llegado tarde, cuando los alrededores del palco estaban ocupados por una nutrida multitud integrada por manifestantes de su mismo sector y de sectores adversos, y lo había hecho por un lugar por el que no estaba permitido.

Un segundo detalle omitido por *La Opinión* fue la presencia de francotiradores encaramados en los árboles que estaban al noreste del puente El Trébol, entre el palco y los hoteles, que abrieron fuego sobre el palco en coincidencia con la entrada de la columna proveniente de la ruta 205. Rolando, un fotógrafo que trabajaba para una revista de actualidad, se encontraba en la tarima ubicada delante del puente, debajo del lugar desde donde iba a hablar Perón, donde estaba la orquesta que debía tocar el himno nacional y la marcha peronista antes de su discurso. Él vio el desbande de los músicos al comenzar los incidentes, cuando eran blanco de las balas que los francotiradores disparaban desde los árboles hacia el palco. También un fotógrafo de *La Nación*, ubicado en la proximidad de la orquesta, recuerda el ataque contra el palco que produjo ese desbande y su alejamiento del lugar.<sup>27</sup> Del otro lado de la autopista, yo no podía ver a los francotiradores pero escuché las repetidas demandas que los locutores que estaban en el palco hicieron por los altoparlantes para que bajaran quienes estaban trepados en los árboles. Los incidentes, por lo tanto, comenzaron cuando entró la columna proveniente de la ruta 205, pero no solamente por su acción.

Un tercer detalle omitido en ese artículo de *La Opinión* era que la seguridad del palco había sido encargada por la comisión organizadora (difícilmente puede pensarse que sin conocimiento de Perón, que la había designado)<sup>28</sup> a grupos vinculados con el sindicalismo –los que en la versión

<sup>26</sup> *La Razón*, 19 de junio de 1973, p. 16; *Mayoría*, 20 de junio de 1973, p. 13. Desde el viernes 15 de junio, al menos, se estaban publicando las instrucciones de la comisión organizadora que indicaban que la concentración tendría lugar por la autopista, desde el puente El Trébol hacia el Camino de Cintura. Véase *Mayoría*, 15 de junio de 1973, p. 6.

<sup>27</sup> Tcherkaski (2016), p. 323.

<sup>28</sup> Abal Medina, que integraba la comisión organizadora, confirma que ella fue designada por Perón en su testimonio en Jauretche (1997), p. 197, pero no lo menciona ni lo desmiente en Abal Medina (2022), p. 210.

de *La Nación* proclamaban la consigna de “la patria peronista”–, dirigidos por militares retirados vinculados al COR, un grupo de oficiales y sub-oficiales retirados de antigua existencia pero de escasa actividad reciente comandado por el general Miguel Ángel Iñíguez.<sup>29</sup> Este hecho quizás fuese desconocido por la mayoría de los integrantes de la columna que entró por el camino de acceso a la ruta 205, pero no lo era por los dirigentes de las organizaciones que la habían formado y que habían tomado la decisión de que se aproximara al palco por un flanco, en lugar de hacerlo por el frente.<sup>30</sup>

La conformación y desplazamientos de esa columna se conocen con mayor precisión por el testimonio de Carlos Flaskamp, un militante de FAR que había contribuido a organizarla llevando desde Berisso gente que simplemente quería ver a Perón, pero bajo carteles de su organización y de Montoneros. Él recuerda que “se informó que el Comando de Organización había organizado cordones exteriores para impedir el ingreso” por el camino de acceso a la ruta 205. “Sería necesario romper esos cordones”, continúa, por lo que “delante de los de Berisso se ubicó toda la seguridad”, provista de armas cortas, que formó en varias líneas; y “delante de la seguridad iban los cadeneros, que eran los que tenían la tarea difícil de hacer realmente posible la entrada”. “En esta formación”, prosigue Flaskamp, “fue como llegamos al lugar en el que estaba concentrada la multitud. Los cadeneros habrán cumplido su función, pero tampoco tuvieron otra alternativa. Desde atrás comenzó a ejercerse una presión incontenible sobre la cabecera de la columna, de tal manera que nos vimos empujados hacia delante y fuimos ganando posiciones independientemente de nuestra voluntad ... a los del CdeO, si estaban allí no los llegamos a ver. Cuando la presión de la retaguardia se detuvo, habíamos llegado muy cerca del estrado que se había instalado delante del palco”. El resto de la columna, sin embargo, señala, no estaba a sus espaldas, como él creía, sino que no habiendo podido “penetrar íntegramente en el escenario de la concentración”, ya que “llegó un punto en que la densidad humana hizo imposible continuar entrando gente”, su conducción optó por guiarla “hacia otro

<sup>29</sup> Verbitsky (1988), pp. 90 y ss.; Yofre (2010), p. 29. Los jefes de la custodia tuvieron dificultad en controlar a sus integrantes cuando se desató la acción, según *Clarín*, 21 de junio de 1973, p. 8.

<sup>30</sup> Según el testimonio de Envar El Kadri, en Anguita y Caparrós (1998), p. 70; y de Juan Manuel Abal Medina, en Jauretche (1997), p. 198.

posible lugar de acceso". Al hacerlo, "dejó la cabeza de la columna y con ella a toda la seguridad arrinconada contra el estrado y sin comunicación". Ese fragmento de la columna, "que llevaba por esta razón poca gente armada, inició un amplio desplazamiento en semicírculo por detrás del palco", cuyo objetivo "era intentar el acceso por el sector que estaba a la izquierda del palco, el de la derecha desde el ángulo del público". Ese movimiento, señala, "parece haber sido malinterpretado por la custodia, que aparentemente supuso que la columna sur se aproximaba al palco con la intención de tomarlo por asalto y abrió fuego sin verificar la verosimilitud de esta suposición".<sup>31</sup> Esta era una condición ciertamente difícil de cumplir, ya que si la intención de quienes dirigían esa columna era tomar el palco por asalto ninguno de ellos lo habría reconocido. La custodia del palco reaccionó, suponiendo que no hubo el ataque directo contra ella mencionado por *Clarín*, frente a lo que vio como un intento de rodearla y aislarla del aeropuerto.<sup>32</sup>

La enorme mayoría de los manifestantes, siguiendo las instrucciones difundidas por la comisión organizadora, se concentró sobre la autopista Riccheri, desde el puente El Trébol hacia Buenos Aires. Allí estaban otros testigos: Raúl, que había llegado acompañado por los militantes de su unidad básica en Florida, a 150 o 200 metros del palco, sobre el costado izquierdo de la autopista (mirando desde Buenos Aires hacia el puente); Carlos, que había concurrido con otros militantes pertenecientes como él al Encuadramiento de la Juventud Peronista, pero sin carteles que los identificaran porque esa organización había decidido que sus integrantes participaran solo como argentinos que querían ver a Perón, estaba a trescientos metros del palco, también sobre la autopista, pero sobre su costado derecho. Raúl vio la entrada de la columna por el camino de acceso a la ruta 205 y escuchó el tiroteo, pero donde él estaba nadie se movió de su sitio. Carlos, que estaba en un lugar donde la concentración era menos densa, vio que alguna gente a su alrededor buscaba la protección de los árboles. Algunas reconstrucciones pretenden que los incidentes afectaron a todos los manifestantes. Así lo hacen Anguita y Caparrós en *La voluntad*:

<sup>31</sup> Flaskamp (2002), pp. 103-106.

<sup>32</sup> *Clarín*, 21 de junio de 1973, p. 6.

“Mientras, en los alrededores del palco, la confusión era total. Millones de personas seguían gritando, cuerpo a tierra, puteando, tratando de entender o simplemente de esquivar los balazos”.<sup>33</sup> Y también Miguel Bonasso, en *Diario de un clandestino*: “lo que más me preocupa no son los tiros sino la estampida de la muchedumbre aterrorizada ... los veo venir como bisontes”.<sup>34</sup> Ellos no señalan dónde estuvieron para percibir esa “confusión total”, ni que “la estampida” solo afectó a los pocos miles de manifestantes que entraron por el camino de acceso a la ruta 205, no a los millones que estaban en la autopista. Ni Raúl, ni Carlos vieron ningún ataque desde el palco hacia quienes estaban concentrados en la autopista, ni estampida alguna de quienes estaban en las inmediaciones del palco hacia donde se encontraba el grueso de la concentración; y Gabriel, que había llegado desde Moreno con una columna de composición similar a la que Flaskamp había contribuido a organizar en Berisso y se encontraba más lejos del palco por haber llegado más tarde, solo recuerda la confusión propia de la multitud.

Yo tampoco vi ninguna estampida, ni confusión total, ni ataques desde el palco hacia los manifestantes que estaban ubicados en la autopista, hacia Buenos Aires. Permanecí en el lugar adonde me había ubicado a la mañana, en la barranca del terraplén formado por la bajada del acceso a la ruta 205 hacia la autopista de Buenos Aires a Ezeiza en dirección al aeropuerto (Figura 11.3). Durante la espera, la concentración se había hecho muy densa y perdí contacto con quienes había ido, que se encontraban en el mismo sector, pero mezclados entre los concurrentes. Estaba muy cerca del palco, hacia la derecha mirando desde Buenos Aires hacia el aeropuerto, de modo que cuando comenzaron los incidentes pude ver frente a mí, en el otro extremo del puente, gente que corría por un claro que se había hecho en la multitud, buscando refugio tras los árboles, mientras se escuchaban los tiros. No podía ver lo que estaba sucediendo detrás del palco, por donde la columna que ingresaba por el camino de acceso a la ruta 205 trataba de consumir la maniobra envolvente. Nadie se movió donde yo estaba y cuando las balas silbaron sobre nuestras cabezas, la mía y las de quienes estaban a mi alrededor, solo atinamos a agazaparnos y protegernos con la persona que teníamos delante.

<sup>33</sup> Anguita y Caparrós (1998), p. 79.

<sup>34</sup> Bonasso (2000), p. 128.



Figura 11.3 Plano de la zona de los incidentes. La ubicación del palco está marcada en negro. La x indica mi ubicación. Fuente: Google maps, 2010.

Según refiere *La Nación* se produjeron dos tiroteos, uno a las 14.35 y otro alrededor de las 16.30. Es posible que el segundo, que Verbitsky atribuye a una confusión entre sectores afines generada por un entredicho entre José Luis Nell y Horacio Simona con el capitán retirado Roberto Chavarri, miembro de la custodia del palco, que derivó en el asesinato de

Chavarri por Simona, se haya debido más que a un intento de repetir la operación frustrada dos horas antes al estado en que habían quedado los ánimos tras el primer tiroteo y a que, como surge del testimonio de Roberto y Catalina, militantes armados de FAR y Montoneros quedaron en la arboleda entre el puente y el Hogar Escuela.<sup>35</sup> La presencia del jeep de Nell y Simona en la zona donde se había producido poco antes el primer incidente de la tarde debe de haber perturbado a la custodia del palco, por lo que el grupo del capitán Chavarri fue a averiguar qué hacía allí. No es imposible entonces que se haya producido un tiroteo que haya involucrado tanto a esa custodia como a grupos afines ubicados en el Hogar Escuela, pero también a los militantes de FAR y Montoneros que habían llegado con la columna proveniente de la ruta 205 y habían permanecido en la arboleda. Las balas que pasaban sobre mi cabeza tienen que haber sido disparadas desde la arboleda hacia el palco por los integrantes de FAR y Montoneros que habían quedado en ella, ya que por la disposición del terreno tiraban desde abajo hacia arriba, no por quienes estaban en el Hogar Escuela, que tiraban desde arriba hacia abajo, ni por quienes estaban en el palco, que tiraban en dirección opuesta al lugar donde me encontraba.<sup>36</sup>

Para otros testimonios no hubo dos tiroteos sino solo uno, comenzado a las 14.35, que se mantuvo, con mayor o menor intensidad, hasta la caída de la tarde. *La Opinión* no distinguió dos tiroteos, como tampoco *Clarín*: “En las dos horas de confusión que siguieron, con breves intervalos o treguas, en las que por contados minutos no se escuchó el estampido de las armas de fuego, poco pudo hacerse por restaurar el orden ... A las 16.32 otra vez arreció el tiroteo en el sector del bosquecillo cercano. Esta vez no solo el palco fue blanco de los disparos, con los consiguientes efectos de pánico entre sus ocupantes. La lucha entre grupos armados se generalizó

<sup>35</sup> Verbitsky (1988), p. 216; Bonasso (1997), p. 538. Flaskamp omite referirse al segundo tiroteo y a los disparos efectuados entre uno y otro, en los que por el lugar en que él dice que estaba tendría que haber estado involucrado. Véase Flaskamp (2002), p. 105 y ss. En el plano publicado *La Opinión* (Figura 11.2), el Hogar Escuela parece ser el que está más abajo de los tres edificios señalados como “Hoteles”.

<sup>36</sup> Esto surge de los planos 3 y 4 incluidos en el libro de Verbitsky, en los que se omiten los disparos efectuados por los militantes de FAR y Montoneros ubicados en la arboleda. Véase Verbitsky (1988), pp. 215 y 217.

a un centenar de metros del estrado, siempre en el ala derecha”.<sup>37</sup> Otro artículo del mismo diario señala, sin embargo, la intensificación del tiroteo: “No se había recuperado totalmente el orden cuando a las 16.35 se produce una nueva corrida y se repiten los intercambios de balazos, aparentemente entre los mismos grupos y en las mismas zonas, aunque ahora se distingue que en un monte, ubicado a un centenar de metros del palco en dirección sudeste, comienza un tiroteo que da la impresión de ser más nutrido”. En conclusión, parece haber habido dos tiroteos intensos, comenzados a las 14.35 y a las 16.32, pero entre ellos continuaron los disparos aislados. Roberto no recuerda dos tiroteos claramente diferenciados, sino uno solo, comenzado cuando la columna en la que él iba entró por el camino de acceso a la ruta 205, que con mayor o menor intensidad duró hasta poco antes de su retorno hacia esa ruta a la caída de la tarde. Tampoco yo recordaba –hasta que volví a leer los diarios del 21 de junio de 1973 para escribir este artículo– que hubiera habido una interrupción desde el momento en que se inició el tiroteo, aunque sí momentos de mayor intensidad. La continuidad de los disparos hace dudar del relato de Verbitsky acerca del incidente que marcó el comienzo del segundo momento de intenso tiroteo, ya que mal podían estar descansando Nell y Simona en un jeep en un lugar donde había habido un enfrentamiento, que aún no había cesado por completo. Si Nell y Simona estaban entre la arboleda y el puente, como indica en el plano 4 de su libro, no estaban dormitando sino participando del enfrentamiento.<sup>38</sup>

A las 16.55 se anunció el aterrizaje en la base aérea de Morón del avión que traía a Perón y a su comitiva y a las 17.30 el presidente Cámpora anunció que Perón no concurriría al acto organizado en el puente El Trébol. Pocos minutos después cuando esa noticia fue transmitida desde el palco, ya con las últimas horas del día (la puesta del sol ocurrió a las 17.49 y el crepúsculo civil duró hasta las 18.17, según la información de los diarios de entonces y del Servicio de Hidrografía Naval ahora) a medida que se retiraban quienes estaban más lejos del palco y la concentración se hacía menos densa pude comenzar a caminar por la autopista rumbo a la avenida General Paz. La versión instalada en los días siguientes por Montoneros y

<sup>37</sup> “Panorama desde el palco”, *Clarín*, 21 de junio de 1973, p. 8.

<sup>38</sup> Verbitsky (1988), pp. 216-217.

perpetuada por quienes entonces eran parte de esa organización es que la muchedumbre caminaba acongojada por la frustración. En mi caso, como en el de los muchos miles de personas a quienes vi ese día caminando junto a mí, no fue así. No había la algarabía que Carlos encontró en su largo camino desde Buenos Aires esa mañana; caminábamos en silencio, es cierto, y muy cansados, pero no recuerdo manifestaciones ostensibles de tristeza o desazón. “La expectativa popular quedó así frustrada en parte”, decía *La Opinión* al referirse a la ausencia de Perón en el acto, “si bien el anuncio de que el caudillo justicialista había llegado al país impidió que el desánimo fuera mayor”. Estas palabras reflejan mejor lo que yo percibí esa tarde. Si se entiende la frustración de Montoneros, cuyo despliegue, producto de una dinámica de movilización en las calles que no atinó a abandonar, encontró allí una cima tal que sus posteriores esfuerzos (la marcha del 21 de julio para la “ruptura del cerco” que supuestamente envolvía a Perón, el acto del 22 de agosto o aun el desfile del 31 de agosto frente a la CGT donde estaba Perón) solo pudieron compararse desfavorablemente con la de ese día.

El día terminó con un mensaje de Perón desde la residencia de Olivos, hacia donde había ido desde la base aérea de Morón, transmitido por la cadena nacional de radio y televisión a las 22. “No sé por qué, pero por cierto destino he llegado hoy a Buenos Aires después de dieciocho años de extrañamiento con la intención de dar un simbólico abrazo, desde lo más profundo de mi corazón, al pueblo argentino, y un sinnúmero de circunstancias me lo ha impedido”, dijo al comenzar. Algunas se debían a factores ocasionales, pero otras a lo que había sucedido: “Cuando nos acercábamos al aeropuerto de Ezeiza se tuvo la noticia de que habían invadido las pistas y de que era peligroso aterrizar allí, porque podríamos producir desgracias a la gente que ocupaba la pista. Eso nos obligó a desviarnos hacia el aeropuerto de Morón, cuando llegamos ya se ocultaba el sol en el horizonte. Cualquier intención que hubiéramos tenido de desplazarnos nuevamente hacia Ezeiza, donde por otra parte se habían producido algunos desórdenes alrededor de la zona donde debíamos hacer la concentración, se hubiera frustrado. Me sentí impulsado a evitar nuevos desórdenes; no quise que se realizara una concentración de noche, en una zona oscura como el aeropuerto, y decidí prescindir de la oportunidad de hablar en ese momento, con todo sentimiento, pensando en toda esa pobre gente que

desde tan lejos había ido a Ezeiza para darme una bienvenida que me hacía inmensamente feliz". Hasta aquí parecía que su decisión de no ir al acto organizado para recibirlo se debía solamente a una cuestión de prudencia, pero a continuación dejó claro que ella también tenía un sentido político: "como tengo necesidad de hablar al pueblo argentino, y no es ésta la oportunidad, he pensado que mañana a esta misma hora podré hacer una reunión de prensa ... a fin de poder dirigirme al país y hablar a todos los argentinos, peronistas o no. Yo ya estoy amortizado en el sentido político y creo que tengo derecho a que mis compatriotas escuchen cómo pienso, cómo siento, y cuál será la colaboración que he de prestar al gobierno de la Nación, por todos los medios en los que sea capaz de actuar".<sup>39</sup> Al día siguiente habló y su mensaje fue mucho más explícito que cuanto podían suponer quienes habían concurrido a esperarlo el día anterior.

### La interpretación

El diario *La Opinión* del 21 de junio efectuó una crónica de los acontecimientos del 20 centrada en el regreso de Perón en la que los disturbios producidos en el acto habían sido solo "un incidente aislado". Esa fue la impresión que tuve yo ese día y es posible que ella haya sido compartida por la mayoría de los concurrentes que se encontraban al norte del palco, a lo largo de la autopista hacia Buenos Aires. Si hubo entonces 1,7 millones de personas en ese acto y si la columna que entró por el camino de acceso a la ruta 205 estuvo integrada por 60.000 personas, como dicen Bonasso y Anguita y Caparrós sin citar fuentes y un comunicado de Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) publicado en *La Prensa* del 24 de junio, los incidentes involucraron al 3,5% del total de los concurrentes; o al 1,2%, si eran las 20.000 personas que menciona Tomás Eloy Martínez en *La novela de Perón*, sin dar fuentes tampoco; o al 0,1%, si ella estuvo integrada por 1.500 o 2.000 personas, como señalan un informe de Osinde y otro de la Policía Federal que Verbitsky transcribe sin cuestionar las cifras; o entre el 0,1% y el 0,2% si se acepta que estuvo conformada por 2.000 a 4.000 personas, como señaló *La Opinión* dos días después del acto; unas 2.000 o 3.000 personas, como informó el corresponsal del semanario uruguayo *Marcha*,

<sup>39</sup> *La Nación*, 21 de junio de 1973, pp. 1 y 18.

que estaba en el palco; ó 3.000 personas como estimó *La Razón*.<sup>40</sup> Pero si la proporción de integrantes de esa columna se calcula sobre los tres millones de manifestantes estimados en los diarios de esos días, los porcentajes caen al 2% para la estimación máxima, al 0,05% para la mínima, y al 0,13% si fueron 4.000 personas. En consecuencia, los incidentes afectaron a una porción ínfima de la concurrencia y, desde una perspectiva espacial, ocurrieron al margen de la gran concentración.

Al día siguiente, cuando leí en *La Opinión* acerca de la composición de la columna que había entrado por el sureste, me pregunté a qué se había debido que sus organizadores no hubiesen respetado la consigna de ingresar a la concentración por la autopista Riccheri desde el Camino de Cintura, tal como lo había hecho la abrumadora mayoría de los concurrentes siguiendo las conocidas instrucciones de la comisión organizadora del acto. Esa columna había sido organizada por Montoneros y FAR a través de sus agrupaciones periféricas estudiantiles, sectoriales y barriales, pero estaba integrada no solo por sus militantes sino también por estudiantes y gente de barrio sin militancia alguna atraída por la ocasión de ver a Perón.<sup>41</sup> Frente al palco, hacia el norte, no faltaban carteles de esas mismas organizaciones. Las fotos de los diarios los muestran sobre la autopista a pocos metros del palco. Los principales dirigentes de esas organizaciones estaban, se sabe hoy, en el ómnibus que había llegado a media mañana hasta el borde del vallado metálico de contención, ante el que se había detenido. ¿A qué se debía entonces la decisión de quienes conducían esa columna de aproximarse a la concentración por donde no estaba permitido?

La explicación de Verbitsky es, como todo cuanto dice en su libro, la creada por la propaganda de Montoneros en los días posteriores: "Los distintos grupos [del sur del Gran Buenos Aires, de La Plata y del sur de la provincia] conformaron la columna definitiva en la ruta 205 y Avenida Jorge Newbery, de acceso al aeropuerto. De allí siguieron, preocupados por la prohibición de acceder por detrás del palco. Habían decidido des-

<sup>40</sup> Bonasso (1997), p. 534; Anguita y Caparrós (1998), p. 78; *La Prensa*, 24 de junio de 1973, p. 4; Martínez (1990), p. 284; Verbitsky (1988), pp. 153 y 182; *La Opinión*, 22 de junio de 1973, p. 8; Hugo Alfaro, "Ezeiza: gran lleno y gran vacío", *Marcha*, 22 de junio de 1973, N° 1648, p. 15; *La Razón*, 22 de junio de 1973, p. 8. Roberto y Jorge, que iban en esa columna, creen que debe de haber tenido más de cuatro mil personas, pero dicen que no pueden dar una cifra precisa.

<sup>41</sup> Flaskamp (2002), pp. 101-102.

oírla, porque la consideraban parte de una maniobra para suprimir de la concentración a la gente de la zona sur u obligarla a llegar la noche anterior o en las primeras horas de la mañana ... daban por supuesto que el propósito de la comisión que fijaba esos criterios arbitrarios era entorpecer el arribo de las columnas organizadas, desalentar con la suma de obstáculos a los manifestantes menos decididos o resistentes, instigar a la asistencia de individuos aislados o, a lo sumo, de pequeños grupos, por barrio y no por zona".<sup>42</sup> Esta explicación no es creíble: excepto los pocos miles de personas de esa columna, todos los manifestantes, fuesen 1,7 millones o tres millones, respetaron las indicaciones de la comisión organizadora y entraron por la autopista Riccheri. Muchos de quienes así lo hicieron, quizás la mayoría de ellos, estaban detrás de banderas y carteles de FAR y Montoneros, tal como lo señalaron los diarios del día siguiente.<sup>43</sup> Todos los desplazamientos previos de las agrupaciones integrantes de esa columna se hicieron para que entrara por el camino de acceso a la ruta 205; esa no fue una decisión apresurada debida al cansancio de los militantes, sino deliberada. Esa columna, sin embargo, no actuaba de manera autónoma, sino de acuerdo con las disposiciones de la conducción de FAR y Montoneros; su desplazamiento, por lo tanto, debe considerarse parte de la estrategia de esas organizaciones para esa concentración. Por eso, es necesario plantear la pregunta de otra manera: ¿qué papel cumplía esa columna en la estrategia de las organizaciones armadas?

Para encontrar una respuesta a esa pregunta y, por lo tanto, una explicación a los incidentes ocurridos en la vecindad del palco, es necesario considerar los aspectos militares y políticos de la maniobra preparada por FAR y Montoneros. Desde una perspectiva militar, el avance de la columna por el camino de acceso a la ruta 205, es decir por el flanco y la retaguardia del palco, parece una maniobra incompleta, realizada solo con fines de provocación. Si la intención hubiese sido el copamiento del palco o cortar su comunicación con Ezeiza, una maniobra de pinzas podría haber tenido mayores posibilidades de éxito. Esta maniobra tendría que haberse

<sup>42</sup> Verbitsky (1988), pp. 108-109.

<sup>43</sup> También lo señala Jorge Asís en la recreación literaria de la concentración que hace en *Los reventados*, pero no Tomás Eloy Martínez en *La novela de Perón* porque enfoca su atención precisamente en la columna que entró por el sureste, sin referirse al resto de la concentración. Véase Asís (1980), pp. 67-72, 91-92, y 103-105; Martínez (1990), pp. 279-289 y 332-349.

originado aproximadamente en el sector donde yo estaba, cerca del cual estaban concentrados, según señala el plano publicado por *La Opinión* y podía ver yo por sus carteles, otros agrupamientos que también respondían a FAR y Montoneros. En donde yo estaba, sin embargo, no hubo ningún movimiento. Tampoco lo hubo desde el ómnibus estacionado frente al palco, donde estaba la conducción de esas organizaciones: desde allí no partió ningún ataque hacia el palco y tampoco recibió ninguno desde este, ni desde ninguna otra parte.<sup>44</sup> La columna que ingresó a la concentración por el sureste, sin embargo, intentó efectuar un movimiento envolvente del palco. El ataque al flanco era, dice Liddell Hart, la maniobra favorita de Napoleón.<sup>45</sup> Si alguno de los oficiales del COR recordaba sus clases de estrategia no podía dejar de reconocerse en peligro. No es necesario ser un experto en cuestiones militares, sin embargo, para advertir que esa maniobra podía ser vista como una amenaza por quienes estaban en el palco, fuese o no el objetivo de la conducción de esa columna rodearlo y cortar la comunicación con Ezeiza.<sup>46</sup> El solo hecho de entrar por un lugar no autorizado hacía sospechosas las intenciones de sus integrantes, estuviesen armados con armas largas o cortas, o aun desarmados. A pesar entonces de presentar una amenaza para la seguridad, el movimiento de la columna proveniente de la ruta 205 no parece haber sido pensado como una operación militar. Pero tanto en las operaciones militares, donde puede costar vidas, como en las de la política, no pueden desdeñarse las percepciones de los oponentes respecto de una maniobra propia sin sufrir las consecuencias de la imprevisión. ¿Por qué corrieron ese riesgo? O, más precisamente, ¿por qué las direcciones de las organizaciones armadas decidieron hacer correr ese riesgo, sin advertirles nada, tanto a los militantes de sus agrupaciones periféricas como a estudiantes y gente de barrio que, sin militancia política, se había movilizado solo para ver y escuchar a Perón?

El desplazamiento de esa columna no parece haber sido concebido como una maniobra puramente militar, pero sí como una operación política. Así se desprende de las afirmaciones posteriores de algunos de los

<sup>44</sup> Gasparini (1988), p. 58, recrimina a la conducción de FAR y Montoneros por esa pasividad.

<sup>45</sup> Liddell Hart (1979), pp. 92-93.

<sup>46</sup> Un relato titulado "Cómo se desarrolló el tiroteo de Ezeiza", publicado en *La Razón* dos días después, que mezcla detalles creíbles con otros que lo son menos, señala el temor de los custodios del palco a quedar rodeados. Véase *La Razón*, 22 de junio de 1973, p. 8.

militantes de entonces. Flaskamp, que contribuyó a llevar “familias enteras” desde Berisso, señala que “en los carteles que portaban nuestros activistas se hablaba poco de Perón y mucho de Montoneros y FAR. Esto, que expresaba el autocentrismo de nuestra orientación política, era también, en el caso concreto de Ezeiza, la expresión del esfuerzo que íbamos a desplegar para imponer nuestra hegemonía de masas en el momento crucial del re-encuentro entre el líder y su pueblo”. Las masas debían concurrir a Ezeiza organizadas por FAR y Montoneros: “ese objetivo suponía una confrontación de fuerzas con los sectores del movimiento que nos eran hostiles”.<sup>47</sup> Un dirigente de Montoneros, Fernando Vaca Narvaja, cree que la supuesta masacre tuvo lugar para impedir que Perón viera lo que su organización había movilizad: “Si Perón hubiese estado en Ezeiza no digo que hubiera cambiado la historia, pero hubiera visto en vivo y en directo el grado de representatividad que tenía eso que ... identifican como ‘el foquismo armado’”.<sup>48</sup> En el mismo sentido se expresa Verbitsky: “FAR y Montoneros creían que la concentración de Ezeiza desequilibraría ante los ojos de Perón la pugna que los enfrentaba con la rama política tradicional y los sindicatos. Cuando el ex presidente observara la capacidad de movilización de la Juventud Peronista y las formaciones especiales, que habían forzado al régimen castrense a conceder elecciones, se pronunciaría a su favor y le haría un lugar a su lado en la conducción. Solo debían repetir el 20 de junio el acto del 25 de mayo”.<sup>49</sup>

¿Eran tan ingenuos los jóvenes conductores de esas organizaciones? Los autores de esas explicaciones no parecen darse cuenta de la candidez política que revelan. Pero si aquellos creían realmente lo que estos afirman, ¿no bastaba con la gran concentración de sus seguidores sobre la autopista? ¿Era necesario también rodear al palco para que Perón viera carteles de esas organizaciones y sus colaterales no solo adelante y a los costados del palco sino también atrás? Si creían realmente lo que dice Verbitsky, eran

<sup>47</sup> Flaskamp (2002), p. 102.

<sup>48</sup> Vaca Narvaja y Frugoni (2002), p. 144.

<sup>49</sup> Verbitsky (1988), p. 107. Esta lógica numérica también está presente en Gillespie (1987), pp. 170-171; en Perdiá (1997), pp. 190-191; y en Flaskamp (2002), p. 101. La conducción de Montoneros no advirtió (como tampoco los comentaristas y memorialistas posteriores que estuvieron vinculados a esa organización) que con el regreso a la democracia esos números palidecían frente a la cantidad de votos obtenidas por las autoridades elegidas por los mecanismos constitucionales y legales.

víctimas del síndrome de la película empezada: cuando alguien llega tarde al cine cree que puede entender la trama prescindiendo de lo que su tardanza le ha impedido ver. Así lo demuestra la creencia de que las elecciones se debían a la movilización de la Juventud Peronista y a la acción de las "formaciones especiales", no a la historia común –de luchas, ciertamente, pero también de entendimientos– de Perón y sus adversarios desde 1955 hasta entonces.<sup>50</sup> La simpleza política y el síndrome de la película empezada se combinaban, sin embargo, con otro factor más importante que allí quedó en evidencia: la dirigencia de FAR y Montoneros había cambiado su percepción de lo que ellas eran.

La mutación que estaban sufriendo esas organizaciones era pasar de considerarse la vanguardia a creerse el pueblo, es decir, de ser una parte muy específica y muy pequeña a expresar el todo. Ellas intentaron presentarse en Ezeiza con su nueva esencia: "apostamos al poder del pueblo movilizado ... el encuentro del líder con el pueblo sería nuestro triunfo ... habíamos apostado a una sola carta, la del pueblo en la calle".<sup>51</sup> Perón debía volcarse hacia ellos porque ellos eran el pueblo. Dos años antes, en el documento que dio a conocer públicamente a las FAR –la autoentrevista publicada en *Cristianismo y Revolución*–, Carlos Olmedo, su autor, discutía el problema de la vanguardia: "nuestro pueblo no tiene todavía una vanguardia: es a los combatientes del pueblo a quienes cabe construirla".<sup>52</sup> La conducción de Montoneros no dio muestras de las mismas inclinaciones teóricas, al menos hasta 1973, pero en su práctica no difería entonces de las FAR. La dirigencia de ambas organizaciones pensaba entonces que habían completado y aun superado ese proceso anunciado por Olmedo: ya no eran la vanguardia sino el pueblo sin más. La columna que ingresó por el camino de acceso a la ruta 205 era, en su imaginación, no un conglomerado que ellos habían formado y encaminado por donde estaba prohibido hacerlo, sino el pueblo que espontáneamente se acercaba a Perón. Pero, como es sabido, no es fácil hacer creer a otros lo que uno cree.

<sup>50</sup> Las luchas entre Perón y sus adversarios entre 1955 y 1973 resultaron en la aceptación por el primero de lo que la democracia significaba para los últimos y en el olvido de estos de lo que el régimen peronista había significado. Véase Amaral (1993) y *supra* capítulo 9.

<sup>51</sup> Perón (1997), p. 170.

<sup>52</sup> La entrevista, en Baschetti (1995), p. 169; la identificación de Carlos Olmedo como su autor, en Chaves y Lewinger (1998), p. 116.

## Conclusión

La explicación de los hechos ocurridos el 20 de junio de 1973 en Ezeiza se encuentra en la explicitación de los proyectos políticos divergentes de Perón, por un lado, y de las organizaciones armadas, por otro. El de estas no se limitaba, ciertamente, a conseguir el retorno de Perón sino el establecimiento de un orden político socialista que a falta de mejor definición podía suponerse al estilo cubano. El proyecto político de esas organizaciones se veía afectado por un dilema, cuya solución parecía allanarles la acción política siempre que se cumpliera un requisito que no se cumplió. La organización político-militar era la aparente solución del dilema que acuciaba a las guerrillas latinoamericanas que intentaron reproducir la vía cubana al socialismo: el foco en medio del monte o la acción política en el seno de las masas. Esa solución teórica la había encontrado John William Cooke, que desde su regreso de Cuba a fines de 1963 hasta su muerte en septiembre de 1968 había promovido la práctica del foquismo en el seno de las masas peronistas.<sup>53</sup> La solución práctica parecía ser la de FAR y Montoneros, que efectivamente habían tenido éxito, especialmente desde mediados de 1972, en desarrollar un vínculo entre el foco (su aparato militar) y las masas peronistas a través de agrupaciones cuyos miembros respondían, a sabiendas o no, a su estrategia pero que actuaban abiertamente, en la superficie. Ese vínculo tenía un requisito, ya evidente en la obra de Cooke: Perón era un símbolo, el factor aglutinante de la identidad peronista, pero no podía ser un actor político. El requisito de la teoría de Cooke era un Perón políticamente muerto.

Perón, sin embargo, estaba vivo, y también él tenía su propio proyecto político. Los años de exilio, cuando debió construir poder desde el llano, lo llevaron a pensar que su integración y la del peronismo al orden político requerían la aceptación de los otros actores políticos. Por eso había participado, a través de sus delegados personales, con los otros partidos políticos en la Asamblea de la Civilidad en 1963 y en La Hora del Pueblo en 1970. Mediante esa participación, Perón aceptaba la democracia según la entendían sus antiguos adversarios y estos aceptaban a Perón como un actor político legítimo. Ese proceso se había cerrado mucho antes del regreso

<sup>53</sup> Cooke (1968) y Amaral (2010).

de Perón y mucho antes de que la Juventud Peronista y las “formaciones especiales” se lanzaran a la campaña por el regreso de Perón. Cuando habló en la noche del 21 de junio, expresó esas ideas, que ciertamente no habían caracterizado sus años de gobierno, pero que habían surgido a lo largo de las luchas de los años de exilio: “Deseo hacer un llamado a todos, al fin y al cabo hermanos, para que comencemos a ponernos de acuerdo ... Tenemos una revolución que realizar, pero para que ella sea válida, ha de ser de reconstrucción pacífica y sin que cueste la vida de un solo argentino. No estamos en condiciones de seguir destruyendo, frente a un destino preñado de acechanzas y peligros ... Hay que volver al orden legal y constitucional, como única garantía de libertad y justicia ... Cada argentino, piense como piense y sienta como sienta, tiene el inalienable derecho de vivir en seguridad y pacíficamente. Los que crean lo contrario se equivocan ... Finalmente, deseo exhortar a todos mis compañeros peronistas para que obrando con la mayor grandeza echen a la espalda los malos recuerdos y se dediquen a pensar en la futura grandeza de la patria, que bien puede estar desde ahora en nuestras propias manos y en nuestro propio esfuerzo”.<sup>54</sup> No fue lo único que dijo y algunas de sus frases eran ambiguas en su referencia a los “enemigos embozados”, pero ese discurso aclaró el significado de lo que había sucedido en Ezeiza y por qué no había hablado ante esa multitud: su mensaje, escrito en Madrid antes de su partida, debía aguardar un contexto más calmo. Tampoco tenía sentido ese mensaje ante una multitud cuyo control le era disputado por Montoneros, cuando podía hacerlo –como lo sabía desde octubre de 1945– ante una mucho mayor, la multitud virtual, que él podía controlar.

Se puede especular –legítimamente, porque la especulación política es parte de la política misma: FAR y Montoneros habían especulado que Perón se rendiría ante la evidencia de que ellos eran el pueblo– qué habría ocurrido si Perón hubiese pronunciado su discurso del 21 de junio ante la gente reunida en el acto del día anterior.<sup>55</sup> Dos cursos posibles surgen en ese escenario: una retirada de quienes respondían a FAR y Montoneros, como ocurrió casi un año después ante el ataque, más directo, de Perón en la concentración del 1º de mayo de 1974; o el asesinato de Perón. En contra

<sup>54</sup> *La Nación*, 22 de junio de 1973, pp. 1 y 16.

<sup>55</sup> Así lo hace Horowicz (1986), p. 225, y lo repite, citándolo, Anzorena (1988), pp. 257-258.

de la primera posibilidad puede argüirse que mucha de la gente que había ido al acto movilizada por las organizaciones periféricas de FAR y Montoneros, pero cuya única intención era ver a Perón no los habría acompañado en la retirada, destruyendo la impostura de que FAR y Montoneros eran el pueblo. En favor de la segunda pueden ofrecerse tres argumentos. En primer lugar, que la teoría de Cooke requería que Perón no fuera un actor político y los dirigentes de las organizaciones armadas podían fácilmente imaginar que a su regreso recobraría toda su fuerza como tal; y a partir de sus entrevistas de fines de abril con él podrían haber advertido en qué sentido usaría esa fuerza. En segundo lugar, que la estrategia de Montoneros incluía el magnicidio, ya que habían comenzado con el de Aramburu y seguido con el de Rucci, además de que grupos que se le habían integrado en años anteriores reclamaban el de Vandor. En tercer lugar, que en el seno de la comisión organizadora existía el temor de que Perón fuera asesinado en Ezeiza.<sup>56</sup> En su reconstrucción ficticia, pero basada en sus investigaciones, Tomás Eloy Martínez muestra la preocupación en tal sentido del secretario de Perón, José López Rega.<sup>57</sup> Perón, entonces, no debe de haber sido ajeno a ella. La decisión de confiar la custodia del palco a militares retirados y al sindicalismo y sus organizaciones periféricas es consistente con esa preocupación: el futuro político de los integrantes de esos grupos dependía de que Perón siguiera vivo.

El 20 de junio de 1973 hubo en Ezeiza enfrentamientos armados e incidentes de extrema violencia pero no hubo una masacre: los incidentes estuvieron localizados en un pequeño sector y afectaron a una porción decididamente menor de los concurrentes; la inmensa mayoría de estos no fue atacada ni se percató de lo que estaba ocurriendo. Mucho menos puede decirse que haya habido una masacre premeditada, ya que los incidentes se produjeron por la entrada tardía, por un lugar no autorizado (esto sí premeditado) de una columna cuyos desplazamientos (también premeditados) eran amenazantes para la custodia del palco y, en consecuencia, para la presencia de Perón en él. Cuanto sucedió no se debió al enfrentamiento

<sup>56</sup> Según la recreación literaria del testimonio de Envar El Kadri en Anguita y Caparrós (1998), p. 70.

<sup>57</sup> Martínez (1990), pp. 101 y ss. El temor de que Perón fuera asesinado es mencionado por Yofre (2010), pp. 28-31, y Cossio y Seara (2006), p. 22, cit. por Tcherkaski (2016), pp. 57.

de sectores con las consignas de "la patria socialista" o la patria peronista" sino a la dinámica de concepciones políticas contrapuestas: la de Perón a favor de un orden político plural y la de las organizaciones armadas por un orden político excluyente hegemonizado por ellas.

No todo el mundo, como tampoco muchos peronistas, había advertido el cambio producido entre el Perón que se había despedido del poder amenazando con hacer caer a cinco opositores por cada peronista que cayera, como lo hizo en su discurso del 31 de agosto de 1955, y el que regresaba llamando a la concordia entre los argentinos, como lo hizo en el del 21 de junio de 1973. Así como la conducción y los militantes de FAR y Montoneros eran víctimas del síndrome de la película empezada, otras personas no podían creer que el mismo actor pudiese actuar en una película diferente de la que ya habían visto. Borges, en declaraciones efectuadas en México en esos días, dijo: "Perón ganó las elecciones por el voto masivo de los jóvenes que no saben nada de esa época oprobiosa".<sup>58</sup> Perón, sin embargo, estaba dispuesto a mirar hacia un futuro distinto del imaginado por la mayoría de sus jóvenes seguidores y aun de muchos de los antiguos. En Ezeiza comenzó la derrota del proyecto político de Montoneros y el triunfo del de Perón: el peronismo transformado en un partido político legítimo en el seno de una democracia estable.

<sup>58</sup> *Clarín*, 20 de junio de 1973, p. 22.

## El legado político del Perón de los años setenta

Con el Partido Justicialista transformado en un difuso aglomerado de máquinas políticas provinciales, muchas de ellas en mal estado de conservación, parece estar a punto de desaparecer la tradición política nacida el 17 de octubre de 1945 y con ella el legado de Perón, la persona que desde entonces fue el símbolo de su identidad.<sup>1</sup> ¿Pero desaparecerá efectivamente el legado de Perón con la fragmentación del partido que lo reclama? Una contestación afirmativa a esta pregunta supone, sin embargo, una severa limitación de la influencia política del hombre que dejó, guste o no guste, la huella más profunda en la política argentina del último siglo. Pero una contestación negativa supone, a su turno, la necesidad de precisar que dejó Perón más allá de esa formación cuyos días parecen contados.

Perón dejó muchas cosas. Durante mucho tiempo la historia se basó en el relato de la vida de los héroes. Luego, estos declinaron y fueron reemplazados por las fuerzas sociales. Los individuos que se destacaban y alcanzaban posiciones de poder no eran sino los instrumentos de esas fuerzas, una de las cuales, el proletariado, se suponía destinada a culminar la historia universal. Durante el mismo siglo en que esta visión predominó algunos hombres se encargaron de minarla y el mismo proletariado parece que faltará finalmente a su supuesta cita con la historia. Digo esto para subrayar que lo que dejó Perón, lo dejó Perón. No las fuerzas sociales que podrían haberse expresado a través de él, sino él mismo, con sus propias acciones. Fue, seguramente, como todos, más hijo de su tiempo que de sus padres; pero en su tiempo había un menú de posibilidades y él efectuó su elección. Perón, entonces, dejó muchas cosas.

<sup>1</sup> Este ensayo fue escrito en 2005.

## La democracia

Perón dejó al peronismo dentro del orden político democrático. A la democracia restaurada en 1983 no la trajo la cigüeña como quieren hacer creer quienes solo enfatizan la exclusión y violencia en las décadas precedentes: fue el resultado de muchos años de desencuentros y por fin de encuentros de fuerzas políticas opuestas que terminaron aceptándose mutuamente y aceptando las reglas de competencia. En los primeros momentos de su exilio Perón confiaba en que una insurrección popular lo devolvería al poder. Esa insurrección no se produjo (Perón no creyó que el beneficiario del levantamiento del 9 de junio de 1956 fuera él y criticó a los levantados por no haberlo apoyado en septiembre del año anterior) y lentamente se diluyó en él la idea del regreso al poder. La resistencia tampoco era esa insurrección: una molestia para el gobierno, pero no una amenaza; una forma de hostigamiento para Perón, pero no un instrumento de acción política. Frente a la nueva legalidad que se consolidaba, recomendó el voto en blanco en la elección de julio de 1957. Creyó que ese voto sería equivalente al que había obtenido casi seis años antes en su reelección, pero se equivocó: menos de la mitad de sus seguidores se mantuvo fiel. Como el frente antiperonista se había disuelto, ese debilitado apoyo lo transformó en el árbitro de la elección presidencial de febrero de 1958. Decidió apoyar a Frondizi ante el temor de perder los votos que le habían quedado, pero al hacerlo manifestó su vocación participativa. Desde allí en adelante, confiando en ellos, solamente buscó que lo dejaran participar. Aunque los otros actores políticos desconfiaban de quien los había acosado durante sus casi diez años de gobierno, no tardó mucho en convencer al símbolo de la lucha antiperonista, el radical Ricardo Balbín, de su nuevo fervor democrático. A principios de 1963, Raúl Matera, el delegado personal de Perón, es decir Perón mismo, se sentó junto a Balbín en la Asamblea de la Civilidad. Balbín no estaba traicionando sus ideales: Perón ahora creía, tanto como él, en la competencia electoral. Como Perón no había logrado convencer a los jóvenes oficiales que lo habían depuesto y entonces controlaban las fuerzas armadas de cuanto se había convencido el dirigente radical, el peronismo fue proscrito y la elección presidencial fue ganada por otro radical, pero muy ajeno a la posición de Balbín. Entretanto, la

normalización de los sindicatos y la participación electoral habían hecho surgir nuevas demandas y nuevos líderes. El enfrentamiento entre Perón y Vandor consumió algo más de dos años, pero terminó, nuevamente, con una competencia electoral en la que el primero contó con la ayuda del gobierno radical. El fracaso de la tentativa de Vandor de reemplazar a Perón en el liderazgo efectivo del peronismo y la amenaza que esto suponía para la idea que aquellos oficiales tenían de la política terminó con el gobierno radical y con el intento de reconstrucción democrática. Cuando entró en crisis el gobierno militar que lo sucedió, allí estaba Perón, encabezando una coalición de los principales partidos democráticos, que tenía el nombre muy peronista de La Hora del Pueblo, integrada por muchos de sus antiguos enemigos con quienes reclamaba el regreso a la democracia. Pero debe subrayarse: a la democracia de Balbín; no a aquella democracia vaciada de sustancia que había practicado en su década de gobierno. Perón volvió al poder en 1973 con un porcentaje tan alto de votos como el que había obtenido en 1951, pero a diferencia de aquella ocasión, ahora con la aceptación de sus adversarios. Perón murió en julio de 1974 y el gobierno de su esposa cayó poco menos de dos años después. El resurgimiento de la actividad política de 1982 encontró al peronismo como uno de los pilares del nuevo orden político democrático que debía construirse. No sabemos si Perón había cambiado en el fondo de su corazón, pero no es necesario averiguarlo. Los políticos quizás no amen la competencia más que los comerciantes de Adam Smith, pero mientras que la autocracia, como el monopolio para estos, solo permite un privilegiado, un régimen competitivo deja lugar para todos. En el exilio, Perón comprendió que las reglas de la política habían sido cambiadas por sus enemigos y que debía aprender a comportarse dentro de ellas. Triunfó en 1973 porque aceptó las nuevas reglas; por eso sus antiguos enemigos, ahora adversarios, aceptaron su triunfo. Allí quedó consolidado el orden político democrático, a pesar de la amenaza guerrillera y del régimen militar que la suprimió. El orden político que renació diez años más tarde fue el construido por Balbín y Perón, símbolos de todos los hombres y mujeres que vieron en ellos a los sostenedores del orden, la paz y la libertad.

## La reconciliación

Perón dejó un país reconciliado. Su década de gobierno se cerró con el discurso en que amenazó con hacer caer a cinco de “ellos” por cada uno de los “nuestros”. Aunque estaba más dispuesto a ejercer la violencia con la palabra que en los hechos, esas palabras eran demasiado fuertes en boca de un presidente. Durante sus años de gobierno Perón alentó el encono. Tras su caída, por su deseo de regresar al poder, debió olvidar el rencor. Frondizi había sido un crítico insistente, pero para evitar males mayores lo apoyó en 1958. Balbín lo había sido aun más, pero para evitar otros males se sentó con él en 1963 y nuevamente en 1970. Illia era menos proclive que ellos a admitirlo en el seno de la democracia, pero ante la común amenaza de Vandor, forjaron una alianza tácita. Cuando volvió a la Argentina, en noviembre de 1972, Perón se reunió con los dirigentes de todos los partidos políticos y abrazó a Balbín; cuando se convirtió en candidato a presidente, quiso que él lo acompañara; en el único discurso de apertura de las sesiones parlamentarias que pronunció, elogió a la oposición y criticó a sus seguidores; condenó finalmente a los que lo desafiaban en nombre de un proyecto político antidemocrático; y en su lecho de muerte pensó en Balbín como sucesor. La antinomia peronismo-antiperonismo, que dividió a la Argentina durante casi tres décadas, caducó con el regreso de Perón, abriendo así las puertas al consenso y a la tolerancia. Perón revirtió la consigna del odio: “para un peronista no hay nada mejor que otro peronista”, por otra de reconciliación: “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”. Es cierto que el camino del retorno al poder requería de la aceptación de los principios del nuevo orden político que no terminaba de estabilizarse sin él, pero ya en el poder enfatizó su aceptación de ese orden. El león herbívoro en que dijo haberse transformado se contentó con las hierbas.

## Las palabras

Perón dejó palabras. Era consciente de lo que podía hacer con ellas. “¿Sabe cuál es mi peor defecto, López?, le dijo a su ayudante: “hablo y convenzo”.<sup>2</sup> Cuando comenzó a hacer política en la Secretaría de Tra-

<sup>2</sup>Según el testimonio del suboficial Andrés López, entrevistado por Osvaldo Tcherkaski el 21 de agosto de 2014, en Tcherkaski (2016), p. 150.

bajo y Previsión, pronunció cientos de discursos; habló el 17 de Octubre de 1945 y continuó hablando a lo largo de su presidencia; envió cartas, discos y cintas desde el exilio y conversó con miles de visitantes; habló al regresar a la Argentina y siguió hablando hasta su muerte. Parece entonces necesario prestar atención a su legado discursivo. Perón creía en las palabras, pero, sin embargo, no tenía el mismo convencimiento acerca de su significado. No temía caer en errores ni en sostener posiciones contrarias, quizá porque pensara que nadie le prestaría atención a sus palabras (como todos los políticos requieren de cierta dosis de egolatría, las probabilidades de que pensara eso son bajas) sino a él (lo que es más consistente con ese requisito); quizá porque pensara que sus acciones les darían finalmente coherencia (lo que resulta más creíble). Las palabras vuelan y las acciones quedan: solo poniendo unas junto a otras se puede penetrar el misterio de su uso. En este sentido el legado de Perón es variado y contradictorio si se presta atención solamente a lo que dijo, pero lo es mucho menos si se advierte lo que hizo. En medio de la lucha política por su regreso dijo "al enemigo, ni justicia", pero ya en el país se reunió con sus adversarios y una vez en la presidencia fue muy considerado con las fuerzas armadas, el último actor político que lo había obstaculizado. Habló del socialismo nacional cuando lo creyó necesario para atraer a los jóvenes que soñaban con construir su propia autocracia, pero luego practicó la democracia política y la concertación económica. Para entender su legado hay que prestar atención, en consecuencia, a algo más que a sus palabras, pero el desprecio por el significado de las palabras permaneció como parte de ese legado.

### La política

Perón dejó una concepción de la organización política. El estado prevalece sobre la sociedad y ambos sobre el individuo. En un discurso anterior al 17 de Octubre, cuando su suerte aún estaba indecisa, dijo que su mayor contribución había sido reemplazar la visión individualista predominante hasta entonces en la sociedad argentina por otra colectivista. Gracias a Perón, pero no solamente a él, los valores que los argentinos habían sostenido hasta los años cuarenta, expresados en la Constitución de 1853, fueron reemplazados por otros, opuestos. El éxito individual

pasó a ser sospechoso y condenado; la igualdad ante la ley y la igualdad de oportunidades fue reemplazada por la igualdad de riqueza (o pobreza); el bienestar individual pasó a estar sujeto a un impreciso bienestar colectivo determinado por los gobiernos (peronistas y radicales, civiles y militares); el esfuerzo individual pasó a ser visto como una amenaza para la sociedad; el estado se transformó en garante de difusos derechos sociales (y de los más concretos de algunos privilegiados por la protección del gobierno). En nombre de ellos destruyó la cultura del esfuerzo y la responsabilidad: el gobierno proveería y si las cosas van mal, la culpa es de otros. Perón desanduvo otros caminos, pero no revisó su consigna estatista y autocrática: primero la patria (es decir, el estado, el gobierno), luego el movimiento (es decir, la sociedad) y después los hombres. Los argentinos, gracias a Perón pero no solo a él, seguimos pensando en términos macroeconómicos y no microeconómicos: en términos de índices numéricos y categorías de análisis, más que en términos de nuestra concreta suerte individual. Perón, pero no solo él, creía que la economía se debe manejar mediante acuerdos corporativos con la mediación del gobierno. No creía en que cada individuo, dondequiera que esté, pueda tener el conocimiento de aquello que más le conviene: los sindicatos, las corporaciones patronales y, en definitiva, el gobierno deben decidir por ellos (es decir, por nosotros). En este aspecto la concepción de Perón era más firme que en cualquier otro y, en consecuencia, fueron menos perceptibles los cambios en los setenta y más definido su legado.

### El poder

Perón dejó una concepción del poder. La política se trata de poder, ciertamente, pero este puede usarse para fines diversos. Perón privilegiaba el ejercicio del poder más que los fines. Pudo aceptar los principios democráticos de sus adversarios, en nombre del poder; y hasta podemos imaginar que podría haber aceptado el retorno a los valores individualistas si la conquista o la preservación del poder lo hubiese requerido. Perón estaba tan poco apegado a las ideas como a las palabras: aquellas, como estas, también eran para él instrumentos del poder. Esto no quiere decir que no haya tenido guías ni principios; quiere decir que aun estos estaban sometidos

dos a la prueba del poder. En esta visión maquiavélico-clausewitziana de la política está lo mejor y lo peor del legado de Perón. Lo mejor: el énfasis en la adaptación a las circunstancias y en la capacidad de decisión; lo peor: la ignorancia de las reglas. Maquiavelo escribió para quienes querían conquistar y preservar el poder, con total independencia de sus fines. Esa ausencia de fines es, sin embargo, incompatible con la democracia moderna. Esta no se caracteriza solamente por las prácticas electorales (como creyó Perón en su década de gobierno), sino por los fines últimos a los que esas prácticas sirven: el imperio de la ley, la tolerancia del disenso, la preservación de la vida y de la privacidad, la restricción del poder (que en su tercera presidencia estuvo más dispuesto a respetar). Clausewitz teorizó sobre la guerra sin convenciones que Napoleón practicó. Perón creyó que las convenciones de la política se debían a la hipocresía de los políticos y no a que estos ejercían una profesión distinta de la de él. En toda actividad existen reglas y quienes no la practican son ajenos a ellas. Tenemos, sin embargo, la tendencia a pensar, como Bouvard y Pécuchet, que podemos dedicarnos con éxito a una actividad distinta de aquella en la que fuimos entrenados, y como los aprendices de brujos creemos que nuestros éxitos iniciales se deben a nuestra inteligencia superior y a la tontería de los demás. Perón no aprendió las reglas de la política durante su década de gobierno, en la que se comportó clausewitzianamente, sino en el exilio. Había entrado a la política desde el poder y pudo usarlo sin restricciones presupuestarias ni legales para construir su base de apoyo. El triunfo de febrero de 1946 lo dejó en similares condiciones ya que controlaba completamente el Congreso. Pronto removió a la Corte Suprema, cambió la constitución y en sucesivas elecciones reafirmó su control sobre el poder legislativo. Solamente tras su caída, ya en el exilio en Venezuela, la República Dominicana y España, aprendió (sin leer a Gramsci) a construir poder desde el llano (o hegemonía, pero no necesariamente de clase). Y así aprendió las reglas de la política y los motivos por los que esa actividad tiene reglas: los políticos son mediadores, componedores, a la vez que constructores de poder. La política es poder, pero también es falta de él: un día se está arriba y otro abajo. Despreció a la política y a los políticos cuando estuvo en el poder y se designó a sí mismo como el conductor. Diecisiete años de exilio lo transformaron: "nosotros, los políticos", dijo ante sus nuevos colegas en

el restaurante Nino el 20 de noviembre de 1972. La concepción del poder que dejó fue entonces dual: la primera, irrestricta, de sus años de gobierno y exilio ("al enemigo, ni justicia", y su negación a condenar a la guerrilla fueron sus manifestaciones tardías); la segunda, restringida, que aprendió en el llano y ejercitó en su última presidencia (el cumplimiento de la ley; el acercamiento a sus adversarios). La práctica política de sus herederos, ya en el seno de la democracia, debió ajustarse a esta, pero no es necesaria mucha perspicacia para advertir cuanto añoran aquella.

### La identidad

Perón dejó una identidad política. La identidad es antigua, pero su estudio es reciente. No era corriente en la década del cincuenta cuando Germani hizo el primer esfuerzo desapasionado (científico, diría él) para comprender al peronismo. Pero a pesar de esa carencia él contribuyó a aislar los factores psicosociales (era su lenguaje) que la constituían. El peronismo no había consistido solamente en la distribución del "plato de lentejas", como ridiculizaban sus enemigos de entonces, sino que había sido para las masas populares (también su lenguaje) una experiencia de libertad (mi interpretación). Germani detenía allí su análisis, porque lo hizo a fines de 1955 y no sabía que el peronismo sobreviviría. Cuando supo que había sobrevivido, no lo retomó para explicar por qué no había muerto. Pero podría haberlo continuado: esa experiencia de libertad había forjado una identidad. Esta no se sostenía solo en una elección racional (en términos de adecuación de medios a fines), sino que era reforzada por los símbolos y rituales desplegados bajo el régimen peronista. La izquierda rechazó tanto los elementos racionales del peronismo (que no podía aceptar sin dejar de lado su creencia en la lucha de clases), como los irracionales (que no podía aceptar sin abandonar su creencia en el destino histórico del proletariado). La izquierda (una fracción de ella al menos) solo se acercó al peronismo cuando antepuso la nación a la clase. Esa operación, llevada a cabo por un pequeño grupo de intelectuales en libros más o menos confusos, dio por resultado la desagregación de la identidad, los métodos y los objetivos políticos. Montoneros (la organización) llevó a la práctica esa desagregación al proclamarse peronista mientras trataba de conquistar el poder por medio

de la guerrilla urbana con el objetivo de construir una dictadura socialista (no ya del proletariado, sino de ella misma). Perón aceptó su identidad y sus métodos y, en apariencia, su objetivo, pero, ya en el poder, socavó a aquella y rechazó a estos últimos. Los derrotó en el campo político, como lo había hecho con Vandor ocho años antes, pero ni los montoneros (los miembros de la organización, no ya ella, que sucumbió por otros motivos) ni los vandoristas dejaron de considerarse peronistas. Podemos preguntarnos hasta qué punto Perón dejó esa identidad, hasta qué punto podría no haberla dejado. La identidad se construye en la experiencia y la que quedó a su muerte sumaba ya a la experiencia de la libertad ganada en sus años de gobierno las variadas experiencias de los distintos grupos y personas que se reclamaron peronistas durante las casi dos décadas transcurridas entre su caída y su regreso. Perón fue un factor clave en la construcción, preservación y desarrollo de esa identidad, pero esta, como toda identidad, tiene su propia dinámica. Perón, en la hora de su muerte, no pudo alterarla ni controlar lo que dejaba.

### Conclusión

Perón, el Perón de los setenta, dejó, es posible, muchas más cosas. En estas pocas líneas he dado cuenta de las que me parecen más significativas desde la perspectiva de la construcción de un orden político democrático, el orden político en el que prefiero vivir y en el que Perón confió más en los años setenta que en los cuarenta y cincuenta. En su legado puede reconocerse, en parte, su intención política y, en otra parte, la dinámica de los procesos históricos. Fue su intención, sin duda, contribuir a la reconstrucción de la democracia dejando a sus seguidores firmemente dentro de los límites de ese orden político y no fuera de él. Fue su intención, sin duda, aceptar una definición de ese orden político por cuya anterior negación sus adversarios lo habían combatido. Fue su intención, sin duda, derrotar a los elementos antidemocráticos de su hueste. Todo esto es parte de su legado intencional.

Otra parte de su legado parece menos intencional. En primer lugar, su uso de las palabras y las ideas como instrumentos políticos y no necesariamente por su significado le fue útil, pero creó confusiones: en vida,

lidió con ellas; ya muerto, allí quedaron (y fueron resueltas por la violencia). En segundo lugar, su concepción de la organización política, que privilegiaba la acción del estado y subordinaba el individuo a la sociedad, se mantuvo casi invariable a través de sus años (pero debe admitirse un fuerte aire de época). En tercer lugar, su concepción del poder pasó de la ausencia de reglas a la auto-restricción (aunque se privó, en su triunfo, de toda reversión, su cambio no alcanzó a disipar cuanto les había inculcado a sus seguidores).

Finalmente, la identidad. Perón sirvió de símbolo a lo que Germani llamaba las masas populares y, también, en los setenta, a muchos jóvenes ajenos a ellas. Aunque aquellas y estos no se juntaron entonces, el encuentro se produjo durante la reconstrucción democrática: los antes jóvenes suplieron, abandonadas las ideas y prácticas antidemocráticas, una porción creciente del liderazgo peronista, mientras que las masas suplían los votos. Pero esta relación, que derivó hacia formas más clientelísticas que carismáticas, no define la identidad ni contribuye necesariamente a reproducirla. El tiempo se encargará de ella como del resto del legado de Perón en la medida en que "hechos nuevos", en los que él confiaba durante su exilio, borren los vestigios del momento histórico al que estuvo unido.

Entretanto esto sucede (ya que tarde o temprano sucederá) podemos volver nuestra atención hacia comienzos de los setenta e imaginar a Perón eligiendo otra de las opciones del menú. Los contrafácticos son solamente contrafácticos, pero la contingencia de la historia concentra a veces en una sola persona la capacidad de tomar decisiones que afectarán a muchas durante largo tiempo. Algunas de sus opciones de los setenta no fueron las mejores desde el punto de vista de un orden político democrático, pero por las razones que fuese (la dinámica de la política, su vocación de poder, su experiencia en el llano) Perón también eligió entonces la competencia electoral, la tolerancia del disenso, el olvido del pasado, el perdón de los agravios y la restricción del poder. Nunca sabremos, felizmente, los males que así nos evitó.

## Referencias

- Abal Medina, Juan Manuel, *Conocer a Perón*, Buenos Aires, Planeta, 2022.
- Aelo, Oscar H., *El peronismo en la provincia de Buenos Aires, 1946-1955*, Caseros, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2012.
- Algazy, Joseph, *La tentation néo-fasciste en France de 1944 à 1965*, Paris, Fayard, 1984.
- Amadeo, Mario, *Ayer, hoy, mañana*, 2ª ed., Buenos Aires, Ediciones Gure, 1956.
- Amaral, Samuel, "Del exilio al poder: la legitimidad recobrada", en Amaral y Plotkin (1993), pp. 281-308.
- Amaral, Samuel, "En las raíces ideológicas de Montoneros: John William Cooke lee a Gramsci en Cuba", *Temas de Historia Argentina y Americana*, 2010, N° 17, pp. 15-51.
- Amaral, Samuel, *El movimiento nacional-popular: Gino Germani y el peronismo*, Sáenz Peña, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2018 (a).
- Amaral, Samuel, *Perón presidente: las elecciones del 24 de febrero de 1946*, Sáenz Peña, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2018 (b).
- Amaral, Samuel, y Horacio Botalla, *Imágenes del peronismo, fotografías-photographs, 1945-1955*, Caseros, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2010.
- Amaral, Samuel, y Mariano Ben Plotkin, comps., *Perón: del exilio al poder*, San Martín, Cántaro, 1993; 2ª ed., Caseros, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2004.
- Ambler, John Steward, *The French army in politics, 1945-1962*, [Columbus], Ohio State University Press, 1966.

- Anguita, Eduardo, y Martín Caparrós, *La voluntad: una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, tomo 1: 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1997.
- Anguita, Eduardo, y Martín Caparrós, *La voluntad: una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, tomo 2: 1973-1976*, Buenos Aires, Norma, 1998.
- Anzaldi, Pablo Antonio, *Los años 70 a fondo: guerrilleros, militares y familiares, reportajes inéditos a los protagonistas de la Argentina violenta*, prol. Eugenio Kvaternik, Buenos Aires, SB, 2017.
- Anzorena, Oscar R., *Tiempo de violencia y utopía (1966-1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.
- Anzorena, Oscar, *JP: historia de la Juventud Peronista (1955-1988)*, Buenos Aires, Ediciones del Cordón, 1989.
- Arias, María F., y Raúl García Heras, "Carisma disperso y rebelión: los partidos neoperonistas", en Amaral y Plotkin (1993), pp. 95-125.
- Aron, Raymond, *Introducción a la filosofía política*, trad. Radamés Molina y Rolando Sánchez-Mejías, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- Asís, Jorge, *Los reventados*, 4ª ed., Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- Aussaresses, Paul, *Pour la France: services spéciaux, 1942-1954*, Monaco, Éditions du Rocher, 2001.
- Babini, Nicolás, *Frondizi: de la oposición al gobierno*, Buenos Aires, Editorial Celtia, 1984.
- Badie, François Pierre "La resistencia interior francesa durante la ocupación alemana entre 1940-1945", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, octubre-diciembre 1957, N° 327, pp. 537-551.
- Badie, François Pierre, "La guerra psicológica", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, octubre-diciembre 1958, N° 331, pp. 666-686.
- Badie, François Pierre, "La guerra revolucionaria en China", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, julio-septiembre 1959, N° 334, pp. 516-549.
- Barrios, Américo, *Con Perón en el exilio: ¡lo que nadie sabía!*, Buenos Aires, Editorial Treinta Días, 1964.
- Baschetti, Roberto, comp., *Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

- Baschetti, Roberto, comp., *De la guerrilla peronista al gobierno popular: documentos, 1970-1973*, La Plata, Editorial de la Campana, 1995.
- Baschetti, Roberto, comp., *De Cámpora a la ruptura: documentos, 1973-1976*, vol. 1, La Plata, Editorial de la Campana, 1996.
- Beaufre, André, *La guerre révolutionnaire*, Paris, Fayard, 1972.
- Belloni, Alberto, *Del anarquismo al peronismo: historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1960.
- Bentresque, Robert Louis, "Un método de razonamiento en guerra subversiva", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, octubre-diciembre 1959, N° 335, pp. 733-754.
- Bentresque, Robert, "Los acontecimientos de Laos", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, octubre-diciembre 1960, N° 339, pp. 615-629.
- Bignone, Reynaldo B.A., *El último de facto*, Buenos Aires, Planeta, 1992.
- Bill de Caledonia (seudónimo de Juan Perón), "¿Dónde estuvo? (El pueblo que el 17 de octubre preguntaba al coronel Perón, con gran insistencia. ¿dónde estuvo? tiene aquí una amplia respuesta)", s.d.
- Blaufarb, Douglas, *The counterinsurgency era: doctrine and performance*, New York, Free Press, 1977.
- Bonasso, Miguel, *El presidente que no fue: los archivos ocultos del peronismo*, Buenos Aires, Planeta, 1997.
- Bonasso, Miguel, *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta, 2000.
- Bonnet, Gabriel, *Les guerres insurrectionnelles et révolutionnaires*, Paris, Payot, 1958.
- Bosoer, Fabián, "1945: Perón en la mira de los Estados Unidos. De la 'amenaza nazi' al 'peligro comunista'", en Senén González y Lerman (2005), pp. 111-163.
- Bray, Donald W., "Peronism in Chile", *Hispanic American Historical Review*, 1967, vol. 47, N° 1, pp. 38-49.
- Brid, Juan Carlos, "1955-1970: quince años de resistencia", *Nuevo Hombre*, 11 de agosto de 1971, N° 4, pp. 4-5.
- Bustos Fierro, Raúl, *Desde Perón hasta Onganía*, Buenos Aires, Ediciones Octubre, 1969.

- Camaño Semprini, Rebeca, *Peronismo y poder municipal: de los orígenes al gobierno en Río Cuarto (Córdoba, 1943-1955)*, Rosario, Prohistoria, 2014.
- Canton, Darío, Luis R. Acosta, y Jorge R. Jorrat, *Una hipótesis rechazada: el rol de los migrantes internos según Gino Germani en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Hernández, 2013.
- Capdevila, Pedro V., *Salomón Deiver (de canillita a dos veces intendente de Villa María)*, Buenos Aires, Celcius, 1966.
- Chaves, Gonzalo Leonidas, y Jorge Omar Lewinger, *Los del 73: memoria montonera*, La Plata, Editorial de la Campana, 1998.
- Cichero, Marta, "El correo clandestino", *Unidos*, 1990, vol. 6, N° 21, pp. 212-220.
- Cichero, Marta, *Cartas peligrosas de Perón*, Buenos Aires, Planeta, 1992.
- Codovilla, Victorio, *Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso*, Buenos Aires, Anteo, 1946.
- Colom, Eduardo, *17 de Octubre: la revolución de los descamisados*, Buenos Aires, Editorial La Época, 1946.
- Cooke, John William, "La revolución y el peronismo", Buenos Aires, Acción Revolucionaria Peronista, 1968.
- Cossio, Pedro Ramón, y Carlos Seara, *Perón: testimonios médicos y vivencias (1973-1974)*, Buenos Aires, Lumen, 2006.
- Cuesta, Rafael, "Normas integrantes del derecho de guerra aplicables para casos de acción subversiva", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, julio-septiembre 1960, N° 338, pp. 364-390.
- Debray, Régis, "El castrismo: la gran marcha de América Latina", *Pasado y Presente*, 1964-1965, N° 7-8, pp. 122-158.
- De Ípola, Emilio, "'Desde estos mismo balcones...': Acerca del discurso de Perón del 17 de octubre de 1945", *Controversia*, 1979, N° 2-3, suplemento 1, pp. xiv-xvi, edición facsimilar, Buenos Aires, Ejercitar la Memoria Editores, 2009.
- De Ípola, Emilio, "'Desde estos mismo balcones...': Notas sobre el discurso de Perón el 17 de octubre de 1945", en Torre (1995), pp. 131-147; y originalmente De Ípola (1979).

- Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, Clacso, 1983.
- Del Carril, Bonifacio, *Juan D. Perón: ascenso y caída*, Buenos Aires, Emecé, 2005.
- Delmas, Claude, *La guerre révolutionnaire*, Paris, Presses Universitaires de France, 1959.
- Del Mazo, Gabriel, *El radicalismo: ensayo sobre su historia y doctrina; tomo II: caída de la república representativa. El "contubernio" y la "década infame", 1922-1945*, Buenos Aires, Gure, 1959.
- Déon, Michel, *L'armée d'Algérie et la pacification*, Paris, Plon, 1959.
- De Paula, Alberto S. J., Ramón Gutiérrez y Graciela María Viñuales, *Del pago del Riachuelo al partido de Lanús (1536-1944)*, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1974.
- De regreso a la Argentina*, Buenos Aires, Colón, 1958.
- Díaz, Hamilton Alberto, "Lucha contra el terrorismo", Buenos Aires, Ejército Argentino, Curso de Guerra Contra Revolucionaria, 19 de octubre de 1961.
- Di Tella, Torcuato S., *Perón y los sindicatos: el inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires, Ariel, 2003.
- Duhalde, Eduardo Luis, "Una experiencia militante singular", en Eduardo L. Duhalde y Eduardo Pérez, *De Taco Ralo a la Alternativa Independiente: historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, tomo I: las FAP, La Plata, Editorial de la Campana, 2001, pp. 9-31.
- Ejército Argentino, RV-150-10 (Público), *Instrucción de lucha contra las guerrillas*, Buenos Aires, Instituto Geográfico Militar, 1969.
- Escudé, Carlos, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1983.
- "Exposición de fotografías de la Revolución Justicialista", Mar del Plata, Ministerio de Hacienda de la Nación, Lotería de Beneficencia Nacional y Casinos, 1951.
- Fall, Bernard B., *Street without joy*, Harrisburg, Pa., Stackpole Co., 1961.
- Fall, Bernard B., "A Portrait of the 'Centurion'", en Trinquier (1964), pp. vii-xviii.

- Fall, Bernard B., *Hell in small place: the siege of Dien Bien Phu*, Philadelphia, Lippincott, 1966.
- Fayt, Carlos S., *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires, Viracocha, 1967; 2ª ed., Buenos Aires, Errepar, 2007.
- Ferrero, Guglielmo, *Aventure: Bonaparte en Italie, 1796-1797*, Paris, Plon, 1936.
- Ferrero, Guglielmo, *The reconstruction of Europe: Talleyrand and the Congress of Vienna, 1814-1815*, New York, G. P. Putnam's Sons, 1941.
- Flaskamp, Carlos, *Organizaciones político-militares: testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002.
- Fraga, Rosendo, *Ejército: del escarnio al poder (1973-1976)*, Buenos Aires, Planeta, 1988.
- Fraga, Rosendo, "El Ejército y el derrocamiento de Frondizi", *Todo es Historia*, 1992, N° 300, pp. 38-71.
- Friedman, Jack E., *Los malos vecinos: las relaciones entre los Estados Unidos y la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial*, trad. Samuel Amaral, Córdoba, Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti, 1999.
- Fulano de Tal, véase Reynoso, Abel.
- Galasso, Norberto, *Yo fui confesor de Eva Perón: conversaciones con el padre Hernán Benítez*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 1999.
- Gallo, Ezequiel, *La pampa gringa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.
- Galula, David, *Pacification in Algeria, 1956-1958*, pról. Bruce Hoffman, Santa Monica, CA, Rand Corporation, 2006; edición original, 1963.
- Galula, David, *Counterinsurgency warfare: theory and practice*, New York, Praeger, 1964.
- Gasió, Guillermo, *Los idealistas con entusiasmo: una investigación sobre los miembros del GOU. Sus fojas de servicio en el Ejército Argentino*, Buenos Aires, Teseo, 2012 (a).
- Gasió, Guillermo, *El vínculo de unión: Ejército, policía y pueblo en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Teseo, 2012 (b).
- Gasió, Guillermo, *El jefe del estado mayor de la revolución, 4 de junio de 1943-9 de julio de 1943*, Buenos Aires, Teseo, 2013.
- Gasparini, Juan, *Montoneros: final de cuentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

- Gay, Luis, *El Partido Laborista en la Argentina*, ed. Juan Carlos Torre, Buenos Aires, Editorial Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1999.
- Gayol, Sandra V., Julio C. Melon y Mabel N. Roig, "Peronismo en Tandil: ¿perpetuación conservadora, desprendimiento radical o génesis sindical?", *Anuario IEHS*, 1988, N° 3, pp. 313-343.
- Germani, Gino, *Estructura social de la Argentina: análisis estadístico*, Buenos Aires, Editorial Raigal, 1955.
- Germani, Gino, "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo", *Cursos y Conferencias*, 1956, vol. 48, N° 273, pp. 153-176; incluido en Germani (1962), pp. 231-252.
- Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.
- Germani, Gino, "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos", *Desarrollo Económico*, 1973, vol. 13 N° 51, pp. 435-488; incluido en Mora y Araujo y Llorente (1980), pp. 87-163.
- Germani, Gino, *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, trad. Alma Idiart y Mariana Podetti, Buenos Aires, Temas, 2003; ed. original: *Authoritarianism, fascism, and national populism*, New Brunswick, N.J., Transaction Books, 1978.
- Gil, Clementina F., *Memorias*, [Buenos Aires], Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón-Archivo Histórico "Dr. Ricardo Levene" de la Provincia de Buenos Aires, [¿2004?].
- Gillespie, Richard, *Soldados de Perón: los Montoneros*, trad. Antonio Pigrau, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
- Goldar, Ernesto, "El enigma de Taco Ralo", *Todo es Historia*, 1990, vol. 23, N° 273, pp. 6-29.
- González Esteves, Luis A. J., "Las elecciones de 1946 en la provincia de Córdoba", en Mora y Araujo y Llorente (1980), pp. 319-364.
- Grand d'Esnon, Henri, "Guerra subversiva", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, julio-septiembre 1960, N° 338, pp. 339-363.
- Greca, Alcides, *La pampa gringa: novela del sud santafesino*, Santiago de Chile, Ercilla, 1936.
- Guardo, Ricardo C., *Horas difíciles*, Buenos Aires, 1963.

- Guemes, Gontran de, *Así se gestó la dictadura*, Buenos Aires, Ediciones Rex, 1956.
- Gurvitch, Georges, *El concepto de clases sociales, de Marx a nuestros días*, trad. Horacio Crespo, Buenos Aires, Galatea-Nueva Visión, 1960.
- Halperin Donghi, Tulio, "Del fascismo al peronismo", *Contorno*, julio 1956, N° 7-8, pp. 15-21; incluido en *Argentina en el callejón: edición definitiva*, Buenos Aires, Ariel, 1995, pp. 29-55.
- Halperin Donghi, Tulio, "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos", *Desarrollo Económico*, 1975, vol. 14, N° 56, pp. 765-781; incluido en Mora y Araujo y Llorente (1980), pp. 219-250.
- Heggoy, Alf Andrew, *Insurgency and counterinsurgency in Algeria*, Bloomington, Indiana University Press, 1972.
- Horne, Alistair, *A savage war of peace: Algeria 1954-1962*, New York, Viking Press, 1978.
- Horowicz, Alejandro, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986; 1ª ed., Buenos Aires, Legasa, 1985.
- Horowitz, Joel, *Los sindicatos, el estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, trad. Silvia Marina Torres, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2004.
- Hutchinson, Martha Crenshaw, *Revolutionary terrorism: the FLN in Algeria, 1954-1962*, Stanford, California, Hoover Institution Press, 1978.
- Irazusta, Julio, *Perón y la crisis argentina*, Buenos Aires, Huemul, 1966; 1ª ed., 1956.
- Jauretche, Ernesto, *No dejés que te la cuenten: violencia y política en los 70*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1997.
- Kelly, George Armstrong, *Lost soldiers: the French army and the empire in crisis 1947-1962*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1965.
- Kelly, Guillermo Patricio, *Kelly cuenta todo*, Buenos Aires, Gente, 1984.
- Kenworthy, Eldon, "The function of the little-known case in theory formation or what peronism wasn't", *Comparative Politics*, 1973, vol. 6, N° 1, pp. 17-45.

- Kenworthy, Eldon, " Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo", *Desarrollo Económico*, 1975, vol. 14, N° 76, pp. 749-763; incluido en Mora y Araujo y Llorente (1980), pp. 191-218.
- Kirkwood, Julieta, "Feminismo y participación política en Chile", Santiago, Chile, FLACSO, 1982, Documento de trabajo N° 159; incluido en Meza (1986), pp. 13-42.
- Klimpel, Felicitas, *La mujer chilena (el aporte femenino al progreso de Chile) 1810-1960*, Santiago, Chile, Andrés Bello, 1962.
- Korn, Francis, "Clases sociales o la pereza de contar hasta catorce. Cuatro ensayos", Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1988, Documento de Trabajo N° 99.
- Korn, Francis, *Clases sociales y otras confusiones en la investigación social*, Buenos Aires, Eudeba, 2016.
- Korn, Guillermo, *La resistencia civil*, Montevideo, Editorial Ceibo, 1945.
- Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Lanusse, Alejandro Agustín, *Protagonista y testigo*, Buenos Aires, Marcelo Lugones, 1989.
- Lartéguy, Jean, *Les centurions*, Paris, Presses de la Cité, 1960.
- Lartéguy, Jean, *The centurions*, trad. Xan Fielding, New York, E. P. Dutton, 1962.
- Lartéguy, Jean, *Los centuriones*, trad. Mariano Tudela, 9ª reimp., Buenos Aires, Emecé, 1975.
- Le Bon, Gustave, *Psychologie des foules*, Paris, Presses Universitaires de France, 2003; 1ª ed., 1895.
- Le Bon, Gustavo, *Psicología de las multitudes*, trad. J. M. Navarro de Palencia, Buenos Aires, Albatros, 1945.
- Leis, Héctor Ricardo, *Un testamento de los años 70. Terrorismo, política y verdad en la Argentina*, pról. Graciela Fernández Mejjide y Beatriz Sarlo, Buenos Aires, Katz Editores, 2013 (a)
- Leis, Héctor Ricardo, *Memorias en fuga: una catarsis del pasado para sanar el presente*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013 (b).

- Liddell Hart, B. H. [Basil Henry], *El espectro de Napoleón*, est. prelim. Tomás Sánchez de Bustamante, trad. e intr. Julio Irazusta, Buenos Aires, Eudeba, 1969; ed. original: *The ghost of Napoleon*, London, Faber & Faber, 1933.
- Liddell Hart, B. H. [Basil Henry], *History of the First World War*, New York, Pan Books, 1979; 1ª ed., *The real war, 1914-1918*, London, Faber & Faber, 1930.
- Little, Walter, "The popular origins of Peronism", en David Rock, ed., *Argentina in the twentieth century*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1975, pp. 162-178.
- Llorente, Ignacio, "Alianzas políticas en el surgimiento del peronismo: el caso de la provincia de Buenos Aires", *Desarrollo Económico*, 1977, vol. 17, N° 65, pp. 61-88; incluido en Mora y Araujo y Llorente (1980), pp. 269-317.
- López Aufranc, Alcides, "Guerra revolucionaria en Argelia", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, octubre-diciembre 1959, N° 335, pp. 611-647.
- López, Ernesto, *Seguridad nacional y sedición militar*, Buenos Aires, Legasa, 1987.
- Luca de Tena, Torcuato, Luis Calvo y Esteban Peicovich, *Yo, Juan Domingo Perón: relato autobiográfico*, Buenos Aires, Planeta, 1986; 1ª ed., Barcelona, Planeta, 1976.
- Luna, Félix, *El 45: crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969.
- Machinandiarena de Devoto, Leonor, *Las relaciones con Chile durante el peronismo, 1946-1955*, Buenos Aires, Lumiere, 2005.
- Macor, Darío, y César Tcach, comps., *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2003.
- Macor, Darío, y César Tcach, comps., *La invención del peronismo en el interior del país II*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2013.
- Maggi, Ginna, *Patria y traición*, Buenos Aires, Ediciones Gure, 1957.
- Manna, Antonio, "Coacción y coalición: peronismo y partidos políticos, 1962-1963", en Amaral y Plotkin (1993), pp. 127-170.
- Martínez Codó, Enrique, "La guerra revolucionaria y subversiva", *Manual de Informaciones*, 1959, vol. 1, N° 9, pp. 1-25.

- Martínez Codó, Enrique, "Communist guerrillas in Argentina", *Marine Corps Gazette*, 1965, vol., 49, N° 9, pp. 43-50.
- Martínez Codó, Enrique "Guerrillas y subversión en América Latina", *Manual de Informaciones*, número especial, sin fecha.
- Martínez, Tomás Eloy, *La novela de Perón*, Buenos Aires, Planeta, 1990.
- Massu, Général [Jacques], *La vraie bataille d'Alger*, Monaco, Éditions du Rocher, 1997; 1ª ed., Paris, Plon, 1971.
- Mazzeo, Miguel, *John William Cooke: textos traspapelados (1957-1961)*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2000.
- McGuire, James W., "Perón y los sindicatos: la lucha por el liderazgo", en Amaral y Plotkin (1993), pp.171-217.
- Melon Pirro, Julio César, *El peronismo después del peronismo: resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009.
- Melon Pirro, Julio César, y Nicolás Quiroga, comps., *El peronismo bonaerense: partido y prácticas políticas, 1946-1955*, Mar del Plata, Ediciones Suárez, 2006.
- Meza, María Angélica, comp., *La otra mitad de Chile*, Santiago, Chile, CESOC, Ediciones Chile y América, Instituto para el Nuevo Chile, [¿1986?].
- Milza, Pierre, *Les fascismes*, Paris, Éditions du Seuil, 1991.
- Ministerio del Interior, Subsecretaría de Informaciones, *Las Fuerzas Armadas restituyen el imperio de la soberanía popular: las elecciones generales de 1946*, Buenos Aires, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1946, 2 vol.
- Moliner, María, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1997, 2 vol.
- Mom, Manrique Miguel, "Guerra revolucionaria. El conflicto mundial en desarrollo", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, octubre-diciembre 1958, N° 331, pp. 641-664.
- Mom, Manrique Miguel, "Guerra revolucionaria. Causas-proceso-desarrollo", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, julio-septiembre 1959, N° 334, pp. 489-515.
- Montero Moreno, René, *Confesiones políticas (autobiografía cívica)*, 2ª ed., Santiago, Chile, Zig-Zag, 1959.

- Montes, Miguel Angel, "Las guerras del futuro en la era atómica", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, julio-septiembre 1957, N° 326, pp. 374-396.
- Monzalvo, Luis, *Testigo de la primera hora del peronismo*, Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1974.
- Monzón, Florencio (h.), *Llegó carta de Perón: rapsodia de la resistencia, 1955-1959*, Buenos Aires, Corregidor, 2006.
- Morales, Emilio, *Uturunco y las guerrillas en la Argentina*, Montevideo, Editorial Sepe, 1964.
- Mora y Araujo, Manuel, e Ignacio Llorente, comps., *El voto peronista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- Murmis, Miguel, y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1971.
- Naurois, Patrice de, "Algunos aspectos de la estrategia y de la táctica, aplicados por el Viet-Minh durante la campaña de Indochina", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, enero-marzo 1958 (a), N° 328, pp. 97-128.
- Naurois, Patrice de, "Una teoría para la guerra subversiva", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, abril-junio 1958 (b), N° 329, pp. 226-241.
- Naurois, Patrice de, "Guerra subversiva y guerra revolucionaria", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, octubre-diciembre 1958 (c), N° 331, pp. 689-702.
- Navarro, Marysa, "Evita and the crisis of 17 October 1945: a case study of peronist and anti-peronist mythology", *Journal of Latin American Studies*, 1980, vol. 12, N° 1, pp. 127-138; versión castellana en Torre (1995), pp. 149-170.
- Nougués, Jean F., "Radioscopía subversiva de la Argentina", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, enero-marzo 1962, N° 344, pp. 24-43.
- Olavarría Bravo, Arturo, *Chile entre dos Alessandri: memorias políticas*, Santiago, Editorial Nascimento, 1962, 2 vol.
- Ollier, María Matilde, "Perón y las Fuerzas Armadas: la ambigüedad de un desafío", en Amaral y Plotkin (1993), pp. 219-260.
- Ostrogorski, M. [Moisei], *Democracy and the organization of political parties*, trad. Frederick Clarke, pref. James Bryce, London, Macmillan, 1902, 2 vol.

- Page, Joseph, *Perón: una biografía*, trad. Martha Gil-Montero, Buenos Aires, Grijalbo, 1999.
- Panella, Claudio, *Perón y ATLAS: historia de una central latinoamericana de trabajadores*, Buenos Aires, Editorial Vinciguerra, 1996.
- Paret, Peter, *French revolutionary warfare from Indochina to Algeria*, New York, Praeger, 1964.
- Parkin, Frank, *Marxismo y teoría de clases: una crítica burguesa*, trad. Miguel Briongos, Madrid, Espasa-Calpe, 1984; 1ª ed. en inglés, 1979.
- Paz, Hipólito, "La política argentino-chilena durante la presidencia de Perón", *Estrategia*, 1969, N° 3, pp. 103-110.
- Paz, Hipólito, *Memorias: vida pública y privada de un argentino en el siglo XX*, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Peicovich, Esteban, *Hola Perón*, 2ª ed., Buenos Aires, Granica, 1973; 1ª ed., Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965.
- Peña, Milciades, *Masas, caudillos y elites: la dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1971.
- Peña, Milciades, *Historia del pueblo argentino*, ed. Horacio Tarcus y Fernando De Leonardis, est. prelim. Horacio Tarcus, Buenos Aires, Emecé, 2012.
- Perdía, Roberto Cirilo, *La otra historia: testimonio de un jefe montonero*, Buenos Aires, Grupo Agora, 1997.
- Perelman, Ángel, *Cómo hicimos el 17 de Octubre*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961.
- Perina, Emilio, *Detrás de la crisis*, Buenos Aires, Periplo, 1960.
- Perón, Juan, véase Bill de Caledonia
- Perón, Juan, *El pueblo quiere saber de qué se trata*, [Buenos Aires], s.e., 1944.
- Perón, Juan, *El pueblo ya sabe de qué se trata: discursos*, [Buenos Aires, s.e., 1946a].
- Perón, Juan, *Doctrina revolucionaria: filosófica, política, social*, Buenos Aires, Fideius, 1946 (b).
- Perón, Juan, *Apuntes de historia militar*, 3ª ed., Buenos Aires, 1951.
- Perón, Juan, *Conducción política*, Buenos Aires, Mundo Peronista, 1952.
- Perón, Juan, *La fuerza es el derecho de las bestias*, Santiago, Chile, s.e., 1956; México, Editorial Al Día, 1956; La Habana, S. Touriño, 1956; Lima, Editorial Gráfica Mundo, 1956.

- Perón, Juan, *La realidad de un año de tiranía*, Buenos Aires, s.e., 1958; ed. original, Caracas, Garrido, 1957.
- Perón, Juan, "Actualización política y doctrinaria para la toma del poder" [1971], en *Obras completas*, Buenos Aires, Docencia, 1988, vol. xxv, pp. 137-170 [sin indicación de la fuente.]
- Perón, Juan, "Perón convoca a todos para la reconstrucción nacional" [discurso del 21 de junio de 1973], en *Obras completas*, Buenos Aires, Docencia, 1987, vol. xxvi, pp. 153-157.
- Perón, Juan Domingo, *Correspondencia 1*, Buenos Aires, Corregidor, 1983.
- Perón, Juan Domingo, *Correspondencia 3*, Buenos Aires, Corregidor, 1985.
- Perón, Juan Domingo, *Cartas del exilio*, intr. Samuel Amaral y William E. Ratliff, Buenos Aires, Legasa, 1991.
- Perón [Juan], y [John William] Cooke, *Correspondencia*, Buenos Aires, Papiro, 1972, 2 vol.
- Plotkin, Mariano, "Rituales políticos, imágenes y carisma: la celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista, 1945-1951", en Torre (1995), pp. 171-217.
- Plotkin, Mariano Ben, *El día que se inventó el peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Pontieri, Silverio, *La Confederación General del Trabajo: en su misión rectora de los trabajadores; la revolución del 17 de octubre de 1945 y móviles que la guiaron*, Buenos Aires, Pirámide, 1972.
- Pontoriero, Esteban, y Marina Franco, "Nuevos documentos sobre la represión estatal en la Argentina: decreto secreto del Plan Conintes (1958)", *Lucha Armada en la Argentina*, 2013, pp. 112-117.
- Potash, Robert A., *The army and politics in Argentina: 1928-1945, Yrigoyen to Perón*, Stanford, California, Stanford University Press, 1969.
- Potash, Robert A., comp., *Perón y el GOU: los documentos de una logia secreta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- Potash, Robert A., *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945, de Yrigoyen a Perón*, trad. Aníbal Leal, Buenos Aires, Sudamericana, 1994 (a); 1ª ed. en castellano, 1971.

- Potash, Robert A., *El ejército y la política en la Argentina, 1962-1973*, trad. Elvio Gandolfo, Buenos Aires, Sudamericana, 1994 (b), 2 vol.
- Prieto, Ramón, *El pacto*, Buenos Aires, En Marcha, 1963.
- Prieto, Ramón, *De Perón a Perón (de 1946 a 1973)*, Buenos Aires, Ediciones Macacha Güemes, 1974.
- Ramos, Jorge Abelardo, *América Latina: un país*, Buenos Aires, Octubre, 1949.
- Ramos, Jorge Abelardo, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, 3ª ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1965, 2 vol.
- Ramos, Jorge Abelardo, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina: 5. La era del peronismo (1943-1976)*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2013.
- Ratliff, William E., "Perón y la guerrilla: el arte del engaño mutuo", en Amaral y Plotkin (1993), pp. 261-280.
- Reato, Ceferino, *Operación Traviata: ¿quién mató a Rucci? La verdadera historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.
- Reyes, Cipriano, *Yo hice el 17 de Octubre: memorias*, Buenos Aires, GS Editorial, 1973.
- Reynoso, Abel, *Cómo y por qué fui amigo de Perón en el exilio*, San Martín, Editorial Pol, 2008.
- Rodríguez, Horacio Daniel, "¿Qué es un gorila?", *Mundo Nuevo*, octubre 1968, N° 28, pp. 27-32.
- Romero, José Luis, *Las ideas políticas en Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.
- Romero, José Luis, *Las ideas políticas en Argentina*, 2ª ed., Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Rosas, Carlos Jorge, "Estrategia y táctica", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, enero-marzo 1958, N° 328, pp. 129-149.
- Rot, Gabriel, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina: la historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2000.
- Rozitchner, León, *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.
- Saavedra, Marisol, "Peronismo y antiperonismo en Chile", *Todo es Historia*, 1998, N° 369, pp. 8-34.

- Salomón, Alejandra, *El peronismo en clave rural y local: Buenos Aires, 1945-1955*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012.
- Sánchez de Bustamante, Tomás A., "La guerra revolucionaria", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, octubre-diciembre 1960, N° 339, pp. 602-614.
- Sánchez Sorondo, Marcelo, *Memorias: conversaciones con Carlos Payá*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- San Román, Guillermo, "La acción militar en la guerra subversiva", *Revista del Círculo Militar*, octubre-noviembre 1959, N° 654, pp. 27-48.
- Selbin, Eric, *Modern Latin American revolutions*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1993.
- Semprún, Jorge, *Aquel domingo*, Barcelona, Tusquets, 1999; ed. original: *Quel beau dimanche*, Paris, B. Grasset, 1980.
- Senén González, Santiago, y Fabián Bosoer, "18 de Octubre, el día después", *Todo es Historia*, octubre 1996, N° 351, pp. 50-63.
- Senén González, Santiago, y Gabriel D. Lerman, *El 17 de octubre de 1945. Antes, durante y después*, Buenos Aires, Lumiere, 2005.
- Smith, Peter H., "The social base of Peronism", *Hispanic American Historical Review*, 1972, vol. 52, N° 1, pp. 55-73; versión en castellano, "La base social del peronismo", trad. Mónica Vila Echagüe, en Mora y Araujo y Llorente (1980), pp. 57-86.
- Smith, Peter H., "Las elecciones argentinas de 1946 y las inferencias ecológicas", *Desarrollo Económico*, 1974, vol. 14, N° 74, pp. 385-398; incluido en Mora y Araujo y Llorente (1980), pp. 165-189.
- Smulovitz, Catalina, "En busca de la fórmula perdida: Argentina, 1955-1966", *Desarrollo Económico*, 1991, vol. 31, N° 121, pp. 113-124.
- Stubbs, Richard, *Hearts and minds in guerrilla warfare: the Malayan emergency, 1948-1960*, Oxford, Oxford University Press, 1989.
- Tcach, César, *Sabattinismo y peronismo: partidos políticos en Córdoba, 1943-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991; 2ª ed., Buenos Aires, Biblos, 2006.
- Tcherkaski, Osvaldo, *Las vueltas de Perón: crónica de los años que gestaron la Argentina de hoy (1971-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016.
- Torre, Juan Carlos, "La CGT y el 17 de octubre de 1945", *Todo es Historia*, 1976, N° 105, incluido en Torre (1988), pp. 119-168.

- Torre, Juan Carlos, comp., *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1988.
- Torre, Juan Carlos, " Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", *Desarrollo Económico*, 1989, vol. 28, N° 112, pp. 525-548; incluido en Torre (2012), pp. 157-188.
- Torre, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón: sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Torre, Juan Carlos, "La CGT en el 17 de octubre de 1945", en Torre (1995), pp. 23-81, y Torre (2012), pp. 75-112.
- Torre, Juan Carlos, comp., *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, 1995.
- Torre, Juan Carlos, "La Argentina sin el peronismo: ¿qué hubiera ocurrido si hubiese fracasado el 17 de Octubre?", en Niall Ferguson, comp., *Historia virtual: qué hubiera pasado si...*, Buenos Aires, Taurus, 1997, pp. 271-311, y en Torre (2012), pp. 189-231.
- Torre, Juan Carlos, *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2012.
- Trinquier, Roger, *La guerre moderne*, Paris, La Table Ronde, 1961.
- Trinquier, Roger, *Modern warfare: a French view of counterinsurgency*, trad. Daniel Lee, intr. Bernard B. Fall, New York, Frederick A. Praeger, 1964.
- Trinquier, Roger, *La guerra moderna y la lucha contra las guerrillas*, Barcelona, Herder, 1965.
- Troncoso, Oscar, "Verdades y mentiras sobre el 17 de Octubre", en Senén González y Lerman (2005), pp. 195-219.
- Vaca Narvaja, Gustavo, y Fernando Frugoni, *Fernando Vaca Narvaja: con igual ánimo*, Buenos Aires, Colihue, 2002.
- Verbitsky, Horacio, *Ezeiza*, 12ª ed., Buenos Aires, Contrapunto, 1988; 1ª ed., 1986.
- Vigo, Juan M., *Crónicas de la resistencia ¡La vida por Perón! Memorias de un combatiente de la resistencia*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973.
- Villegas, Osiris G., "Guerra revolucionaria comunista", *Revista del Círculo Militar*, enero-marzo 1960, N° 655, pp. 3-26.

- Villegas, Osiris G., *Guerra revolucionaria comunista*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1962.
- Waldmann, Peter, *El peronismo, 1943-1955*, rev. trad. Monique Delacre, Caseros, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2009; ed. original *Der Peronismus 1943-1955*, Hamburg, Hoffmann und Campe, 1974; 1ª ed. en castellano, trad. Nélica Mendilaharsu de Machain, Buenos Aires, Sudamericana, 1981.
- Wellhofer, E. Spencer, "The mobilization of the periphery: Perón's 1946 triumph", *Comparative Political Studies*, 1974, vol. 7, N° 2, pp. 239-251.
- Ximénès, "La guerre révolutionnaire et ses données fondamentales", *Revue militaire d'information*, febrero-marzo 1957, pp. 11-22.
- Yofre, Juan B., *El escarmiento: la ofensiva de Perón contra Cámpora y los Montoneros, 1973-1974*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.
- Yofre, Juan B., *La trama de Madrid: los documentos secretos sobre el retorno de Perón a la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
- Yofre, Juan B., *Puerta de Hierro: los documentos inéditos y los encuentros secretos de Perón en el exilio*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.
- Yotuel, Alan, *Guerra revolucionaria y comunismo*, Buenos Aires, La Mandrágora, 1961-1962, 5 vol.
- Zanatta, Loris, *Del estado liberal a la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, trad. Judith Farberman, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.
- Zanatta, Loris, *Perón y el mito de la nación católica: la Iglesia y el Ejército en los orígenes del peronismo*, trad. Luciana Daelli, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; 2ª ed., Caseros, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2013.
- Zanatta, Loris, *La internacional justicialista: auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón*, trad. Carlos Catroppi, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
- Zorrilla, Rubén H., "Líder, elite y masa en el peronismo", *Todo es Historia*, 1983, N° 199-200, pp. 28-37.

## Fuentes y agradecimientos

La investigación y la publicación de los trabajos incluidos como capítulos de este libro fue facilitada por el apoyo de muchas personas, a quienes en las líneas siguientes expreso el agradecimiento correspondiente. Los capítulos publicados anteriormente como artículos y capítulos en revistas y libros fueron corregidos para eliminar los errores advertidos, propios y ajenos. En algunos he modificado la redacción, aunque no la sustancia, y he agregado notas, citas y tablas que no estaban en la versión original. No he actualizado la bibliografía utilizada cuando los redacté, pero he tomado en cuenta algunas obras posteriores que se refieren de manera directa a mi argumentación.

El capítulo 1, "Qué pasó el 17 de octubre de 1945", fue publicado con un título apenas diferente en *Ecos de la Historia*, octubre-diciembre 2009, N° 2, pp. 8-13. Este trabajo fue escrito en recuerdo de Enrique M. Barba y leído en la Academia Nacional de la Historia cuando se conmemoró el centenario de su nacimiento. En esa sesión estuvo presente Félix Luna, cuya obra sobre el tema este capítulo celebra. Agradezco a Eduardo Martíre, entonces presidente de la Academia, por haberme invitado a presentarlo y a Miguel Ángel De Marco por publicarlo.

El capítulo 2, "El líder y las masas en los orígenes del peronismo", se publicó en la compilación de María Ligia Coelho Prado, *Vargas & Perón: aproximações e perspectivas*, São Paulo, Fundação Memorial da America Latina, 2009, pp. 17-47. He dejado en el título la palabra "líder", en lugar de "conductor", porque es la que se encuentra en la literatura comentada en este capítulo. Agradezco a Aníbal Jozami por la invitación a participar en la conferencia realizada en el Memorial de America Latina de São Paulo en abril de 2008; a Gustavo Castagnola por sus comentarios; y a Nora Corona por el folleto "Exposición de fotografías de la Revolución Justicialista" (1951), que incluye la foto reproducida en la Figura 2.1. Agradezco al per-

sonal del Departamento Documentos Fotográficos del Archivo General de la Nación por las fotos de las Figuras 2.1 y 2.2.

El capítulo 3, "La democracia y los orígenes del peronismo", fue publicado en Marcos Novaro, compilador, *Peronismo y democracia*, Buenos Aires, Edhasa, 2014, pp. 47-78. El texto actual difiere de esa versión por la enmienda de los cambios introducidos por la editorial y por la inclusión de las notas, la tabla y algunos comentarios ilustrativos. Agradezco a Marcos Novaro por haberme invitado a participar en un panel donde desarrollé este tema en diciembre de 2011 y por incluirlo en su libro. Agradezco al personal de la biblioteca de la Academia Nacional de la Historia por la consulta de los diarios.

El capítulo 4 fue publicado en *Pasado Abierto*, 2015, N° 2, pp. 76-109, con el título "Los migrantes recientes y el voto peronista: los nuevos inscriptos en las elecciones del 24 de febrero de 1946". Agradezco a Marcela Ferrari por la invitación a publicarlo en esa revista. Este capítulo se origina en la investigación realizada para mi libro *Perón presidente: las elecciones del 24 de febrero de 1946*, cuya argumentación complementa. La información sobre los resultados electorales fue obtenida en el Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación, a cuyo personal agradezco.

El capítulo 5 fue publicado en *Argirópolis*, 2015, N° 1, con el título "El voto peronista y la política local: Villa María, departamento General San Martín, Córdoba, 1946". Agradezco a Hugo Franco, del Círculo de Legisladores de la Nación Argentina, por la invitación a publicar en esa revista, ahora inhallable aun en el ciberespacio; y a Jesús Chirino, del Archivo Histórico Municipal de Villa María, por la imagen de la Figura 5.2. Los resultados de las elecciones del 24 de febrero de 1946 en Córdoba han sido tomados del capítulo 9 de *Perón presidente: las elecciones del 24 de febrero de 1946*, pero los del departamento General San Martín y de Villa María, que no están allí, fueron obtenidos en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, a cuyo personal agradezco.

El capítulo 6 es una versión modificada de "Feminismo y peronismo en Chile: ascenso y caída de María de la Cruz", *Todo es Historia*, abril 1994, N° 321, pp. 78-91, que era una adaptación de parte de la introducción de Juan Domingo Perón, *Cartas del exilio*, que compilamos con William E. Ratliff en 1991. Agradezco, como entonces, a Guillermo Canales Güemes,

de *El Mercurio*, de Santiago, Chile, por la información y las fotos que me envió, y a Raúl García Heras, José Morgado, Zacarías Moutoukias, Aníbal Pérez Liñán y Marcela Prado por contribuir de maneras diversas con la versión original. Agradezco, asimismo, a Frederick Bowser, Stephen Haber y John Wirth por la invitación efectuada en 1988 como profesor visitante del Department of History, Stanford University, que me permitió consultar en las bibliotecas de esa universidad la mayor parte de las publicaciones citadas en las notas; a William E. Ratliff, entonces curador de la colección latinoamericana de la Hoover Institution, Stanford University, por hacerme conocer las cartas de María de la Cruz a Perón en el momento en que las estaba adquiriendo; y a los servicios de préstamo interbibliotecario de Northern Illinois University por facilitarme la consulta del microfilm de *El Mercurio* y otros periódicos. También agradezco a Félix Luna por publicar el artículo en su revista; a Eleuterio Cardoso, Horacio Collazo, Clementina F. Gil y Jean Grugel por la información suministrada posteriormente, que incluí en esta versión; a Pablo Lacoste por enviarme su artículo inédito sobre la revista *Topaze* y las ilustraciones de las Figuras 6.2 y 6.3; y a Julio Canessa por la información sobre el sitio donde está digitalizada *La Nación*, de Santiago, Chile. Agradezco al personal del Departamento Documentos Fotográficos del Archivo General de la Nación por la foto de la Figura 6.4; y a los responsables de los sitios Cultural Digital, Universidad Diego Portales, Chile, de donde tomé la Figura 6.1, y Memoria Chilena, Biblioteca Nacional Digital de Chile, donde está digitalizada la revista *Topaze*.

El capítulo 7, "El avión negro: retórica y práctica de la violencia", es, con pocas modificaciones, el capítulo incluido en el libro que compilamos con Mariano Ben Plotkin, *Perón: del exilio al poder*, San Martín, Cántaro, 1993, pp. 69-94; y 2ª ed., Caseros, Eduntref, 2004, pp. 67-88. Agradezco, como entonces, a Aníbal Pérez Liñán por su ayuda y sus comentarios; a Juan Carlos Colombres, Fermín Chávez, Ariel Ghizzardí y Enrique Oliva por las entrevistas concedidas; a Mariano Ben Plotkin por la información sobre *Tía Vicenta*; a Aníbal Iturrieta por sus recuerdos, y a Carlos Canzanello por la publicación de ese libro. Agradezco, asimismo, a Roberto Baschetti por las fotocopias que me dio cuando hice la investigación, entre ellas la del artículo de *O Cruzeiro*, revista que luego consulté en la Heme-

roteca Digital, BN Digital Brasil. En la presente versión he agregado el *Post scriptum* para despejar ciertas dudas sobre una de las fuentes utilizadas.

El capítulo 8, "Guerra revolucionaria: de Argelia a la Argentina, 1957-1962", es una versión revisada del artículo publicado con el mismo título en *Investigaciones y Ensayos*, 1998, N° 48, pp. 173-195. Agradezco a Daisy Rípodas Ardanaz por aceptarlo en esa revista que entonces dirigía. Como entonces, agradezco a Rosendo M. Fraga, al coronel Federico Landaburu, al general Alcides López Aufranc y al contraalmirante Carlos Sánchez Sañudo por las entrevistas que me concedieron; a Adriana Álvarez, Roberto Baschetti, Clara de Marziani, Oscar Falomir, Fernando Jumar, Enrique Martínez Codó, Aníbal Pérez Liñán y Norberto Rudoni por el material que pusieron a mi disposición; a Gustavo Castagnola por sus comentarios; y al personal de las bibliotecas de la Escuela Superior de Guerra y del Círculo Militar por las revistas consultadas. También agradezco las invitaciones para exponer sobre este tema de Pilar González Bernaldo en la entonces denominada Université Paris 7 Denis Diderot, en marzo de 1994, y de Seth Meisel en la University of Wisconsin, Whitewater, en febrero de 2002.

El capítulo 9, "De Perón a Perón, 1955-1973", es una reelaboración de "Del exilio al poder: la legitimidad recobrada", conclusión de *Perón: del exilio al poder*, San Martín, Cántaro, 1993, pp. 281-308, y 2ª ed., Caseros, Eduntref, 2004, pp. 259-280. Esa conclusión se basó, sobre todo, en mis contribuciones a ese libro y en las de María Fernanda Arias y Raúl García Heras, Antonio Manna, James W. McGuire, María Matilde Ollier y William E. Ratliff (la referencia completa de sus capítulos está en Referencias por sus apellidos). Con el mismo título de este capítulo está en Víctor Tau Anzoátegui, director, *Nueva historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2001, vol. 7, pp. 325-360. Agradezco al director y a los miembros de la comisión académica de esa obra por invitarme a colaborar en ella y, en particular, a Ernesto J.A. Maeder por sus sugerencias. Aunque no ha variado mi opinión sobre las obras incluidas en la bibliografía comentada de esa versión, la he omitido porque ya no está actualizada.

El capítulo 10, "Perón y la violencia política en los años setenta", no fue publicado anteriormente. Agradezco a Carlos Cansanello por pedirme

que preparara este texto. Lo redacté en 2005 y lo revisé al incluirlo en este volumen.

El capítulo 11, "Ezeiza, 20 de junio de 1973", es la versión revisada del artículo publicado en *Todo es Historia*, septiembre 2010, N° 518, pp. 6-21. Agradezco a Eduardo Martiré por haberme invitado a presentarlo en la Academia Nacional de la Historia cuando la presidía, y a María Sáenz Quesada por la publicación de la primera versión. Agradezco a Carlos, Catalina, Jorge, Raúl, Roberto y Rolando por sus testimonios, recogidos por mí en junio de 2010. He omitido sus apellidos y cambiado sus nombres para que no se sientan responsables de lo que digo. Agradezco también a Javier Salcedo por haberme transmitido el testimonio de Gabriel y a él por su disposición a prestarlo. Consulté los diarios citados en las bibliotecas de la Academia Nacional de la Historia y del Congreso de la Nación, a cuyo personal agradezco.

El capítulo 12, "El legado político del Perón de los años setenta", fue publicado en *Cuestiones de Sociología*, 2006, N° 3, pp. 212-220. Fue escrito a sugerencia de María Cristina Tortti, a quien agradezco por la invitación a colaborar con esa revista. Aquí se reproduce con el solo agregado de un testimonio que ilustra mi argumento.

Las versiones originales de los capítulos 6 a 8 y el texto en que se basa el capítulo 9 fueron redactados entre 1991 y 1993 mientras enseñaba en Northern Illinois University, por lo que agradezco el apoyo del Center for Latino and Latin American Studies de esa universidad y a Michael J. Gonzales, entonces su director. Los capítulos 1 a 5 y 10 a 12 fueron redactados entre 2005 y 2015, mientras lo hacía en la Universidad Nacional de Tres de Febrero, por lo que agradezco el apoyo de sus autoridades, Aníbal Jozami y Martín Kaufmann, y el de mis colegas y demás integrantes de esa universidad.

Agradezco a Julio Canessa y a Pablo Weinstock por sus comentarios a versiones preliminares de este libro.

La foto de la tapa es de "El conductor", de Leone Tommasi, el modelo de la gigantesca escultura que debía coronar el Monumento al Descamisado por él diseñado, luego transformado en el Monumento de Eva Perón. La tomé en Pietrasanta el 28 de febrero de 2007 en el estudio que había sido del artista, donde aún estaban varios modelos y la documentación

pertenecientes a las dos grandes comisiones que le hicieron durante el gobierno de Perón: las esculturas de la Fundación Eva Perón y ese monumento. Agradezco al maestro Marcello Tommasi, hijo de Leone, por las dos visitas que con él hice a ese estudio, el 29 de junio de 2006 y el 28 de febrero de 2007, y por dejarme tomar fotos de los modelos y de la documentación; a Flavio Fiorani por el contacto con Marcello Tommasi; y a Martín Kaufmann y a la Universidad Nacional de Tres de Febrero por el aporte que me permitió llegar desde París y Madrid a Pietrasanta en esas dos ocasiones. Agradezco también a quienes contribuyeron con la investigación sobre Leone Tommasi: Horacio Botalla, mi socio en esa empresa; Giuliana del Chiaro, quien conserva los diarios y fotos del escultor; y el maestro Riccardo Bremer, coautor de un libro sobre él.

## Índice<sup>1</sup>

Abal Medina, Juan Manuel, 334, 341n, 342n  
Acosta, Luis R., 106, 107, 108, 113, 115  
Aldunate Errázuriz, Fernando, 210  
Alessandri, Eduardo, 205  
Alessandri, Fernando, 205, 206  
Alessandri, Jorge, 222, 223, 224  
Alessandri Palma, Arturo, 190, 191, 205, 221, 292  
Alessandri Rodríguez, Arturo, 221  
Allende, Salvador, 204, 205, 221, 222  
Alonso, José, 24, 299, 315  
Álvarez, Juan, 36, 84, 85, 86  
Álvarez, Magdalena, 199  
Alvear, Marcelo T. de, 41, 62, 63, 72, 73, 74, 80, 95, 96, 98  
Anguita, Eduardo, 343, 349  
Antille, Armando G., 63, 80  
Antonio, Jorge, 219, 220, 341n  
Apold, Raúl A., 201  
Aramburu, Pedro Eugenio, 24, 210, 212, 216, 233, 282, 284, 288, 299, 300, 357  
Arias, Ricardo, 216  
Aron, Raymond, 324  
Asís, Jorge, 351n  
Auchter, Argentino, 151  
Ávalos, Eduardo, 14, 15, 16, 30-37, 39-44, 84-90  
Aylwin, Patricio, 223  
Badie, François Pierre, 264, 267n  
Balbín, Ricardo, 287, 293, 303, 305, 306, 334, 360, 361, 362

<sup>1</sup> Perón, mencionado casi mil veces, no está incluido en este Índice.

Belloni, Alberto, 87n  
Benítez, Hernán, 229, 253, 254  
Bentresque, Robert, 268  
Bonaparte, Napoléon, 97, 247, 248, 316, 352, 365  
Bonasso, Miguel, 344, 349  
Borges, Jorge Luis, 358  
Borlenghi, Ángel Gabriel, 211  
Braden, Spruille, 82, 86n  
Bramuglia, Juan Atilio, 243, 244  
Brid, Juan Carlos, 231, 240n  
Brum, Blanca Luz, 205n, 220, 222  
Bulnes Sanfuentes, Francisco, 204  
Calvo, Jorge, 312  
Camaño Semprini, Rebeca, 142  
Cámpora, Héctor J., 220, 305, 306, 327, 328, 329, 333, 347  
Canto, María Teresa del, 194  
Canton, Darío, 106, 107, 108, 113, 115, 138, 139  
Caparrós, Martín, 343, 349  
Cardoso, Eleuterio, 199n  
Casanova Vicuña, Juan, 220  
Castillo, Ramón, 73, 75, 76, 292  
Castrillón, Ernesto José, 36n  
Castrillón, Manuel, 36n  
Chadwick, Tomás, 191  
Chavarri, Roberto, 345, 346  
Chávez, Fermín, 237n  
Cichero, Marta, 253  
Clausewitz, Carl von, 97, 247, 248, 365  
Codovilla, Victorio, 14, 17, 94, 96, 101, 102, 103, 144  
Colom, Eduardo, 13, 29, 80n  
Colombres, Juan Carlos, 226n  
Cooke, Federico, 229, 238  
Cooke, Juan Isaac, 63, 80, 228, 229  
Cooke, John William, 24, 217, 218-220, 228, 230, 231, 232, 237, 243, 244, 250, 251, 252, 285, 302, 355, 357

- Cornejo, Lucio Alfredo, 95  
Correa Morandé, María, 207  
Cortesi, Arnaldo, 41n  
Cruz, María de la, 21, 187-223, 238, 239, 241, 243, 250  
Cuesta, Rafael, 268  
Debray, Régis, 22, 274  
De Gaulle, Charles, 258, 259, 267  
Degliuomini de Parodi, Delia, 199  
De Ípola, Emilio, 15, 41, 42, 90  
Deiver, Salomón, 19, 175-183  
Del Campo, Hugo, 14, 15  
Del Carril, Bonifacio, 65, 80n  
Del Castillo, Santiago, 145, 176  
Díaz, Hamilton Alberto, 268, 270-272  
Domínguez, Germán, 196  
Donoso, Beba, véase Gil de Donoso, Clementina,  
Duarte, Eva, véase Perón, Eva  
Eguren, Alicia, 250, 251  
El Kadri, Envar, 275n, 342n, 357n  
Eltit, Diamela, 188n, 223n  
Enríquez Frödden, Inés, 190  
Espejo, José, 220  
Fall, Bernard B., 261  
Farrell, Edelmiro J., 16, 35, 40, 41, 76, 77, 78, 86, 88-90  
Favio, Leonardo, 335, 337n  
Fayt, Carlos, 106  
Fentanes, Juan, 54, 86  
Ferrari, Libertario, 87n  
Ferrero, Guglielmo, 98, 247, 248  
Figueroa, Juan Adolfo, 142  
Flaskamp, Carlos, 342, 344, 346n, 353  
Fraga, Rosendo M., 86n  
Framini, Andrés, 290, 293  
Franco, Francisco, 35, 75, 78, 79, 305  
Frei Montalva, Eduardo, 205n

Frigerio, Rogelio, 289  
Frondizi, Arturo, 21, 221, 225, 226, 234, 243-245, 249, 287-293, 301, 313, 360, 362  
Galimberti, Rodolfo, 334  
Galleguillos Vera, Florencio, 192n, 208, 209n, 210n  
Gallo, Ezequiel, 143  
Galula, David, 274n  
Garone, Juan, 252  
Gay, Luis, 40, 89n  
Gayol, Sandra, 18, 19, 142  
Geiger, Theodor, 50n  
Gemetro, Gerardo, 40n  
Gentiluomo, Federico, 236  
Germani, Gino, 12, 14, 17, 18, 48-50, 55, 58, 64, 67, 83n, 93, 103-108, 110n, 137, 138, 141, 142, 283, 286, 366, 368  
Ghioldi, Américo, 286  
Giap, Vo Nguyen, 274  
Gil de Donoso, Clementina, 192, 198, 202, 206n, 208  
Giovaneli, Jorge A., 75n  
Gómez, Alejandro, 292  
Gómez del Junco, Felipe, 180  
Gómiz, Pedro, 220  
González Alfaro, Raúl, 208  
González Esteves, Luis A. J., 18, 95, 142  
Goulart, João, 212  
Gramsci, Antonio, 24, 365  
Grand d'Esnon, Henri, 268  
Greca, Alcides, 143  
Grove, Marmaduke, 190  
Guardo, Ricardo, 212, 213  
Guemes, Gontran de, 36n, 85n  
Guevara, Ernesto (Che), 24, 274, 300, 301, 302  
Guido, José María, 292, 295, 296, 297  
Gurvitch, Georges, 50  
Halperin Donghi, Tulio, 12, 14, 17, 138  
Hamuy, María, 192, 198

- Hilton, Ronald, 250, 251  
Hitler, Adolf, 53, 74  
Hogard, Jacques, 266  
Ibáñez del Campo, Carlos, 21, 187, 188, 191-199, 203, 204, 206, 209-221, 223  
Illia, Arturo H., 294, 296, 362  
Ingalinella, Juan, 312  
Iñíguez, Miguel Ángel, 342  
Irazusta, Julio, 36  
Irigoyen, Hipólito, 16, 30, 71, 72, 94, 96, 175, 213, 292  
Isabel II de Gran Bretaña, 197  
Izquierdo Araya, Guillermo, 205, 220  
Jauretche, Arturo, 229, 254  
Jorrat, Jorge R., 106, 107, 108, 113, 115  
Justo, Agustín P., 62, 63, 72, 73, 74, 80  
Karadagian, Martín, 246n  
Kelly, David, 29  
Kelly, Guillermo Patricio, 220  
Kennedy, John F., 275  
Kenworthy, Eldon, 14, 17, 104, 138, 141  
Klímpel, Felícitas, 189, 191, 197  
Korn, Guillermo, 79n  
Krieger Vasena, Adalbert, 297  
Kubitschek, Juscelino, 212  
Ladrón de Guevara, Matilde, 204  
Laffaye de Muñoz, Lía, 190  
Lagomarsino, Raúl, 238, 250n  
Landrú, véase Colombres, Juan Carlos,  
Lanusse, Alejandro Agustín, 266, 299, 300, 303, 304, 313, 314, 325  
Lartéguy, Jean, 274, 275  
Laski, Harold, 95  
Latorre, Orlando, 207  
Laval, Pierre, 85n  
Lawrence, T. E., 265  
Leloir, Alejandro, 243  
Lenin, Vladimir I., 51, 52, 273, 274

Levingston, Roberto Marcelo, 300, 303  
Liddell Hart, B. H., 248, 352  
Lima, Vicente Solano, 244  
Little, Walter, 138  
Llorente, Ignacio, 18, 141  
Lonardi, Eduardo, 237, 243, 244, 282, 284  
López, Andrés, 362  
López Aufranc, Alcides, 263n, 267  
López, Ernesto, 264n  
López Rega, José, 306, 357  
Lucero, Franklin, 84n  
Luna, Félix, 12-15, 29, 30, 36, 41, 81, 87n, 96, 143  
Luxemburg, Rosa, 51  
Macor, Darío, 142  
Maggi, Ginna, 203-207  
Malthus, Thomas, 315  
Manrique, Francisco, 210, 215  
Mao Tse Tung, 263, 273, 274, 315, 316  
Maquiavelo, 365  
Marcos, César, 238, 250n  
Martínez Codó, Enrique, 267, 268, 273, 274  
Martínez, María Estela, 223, 296, 303  
Martínez, Rodolfo, 293  
Martínez, Tomás Eloy, 349, 351n, 357  
Martones, Humberto, 199, 200n  
Marx, Karl, 50, 51, 52, 273  
Massu, Jacques, 260n, 264, 275  
Matera, Raúl, 294, 360  
Matte, Arturo, 191  
Medina Allende, Antonio, 151  
Melon Pirro, Julio César, 18, 19, 142, 250, 253, 254  
Mercante, Domingo A., 30, 32, 41  
Mewes, Humberto, 196  
Miksche, F. O., 265  
Mistral, Gabriela, 198n

- Mom, Manrique Miguel, 266  
Montero Moreno, René, 191  
Montes, Miguel Angel, 265, 266  
Moore, Eduardo, 204  
Morandé de Alessandri, Loreto, 203  
Mora y Araujo, Manuel, 141  
Mosca, Enrique, 95, 143-149, 151-153, 155, 156, 160, 161, 163, 166, 167, 169, 172, 174, 180  
Mugica, Carlos, 302  
Murmis, Miguel, 12, 14, 15, 17, 104, 138, 141  
Mussolini, Benito, 75  
Napoleón, véase Bonaparte, Napoleón  
Naurois, Patrice de, 265, 267, 268  
Navarro, Marysa, 15  
Navarrete, Ignacio, 188  
Nell, José Luis, 345, 346, 347  
Nicolini, Oscar, 34, 35, 36  
Nougués, Jean F., 268-271, 275  
Ocampo, Victoria, 198n  
Olavarría Bravo, Arturo, 193, 194  
Oliva, Enrique, 238, 239, 251  
Olmedo, Carlos, 354  
Onganía, Juan Carlos, 23, 24, 297-301, 303  
Ortega, Rudecindo, 191  
Ortiz, Roberto M., 62, 73  
Osinde, Jorge M., 331, 349  
Ostrogorski, Moisei, 181, 182  
Oyhanarte, Julio, 292  
Paz, Hipólito J., 243, 244, 250  
Peña, Milcíades, 12  
Peñailillo, Joaquín, 201  
Peñailillo, Narciso, 188  
Perdía, Roberto Cirilo, 328n  
Perelman, Ángel, 13  
Pérez Jiménez, Marcos, 20, 220, 221, 287

- Perón, Eva, 15, 34, 40, 193, 199n, 223, 237  
Perón, Isabel, véase Martínez, María Estela  
Pétain, Philippe, 75  
Pinochet, Augusto, 224  
Pontieri, Silverio, 86n, 89n  
Portantiero, Juan Carlos, 12, 14, 15, 17, 104, 138, 141  
Potash, Robert A., 12-15, 30-33, 36, 37, 41, 43, 292  
Quijano, J. Hortensio, 63, 80, 124-126, 137, 141, 143, 146-148, 150-153, 155, 156, 160, 161, 163, 166, 167, 169, 172, 174  
Quinteros Tricot, Luis, 206  
Quiroga, Nicolás, 142  
Ramírez, Pedro P., 59, 63, 75, 76, 77, 78, 89  
Ramos, Jorge Abelardo, 12, 43  
Ratliff, William E., 250  
Raviolo Audisio, Héctor Américo, 236  
Rawson, Arturo Franklin, 37, 75  
Reato, Ceferino, 328  
Remorino, Jerónimo, 315  
Renner, Máximo, 209  
Reyes, Cipriano, 13n  
Riccheri, Pablo, 330n  
Ríos Gallardo, Conrado, 210  
Rivera, Galvarino, 210  
Rocco, Francisco, 34  
Rocha, Geraldo, 212  
Roig, Mabel, 18, 19, 142  
Rojas, Isaac Francisco, 233, 287, 288  
Romero, José Luis, 48n  
Roosevelt, Franklin D., 95  
Rosas, Carlos Jorge, 265, 266  
Rosas, Juan Manuel de, 241  
Rozitchner, León, 245  
Rucci, José Ignacio, 306, 328, 357  
Saadi, Vicente L., 243, 244  
Sabattini, Amadeo, 63, 81, 144, 145, 151, 174-176, 179, 180, 182, 183

Sajonia, Mauricio de, 247  
Salazar, Antonio de Oliveira, 35, 75  
Salomón, Alejandra, 142  
Sánchez de Bustamante, Tomás, 268  
Sánchez Sorondo, Marcelo, 328  
Semprún, Jorge, 52  
Seydel, Emilio, 175  
Silva, Arlindo, 252, 253  
Simona, Horacio, 345, 346, 347  
Smith, Adam, 361  
Smith, Peter H., 17, 18, 97, 104, 105, 138, 141, 142  
Somoza, Anastasio, 20 211, 216  
Soustelle, Jacques, 270n  
Spachessi, Modesto A., 253  
Stalin, Josef V., 53, 74, 273  
Stroessner, Alfredo, 270  
Talleyrand, Charles Maurice de, 248  
Tamborini, José P., 95, 143-149, 151-153, 155, 156, 160, 161, 163, 166, 167, 169, 172, 174, 176, 180  
Tanco, Miguel Aníbal, 95  
Tanco, Raúl, 29  
Tcach, César, 142, 177  
Tcherkaski, Osvaldo, 362n  
Templer, Gerald, 257n  
Torre, Juan Carlos, 14, 15, 33, 39, 43, 54, 60, 66, 283  
Torres, Isauro, 209  
Trinquier, Roger, 259-263, 274  
Troncoso, Oscar, 15, 37-39, 44  
Trotzky, Lev, 273  
Troxler, Julio, 237n  
Trujillo, Rafael Leónidas, 211, 221  
Ugalde, Ana Eugenia, 207  
Uriburu, José Félix, 72, 73  
Uriondo, Oscar, 84n  
Vaca Narvaja, Fernando, 353

- Valle, Juan José, 229, 236, 237  
Vandor, Augusto T., 23, 24, 245, 290, 296, 297, 299, 303, 315, 357, 361, 362, 367  
Vargas, Getúlio, 45, 46, 69, 75  
Verbitsky, Horacio, 327, 328, 345, 346n, 347, 349, 350, 353  
Vial, Carlos, 191  
Vicente, Pablo, 254  
Vicuña Fuentes, Carlos, 221  
Vigo, Juan M., 240  
Villegas, Osiris G., 268, 273, 274  
Wellhofer, E. Spencer, 97, 104, 141  
Yotuel, Alan, 273, 274  
Yrigoyen, Hipólito, véase Irigoyen, Hipólito  
Zanatta, Loris, 33, 35, 44  
Zavala Ortiz, Ricardo, 95  
Zorrilla, Rubén H., 57, 58

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken  
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires  
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300  
E-mail: [info@dunken.com.ar](mailto:info@dunken.com.ar)  
[www.dunken.com.ar](http://www.dunken.com.ar)  
Septiembre 2023









